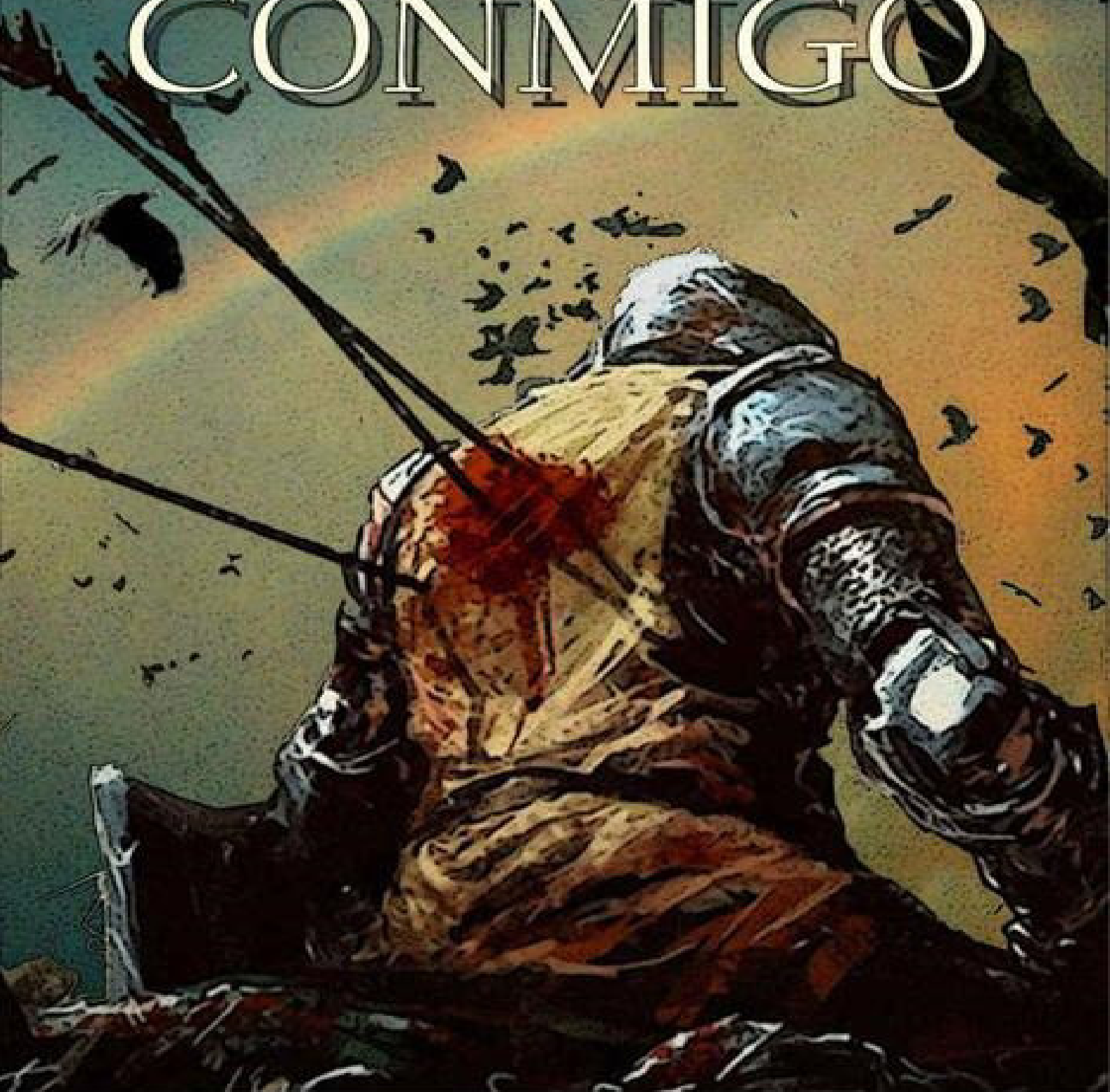




CAMARGO RAIN



DIOS CONMIGO



UNA FANTASÍA PLENOMEDIEVAL

CAMARGO RAIN

**DIOS
CONMIGO**

EDICIONES DEL COMITÉ

Primera edición eléctrica: diciembre de 2015
Portada: Ediciones del Comité

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la ley.

©2010 by Camargo Rain
Ediciones del Comité, España, 2010

<http://www.camargorain.com/>
<https://diosconmigosite.wordpress.com/>

DIOS CONMIGO

UNA FANTASÍA PLENOMEDIEVAL

AVISO

Si esta crónica fuese auténtica, no hubiera sido escrita en castellano actual, el propio de los siglos que siguen al XVIII, sino en un intrincado y oscuro lenguaje –romance descendiente del latín y entreverado con abundantes términos del árabe, del bereber y del visigótico– que no reconoceríamos.

Puesto que en aquellos entonces (los siglos XII y XIII) no se escribía de semejante manera, y los escasísimos documentos que nos han llegado se distinguen por el laconismo, la sequedad descriptiva y la nula deferencia con la lírica, es preciso decir que el tono general de la narración, impropio de la época que dibuja, es una pura fantasía que únicamente pretende dar colorido a un relato que será leído muy lejos de sus circunstancias. Hay que considerar las presentes páginas, por tanto, como una en demasía libre y harto retórica traducción adaptada a nuestro tiempo.

Emprendí grandes obras, edificué palacios, planté viñas, ordené huertos y jardines y coloqué en ellos toda clase de árboles frutales. Construí estanques para regar los bosques en donde los árboles crecen. Compré siervos y siervas y tuve muchos criados; tuve también abundante ganado, vacas y ovejas. Amontoné plata y oro, tesoros de reyes y provincias. Híceme con cantores y cantoras y con aquello que es deleite del hombre, y con instrumentos músicos de cualquier suerte, y de lo que los ojos me pedían, nada les negué. No privé a mi ser de goce alguno, y mi corazón disfrutaba de toda la labor, siendo esta la recompensa de mis esfuerzos.

Entonces contemplé cuanto habían hecho mis manos, y los afanes que al hacerlo tuve, y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento, y que no hay provecho alguno bajo el sol.

(Palabras del *Eclesiastés*, 2-4 en adelante.)

DIOS CONMIGO

**EL MENINO
EL HERRERO
EL SIRVIENTE
EL SOLDADO
EL ARQUITECTO
EL ASCETA**

EL MENINO

LA CIUDAD
EL ASEDIO Y LA BATALLA
LA FRONTERA

LA CIUDAD

Yo nací en el centro del mundo, aquel lugar único en donde se cruzaban dos importantes caminos. Las gentes transitaban apresuradas por ellos, pues los tiempos iniciales de mi infancia se caracterizaron por lo difícil, rodeados como estábamos por emboscadas partidas de malhechores que venían del sur, pero en nuestra gran ciudad amurallada todos se detenían puesto que era un lugar grande y capaz, fonda de largas caravanas de animales de carga que recorrían la frontera y lugar a propósito para abrigarse de los albrures y abastecerse de lo necesario antes de reanudar el largo y peligroso viaje.

Yo vine al mundo en la ínsula del Guadiana de la que tanto se dijo, eminencia rodeada de agua por todos los lados merced a un profundo canal tallado en la roca de sus cimientos, laboriosa obra que mucho tiempo antes había sido llevada a cabo por esclavos y prisioneros, en su mayor parte cristianos, y aunque debió de ser un arduo trabajo, daba al lugar un aspecto que dejaba atónitos a quienes nos visitaban por primera vez, que nunca hubieran podido imaginar semejante ciudadela en tan áridas tierras, y si a ello sumamos la visión de la vega florecida en primavera, oasis y vergel sin par, o aun los relucientes cielos nocturnos con que nos regalaba el verano y que daban testimonio de la existencia del debatido empíreo, la ilusión era completa.

Yo, además, nací cerca de la torre del agua, el castillo ácuo *ocastellum aquæ*, la complicadísima maquinaria que se abastecía de las aguas del río mediante norias y cangilones sin fin, algunos soportados por la misma muralla, y que vertían el necesario líquido en la acequia mayor que corría sobre la coracha, de donde iba a los depósitos de que se surtían tanto el foso como los habitantes de la ciudad cuando el caudal del río era insuficiente. Era aquella una instalación muy compleja, y había sido construida mucho tiempo antes por los musulmanes que en tiempos la habitaron, los cuales dispusieron las cosas de tal manera por motivos que seguramente tenían que ver con su protección, pues también ellos debieron defenderse de quienes ambicionaban su término, muy importante, como dije, pues era el cruce de principales caminos y lugar en donde todos los días sucedía algo nuevo, a lo que contribuía el continuo transitar de gentes, caravanas, ejércitos, rebaños y comerciantes.

Yo soy natural de la gran ciudad de Calatrava, enclave que había sido de los sarracenos hasta épocas recientes pero que fue tomada por el rey cristiano en la era de 1147, era del Señor Nuestro Dios, que dispuso quitársela a los infieles para establecerla como localidad más avanzada del reino cristiano en territorio enemigo, y fue confiada a los caballeros cruzados que vestían hábitos blancos sobre las armaduras. El Dios verdadero habita en el décimo cielo, más allá del fin del Universo, las inamovibles estrellas, y sus designios son inescrutables. El Dios verdadero es infinitamente justo, eso me enseñaron, eso se decía, y aunque en aquellos primeros tiempos yo no entendía cómo en Su bondad podía permitir tamaños desmanes y desafueros, después he pensado que ello sólo podía deberse a mi ingenuidad, pues, como he dicho, los designios del Señor son inescrutables para los hombres, simples peones y seres inadvertidos de sus ocultos y muy altos propósitos.

Cuando yo nací, la ciudad era el cuartel de un enorme ejército, vanguardia en tierra fronteriza del reino de Castilla que durante las primaveras era asediada por huestes de moros venidos del sur con sus potentes y aparatosas máquinas de guerra, pero que estaba defendida por centenares, y a veces miles, de soldados que se emborrachaban sin tasa en las tabernas del río y luego daban enormes voces y hacían entrechocar sus armas en las calles de piedra cuando se dirigían a los aposentos del alcázar.

Cuando nací, como decía, aquella región era la frontera, comarca extrema y dura, y por eso la llamaban *extremadura*, con el mismo nombre con que en tiempos anteriores se

habían conocido otros lugares que estaban más al norte, pues la raya fronteriza que separaba a las irreconciliables religiones se desplazaba continuamente hacia el sur. Casi todos los años sucedían hechos extraordinarios, y aquel que me vio nacer no fue menos, pues durante su transcurso ocurrió *lajornada de Almodóvar*, que era tenida por gloriosa entre las gentes que me rodearon los primeros años; mi padre me la narró en incontables ocasiones, y muchas otras la oí referir a extraños y visitantes bajo los techos de caña de alguna de las alhóndigas del arrabal que miraban al río. Aquel no fue sino uno más de los sucesos que en tan belicoso confín tenían lugar, pero como fue mi primer contacto con los hechos que se relacionaban con la omnipresente guerra, me servirá bien a guisa de ejemplo para ilustrar lo que era el pan nuestro de cada día.

Sucedió que los musulmanes, el imperio almohade, aquellos demonios de tiznado aspecto que habían llegado con un enorme ejército desde más allá del mar y empujaban fieramente a las fuerzas cristianas hacia el norte, ocuparon una de las fortalezas que existían en la región y eran administradas por la Orden que nos protegía, el castillejo, pues no era más, de Almodóvar, localidad no muy lejana a la nuestra. En tales ocasiones se llamaba a rebato a la guerra, y de toda la región se presentaban huestes ante las murallas pues nuestra ciudad era la más importante fortaleza de los contornos, y en el suceso que digo así aconteció, e incluso llegó una fuerza de caballeros de una Orden diferente a la que albergaba la ciudad, pues desde el castillo de Consuegra, que estaba diez o doce leguas al norte, se desplazaron algunos sanjuanistas, es decir, soldados de la Orden de San Juan, que fueron llamados por el maestro y acudieron al punto con armas y pertrechos.

Al fin se formó un mediano ejército, pues no contaría con más de mil hombres entre peones y caballeros, aunque cuando posteriormente se narraba la aventura se exageraba mucho este número, y fueron contra ellos con gran aparato y acompañamiento de carros, expedición que culminó con la reconquista de la fortaleza que habían tomado los almohades, aunque antes pasaron los puertos de la sierra e hicieron varias correrías por tierras de moros, de donde volvieron con abundancia de cabezas de ganado y numerosos cautivos que enviaron hacia el norte, en donde se los empleaba en la construcción de murallas y otras obras públicas, pues la comarca de Toledo era de reciente adquisición y todos los brazos eran pocos para llevar a cabo las necesarias labores de asiento de lo conquistado.

La ciudad, mi ciudad, que se llamaba Calatrava y se situaba en la margen del Guadiana, estaba edificada junto al lugar en el que se cruzaba el antiguo camino que iba de Toledo a Córdoba con el aún más antiguo que llevaba desde la Emérita Augusta de los romanos a los reinos musulmanes de levante, pues según decían los carreteros y trajinantes que nos visitaban, por allí se podía llegar a Zaragoza, a Albarracín e incluso a Valencia y sus comarcas junto al mar, todos ellos lugares famosos y de importantes recursos, y estaba construida en lo alto de un muy alargado cerro y siguiendo la traza característica de lo que son los asentamientos infieles; hartos ejemplos de esta clase de construcciones había de ver en los años por llegar, pero por aquellos entonces yo no sabía nada sobre ello y creía que todas las ciudades eran iguales.

Pues, como digo, la población se asentaba en la cúspide de un alargado y no estrecho cerro defendido por altas murallas cuya base era de sillería, y cuya cumbre, rematada por talladas almenas –figurando algunas de ellas un castillo en miniatura–, de grosera y durísima mampostería compuesta de cal y canto. En su interior estaba la ciudad propiamente dicha, a la que sus antiguos habitantes, renegados que conservaban muchas de sus tradiciones, llamaban *medina*, aglomeración plena de callejuelas retorcidas, estrechas y sinuosas que se enroscaban alrededor de los lugares más importantes, como eran la basílica que años antes habían comenzado a erigir los templarios y el mismo alcázar, y cuyos mil y mil rincones y recovecos conocía a la

perfección. El alcázar, que ocupaba casi la mitad de la plaza, estaba a su vez defendido por un nuevo y aún más alto cerco de murallas, y en él nos refugiábamos cuantos podíamos en las ocasiones más apuradas de los periódicos asedios.

En uno de los extremos de la muralla exterior se encontraba una torre albarrana unida a la ciudad mediante un ramal de piedra coronado por un canal, y en aquella torre, mil veces pude verlo y mil asombrarme, ocurrían de tanto en cuanto hechos maravillosos, más para los ojos de un niño. Sucedió que, en ocasiones señaladas y con motivo de algunas celebraciones, o también, cuando en verano descendía el nivel de agua del río y resultaba más difícil abastecerse de ella, se ponían en funcionamiento algunos mecanismos que sin duda estaban ocultos, y merced a ello comenzaba a girar la gran rueda que había adosada a la torre, la cual elevaba el agua hasta los depósitos que había en la parte superior. De aquellos depósitos hacían acopio las gentes cuando se agotaban los manantiales de que habitualmente nos surtíamos, pero como digo, cuando se trataba de llenar el foso que nos aislaba del mundo exterior, pues a pesar de vivir en una ínsula no siempre el canal con tanto trabajo excavado cumplía su función, se desencadenaba el más vistoso fenómeno que imaginarse pueda, pues por miles de agujeros que había en las paredes exteriores de la misma fábrica de la torre se expulsaba a torrentes el agua tomada del río, agua que a su vez iba a caer en el foso de la muralla, ayuno de ella durante las estaciones secas. El foso se llenaba, sí, lo que resultaba muy conveniente como medida de seguridad, más en épocas de sequía, que era cuando había que esperar los peores asaltos por parte de los enemigos, pero los que constituíamos la población asistíamos atónitos a tan memorable prodigio, y no era menor el pasmo de quienes, venidos de lejos, asistían casualmente al espectáculo, que nunca habían podido imaginar algo semejante, y si la riada de surtidores y otros flujos y efusiones tenía lugar durante la caída del sol, que solía ser el momento elegido para tales labores, entonces resultaban incontables las irisaciones y fulgores que se producían alrededor de la torre y aun de la muralla entera, y cuando la avenida alcanzaba su punto culminante parecía que la ciudad al completo era envuelta por una suerte de gigantesco arco iris. El fenómeno, entonces, contemplado desde los campos de la vega, lugar al que descendíamos para verlo mejor, resultaba grandioso y propio de mundos que no estaban a nuestro alcance y a los que nunca podríamos acceder.

Tal era el castillo ácueo —*ocastellum aquæ*— que nombré antes y pobló mi cabeza de niño de quiméricos sueños, aquella visión extraordinaria e imposible que se salía por completo de nuestra vida diaria, harto ruda y uniforme, aunque luego, cuando siendo mayor lo he recordado, siempre he supuesto que a los que lo construyeron no les movió otro afán que el de mostrar a los extraños su poder sobre los elementos, pues tan formidable alarde, si exceptuamos la inundación del foso, no parecía esconder ninguna otra utilidad práctica.

Extramuros de la ciudad, en fin, se situaban los arrabales, barrios de chozas y corralones en donde se encontraban buena parte de los establecimientos favorecidos por el incesante flujo de viajeros y comerciantes que continuamente transitaba por aquellos pagos. Había fondas, claro es, que eran ocupadas con gran ruido por los arrieros desde el mismo momento de su llegada, y también un sinnúmero de establos, aunque los animales solían permanecer en los corrales, en donde comían y descansaban hasta que llegaba el momento de reanudar el viaje. Aquellas fondas, a las que también llamaban *alhóndigas* y se alineaban a lo largo del camino presentando su cara a los visitantes, eran no más que casuchas de adobe con tejados y porches de cañas y paja, tinglados y bazares mal y precariamente dispuestos y que casi todos los años había que reconstruir, pues los ejércitos enemigos que en primavera venían del sur, con ocasión de los ataques y si no era demasiada su urgencia solían incendiarlos en su totalidad.

Los arrabales que digo estaban contruidos en la gran explanada que desde la base

del cerro en que estaba asentada la ciudad llegaba hasta la orilla del río, y era en ella donde también se celebraba el mercado semanal, porque como la ciudad era grande e importante, todas las semanas llegaban los vecinos de los contornos con sus mercaderías, y durante una mañana procuraban vender los productos de sus huertas, granos y hortalizas, aunque también abundaban las gallinas y otras cabezas de ganado mayor y menor, que cambiaban de dueño entre enorme algarabía y entrechocar de manos.

Más allá de los corrales se prolongaba la explanada, y al fondo, al final de aquel terreno pisoteado y siempre lleno de estiércol y basura, se divisaban las arboledas que señalaban la presencia del río y sus múltiples y cenagosos brazos. Sobre el cauce principal había uno o dos molinos que, colocados en medio de las aguas, afirmaban sus pesadas piedras sobre balsas ancladas a la orilla. Estos eran los molinos flotantes, a los que solían llamar *aceñas*, pero, además, todo el lecho y sus riberas estaban repletos de gigantescos azudes y otras norias, algunas movidas por animales, que vertían el agua en las muchas acequias y canales que delimitaban las parcelas en donde se cultivaban las hortalizas, huertas que habían sido construidas muchos años atrás por los primitivos pobladores, los musulmanes que antaño fundaran el lugar.

...

Las personas que habitaban la ciudad y todos los barrios que describí pertenecían a varios grupos diferentes, pues sus épocas de establecimiento también lo habían sido, y así, en primer lugar, citaré a los castellanos, nuevos en aquellos pagos y a los cuales yo pertenecía. Ellos habían llegado veinte años antes, instalados por el rey en el lugar para ocuparlo, pues cuando fue conquistado se despobló y era necesaria la presencia de los colonos para evitar que tales tierras volvieran a caer en manos de sus antiguos dueños. La mayor parte provenía de las tierras del norte, las extensas llanuras que, según decían, había más allá de los montes que nos separaban de los antiguos territorios de León y Castilla, llanuras que eran recorridas por ríos más anchos y caudalosos que el nuestro, y que entonces, aprovechándose de los privilegios que el rey había decretado, en las tierras conquistadas habían fundado nuevas y a veces prósperas familias y haciendas.

Los oficios que los pobladores desempeñaban eran casi todos, y de esta forma se contaban en Calatrava ganaderos, labradores, panaderos, molineros, hosteleros, curtidores, canteros, herreros, carniceros y muchos otros, y todos ellos venidos de tierras del norte con sus familias como colonizadores, que ya dije.

En nuestra ciudad, además, había acantonado de forma permanente un verdadero ejército, pues no en vano constituía el más avanzado baluarte del bando cristiano en las tierras fronterizas, y ello prestaba a la población una vida y actividad que para sí hubieran querido los escasos y miserables villorrios que había en las cercanías. Los soldados, cuyo número era a veces incontable, vivían en el alcázar, la fortaleza que a resguardo de las murallas ocupaba buena parte de la superficie de la ciudad, pero cuando durante las primaveras preparaban sus operaciones militares y su número aumentaba enormemente, como no había habitación para todos acampaban en el real de las afueras, junto al río, en donde se levantaban campamentos de tiendas que daban cobijo a los recién llegados y su impedimenta de carros y caballerías. El gobernador de la plaza era un abad que por encargo del rey había venido del norte, del lejano reino de Navarra, y con ayuda de un monje de su monasterio, del que se contaban mil maravillas heroicas y era el protagonista de algunos de los cantares romanceados que se recitaban en el mercado y en las tabernas, tales eran sus meritorios hechos de armas, había formado un verdadero ejército con el que hacer la guerra en la frontera y que en ocasiones se acogía en nuestra ciudad, el más avanzado

puesto frente a los almohades.

Pero no todos los habitantes de la villa eran los colonos y los soldados, ni tampoco los que allí habíamos nacido durante los últimos años, únicos cristianos naturales del lugar, y de esta forma también debería hablar de los transeúntes que iban y venían y a veces se alojaban entre nosotros, así como de los derrotados que eligieron permanecer en la tierra que había sido de sus antepasados.

El flujo de viajeros y trajinantes era continuo, pues la ciudad, como dije antes, era obligado punto de paso para atravesar el río, amén de cruce de varios caminos, y allí confluían y hacían parada y fonda caminantes solitarios, juglares que se desplazaban de lugar en lugar, grupos de soldados armados hasta los dientes, rebaños que se trasladaban de norte a sur y de este a oeste y caravanas de animales de carga que recorrían idénticos itinerarios. Debido a ello, nuestra población recibía a diario una abigarrada cantidad de personas venidas de muy lejos que hacían comentarios en varios idiomas y calibraban con asombro el grosor de nuestras murallas y el majestuoso aspecto de las torres, aunque la mayoría, como ya la conocían, solían permanecer en las fondas que, junto al puente, señalaban el cruce de los caminos. Entre ellos había personajes de todas las índoles y los grupos humanos que componían el país, pues no era raro ver cristianos de otras partes de la península, negros atléticos y medio desnudos que paseaban lentamente, comerciantes moros cargados de mercancías que habían venido desde los lejanos lugares del Oriente de las leyendas a los puertos de levante, y hasta grupos de judíos, que eran los más interesados en el aspecto monumental de la población y en su extraña jerga no se cansaban de hacer comentarios sobre todo cuanto se ofrecía a los ojos. También los animales de carga eran de especies diferentes, pues junto a los bueyes y caballerías que componían el grueso de las caravanas, unos cargando las mercancías sobre los lomos y otros arrastrando pesados carros, se encontraban los dromedarios que los bereberes habían traído de África en épocas anteriores y gozaban del favor de muchos de los carreteros, que ensalzaban sus múltiples capacidades para realizar algunas tareas.

Todos ellos ocupaban las fondas y establos y vallados que había junto al río, establecimientos en general muy toscos, aunque algunos disponían de dos plantas, siendo la de arriba recorrida por una galería que daba al gran patio central y estaba dedicada a habitaciones, no más que celdas provistas de catres, en donde pernoctaban los alojados. Los patios que digo eran lugares de mucha animación, llenos de gentes que a veces departían apaciblemente pero a veces gritaban y se peleaban, y también de caballerías que abrevaban en la fuente que había en el centro, y en donde mis amigos y yo, pilluelos de barrio, entrábamos a espaldas de los dueños para escuchar lo que se decía, contemplar con asombro aquellos extraños seres venidos de lugares lejanos y, si se terciaba, intentar hacernos con unas ínfimas monedas de cobre, unas veces pagadas por algún servicio y otras escamoteadas al descuido a quien nos parecía excesivamente confiado.

Por las puertas que había en los patios se accedía a los almacenes, en los que a veces se depositaban mercancías, y también a las grandes salas abovedadas y delimitadas por filas de barriles, que eran los lugares dispuestos para que comieran y bebieran los viajeros. En ellas había mesas provistas de largos bancos, y chimeneas y hogares en donde se preparaban los alimentos, y las mayores disponían incluso de dos pisos, pues por unas escaleras se podía subir a unos altillos que solían ser ocupados por los personajes más adinerados. Allí también había mesas, pero acompañadas por sillones y alfombras en los que se sentaban los personajes de relumbrón y sus séquitos, ya que poca gente poderosa viajaba a solas, pues los peligros de los caminos eran muchos. En tal lugar comían y bebían abundantemente y a resguardo de los simples mercaderes, y no era raro ver grupos de musulmanes ricos que daban buena cuenta de

las carnes y los vinos a escondidas del restante público, pues su religión no lo permitía. Cuando la animación era mucha, pues había ocasiones en que en nuestra ciudad se congregaba numeroso gentío, sobre todo con motivo de las ferias y mercados, llegada la noche y con los locales a rebosar aparecían grupos de bailarinas que bailaban medio desnudas delante de la concurrencia, y tanto entre cristianos como entre infieles, y aunque las autoridades quisieron prohibirlo y durante una temporada se trató el asunto, pronto hubieron de hacer la vista gorda, pues eran muchos los portazgos y otros impuestos que se cobraban a los caminantes y nadie quería que se trasladaran a otros lugares.

Nosotros atisbábamos por los ventanucos del patio para contemplar aquellas maravillas danzantes, y aunque poco podíamos ver, pues nuestro alboroto era grande y siempre aparecía un doméstico que nos expulsaba del recinto, mis recuerdos son muchos, y amén de las chicas desdentadas y con la piel taladrada por objetos de metal en múltiples lugares, rememoro también la presencia de los juglares en las grandes y turbias por el humo de las antorchas salas abovedadas, personajes que se desenvolvían con dificultad en tan ruidoso tumulto nocturno, pero que, acompañándose con laúdes, hacían juegos de palabras cuyos significados se me antojaban maravillosos e indescifrables. Durante aquellos tiempos aún no me había codeado con ninguno de los insignes personajes que la vida me llevó a tratar, pero los zarrapastrosos trovadores de los caminos, con su sorna, su confianza, sus múltiples recursos –entre los que el menor no era el de tañer el instrumento musical que solían llevar cruzado a la espalda– y sus ojillos fieros y codiciosos, cautivaron mis pensamientos a tan temprana edad y me predispusieron a su favor para lo que había de llegar en lo sucesivo y se refería *alfin amory* la poesía galante.

*Señora, vuestro soy
y a vuestro servicio dado,
vuestro soy, y lo he jurado,
y desde siempre lo siento.
Y sois mi gozo primero
y lo seréis el postrero,
mientras me dure el aliento.*

[1]

Los moros, los sarracenos, musulmanes, moriscos o infieles, que de todas aquellas maneras y otras varias se los conocía, eran los más antiguos pobladores de la región y quienes habían construido en tiempos muy anteriores la ciudad y sus murallas y fortaleza. Cuando el rey de Castilla la conquistó, muchos de ellos, en especial los ricos, eligieron la diáspora y con sus propiedades fueron a instalarse en tierras más al sur, en el reino de Jaén, de Córdoba e incluso en los de Sevilla o Murcia, en donde podían vivir en paz entre sus hermanos, pero otros no quisieron abandonar la que había sido tierra de sus antepasados y permanecieron entre los conquistadores, pese a los inconvenientes que ello conllevaba. Los que se quedaron en la ciudad seguían haciendo su vida al margen de los recién llegados, y practicando su religión y costumbres, aunque, obligados por las nuevas circunstancias, desempeñando los oficios de menor provecho, pero otros se habían corrido a lugares de las inmediaciones y fundado aldeas en las que, aparentando mansedumbre, desarrollaban sus vidas. Aquellos lugares, por lo general ocultos tras pedregosas vaguadas, eran nidos de espías, y ocasión hubo en que en ellos moraron partidas de salteadores que promovían los lejanos emires y sus allegados, pero, como digo, nuestro abad Fitero de largo brazo estaba fuertemente armado y los soldados daban pronto cuenta de tantas y tan desmandadas bandas.

Las casas que los moros habitaban en la ciudad se diferenciaban mucho de las nuestras, pues no les gustaba la dura piedra tallada, sino que preferían la madera y los ladrillos, que fabricaban en cantidades enormes con el oscuro lodo del río y colocaban al sol hasta que estaban cocidos. En sus casas, de las que pocas conocí de niño, no abundaban los muebles pero sentían gran afición por las alfombras, que colocaban hasta en las paredes, y para sentarse solían hacerlo en el suelo, pues despreciaban las sillas, prefiriendo aquella que parecía su postura natural, y a modo de lechos no utilizaban sino unos catres desvencijados. Pese a todo, sus viviendas resultaban cómodas y acogedoras pues llevaban muchos años habitando en lugares secos y cálidos, tal y como se aseguraba que era su lugar de origen, la Berbería que estaba más allá del mar, y para combatir el sofocante calor de los meses de verano mudaban sus ajuares y pertenencias a los sótanos que excavaban cuidadosamente, y en aquellas casas más lujosas que disponían de plantas altas, colocaban en las paredes telas que continuamente mantenían húmedas rociándolas con agua, lo que creaba una atmósfera muy fresca y agradable.

Los moros hacían una vida muy diferente a la nuestra, la de los cristianos, buena prueba de lo cual era que frecuentaban los baños que había en la medina, casi únicos clientes de tal institución, pues nosotros nos lavábamos en el río durante la temporada de calor, y en ningún otro lugar durante el resto del año. Sus casas eran más luminosas y ventiladas, y podías encontrar situaciones tan desacostumbradas como la que comporta *un doméstico pulcro que trae, sobre una fuente plana, frutas cubiertas por una servilleta limpia*

[2]

, lo que resultaba hartamente desusado en la sociedad de los cristianos, incluso en mesa de reyes, aparte de un comportamiento social exquisito, pues los musulmanes actuaban siempre como si su Dios los estuviera contemplando y eran muy aficionados a las coletillas que le aludían, y de continuo decían, *Alá es grande, Alá es único, Alá el misericordioso te lo tenga en cuenta*, y a continuación, bajando la voz, añadían, *ensalzado sea, ensalzado sea Su Nombre*, o cualquier otra expresión de esta índole.

Y, aparte de los musulmanes, en la ciudad también vivían personas que no pertenecían a ninguno de los grupos mencionados. Había, por ejemplo, judíos, que se reunían en una casa que tenían por sinagoga y regentaban algunos de los garitos que había junto al puente, aunque también eran labradores, y además de los mentados, negros y esclavos, seres casi siempre ocultos y que cultivaban las huertas y oficiaban de domésticos en casas de musulmanes. La mayoría pertenecían a la raza que dije, pero otros eran rubios y de ojos azules, y la creencia popular decía que habían sido traídos desde las remotas regiones aledañas al lejanísimo lugar de Constantinopla, cuyos comerciantes los esclavizaban y luego vendían a tratantes del reino de Aragón, pues por un gran puerto que estaba en su costa los introducían en nuestro país y los ofrecían a los ricos, que eran los únicos que podían permitirse tal lujo.

...

Fue en el escenario que describo en donde nací y di mis primeros pasos, circunstancias difíciles y belicosas como las que son propias de las zonas fronterizas, pero yo era natural del lugar y estaba acostumbrado al continuo paso de los comerciantes y los ejércitos y a las escaramuzas de estos últimos. Además, yo pertenecía a una familia asentada en el territorio, en el que había fundado su vida, y nada de lo que veía me resultaba extraño. Mi ámbito era *la ciudad que estaba en el centro del mundo*, ínsula del Guadiana y oasis en el desierto, la gran ciudad de Calatrava, aunque en sus justos términos no pasase de villa, y nunca se me ocurrió

que pudiera haber otros lugares en los que la vida diaria fuera diferente.

Mis padres habían venido del norte, como dije, pues eran naturales de una provincia a la que llamaban Ávila la leal o Ávila de los caballeros, y ello debido a que sus gentes habían salvaguardado la vida de nuestro rey, Alfonso, cuando era joven y los nobles habían querido matarle y sortearse la corona. Mis padres eran de Ávila, tierra de ganados en las montañas y clima aún más extremo que el nuestro, pero cuando se casaron decidieron cambiar su lugar de residencia y emigrar hacia lugares en los que, según se decía, había más posibilidades de prosperar. La frontera estaba necesitada de brazos, y como los reyes procuraban poblar y fortificar los territorios conquistados, eran muchos los beneficios y ventajas que encontraban quienes a ella se trasladaban.

Mi padre era cantero, maestro de obras, personaje importante si de construir una muralla o una fortificación se trata. Había aprendido el oficio en su tierra natal, en donde abunda el durísimo granito, y luego traído sus conocimientos a aquel lugar en donde eran más necesarios. En su gremio estaba muy bien considerado pues dominaba las artes de los tallistas, y labraba piedras que luego enviaba en carretas hasta lugares tan alejados como Burgos o Molina, y entre ellas no eran raras las almenas que mencioné e imitaban la figura de un castillo con todos sus detalles esculpidos hasta la extenuación, pulimentados bloques que luego eran colocados coronando los muros de quién sabe qué lejanas fortalezas.

Mi madre, por el contrario, era labradora de la dura tierra y cosechadora invicta de cuantas plantas quiso el Destino enfrentarla. Trabajaba los cuadros de huertas que teníamos en la vega, y sus consejos eran agradecidos por los vecinos, pues disponía de una rara habilidad para deshacerse de las cizañas y otras plagas que crecían a su antojo en lugar tan soleado. De sus manos brotaban como por arte de magia rotundos ejemplares de cualquier especie que se propusiera, lo que provocaba la admiración y envidia de los cultivadores colindantes, que se hacían lenguas de su destreza, y en lo que se refiere a su labor de madre, ¿qué podría decir yo, el segundo de sus dos hijos, que todo lo aprendí de sus labios? Ella nos llevaba a los campos, y allí, a la sombra de una de las muchísimas palmeras que poblaban el lugar, gateando en la dura tierra y peleándome con mi hermano mientras ella trabajaba, fue como inicié mi relación con el mundo e hice mis primeras armas. Luego, con la atardecida, volvíamos a nuestra casa, en donde nos preparaba papillas en las que predominaba lo vegetal, coles y berzas, nabos, castañas, trigos, almendras, dátiles, aceites... Las exuberantes huertas aledañas al río nos proveían de cosechas cuantiosas, y aunque la opinión general decía que tales sustancias aflojan el vientre y procuran alucinaciones a la mente, yo siempre preferí semejante dieta, por la que he conservado devoción.

Mi hermano era tres años mayor que yo y se llamaba Hernán, como mi padre, que Dios tenga en su gloria. Mi hermano fue quien me enseñó a tirarme sobre el borrico que movía la noria cuando pasaba bajo la viga maestra, difícil pirueta para un ser de cuatro años, y quien me abrió los ojos acerca de lo que significa la guerra, pues casi me sacó uno de ellos en uno de los infantiles remedos de torneo que los niños del barrio llevábamos a cabo mañanas y tardes, en especial durante las épocas en que la ciudad estaba llena de soldados, peripecia que, por imposición de mi madre y consejo del abad, me mantuvo impaciente en el lecho durante varios días, pero sobre todo, fue quien me inició en la vida en sociedad, pues él tenía un establecido grupo de amigos en el que me introdujo, aunque no sin reticencias por parte de alguno de sus miembros, dado que yo era menor que ellos. Sin embargo, como aparentaba más edad de la que tenía, pues desde siempre fui anormalmente alto, me aceptaron en seguida y con el tiempo hubo disputas, pues a todos convenía tenerme a su lado en los juegos con que nos entreteníamos.

Y ahora, una vez examinadas algunas de las circunstancias que rodearon mi nacimiento y los antiguos tiempos, llega el momento de presentarme. Yo me llamo

Ramón Ortiz, Ramón viene de rama, pero las circunstancias de la vida agregaron frecuentes alias y sobrenombres al apellido que recibí de mi padre, asaz parco y austero como conviene a la temporal naturaleza de quienes un día nacimos y otro moriremos, y de esta forma me dijeron las más de las veces Ortiz de Calatrava, aludiendo al lugar de mi procedencia, aunque otras mi nombre fuera Ramón *Rumí*, apelativo con el que me conocieron algunos de mis amigos sarracenos, pues de todo hubo en mi larga vida, u Ortiz el tuerto, lo que parecía cosa de aojamiento pero se debía al parche con que de mayor adorné en ocasiones mi faz, lo que producía estupor entre el enemigo; en fin, también me conocieron como Ramón *el conquistador*, lo que aludía a mis méritos, pues las aventuras y lances que me depararon los tiempos fueron copiosas, según veremos con largueza más adelante.

La ciudad y sus campos inmediatos componían un vergel a modo de verde mancha en la llanura amarilla, pues era abundante el agua que las huertas precisan para su completo desarrollo –la cual era provista por la inacabable red de acequias que construyeron los antiguos pobladores y se surtía del Guadiana–, pero no ocurría lo mismo con los terrenos de secano, que se nutren de lo que el cielo tiene a bien enviarles. De secano eran los terrenos de nuestros alrededores, y en ellos se cultivaban cereales y legumbres, pero como sus productos no eran todo lo abundantes que sus dueños hubieran deseado, máxime si se piensa en los grandes trabajos que ello conlleva, todos los años se plantaban nuevas parcelas con vides, cuyos frutos se enviaban a Toledo en carros, se secaban al sol sobre enormes esteras o se utilizaban para fabricar el tan apreciado vino, y llegó un momento en que, si te encaramabas en el adarve de la muralla, a tu alrededor todo era verde, tal era la extensión de los terrenos aprovechados para su cultivo. Además, aquellas plantas eran muy convenientes, pues ni las continuas incursiones de los musulmanes que venían desde más allá de las montañas conseguían detener el avance del mar verde, ya que resultaría fatigoso arrasar campo tan extenso y difícil de incendiar.

Pues, como decía, el cultivo de las vides era la más extendida actividad en aquellos suelos aparentemente improductivos, pero yo trabajé también de pequeño en el cultivo y recolección de parcelas destinadas a trigos y centenos, que para nosotros eran días de fiesta. Allí conocí el primitivo arado de una sola punta, y las azadas con las que había que dar forma definitiva a los surcos, y luego el permanente otear de los cielos en espera de que cayera el agua a su debido tiempo... Más tarde aún, la recolección y la trilla con los mayales, en lo que los niños éramos entendidos y llevábamos a cabo entre enorme jolgorio y polvareda, y cuando alcanzábamos el uso de razón, también el cuidado de las huertas, cuyo cultivo era más delicado y preciso y para el que no todo el mundo servía, pues eran muchos los secretos que atañían a la administración del agua y la ceniza, la cuidadosa escarda de las malas hierbas, la poda y tantos otros principios del oficio, antiguas y establecidas reglas que había que tener siempre presentes.

Tales eran nuestras diligencias, pero, aparte de lo que digo, nuestro padre procuró iniciarnos en las artes de los canteros, pues solía llevarnos a mi hermano y a mí al taller, y allí, provistos de las herramientas necesarias, junto a los aprendices pasábamos el tiempo dando martillazos, hiriéndonos en los dedos y descubriendo los secretos de tan utilísimo arte, que no pocas satisfacciones había de depararme en los tiempos futuros. Al fin, cuando acababa la jornada de trabajo, cualquiera que hubiera sido el que nos había ocupado y siempre que el aspecto del día lo permitiera, bajábamos al río, en donde se prodigaban las carreras, los arriesgados saltos y chapuzones y las fingidas peleas a cantazos con que nos entreteníamos. También aquel juego que conté, que consistía en arrojarse sobre los animales que movían las norias, atrevida acrobacia que prodigábamos día sí y día también y de las que pocos salíamos airosos, pues la mayor parte se caía y algunos acababan en el agua del canal ante el regocijo de los demás.

Cuando tenía diez u once años hice un nuevo amigo que era un poco mayor que yo y se dedicaba al pastoreo. Se llamaba Matías y había llegado recientemente a la ciudad de la mano del maestro de la Orden, que por necesitar gente para su servicio lo había rescatado de alguna de las inclusas en que se alojaba a los huérfanos, pues como estábamos en guerra su número era grande.

–Yo viví junto a Toledo –decía sordamente y sin despegar la mirada de las llamas de la hoguera– en un caserón de hielo y fuego. A los expósitos nos trataban como a los esclavos y nos hacían cultivar las tierras del señor así nevara o cayera metal fundido del cielo. Luego, cuando anochecía, nos internaban en la gran y oscura sala de piedra que nunca olvidaré. Dormíamos en el suelo, y el humo de las antorchas casi nos asfixiaba. Sin embargo, un día, un día cualquiera, llegó a nuestra casa un personaje principal, y después de examinarnos tomó varios a su servicio. No sé qué sucedió con los demás, pero a mí me señalaron oficio como pastor de este rebaño y habitación en los sótanos del alcázar, por lo que siempre he dado gracias a Dios.

Matías, entonces, levantaba la cara y, con sumo énfasis, añadía,

–¡Qué bueno es ser pastor de ovejas y vagar a tu libre albedrío durante días completos por los campos desiertos...!, no lo sabes bien, tú, que fuiste afortunado desde la cuna... .. y como me gustaba su compañía, cuando no tenía nada que hacer le acompañaba por los campos y cerros a los que llevaba a apacentar el ganado y le ayudaba en sus labores, y a veces prolongábamos nuestra estancia en los baldíos durante semanas, viviendo al aire libre, comiendo mendrugos, encendiendo fuegos en los que asábamos los cabritos que se morían en el parto y durmiendo al raso o en cuevas que encontrábamos.

De tal forma me convertí en su ayudante y adquirí la condición de *depaniaguado*, lo cual era muy ventajoso, pues como los poderosos dedicaban grandes esfuerzos a aumentar el número de sus reses, los pastores estaban exentos de muchos impuestos, entre los que se contaban los portazgos y la castillería, y gozaban de permiso para curtir pieles y hacer quesos, amén de cortar la necesaria leña, actividades inherentes al desempeño de su función y que estaban vedadas al resto de las personas.

Matías se iba a veces, cuando comenzaba el verano y los rebaños se trasladaban a tierras que estaban muy al norte del lugar en que vivíamos, en las lejanas provincias de Segovia y Ávila, más allá de las montañas que nos separaban del resto del reino de Castilla y a las que llamaban montes Carpetanos, y como yo sabía que aquella era la tierra de mis padres, encarecidamente le rogué que tomara buena nota de cuanto viera y me lo transmitiera a la vuelta, como hizo, y esta fue la forma en que tuve noticias de regiones en las que la guerra hacía tiempo que había acabado y los pueblos y las ciudades eran mayores y más poblados que los nuestros. Según me dijo, eran aquellas tierras boscosas y atravesadas por grandes ríos, provistas de antiguas fortalezas y muy abundantes en ganado, puesto que aseguró haber visto un rebaño de un centenar de reses paciendo en una enorme dehesa que se extendía en la ladera de unas montañas, algunas de las cuales conservaban nieve en sus cimas, detalles propios de las leyendas que nos sirvieron para despacharnos a gusto durante una tarde entera.

Matías y yo nos encontrábamos a nuestras anchas en la llanura desierta, y durante algún tiempo nos las prometimos felices lejos de la ciudad y sus obligaciones, pero una tarde quiso Dios que tuviéramos un encuentro que nos abrió los ojos acerca de nuestra verdadera situación y disipara los pensamientos que, sobre lo idílico de aquella clase de vida, albergaban nuestras mentes de aprendices. Sucedió que, aún lejos, divisamos una nube de polvo que se acercaba. Como el paso de jinetes por aquellos lugares, cercanos al camino que conducía a Córdoba, era común, no le dimos importancia y lo atribuimos a una de tantas partidas de hombres de armas que recorrían la frontera y regresaban a nuestra ciudad, pero cuando, un rato después, se desató la algarabía y escuchamos el pesado galopar de caballos que se acercaban, olvidándonos de

nuestros animales echamos a correr aterrorizados y no cejamos en ello hasta conseguir alcanzar la cueva que a mano de la loma estaba y en la que aquella misma noche nos habíamos cobijado. Desde los matorrales que ocultaban la entrada pudimos ver cómo un grupo de jinetes moros, vestidos con sus características capas de colores brillantes, rodeaban a las ovejas y las obligaban a emprender veloz huida, y cómo nuestros perros, que al principio ladraron ferozmente, eran perseguidos y ahuyentados. Luego el polvo se reposó, y los recién llegados, sin prestar atención a nuestras personas, dieron media vuelta y emprendieron el camino de regreso llevándose lo que nos habían confiado en custodia.

Volvimos a la ciudad acompañados por los perros, mirando con temor a nuestras espaldas y huyendo de cuanto se moviera, también cabizbajos, con las manos vacías y temiendo el previsible castigo, pero al fin quedó todo en una simple amonestación, pues el dueño del rebaño, que era uno de los freires del alcázar, encontró en ello un buen motivo para hacer una salida con un contingente que se adiestraba para la guerra, y tuvieron tan buena fortuna que a escasa distancia de la ciudad se toparon con el grupo que nos había despojado de los animales, los cuales, al observar tal cantidad de gente armada, pusieron pies en polvorosa, abandonando a uña de caballo el campamento y el producto de sus rapiñas.

A mí también me gustaba la soledad, y a veces iba por la noche a pasear solo bajo las estrellas, por lo general a la ribera del río, desde donde atisbaba callada y respetuosamente la inmensidad del cielo estrellado, siempre inaccesible. En una de aquellas ocasiones, rodeado de un paisaje erizado de palmeras e iluminado por la luz de la luna, junto al cauce del río que sonaba límpidamente transitó una caravana de arrieros que iniciaba su andadura con la noche, pues los días eran sofocantes y poco apropiados para hacer camino. La caravana, compuesta por una larga fila de dromedarios y otros animales de carga, desfiló lenta y apaciblemente ante mis ojos en dirección a levante, y sólo las sordas respiraciones de los animales y el sonido de las pezuñas sin herrar vinieron a turbar la paz de tales momentos. Luego todos desaparecieron tras las revueltas del camino y el polvo se reposó en el seno de noche tan plácida, y yo permanecí tumbado en la hierba contemplando el inmovible cielo estrellado y sus mil y mil luminarias, y cuando llevaba un rato complacido en observar el raudo paso de las luces errantes, algunas de las cuales eran acompañadas por largas estelas que parecían indicar la dirección de reinos que estaban más allá de mi entendimiento, creí advertir una nueva presencia que, silenciosamente, había aparecido cerca del lugar que ocupaba.

Me incorporé sobresaltado, y con sorpresa pude observar un formidable animal que, entre jadeos y gruñidos, pastaba junto a la orilla del río. Era grande y fuerte, más que un toro, y sus sólidas patas, así como su lomo, aparecían cubiertas por gruesas placas de algo que semejava metal. Sus movimientos eran lentos y pausados, la respiración agitada, y todo en él sugería enorme vigor, incluido el tosco y afilado cuerno que le nacía junto a la nariz. Más allá se divisaban otras sombras, y supuse que eran animales de la misma manada, pues debido a la distancia no podía discernir su verdadera naturaleza.

—Esas defensas, no obstante, parecen adecuadas para la guerra, y deberías tomar nota de ello.

La voz me resultó familiar, y miré hacia atrás y observé que quien había hablado era mi padre, el cual, de alguna forma que no podía entender, se había colocado a mi lado. Yo le interrogué con la mirada, pero él no parecía advertir nada extraño, sino que me alentaba con inconfundibles signos de las manos.

Entonces llegó un gigante blanco de retumbantes pasos y cayado resplandeciente, y apacentó al animal y le dijo,

—Señor, que en tierra de extraños te encuentras, pasta cuanto puedas y apresura la

consecución de tus caprichos de poderoso, porque quizá haya de venir quien te corrija. Esta es tierra de contiendas religiosas, y resulta inconveniente permanecer en ella. Apresurémonos, porque el brazo del abad Fitero es alargado, y peligrosas las mesnadas a su servicio..., aunque no sé qué deberías temer tú, rey de los animales, porque pocos pueden enfrentarse a tu rotundo poder –y yo me fijé en aquel ser sobrenatural y vi que era un ángel de luz que probablemente había descendido desde lo más alto del cielo estrellado.

Él me miró, y como si respondiera a mis pensamientos, añadió,

–Yo soy el ángel del séptimo coro que se opone a las tinieblas. Donde voy, se iluminan quienes me contemplan, y la sabiduría llega a su mente, aunque no a la de todos, sino solamente a la de los elegidos. Y ahora, observa esto –y me mostró un nuevo animal, gigantesco como el anterior pero por completo diferente.

Aquel tenía un larguísimo cuello y piel manchada, y sobre los ojos, que me examinaron con curiosidad, lucía unos cuernecillos que no parecían arma ni defensa de ninguna clase; también pertenecía al rebaño, puesto que el ángel lo apacentaba.

Yo lo contemplé y lo encontré de mi agrado, aunque nunca había visto ninguno igual.

–¿De dónde han venido estos animales? –pregunté, y el ángel, que permanecía en pie y rebasaba a las palmeras cercanas, y aun su luminosa cabeza parecía tocar el cielo, respondió con voz que parecía venir de muy lejos y algo tenía de musical.

–Estos animales que aquí ves habitan en países remotos, y sólo dan noticias de ellos los relatos de viajeros que expusieron su vida para descubrir si es cierto ese adagio que dice que siempre hay un horizonte nuevo tras el horizonte. Su presencia, sin embargo, es señal de buen augurio, sobre todo en los lugares en que no son conocidos. Desde ahora deberás dar testimonio de tu visión, pues son pocos los señalados por el dedo de Quien todo lo observa, y a ellos corresponde enseñar a los que no saben –y el ángel hizo un amistoso gesto con la mano y pareció disolverse entre la vegetación de la ribera, y con él los animales que cuidaba y sus sombras; todos se fueron.

Todavía descansé algún tiempo observando con atención cuanto me rodeaba, pero luego levanté la vista al cielo, por donde aún circulaban los fugitivos trazos de las estrellas errantes..., y de súbito abrí los ojos y comprendí que lo que veía era de nuevo la escueta realidad. A mi lado no estaban mi padre ni el ángel de luz y su rebaño de animales fabulosos, sino el río y su eterno sesgo derramándose entre el palmeral, y a lo lejos, allá arriba, sobre el otero, la silueta de la alargada ciudad oscura y dormida, vigilada tan sólo por la luz de los lejanos astros..., pues todo había sido un fugaz ensueño, un espejismo como tantos otros que podía recordar.

Uno de mis más lúcidos e insistentes recuerdos se refiere a los sueños, ese enigmático introducirse en mundos inaccesibles del que a veces podemos disfrutar, y que yo, durante la infancia, viví de manera permanente. Durante mis noches afloraban los caballeros de la Orden con las túnicas blancas sobre la armadura, y las sierpes del río, siempre temidas; las fumaradas lejanas que se alzaban más allá del horizonte y anunciaban la presencia de ruidosos ejércitos enemigos, y los judíos que regentaban los establecimientos que había junto al cruce de los caminos, pero también los hipogrifos, los dragones de boca llameante y otros seres que describen las leyendas que cantaban los juglares, e incluso mi madre y otras señoras que con apremio me decían, ¡corre, corre...!, ponte a salvo de las aguas de la torre que todo lo inundan, pues una cascada surgía de lo más alto de los tejados y descendía por las fachadas de las construcciones del alcázar, lo cual era muy conveniente para disipar el pegajoso calor con que nos regalan los tiempos de la estación tórrida...

...

En casa también habitó Ermentrude, una criada que mis padres recogieron por caridad y vivió con nosotros durante algún tiempo. Ermentrude aseguraba haber huido del convento al que la llevaron obligada cuando tenía diez años, y tenía mucho empaque. Era una agraciada muchacha que aparentaba alguno más de veinticinco, pocos menos que mi madre, y, aparte de nuestra lengua, en la que se expresaba con un acento que delataba su diferente origen, hablaba la suya, el occitano, y conocía de sobra el latín, que manejaba con soltura; además, participaba de muchos de los secretos de la horticultura, conocimientos que a buen seguro había adquirido en el convento del que decía haber escapado. Algo en su ser sugería una posible descendencia de casa noble, pero nunca se refirió a ello y nosotros no le preguntamos nada.

Ermentrude decía que había sido monja en tiempos anteriores en un convento de un lejano país al que llamaba Aquitania, y de ello le quedaban algunos resabios. Sabía, por ejemplo, leer y escribir, y sus sentimientos hacia mi persona debían de ser harto benévolos y afectuosos pues se obstinó en enseñarme tan inusuales disciplinas cuando yo debía de contar ocho o nueve años (ella, con su peculiar entendimiento de las cosas, me llamaba Ramoncito, forma de diminutivo que nadie usaba en mi ciudad), lo que hizo de mí un ser privilegiado, ya que eran pocos los que dominaban tales artes –y a este respecto debería añadir que ni mi hermano ni ninguno de nuestros amigos quisieron aprender e incluso tomaron a chacota tales enseñanzas, lo que seguramente lamentaron durante toda su vida–, y en tanto que se sucedían las lecciones, a las que yo al principio asistía embobado aunque con el tiempo las iba a encontrar de una lógica irrefutable, me hablaba de las tierras del norte, de las Asturias de Santillana y otros lugares en los que había estado, y de los trovadores que había conocido en años anteriores y la iniciaron en el difícil oficio de la versificación, de lo que conservaba recuerdos, y así, de memoria a veces decía,

*Más que la flor de lis, blanca y clara,
tenía ella la frente y la cara.
Por gran maravilla, sobre la blancura,
de un color bermejo y una gran frescura,
que la naturaleza le había dado,
estaba su rostro coloreado.
Los ojos, tan grande claridad producían,
que a dos estrellas se asemejaban,
y la luna naciente parecían.*

[3]

No resultaba cosa fácil entonces escribir, pues en nuestra ciudad, cabeza de la transierra, puerta de la frontera y agrupación de gentes dedicadas a menesteres que nada tenían que ver con estudios o sabidurías, por lo general se carecía de los elementos más indispensables. Para ello se utilizaban viejos trozos de pergaminos, que se cuidaban como oro en paño y con los que se componían palimpsesto tras palimpsesto, así como telas viejas que se secaban al sol procurando que se decoloraran, y aunque a veces se podían conseguir algunos papeles que vendían las gentes de las caravanas que por allí pasaban, pues los musulmanes los fabricaban en algún lugar de levante, su producción era tan limitada que el precio los ponía fuera por completo del alcance del común de los mortales. Y qué decir de las plumas o la imprescindible tinta..., y tanto era así que nosotros utilizábamos trozos del carbón de la lumbre, con los que esboqué mis primeros trazos.

No hay que pensar que en aquellos tiempos de mi infancia no se escribiera, pues se hacía tal y como se hace hoy, más de medio siglo después de lo que narro, momento en el que contratos y arrendamientos, encomiendas y edictos y estipulaciones pasan

diariamente a los archivos de tantos lugares. Mi propio padre, aun sin saber hacerlo, llevaba una suerte de contabilidad en la que se reflejaba la actividad del taller, dado que eran muchas las entradas y salidas que de continuo se producían, y para ello contaba con la inestimable ayuda de algunos escribanos, en su mayor parte judíos, que tenían gran facilidad para semejantes asuntos y todo lo que se refiriera a lenguas extranjeras, aunque también, como es lógico, Ermentrude le ayudó con gran provecho en tales labores.

Ermentrude, ser errante en aquel tiempo en el que casi todos éramos sedentarios, nos auxilió harto en nuestra vida diaria, pues siempre acompañaba a mi madre en sus labores hortenses, de las que también sabía mucho, ya que se había dedicado a idénticos menesteres durante su época monacal, pero luego, como a veces sucede, ocurrió lo que nunca hubiéramos supuesto, y ello fue que casualmente trabó conocimiento con uno de los clientes de mi padre, un caballero sanjuanista del norte que estaba restaurando la aldea que le había caído en suerte como resultado de una encomienda, y en el breve tiempo de unos meses nos sorprendieron anunciándonos su próxima boda. Aquello fue extraño, pues el encomendero no era joven, pero seguramente necesitaba alguien que le cuidara durante los tiempos que estaban por llegar, y Ermentrude, que era la disposición en persona, aceptó sin dudarle su nuevo estado, del que quizás esperaba sacar provecho en día no muy lejano.

Siempre lo he pensado: los caminos del Señor son inescrutables, y donde menos se piensa salta la liebre, sabias consideraciones que después he tenido presente durante la totalidad de mi larga y agitada vida.

Mi padre, por su parte, sintió mucho su marcha, pues como persona instruida ella le ayudaba en las labores burocráticas y su habilidosa caligrafía iba en bien de los negocios, pero a la postre no tuvo más remedio que conformarse, pasando entonces yo a ocupar el puesto de escribano que había quedado vacante, para lo que de sobra había adquirido conocimientos y recursos. No es habitual que niños de diez u once años desempeñen semejante cargo, pues fuera de los oficios más comunes o las artes de la guerra, poco se enseña a los infantes, pero mi caso fue especial, y luego, cuando crecí, descubrí que tales conocimientos, en especial los que se referían al latín, resultaban de gran utilidad.

EL ASEDIO Y LA BATALLA

Durante los primeros tiempos de mi vida sucedieron hechos harto luctuosos en la villa de mi nacimiento, pues los infieles procuraban recuperar lo que desde la antigüedad había sido suyo, plaza importante que guardaba los caminos, y así ocurría que casi todos los años, cuando llegaba la primavera, se presentaba ante nuestras murallas un ejército abundante en hombres y máquinas de guerra que obligaba a quienes habitaban en los arrabales a refugiarse en el interior del recinto, en donde vivían mientras duraba el conflicto. Sin embargo, como el interior de las murallas contaba con importante guarnición de caballeros de armas, amén de los refuerzos que en aquellas ocasiones acudían desde los términos colindantes y aun la capital del reino, las escaramuzas pocas veces fueron a más y todo se reducía a un intercambio de golpes de mano en los que, con gran pesar por parte de quienes tan trabajosamente las cultivaban, se desvalijaban las huertas, se quemaban las cosechas, se acuchillaba a quien se sorprendía desprevenido y lejos del resguardo que prestaban las sólidas murallas, y se robaba cuanto ganado hubiera quedado disperso en los campos vecinos. Los escuchas que el gobernador apostaba en las torres y castillejos que había a lo largo del camino procuraban avisarnos con antelación de la presencia de las columnas enemigas, y nosotros conocíamos cuándo iban a producirse los ataques pues la actividad en la villa se redoblaba y patrullas de caballeros fuertemente armados, acompañados por los característicos sonidos de los hierros y los cascos de los caballos golpeando en el suelo de piedra, recorrían día y noche las calles que llevaban desde los postigos al alcázar. Eran aquellos momentos de zozobra y cuando en todas las casas se llevaba a cabo el recuento de las existencias, pues podía suceder, como solía, que el asedio durara varias semanas y los víveres comenzaran a escasear.

Mientras mi hermano y yo fuimos pequeños nuestros padres no nos permitían salir a las calles durante aquellos acontecimientos que de vez en vez tenían lugar, y pasábamos largas horas al lado de la lumbre escuchando con sobresalto el silbido de los proyectiles, el restallar de las catapultas, el tronar de los tambores y el casi siempre monótono lilií de las lejanas compañías de combatientes musulmanes y su acompañamiento de atabales, pero luego, cuando ya teníamos más años, todos colaborábamos en algunas de las tareas esenciales en tales circunstancias, y en una ocasión se recabó a gritos la ayuda de quien pudiera prestarla y, junto a mi padre, hube de formar parte de una larga fila de hombres que trasladaban calderos de agua para apagar un incendio que se había producido en una casa cercana a la nuestra. Aquel fue mi primer contacto con la guerra, y durante el tiempo que duró oí silbar cercanas las flechas que lanzaban las ballestas de los atacantes, algunas de las cuales se estrellaban en las paredes de piedra con un ruido que pronto iba a resultarme familiar.

En aquellas escaramuzas, que no otra cosa eran, pues las verdaderas batallas constituyen formidables sucesos que sólo iba a conocer algunos años después, todos nos poníamos a la labor, incluidos los mahometanos que habitaban en la ciudad, aunque estos de no buen grado, pero llegados los momentos cruciales, los soldados obligaban a los que vivían en Calatrava a luchar contra sus afines en los asedios, los obligaban a presentarse como primera línea en la pelea cuando esta se daba en campo abierto y aguantar los envites de sus hermanos de religión, y para que no huyeran los encadenaban en grandes pelotones colocándoles argollas en el cuello, lo que dificultaba enormemente sus movimientos pero impedía que pudieran escapar por su cuenta, puesto que todos lo intentaban desesperadamente en cuanto se daba el caso. Cuando la refriega se desarrollaba sobre el adarve de la muralla, que algunas fueron las ocasiones que tuve de ver semejante lid, eran entonces encadenados a las almenas que remataban las altas paredes, y su misión consistía en arrojar las

azagayas y dardos que para tales circunstancias se guardaban en los enormes arsenales abovedados que había bajo el alcázar, soportar las arremetidas de la morisma provista de innumerables máquinas y oficiar de saeteros cuando los oficiales, aquellos enormes individuos cubiertos de férreas armaduras y hábitos blancos, con la mirada atroz y espada en mano voceaban las órdenes oportunas, que apenas podían distinguirse entre la enorme algarabía y el humo de los incendios, y quienes intentaban volver sus armas contra los defensores, que cualquier cosa podía suceder en tan confusos y desquiciados momentos, eran atravesados allí mismo por la larga espada de los soldados y arrojados después sin consideración a los patios y callejas contiguos a la muralla.

Ya digo que a nosotros no nos dejaban andar por las calles cuando se iniciaban los asaltos, sino que nos recluían en las casas, cada uno en la suya –y aun en la iglesia si el peligro se adivinaba cercano–, y mi madre, sin cesar en su cotidiano trajín, desgranaba oraciones mientras iba de acá para allá y nosotros la contestábamos a media voz e intentando taladrar las paredes tras las que se oían gritos, silbidos y los continuos trallazos de las máquinas de guerra, pero a veces decaía la vigilancia, pues los mayores eran necesarios en otro lugares, y ocasiones hubo en que pude ver cómo se hacía uso de los lobos, que eran los enormes garfios de hierro que usaban los sitiados desde lo alto de la muralla para defenderse de los sitiadores, y siempre he recordado aquella lejana escena en que un defensor ensartó con uno de ellos a un atacante que subía por una escala de madera y lo levantó en vilo mientras el otro manoteaba y vociferaba desesperado, para soltarlo al fin desde lo alto, yendo a estrellarse su cuerpo contra el suelo de piedra. Yo volví la cara aterrorizado, y luego di media vuelta y bajé las escaleras a escape, y no cesé en mi carrera hasta llegar a casa y oír el golpeteo de la puerta a mis espaldas.

En los asedios se arrojaba dentro de los muros toda clase de objetos, como piedras, bolas de brea hirviendo o cadáveres putrefactos para causar epidemias, y las máquinas que se utilizaban para ello, máquinas de madera provistas de resortes a veces metálicos y a veces compuestos por cuerdas retorcidas, eran de diversas clases y se conocían como catapultas, algarradas o trabucos. Todas ellas, sin embargo, tenían algo en común, y era el característico ruido que hacían cuando disparaban alguno de los proyectiles. Se escuchaba el inconfundible trallazo de los tensores, y una enorme bola de piedra sobrepasaba el lienzo de la muralla e iba a caer sobre alguno de los tejados de las casas vecinas. Estos a veces soportaban el choque de la ingente masa, pero otras se derrumbaban con estrépito y de su interior surgía una nube de polvo y piedra que cubría la calle y obligaba a apartarse a los que estaban en las cercanías, que luego retornaban presto y procuraban ayudar a quienes habían sufrido el impacto, aunque cuando ocurrían aquellos lances las casas más expuestas solían estar vacías, dado que sus ocupantes las desalojaban en previsión de tales sucesos.

También existían las máquinas de batir murallas, o sea, de derribarlas, las cuales recibían los nombres de arietes, bastidas, muruecos o vaivenes, dependiendo de cuál fuera su funcionamiento y propósito, y la vez que digo –porque yo estoy narrando una historia, mi historia, y esta se compone de múltiples sucesos que con minuciosidad iré desgranando– utilizaron un método diferente, y es que de alguna manera que ignoro consiguieron pegar fuego a la gran puerta, que para prevenir tal contingencia estaba reforzada con planchas de metal, y luego arrimar hasta ella un ariete de vaivén que habían traído desde el campo cercano y cuyos servidores, aunque se cubrían con algo a modo de testudo, eran renovados continuamente, pues los flecheros daban con puntualidad cuenta de ellos.

Aquellos arietes colgaban libremente de una estructura de madera que se movía sobre grandes y macizas ruedas, y arrastrarlos era una pesada tarea, más si se piensa que quienes en ella trabajaban estaban expuestos a recibir los impactos de todo cuanto se

arrojaba desde los matacanes y la parte más alta de la muralla, pero tan ingrata labor la llevaban a cabo cautivos encadenados, en su mayor parte cristianos, que eran forzados a ello por negros provistos de látigos. El ariete, además, al chocar contra la puerta producía un inconfundible fragor que obligaba a poner pies en polvorosa a quien se encontrara en las cercanías, pues parecía que todo iba a derrumbarse, sobre todo si se piensa en la algarabía propia de los asaltantes, en la que eran maestros y acompañaban con frecuentes y rítmicos redobles de las compañías de tambores que siempre se encuadraban en sus ejércitos.

Al fin la puerta cedió, y quienes la defendían, abandonándola a su suerte, corrieron lejos y en dirección a las puertas del alcázar, que era el único reducto que se mantenía a salvo. Todos corrimos en aquella dirección, pues si los atacantes conseguían entrar en la ciudad estábamos perdidos, y en la calle que a su enorme y claveteada puerta conducía se juntó una multitud de seres desamparados que gritaban con desesperación, hombres con hoces y garrotas que la golpeaban y mujeres con niños en los brazos y ansiosamente miraban hacia el desierto extremo de la calle, pero los que estaban en el interior hicieron caso omiso de nuestros gritos porque a buen seguro que estarían muy ocupados preparándose para el inminente asalto, de forma que cuando apareció el primero de los caballeros sarracenos se hizo al pronto un silencio glacial, y luego una huida en tropel ocupó las callejas adyacentes y se desparramó por cualquier lugar que estuviera lejos de los vociferantes recién llegados.

En la confusión que siguió me sentí arrastrado por mi madre sobre suelos de agudas piedras, y por el rabillo del ojo pude ver que a mi hermano le sucedía otro tanto. Ella corría obligándonos a seguirla y sin mirar atrás, y de tal forma nos internamos en una de tantas callejas como en el pueblo había. El arroyo se presentaba seco y polvoriento y las piedras laceraban mis pies y mis rodillas, pues continuamente me caía y debía volver a levantarme, pero no había alternativa en aquel repentino escenario de desolación y sólo cabía correr hacia los tiempos que habían de llegar, correr ahora que puedes y aún conservas hábitos de vida en tu persona, y no cejar, pues el cejar es la muerte segura a manos de los oscuros invasores que han llegado desde más allá del mar, aquellos a quienes nadie invitó, aunque eso se podría decir de todos, pues la codicia es algo universal, y también los cristianos, y aun los judíos, corren tras las encomiendas como yo ahora me siento obligado a hacer, las monedas delpreciado metal y los lugares que por sí mismos generan riqueza...

Yo intentaba despertarme de aquella pesadilla pero no lo conseguía, y por más que manoteaba todo seguía ante mis ojos, los caballos que recorrían las calles se mostraban aquí y allá y parecían perseguirnos, y el brillo de los hierros pulidos y las caras desencajadas por el esfuerzo, el restallar de las ballestas y las arremolinadas brasas de los incendios se desplazaban desordenadamente y ocupaban cualquier lugar hacia el que dirigiera la vista, incluidos los más ocultos rincones. Todo había sido invadido por aquel desbordamiento de feroces gentes armadas y pocos eran los lugares hacia los que, antojándonosos seguros, hubiéramos podido dirigirnos. Mi padre había desaparecido en el tumulto, y sólo la presencia de mi madre corriendo por la calle de desigual piso me daba indicios de que la vida seguía desarrollándose alrededor de nosotros, aunque yo nunca hubiera querido que sucediera aquello, menos de la forma que sucedió, pues un jinete nos alcanzó, llegó por detrás y oí los cascotes de su montura golpear en el suelo, parecía que pasaba de largo, pero un silbido rasgó el aire, el silbido de una hoja de metal, y un grito furioso en un idioma que me resultó desconocido, quizá una imprecación, rebotó entre las paredes que delimitaban la calle. Yo no quise mirar, aunque creí que el jinete nos adelantaba y se alejaba, pues los ruidos así parecían indicarlo, pero lo que advertí fue que la mano de mi madre, aquella con la que hasta aquel momento había sujetado la mía, de improviso se desmadejaba como si las fuerzas la faltasen, su abrazo se disipó en algo impalpable y todo se volvió

del revés, pues era yo entonces el que intentaba correr alejándome de los acontecimientos, era yo el que empleaba mis fuerza en huir de donde no se puede huir, y noté que su mano se deslizaba entre la mía, y aunque intenté retenerla, resultó en vano pues mi madre ya no sabía que tenía dos hijos a los que arrastraba lejos de la turba de embozados moros, lo había olvidado todo, la sangre brotó de su cuello y todo se borró de su cabeza, incluso que tenía dos hijos..., y lo que digo sucedió en un abrir y cerrar de ojos y sin que ninguno pudiéramos hacer nada para evitarlo ni aun darnos cuenta inmediata de lo que había ocurrido.

Mi madre se desplomó en el suelo muerta, exánime, con la cabeza casi separada del tronco, yo lo vi..., pero era tal mi aturdimiento que la imagen voló de mi cabeza y dejé que fuera mi hermano quien me arrastrara de nuevo hacia el extremo de la calle por el que habíamos llegado. Sin embargo, no fuimos lejos, pues el moro, deseoso acaso de completar su hazaña, volvió luego grupas, y ya se dirigía enarbolando la espada hacia nosotros, que le contemplábamos mudos y paralizados, cuando un grupo de flechas surgidas de las almenas impactaron en su cuerpo, y aunque casi todas resbalaron porque seguramente portaba armadura bajo las ropas, una de ellas se le clavó en el cuello y lo atravesó de parte a parte. El atlético y solitario jinete no emitió ningún sonido, sino que cayó del caballo y este lo arrastró unos metros. Luego se detuvo a nuestro lado, como ofreciéndonoslo, y comenzó a triscar las hierbas que sobresalían entre las piedras de la calle. Mi hermano se agachó y despojó el cuerpo de un puñal que llevaba en un costado, un puñal brillante en cuyo mango relucían varias piedras de colores, pero aún no le había dado tiempo a ponerse en pie cuando resonaron cascos en el otro extremo de la calle y vimos cómo dos sarracenos se aproximaban al galope. Junto a nosotros había un pozo y mi hermano se tiró por él, pero yo no me atreví y dejé que llegaran los moros, aunque estos no me hirieron, ni siquiera me miraron, sino que continuaron calleja adelante como si no existiera, y por su extremo desaparecieron. A hurtadillas contemplé cuanto me rodeaba, y como nada se movía recogí aprisa el puñal y con él en la mano y sin acertar a pensar más que en lo inmediato corrí en una dirección cualquiera.

Ante mí había una calle, una de las calles de mi ciudad, tan holladas por mis pies, pero aquella me resultó desconocida pues el negro humo de los incendios lo había cambiado todo. Se oían voces y cascos de caballo patear en los suelos de piedra, pero parecían producidos por seres invisibles porque nada se presentaba ante mis ojos, sólo el arremolinado humo del incendio y el penetrante olor de sustancias fabulosas que parecían llegar desde muy lejos y acaso habían arrojado aquellos bárbaros con las catapultas.

Algunos de los soldados que se resguardaban en el alcázar, viendo que el número de atacantes no era cuantioso, hicieron una salida al exterior con la intención de expulsar del recinto a quienes en él habían entrado, y durante un buen rato se escuchó en las calles el entrechocar de picas y espadas y los gritos de los combatientes, y como el rumor de la contienda parecía acercarse, trepé por una derrumbada pared a mi alcance y me encastillé en un balcón que se presentaba desnudo y derruido. Aquella casa aún ardía de resultas del combate, pues seguramente había sido incendiada por la antorcha de uno de los asaltantes o una flecha flamígera llegada desde más allá de la muralla, pero no me importó porque era el único camino que me iba a permitir escapar del temible sonido de las espadas, así que entre tizones ardientes me escondí en el rellano de un ruinoso primer piso sin saber qué hacer, aunque desde mi atalaya, a modo de matacán, podía ver la calle desierta bajo los pies. No había nadie, y los gritos y sonidos de las armas parecían provenir de lugares difíciles de determinar, lugares que yo había visto en mis sueños, pero luego apareció un moro entre el humo de la calle, un jinete que maniobraba dificultosamente su caballo, pues quizás él tampoco sabía a donde dirigirse, y yo, sin siquiera pensarlo y como obedeciendo a un impulso propio de los

sueños que dije, me dejé caer sobre la aparición como en el juego de la noria al que tantas veces había jugado en las acequias del río con mis amigos.

Aquel fornido individuo quizás era un personaje importante, pues llevaba una larga y brillante capa amarilla que ondeaba al viento cuando el caballo se encabritaba, pero yo salté sobre él desde mi escondite y tuve suerte pues no me caí, y luego me aferré a su espalda y, con toda la saña que pude, le clavé el puñal por donde entró. Él se enderezó ante el verdugazo y se llevó la mano al costado, pero aquel fue su último gesto, pues de inmediato se despeñó de la montura yendo a parar al suelo. Yo caí encima y rodé lejos del cuerpo acuchillado, y viendo que alrededor de nosotros unos caballeros de túnicas blancas y cascos de hierro peleaban con algunos jinetes, escalé velozmente la pared derrumbada desde la que me había dejado caer y me oculté entre las ruinas de la casa quemada.

El tejado se había desplomado en parte, y lo que quedaba amenazaba con venirse abajo de un momento a otro, pero al fondo se mostraba un ventanuco por el que se adivinaba el cielo del mediodía. Corrí sobre el suelo sintiendo cómo crujía y de un salto me encaramé en el alféizar y atisé el exterior. La estrecha abertura daba sobre una calleja, y detrás estaba el paredón de la muralla en donde se libraba la batalla, aunque el adarve del lienzo se mostraba desierto. Yo quería escapar de la refriega por cualquier resquicio, por mínimo que fuera, y aquel, cuando todas las puertas parecían cerrarse, me pareció un camino practicable, pues mi madre yacía en la calle que es de todos y su cuerpo había sido desmembrado por un caballero moro que no sabía quiénes éramos ni por qué corríamos cuando nos alcanzó, y mi hermano reposaba en el fondo de un pozo del que seguramente nunca podría escapar...

Salté por la ventana hacia el exterior, y luego, contemplando a hurtadillas los desiertos alrededores, pues la batalla se libraba en el otro extremo de la ciudad y desde allí llegaban los gritos y tronar de tambores, remonté la escalera de piedra que nacía en la calle y ascendía hasta lo más alto de la muralla. Me encontraba muy solo y desesperado, no sabía lo que hacía, nada veía delante de mis ojos nublados por las lágrimas y el abatimiento más hondo, pero aunque *la soledad se cierne a mi alrededor, Dios protege a sus criaturas*, como siempre había oído decir, pues ante mí, apoyada en la cúspide de la pared almenada y presta a derrumbarse, se mostraba una de las escalas que se utilizan en los asaltos, y aunque aparecía desvencijada y crepitante y no hubiera soportado el cuerpo de un hombre, juzgué que bien podía servirme para descender hasta el foso y los chaparros que lo bordeaban y de allí llegar hasta el río, en donde sin duda podría ocultarme de los jinetes armados de espadas de cortante hierro, de sobra lo sabía y no iba tan fácilmente a olvidárseme. Me parecía difícil, pero no me quedaba más remedio que intentarlo pues estaba solo, y aunque mi padre hubiera sabido cómo hacerlo, *ahora él está ahí abajo batallando contra los duros sarracenos y no puede decirme nada, y yo de verdad que estoy solo pues mi hermano se tiró al pozo cuando el jinete de rostro desconocido cortó el cuello a mi madre, ¡maldito sea!, pero ahora no pienso en eso sino en escapar y tengo que apañármelas con mis solas fuerzas, lo sé y nadie me lleva la contraria...*, y allí fue donde, tallada con groseros caracteres en aquella almena a golpe de pico, con sorpresa pude leer una ya muy borrosa inscripción que manos anónimas habían trazado quién podía saber cuándo y rezaba, «Dios conmigo».

Con la antigua invocación repiqueteando en mi alma de niño desamparado me encaramé en la humeante escala y la abordé por el exterior. Luego, todo lo deprisa que pude, pues en cualquier momento podían hacer aparición aquellos que mataban seres indefensos, descendí hacia el foso y rodé por el terraplén hasta los matorrales, en donde me detuve para espiar lo que me rodeaba, aunque sólo pude escuchar mi corazón alterado.

Agaché la cabeza y, corriendo como si me persiguiera el demonio, abandoné mi

escondite y me interné en la llanura de huertas protegido por sus frondas, pero tuve suerte pues nadie había en las inmediaciones y pronto estuve a salvo y a cubierto de las plantaciones, en donde era difícil que me descubrieran. Aún después corrí hacia el río, las acequias y sus norias, en donde algunas bestias, ajenas al suceso, todavía llevaban a cabo su labor, y me zambullí entre los juncales que delimitaban la ribera. Aquel había sido mi escondite preferido durante largos años y juzgué que nadie sería capaz de encontrarme, como en efecto sucedió.

Transcurrió la tarde mientras avizoraba con ansiedad la ciudad humeante y procuraba descifrar el curso de los acontecimientos por los sonidos que desde ella me llegaban, el redoblar de los tambores y los golpetazos de las máquinas de guerra, los gritos lejanos y algunas siluetas confusas que sobre la muralla aparecían y desaparecían a intervalos, pero poco más pude observar, pues el grueso del enemigo se situaba al otro lado del cerro sobre el que se asentaba la población, el lugar por el que se había producido el asalto. Únicamente, cuando el sol parecía descender hacia el horizonte, advertí los primeros signos de que la acometida no había logrado su propósito, pues la algarabía decreció y dispersos grupos de moros aparecieron cabalgando por aquel lado e incendiaron cuanto quedaba, algunas chozas que había junto a las huertas, y luego, fustigándole, se llevaron el escaso ganado que los habitantes de la ciudad no habían podido poner a salvo, ovejas que huían y los animales de las norias, aunque algunos de estos, trabados como estaban, opusieron desesperada resistencia y fueron descabezados allí mismo entre enorme tumulto y nubes de polvo que ascendían con los remolinos que el calor de la tarde provoca. También me pareció que los bandidos ascendían, pues en mi confusión creí advertir que los cascos de los caballos se despegaban del suelo y tomaban rumbo al coloreado cielo de la media tarde, pero cuando lo pensé no me extrañó, pues aquellos caballeros, que no menos que nosotros defendían sus intereses y religión, quizás estuvieran iniciando realmente su particular peregrinación al Paraíso de las huríes que estaba recorrido por ríos de leche y miel, según decían, y reservado a los inmolados en combate, de los que, a buen seguro, algunos más se podrían contar después de la larga y calurosa jornada. Yo mismo había colaborado a ello cuando clavé por la espalda el puñal al moro de la capa amarilla, capitán seguramente de sus ejércitos y que nunca hubiera esperado la acometida traidora de un niño cualquiera, pero váyase una cosa por la otra pues ellos también segaron la vida de mi madre cuando más la necesitaba, corriendo de su mano por una calleja sin nombre y de repente sin ella..., pero ahora era tiempo de otros asuntos y no debía distraerme pues la batalla seguía y los caídos en ella ascendían al cielo, bien claro lo veía, aquellos caballos de consistencia polvorienta y sus impalpables jinetes vestidos de colores brillantes y que a buen seguro eran los espectros de algunos de los que de improviso nos habían atacado esperando hacerse con nuestras riquezas y ocupar nuestros puestos en la llanura amarilla... ¡Dios conmigo!, había leído en la almena de la muralla, ¡Dios conmigo...!, pero paraísos hay muchos, pues de no ser así, ¿adónde se dirigen esos inmateriales seres que orgullosos cabalgan sobre las arremolinadas nubes de polvo del principio del estío?, y también esos príncipes de luz que sobre las armaduras visten los hábitos blancos de las órdenes militares y con la espada llameante señalan al Cielo de los cristianos, porque no son sólo los sarracenos los que esperan una nueva vida en el Más Allá, sino la suma de los contendientes de todas las batallas que en nuestro mundo hay, incluidos los bárbaros de la lejana Asia que amenazan el imperio de Constantinopla y los cruzados que en Tierra Santa se mantienen en las fortalezas que ellos mismos han construido, allá fueron todos como hoy son estos los que suben al Cielo, cada uno al suyo, aunque desde los juncales del río cenagoso yo sólo sea capaz de divisar esas sombras imprecisas, nubes que semejan jinetes de ondeantes capas y espadas bruñidas, seres que ascienden al cielo después de la batalla en la oscuridad que se cierne aquí y allá...

Luego pasaron las horas, cayó el sol hacia poniente y me desperté temblando entre los juncos de la ribera pues el cansancio me había rendido, tiritando sin poder impedirlo, los dientes me castañeteaban y lloraba porque de pronto me acordé de mi madre yacente en una calleja cualquiera y derramando su sangre sobre las piedras, aquello fue lo primero que me vino a la cabeza, y luego a mi hermano arrojándose por el brocal del pozo y desapareciendo para siempre, todo se borró en un instante y yo me quedé solo, aunque mi padre a lo mejor había salido con vida de la catástrofe y yo no lo sabía, pero ¿cómo averiguarlo? Mis ojos intentaron taladrar las murallas de la ciudad, pero desde allí sólo podía ver el negro humo de los incendios, aún más negro al mezclarse con el ocaso, elevarse hacia el cielo y desaparecer en las sombras de la oscuridad que se avecinaba. La algarabía que horas antes había ocultado cualquier otro sonido se había apagado casi por completo, y sólo lo que parecían lejanos ayes de los heridos, que de vez en cuando podían escucharse, poblaban el frío aire de la noche.

Todo aquello advertí desde mi escondite junto al río, y luego pude observar cómo algunos grupos de soldados a caballo salían de la ciudad y recorrían los campos de los contornos, pero la oscuridad me impidió averiguar quiénes eran los caballeros y a qué bando pertenecían, de forma que desistí de abandonar mi escondrijo y me acomodé como mejor pude para pasar la noche, noche durante la que casi no pude conciliar el sueño sino para tener mil pesadillas. ¡Irremediablemente me había quedado solo sobre la superficie de los campos amarillos, e ignoraba por completo si tenía recursos para afrontarlo! Además, aquellos caballeros de todos los ejércitos, unos con la cruz sobre los hábitos y otros de oscuro aspecto, durante la noche entera ascendieron al cielo desde mis cercanías y me aleccionaron sobre el porvenir.

—Niño de Calatrava que te has quedado solo en este mundo inhabitable... —me susurró alguien de regio y nebuloso aspecto, y añadió—. Cercanos están los días de gloria que vendrán para todos, y tú participarás en ellos, aunque difícil te resulte ahora de creer.

La voz del augur parecía descomponerse en el aire, pero sus ecos aún me dijeron,

—El futuro te espera agazapado más allá del horizonte que desde aquí puedes divisar, más allá de los montes que te separan de los reinos de Córdoba y Jaén, y durante su transcurrir encontrarás fortuna, aunque inexplicables te resulten ahora mis palabras. Es la voluntad de Dios y de sus valedores en esta extrema y apartada tierra de cristianos, el rey Alfonso y su comisionado, el abad Fitero de largo brazo...

Al fin, cuando amaneció, me encontré derrumbado en el suelo, incapaz de moverme, agarrotado hasta el extremo por el frío de la noche, los pelos quemados y la cara llena de porquería, y en semejante estado, aún antes de atreverme a ponerme en pie, escuché cascos de caballos que transitaban por los contornos. Eran dos de los soldados del alcázar, que con sus largas túnicas y las espadas desenvainadas parecían reconocer el terreno. Ellos me vieron y se acercaron al lugar que ocupaba. Tras contemplarme durante largo rato, uno de ellos me preguntó,

—¿Cómo te llamas? —a lo que a duras penas pude responder,

—Ramón.

Él me alargó una mano en lo que me pareció además amistoso, y al cogérsela tiró de mí hacia arriba y me encaramó en su caballo.

—¿Estás solo? —me preguntó mirando a su alrededor

Yo, tiritando, moví la cabeza con el más hondo pánico pintado en mi faz, pues ni a aquel que de repente me auxiliaba osaba mirarle a la cara.

—Vamos —dijo, y volviendo grupas sobre sus pasos nos encaminamos hacia la ciudad.

En ella la agitación era grande porque el asalto del día anterior había arruinado algunas casas, que se mostraban aquí y allá consumidas y todavía humeantes, y producido estragos entre la población, cuyos sobrevivientes se aprestaban a sanar sus heridas y enterrar a los muertos. Nosotros entramos por la puerta grande, vigilada por numerosos soldados, y tras despedirme muda y agradecidamente de quienes hasta allí me habían

llevado, corrí hasta mi casa, que encontré con la puerta derribada y todo su contenido revuelto y destrozado, pues durante las entradas, sobre todo si se estaba en disposición de ello y había oportunidad, se desvalijaba lo asaltado en busca de quiméricas riquezas escondidas, por lo general sólo existentes en casa de ricos. Pocos vecinos encontré, y ninguno supo darme razón sobre el paradero de mi padre, a quien aseguraron no haber visto, pero me encaminaron al hospital de sangre que se había instalado junto al alcázar, lugar al que me dirigí con toda la celeridad que las piernas me permitieron y en donde me encontré en la mayor de las confusiones. Los ayes y los lamentos, tanto de los heridos como de quienes buscaban entre los cuerpos maltrechos y destrozados de los fallecidos, lo llenaban todo, y los cirujanos encontraban dificultades insuperables para llevar a cabo su caritativa labor, limitándose a arrojar baldes de agua e intentar limpiar y poner un poco de orden en el caótico lugar. Yo recorrí la larga y abovedada sala observándolo todo con cuidado, y el corazón casi me saltó en el pecho cuando, entre un montón de cuerpos apilados, reconocí las ropas de mi madre, que asomaban entre despojos y otros restos ensangrentados...

Aparté cuanto tenía encima para encontrar su cuerpo descabezado..., lo que consiguió que casi me derrumbara, pues aunque recordaba perfectamente el lance, que durante las últimas horas no había podido apartar de la mente, de nuevo se hizo presente el momento en que el jinete volteó su espada sobre nuestras cabezas y su filo cortó el aire produciendo el característico silbido que nunca he olvidado. Luego los flujos del estómago afloraron en mi boca y surgieron como un surtidor que se derrama, y llevado a ello por la emoción, con los ojos abiertos hasta el paroxismo y las manos intentando contener lo incontenible corrí hasta el exterior, en donde, sordo y ciego a cuanto me rodeaba, caí de rodillas en el puntiagudo suelo de la calle.

En las puertas de aquel hospital de sangre, cuando ya presumía haberme quedado solo en el mundo y nada venía a mi cabeza que me sirviera de consuelo, entre personas sin nombre ni cara que pasaban a mi lado, unas atareadas y otras llorosas, una mano se apoyó en mi hombro, y al darme sobresaltado la vuelta encontré a mi hermano doliente y apoyado en una muleta de palo, herido y magullado pero vivo, y nuestra sorpresa al contemplarnos fue grande. Me levanté como un rayo y me abracé a su cuerpo poseído por mil emociones, actitud en la que permanecimos durante un rato, y al fin me desmoroné por completo. Hernán, sin embargo, con la cara contraída por el dolor, me hizo levantarme, y sin decir palabra me condujo de nuevo al interior del hospital. Apartando la vista del lugar en que se encontraba el desmembrado cuerpo de nuestra madre recorrimos la larga nave en la que se amontonaban muertos y heridos, y allí, al fondo, sobre uno de los jergones, roto, irreconocible y atravesado por varias flechas encontré el yacente y desfigurado cuerpo de mi padre, al que a duras penas reconocí. Permanecí ante él inmóvil, preguntándome en mi estupor y una vez más si nunca volvería a verlos, para concluir que en aquel lugar finalizaba de manera abrupta e irremediable la primera de las etapas de mi vida, que había transcurrido sin yo sentirlo. Todo había cambiado de la noche a la mañana, ¡y de qué manera...!, y después de arrodillarnos ante el camastro e intentar rezar lo que se nos ocurrió, que largo rato empleamos en ello y a mi cabeza acudieron pensamientos que iban desde los simples recuerdos de los tiempos felices de antaño a los ingenuos propósitos de venganza que la cabeza de un niño puede albergar, nos vimos en la necesidad de enterrar los cuerpos de quienes nos dieron la vida.

Conseguí un carro que me prestaron, y tras recuperar los cadáveres de nuestros padres y envolverles en lienzos que trajimos desde nuestra casa, con enormes dificultades, pues mi hermano en su invalidez apenas podía ayudarme, arrastrándolo nos dirigimos al camposanto que existía extramuros, más allá de la huertas y del río. En tiempos anteriores se había enterrado a los muertos en el interior de las dos iglesias que había en la ciudad, bajo el suelo, pero como los fallecidos habían sido muchos

durante aquellos años, pues el lugar estaba expuesto a las continuas acometidas de nuestros enemigos, se habilitaron para ello ciertas parcelas que se situaban lejos de las murallas, aunque resguardadas por la sombra de un enorme palmeral, y fui yo quien tuvo que hacer todo el trabajo, pues mi hermano, pese a su buena voluntad, no podía mantenerse derecho sobre las piernas. Pasé la tarde cavando una fosa de suficiente tamaño, y luego, entre los dos, colocamos dentro los cuerpos, a los que cubrimos de piedras y tierra.

Permanecimos allí lo que restaba de día, dando vueltas, rezando a ratos y contemplando el lugar y el paisaje entre otros grupos que, cerca de nosotros, se dedicaban a idénticos menesteres, y a los que acompañaban varias mujeres que lloraban a gritos mientras enterraban los cuerpos de algunos niños.

Luego, cuando la noche cayó y nadie quedaba en las cercanías, volvimos a la ciudad, a nuestra casa, a la sazón desierta, tarea en la que me vi obligado a ayudar a mi renqueante hermano, pues en su cojera casi no podía andar, ni incluso con la ayuda de la muleta, y pasamos la primera noche en vela, intentando poner orden en el mar de revueltos objetos y contemplando mudamente la desolación que de improviso había caído sobre nosotros...

LA FRONTERA

Yo fui acogido por un herrero que había venido de las comarcas del norte, tierra de leoneses y otros seres de leyenda sobre los que Ermentrude me había dado noticias, y al que ya conocía porque había sido amigo de mi padre y habitaba en una casa vecina a la nuestra, y mi hermano encontró acomodo dentro de las paredes del alcázar, pues uno de los caballeros que entre ellas vivían le tomó a su servicio.

El herrero, que tenía una amplia familia que aumentaba todos los años, niños y niñas menores que yo que en seguida me adoptaron como hermano mayor y con los que hice inmejorables migas, no me llamaba niño o doncel sino *menino*, que quiere decir *niño* en el idioma de su tierra, porque aquel hombre, a quien Dios acogió hace largo tiempo en su seno, era oriundo, como dije, de los reinos que existen a poniente de la tierra fronteriza que habitábamos, el lugar de los antiguos suevos de los que hablan las crónicas que mucho después tuve oportunidad de ver en una de las capitales de nuestro reino, la gran ciudad de Toledo. El término sobredicho, *menino*, tenía además y en aquellos entonces un gran significado para mí, pues mi padre adoptivo, un día y con enorme sigilo me explicó que era un título importante y poco menos que inmediatamente anterior al de caballero..., bienintencionada patraña que fue muy de mi agrado, pues en mis fantasías ya me veía vistiendo la túnica blanca de tan importantes personajes.

Él herrero que me adoptó se llamaba Rubén y me enseñó mi segundo oficio, que era el suyo, oficio importante, puesto que de él dependen buena parte de las actividades que conforman nuestra vida diaria, como son la guerra y la agricultura, y por eso, pasados los años y cuando ya me había establecido, tuve siempre buen cuidado de contar con los mejores artífices de tal disciplina, cuya importancia conocía.

En la vecindad vivía un molinero con familia muy numerosa que también había sido amigo de mi padre, pues todos ellos vivían en el mismo barrio. Se llamaba Josephus y por encomienda tenía asignado uno de los molinos que aguas arriba del río se asentaban, y aparte de tener amplia familia gustaba de visitas y entrevistas y de la gente que de vez en vez merodeaba por los contornos, habiendo siempre en su boca palabras de consuelo para los desfavorecidos caminantes sin rumbo y los escasos orates que por aquellos apartados pagos transitaban de norte a sur, tierras difíciles para los de su profesión. Josephus, no obstante, había sido un campeón de la conquista y su brazo era de hierro, por más que su temperamento fuera dulce y delicado como flor de harina, ¡quién lo diría!, y sus manifestaciones, afables y amistosas hasta el extremo. El molinero, por si lo anterior no le definiera con suficiencia, tenía un libro en su casa, un libro de cubiertas duras y hojas aún más duras, pues se resistían a dejarse pasar, que hizo mis delicias, pues desde mis tiempos con Ermentrude apreciaba aquellos objetos, pero como él no sabía leer, ni ninguno de los que su casa albergaba, era yo quien de vez en cuando, cuando me llamaban, me acercaba hasta su puerta y, bajo la atenta mirada de cuantos nos rodeaban, leía en voz alta pasajes de las leyendas que narraba el durísimo tomo. Aquel libro era un voluminoso ejemplar del libro por antonomasia, es decir, la Biblia, y en él, escogiendo páginas al azar, me tropecé con algunas de las cuestiones que con el tiempo habían de ser iluminación de mi vida entera, como aquel *vanidad de vanidades, todo es vanidad...*, que tanto había de cantar, por más que yo entonces no lo entendiera y lo recitara como uno de esos necios pájaros de brillantes colores que los ricos musulmanes de las haciendas del sur se complacen en mantener en sus casas para solaz de los serrallos. El molinero, además, comentaba lo que oía y hacía toda clase de consideraciones morales al respecto, glosas que despertaban la admiración en un auditorio rodeado de animales –pues los chones y los perros entraban y salían como Pedro por su casa–,

compuesto de campesinos y soldados, amén de las ocasionales gentes de paso que visitaban nuestra ciudad.

Muchos fueron los cometidos que desde entonces hube de desempeñar, para los cuales nunca hubiera pensado que servía, pues aparte de lo que se refería a las lecturas, *novísimo arte*, entre una casa y otra me encontré de improviso rodeado de una amplia familia de la que ocuparme, y tan pronto estaba ilustrando a las niñas en las muchas mañanas del cultivo y escarda de las huertas de la vega, en las que con suficiencia había sido instruido durante la niñez más temprana, pues la cizaña y otras malas hierbas abundan..., como ejercitando a los niños en las fingidas destrezas de la guerra, de las cuales no era la menor el arriesgado juego de caer derecho sobre el borrico de la noria cuando pasaba bajo la viga maestra, y ya que hablamos de los animales que se utilizan como montura, contaré asimismo que durante aquellos años hice mis primeras armas sobre caballos de verdad.

Con anterioridad había cabalgado las mulas que en el taller de mi padre se utilizaban para mover los enormes bloques de piedra con los que se trabajaba, por lo que tal asunto no me resultó nuevo por completo, y también los asnos que sobre enormes seras transportaban el grano de la era a los almacenes y las espuestas llenas de olivas que se traían del campo, pero los caballos eran animales muy caros y apreciados, y sus dueños, en especial los soldados, tenían buen cuidado de mantenerlos siempre a buen recaudo y lejos de las codiciosas miradas con que se los contemplaba. El herrero, sin embargo, tenía varios magníficos ejemplares, pues aparte de ser un gran aficionado a las artes cinegéticas, los utilizaba en las labores de su establecimiento, y sobre uno de ellos, una yegua que vivió largos años y demostraba una paciencia digna de Job, me inicié en los entresijos de la equitación, siendo yo luego quien había de enseñar tales habilidades a los numerosos niños de mi familia de adopción.

Ya lo digo: la muerte de mis padres cambió mi vida por completo, y de vivir en el seno de una parca y silenciosa familia, pasé a constituir casi cabeza de numerosa y alborotada prole que a todas horas precisaba cuidados y enseñanzas, que yo procuré prodigarles, y algo parecido sucedió con mi hermano, a quien veía a menudo y cuando sus obligaciones, que eran muchas, se lo permitían, pues debía atender a su señor, velar por su seguridad y bienestar, mantener sus armas afiladas y libres del orín que las corroe, y, por supuesto, dedicar idénticos cuidados a sus monturas, en especial a la preferida por su dueño, un caballo alazán de blancas crines que era el espejo de la vivacidad.

Todo cambió, sí, y de ser un niño, de la noche a la mañana me encontré convertido en un *menino*, aquel importante título anterior al de caballero del que había sido informado por mi padre adoptivo, pues ya adivinaba sobre mi cuerpo la férrea armadura que distinguía a tan notorios personajes; sobre ella, la blanca túnica de los caballeros de Calatrava, y en mi mano la espada que había de hacerme célebre en la difícil y combativa tierra que era la frontera, la tierra de mi nacimiento..., pero, dejando aparte las bromas propias de los pocos años, contaré todavía que, junto a las labores caseras, comencé a aprender el oficio de quien me había empleado, es decir, el oficio de los herreros, uno de los más importantes que hallarse puedan, pues se dedica por igual a las armas y a las artes agrícolas. ¿Qué sería de estas importantes ciencias que nos procuran el sustento si no se pudieran forjar y afilar convenientemente las rejas y los azadones, las guadañas, las lanzas o las espadas?

Durante los primeros días soñé con modelar con mis propias manos las piezas que componen las armaduras, el peto, las lorigas, las manoplas, el yelmo y su morrión, y aunque todos celebraron mis entusiásticas palabras con grandes voces y risas, me enviaron a mover el fuelle, tarea en la que, durante una temporada hube de sustituir a la mula que a tal efecto dedicaban. Sin embargo, aunque aquello me enseñó que cualquier oficio debe aprenderse desde el comienzo, y a la postre me conformé con

ello, cuando algunos días después insinué que me encontraba preparado para más altas empresas y podía comenzar a fabricar herraduras, uno de los aprendices, un mocetón algo menos que jorobado que se distinguía por sus músculos y el enrojecido color de la piel, torció la cara.

–¿Las herraduras? –dijo contemplándome sorprendido, y simulando paciencia añadió–. Esa es una labor difícil. Antes deberás aprender a hacer los clavos.

–¿Los clavos...? –casi grité ofendido ante lo que me pareció tamaña desconsideración, pero aquel hércules, que se llamaba Moisés y con el tiempo había de llegar a ser uno de mis mejores amigos, no paró mientes en mis remilgos, sino que enarbó fugazmente la espada que se entretenía en bruñir, y me dio tal cintarazo que caí al suelo abatido y me costó un buen rato recuperar el resuello mientras a mi alrededor resonaban las carcajadas de los presentes.

El maestro, sin embargo, mi padre adoptivo, pese a que se reía de mi infortunio como los demás, acudió en mi auxilio y, amén de ayudarme a levantar, me consoló diciéndome que los clavos son muy importantes porque de su refinamiento dependen el buen ajuste de las herraduras en los cascos de los caballos, que no pueden prescindir de ellas..., y yo, ante tales palabras, durante mucho tiempo puse todo mi empeño en dejar las puntas perfectamente aguzadas y de la mejor forma posible.

En mis fantasías creía encontrarme en la fragua de Vulcano, entre todos aquellos fornidos personajes de leyenda que llevaban a cabo semidesnudos sus ardientes labores, rodeados de carbones encendidos y pesados yunques y provistos de las tenazas y los voluminosos martillos que en tales lugares son necesarios, y todo ello entreverado con los continuos ruidos que sin cesar se producen... También acompañado por el mineral y las tierras que hay que lavar, los innumerables sacos de carbón que acarreaba y el vino que de continuo circulaba entre los abrasados artesanos, y, ¡cómo no!, una vez más del fuelle, que es movido por el trabajo de las bestias o la fuerza del agua de algún cercano torrente, cuando no de ciertos aprendices importunos; de las hormas para las piezas que han de modelarse con el candente hierro, y de los mandiles y chapeos de cuero que te libran de los continuos chispazos que desde la forja se desprenden..., pero cesaré de momento en esta relación con la esperanza de que quienes algún día me lean me dispensen de seguir por semejante camino, pues creo que lo que pueda contar es de sobra conocido por todos.

Luego, cuando ya llevaba dos o tres años viviendo con los familiares que me había proporcionado el Destino, aparte de tantos otros personajes que la vida me llevó a conocer, y me consideraba incluido entre mis semejantes, de lo que mucho había desesperado durante los meses que siguieron a la muerte de mis padres, se presentó una ocasión que había de significar el preludio a mi posterior vida de contiendas en el mundo que me tocó vivir. Yo era entonces muy joven, pues debía de tener alrededor de una docena de años, pero ya comenzaba a hacerse evidente la altura que me iba a caracterizar en los años venideros. A la gente de mi edad le sacaba la cabeza, y aunque mis facciones seguían siendo de niño, aquellos que nunca me habían visto me contemplaban con curiosidad. El herrero, seguramente, decidió que había llegado el momento de que conociera un poco más el ancho mundo de la frontera y los sucesos que en él tenían lugar, y bajo su protección y la de varios de los mancebos que laboraban en la herrería, entre los que se contaba aquel Moisés que meses antes me había dado el cintarazo que tanto hizo reír a quienes estaban en la fragua, me llevó a una de las correrías que de tanto en cuanto se organizaban en nuestra ciudad para dar respuesta a las periódicas incursiones de los enemigos.

–Salir en algará –me dijo una mañana Moisés mirándome agudamente–. ¿Sabes lo que es eso?

Yo afirmé con prevención, pues aunque lo sabía de sobra, bien podía ser aquella otra de sus bromas. Él se rió, y pasándome uno de sus impresionantes brazos sobre el

hombro, añadió,

–Bien, bien... Ahora va a tener Su Señoría la oportunidad de ver de cerca la cara a los infieles. No se apure, que allí estaré yo, a su lado, para espantar a los moscones que a buen seguro se van a cebar en su blanca faz, pues a esos demonios les gustan los niños indefensos, ¡bien lo sabe Dios!, y mejor será que vaya prevenido.

El herrero, para mi sorpresa, me proveyó de caballo y de armas adecuadas, y una tarde, cuando se acabó el trabajo, reunió a quienes allí trabajábamos, la mayor parte de los cuales iban a formar parte de la tropa, y dirigiéndose a mí, comenzó a hablar.

–¿No te dije una vez que el importante título *demeninoes* anterior al de caballero? Pues ahora, Ramonín, lo vas a comprobar en tu persona, ya que ha llegado el momento en que tal ceremonia sea llevada a cabo. ¡Arrodíllate! –y allí mismo, en la puerta de la herrería y ante los aprendices y sus risas, me hizo vestir una cota de malla que al efecto tenía preparada y me dio el espaldarazo que es inherente a estas funciones.

–Acepta esta espada que ha sido forjada con *la piedra que vino del cielo* y convierte a su dueño en invulnerable; desde ahora es tuya como símbolo de tu nueva condición. Día llegará, no te quepa duda, en que si cumples con las leyes de los caballeros serás igual a uno de ellos y te verás adornado con la túnica blanca que los distingue y tanto te gusta. Tus saberes del intelecto, tu afición a la poesía y la contemplación de los cielos te abrirán camino en el futuro, pero yo soy un simple herrero y sólo puedo facilitarte esto que ves aquí... –y me entregó una espada de las que allí se fabricaban, y sonriendo añadió–, amén de esa yegua que es tu preferida, animal que vas a montar estos días y tendrás que cuidar como a ti mismo, pues caballero es el que viaja sobre una montura y de ella depende.

Después de tan comedidas palabras, que consiguieron que me sintiera importante y asimismo silenciar las chanzas que a nuestro alrededor se producían, enarboló la bota de vino que se utilizaba en el taller y me la alcanzó.

–Bebamos –dijo– por el éxito de esta tu primera empresa..., y que sea lo que Dios quiera –tras lo que todos bebimos en silencio.

La hueste de la que formé parte se componía de alrededor de treinta personas y su finalidad era el pillaje, importante fuente de ingresos que completaba los recursos de nuestra aislada comunidad. Estaba encabezada por varios miembros de la Orden que nos regía, que eran quienes ordenaban cuanto había de hacerse, y fue una de las varias que, durante la siguiente mañana y después de asistir a los actos religiosos, partieron hacia el sur por diferentes caminos. Nosotros nos dirigimos hacia el puerto que cruzaba las montañas que nos separaban del vecino reino de Jaén, el puerto del Muradal que le dicen y del que yo tenía hartas noticias aunque nunca lo hubiera atravesado, pues en mis correrías no habían ido más allá de los lugares que conté que había visitado durante los años anteriores con mi amigo el cabrero. Desde sus desiertas alturas avizoramos la tierra de los musulmanes, tierra misteriosa y enemiga, y sin encontrar a nadie descendimos hasta ella, en donde acampamos.

Durante los primeros días reconocimos aquel territorio evitando cuidadosamente los lugares habitados, más aún las fortalezas, como la de Baños, que observamos desde un otero y en donde se asentaba importante guarnición, al decir de quienes nos dirigían, y atravesando sierras y bosques que nos ocultaban dirigimos nuestros pasos hacia el sur, el valle del Guadalquivir, en donde esperábamos encontrar riquezas. Quiso el Destino, sin embargo, que nada de aquello aconteciera, y que las escasas mansiones que avistamos las encontráramos tan sólidamente defendidas que, tras un par de desgraciados episodios que mermaron nuestro número –ocasiones en que a quien esto escribe dejaron a buen cubierto y al cuidado de los caballos, por lo que no puedo aportar detalles de las refriegas–, para evitar mayores males quienes daban las órdenes prefirieron poner pies en polvorosa y desaparecer prestos en las sombras de la noche.

De tan infructuosa y miserable manera se prolongó durante días nuestra incursión, comiendo de lo que con mucho esfuerzo conseguíamos robar –aunque ayunando las más de las veces–, bebiendo agua de los arroyos y durmiendo sobresaltados en lo más profundo de los montes, y al fin, acosados por fuerzas que parecían surgir de cualquier espesura pero a las que con mucho esfuerzo conseguíamos dar esquinazo, a la vista de la inutilidad de nuestros trabajos ante un enemigo avisado decidimos reconocer nuestra derrota y emprender el regreso, así que cuando, cabizbajos y cariacontecidos volvíamos a casa, quizá para resarcirnos de las pasadas penalidades quiso Dios que nos topáramos con una nutrida piara de cerdos que, ajenos al peligro y custodiados por muy escasos pastores, casi todos sin monturas, encontramos a la vera de un riachuelo que quedaba a mano del camino que presumíamos nos iba a llevar de vuelta a la ciudad.

Observar aquel regalo de los Hados desde una loma cercana y aguzárenos los dientes fue todo uno, pues el indefenso rebaño representaba una muy sustanciosa cantidad, de forma que, tras un breve conciliábulo y sin encomendarnos ni a Dios ni al diablo, cargamos desde la altura dando grandes gritos, lo que puso en inmediata fuga a los pastores, que estaban almorzando y ni por asomo esperaban semejante acometida. Fue la única escaramuza en la que yo intervine y contaré lo que sucedió.

Descendimos la cuesta al galope entre enorme algarabía, y aquellos individuos, de los que unos estaban precariamente armados y otros desarmados, emprendieron la huida abandonando el asado que preparaban en una hoguera y se dispersaron en todas direcciones. Irrumpimos en el campamento atropellando cuanto se opuso a nuestro paso y varios cuerpos quedaron tendidos sobre la hierba, pero al mismo tiempo provocamos la huida en masa del grueso de los cerdos, que varios jinetes se ocuparon de refrenar. Algunos de los pastores intentaron hacernos frente, pero los caballeros, provistos de cotas de malla, descabalgaron y dieron pronto cuenta de ellos. Entre el griterío de la batalla y la consiguiente polvareda, Moisés, que estaba a mi lado, volviéndose hacia el carro me dijo,

–Ven conmigo, Ramonín, que aquí hay algo que nos interesa –y tras descabalgarse se introdujo a toda prisa bajo la galera.

Yo le imité, y cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que en aquel lugar estaba instalada una jaula que contenía un montón de rollizas gallinas que los pastores, sin duda, guardaban para su sustento. Entre enorme tumulto nos arrojamos sobre ellas y despedazamos su aposento, y cuando salía de debajo del carro con varios de aquellos cacareantes volátiles bajo cada brazo, me di de manos a boca con dos demonios tiznados que habían permanecido ocultos en el carruaje y se arrojaban contra mí. Uno enarbolaba una espada y el otro un aguzado cayado de pastor, y fue tal mi pasmo que me encontré paralizado e incapaz de reaccionar. El que portaba la espada me lanzó un mandoble que a duras penas logré esquivar, y al hacerlo caí al suelo, y las gallinas, sintiéndose libres, corrieron de nuevo a ocultarse bajo el carro. Rodé sobre mí mismo intentando alejarme de los recién aparecidos, pero no con tanta rapidez como para evitar que el que empuñaba el cayado –que era poco más que un niño, como yo– pudiera darme una estocada en salva sea la parte, tras lo que, sintiendo un agudo dolor y una enorme rabia, me incorporé como pude y de un formidable mandoble, que hasta a mí sorprendió, separé su cabeza del tronco, que se derrumbó expulsando un enorme chorro de sangre por el cuello... Yo me quedé mirándolo estupefacto, pues aquella era la primera muerte que causaba en una batalla en campo abierto, y aunque ello me debía haber llenado de orgullo, no pude sino lamentar honda y prontamente la muerte de un chico que, a juzgar por las trazas, era aún más joven que yo..., pero poco me duró la emoción, pues un alarido a mi espalda me hizo darme la vuelta como el rayo..., para comprobar que Moisés había acabado sin contemplaciones con la vida del que manejaba la espada, cuyo cuerpo se mostraba igualmente desmembrado y

sanguinolento sobre la hierba, y como viéramos que a nuestro alrededor no quedaban enemigos que nos amenazaran y los caballeros regresaban triunfantes tras la carrera que habían dado a los moros que guardaban el rebaño, corrimos tras las gallinas, la mayor parte de las cuales acabaron en el fondo de un saco.

Luego, tal era nuestra necesidad, dimos cuenta a toda prisa del asado que humeaba sobre la lumbre, y contemplando con temor los desiertos alrededores, pues en cualquier momento podía aparecer alguna de las huestes que en días anteriores nos habían perseguido, nos encaramamos en las monturas, reagrupamos la piara y, entre gritos y silbidos, partimos hacia las cercanas montañas que nos separaban de la llanura castellana.

Empleamos toda la tarde en ascender hasta el puerto por el más apropiado sendero que pudimos hallar, camino que se vio dificultado por las piedras y el caótico conducirse de la manada, pero al fin, tras muchos esfuerzos y gritos y cuando sol iba a ocultarse, desde la altura observamos que la quietud era total y nadie parecía perseguirnos, por lo que nos detuvimos en la alocada fuga y, llevados a ello por el hambre, asamos en un gran fuego las gallinas que habíamos capturado y dimos raudamente cuenta de ellas, pues nos supieron a gloria tras las penalidades pasadas.

Nada vino a estorbar nuestro paso desde entonces, y tras descender de los montes y recorrer la llanura por el camino que de sobra conocíamos, arreando tal cargamento regresamos a la ciudad, en donde, pese a lo exiguo del botín, fuimos recibidos como triunfadores de una larga campaña.

Después transcurrió el tiempo y se acallaron los ecos de nuestra gesta, pues continuamente tenían lugar hechos de parecido tenor, y la ciudad continuó con su vida y yo con mis trabajos en casa y en la herrería, el cultivo de las huertas y el cuidado de mis muchos hermanitos, de los que algunos comenzaban a hacerse mayores. También con mis solitarios paseos, por los que nunca perdí la afición, y una tarde, habiendo llegado hasta lo alto de uno de los cerros que desde la ciudad se divisaban, rememorando aquel acontecimiento que había sido mi bautismo en el mundo de las armas contemplé la despoblada llanura que se extendía hacia el sur y acababa en las lejanas y nebulosas montañas que nos separaban de los reinos musulmanes. Por allí llegarán algún día nuevos peligros, me dije, invasiones que seguramente yo contribuiré a detener, aunque ahora estos lugares parezcan remansos de paz. Es engañosa esta situación de calma, como es pasajera mi etapa *demenino* que poco a poco va acabando, niño huérfano en la llanura amarilla aunque amparado por sus semejantes, y mientras el sol se inclinaba hacia el ocaso cavilé nebulosamente sobre lo que había de llegar, los sucesos que me aguardaban en los tiempos venideros y las conquistas que, cuando fuera caballero de la Orden de Calatrava, revestido de la túnica blanca que ocultaba la cota de malla podría llegar a realizar...

EL HERRERO

LA VIDA COTIDIANA

LA PESTE

ALAROZA Y EL LARGO INVIERNO

CUANDO LLEGÓ LA PRIMAVERA

LA VIDA COTIDIANA

Durante los años que siguieron, cuando había de recorrer el camino que lleva a las personas a formar parte del mundo de los adultos, veteranos al fin de mil batallas, y no sólo en lo que se refiere a las omnipresentes contiendas que de continuo tenían lugar en la frontera, me instruí con aplicación y provecho en el oficio de los herreros, como con anterioridad lo había hecho en el de los canteros.

Fueron aquellos años de adelantos en lo que se refiere a las aplicaciones del metal que llamamos hierro, pues junto a técnicas recién descubiertas nos llegaron instrumentos de nuevo cuño que mucho habían de facilitarnos las labores que para nuestro sustento se precisaban, y de los cuales no fue el menor, sino acaso uno de los más importantes, el pesado arado de ruedas de hierro que se utilizaba con eficacia para roturar los que decían duros y compactos suelos de los lejanos países del norte. Aquel instrumento, el arado, era pieza fundamental en el trabajo de las huertas y los campos, como yo sabía y había comprobado cuando había visto manejarlo a los hombres, puesto que las mujeres a duras penas podían con él, y el que un día, transportado por unos trajinantes, llegó en un carro como una atracción de feria, despertó enorme curiosidad entre quienes se dedicaban a las labores agrícolas, pues araba mucho más profundamente que el que allí se usaba y liberaba del duro trabajo de dirigir la reja al que lo manejaba, aunque para arrastrarle, en razón de su mayor peso y tamaño, se precisara una pareja de bueyes. Sus ventajas eran tan evidentes que desde el principio se habló entre las personas que se dedicaban a tales menesteres de adquirir una máquina como aquella, pero puesto que resultaba muy costosa para los pobres haberes de quienes habitaban en la ciudad, el herrero se ofreció a intentar fabricar una réplica que cumpliera su función, lo que nos costó largo tiempo y no pocos trabajos. Sin embargo, una vez construida, se probó con éxito en los cenagosos campos que a la vera del río se dedicaban al cultivo de trigos y centenos, y de allí, promocionados por el abad y algunos miembros de la Orden, que deseaban contar con semejante artefacto para emplearlos en los campos de sus posesiones, hubimos de fabricar otros varios, lo que nos tuvo entretenidos durante una temporada.

Otra de las novedades de los tiempos que describo, y esta de mayor importancia, consistió en la llegada a nuestras tierras de los procedimientos que permitían fundir el hierro en cantidades importantes, pues fue durante aquellos entonces, poco menos que coincidiendo con la época de mi aprendizaje, cuando por impulso e inspiración de mi padre adoptivo comenzamos a utilizar las nuevas técnicas que tenían que ver con el uso de moldes para la elaboración de piezas que hasta entonces habían sido acuñadas con la fuerza de los siempre rudos golpes de martillo. Él había recibido noticias desde los lejanos países del gélido norte, en donde tales conocimientos estaban más adelantados, y las puso en práctica de manera inmediata.

Debería hablar, por tanto, de la instalación del nuevo taller que se asentó junto al río, pues para mover el gigantesco fuelle de la forja no bastaban los animales sino que era necesaria la fuerza de las aguas, al cual efecto se construyó durante meses un embalsamiento de ellas, obra en la que se ocuparon muchas de las personas de la ciudad, aparte, claro es, de nosotros mismos, quienes trabajábamos en la herrería, número que se acrecentó, pues debido a mandatos y disposiciones del rey el ejército acantonado en nuestra ciudad aumentó en gran medida y las labores de forja lo hicieron de manera consecuente.

Era el nuevo obraje de gran tamaño si lo comparaba con el antiguo, que estaba dentro de las murallas y adosado al alcázar, y la llegada de artesanos y aprendices, algunos venidos desde las tierras del norte, en donde las ferrerías eran muy importantes, alivió la condición de quienes ocupábamos los últimos escalones en las sutiles artes de fundir

y tallar el metal, ascendiendo algunos de nosotros a más importantes empleos.

Desde siempre habían llamado mi atención las piezas que componían las armaduras, que yo relacionaba con el poder y aun con la gloria, pues aquellos graves caballeros, simples soldados que lentamente paseaban por las calles, eran la envidia de cuantos los contemplábamos. A ello contribuían las corazas y otros aditamentos que con jactancia exhibían, pues el oficio de la guerra era el más importante, más aún que el de los herreros, que yo creía insuperable. Sin embargo, el hecho de ser ellos quienes representaban el poder terrenal y a quienes estaban dirigidas la mayor parte de las indulgencias que se publicaban, los convertía en personajes muy apreciados en nuestra comunidad, y no digamos ya lo que se refería a los cargos más altos de la Orden, como el abad, virrey de la fortaleza y verdadero gobernador de ella, o los claveros y otros ayudantes de que disponía.

Nuestros clientes eran numerosos, pues las necesidades de los ejércitos son paralelas al trabajo del hierro, y pasábamos el tiempo moldeando los instrumentos que para tal actividad se requieren, de forma que de nuestro gran taller salían continuamente espadas y yelmos, lanzas y venablos, petos y espaldares, lorigas y manoplas, morriones y cuantas piezas componen la completa armadura de un soldado, y eso sin hacer mención de las cotas, delicadas y muy trabajosas protecciones que costaba un ciento fabricar e ineludiblemente vestían cuantos a ello se dedicaban.

Estas eran las pesadas piezas que recubren al ser humano dispuesto para la batalla, pero había otras de las que aún no he hecho mención y hablaremos a continuación, y es que, llevado de mis fantasías y de algo que tal vez había oído contar, o que quizá había soñado, con intriga de quienes me vieron en tantos y tan largos trabajos, pues a nadie comuniqué mis intenciones y pasé muchas horas en el taller solitario cuando había acabado la jornada, lejos de intentar imitar los cascos o los petos que utilizaban los soldados, me afané en fabricar una defensa para el testuz de los caballos que ciegamente acometían cuanto encontraban a su paso, y considerándolo con atención di en dotar a semejante pieza de una novedad que se me antojó necesaria y seguramente lucieron en tiempos las monturas de los fabulosos persas u otros seres igualmente quiméricos y sobre los que no poseía sino muy escasos testimonios, cual era un largo y aguzado agujón de hierro que de la acorazada cabeza del caballo surgía al modo de los unicornios de los tiempos antiguos. Así pues, tras muchos trabajos conseguí poner a punto el delicado artilugio, y un día, con gran sigilo, se lo acomodé a una de las yeguas que teníamos, que no se dejó hacer sino en medio de violentas coces y sonoras protestas, y entré en el taller caballero de tan extraño y enojado animal, y el herrero, al verlo, prorrumpió en sonoras y estrepitosas carcajadas, siendo imitado en ellas por quienes nos contemplaban.

–Por vida de..., Ramonín..., que jamás vi cosa igual.

Yo descendí de la montura mientras los demás admiraban minuciosamente mi obra..., que al pronto se me antojó demasiado frágil para uno de los rudos encuentros frontales que había presenciado cuando las tropas se adiestraban, pero no por ello me amilané ni dejé traslucir mis pensamientos.

–¿La usarás en la próxima salida? –preguntó alguien, quizás con sorna, aunque yo, entusiasmado con mi obra, me encontraba incapaz de apreciar la ironía.

–Yo no –repuse–, pero quizá al clavero le guste y se sienta deseoso de adquirirla.

–¡Seguro, seguro! –vocearon todos, y yo me enorgullecí aún más en el seno de tan nutrida y admirativa concurrencia.

No cesó allí mi afán por las novedades, pues la contemplación de las huestes que a veces nos visitaban en el curso de sus algaradas me proporcionó ideas sin fin que unas veces intenté poner en práctica y otras arrinconé de inmediato, como me sucedió con los arreos que ideé para los caballos que entran en liza. Sí, de cierto que aquellos complementos fueron muy celebrados por quienes pudieron contemplar un bruto de tal

manera revestido, sobre todo los jóvenes que trabajaban en la herrería, pero al fin, tras mucho pensarlo, decidí que quizá lo más importante en una batalla campal es la ligereza, y mis invenciones iban precisamente en dirección opuesta, por lo que al fin lo deseché y no volví a pensar en ello, procurando dedicar el tiempo a más prácticas labores.

Las fondas que había junto al río, en el cruce de los caminos, eran establecimientos frecuentados por naturales y forasteros, y aunque los jóvenes no éramos allí bien recibidos, en ocasiones en compañía de Moisés y sus ruidosos amigos, y otras en la de algunos de los muchachos de mi edad que trabajaban en la herrería, solía acercarme hasta ellas y prestar oído a lo que se decía, pues en aquellos lugares circulaban las noticias y podía uno informarse de las novedades que se producían en el mundo. Allí se hablaba de las aventuras que continuamente sucedían en la frontera, entradas de unos y otros en tierra enemiga y saqueos de poblaciones conocidas y desconocidas, pues mientras algunas eran cercanas a la nuestra, otras se situaban en reinos que sólo conocíamos de oídas. También se trataba de victorias y derrotas, de asaltos a plazas fuertes de las que nunca habíamos oído nada, de fabulosos acontecimientos en países lejanos –cuales eran las cruzadas–, y de sangrientos pleitos fronterizos entre reyes aliados, pues en los reinos cristianos, amenazados todos ellos por el empuje de las fuerzas musulmanas, se sucedían las guerras por cuestiones en las que mucho tenía que ver la codicia, y ocasión hubo en que, habiendo desobedecido un prelado a su rey en una cuestión de haberes, fue llamado a su castillo, y cuando llegó y esperaba en el patio, con sorpresa observó que todas las puertas se cerraban apresuradamente y un enorme y desmandado toro penetraba en el gran recinto...

Tales y semejantes eran los casos que acontecían en nuestras proximidades, pues el reino de Castilla, el mayor y el más fuerte de cuantos se asentaban en la península ibérica, se hallaba en perpetua guerra por cuestiones dinásticas con los limítrofes, cuales eran los de Aragón, Navarra, León y Portugal, y todo ello, como decía, sin contar con las batallas que sin cesar se libraban contra el imperio almohade, cuyos guerreros habían llegado desde África para conquistar los reinos cristianos.

Allí nadie se ponía de acuerdo, por lo que pude colegir de las cosas que en las posadas se decían, y los denuestos e insultos eran las expresiones más utilizadas para referirse a los sucesos en los que intervenían los poderosos, sucediendo tres cuartos de lo mismo en las reuniones que, a modo de tertulias, tenían lugar en casa del herrero y en la de Josephus, pues los vecinos, al amor de la lumbre y rodeados de chones en invierno, y bajo los porches que miraban al campo durante el verano, aunque siempre alrededor de las botas de vino y las sopas y gachas con que se entretenían las tripas de los presentes, dedicaban idénticos tratamientos a quienes nos administraban, acusándolos de nepotismos, arbitrariedades y otras privanzas, y ocasión hubo en que tales conversas acabaron a golpes entre los partidarios de unas u otras posturas, aunque al fin nunca llegara la sangre al río, pues los anfitriones solían poner todo de su parte para que, al menos en sus casas, reinara la paz que tanto parecían desear.

Pero con todos estos preámbulos sobre mis trabajos y ocupaciones he pasado por alto el decir algo de las personas que me rodeaban, que eran muchas, y cambiaré por tanto el tono de mi discurso, narrando en primer lugar lo que había sucedido con mi único familiar en el mundo, mi hermano.

Mi hermano Hernán, que había sido tomado como criado por uno de los caballeros de rango que vivían en el alcázar, me hablaba con entusiasmo de la vida militar, que era la suya, y siempre que nos veíamos me narraba detalles de los lugares que visitaba, entre los que descollaban algunos torneos a los que, como escudero de su amo, había asistido. Eran aquellas justas parte de los adiestramientos militares, y aunque se procuraba que los protagonistas no perdieran el buen tino y todo se desarrollara dentro de ciertas normas (de lo que algo sabía, pues su patrón, como personaje importante

que era, actuaba como juez), en tales combates también intervenían las pasiones humanas, y había quien los aprovechaba para saldar antiguas venganzas o pleitos de amor con el consiguiente e inútil derramamiento de sangre, e incluso la muerte de alguno de los contendientes, sucesos que, pese a estar castigados por las leyes, seguían produciéndose.

Sus andanzas le habían llevado a lugares como Toledo, que era la capital de nuestra provincia y de la que se hacía lenguas pues su tamaño no podía compararse con nuestra ciudad de nacimiento, pero también a lugares mucho más lejanos, cual era la fortaleza de Alcañiz, en donde la Orden de Calatrava tenía varias encomiendas, e incluso a un término tan exótico para mis conocimientos como Albarracín, en lo más profundo del reino de Aragón, plaza recién conquistada en la que se hablaba otro lenguaje y había abundantes moriscos viviendo entre la población, y de tales aventuras narraba un sinfín de anécdotas, como las que se referían a aquel nuevo alimento, el arroz, del que contaba maravillas. Se trataba de unos minúsculos granos que habían sido traídos por los moros del lejano oriente y cultivaban con éxito en tierras del reino de Valencia. Se hervían en agua, y luego, arreglados de mil maneras, constituían un manjar que rayaba en lo medicinal.

—En la milicia se come mejor —me dijo—, y te aconsejo que en cuanto puedas salgas de este poblacho, pues lejos de aquí hay muchas cosas que te interesará conocer.

Yo contemplé a mi hermano, que había crecido y adquirido un aspecto inmejorable. Sus brillantes ojos delataban que cuanto me contaba era cierto.

—Nuestros padres lo estarán viendo —dije—, y seguramente estarán muy contentos de cómo nos van las cosas. ¿Sabes que muchas noches sueño con ellos?

Hernán me miró con curiosidad.

—¡Yo también! —dijo al fin con énfasis—. Al principio me asusté, pero luego he comprobado que hay sucesos en los sueños que se tornan realidad. Ahora, siempre estoy deseando que vuelvan a repetirse.

Pero dejando aparte aquellos coloquios que me hablaban del ancho mundo que yo aún no conocía, y ni siquiera sospechaba, he de hacer mención de mi vida diaria y de las personas que me rodeaban.

El herrero, Rubén, personaje que parecía extraído de los grabados mitológicos que andando el tiempo tuve ocasión de contemplar en los libros, era de ruda complexión, ojos azules, altura mayor de la media y cabellera rubiácea y enmarañada. Componía un cuadro que para sí hubieran querido muchos de los caballeros que vivían entre nosotros, pues su apostura pasaba de lo singular y, como tal, su reputación en la ciudad era grande y su nombre estaba en todas las bocas. Su mujer, por el contrario, era poquita cosa, pero en lo que tocaba a las artes del razonamiento no había quien se le pudiera comparar. Como él, procedía de las regiones del norte en donde nunca estuvieron los musulmanes, y su sangre, por lo que creí discernir de mayor, se remontaba a nuestros más remotos antepasados, que quizá fueron los pueblos llegados de las distantes llanuras del continente o quizá los legionarios que mil años antes poblaron nuestro país.

Cuando lo pienso se me ocurre que a lo mejor sus antepasados habían sido algunos de los fornidos y rubios seres de leyenda que se decía que habían llegado en barcos desde los países del gélido norte y remontado los cursos de los ríos en sus entradas a saquear, como habían sido sus propósitos, aunque con escaso éxito, pues pronto fueron derrotados. Se decía que años antes se habían atrevido a atacar la mismísima y poderosa ciudad de Sevilla, y que muchos de ellos se habían quedado a vivir entre la población. Todo cabía, pues también teníamos noticias de sus entradas en las tierras del norte, lo que entonces era reino de Portugal pero antes había sido tierra de los suevos, y Rubén y su mujer procedían de aquellas regiones, pobladores de tierras nuevas como lo habían sido mis padres y trasladados a la frontera de Castilla por las

ventajas que se aseguraban a quienes se asentaran en tales pagos.

Mi madre adoptiva, la mujer del herrero, se llamaba Dulce, y ahora nos referiremos a su persona.

–Mírale: desgarbado, indefenso... A los tres días, todos los niños son así. Sin embargo, luego, ya ves..., crecen, y los que sobreviven a los primeros años se convierten en hombres y mujeres que recorrerán el mundo. ¿Qué te espera a ti, mi pequeño, en este mundo en el que nadie sabe lo que va a suceder?

Ella levantaba al recién nacido entre sus manos y luego lo acomodaba en su seno, pues había llegado la hora de la comida.

–Ramón, por favor, ¿quieres traerme leña para el hogar?

Los hijos con que Dios los había distinguido, de los que algunos habían muerto al nacer y otros durante la primera infancia, habían copiado de inequívoca manera sus inusuales rasgos, y si exceptuamos aquel que acaba de nacer, yo tenía cinco hermanos que me hacían compañía. La mayor era una niña de trenzas rubias que se llamaba como su madre. Era cuatro años más pequeña que yo, y desde que la conocí me miró de la más amistosa forma, pues yo representaba el hermano mayor que le había enviado el Destino. Venía a continuación Rubén, fiel retrato de su padre que a sus nueve años ya nos ayudaba en la herrería, unas veces acarreado cubos de agua y otras conduciendo los carros que utilizábamos en nuestras labores. Le seguía Raquel, que era ciega. Aquella niña, rubia y de ojos tan azules que parecían transparentes, que por razón de su ceguera era la preferida de sus padres y de mí mismo, se distinguía por su perspicacia, y no había suceso que aconteciera en su casa que no fuera interpretado por ella de la más atinada de las maneras, pues hasta los más imperceptibles ruidos tenían para su cabecita cabal significado; no veía, pero los ojos de su mente eran los más despiertos de cuantos la familia encerraba; además, y de esto aún hablaremos mucho, disponía de la más clara y musical voz que ni yo ni nadie de los alrededores habíamos oído nunca, y debido a ello su presencia era requerida continuamente en fiestas y celebraciones.

Los más recientes vástagos, a quienes había visto nacer y crecer, se llamaban Alfonso y Andrea, pero sus años eran tan escasos que poco podría decir de ellos –lo diré más adelante–, aunque aún anotaré que me habían adoptado como montura, consecuencia de lo cual era que siempre andaba con ellos a cuestas.

Ayudados por el único libro de que disponíamos, un apolillado ejemplar de la Biblia al que faltaban innumerables páginas, comencé a enseñar a leer a quien quisiera aprender, y aunque al principio tal propuesta no gozó de los favores de Rubén, nuestro padre, que consideraba que era preferible dedicar las fuerzas a los muchos trabajos domésticos, que no escaseaban, una noche de tertulia me sentí obligado a traer a colación la figura de los trovadores, aquellos seres que habitaban en los países del norte, en cortes de reyes y duques, y cuyo trabajo consistía en mantener una contienda amorosa con las dueñas de la casa, para lo que utilizaban una única herramienta, la versificación a que tan aficionados, además, eran los mismos musulmanes, como en las tabernas del río y durante las noches del verano bien demostraban, y llevado por mis ímpetus y el interés que vi despertarse en el semblante de Dulce y otras mujeres, acabé haciéndolo con entusiasmo y afirmando que *un rey sin ilustración es un asno coronado*, y al fin fueron tantas las risas que a mi alrededor se despertaron que conseguí que mi padre adoptivo, que tan cauto se había mostrado al principio, trocara su actitud en providente e incluso se interesara por ello, máxime si se piensa que mis mejores alumnos, Dulce y Rubén, eran sus propios hijos, a los que, tras no pocas veladas, había enseñado las letras y la manera de hacerlas.

–Dígame usted, padre –le pregunté una noche–. ¿No le gustaría que Rubén, que ya tiene diez años, además de abreviar las recuas de mulos en el río, tarea para la que cualquiera está capacitado, llevara una cuenta fidedigna de cuanto se hace en el taller?

Bastaría con que apuntara las piezas acabadas, haciendo constar la fecha del suceso y el nombre del comprador.

Rubén me miró con sorpresa.

–Y eso, ¿qué utilidad tiene?

Yo no supe darle tal razón, pero me las ingenié para salir del paso.

–No sé, pero mi padre hacía algo semejante. Su escribana era Ermentrude, que sabía leer y escribir y a mí me enseñó a hacerlo, y mi padre se mostraba muy orgulloso de tales papeles, que enseñaba a quien quisiera verlos.

Rubén me contempló en silencio. Mi padre adoptivo siempre me trató muy bien, y en ocasiones incluso tomó en consideración algunas de las cosas que se me ocurrieron, lo que nunca hubiera esperado, pues él contaba con la experiencia que prestan cuarenta años a las espaldas y yo apenas había cumplido quince.

–Sí, algo de eso recuerdo –dijo al fin, y no añadió más, pero me hizo una caricia en el enmarañado mechón de pelo que me tapaba la frente.

Mientras estuve allí, la familia aumentó todos los años, pero el hilo de la vida de los niños es muy frágil y pocos llegaban a cumplir el primero. El recién nacido a quien mencioné líneas atrás, y era la delicia de su madre, no resistió el choque con el duro mundo y se despidió prematuramente de sus semejantes cuando contaba con dos semanas de vida, y cuando lo hubimos enterrado y las últimas paladas de tierra cayeron sobre el pequeño ataúd de madera, su madre, que abatida lo contemplaba con los brazos cruzados, dijo,

–Ahora sólo queda olvidarlo, una vez más, pues Dios así lo dispuso. El año que viene nacerá un nuevo ser que reemplazará a este en nuestros corazones, y únicamente cabe resignarse a lo que Él nos envía.

Nadie añadió nada a tales palabras, pero cuando cabizbajos y apesadumbrados volvíamos a casa caminando por el desigual camino de piedras, en lo que procuraba ayudarla, ella me dijo,

–La muerte no me interesa. Sólo me interesa la vida, pues sólo ella existe. La muerte no existe, sino que es una parte de la vida, una condición inseparable de la vida misma. En el fondo, únicamente la vida existe, pues la muerte tan sólo representa el último escalón de nuestro paso por este valle de lágrimas.

Luego me miró y añadió,

–No me hagas caso, Ramón, pues tú seguramente serás feliz en los tiempos que vendrán, y ahora, más que de lamentaciones, es tiempo de mirar hacia delante.

Los animales eran seres significativos y apreciados en la vida cotidiana de las familias, y en la nuestra contábamos con las gallinas, parte importante de nuestra subsistencia, varios perros y gatos, los caballos y mulos de la fragua y algunos cerdos, que con frecuencia se desenvolvían de paredes adentro. Aquello era nuevo para mí, pues aunque en la casa de mis padres siempre teníamos varios de aquellos útiles animales, estos nunca traspasaron las puertas, quedando reducido el lugar de sus evoluciones al corral en que hacían su vida, aldaño a la tapia que resguardaba la huerta que junto a la casa había, y también los campos de los alrededores, adonde los conducíamos siempre que había ocasión, o la misma huerta, pues los cerdos son muy útiles si de cavar y abonar una parcela se trata, labor que les entusiasma y de la que sin duda extraen mucha sustancia. En mi nueva casa la costumbre era diferente, como creo que lo es en las tierras de las que procedían Rubén y Dulce, en donde conviven fraternalmente con las familias, pero yo nunca pude ver con buenos ojos semejante intimidad, que no proporcionaba sino ruidos y, llegado el caso, leves aunque acusadores mordiscos en la blanca piel de los niños.

Cierto que era costumbre establecida, sobre todo en aquellas extremas latitudes castellanas, mantenerlos en invierno dentro de las casas para evitar que murieran de frío, pues tales animales constituyen buena parte de la dieta común, pero ello sólo

sucedía en las granjas y los pueblos más retirados, como eran los arrabales de nuestra ciudad, y no en la ciudad propiamente dicha, en donde podía vérselos correteando por las calles y llevando a cabo su inapreciable labor de basureros, y al fin, como aquello no creaba sino inconvenientes, e incluso algunos invitados moriscos que vivieron durante una temporada con nosotros miraban con prevención a semejantes animales, pues los musulmanes desaconsejaban tales costumbres, más por motivos higiénicos, a mi parecer, que por razones que tuvieran que ver con la religión, atendiendo además a que Rubén no sentía otra afición por ellos que la que se deriva de su ingesta, los chones fueron recluidos en un corral que construimos adosado a la tapia, al otro lado de la huerta, con lo que nos libramos de una vez por todas de su molesta y ruidosa presencia.

Los restantes animales eran nuestros perros, algunos cazadores y otros simples guardianes, pero todos bien avenidos y fieles custodios de la prole, y una pléyade de gatos que aumentaba y disminuía estacionalmente, animales cazadores todos ellos y que nos mantenían a salvo de las abundantes alimañas que junto a un río se pueden encontrar, amén de las caballerías que, unos para los trabajos de la herrería y otros destinados a las agrícolas, cuando no a las guerras, el herrero mantenía a sus expensas.

Al fin diré que las enseñanzas de mi madre no cayeron en saco sin fondo, pues aquellos conocimientos que se referían a la agricultura en su más amplio sentido, todo cuanto hablaba del sol y el *aguasabiamente administrados*, así como lo relativo al cuidado de las simples huertas, fueron trasladados a las niñas. Dulce, que ya contaba con edad y sabidurías, no tuvo ninguna dificultad para aprovecharse de cuanto le enseñé durante aquellos años, y ello pareció constituir para ella una fuente de placer, pero en lo que se refiere a Raquel, que, como dije, era ciega, al contacto con la tierra desarrolló un sentido que nadie hubiera podido explicar de manera cierta, pues adquirió una rara habilidad para moverse entre los surcos sin dañar una sola planta, podar con tino las que se encontraban a su alcance y regar a conciencia y con la medida justa nuestros cuadros de verduras, lo que con ojos brillantes y enorme satisfacción sopesaba con sus manitas, las cuales, sin duda, eran el vehículo de tan extraña y nueva habilidad, el inexplicable sentido que mencioné, pero lo que digo no es extraño si se piensa que las plantas en general, las hojas y la hierba, están muy influidas por la presencia de la luna, y ese y no otro es el motivo, dije a quienes me escuchaban, *de que sean las mujeres las que deben ocuparse de las labores agrícolas siempre que puedan, puesto que la luna es un astro de acentuado carácter femenino*.

Pues, como decía, a lo mejor mis recuerdos son erróneos, más ahora, cuando ha transcurrido tanto tiempo desde aquello, pero cuando lo contemplo desde aquí con torpes ojos de setentón, medio ciego, desdentado, Ramón el conquistador se ha retirado a un cenobio en lo alto de un otero, lo que veo es un mundo de mieses doradas y cielos azules, la estrella nos guía hacia el sur y no vale la pena hacerla esperar, todos debemos dar cien pasos adelante, los primeros los reyes, aunque los demás, revestidos de las cotas de malla y empuñando las armas, debemos acompañarlos en el empeño, arduo empeño que finalizará pronto si somos capaces de plantar cara al enemigo que en oleadas avanza desde el otro lado del mar, desde la lejana África y aún más allá...

...

Sucedió que una noche, Rubén, cuya habilidad con los dados era notoria, en una de las tascas del río en las que se daban cita cuantos pasaban por los caminos y buena parte de los habitantes de la ciudad, ganó una importante cantidad de dinero a unos moros ricos que transitaban por el lugar. La hazaña fue muy comentada durante los

días que siguieron, y todos se volvían para felicitarle cuando lo encontraban en las calles. Transcurría el verano, y yo debía de tener quince años.

–Ramonín –me dijo, pues él siempre me llamó así–, ¿qué te parecería si hiciéramos una fiesta?

Estábamos en la fragua, y a mi padre adoptivo le brillaban desusadamente los ojos, no tanto por el fuego como por el contento de su espíritu.

–¿Una fiesta...?

–Sí, una fiesta de verdad en la explanada del río, unas justas para que se fogueen los niños de este pueblo. Una gran liza en la que intervengáis todos y elijamos un campeón...

Aquella era una proposición irrenunciable, y fue a mí, entonces, a quien empezaron a brillar los ojos.

–Montaremos a caballo –siguió Rubén con gran énfasis–, lucharemos e invitaremos a quien quiera asistir. A las mujeres en primer lugar, claro es, pues son ellas las que deben dar la «señal»... ¿Sabes lo que es eso?

Yo negué con la cabeza, pues mis fantasías habían echado a volar y sólo conocía muy sucintamente los ritos propios de los torneos, y Rubén, entre los tizones de la fragua y dando martillazos como un demonio, que tal a veces parecía, se reía con enormes carcajadas.

–¡Moisés, el niño no sabe lo que es la «señal»...! –y mientras manejaba con furia el martillo, con su voz de trueno continuaba la perorata como si se tratase de una canción juglaresca–. ¡Montaremos a caballo, bien lo sabe Dios, y nos peharemos para que nuestras bellas mujeres puedan contemplar las evoluciones de los guerreros que las protegen, ja, ja...!

... pero como de aquello sabíamos muy poco y no estaba mi hermano en la ciudad, que hubiera podido ilustrarnos sobre la cuestión, ideamos un orden del día que se asemejara a lo que habíamos oído contar. En ello intervinieron, claro es, quienes trabajaban en la herrería, con Moisés al frente, y numerosos caballeros del alcázar, que al tener noticias del acontecimiento ofrecieron su ayuda y concurrencia para llevar a buen fin una jornada que se adivinaba de solaz. También acudió, y de esto he de hacer mención, aunque yo entonces no supiera lo que me reservaba el Destino, un importante personaje que era cliente del herrero, pues contaba con anchas fincas y concesiones y sostenía a sus expensas una importante hueste, quien al tener noticias de ello aseguró su asistencia junto a miembros de su familia. Era aquel hombre muy proclive a alborotos y otras incontinencias del espíritu, y la jornada prometía ser pródiga en comidas y bebidas, de las que él aportó buena cantidad; además, tenía un hijo de mi edad, y quizá le pareció apropiada ocasión para que viera mundo y trabara conocimiento con sus semejantes de otras provincias.

El herrero, como impulsor del acontecimiento, me encargó que eligiera a los chicos que iban a intervenir.

–No todos, ¿eh, Ramonín?, que todos no vamos a caber. Los que no puedan participar oficiarán de escuderos, y los restantes, que se coloquen en la barrera.

Aquello no fue fácil, pues, en efecto, todos querían tomar parte en tal festejo, y aunque lo hablé en el curso de nuestros juegos y dije que sólo intervendrían los mayores, no llegamos a ningún arreglo. Sin embargo, un día en que estábamos a orillas del río, el asunto se solucionó por sí solo. Yo era de los mayores, y desde luego el más alto, por lo que todos querían competir a mi lado, pero había un tal Sancho, hijo de un curtidor que tenían una aceña aguas abajo, que nunca me había mirado con buena cara, y cuando una vez más salió a colación el asunto, pues el tiempo apremiaba, sintiendo llegada su hora, dijo,

–Yo no iré con Ramón. Quien quiera ponerse a mi lado, que venga aquí.

Hubo un momento de indecisión y todos se miraron, pues como yo trabajaba en la

herrería, amén de otros detalles que conocían, mi predicamento era grande. Sin embargo, cuatro o cinco, que quizá pensaban como mi recién oponente, se colocaron junto a él. Sancho miró a su alrededor y, sintiéndose más respaldado, dijo,

–Qué, ¿qué dices ahora?

–Yo no digo nada –contesté de mala gana–. Cada uno, que haga lo que quiera. Además, así ya están formados los dos bandos –y sin añadir más me arrojé al agua, nadé hasta el lugar donde dejábamos la ropa, me vestí y volví a casa meditabundo, pues aquel incidente me había cogido por sorpresa.

Llevado por el candor propio de la edad, nunca se me había ocurrido que fueran posibles los pleitos entre personas que figuraban en la misma facción. Otros enemigos había a los que combatir, y de repente aquel Sancho, por motivos que yo no conocía me miraba atravesadamente...

Pero no me duró mucho el disgusto, pues en seguida llegó el día señalado para el magno acontecimiento, que todos esperábamos ansiosos y expectantes. Desde muy temprano resonaron en la ciudad las trompetas que lo anunciaban, pues Rubén se había encargado de ajustar todos los detalles, y como era día de fiesta pronto se llenaron las calles de gentes presurosas que descendían hacia la campa del río en donde se iba a celebrar el certamen. El revuelo en casa era máximo. Las niñas, acompañadas por su madre, se engalanaron para la ocasión como nunca las había visto hacerlo, y nosotros, Rubén y yo, nos acercamos hasta la herrería, en donde fuimos pertrechados por Moisés y abundantemente aconsejados por los presentes, y luego, encaramados en los caballos, descendimos hasta el real, en donde fuimos recibidos, como lo eran todos los contendientes, por innumerables gritos y silbidos de quienes ocupaban la tribuna y las barreras que, para delimitar el campo, se habían instalado.

La presidencia estaba ocupada por el abad, máxima autoridad del lugar, y alrededor de él se agrupaban numerosos caballeros que, ataviados con sus mejores ropajes, habían acudido a acompañarle. Mi familia, por su condición de organizadores, los acompañaba igualmente, y entre todos ellos vi a aquel importante personaje de que hice mención antes y cuyo hijo formaba en mi grupo. Su caballo era el mejor, y sus arreos denotaban la riqueza que se atribuía a su padre, pero como era más pequeño que yo todo parecía venirle un poco grande, y, habida cuenta de la que se avecinaba, me pregunté cuánto aguantaría sobre la montura.

Las trompetas anunciaron el comienzo de la que iba a ser reñida batalla, y como primera ceremonia hubimos de saludar al público asistente, en especial a la presidencia y a las reinas de la fiesta, personificadas en el grupo de niñas que acompañaban a mis hermanitas, entre las que descollaba una que me resultó desconocida y aparentaba unos diez años, rubia y blanca hasta no decir más, poquita cosa, delgada y escuchimizada hasta la exageración, pero que vestía muy elegantemente y sobre la cabeza, al modo de ciertos personajes mitológicos, llevaba un capirote revestido de seda verde y rosa en cuya urdimbre podía adivinarse un universo de diminutas y relampagueantes estrellas de nácar. Sin embargo, parecía haber hecho inmediata amistad con todas ellas, pues se había colocado en el centro del grupo y con su habla las tenía encandiladas.

El primero de los ejercicios consistía en galopar uno por uno hacia un entramado compuesto de recias tablas de madera, y haciendo uso de una suerte de venablo cuya punta era roma, lanzarlo contra las tablas con intención de romperlas. Para ello había que tener un brazo fuerte, y como ninguno fuimos capaces de hacerlo, Moisés subió a una de las monturas y en dos ocasiones seguidas lo consiguió, lo que desató una oleada de aplausos entre la concurrencia.

Luego llegó el momento de luchar a caballo recorriendo la barrera y, con unas cañas a modo de lanzas, intentar derribar al contrario. Allí fue Troya, pues quizá era un ejercicio

demasiado arriesgado para los pequeños, pero como nos habían revestido a todos de gruesas defensas de cuero no hubo que lamentar ninguna desgracia, sino que, muy al contrario, el público se hartó de gritar y animar a los caballeros, varios de los cuales acabaron en el suelo, sí, aunque todos se levantaban sacudiéndose e intentando volver a la cabalgadura.

Por último hubo una liza a pie firme de los dos bandos, todos contra todos, tal y como era la costumbre, y aunque, por supuesto, no nos dejaron pelear más que con espadas de madera y bien cubiertos de hierro, pues Rubén no quería descalabros, pusimos todo el vigor posible en los golpes, que sonaban como campanadas del gran bronce que se utilizaba para llamar a los soldados en las ocasiones de máxima alarma, y más de uno, sobre todo en lo que se refería a los pequeños, acabaron en el suelo aturdidos por la contundencia empleada. Luego Moisés y los demás, que actuaban como árbitros, ordenaron limpiar el campo y retirarse a los más pequeños, y aunque uno de ellos, tambaleante, se resistía a obedecer, los escuderos le obligaron a hacerlo, pues en el bando contrario sólo Sancho quedaba en pie y con visos de poder proseguir la pelea.

Yo le contemplé con cierta pereza, pues estaba cansado y con pocas ganas de seguir peleando, y mi máxima ambición en aquel momento era que Rubén diera por concluido el encuentro y pudiéramos lanzarnos sobre el refrigerio, que planeaba en compañía de Dulce y las otras niñas, pero a instancias de los jueces tuve que habérmelas con Sancho, pues alguien debía ser declarado vencedor. Así lo anunció Moisés, que oficiaba de improvisado heraldo y por lo bajo me dijo,

–¡Vamos, entiéndetelas con él, que casi lo tienes...! –y se apartó dejándonos en el centro de la arena.

Durante un momento reinó el silencio en las gradas, pero luego allá nos fuimos uno contra otro. Sancho era más bajo que yo, pero era de mi edad y más corpulento, y me costó Dios y ayuda responder a cuanto garrotazo me lanzó, para lo que utilicé el escudo, y tampoco se podría decir que él se fuera de rositas, pues le alcancé en un par de ocasiones en el casco, que sonó como una campana. De tal guisa continuó la pelea durante unos momentos, pero fuera porque los dos estábamos cansados y queríamos acabar cuanto antes, o porque de verdad pude con él, el caso fue que tras un nuevo intercambio de mandobles él se derrumbó, primero de rodillas y luego todo lo largo que era. Yo, orgulloso de lo conseguido, le apunté con la espada como si pudiera atravesarle, y él se dejó hacer, con lo que daba a entender que aceptaba la derrota...

Yo me erguí satisfecho, y sin perderle de vista me quité el casco, que me resultaba incomodísimo. Luego di media vuelta y me dirigí hacia la tribuna, pues debía presentarme ante el público para recibir el galardón que se otorgaba a quien ganara el pleito, y cuando, como digo, con el casco en una mano y la espada en la otra me acercaba a la presidencia para saludar a las reinas que en mí habían depositado su confianza, vi cómo Dulce, alarmada, se llevaba la mano a la boca. Luego un inexplicable «¡ay!» sonó estrepitoso y generalizado en el coso, y yo advertí cómo una blanca nube se aposentaba en mi cerebro y desde él se desparramaba por los alrededores, todo era invadido por una lentísima y blanca nube que crecía como una de las periódicas inundaciones del río...

Sí, todo parecía nublarse por efecto de una niebla fría y blanca, y sentía que el suelo huía de mis pies. Ignoraba lo que había sucedido, e intentaba hilar mis pensamientos, pero un dolor indefinible que surgía de algún lugar cercano a la cabeza me lo impedía. Procuré mantenerme en pie, pero los músculos no me respondieron y las cosas comenzaron a girar a mi alrededor, pues la nube blanca me cegaba..., sólo que ya no era blanca sino purpúrea, algo rojo y viscoso que pasó ante mis ojos... Yo me tambaleaba como un borracho y las estrellas del cielo surgieron del horizonte y desfilaron una a una, aunque entre los cálidos y luminosos sueños pensé que a Sancho le debía de suceder otro tanto, o quizá más...

Luego la nube se disolvió tan abruptamente como había llegado, y al darme dificultosamente la vuelta comprobé que el causante del suceso no era otro que mi oponente, al que creía derrotado, quien se había levantado y, al verme sin casco, me había estrellado su espada en la cabeza causándome una brecha de buen tamaño.

La sangre empezó a chorrear por la cara pero yo no lo pensé ni poco ni mucho, sino que fue tal mi furia repentina que arrojé escudo y espada y, con las manos por delante, me fui directamente a su cuello, y como se resistiera y mi furor aumentara, la emprendí a patadas con mi oponente hasta derribarle, quien se defendía en la medida que le resultaba posible, que no era mucha, pues yo le sacaba la cabeza. Así que cuando, echando espuma por la boca le tenía en el suelo y apretaba su cuello con todas mis fuerzas, y él se debatía desesperadamente, reparé en que férreos brazos me levantaban en volandas y me arrojaban al suelo de muy mala manera. Me incorporé furioso..., para encontrarme con las ceñudas caras de Rubén, mi padre, y Moisés, que me observaban estupefactos.

—¡Ramón...! —dijo Rubén con el tono del más agudo reproche, y como yo aún me revolviere, un bofetón que resonó como un trueno me derribó de nuevo.

En la tribuna se había hecho el más sobrecogedor de los silencios, pero como respuesta a aquel golpe pudo escucharse un breve y contenido grito que resonó extrañamente en la llanura de improviso callada...

Luego cantaron las trompetas, los escuderos se pusieron en movimiento y el bullicio retornó entre los espectadores, repuestos de la sorpresa que les había producido aquel imprevisto episodio de inusitada violencia.

A nosotros nos levantaron y nos llevaron hasta uno de los sombreros en donde se guarecían los caballos, pues yo estaba atontado por efecto de los sucesivos golpes y Sancho había perdido el resuello y le costó recuperarlo, y tras arrojarnos encima unos baldes de agua nos condujeron de nuevo al centro de la arena, en donde Rubén, para aliviar la tensa situación y congraciarse con cuantos le contemplaban, casi gritó.

—Estos muchachos se han comportado con toda valentía, de forma que hoy no tenemos un campeón, sino que tenemos dos —y levantó a cada uno un brazo, lo que debió de resultar una cómica escena, pues Sancho a duras penas se mantenía en pie, y si no hubiera sido porque el herrero le sujetaba por el brazo habría caído redondo en el suelo, y yo sangraba abundantemente por la brecha que él me había abierto en la cabeza y tampoco caminaba muy derecho.

De la forma que cuento, es decir, como el rosario de la aurora, finalizó el enfrentamiento de las meshadas juveniles que nuestra ciudad albergaba, pero ello no impidió que acto seguido las trompas anunciaran la hora del ágape, y todos, incluidos nosotros dos, que en seguida nos recompusimos, comiéramos y bebiéramos abundantemente, pues el importante personaje de que hablé había traído un carro con varios toneles de vino, y, en medio de infinitos gritos y risotadas y en una confusa y atropellada ceremonia, los criados abrieron las barricas y las vertieron en una enorme cuba, no sin que buena parte del líquido se derramara en la tierra.

Mis hermanitas y sus amigas estaban bastante asustadas, pues a pocas celebraciones habían asistido, y como la que vivíamos, a ninguna, pero aquella niña que aparentaba tan poca cosa, pues podía pasar por encarnación de la espiritualidad y realmente parecía un suspiro, más con las alborotadas y rubias guedejas que lucía, aquella niña que iba tan bien vestida y de la que en seguida supe que se llamaba Leonor, nos dijo que no nos preocupáramos, pues su padre acostumbraba hacer las cosas de semejante manera.

—Al final se duermen y los criados los llevan a los carros, pero aquí irán a las casas, porque hay muchas posadas.

Mis protegidas no daban crédito a lo que ante sus ojos se presentaba, y menos a lo que sucedió luego, pues tal y como nos había anunciado la niña, que a sus cortos años

parecía curada de espantos, los caballeros, llegado el momento, tras mucha chanza y escaramuza se introdujeron en la cuba provistos de sus arreos, túnicas y armaduras, y de bruces en ella se dedicaron a beber el espirituoso líquido entre enorme estruendo, risotadas y entrechocar de hierros, y todo ello, como cabe suponer, jaleados por el dueño de las barricas y demás personajes de su séquito, a los que pronto se agregaron Moisés y otros individuos de la comarca.

Aquella noche, repuestos de emociones y cuando el toque de queda había llevado de nuevo el silencio a las calles de la ciudad, aunque el tumulto continuaba en la campa del río aledaña a los mesones, Rubén, que me contemplaba con curiosidad después de que su mujer e hijas hubieran curado de nuevo mi herida entre muchas carantoñas y zalamerías, inclinándose hacia mí dijo,

–Ramonín, ¡vaya genio tienes...! –y allí hizo una significativa pausa, aunque continuó–. Pero déjame que te diga que vas a tener que corregirlo, pues el furor desmedido no es buena compañía.

Luego se inclinó aún más y añadió,

–Acuérdate de esto que te digo: en todo momento hay que mantener la cabeza fría, porque algún día llegará alguien por tu espalda deseando cortártela, y deberás estar prevenido. Nunca te dejes llevar por las pasiones, que no son buenas consejeras.

... y aunque yo entendía lo que quería decirme, y se lo agradecía, no tenía los alcances para meditaciones, pues me dolía enormemente todo el cuerpo y lo único que deseaba era llegar al catre y quedarme dormido de una vez por todas, lo que a la postre conseguí.

Tras aquella accidentada celebración la vida continuó como si nada hubiera sucedido, pues la campa quedó tan desierta y polvorienta como siempre lo había estado, los soldados volvieron a sus cuarteles y los visitantes a sus tierras, y en nuestra casa, una vez más, se instaló la cotidiana rutina en que consistía la vida, y como lo mío no pasó de ser una herida superficial, pues yo tenía la cabeza muy dura, pronto se me olvidaron los infortunios y tan sólo quedaron en el recuerdo las imágenes agradables que me hablaban del victorioso lance.

Sin embargo, un nuevo episodio vino a perturbar el hilo de mis pensamientos, pues de manera que me pareció casual, un día mi madre adoptiva me contó que, cuando Sancho me dio aquel golpe en el torneo, Dulce se desmayó como si le hubieran dado a ella, y aquello me provocó no poca sorpresa.

–¿Se desmayó...?

–Sí. Como si el golpe lo hubiera recibido ella, y a punto estuvo de irse al suelo.

Yo no supe qué decir, pero pensé que nuestra madre quería prevenirme ante lo cambiante de la situación.

–¿No la oíste gritar...? Cuando luego tu padre te dio aquella bofetada, a ella se le escapó un grito muy especial y se tapó la cara con las manos...

Su madre sonrió.

–¡Pobre Dulce! ¡Se está haciendo mayor...!

... y algo de aquello debía de haber, pues fijándome en ella, una vez que me habían puesto en guardia, en más de una ocasión la sorprendí mirándome solapadamente, lo que me llevó a pensar que, de alguna manera que sólo comprendía a medias, el mundo y lo que nos rodea está en perpetua mudanza.

El herrero, es decir, el padre de la criatura, de parecida manera me aleccionó acerca de aquel asunto que de repente había aparecido sobre nuestras cabezas, y una mañana que bajábamos al taller, más en serio que en broma, de improviso dijo,

–Ya veo que Dulce y tú os miráis con simpatía, lo cual es lógico puesto que os conocéis desde mucho tiempo atrás y vivís bajo el mismo techo; además, ella está en esa edad en la que las mujeres se enamoran de cuanto galán pasa por sus cercanías..., pero cuidado, Ramón, que la vida es muy larga y da muchas vueltas.

«¿Me había yo también hecho mayor?», pensé, pues mi padre de adopción acababa de despojarme del diminutivo. Él, sin embargo, prosiguió.

–Vosotros sois muy jóvenes, y la juventud es muy temeraria e irreflexiva... Tú ya me entiendes, y no me gustaría tener que enviarte a dormir a la fragua. ¿Estamos? –y Rubén enarcó las cejas con un gesto de enorme significado.

Yo no tuve ni que pensarlo, pues de sobra sabía de lo que estaba hablando, así que, correspondiendo a la confianza que me otorgaba, contesté,

–Dulce es mi hermana, y nunca haré eso en lo que está usted pensando. Será mi hermana siempre, y procuraré lo mejor para ella –y a Rubén le gustaron mis palabras, pues tras contemplarme con holgura, al fin sonrió.

–Bien –dijo–, ya lo sé. Cuento contigo, y no se hable más de esto.

No diré que Dulce me desagradara, pues nada sería menos cierto. Era mi hermana una niña muy guapa y quien mucho me había cuidado cuando no tuve a nadie, pero antes de que sus padres mentaran tal cuestión, yo ya sabía que aquel no era mi terreno. Sin embargo, sin poderlo evitar, en sueños la veía con frecuencia dándome la «señal», sonriendo extasiada bajo los surtidores del castillo ácueo, recogiendo alegre y descuidada flores en el campo o, provista de las herramientas al efecto, cosechando los frutos que las huertas nos daban..., aunque resultó también que algunas veces, pensando en ello, pues aquello me procuró no pocas cavilaciones, fui incapaz de discernir si era ella la protagonista de mis ensoñaciones o quizá Leonor, la niña que asistió al torneo y sabía tantas cosas que nosotros ignorábamos, pues ambas eran muy parecidas en lo que se refería a sus trenzadas melenas rubias y transparentes ojos azules.

Luego, al cabo de los días, Sancho, luciendo abundantes moratones y otras evidencias de los golpes que nos habíamos propinado, se presentó ante mí con la intención de disculparse, y de aquella nos reconciamos. Él me dijo que no quería haber hecho lo que hizo, que fue un momento de mala sangre..., y yo le contesté que yo tampoco, pero que de resultas del golpe se me nubló la vista y el entendimiento..., en fin, y para ilustrar mi razonamiento acabé diciendo,

–... porque tú atizas bien, ¿eh?

Sancho me miró, fastidiado de que le recordara aquel lance tan ingrato.

–Sí, no sé...

Yo le tendí la mano y le dije,

–En realidad estamos en el mismo bando. ¿Te dejará tu padre venir con nosotros si nos llevan a alguna salida? Allí sí que hay que pelear, y con espadas de verdad, aunque a mí sólo me permitían cuidar de los caballos... –a lo que aseguró que, si no le dejaba, se escapaba, y para formalizar nuestra reconciliación se nos ocurrió ir a bañarnos, puesto que lo que cuento sucedió un día en que el calor apretaba.

–¡Venga, vamos a echar una carrera...! ¿Hasta el molino?

–Eso, hasta el molino.

... tras lo que nos lanzamos al agua, y allí quedaron, ahogadas en el río y muertas de risa, nuestras ya antiguas querellas.

LA PESTE

La peste, la omnipresente peste, es algo que señorea de continuo tras los otros. En nuestra ciudad nunca se sabía por dónde había llegado, pues la presencia de tantos viajeros y reses de paso imposibilitaba cualquier averiguación, pero el hecho era que periódicamente se manifestaban calamidades que afectaban a buena parte de las personas que vivían en la ciudad y los campos colindantes. Tales epidemias se producían de manera natural, pero en ocasiones eran los almohades los que las provocaban, pues como la fortaleza se surtía del cauce del Guadiana, los atacantes de Calatrava solían envenenarlo aguas arriba con la esperanza de rendir la plaza más fácilmente, y para ello arrojaban en el río carne putrefacta, cadáveres de personas y animales y otras sustancias que causaban estragos.

Uno de aquellos años, cuando la primavera estaba avanzada, tuvimos noticias de que un importante ejército venido del norte de África se disponía a llevar a cabo una gran ofensiva que abarcaba un frente de muchas leguas, desde el reino de Portugal a las recién conquistadas tierras de Cuenca que habían sido tomadas por los soldados del reino de Aragón. Tal dijeron los espías que el abad y otros señores de la frontera tenían en tierras enemigas, quienes aseguraban que el tamaño del ejército era grande, muy grande, y estaba provisto de numerosas máquinas, lo que auguraba tiempos nuevos y belicosos tras aquellos últimos años que habían sido de relativo sosiego. Por eso, nuestra ciudad, al igual que otras muchas que estaban instaladas en las siempre cambiantes lindes del reino, se preparó para lo que sin duda iba a suceder, y contingentes de soldados venidos del norte se asentaron en un campamento que en seguida se levantó en las campas que bordeaban el río.

Durante las primeras semanas no sucedió nada fuera del prepararse para el que creíamos inminente asalto, por lo que en la herrería el trabajo se centuplicó y siempre había soldados que querían poner a punto sus armas. Los pobladores de la ciudad, al propio tiempo, se aplicaron en los quehaceres de defensa y aprovisionamiento, y así nuestra madre nos enseñó las labores que más se precisan en tales casos, como son las de curar a los heridos, colocar vendajes y otras tareas por el estilo.

Los rumores iban día a día en aumento, y algunos trajinantes que pasaron por allí huyendo de la ola sarracena nos informaron de la presencia de un ejército que avanzaba con suma lentitud, pues sus numerosos carros y maquinaria les impedían hacerlo más rápidamente, y al fin, una mañana, un nutrido grupo de caballeros, que no eran sino una de las vanguardias, se presentó ante las murallas, y durante la jornada completa reconocieron los alrededores y pretendieron incendiar todo cuanto no se había acogido al resguardo de los muros, lo que no consiguieron en su totalidad porque fuerzas de nuestro bando salieron de la ciudad y les pegaron una carrera que a buen seguro les quitó las ganas de intentarlo por segunda vez. No obstante, aunque aquella primera partida se retiró, con los días tuvimos noticias de que los pobladores de la cuenca, aguas abajo, se habían envenenado y muerto en muchos casos, lo que indicaba que las aguas del río habían sido emponzoñadas.

Aquel no fue un asedio como el que conté que sucedió cuando mis padres murieron, que duró tan sólo un día y más bien podría calificarse de escaramuza, sino que se prolongó durante dos semanas y a punto estuvimos de vernos arrollados por un ejército que aumentó con el correr de los días. Nosotros esperábamos nuevos refuerzos que quizá hicieran desistir a los atacantes de sus intenciones, pero estos nunca llegaron y tuvimos que apañárnoslas con nuestras solas fuerzas, aunque la población al completo colaboró en la defensa.

Yo me encontré encuadrado en un cuerpo de ballesteros que acudía a los lugares más comprometidos, pues nuestra presencia era requerida allí donde la afluencia de

asaltantes era mayor, y aparte de procurar disparar las saetas con el mayor tino posible, también debíamos repeler los ataques de los que a duras penas y con ayuda de escalas conseguían encaramarse en la parte más alta de la muralla, en lo que éramos ayudados por tropas que se ocultaban tras las almenas y hacían su irrupción cuando los atacantes creían que habían abierto una brecha. Allí, entre aquellos guerreros acorazados, aprendí a manejar la espada y el escudo, pues aunque Moisés había procurado enseñarme los rudimentos de tales artes, una cosa son los juegos y ensayos que pueden llevarse a cabo en un corral, y otra las cruentas peleas en las que, sin esperarlo, puedes encontrarte repentinamente envuelto. A mi lado solían estar Sancho y otros chicos, pero por nuestra corta edad nos mantenían en segunda línea y protegidos por grupos de corpulentos soldados, y tan sólo en alguna ocasión apurada tuvimos que tomar parte en una lid de verdad, por lo que salimos bien librados y muy orgullosos de nuestro papel, y no debería reseñar ninguna desgracia irreparable.

Era la guerra una ingente y agotadora labor aunque no estuvieras de cara al enemigo, pues continuamente teníamos que ayudar a los combatientes aportando todo lo que necesitaban, como era trasladar heridos, apagar incendios y ayudar en la mil y mil tareas que en tales casos se requieren, pero, amén de ello, durante el sitio que soportamos sucedieron múltiples episodios, y para que se advierta que en un escenario como el que describo acontecen situaciones de todas las índoles, contaré lo que sigue.

Las entradas y acometimientos que los moros intentaban, que unas veces eran simples señuelos y otras verdaderas algaradas en las que participaban multitud de hombres y máquinas, decrecían en intensidad durante los mediodías, pues el calor apretaba a todos por igual, y aquellos eran los momentos que se aprovechaban para reponer fuerzas, descabezar el sueño atrasado quien podía y acopiar los elementos que se utilizan en la batalla. Yo actuaba de balletero, como dije, junto a un grupo de hombres que se distinguían en el eficaz manejo de tan precisas armas, y en una ocasión, durante una de aquellas pausas que en los combates se producían, me acerqué a nuestra casa, en donde almacenábamos los flamantes dardos que sin cesar salían de la herrería, lugar en el que se continuaba trabajando día y noche.

Al trasponer la puerta sentí algo extraño, pues quizá el silencio me puso en guardia, y cuando con alarma contemplé la desierta habitación, que no debía haberlo estado, vi a Dulce, mi madre, caída en el suelo en medio de un gran charco de sangre... La toqué y la encontré yerta, y me sorprendió ver a su lado el hacha que se utilizaba en la cocina, y cuando estupefacto y repentinamente agitado me aprestaba a socorrerla, escuché agudos gritos procedentes de la huerta, gritos que de inmediato reconocí como los de Dulce y Raquel. Creyendo que algunos de los moros habían conseguido penetrar en el recinto sin que lo advirtiéramos, y por una malhadada casualidad habían entrado en nuestra casa, corrí hasta la puerta, para encontrarme con que un soldado de nuestro propio bando, lo que resultaba indudable a juzgar por su indumentaria, arrastraba a Dulce abrazada mientras Raquel, cayéndose y volviéndose a levantar, corría entre las plantas atropellándolo todo. Dulce se debatía con desesperación entre los brazos que la sujetaban sin miramientos, y yo, aunque entre las manos sólo tenía la ballesta, pues había dejado la espada en mi puesto de la muralla, de inmediato supe lo que tenía que hacer. De un furioso tirón la armé y la levanté. El soldado era un blanco perfecto, pues estaba muy cerca, de espaldas y desprevenido, pero Dulce se debatía furiosamente entre los brazos de aquel animal y yo no podía disparar contra el bulto porque, pese a mi buena puntería, quizá se la clavara a ella. Entonces observé cómo el soldado, enfurecido por su resistencia, la arrojaba al suelo con rabia delante de él, y pensé, «Dios me pone las cosas fáciles», y luego, «no puedo fallar; Dios, ayúdame», y solté el retén. La flecha se clavó en el preciso lugar que yo deseaba, pues le entró con violencia bajo el casco atravesando su cuello. Acto seguido la figura se descompuso, y a la momentánea rigidez siguió el pesado desplome del cuerpo.

Observé la huerta, pero allí no había nadie más, y me disponía a llamar a mis hermanas cuando sentí un fuerte golpe en el tejado que me sobresaltó, y como de súbito comenzaron a escucharse los broncos y lejanos tambores con que los almohades anunciaban sus ataques, volando más que corriendo salí a la calle y observé que un garfio, en cuyo extremo una cuerda se atirantaba, procedente de la parte de fuera había caído sobre las tejas y entre ellas se había quedado enganchado. Presumiendo que lo habían lanzado los asaltantes para entrar precisamente por aquel lugar, entré en casa, recogí el hacha caída en el suelo y, sin poder echar siquiera un vistazo a lo que allí había sucedido, con ella en una mano y la ballesta en la otra volví a salir.

En la calle, iluminada por el sol del mediodía, no había nadie, pues quienes no estaban en el adarve se encontraban entre los muros del alcázar, y quienes no lo hacían se protegían en sus casas, cerrando ventanas y postigos a cal y canto, de forma que a toda prisa me encaramé en el tejado, que se apoyaba en los contrafuertes que soportaban la muralla, y corrí por él hasta el lugar en el que aparecía la cuerda, en donde comprobé que no me había equivocado. Allá abajo, una docena de asaltantes que con nerviosismo escudriñaban sus alrededores y habían atravesado el consumido foso, pues sus capas chorreaban, se afanaban en tensar la gruesa maroma que por encima de aquella desierta parte de la muralla habían conseguido lanzar. En mis cercanías no había nadie, pues el grueso de los atacantes se concentraba en los lugares más bajos y fáciles de asaltar y los defensores atendían aquellos lienzos, por lo que no podía esperar ayuda ni tampoco correr a buscarla dejando a mis hermanos a merced de los intrusos, pero en seguida supe lo que iba a hacer.

A cubierto de las almenas observé los bamboleantes y arriesgados movimientos de quienes con suma dificultad ascendían, pues el peso era grande, y cuando casi todos se encontraban precariamente encaramados en la sogá y los más cercanos estaban a punto de alcanzar la cumbre, de un seco hachazo la corté. Lo que sucedió fue que el golpe no resultó suficientemente recio y la cuerda no se rompió, dando tiempo a que los que más cerca estaban pudieran agarrarse a las almenas. Un nuevo golpe la partió por completo, y todos cuantos en ella se sostenían cayeron al vacío entre gritos, pero yo no pude pararme a observar lo que ocurría porque los dos energúmenos que habían conseguido llegar hasta arriba venían hacia mí dando alaridos. Para mi fortuna el adarve era muy estrecho y sólo podían atacarme de uno en uno, de forma que cuando el primero llegó enarbolando una pesada espada, un individuo de regular tamaño y mirada más que fiera, pues los musulmanes gustan de exageradas gesticulaciones y otros signos que suponen que desconciertan a los enemigos, con la ballesta desvié el furioso golpe, y volteando el hacha con la otra mano, se la clavé entre las piernas, lo que desmadejó por completo el corpulento cuerpo, que cayó al suelo sin emitir un solo ruido. El que quedaba me miró sorprendido y frenó en el acto su carrera borrando de su cara cualquier gesto que expresara ferocidad, tras lo que, trasponiendo de un ágil salto la muralla, se arrojó al abismo, en donde desapareció. Yo atisé con precaución lo que allá abajo sucedía, pues los ballesteros estaban en todas partes, pero sólo pude ver algunos cuerpos maltrechos y desperdigados en el suelo, y luego cómo otros, que seguramente eran los que habían sostenido la cuerda, cruzaban de vuelta el foso escondiéndose con dificultad entre los juncos de la orilla.

Después aparecieron algunos soldados que dispararon sus arcos contra ellos, y yo, a la carrera, descendí las escaleras, corrí por la calle y entré en casa, en donde encontré a Dulce y a Raquel arrodilladas junto a su madre y llorando a gritos. Alfonso y Andrea, los pequeños, asomaban con terror sus desencajadas caras desde detrás de unas cortinas, y todo componía la más viva imagen del infortunio...

El ataque, que había sido una mera maniobra de distracción, pues varios grupos como aquel con el que yo tropecé intentaron entrar por los lugares desprotegidos, aunque de

todos fueron expulsados, no se prolongó mucho, y en seguida cesó el tronar de los tambores y la consiguiente lilaila y yo corrí a avisar a Rubén de lo sucedido.

Las niñas contaron que llegó un soldado borracho con la espada desenvainada e intentó echar mano a Dulce. Su madre se interpuso con el hacha de la cocina, y en la subsiguiente pelea él la acuchilló; los pequeños se escondieron bajo un mueble y el soldado no los vio. Las niñas salieron corriendo y chillando por la puerta que daba a la huerta, y allí, entre las plantas, destrozándolo todo a su paso, el soldado las persiguió, y cuando había cogido a Dulce y la levantaba en vilo, mientras Raquel, que no entendía lo que sucedía vociferaba sin saber adónde dirigirse, llegó la flecha que se clavó en el cuello del soldado, le entró por la nuca y le salió por la campanilla. Este pegó un respingo y se llevó la mano al lugar herido, pero inmediatamente se derrumbó en medio de enorme estrépito, pues todos los hierros que vestía chocaron con la tierra.

Así lo narraron las niñas, y como yo, para prevenir cualquier complicación, no añadí nada acerca de lo sucedido, ellas siempre conocieron aquel episodio como «la flecha que llegó del cielo».

A pesar de que el asedio continuaba y pocos eran los momentos de respiro, nosotros enterramos a Dulce, cuyo cadáver fue arreglado por vecinas llorosas y asustadas, en un rincón de la pequeña huerta que teníamos adosada a la muralla, pues no podíamos hacerlo en ningún otro lado. Rubén, dando ejemplo de resignación, presidió la ceremonia. Con muy grave gesto me alargó la Biblia que teníamos en casa y dijo, –Lee alguna página que te parezca apropiada –y yo, que no tenía ni idea de lo que iba a suceder, abrí el libro al azar y ante mí aparecieron las palabras que dicen,

*Los que blancas asnas montasteis,
los que sobre tapices os sentabais,
los que ahora vais por los caminos, cantad,
pues el que fue lugar de rapiña
es hoy lugar de regocijo.*

[4]

Todos lo escucharon ausentes, pues abatidos como estábamos, y sumidos en nuestros pensamientos, pocos comentarios podían hacerse, y Rubén, al fin, cariacontecido y a modo de epitafio, tras un rato de silencio y con hondo pesar dijo,

–Ya no tendré más hijos; cinco me dio Dios, y espero que me los conserve.

Luego hubo una nueva pausa, y él, meditabundo, a media voz añadió,

–Quizá salga de esta tierra de conflictos, pues no estoy solo.

Después de aquello, la batalla que se libraba por el dominio de nuestra ciudad continuó durante algunos días, aunque con suerte adversa para los asaltantes, pues en ningún momento consiguieron nada de lo que se proponían y cuantas añagazas ideaban eran respondidas de igual manera por el abad de largo brazo, el gobernador de la ciudad, de forma que fue mayor el quebranto que el provecho que del aparatoso sitio obtuvieron las fuerzas enemigas.

Luego, según se dijo entre los defensores, el ejército que nos hostigaba fue reclamado desde algún lugar para reforzar quién sabe qué otras ofensivas, y con alivio observamos cómo poco a poco comenzaban a levantar los campamentos y a llevarse las aparatosas máquinas que tantas molestias nos habían causado durante las jornadas precedentes.

Al fin, cuando los almohades, comprobando lo inútil de sus esfuerzos, habían abandonado el campo y desaparecido en el horizonte austral entre anchas columnas de polvo, algunos de nuestros caballeros persiguieron a su retaguardia durante días y regresaron con cautivos que cargados de cadenas fueron enviados al norte para librarlos de las iras del gentío. Parecía que todo había acabado y que la vida

proseguiría como hasta entonces, y quizá por ello se relajaron las precauciones que durante el sitio se habían tomado, fruto maligno de lo cual fue que entre la población, desfallecida por el prolongado sitio, se declaró una de aquellas pestes de que hablé.

De su aparición fue sin duda causa primera el agua, pues como las cisternas estaban a punto de agotarse, en cuanto se pudo se hizo nuevo acopio de ella sin reparar en que tan necesario líquido aún conservaba la ponzoña que en su seno se arrojó, aumentada seguramente en días anteriores con el esparcido de nuevos cadáveres. Corría el verano, y los calores, que tanto me complacían en años anteriores, pues nos permitían pasar las tardes entre modorras y chapuzones, contribuyeron no poco a acrecentar la magnitud del fenómeno. Muchos de los habitantes de la ciudad enfermaron con penosos síntomas, y aunque en nuestra casa nos libramos de ello, con los días fui yo el único atacado por el terrible mal.

Todo comenzó una tarde, cuando al volver de la herrería descubrí que no podía comer, pues en mi boca habían aparecido las pústulas que anunciaban el temido mal. Luego siguió un lánguido decaimiento, un intolerable dolor de espalda y la expulsión de malolientes líquidos, pues a la crítica flojedad de vientre se sumaron los más intempestivos vómitos, las persistentes flemas y mocos y la aparición de supurantes llagas.

Los pequeños fueron enviados a casas de la vecindad, en donde se hicieron cargo de ellos, pero Dulce y Raquel no consintieron en abandonarme, por más que su padre se lo rogó, de forma que rodeado de los mayores cuidados —aunque aderezados de continuos sollozos y el desconcierto que en ellas creó la impotencia ante lo inevitable—, acompañado por Rubén y sus hijas, amén de Moisés y otros que a ratos y con el susto en el cuerpo acudían a interesarse por mi estado —ante el que todos huían, pues mi color amarillo espantaba a quien lo viera—, pasé aquellos días que yo creí de agonía previa a la muerte y durante los que tuve los más extravagantes sueños que nunca imaginé que pudieran acudir a mi cabeza.

Eran Dulce y Raquel, mis hermanitas, las que principalmente los ocupaban, pero ellas sí eran en verdad las hermanas que nunca tuve, pues yo las veía acompañadas por mis padres. Mi verdadero padre, el cantero, de quien mucho me acordaba, se sentaba ante la lumbre invernal, y a su lado, en silencio, Raquel se dedicaba a desgranar los tempranos guisantes que con mimo cosechaba mi madre. Ella, mi madre, y Dulce, entraban y salían de la habitación en sus trajines trasladando lienzos recién lavados, y a mi padre le ofrecían una escudilla de caldo que él tomaba con precaución, pues su contenido humeaba.

Yo observaba con satisfacción aquella escena familiar por un ventanuco que en mi antigua casa había en la pared que daba a la huerta, y luego, saltando la tapia, me encaminaba hacia la puerta, pero Rubén, el herrero, mi padre adoptivo que en tan gran estima me tenía y durante la cercana batalla se había distinguido por su osadía y reciedumbre, ya que sus músculos le asemejaban a Hércules, revestido de metálica y fiera armadura y con los rojizos cabellos ondeando al viento montaba guardia ante ella y no me permitía aproximarme, y empuñando una espada que parecía llamear me señalaba con un gesto que mucho tenía de majestuoso la dirección del horizonte sur, lejana línea ondulada por montañas tras la que se alzaba una figura compuesta de luz, la silueta de una niña magníficamente aderezada, con aquel puntiagudo gorro pleno de estrellas de luz e incapaz de contener los rubios tirabuzones que de su cabeza surgían. Cuando la figura crecía sobre el horizonte podía observar que su porte no era el de una niña, sino el de una muchacha hecha y derecha, como lo era Dulce al presente, y cuando el fenómeno, que participaba también de la lentitud y gaseosa movilidad propia de las nubes, me mostraba sus pies, resultaba que estaban inmersos en las aguas de un lago. Ella, entonces, se agachaba y, de las aguas, extraía grandes riquezas, como eran resplandecientes lingotes de plata, e incluso de oro, que con sonriente expresión

me ofrecía antes de difuminarse en el paisaje.

Yo quería retener la celestial visión por cualquier medio que se me ocurriera, pero debido a mis paupérrimas fuerzas me encontraba incapaz de ello, y arrodillándome en lo que suponía centro de aquel páramo, que, como el mismo Universo, no parecía tener borde y carecía asimismo de centro, rogaba a Dios que me permitiera disfrutar del sueño, aquella imagen etérea y gaseosa que tan pronto era una como otra, aun a costa de prolongar la terrible enfermedad... Era entonces mi hermano quien, ruidosamente y sobre una magnífica cabalgadura, surgía de un barranco próximo al frente de una tropa de caballeros entre los que observé varias caras conocidas, pues reconocí a Sancho, a Moisés y a otros varios de los trabajadores de la herrería. Enarbolaban una enorme bandera sobre la que se pintaba la roja cruz de Calatrava, y mi hermano, inclinándose sobre lo que parecía mi cadáver, casi gritó,

–¡Únete a nosotros, que vamos a tierras de Albarracín a combatir a la morisma que se ha levantado en armas! No nos vendría mal la presencia de tan experimentado guerrero, los ecos de cuyas hazañas en el campo de Calatrava resuenan en el orbe y son de todos conocidas...

... alusión geográfica que constituyó una suerte de inexplicable barrunto, pues según supe después él ciertamente se encontraba en tierras de Aragón acompañando a su señor, y ni del sitio que sufrimos, ni de la enfermedad que a punto estuvo de encaminarme al camposanto, tuvo otra noticia que las que yo le referí cuando volví a verle.

Al fin, al cabo de algunos días, aunque no pueda precisar cuántos, la naturaleza cumplió su función, y lejos de transportarme al Hades, como yo creí que acabaría por suceder, una mañana me desperté insólitamente recuperado. Arrodillada junto a mi camastro, y derrumbada por el agotamiento sobre él, dormitaba la figura de Dulce, que se revolvía mansamente entre sueños. Yo me incorporé a duras penas, pues el cansancio que sentía era enorme, pero por la ventana irrumpían los rayos de un sol naciente y ellos me dieron fuerza para moverme. Dulce se despertó al instante, y tras contemplarme con ilimitada sorpresa, se acercó a mi cara y dijo,

–Ramón... ¿Eres tú?

Yo afirmé con la cabeza, pues tampoco tenía fuerzas para más, y la niña, solícitamente, me tocó la frente con prevención, pero sus ojos se iluminaron y pude adivinar en ellos que cualesquiera que hubieran sido mis males, estos habían desaparecido.

Los gritos de alegría que a continuación llenaron la casa no son ni para describir, ni la cantidad de personas que aquel día por allí pasaron, pues todos querían contemplar al resucitado, y aunque las fuerzas no me volvieron de inmediato, con la ayuda y cuidados de mis dos rubicundos ángeles custodios, que me proveían de caldos sin fin –pues mis sueños de cierto que reflejaban una parte de la realidad–, amén de otros arrumacos tan necesarios para el espíritu, mejoré prontamente y pocos días después podía mantenerme en pie e incluso dar paseos por la huerta, en lo que me acompañaban alborozadas aquellas dos niñas que el albur puso en mi camino.

Luego transcurrieron las fechas y todo se olvidó. Yo había crecido aún más, lo que las personas atribuyeron a las muchas jornadas en que necesariamente tuve que permanecer acostado, y durante algún tiempo aquello fue la comidilla de quienes me conocían. Rubén, sin embargo, me contemplaba con aprobación, pues siendo él de robustísima naturaleza, veía con buenos ojos a quien se le asemejara, y en la fragua tenía empleados a los más forzudos mozos de la comarca, cualidad que precisaba el oficio.

Sí, casi todo se olvidó, como he dicho, pero me costó deshacerme de los más inmediatos recuerdos, y durante meses, e incluso años, tuve presente en la cabeza la terrible sensación de estar enfermo e impedido, cuando todo parece dar vueltas a tu

alrededor y los más encendidos desvaríos acuden sin ser reclamados a las puertas de la mente y en ella se abren paso a empujones, si no que con recios e imparables mandobles de afiladas espadas manejadas por demonios de innúmeros miembros.

Mucho podría decir sobre las secuelas que permanecen en un cuerpo que ha sido atacado por la peste, pero la vida continuaba su curso y en la ciudad la actividad era grande, pues había que reconstruir lo devastado, que era casi todo. Las murallas habían sufrido no pocos embates, y todos trabajamos con ahínco para reparar los desperfectos, y de las huertas de la vega que tanto cuidábamos los pobladores, ¿qué podría decir? Los asaltantes habían dado buena cuenta de sus productos, pues transcurría la estación en que principia la cosecha, y lo que no pudieron llevarse fue incendiado y asolado sin dejar piedra sobre piedra. Fue allí, cuando levantábamos los campos con la vista puesta en la próxima temporada, que me encontré junto al cementerio en donde reposaban mis padres, que había sufrido igualmente las iras del ejército almohade. Las tumbas habían sido abiertas y revueltas, seguramente en busca de tesoros escondidos, y el lugar se presentaba a los ojos con el aspecto de la más indescriptible confusión. Centenares de huesos, incluso calaveras que en otros tiempos quizás contuvieron pensamientos propios de sabios, afloraban en la tierra trastornada, y entre ellos, en el lugar que recordaba, encontré un cráneo que destacaba por su blancura. Creyendo que podría haber sido el de mi madre lo tomé entre las manos, y durante largo rato estuve contemplándolo..., y al fin, tras mucho pensarlo, decidí llevármelo a casa, en donde, envuelto en las más limpias telas que pude encontrar, guardé entre mis cosas.

Rubén, que había acomodado su vida a las nuevas circunstancias, comenzó a pensar en el futuro, pues la ausencia de quien había sido su mujer durante largos años le llevó a considerar su nueva situación en el mundo, padre de varios hijos a los que había que enviar por la vida hacia adelante, y quizás porque yo era el mayor de quienes tenía a su cuidado, un día me habló de los años que estaban por llegar.

—Ramonín... —me dijo una tarde en la que calmamente regresábamos a casa tras los trabajos del día—, ¿has pensado dedicarte a algún oficio?

... lo que me tomó por sorpresa, pues en cierto modo daba por hecho que iba a seguir para siempre en su establecimiento.

—Tu hermano —dijo—, por lo que he oído, está muy bien considerado entre los soldados. La carrera de las armas es conveniente en los tiempos que corren, y más en estos lugares. ¿No te gustaría enrolarte en alguna hueste?

En sus palabras creí entender que deseaba que me fuera, pues quizá mi presencia le estorbaba para llevar a cabo planes que yo desconocía, pero él se apresuró a tranquilizarme.

—Puedes seguir con nosotros todo el tiempo que quieras, pero no te veo siendo herrero para siempre. Algo me dice que el mundo te está esperando. Tú podrás hacer carrera lejos de este lugar en que naciste, porque el reino es muy grande y deberás ir a conocerlo, como hemos hecho todos. Llegarás seguramente al otro extremo del orbe, y con provecho, pues aptitudes tienes para ello. Sabes de cantería, según has demostrado, y las artes de los herreros tienen pocos secretos para ti, pero aún eres muy joven y tu vida no ha hecho más que comenzar. Pensarás en ello, ¿verdad? —y yo le aseguré que, en efecto, así lo haría.

—Le tengo que agradecer a usted todo lo que ha hecho por mí, y tengo que pagárselo. Además están sus hijos, que tan bien me han tratado, y de alguna forma tengo que devolverles sus desvelos, en especial a las niñas...

... y allí fue el hacer planes, entre los que hablamos de ofrecer mis servicios a alguno de los muchos encomenderos y ricoshombres de la comarca, en cuya compañía podría recorrer caminos que llevaban lejos de nuestra ciudad, pero aquellos tempranos proyectos aún tuvieron que esperar, pues lo que en realidad sucedió fue algo por

completo diferente y que detallaré a continuación.

ALAROZA Y EL LARGO INVIERNO

Alaroza es nombre propio de los musulmanes que habitan al sur de nuestra región, y ella fue mi primera mujer. Alaroza vivía en el arrabal de la ciudad más próximo a la recogida de aguas del río, tiendas moras, efímeras chozas de gentes que iban y venían..., y era mayor que yo y me miraba como a alguien muy lejano. Cuando yo me echaba sobre ella, entre los juncos, me abrazaba con las piernas y no me dejaba levantarme, pero yo era muy joven y, amén de no entender, sólo podía dejarme ir hasta el final. Luego ella se levantaba riendo y se escabullía entre la marisma. Yo intentaba seguirla, pero como me sentía saciado me cansaba en seguida y me contentaba con tumbarme boca arriba, de nuevo entre los juncales, y soñar contemplando el cielo azul y las nubes blancas.

Yo conocí a Alaroza en la margen del río cuando fui a bañarme una tarde de un temprano otoño. Ella, una forastera en aquel mundo en que todos sabíamos quiénes éramos, estaba sentada en la ribera contemplando las fangosas aguas mientras se abrazaba las rodillas, y cuando me vio me siguió con una insistente mirada que me turbó. Yo no me atreví a salir del agua pues estaba desnudo, y nuestra madre naturaleza, que lo es de todos, me dotó de hartas ventajas, y como ella no cesaba en sus miradas, yo me irrité y nadé alejándome del lugar que ocupaba hasta llegar a la orilla opuesta. Desde allí, a cubierto de los juncos, le lancé con rabia una piedra que impactó en sus proximidades, y luego otra que cayó en el agua y la salpicó, y entonces ella se rió, se levantó y se fue corriendo.

La presencia de Alaroza me asustó, pues era la primera vez que una muchacha guapa se fijaba en mí, y aquella no era una condición que abundara en la ciudad, en la que todos nos conocíamos y las escasas novedades sólo se producían de muy tarde en tarde, pero luego me sentí atraído por una misteriosa fuerza, y durante los días siguientes, escondiéndome de quien pudiera verme, me acerqué de nuevo adonde la vi por primera vez. Al principio no la encontré, a pesar de que pasé buenas horas espiando el lugar, pero luego, un atardecer en que al salir del trabajo bajaba hasta el río, me la tropecé en la cuesta larga y siempre solitaria que desde la ciudad desciende hasta la ribera.

Ella estaba sentada en un poyo que había al borde del camino, y yo, con el susto en el cuerpo, no me atreví a detenerme sino que continué por la cuesta abajo sin osar levantar la vista del suelo. Llegué hasta la margen del río, y sin saber qué hacer, confuso hasta el extremo me introduje entre los árboles y me senté mirando a las aguas, en donde, con el sobresalto que el inesperado encuentro me había causado, no pude sino rumiar mi apurada situación. Luego, sintiéndome más seguro, pues la vegetación me ocultaba, avisoré a mis espaldas y observé que ella seguía allí donde la había visto. Algunas carretas transitaban por el lejano camino que llevaba a la ciudad, y junto al río había animales que pastaban en las orillas, pero por las cercanías no había nadie, y el día, quizá como paralelo a mi melancólico ánimo, se presentaba sumamente plomizo...

Entonces comenzó a llover, y como no sabía qué hacer, pero de allí no quería irme, busqué refugio en uno de los chiribitiles que en la vega se utilizaban para guardar las herramientas, no más que chozas construidas con ramas y ladrillos que continuamente había que reparar. Llegué corriendo bajo el incipiente chaparrón hasta el más próximo, y por un ventanuco que había en la grosera pared de barro estuve observando cómo la mansa llovizna poco a poco encharcaba los campos incultos...

En semejante actitud me encontraba cuando arreció la lluvia, y entonces, de improviso, se sintieron unos pasos apresurados en el exterior, y ella, lo que me produjo la mayor de las sorpresas, entró en el estrecho aposento. Yo me aparté asustado, pero aquella

chica, que vista de cerca me pareció aún más guapa que antes y había removido algún oculto resorte que habitaba en mi interior, no hizo ademán de acercarse, sino que se quedó junto a la abertura que hacía las veces de puerta. Transcurrió un tiempo, y cuando en el mayor de los silencios estábamos allí contemplándonos, pues las palabras no acudían a mi boca y mi confusión iba en aumento, ella, de la más extraña manera y con un apagado acento, de repente dijo,

–Son los ojos puerta abierta del alma... –y tras una pausa continuó–, que dejan ver sus interioridades, revelan su intimidad y delatan sus secretos.

Yo no supe qué replicar ante tan extraordinarias palabras, pues mis paisanos no se distinguían por la afición a las letras, e incluso algunos abominaban públicamente y de irritada forma de cualquier clase de retórica o expresión versificada, a las que calificaban propias de moros o afeminados.

–¿Quién dijo eso? –pregunté al fin con algo más que un hilo de voz, pues mi estupor iba en aumento, y ella tardó en responder.

–Ibn Hazm de Córdoba. Durante toda su vida fue desgraciado por el amor a las ciencias, que él cultivó...

La lluvia seguía cayendo sobre aquel lugar que de pronto había cobrado nueva luz, y como yo no podía apartar la vista de su cara, que se me antojaba maravillosa, y ella hacía lo propio, en su actitud inmóvil, pues sólo parecía mover los labios, recitó lo que sigue.

*Así, verás que cuando mira el amante,
no pestañea,
y que se muda su mirada
adonde el amado se muda...*

Hubo una extraña e indescriptible pausa en aquella escena en la que sólo nos acompañaba el fragor del agua, aunque al fin añadió,

–Esto escribió en sus años jóvenes, en esa fábula que conocí tiempo ha y lleva por nombre *El collar de la paloma*.

Alaroza era una chica que seguramente había venido de la Berbería, tal era su aspecto y su habla, traída por Dios sabrá quién y por qué medios. Alaroza era joven, muy joven, aunque no tanto como yo, y a mí me parecía mayor y sabia pues conocía los asuntos que se refieren a la poesía, que no los conoce cualquiera, y las no menos artísticas mañas de las relaciones con tus semejantes, que las ignoramos casi todos, en especial las personas de mi edad, pero como ella era sabia se dio arte para hacer más fácil el transcurrir de los primeros momentos, inquietantes circunstancias para alguien como yo, que nunca había tenido cerca al ser amado ni imaginado lo que ello significa.

...

La ocasión que he descrito constituyó el primero de los repetidos encuentros que a continuación tuvieron lugar, pues durante los días y semanas que siguieron Alaroza y yo nos vimos frecuentemente, y siempre en el mismo lugar. Nunca concertamos ninguna cita, sino que, como por milagro, ella aparecía cuando yo bajaba al río, y en aquel escenario, perpetuamente frío y solitario, pasábamos las tardes y, a veces, buena parte de las noches del largo invierno de nuestros amores, aprovechando los ratos soleados para pasear por las márgenes y cobijándonos en los tabucos de las huertas cuando el frío y el viento, la lluvia o la nieve se presentaban..., pero de esto hablaré luego y ahora contaré lo que las personas del lugar, algunas ajenas a nuestros sentimientos, aunque otras espectadoras silenciosas, dijeron de lo que allí sucedía.

La primera vez que hice mención de su nombre en lo que siempre había sido mi grupo,

todos se rieron estrepitosamente y se apartaron lejos de mí como de apestado, lo que me sorprendió y llevó a pensar que hartos rumores debían de correr acerca de nuestras andanzas en las huertas de la vega, y no todos benévolo. Sucedió, sin embargo, que Alaroza, nombre de mujer venida de lejos pero que no extraña lo que ante ella se muestra, era uno de esos escasos y privilegiados seres que a temprana edad ya han recorrido largo camino por los senderos de la vida y conoce a simple vista a quien se topa tras cada encrucijada, mientras que mis amigos, todos muy jóvenes, eran en cambio unos ignorantes patanes de lugar incivilizado que creían que cualquier hazaña se puede llevar a cabo con la única contribución del filo de una espada, y cualquier otro juicio es propio de refinados y versificantes, individuos de los que hay que guardarse, de forma que no encontrándome con ánimos para discutir lo que ninguno de ellos era capaz de entender, con muy malos modos me contenté con romper de un mamporro la nariz al más atrevido y descarado de aquellos simples, que en mala hora se puso en mi camino con el propósito de burlarse de algo que no estaba al alcance de su limitada mollera. Luego di media vuelta y me aparté de semejante tropel, en cuyo seno dejé latiendo el más significativo de los silencios.

En mi casa de adopción, por el contrario, la prudencia y la circunspección fueron absolutas, y ni siquiera Rubén se permitió la menor alusión al asunto, pese a que, por lo que me parecía, ello estaba en boca de todos. Únicamente observé que Raquel, que ya tenía doce años y cuya ceguera la convertía en la más perspicaz de las personas que me rodeaban, se sentaba en ocasiones a mi lado y me cogía la mano por debajo de la mesa, lo que me dio indicios de que allí sucedía algo que desconocía por completo.

Al fin, un día a la hora de la cena, ceremonia que siempre que podíamos llevábamos a cabo de acuerdo con los más estrictos cánones familiares, tras un comienzo que no hacía presagiar lo que sucedió luego, Dulce estalló impetuosamente en lágrimas, y entre mocos y suspiros entrecortados se fue a su habitación, adonde la siguió Raquel. Quienes quedábamos alrededor de la mesa nos contemplamos en silencio durante unos instantes, y luego Rubén envió al lecho a Alfonso y a Andrea, que obedecieron al instante, y Rubén, el aprendiz de herrero, sin que nadie le dijera nada hizo lo propio. En la mesa sólo quedábamos su padre y yo, y cuando me levantaba para interesarme por lo que sucedía en el cuarto de las niñas, aunque demasiado imaginaba lo que era, Rubén me dijo,

–No. Déjala.

Rubén me observaba caviloso. Pareció sopesar las palabras que iba a emplear, y al fin añadió,

–Las niñas tienen muchas fantasías en la cabeza. Lo que ha sucedido es inevitable y tiene muy mal arreglo, pero Dulce olvidará todo esto dentro de poco tiempo y volveréis a ser amigos como siempre lo habéis sido. No te preocupes y no le digas nada, pues todo se arreglará por sí solo.

Luego añadió,

–Ramonín: me basta con mirarte para saber lo que ocurre dentro de ti, y lo que ha sucedido hoy no te va a influir. Tú tienes que seguir tu camino, y aunque sé que nada será capaz de apartarte de él, aún te diré una cosa: las personas somos muy malas con lo que no comprendemos, de forma que procura llevar este asunto con la mayor discreción. ¿Me entiendes?

Yo asentí, pues de sobra le comprendía, y cuando me vio conforme, apostilló,

–Por cierto, ¡guapa chica...!, aunque su linaje no sea apreciado entre nosotros.

De tal forma transcurrieron los primeros tiempos, inmerso en la mayor y más atolondrada de las felicidades, aunque a veces preguntándome y no contestándome sobre el significado de mi nueva situación y lo que podría salir de aquello. Yo era un completo advenedizo en el recorrer de tales lides de amor, y aunque me sentía

obligado con mis hermanitas, en especial con Dulce, para quien la novedad había constituido un enorme desengaño, no podía apartar ni un segundo mi pensamiento de aquel ser privilegiado que se había presentado de improviso y me había sorbido el seso. Es el amor el más fuerte de los impulsos a que estamos sometidos las personas, y la misma fuerza que tarde tras tarde me obligaba a descender la cuesta que llevaba a las márgenes del río, era la que atenazaba a Dulce y, en su desconcierto, la llevó a cambiar por completo su actitud de tanto tiempo atrás hacia mi persona.

Pero poco lugar había para las meditaciones, pues, como digo, mis pensamientos iban en otra dirección, así que siguiendo el hilo de este discurso contaré de qué manera se desarrollaron nuestras peripecias de aquellos meses, cuando dos enamorados se cruzan en un camino cualquiera y distraen su entera solicitud de lo que les rodea para concentrarla en un único objeto, el ser amado, y de ello, ¿necesitaré decir que esto es así si en especial va acompañado de suculentas viandas?, porque aquello era lo que sucedía.

Cierta tarde Alaroza acudió con un voluminoso envoltorio, y cuando lo abrimos resultó contener un frasco de vino, a cuyo lado se alineaban grasientos muslos y pechugas de algo que al pronto reconocí.

—¡Perdices...!

—Así es. Dicen que las penas con pan son menos penas, y que dirán de las alegrías... He conseguido esto en la venta, aunque el posadero no quería dármelo, pero le he convencido con la fuerza de mis argumentos... —y Alaroza hizo un gesto muy elocuente—. Esta noche cenaremos algo diferente a los nabos y castañas de todos los días.

... porque, en efecto, nuestra dieta en aquel estrecho lugar en el que encendíamos un parco hogar en el suelo, se reducía a lo que podíamos asar en el fuego, aunque ¿a quién le interesa la calidad del sustento si la mayor golosina es quien está a su lado, y todo lo demás carece casi por completo de importancia?

Sin embargo, durante aquel atardecer invernal que se mostró sumamente templado y henchido de las más brillantes estrellas del cielo, en el que además nos alumbramos con candelas de aromática cera que ella había asimismo conseguido tras quién sabe qué manejos, sentados en el suelo junto a las brasas recién encendidas acabamos de asar tales delicadezas, y entre suspiros, mohines, caricias y otras gazmoñerías propias de nuestro estado, nos las comimos con el acompañamiento del vino hasta quedar saciados, y luego..., porque nosotros, por supuesto, nos habíamos ocupado de acopiar cobertores y alijafes con los que, llegado el momento, componíamos un lecho. No era un lecho de plumas como el que dicen que tienen los reyes, pero a mí me resultaba aún más balsámico que aquel que cuentan que nos espera en el Paraíso, ya fuera el de las huríes, del que me hablaba Alaroza, o el más cercano para mis conocimientos «cielo cristiano», de cuyas características nos informaban a diario los ministros de nuestra religión en el sacrificio de la misa matinal.

En todos los lugares se caza, principalmente en aquellos que están rodeados de campo inculto, y en la ciudad en que residíamos tal actividad no era la menor, pudiéndose conseguir en los mercados semanales carne de animales salvajes que quienes a ello se dedicaban vendían a buen precio, pero como los negocios de Rubén eran importantes, continuamente le obsequiaban con piezas venidas de aquí y allá, por lo que en nuestra casa nunca nos dedicamos a ello. Aquel espontáneo convite de Alaroza, sin embargo, me dio ánimos para iniciarme en tales artes, que por completo desconocía, y preguntando a unos y a otros y después de acechar con harta paciencia posibles presas, conseguí un día cobrar un pato que con dificultad nadaba en las aguas del río, pero como mi inexperiencia era total, le destruí con una flecha de la ballesta y poco pude aprovechar de él, y lo poco que conseguí resultó estar mucho más duro de lo que yo pensaba y presentar un infame sabor a almizcle.

Sobrio agasajo fue el mío, aunque las risas de Alaroza me compensaron del sinsabor de la pieza, pero con los días perseveré en tales empeños, tan nuevos para mí, y tras aprender ciertas mañas de quienes tuvieron la caridad de enseñarme, que más de uno de los conocidos de Rubén me llevó con él en su cuadrilla, un buen día en que solitario vagaba al acecho por los bosques cercanos al río, me tropecé con un enorme cerdo salvaje ajeno al peligro y que se solazaba ruidoso y desprevenido en un campo de lodo que había aguas arriba de la ciudad. No pocas precauciones tomé cuando le vi, pues era fama que uno de estos animales, herido, es capaz de matar a quien se interponga en su camino, pero mi buena puntería me libró de su furor, ya que le atravesé de parte a parte, y aunque en su agonía se revolcó furiosamente en el barro, no fue capaz de dar un solo paso en mi dirección.

Aguardé a que expirara, y con el cuchillo que llevaba corté la parte del lomo, para lo que en mi ignorancia consumí una verdadera carnicería, pero luego, con aquel trofeo sanguinolento y aún caliente me apresuré a volver al lugar de nuestros encuentros, en donde Alaroza, sorprendida, aunque luego muerta de risa, se negó en redondo a comerlo, puesto que su religión lo prohíbe, pormenor en el que yo, con la excitación propia de la aventura, no había reparado.

No di por inútiles, de todas formas, mis trabajos, y en cuanto pude corrí a avisar a Rubén, que se regocijó mucho con ello, pero cuando conseguimos alcanzar el lugar con las caballerías necesarias para transportarlo, encontramos que los animales salvajes habían dado rauda cuenta de los restos y tuvimos que volvernos de vacío, aunque yo me ocupé de recuperar los colmillos, piezas de preciado marfil que mucho gustaron a mis hermanitas.

Mi hazaña, que no era pequeña, según me dijeron, dio pie a toda clase de comentarios, y más de una palmada cayó sobre mis espaldas con ocasión de una reunión de cazadores a la que Rubén me llevó. Allí oí hablar de los astados, corzos y gamos y ciervos de pesada cornamenta a cuyas hembras no se debe acosar, ya que puede darse el caso de que no sean tales sino doncellas encantadas, lo que a veces se ha descubierto con pesar tras el asado, pues como dice el cantar,

*... bien oiréis lo que decía:
«Tiene rubios los cabellos,
tiene el seno de una niña.»
Saca el cuchillo del cinto
y pronto la descuartiza.*

[5]

... y luego de los peligrosos y siempre famélicos lobos que descienden en invierno a la llanura en busca de alimento, corpulenta y feroz bestia que pasa por ser el rey de los animales de nuestros contornos, pero uno de aquellos toscos seres que se calentaban al amor de la hoguera, dijo,

–Pese a lo que oigo, no son los lobos ni los ciervos los reyes de estos parajes, sino muy al contrario el ciclópeo oso que vive oculto en los montes de la frontera y al que sólo los poderosos son capaces de atrapar. Algunos de nosotros lo hemos cazado en tiempos pasados con jaurías de alanos, pero aquel es un mal territorio sólo apetecible para los animales salvajes que huyen de la comunión con los hombres, pues junto a los rigores de la vida a la intemperie está el constante peligro de los musulmanes, dueños de tales montañas.

Sin embargo, no habían acabado con aquello mis aventuras con los animales salvajes, pues a continuación sucedió algo que a punto estuvo de costarnos muy caro, y si salimos bien del empeño, ello se debió tan sólo a la casualidad y la fortuna, que nunca nos abandonó.

Una noche en la que, durante una de las más crudas jornadas de aquel invierno, Alaroza y yo estábamos en nuestro escondrijo de la vega, comenzamos a oír aullidos de lobos que nos llenaron de alarma por su cercanía. No era habitual que los lobos se acercaran a la ciudad, pues estos animales rehuyen la presencia humana, pero quizá en aquellos momentos se encontraban particularmente hambrientos y buscaban cualquier lugar que les sirviera de refugio en noche tan desapacible.

De un brinco nos pusimos en pie, pues los aullidos sonaron muy cerca y cabía que tales animales intentaran introducirse en nuestro reducto, y lo primero que hice fue arrojar varios leños al fuego que nos calentaba, pues una buena hoguera los ahuyenta. Luego busqué un arma, pero llevado por la perplejidad que me provocaba el peligro, sólo fui capaz de encontrar el cuchillo del que nos servíamos en nuestros manejos culinarios y que, aunque pesado, resultaba una pobre herramienta en tales circunstancias, y acto seguido escuché un espeluznante rugido..., y cuando con urgencia me volví, me encontré la llameante mirada de un robusto lobo que me contemplaba asomando el morro por la abertura que hacía las veces de puerta.

Aquel animal no lo pensó ni poco ni mucho, y a pesar del brillante fuego que había en el centro de la habitación se precipitó hacia mí, pero la desesperación que sentí fue aún mayor, y apartándome como pude, con todas mis fuerzas le clavé el cuchillo en el pecho. El lobo respingó y cayó pesadamente en el suelo, aunque aún tuvo fuerzas para revolverse, y cuando quise darme cuenta me había hincado los dientes en un brazo y rugía sordamente...

Lo que sucedió después fue muy rápido y apenas logré distinguirlo. Alaroza gritó con desesperación, se movió con la celeridad del rayo, tomó algo del suelo... y estrelló en la cabeza del animal que me mordía uno de los ardientes leños. El lobo, herido hasta lo más profundo y cegado por las brasas, emitió un postrero rugido que fue cortado por un hacha que descendió del cielo e impactó en su cuello, y cuando la sangre corría a borbotones sobre mi brazo, un nuevo hachazo acabó de separar su cabeza del tronco...

Ahora diré: aquella chica, que hasta el momento se había distinguido por la impavidez, ya que había observado que pocas cosas la turbaban, se transformó en una verdadera furia cuando las circunstancias lo requirieron, pues empuñó el hacha que utilizábamos para cortar leña y yo no había acertado a encontrar, y con el mayor tino hizo un uso de ella que no hubiera imaginado. Sin embargo, no cesaron allí los desmedidos arranques que de improviso habían convulsionado nuestra estrecha estancia, pues de inmediato y a patadas movió los gruesos leños que formaban la hoguera hasta la puerta, en donde los apiló defendiendo la abertura. Después se volvió hacia mí con enorme inquietud pintada en su rostro, y tras levantarme el brazo mordido, aplicó en la herida uno de aquellos leños incandescentes... El dolor que sentí me hizo soltar un grito y caer casi inconsciente hasta el suelo, en el que me derrumbé, y cuando conseguí recuperar el tino observé que ella había vendado la herida con una de sus camisas.

Alaroza me observaba con la mayor inquietud pintada en los ojos, pues los lobos restantes, aumentado su furor por el olor de la sangre, gruñían cada vez más amenazadoramente, y en la oscuridad, más allá de los llameantes leños, podíamos ver sus pupilas y escuchar las excitadas carreras y gruñidos. La pared de fuego los contenía, pero aquellas brasas no iban a durar eternamente, y cuando se extinguieran, ¿qué acabaría por suceder? En mi impotencia, y con verdadera rabia, adivinaba cómo ella era devorada por tan hambrientos y feroces animales..., y cuando ya desesperaba de salir con bien del lance y no sabía qué hacer, más en circunstancias que me impedían tomar cualquier resolución, oímos cascotes de caballerías que se acercaban a buen paso y algunos gritos furiosos que crearon gran desconcierto entre los animales que nos asediaban, pues al instante cesaron los vecinos correteos y pudimos escuchar cómo se alejaban entre aullidos.

Con enorme estruendo dos caballos se detuvieron en la parte de fuera, y Rubén, armado con una espada y sosteniendo un hachón humeante penetró apresurado en nuestro refugio. Luego, Moisés, pertrechado de parecida manera, entró a su vez y nos apremió.

–¡Aprisa, que pueden volver!

Rubén me levantó como una pluma y, sin reparar en mis protestas, me encaramó en su caballo y montó detrás. Luego, aguijando los brutos con premura, cabalgamos aprisa bordeando el río hasta que aparecieron las antorchas que señalaban la presencia de los mesones, y cuando estuvimos ante ellos nos detuvimos, pues aquel era el lugar en donde Alaroza habitaba, un grupo de chozas y otras endeble construcciones que de muy precaria manera habían construido junto a las cuadras de las posadas.

–Alguien del pueblo nos ha avisado de que se habían escuchado lobos en la vega –dijo Rubén tras descabargar, y tendiéndole la mano ayudó a hacerlo a Alaroza, que había montado detrás de Moisés.

Ellos estaban frente a frente, y tras contemplarse durante un momento con agrado, Rubén, dirigiéndose a ella, utilizó una de esas amistosas reverencias que tan propias son de los musulmanes.

–Dios sea contigo –le dijo tras el gesto, y Alaroza le miró hondamente y contestó,

–Él nos guarde.

El suceso no trascendió, pues Alaroza no era conocida entre las gentes de la ciudad, que evitaban mezclarse con los escasos moros transeúntes, pero Moisés, cuando me vio, no pudo contenerse y exclamó,

–¡Guapa chica, rediablos...! ¡Eso sí que es una mujer, Ramonín, por vida de...! –y no dijo más, temeroso seguramente de haber pronunciado algo inconveniente, pero yo se lo agradecí de veras con un gesto y una sonrisa que me salió de muy dentro.

Durante algunos días me encontré incapacitado, porque la herida que sufrí resultó hartamente dolorosa y punzante, pero ello no me impidió acudir, en cuanto fue posible, a nuestras citas nunca estipuladas, pues como dice el antiguo zéjel,

*Al ir a ti, corro como la luna llena
cuando atraviesa los confines del cielo,
pero al partir de tu lado,
lo hago con la indolencia
con que se mueven las estrellas.*

[6]

Allí, en el refugio de los campos, que con su ayuda me ocupé de atrincherar para prevenir sucesos como el de días anteriores, pasamos las largas horas que sus ocupaciones le permitían enfrascados en las labores que conlleva la presencia del amor. Yo estaba casi impedido, con el brazo en el cabestrillo, pero a su lado reconocía el Paraíso, aunque me fastidiaba no poder abrazarla por entero, y cuando mansamente nevaba alrededor de nosotros y todo parecía perder su consistencia, cuando lo que nos rodeaba se tornaba uniforme, igual, blanco..., Alaroza me distraía hablándome de países lejanos en los que día tras día la temperatura es cálida y constante, y de árboles frutales que desde los jardines derraman perfumes que inundan el aire...

Las ilusiones que me produjeron el conocimiento de Alaroza, y el haber estado junto a ella durante una larga temporada, fueron mucho más allá de todo cuanto hasta entonces había soñado. Ella me descubrió mundos que nunca hubiera podido imaginar, lugares en los que no se ponía el sol sino de muy tarde en tarde y eran atravesados por ríos de hidromiel y caravanas de dromedarios que se dirigían hacia el país del ocaso perpetuo, pues discurrían de continuo de este a oeste.

–Por este lugar también pasan...

–Sí, pero allí estos animales son de pelo dorado, y su carga está compuesta de sacos de mazmodinas y piedras preciosas del tamaño de un puño cerrado. Además, quienes las conducen son esclavos negros caballeros de monturas de ébano, personajes de la Nubia tan altos como tú, de pelo rizado y labios anchos que articulan un extraño y disonante lenguaje que no comprenderías.

–¿Tú los conoces? –y Alaroza me pasó la mano por los hombros mientras escuchábamos crepitar los leños y contemplábamos cómo la llanura se iba cubriendo de la blanca y tenue capa.

–¡Ay, yo...! Yo no existo más que en tu cabeza, amor mío, pues hoy estoy aquí y mañana estaré en otro lado. Yo no conozco a nadie, pues nadie me espera ni me reclama. Si nadie te necesita, ¿no quiere eso decir que no existes más que en la mente de alguien que sueña? Tú sueñas mucho, niño gigante, y deberías saberlo..., así como que de todos los sueños te despiertas.

La nieve seguía cayendo más allá del hueco que nos mostraba la gélida y uniforme llanura.

–No me despertaré de este, Alaroza, porque no es un sueño. Tú y yo estamos aquí y me rodeas con tu brazo...

...

Algunas veces, sin embargo, no nos veíamos en los apartados lugares de la vega, sino que, tal y como hacen los enamorados, nos divertíamos buscándonos en las concurridas ferias y mercados que todas las semanas se instalaban en la campa aledaña al puente. Allí, amparados entre la multitud anónima y rodeados por carromatos, recuas de mulos y rebaños de ovejas, paseábamos a nuestras anchas simulando no conocernos, aunque a veces aprovechábamos para rozarnos las manos, y en una de las ocasiones que digo, una mañana en que la encontré en compañía de una amiga y con el pelo cubierto de flores, entre la vorágine se las ingenió para pasarme un mensaje, no más que un trozo de astroso papel en el que se veían algunas palabras exquisitamente trazadas, porque Alaroza, tal y como a mí me sucedía, sabía leer y escribir, y lo que allí pude ver...

Después llegó la noche, y siguiendo sus indicaciones me acerqué al más apartado arrabal de nuestra ciudad, un lugar extramuros que apenas conocía y lindaba con la campiña desierta. Me introduje en sus silenciosos pasajes sin cruzarme con nadie, y al fin me encontré recorriendo una callejuela sombría y limitada por fachadas de grosero adobe, y cuando incluso aquellas covachas se acabaron y comenzaba el campo raso, pues en él parecía internarse el camino de tierra tan sólo iluminado por la tenue luz de las estrellas, vi que a un lado había unos árboles que disimulaban una caprichosa construcción, lugar en el que me detuve, porque Alaroza había escrito, «y detrás de ellos verás algo que parece un palacio...».

Era aquella una extraordinaria mansión, pues su cristalina fábrica no era como las que conocía. Más allá de las frondas se adivinaban unas luces, y sorteando un sinnúmero de plantas de adorno y una inmaculada alberca que mostraba un extraño color azulado, hacia ellas me dirigí, llegando de esta manera a una gran habitación defendida por muros de grueso vidrio, al que arrimé la cara y los dedos. Su interior estaba iluminado, y aunque la luz no parecía provenir de lado alguno, el aposento se presentaba ricamente adornado con alfombras y divanes al parecer muy mullidos. El suelo no era de tierra apisonada, sino de pulidas losas de cierto material del que no conseguí desentrañar su esencia, y algunas pinturas cuidadosamente ceñidas por exquisitas molduras ocupaban las paredes, imágenes que me asombraron, pues los motivos que describían me resultaron ajenos por completo. ¿Qué eran aquellos objetos que semejaban resplandecientes y policromados carros como nunca vi...? Sus gruesas

ruedas aparentaban estar construidas con pulimentadas y casi esféricas piedras de nafta...

Luego, cuando me extasiaba al contemplar tales maravillas, por una puerta que había al fondo entró ella tocada de la más estrafalaria manera que imaginarse pueda, pues sus vestidos no eran de este mundo. Había cambiado el grosero jubón por lo que parecía camisa propia de reyes, y cubría sus piernas con estrechos y coloridos pantalones de seda y brocado. Yo la contemplé estupefacto, pero ella se acercó hasta donde observaba la escena y, abriendo la pared de vidrio, me invitó a entrar, lo que no sin cierta desconfianza hice, pues creía ingresar en un mundo aparte y al que sólo por un mayúsculo prodigio me era permitido acceder.

Entre asientos de diversas formas había una mesa sobre la que reposaba un juego de ajedrez, tablero de ébano y ordenadas piezas de marfil, y más allá observé un modificado juego de tablas, y cubriendo las paredes, lejos de los tapices que adornaban las de relumbrón, cuales eran las del alcázar, o las pieles de animales que otros disponían, se encontraban los lienzos que nombré y entonces pude examinar de cerca, aunque sin llegar a comprender lo que representaban.

Después me tomó de la mano, como siempre hacía, y sonriendo me condujo por un iluminado corredor que se internaba en las entrañas de la mansión y nos llevó a un nuevo aposento. Era aquella una gran habitación dividida en dos partes por lo que parecía una mesa central de piedra pulida, y sus paredes estaban cubiertas por algo que semejaban clausurados armarios blancos, aunque nunca llegué a conocer su contenido; incrustada en la mesa, por ende, se mostraba una negra lámina de vidrio de la que no acerté a discernir el propósito. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue que todo ello estaba iluminado por una impalpable y misteriosa luz que emanaba del techo, pues no había ningún candil a la vista, sino que era la misma bóveda bajo la que me encontraba, una suerte de blanca y lisa lámina, la que con profusión derramaba la claridad que alumbraba la estancia.

Aquí y allá se pintaban los más caprichosos objetos. Algunos parecían de pulimentado hierro, mientras que otros hacían gala de una naturaleza que me resultó indescifrable. ¿Era aquello una cocina, me dije, el recinto del fogón que en cualquier morada existe? Por un momento tal creí, pero al punto rechacé la idea pues no conseguía situar el lugar que correspondía al fuego. No había brasas ni carbones encendidos, ni hogar que las contuviera, ni leñera en la que se acumulara la necesaria madera... ¿Dónde estaban los instrumentos que en tal lugar se requieren, y las ollas y jarros que tanto abundan en semejantes aposentos? Sin embargo, aquel cúmulo de tarros alineados frente a las blancas paredes, y las no menos ordenadas herramientas metálicas que pendían de clavos simétricamente dispuestos, me daban indicios de que mis pensamientos no iban descaminados.

Absorto en el examen de tantas riquezas, casi no advertí que ella abría una de las alacenas de blancas portezuelas, y que dentro, iluminado por una luz que parecía surgir del interior, entre nubes de impalpable vaho y sobre una pulida bandeja de cristal se mostraba un monumental gallo por entero desplumado. Mi sorpresa fue mayúscula, pues conocía de sobra aquel animal y no esperaba encontrarlo en tal lugar, pero Alaroz casi no me dejó pensarlo, pues tomando la bandeja entre las manos la colocó sobre la brillante piedra que hacía las veces de mesa. Luego se revistió de algo que imitaba a los mandiles, aunque aquel no fuera de cuero sino de ligera y floreada tela, y de tal guisa engalanada principió sus manejos. Enarboló una gran cuchara de palo, me miró y dijo,

–Prepárate, desgarbado niño de Calatrava que llegaste desde tu lejano mundo hasta este lugar vedado a todos los ojos, para contemplar una de las maravillas que en los más encumbrados lugares de los países de Oriente se acomoda sólo en ocasiones especiales.

De la oscura lámina de vidrio que cubría el paramento surgió una tenue y rojiza luz que fue poco a poco dilatando su intensidad. Yo retrocedí ante el prodigio, pero Alaroz, que me contemplaba burlona, añadió,

–Nada temas, pues mi oficio es el de cocinera, y estas son mis herramientas, que conozco bien.

En una sartén de hierro que colocó sobre la negra lámina cayó el tocino despidiendo su siempre vivo chisporroteo..., y de nuevo me aparté con alarma pues no había fuego capaz de producir el fenómeno, pero ella, sonriente, no dio muestras de sorpresa sino que prosiguió con sus manejos. Allí cayó la canela, los higos secos, la miel y los piñones, cayó el espeso vino y el vinagre y todo coció arrebatado mientras exhalaba nubes de aromático vapor..., y ante tales y tan abundantes prodigios se me ocurrió que aquel lugar maravilloso e imposible de describir, aquel lugar de paredes brillantes y enseres de superficies blancas y pulidas que contenían tesoros sin fin, no podía ser sino una de las muchas estancias que según dicen se encuentra en el paraíso de las huríes, del que ella me había hablado, el lugar que Dios ha prometido y tiene destinado a quienes mueren defendiendo su causa. Durante un momento me sentí transportado al Edén, y ni parpadear siquiera pude...

Después me hizo tomar asiento en un escabel tan blanco y bruñido como todo aquello que nos rodeaba, y me dio a probar lo que tan primorosamente había cocinado. Ella se colocó ante mí y me contempló mientras comía, y aunque difícilmente podía apartar la vista de su etérea persona, me obstiné en paladear lo que me había servido, alimento irisado, glacial y resplandeciente, tan exóticos me resultaron su sabor y apariencia... Durante un instante me recreé en el manjar, pero en seguida escuchamos un extraño ruido que nos sobresaltó, y ella, tras mirar a su alrededor, con un dedo en la boca se levantó, por señas me indicó que la siguiera y, como en sueños, descendimos por unos escalones que a nuestra mano y tras una escondida puerta se encontraban.

Llegamos de esta manera a una nueva habitación con trazas y viso de bodega, pues las paredes eran de tierra desnuda, y por un túnel de rojizas paredes que se adentraba en el infinito, paredes propias del tártaro, comenzamos a desplazarnos de la más insólita de las formas. Al pronto creí que volábamos, pues mis pies no tocaban el suelo, y cuando en nuestro alocado huir se abrazaba a mi cuerpo, yo le decía, quisiera besarte, y ella me contestaba, hazlo, y yo lo hacía con suma fruición mientras raudos e inmateriales nos deslizábamos por aquel lugar que parecía conducir al centro del Universo, lejos de los diez empíreos de la ciencia antigua. Su tacto era como el de un colchón de plumas, y yo me aferraba con ardor a su complaciente cuerpo y la besaba...

Al fin desperté con sobresalto e iluminado por los rayos del sol de la naciente mañana en nuestro refugio de la vega, pues lo que acabo de contar no fue sino uno más de los innúmeros sueños que a su lado tuve, sueños que abrieron mis ojos, pues en ellos pude contemplar de indistinta manera los nuevos horizontes de los que, con afán y fantasía, tantas veces me habían hablado quienes dedicaron buena parte de sus esfuerzos a educarme, por lo que les estoy agradecido.

...

Tiempos felices fueron aquellos, y lejos estaba de imaginar lo que a continuación iba a suceder, pues en mi inexperiencia creía que las cosas son para siempre. Nadie nace sabio, y todos, paso a paso y con hartos trabajos, debemos ir descifrando lo que la vida encubre tras sus múltiples pliegues.

Durante algunos días aún pudimos disfrutar de nuestros amoríos, y cierto anochecer, cuando todos los signos anunciaban la inminente llegada de la primavera, y los gélidos aires de la llanura sólo eran un recuerdo en nuestras cabezas, nos encontrábamos tumbados en el suelo a la vera del río. Contemplábamos el surgir de los astros y

escuchábamos el armonizado silencio que preside las reuniones de las almas que se han puesto de acuerdo, y sobre el nocturno y pacífico escenario transitó una estrella fugaz.

Alarozza musitó,

–*Vio la estrella a un demonio espiar furtivamente a las puertas del cielo, y se lanzó contra él encendiendo un camino de llamas...*

[\[7\]](#)

Yo esperé a que se extinguiera la traza luminosa.

–¿Quién dijo eso?

Alarozza hizo un mohín antes de responder.

–Al-Mútamid, príncipe poeta que lo fue de Sevilla hace muchos años.

–¿Qué sucedió con él?

–Fue declarado tibio por los invasores y deportado a África. Bebía vino.

–¿Bebía vino...?

–Sí. Se emborrachaba.

Una nueva luz nos sobrevoló, y al fin Alarozza dijo,

–Es ley de vida. La poesía y el alcohol caminan juntos bajo las estrellas... –y yo añadí,

–Sí, y a todos, al final del trayecto, nos aguarda la más amarga de las miserias.

Alarozza se abrazó a mi cuerpo tan mansamente como ella sabía hacer.

–Tú y yo somos poetas, niño del río, y me gustaría morir ahora abrazada a tu cuerpo, pero al fin llegará la hora de la separación,*pues quien está destinado a morir en un lugar, no morirá en otro...*

Luego transcurrieron algunos días durante los que no pude acercarme a nuestro escondrijo de las riberas del río y debí refrenar mi impaciencia, pues mis deseos de verla eran muy grandes. Al fin, una tarde como tantas otras, descendí hasta el lugar de nuestros encuentros y ella estaba allí, sentada en la ribera y abrazándose las rodillas en actitud que me recordó la del día que la conocí en aquel mismo rincón. Alarozza contemplaba absorta el correr de las aguas del río renacido, y cuando sintió que llegaba a su lado me atrajo hacia ella, pasó su brazo sobre mis hombros y juntó sosegadamente su cabeza con la mía.

Durante largo tiempo permanecimos en silencio, pues de sobra es conocido que dos enamorados se bastan a sí mismos, y se nos fue buena parte de la tarde en disfrutar de nuestra presencia en aquel cuadro de naturaleza que renacía tras los fríos de meses atrás. El río, que nunca nos abandonó, corría de nuevo impetuoso, y en sus márgenes se alzaban las arboledas que anunciaban la llegada de la nueva estación con sus incontables brotes... Alarozza se apretó contra mí y dijo,

–La vida, amor mío, es como juego de ajedrez, larguísima disputa en la que a veces representas el papel del peón y a veces el de la reina... Junto a ti he interpretado este último, experiencia que por primera vez he sentido a mi alcance, pero mi destino no es tal, sino el de un anónimo ser que durante un instante muy breve penetró en el Paraíso a escondidas de los guardianes y pronto será arrojado de él. La vida nos trae y nos lleva como el viento cambiante de estas vegas, y no está en nuestra mano el oponerse a los designios de Dios, cuyo nombre debe siempre ser alabado.

El río continuaba con su canción, y algunas de las aves que no temen al hombre, cigüeñas y grullas, chapoteaban en las aguas antes de emprender ruidosamente el vuelo hacia sus nidos.

–Lo que dices me sobrecoge, pero no me sorprende porque así ha sucedido desde que te conocí. Tú sabes cosas que la mayoría ignoramos, sobre todo en mi mundo, ese mundo de hierro y fuego en el que no cabe la poesía que los libros dicen que existe...

Durante un momento Alarozza se rió con su cristalina risa, pero en seguida retornó a su anterior actitud, que se me antojaba en exceso grave y elocuente durante tarde tan luminosa.

–No hay riqueza alguna en las palabras rimadas que tanto admiras, sino únicamente un pasajero goce de la mente que pronto pasa. La vida es poesía, sí, pero también es hierro y fuego, y muerte y separación... Sin embargo, los dos alcanzaremos insospechados y nuevos horizontes, ya que ellos nos están esperando, y ninguno sabe cual será al fin el más afortunado, pues ¿quién puede afirmar que conoce lo que le reserva el porvenir?

Alaroza me acariciaba el pelo, y después, tomándome entre las manos la cabeza e inclinándose sobre ella, me besó con dulzura en la frente. Luego sólo dijo,

–Ahora debo irme, niño del río –y, tras levantarse, sin añadir más se alejó como tantas tardes hacia el lugar que ocupaban las posadas y los corrales, cuyas humaredas se divisaban más allá de los árboles, y ni una sola vez volvió la vista atrás.

Yo permanecí en donde la había encontrado, inquiriendo calladamente sobre el plural significado del siempre expresivo lenguaje de los musulmanes, en cuyos entresijos creía vislumbrar solución a muchos de los enigmas que propone el imprevisible futuro, y preguntándome a la vez si no es la vida un sueño imposible de desentrañar..., pero no quise ir tras ella, pues algo en su actitud me lo impidió. Alaroza, que leía las manifestaciones del alma en el fondo de los ojos, sabía también llegar y partir sin alterar el frágil cristal del aire que a todos nos contiene.

Después pasaron los días y ella no volvió, y aunque por todas partes la busqué, no encontré rastro de su persona sino tan sólo unos mínimos retazos de tela enfangada caídos en el suelo de nuestro refugio, tela que había pertenecido a una de sus camisas, aquella que para curarme desgarró el día que el lobo me mordió en el brazo. Afectado por el mayor de los desánimos, y dando patadas a las piedras, recorrí innúmeras veces el largo camino que llevaba a los lugares que habíamos frecuentado, nuestro escondrijo, a la sazón vacío y arruinado, y las riberas del río, caudaloso ya por entonces y que tantas tardes de éxtasis contempló, e incluso en una ocasión llegué a entrar en el lugar en que vivía, aglomeración de casuchas que durante los últimos tiempos había surgido junto a las posadas, pero una vez allí no me atreví a inquirir acerca de su paradero, pues las pocas personas que encontré me miraron desconfiadamente, y es que, pese a nuestras muchas reservas y precauciones, en todas partes se habían hecho lenguas de lo sucedido. Al fin, lleno de confusión, acabé por dar media vuelta y tomar lentamente el camino que, escalando la colina en que se asienta, lleva a la amurallada ciudad a la que yo pertenecía..., y de esta forma sucedió que, por más empeño que puse en encontrarla, nunca volví a verla, pues Alaroza, privilegiado ser que alcanzó la difusa frontera de dos mundos encontrados desde el lejano país de los bereberes, se había esfumado calladamente, y llegué a pensar que después de sus enigmáticas palabras, movida por razones que yo no conocía ni podría jamás descifrar, había abandonado de manera definitiva la ciudad en pos de su errante destino.

Luego transcurrió el tiempo, y una noche de luna caprichosamente cálida, mi padre adoptivo, el herrero, quien me contemplaba a veces caviloso en mi desconcierto, inevitable secuela de los tiempos pasados y actitud que a cuantos nos rodeaban resultaba evidente, me dijo,

–Ven conmigo, Ramón, que vamos a ir a dar un paseo.

Salimos de casa cuando la ciudad había quedado desierta y recorrimos la empedrada calle en silencio. La puerta de la muralla estaba abierta y los soldados de la guardia nos saludaron al pasar. Allá arriba, como dije, la luna llena iluminaba los silenciosos campos, y al fondo, junto al río, se advertían las luces que indicaban el lugar en que se asentaban las fondas que, junto a los corrales, había en el cruce de los caminos. Descendimos lentamente hacia ellas y nos dirigimos hacia la que era mayor y más importante y frecuentada, que al lado de la entrada mostraba una gran antorcha humeante. La puerta estaba cerrada, pero de su interior surgían ruidos que

denunciaban la presencia de numerosas personas.

Muy escasas veces había traspasado el umbral de aquel antro, y nunca durante las horas nocturnas, por lo que me sorprendió el humo negro de los velones, que me hizo toser, y la algarabía de personas, comerciantes, soldados y otras gentes de paso que gritaban y bebían en medio de lo que me pareció el mayor de los tumultos. Era aquella enorme sala encrucijada y nexo de culturas, pues bajo su alto y abovedado techo de madera se juntaban en alegre camaradería quienes en otra parte batallaban ferozmente, y allí, olvidadas por algún tiempo las diferencias, jugaban y se divertían al común amor del vino y la lumbre, aunque sucedía que, si bien estas diferencias carecían de importancia en lo que atañía a la religión que profesaban los diversos grupos de clientes, sí se tenían en cuenta en lo que se refería a la riqueza que podía adivinarse a los parroquianos, pues en la sala baja de suelo de piedra, en donde se encontraban los ardientes hornillos en los que se cocinaba cuanto se servía, lugar en el que el alboroto era grande, se instalaban los asistentes de más humilde condición, que éramos casi todos, pero en unos altillos que había en los extremos de la gran habitación podían observarse grupos de acaudalados personajes, en su mayoría musulmanes de paso en nuestras tierras, que más lujosamente vestidos y por lo general bien acompañados, entre almohadones y tapices ya muy gastados y ennegrecidos por el humo que inundaba el local, bebían y conversaban distendidamente lejos del soberano estrépito que reinaba en el piso inferior.

El juego, como he dicho, era la principal recreación del lugar, y allí se daban cita muchos de los personajes que la existencia de cualquier largo e importante camino acoge en su seno, como los juglares que solamente transportan sabidurías y un laúd a la espalda, los traficantes que los recorren en los desvencijados carrmatos en que llevan a cabo su vida, y sobre todo los tahúres, que buscando la ocasión propicia peregrinan de continuo de venta en venta, y cuando se daba la inusual circunstancia de que algún moro venciera a sus oponentes, quienes le acompañaban prorrumpían en el jubiloso y característico alboroto que llaman «lilaila» y yo conocía sobradamente de las batallas en que había participado.

Rubén y yo nos dirigimos hacia el fondo de la sala mientras la mayor parte de la gente nos abría paso, pues nuestro aspecto llamaba la atención, ya que, amén de ir someramente armados, Rubén se asemejaba al Sansón que describe la Biblia, y yo, con mi desusada altura y las largas y enredadas guedejas, no me quedaba atrás. Él saludó a algunos, pero al fin nos sentamos solos ante una mesa que había en un rincón, y mientras yo observaba cuanto me rodeaba, Rubén pidió de comer y beber, lo que al fin, sobre abiertas tortas de un basto y negro pan, colocaron encima de la mesa. Era aquello un guiso de carne de cerdo y hortalizas, y como tenía hambre comí con gusto, y luego nos trajeron un oscuro vino en copas de metal, y cuando lo probé lo encontré muy agrio, sobre todo si lo comparaba con el aguado líquido que a diario bebíamos en la herrería, o aquel otro que, una tarde de mucho tiempo atrás, Alaroza llevó a nuestro escondite para acompañar unas succulentas perdices...

La noche continuó de tal guisa, y luego, de improviso, descorrieron unos velos que había en un extremo del local y ocultaban una suerte de estrado. La grita arreció, y lo que parecía una música de desafinados laúdes, flautas y tambores, una música tenue y serpenteante, surgió desde el otro lado de la sala. Al cabo, en lo que parecía tablado, apareció ella desde un lateral, Alaroza, medio desnuda, y ante aquella concurrencia escandalosa comenzó a bailar sinuosamente.

Yo me puse en pie obligado por la sorpresa, pues esta fue grande, y desde el fondo, a cubierto de las sombras, durante lo que me pareció una eternidad no pude apartar la vista de aquel cuerpo que tan bien conocía, aunque convertido a la sazón y por artes que estaban más allá de mi entendimiento en manjar de multitudes. Sin embargo, el brillar de sus ojos, que sobremanera recordaba, había desaparecido de ellos, y me

pareció contemplar a una extraña a la que sólo hubiera visto en sueños.

Más tarde aparecieron detrás de ella otras chicas que la imitaron, y al final eran varias las que bailaban, mientras un personaje, a modo de bufón y vestido de acuerdo con la más rancia usanza de la morisma, se dirigía a la expectante concurrencia e improvisaba unos torpes y mal pronunciados versos alusivos al espectáculo, y aunque aquellas eran expresiones características de los musulmanes y poco gustaban a los hombres de hierro de la frontera, fueron acogidas con el estrépito y las risas que son propios a los lugares en los que sin tasa corre el vino y no importa lo que suceda si de regocijar el espíritu se trata.

Al fin la música cesó tan bruscamente como había comenzado y todos cuantos había en el escenario desaparecieron tras él. La ruidosa actividad que había en los corros se reanudó, y yo, con el espíritu confuso y sin saber qué pensar de lo sucedido, volví a mi lugar junto a Rubén, que me observaba atentamente. Nada de lo que había en la mesa me interesaba y sentía el corazón saltármeme en el pecho y las piernas pesadas como el hierro, pero él, tras una pausa, tomó su copa y dijo,

–Ya sé que es este un rudo descubrimiento para ti, pero la vida te llevará a lugares aún más ingratos y deberás estar prevenido. Ahora, levántate y bebamos por los buenos tiempos que sin duda vendrán –y predicando con el ejemplo se puso en pie y alzó la copa.

Yo le imité sin saber qué decir, pues mi aturdimiento era máximo, pero también levanté el roñoso vaso, y pese a lo alicaído de mi espíritu fui capaz de chocarlo con el suyo.

Rubén me miró como a un hijo, pues él me apreciaba de verdad, sentimiento que compartíamos, y con la copa en alto y de la más profunda manera que describirse pueda, como si su voz surgiera de un pozo, con parsimonia pronunció estas palabras.

–*Y hallé que es la mujer más amarga que la muerte, y lazo para el corazón, y sus manos, ataduras.*

[8]

Rubén me contempló calmamente, levantó una vez más la copa y repitió,

–Bebamos –lo que hicimos al punto, y tras ello regresamos a nuestro asiento y añadió–. Así dice la Sagrada Escritura, para que escuche quien tenga oídos, y quien quiera entender, entienda.

Yo contemplé aún durante un rato el informe tumulto que, ajeno a todo, a mi alrededor se cernía, pero luego me levanté y, tras hacer una seña a Rubén, ocultándome como pude entre la multitud abandoné el lugar.

Al salir, el aire frío de la noche despejada me dio en la cara, y al sentirlo pensé en las palabras que acababa de escuchar, aquellas que hablaban «de los buenos tiempos que sin duda llegarán». La luna llena derramaba su luz sobre la ciudad amurallada, y hacia ella me dirigí, apartando mis pasos de la tumultuosa corriente de agua que bajo el puente resonaba y representaba el pasado. Paso a paso recorrí la cuesta contemplando las estrellas y me introduje por la gran puerta al mismo tiempo que lo hacía un ruidoso grupo de soldados montados sobre mulos, pero no les presté atención, pese a que me persiguieron con hoscas miradas. Paseé por las oscurísimas calles desiertas haciendo resonar mis zapatos de metal, y desde el lugar en que un moro que no sabía nada de lo que había de suceder mató a mi madre, ascendí por las escaleras que llevaban al adarve que rodeaba a la ciudad completa. Contemplé largamente la torre del agua, silenciosa aquella noche, y arrojé al foso cuanta piedra suelta encontré. Al fin, harto de vagar por la estrecha pasarela de piedra, aunque a trechos reparada con madera, frené mi atolondrada huida en la parte que da a poniente, hacia donde ya se inclinaba la luna, astro de notable carácter femenino, y dejé que transcurrieran las horas pensando, porque de nuevo hacía frío, que *pese a todo llegaría la época del nuevo calor...*

Allí, sentado en la muralla, pensamientos que me hablaban de los países aún por

descubrir se hicieron presentes una vez más, y con la lejana compañía de Alaroza, a quien tanto gustaban los versos, sintiendo su presencia a mi lado creí que las estrellas decían,

*Encontrarás una mujer que sustituya a esta,
pero no hallarás un alma que reemplace a la tuya,
pues quien está destinado a morir en un lugar,
no morirá en otro.*

[9]

...

Luego, cuando la nueva estación había entrado de lleno y lo que antaño estuvo cubierto de nieve se había cuajado de las flores que trae el viento, una tarde volví al escenario que había sido de nuestros encuentros y ella no estaba, ni nadie, y las chozas y tiendas que habitó aquella trashumante tropa de cómicos de los caminos habían desaparecido tragadas por el fuego, pues seguramente habían sido incendiadas por los caballeros del alcázar, que decían que aquello era un estigma para nuestro importante enclave y lo que representaba, mil veces lo oí.

Alaroza no fue una de las rameras de las tabernas del río, personajes desdentados que un día aparecían y poco después se eclipsaban en el horizonte del camino, traídas y llevadas por oscuros personajes que en cualquier encrucijada encontraban durante algún tiempo asiento para llevar a cabo sus negocios, o a lo mejor sí lo fue, ¿quién podría decirlo? Alaroza no fue una de las putas del largo camino, pensaba, o a lo mejor sí lo fue y mis pensamientos representaron sólo los sueños del joven inexperto y prematuramente enamorado, indefensos como estamos ante las acometidas de los instintos animales que a todos por igual acosan, pero eso no importa, porque ella representó algo más que el papel de un simple sueño.

–Alaroza era real, de carne y hueso, y aunque ya no está con nosotros –dije a Dulce y a Raquel, que escuchaban mis palabras con suma atención–, yo siempre defenderé su memoria, pues fueron muchas las cosas que me hizo comprender. A la postre, fue el río de la vida el que se la llevó, como a todos, que hoy estamos aquí y mañana allá y nunca podremos adivinar lo que nos tiene reservado el albur de los tiempos.

Hubo una larga pausa en aquel ocaso plácido en que apoyábamos nuestras espaldas en la pared de la casa, como tantas veces habíamos hecho. El sol de la primavera nos iluminaba mientras yo contaba un insospechado cuento a mis hermanitas, y no me apeteció dejarlo a medias.

–Alaroza fue mi mujer, sí, y me cuidó como me habéis cuidado vosotras. En una ocasión me invitó a unas perdices asadas que había robado pensando en mí, y nos las comimos junto al río, en uno de esos sotos que conocéis, y tiempo después me llevó a conocer lo que nadie ha visto, el paraíso que a todos nos espera, en donde tuve oportunidad de contemplar los objetos que en tal lugar existen, luminosas albercas del color del cielo y carros que tienen las ruedas de nafta...

Las niñas me contemplaban embelesadas ante tan inesperado cúmulo de maravillas, y yo proseguí.

–Allí la luz emana de todos los rincones, y de sus prodigiosos armarios surgen gallos desplumados con que Dios conforta a quien ama... Sin embargo, aquello sucedió sólo en los sueños, pues cuando de veras la encontré, representaba en una taberna el papel de la bailarina que en estos lugares suele existir para solaz de los borrachos que las pueblan. Ahora, decidme vosotras, si lo sabéis, qué he de hacer.

Ellas me contemplaron de repente cariacontecidas, y al observarlo intenté borrar la pesadumbre que adivinaba en sus caras y se había adueñado durante un momento de

nuestro primaveral coloquio entre los surcos de la huerta.

–Pero esto no debe entristecernos –añadí–, pues Alaroza era sabia, que es lo importante, y aunque no la volveré a ver, ya que estaba obligada a proseguir el camino de su vida, os aseguro que siempre guardaré un magnífico recuerdo de quien en tantas cosas me instruyó.

Las niñas, que ya no lo eran tanto, a buen seguro que se sentían abrumadas por mis palabras, pero obraba a mi favor que volvía a estar junto a ellas, como antaño, tras tan larga separación. Fue Raquel la que rompió el fuego cuando dijo,

–Bueno, pero a nosotras nos tendrás siempre... –y Dulce suspiró, y al fin, a media voz asintió.

–Sí...

CUANDO LLEGÓ LA PRIMAVERA

Fue el clavero del alcázar quien nos trajo la noticia después de un largo viaje que hizo a la capital del reino, y la voceó en todas las esquinas y mandó dibujar pasquines en los que se reclamaba gente para la expedición, que prometía ser fructuosa para quienes se enrolaran en ella, pese a que a nadie se ocultaba que el Destino de cada cual queda en manos de los imprevisibles Hados, pero yo y otros muchos éramos jóvenes y nos sentíamos plenos de vigor y capacitados para pelear con cuantos enemigos nos salieran al paso. Dios nos acompañaba, decía el capellán, y así debía de ser, pues a aquellas salidas siempre se sumaban beneficios espirituales, aparte de los puramente materiales, que se predicaban de tanto en cuanto en plazas y mercados y allá donde hubiese aglomeraciones de gentes.

La hueste que se formó era abundante, pues partimos no menos de mil, y entre ellos, aparte de Moisés y otros conocidos, debería mencionar a ciertos personajes que ya han aparecido en esta historia y representarán un importante papel de aquí en adelante. Me refiero a aquel ricohombre que, cargado de barricas de buen vino, acudió al torneo que Rubén organizó años atrás para diversión de los niños de nuestra ciudad. De campanudo nombre, pues se llamaba don Lope de Sera y Quiñones, era señor de encomienda y con abundantes heredades, y como caballero de Orden Militar sita en la frontera disfrutaba de casa almenada y otros privilegios que no a todos se permitían. Aparte de sus peones y escuderos, y de los numerosos carros en los que transportaba pertrechos sin fin, le acompañaba un tal Yúsuf, negro gigantesco de edad indefinida que oficiaba de criado de confianza de la familia y era la viva imagen de la perspicacia –a juzgar por su penetrante mirada– y del más exagerado laconismo, y, además, seguramente con objeto de que se fogueara, trajo con él a uno de sus hijos, a quien ya conocíamos pues también había asistido a nuestra inocente justa, aunque en aquella ocasión fuera parca la huella de su paso. Sin embargo, como resultó ser de mi edad, y dado que durante la campaña nos encontramos juntos en multitud de ocasiones, incluso en algunas apuradas, pronto hice con él buenas migas, llegándonos a unir al fin una estrecha amistad.

Nuestro ejército se componía de múltiples agrupaciones de peones y caballeros que comprendían todos los oficios de la guerra, tales como arqueros y ballesteros, lanceros, honderos, piqueros y servidores de las máquinas que acarreábamos, y ello sin contar a los herreros, los conductores de los carros, los cocineros y los pastores que se desplazaban arreando al ganado, y su indumentaria era variada, pues junto a los innumerables y abrumadores hierros de la caballería pesada, podían observarse grupos de peones vestidos como labriegos, pobremente armados con espadas roñosas y romos venablos y cuya única defensa era un casco de viejo y agujereado cuero. Tales eran las mesnadas de los señores de la guerra, siendo muchos sus jefes y abundantes las discusiones que entre ellos se producían, y tan mezclada hueste, de la que ya digo que era cuantiosa en extremo, progresaba a duras penas, pues nos acompañaban rebaños de perezosas reses y una larga caravana de carromatos en la que se transportaba la impedimenta, los necesarios suministros y provisiones para los días venideros, pero también muebles, alfombras, camastros, cocinas y otros enseres que precisaban los poderosos, acostumbrados al lujo y que no estaban dispuestos a prescindir de él ni aun en tan complejas circunstancias.

La ocupación principal de la aguerrida y próspera milicia no era el logro de laureles ni la heroica consecución de hazañas que pudieran narrar los trovadorescos cantares de gesta, sino el saqueo y pillaje de cuanto asentamiento humano encontrara en su camino, en especial las granjas y pueblos que por su escaso tamaño se encontraban indefensos, aunque los lugareños solían ponerse a salvo en las fragosidades de los

montes vecinos abandonando a su suerte animales y otras propiedades. También el asalto y conquista de las fortificaciones que encontrábamos a nuestro paso, aunque solía tratarse de torres de vigías y otras construcciones de inferior rango, pues el asedio a un castillo eran palabras mayores para las que no estábamos capacitados, y así, habiendo llegado a la vista de algunas atalayas que más allá de los montes del sur se hallaban, los oficiales decidieron ponerles sitio, pero con tan escasa pericia y mal acierto que sus ocupantes tuvieron tiempo de huir de las más frágiles y menos defendibles a la más grande y capaz, que se asentaba en la cúspide de un estrecho cerro en donde se encastillaron, y sintiéndose abrigados, pues su posición parecía hartamente segura, contestaron a nuestra embajada con múltiples bravatas, provocaciones y otras formas de jactanciosa altanería, incluida una lluvia de flechas que daba cumplida cuenta de sus belicosas intenciones.

Se convocó un nutrido consejo, en el que, pese a que nuestra posición era fuerte, se trató con temor de la siempre verosímil llegada de refuerzos, pues al encontrarnos en tierras enemigas el desconocimiento de lo que nos rodeaba era completo, y al fin se tomó la resolución de lanzar un asalto con algunas escuadras mientras los demás se atrincheraban en espera de lo que hubiera de suceder.

El primer embate fue rechazado de inmediato, pues los defensores arrojaron cuanto tenían a mano sobre los asaltantes, entre lo que se contaron saetas, venablos y multitud de piedras, y ante el descalabro, que los demás observamos a prudente distancia, el maestro dio orden de retirada y se reunió a conferenciar con algunos de los más señalados freires.

Se decidió entonces intentar quemar la puerta arrojando contra ella flechas encendidas, y utilizar un ariete para derribarla una vez se hubiera debilitado, pero el pesado portón estaba seguramente reforzado por planchas de hierro, y ni el escaso incendio ni el ariete consiguieron sus propósitos, sino que contribuyeron a acrecentar el jolgorio que a cubierto de las almenas se observaba.

La nueva retirada, y el abandono del pesado madero, fueron contestados por la inevitable grita, entre los que destacaron voces de victoria y nuevas burlas, y como parecía que poco íbamos a sacar de aquello, el maestro dispuso abandonar la zona en pos de más provechosos lugares que sin duda había ante nosotros, aunque se dejó cierta fuerza al mando de algunos sargentos con órdenes de incendiar los tupidos y resecos bosques circundantes, cuyas humaredas, avivadas por los fuertes vientos de poniente que soplaban aquellos días, conseguirían sin duda lo que no habían conseguido los hombres.

Reanudamos, pues, nuestra correría, que en días posteriores nos llevó a feraces vegas cercanas al Guadalquivir, y allí fue, durante el asalto a la quinta de algún adinerado prohombre que había en las inmediaciones de una regular población, donde por primera vez pude contemplar las maravillas de que me hablara Alaroz y yo había tenido por quimeras. El asalto no fue fácil, pues la nutrida hueste de criados y gentes de armas que la guardaba opuso tenaz resistencia, pero como nosotros los doblábamos en número, y en la vecina ciudad pronto comenzó a levantarse el humo de los incendios, que ellos en seguida divisaron, se rindieron a discreción en espera, probablemente, de conservar la vida.

Luego, cuando en las desiertas habitaciones pude poner los pies, con asombro contemplé la admirable profusión de alfombras y tapices que cubrían suelos y paredes, muebles de exquisita talla y acabado y adornos sin fin en pisos, paramentos, celosías, enrejados y otros lugares susceptibles de ser decorados con ellos. Era precisamente aquel el mundo del que hablaban las leyendas y se encuentra encerrado y a buen recaudo en las moradas de reyes y poderosos, aquel que yo tantas veces había visto con los ojos de la mente y ocasión de mis sueños junto a ella, y lo que digo, que no es poco, aumentado por los muy atendidos jardines, los arriates plenos de especies de los

mil confines del mundo y las inmaculadas albercas que los regaban. En suma, ¡qué lejos estaba lo que podía contemplar de lo que había sido mi restringido universo hasta entonces!, pues las ciudades cristianas que guardaban la frontera se distinguían por lo austero de su carácter y formas, la sobriedad de las piedras desnudas y la capa de estiércol y otras basuras que cubría cuanto no fueran lugares de respeto.

En días posteriores proseguimos con aquella algarada que nos llevaba cada vez más lejos de nuestro lugar de origen, y fuera porque los almohades no tenían suficientes fuerzas en aquel valle, o porque estas se encontraban distraídas en otros lugares, pocas molestias hubimos de sufrir y campamos a nuestro antojo por tan fértil región. Tan sólo algunos episodios menores vinieron a perturbar nuestra sosegada expedición, y hablaré ahora de ellos, comenzando por lo que pude observar en las batallas a que hube de asistir, que no fueron todas, pues el peso de los combates recayó en la caballería pesada, que arrollaba cuanto se opusiera a su paso, y en las mesnadas de infantes que obligatoriamente debían acompañar a sus señores.

Sin embargo, en ocasiones participamos en algunos ataques en que fue necesario el concurso de cuantos allí nos encontrábamos, y de esta forma pude ver funcionar las máquinas de asalto que con nosotros llevábamos y otras que capturamos al enemigo, la mayor parte de las cuales quedaron destrozadas y fueron abandonadas tras las contiendas. Había contemplado sus rudos trabajos con anterioridad, en los sitios a que en Calatrava había asistido, pero en las tierras del valle del Guadalquivir lo viví desde el lugar opuesto, el de los atacantes, y debo decir que su trabajo era bárbaro hasta el extremo. Los arietes y bastidas que se encargaban de demoler muros que parecían impenetrables producían un fragor difícilmente igualable, y con ocasión de algún asalto victorioso, cuando las escalas se habían apoyado en las altas paredes y los asaltantes conseguido ganar la parte superior de la muralla, en donde continuaba la lucha, observé que algunos de los defensores, cercados en cualquier esquina, se arrojaban al vacío para evitar ser capturados. Las catapultas, por su parte, lanzaban piedras y otros objetos sobre los pelotones, y cuando estas acertaban a caer en el grueso del gentío, la escabechina era enorme, pues bajo la mole aparecían cuerpos aplastados y un sin fin de hierros y enormes charcos de carne y sangre en confusa mezclanza, y en una ocasión, una de las más apuradas que en tal marcha hube de vivir, cuando la escuadra a la que pertenecía se peleaba con mayor número de enemigos del que podíamos abarcar, desde las líneas sarracenas llegó volando algo al modo de un grueso tonel que arrojava fuego por sus espitas, y durante el trayecto produjo un ruido que recordaba al que se dice que originan los dragones, semejante al trueno. Luego el proyectil cayó pesadamente al suelo, y su contenido, que resultó ardiente, se dispersó incendiando la hierba y obligando a apartarse a quienes nos hallábamos en su cercanía, y como Lope, mi amigo, se encontraba precisamente enredado en la pelea con varios moros y daba señales de agotamiento, tuve que multiplicar los esfuerzos y mandobles, tumbar a quien se me puso por delante y, bajo una lluvia de piedras y saetas, sacarle del incendiado lugar arrastrándole por donde pude. Fue la primera vez que advertí de cerca los efectos de las piedras que llamaban «de nafta», artificio muy utilizado por los musulmanes y cuyo fundamento procuraban conservar en el mayor secreto.

La hazaña fue muy celebrada por Moisés y otros conocidos, que la observaron, y una vez terminada la contienda me felicitaron con sus rudas palmadas, pero lo fue en especial por don Lope, quien significativamente me recompensó con ciertos regalos tomados en los saqueos, aunque debería añadir que consistieron tan sólo en naderías, puesto que los presentes de lustre se reservaban para los personajes importantes, fueran hartos o exiguos sus méritos.

El adelanto de nuestra hueste se prolongó mucho más de lo que había imaginado, pues llegamos a pisar las mismísimas tierras del reino de Sevilla, aunque aquella última

irrupción aconteciera sin el concurso de los carros, que más que facilitarla, entorpecían nuestra marcha. Habiendo establecido un campamento en lugar que pareció a propósito a quienes nos dirigían, buen número de caballeros, reforzados por muchos que no lo éramos pero disponíamos de montura, nos adelantamos para dar un último golpe de mano en una población que a mano nos vino, un lugar que sorprendimos descuidado y estaba escasamente defendido por fuerzas que huyeron ante la acometida de los jinetes cubiertos de hierro. Quienes les seguíamos entramos a saco en las calles persiguiendo a los escasos soldados que se oponían a nuestro paso, y allí fue donde me aconteció encontrarme en una situación pareja a la que conté que sucedió cuando mis padres murieron, tantos años antes, en la ciudad de Calatrava.

Yo cabalgaba solitario por una calleja empedrada mientras todos huían delante de mí, y cuando parecía que el lugar se había despejado y las gentes se habían ocultado tras puertas y postigos, me di de manos a boca con una madre y sus dos hijos, no más que una muchacha con dos niños que me contemplaron mudos e implorantes..., y el alud de repentinos y revueltos recuerdos fue tal que bajé la espada y pasé de largo aguijando furiosamente al caballo.

Quizás ella pensó, «el jinete cristiano levantó el brazo, pero no lo bajó. Hizo un molinete con la espada y miró al Infinito mientras su cabalgadura parecía galopar húmeda y lentamente sobre algo tan impalpable como una nube...», sí, o quizás pensó algo parecido, pero aquello fue lo que ocurrió, o luego creí recordar que había sucedido en la callejuela estrecha y limitada por paredes de ladrillo que los Hados me llevaron a encontrar.

Yo representaba el papel del moro de ignoto nombre que años atrás recorrió brazo en alto una calle cualquiera de un lugar anónimo, pues seguramente no sabía que se llamaba Calatrava, pero él no había vivido una situación semejante ni tenido una novia que fuera sabia y se llamara Alaroz. No es cierto que todo se repita, y cada instante es único, aunque parezca que sucede lo contrario. Yo no había ido a matar mujeres y niños, pues nada me repugnaba más, y aunque ya sé que en las batallas no se respeta nada, en mí obraban circunstancias de tiempos anteriores, recuerdos que dejan persistente huella en el corazón.

Luego, al desembocar en una plaza en la que reinaba el más tremendo desorden, pues los de mi bando eran numerosos y nos llovían proyectiles desde todas los balcones, con el caballo corcoveante y furioso avancé hacia los saeteros que con sus flechas nos tanteaban desde las esquinas, y aunque me acertaron con alguno de sus dardos, como portaba cota de malla y cerrado casco de acero, las saetas resbalaron sobre las superficies bruñidas y, exhausta su fuerza, cayeron al suelo. Sólo rasguños e infinidad de moratones sufrí en aquella ciudad soleada y de nombre desconocido, de la que, al retirarnos, lo hicimos con acopio de ganados y retén de cautivos encadenados, pues los infantes habían cercado la población y pocos pudieron escapar.

Una de las últimas noches que pasé entre la hueste, antes de introducirme debajo de un carro en compañía de Moisés y otros de su cuerda, que era el lugar que elegíamos para dormir, se acercó Yúsuf, el negro que acompañaba a Lope, y muy ceremoniosamente me trasladó un encargo que su patrón, el padre de mi amigo, le había confiado. ¿Me gustaría establecerme, me dijo, como criado de su hijo, que meses después iba a ir a Toledo, en donde ingresaría en la academia que era preceptiva para quienes con el tiempo serían armados caballeros?

Yo me sentí confuso por el súbito ofrecimiento, pues denotaba confianza en quien no conocían, algo inusual entre los poderosos, pero como quizá encerrara algún bienaventurado auspicio para los tiempos que habían de llegar, tentado estuve de demostrar de inmediato mi entusiasmado reconocimiento. Sin embargo, tras pensarlo, no me atreví a dar mi conformidad hasta que Rubén lo supiera, de forma que, intentando aparentar serenidad, dije,

–Cuando volvamos, daré la respuesta.

Yúsuf, que me miraba amigablemente, lo que me hacía sentirme muy honrado pues él no era amigo de palabras vanas, hizo un gesto de asentimiento y luego ensayó una suerte de reverencia, y al fin se retiró andando hacia atrás, dejándome ciertamente pasmado y pensativo.

Los que estaban cerca, que habían escuchado el inopinado parlamento, hicieron mil cábalas acerca de su significado y me confundieron con sus comentarios, pero luego, presintiendo la probable llegada de los nuevos tiempos que tanto me habían anunciado, me envolví en el capote y, sobre la pajiza hierba, me quedé dormido soñando ávidamente con un próspero porvenir.

EL SIRVIENTE

LA ACADEMIA
LAS ALGARADAS
MAESTRO DE OBRAS
EL DESASTRE
LEONOR

LA ACADEMIA

En los aledaños de Toledo, ciudad más meridional del reino castellano en su caminar hacia el sur y venerada capital que había sido de nuestros antepasados, según se decía, y entonces lo era de la ancha provincia, fue donde, durante el año de 1190, se iniciaron los hechos que habían de determinar mi vida ulterior. Lejos estaba yo de imaginar el porvenir, incapaz de ver lo que se ocultaba tras las más próximas lomas de mi ciudad, y aunque el entusiasmo de la juventud ante lo desconocido es proverbial, me costó tomar la determinación de alejarme de ella y de todo cuanto hasta entonces había conocido. Las palabras de Rubén, sin embargo, que me describió el mejor de los mundos, dieron al traste con los últimos escrúpulos, y al poco tiempo me encontré inquiriendo entre las caravanas de mulos y dromedarios de los traficantes la mejor forma de viajar hacia el norte.

Sí, fue Rubén, mi padre adoptivo que siempre me quiso bien, y aún mejor que bien, quien me convenció de que era aquella una magnífica oportunidad para iniciar mi andadura por el ancho mundo y de ninguna manera debía desaprovecharla, y para mejor sancionar sus palabras forjó una magnífica espada con sus propias manos y a mis espaldas, y en una ceremonia que llevamos a cabo en la herrería y mucho tuvo de simbólica, tras avisarme de que ella simbolizaba mi entrada en el difícil mundo de los soldados, me la regaló.

Era aquel instrumento la más perfecta arma que nunca vi, y su posesión me enorgulleció hasta el extremo. La sopesé durante un buen rato y con admiración probé su inmaculado filo con cuanto me salió al paso..., pero allí acabó mi dicha, pues Rubén, siempre prudente, me aconsejó no utilizarla hasta haber afianzado mi situación en el lugar al que me dirigía.

–Ramón –me dijo con amabilidad–, la espada es tuya..., pero eres muy joven y el mundo está lleno de trampas. Pasear con esta arma por lugares que no conoces puede resultar peligroso, y no quiero que un día te corten la cabeza para robártela. Tu decidirás qué hacer con ella, y en cuanto te encuentres capacitado te la podrás llevar. Mientras tanto la guardaré en casa, pero no temas, pues nadie la va a utilizar..., y las niñas la mantendrán en perfecto estado.

Tal arreglo, tras pensarlo, no me disgustó, y como todos nos contemplaban, no tuve más remedio que sonreír y manifestar mi conformidad.

–Dices bien, padre, y agradezco tus consejos. De todas formas, espero estar pronto preparado para ello.

Moisés, que solía llevar la voz cantante en los asuntos que me concernían, pues desde siempre se había declarado mi protector, dio un sonoro grito y enarboló la bota.

–¡Así me gusta, Ramonín...! –y luego bajó el tono y adoptó una de sus burlescas actitudes–. Aunque ahora que lo pienso, mejor Ramón que Ramonín, pues a ninguno de los que estamos aquí nos cabe la menor duda de que llegarás a lugares muy elevados, como son los minaretes de las mezquitas..., y quien sabe si como freire, como escudero, como encomendero o a lo mejor..., sí, a lo mejor ¡como el más grande de los emperadores del Orbe! –y el vino circuló como solía y durante un buen rato nos ocupamos en festejar la ocasión de mi próxima e incierta marcha.

Luego debí despedirme de mis hermanos, con quienes había convivido casi diez años, y aunque advertí los principios de ese nudo en la garganta que de inoportuna forma te hiere en las situaciones apuradas, ellos, debidamente aleccionados por su padre, lo hicieron de la más jocosa de las maneras, pues, como en nombre de los demás dijo Dulce, «todos sabían que mi camino me iba a llevar al más sonado de los triunfos, y orgullosos estarían esperándome para celebrarlo cuando llegara el momento». Yo me quedé atónito ante semejante parrafada, pero en seguida me di cuenta de que todos

habíamos crecido y mis lecciones y enseñanzas no habían caído en saco roto, y cuando los contemplé allí reunidos, me pareció verlos por primera vez.

Cenamos opíparamente, pues las vecinas se habían ocupado de prepararlo, e hice beber a las niñas del turbio vino que teníamos, y como ellas pocas veces lo habían probado, se deshicieron en monadas y tonterías..., para dar paso a algunas lágrimas que ni Raquel ni Andrea pudieron al fin evitar, y para concluir, Rubén, repentinamente serio y cuando se hizo el silencio, dijo,

–Mucho sentimos que te vayas, pues nos has ayudado más de lo que crees y todos te echaremos en falta, en especial las niñas... Sin embargo, no podemos retenerte, y tu obligación es salir a descubrir el mundo que ahí fuera te está esperando. Pórtate bien con quienes encuentres en el camino, como siempre has hecho, y vuelve cuando quieras, pues esta es tu casa.

Luego nos retiramos a dormir, lo que yo casi no pude hacer, tal era mi excitación, y tras levantarme antes del alba y echarme a cuestras el parco equipaje, sin despertar a nadie descendí solitario y pensativo por la cuesta que llevaba a los corrales y cuadras en los que se custodiaban los carromatos, lugar en el que comenzaban a escucharse los gritos de los arrieros.

...

Complicada es la vida, y difícil dar principio a etapas ocultas por el tiempo que vendrá, que ninguno conocemos, pero las razones que me empujaban, aunque enunciadas por los demás, no admitían réplica y a ellas me atuve. Además, pensaba, ¿no era una de mis más preciadas ideas la de convertirme en combatiente de la guerra fronteriza a la usanza de tantos personajes de toda laya como la región contenía?, y aquello a la postre es lo que iba a suceder, aunque no de la manera que yo imaginaba.

El viaje hasta la ciudad que me aguardaba fue todo lo apacible que se puede esperar de una peripecia en la que los sobresaltos solían ser constantes, pues aparte de atravesar regiones despobladas en las que cabía la posibilidad de encontrar bandas de guerreros musulmanes, había que contar con la presencia de bandidos y salteadores. Nada de ello sucedió, y escasos episodios vinieron a turbar el tránsito de la caravana a la que me había añadido, pero yo no me sentía enteramente a gusto rodeado de gentes que nunca había visto, porque era la primera vez, tras tantos años, en que me encontraba solo.

En ocasiones anteriores, cuando habíamos salido a recorrer mundo, siempre había tenido a mi lado a la gente de la herrería, principalmente a Moisés, a quien en todo momento podía recurrir, y extrañé la falta de caras conocidas y la rudeza de mis acompañantes, poco amigos de pamplinas. Sin embargo, como me emplearon en la conducción de uno de los carromatos, tarea que conocía sobradamente pues eran muchos los vehículos que todos los días había que mover en la herrería, me distraje con ello e incluso encontré placer en contemplar los nuevos parajes y villorrios que el camino nos deparó.

Al fin, cuando tras las largas jornadas del interminable viaje conseguimos llegar a la ciudad de Toledo, que encontré enorme y ruidosa y poblada por una turba de razas encontradas sobre las que no tenía la menor noticia, me despedí de los arrieros, que continuaban su viaje hacia las lejanas tierras del norte, y pasé los primeros días recorriendo el dédalo de enfangadas callejas, admirando los infinitos murallones, que por lo gruesos y laberínticos no admitían comparación con los de Calatrava, y la enorme rueda, de más de cien codos de diámetro, que para elevar las aguas funcionaba en la margen del río y me dejó boquiabierto, y permaneciendo durante horas pasmado ante tantas fachadas de piedra, algunas muy antiguas y de la más perfecta sillería, que daban forma a un sinnúmero de iglesias y palacios como no creí

que pudiera contener el universo entero.

Durmiendo al raso, claro es, pues la estación lo permitía, y evitando con recelo cuanto me resultaba extraño, que era casi todo, frecuenté los animados zocos abundantemente provistos de toda clase de mercaderías, en especial de cuanto uno puede llevarse a la boca, y allí trabé conocimiento con unas grumosas bolas de carne y hortalizas que jamás había probado e hicieron mis delicias, amén de los buñuelos de incontables sabores que en todas partes freían, algunos en tenderetes que tenían por techo el cielo y otros en soportales y cuchitriles que expulsaban al exterior su espeso humo y estaban instalados en cualquier esquina, y todo ello acompañado por un vino que encontré tan agrio como el que en la mayor parte de las tabernas podía beberse, incluidas las de mi ciudad, puesto que los néctares refinados están reservados para quienes pueden pagarlos.

Gasté la mayor parte de las monedas que a buen recaudo llevaba, pues Rubén había tenido la previsión de proveerme de algunos dineros para que hiciera mis primeras armas en un lugar que sabía que iba a resultarme desconocido, y una buena mañana, harto de novedades, me dirigí a la dirección que él me había indicado, una herrería que se situaba en uno de los arrabales, junto al transitado camino que, salvando barrancos mediante antiguos puentes de piedra, desde allí partía hacia las comarcas de occidente.

El herrero que me recibió, un conocido de Rubén con quien había tenido negocios, se manifestó encantado de contar con mi ayuda y me alojó en el mismo taller, en donde, haciendo buenas migas con quienes allí trabajaban, permanecí unas semanas ayudando en lo que podía, que más de un truco pude enseñar a los aprendices, y al fin, cuando los días pasaron y me encontré con fuerzas y familiarizado con aquel mundo que me había resultado totalmente nuevo, apremiado por ciertos remilgos acerca de lo que pudiera suceder me presenté en el lugar en que se me esperaba.

Era aquel un lóbrego y sólido caserón de viejísimas piedras enclavado en el más señorial barrio de la ciudad, rodeado por callejuelas siempre solitarias y pétreas casas blasonadas. Los angostos huecos de su fachada estaban defendidos por rejas poderosas, y la puerta principal, que era de mérito, custodiada por una tropa de haraganes que no podían ser otros que criados de quienes ostentaban el poder en aquella fortaleza. Pues, como decía, una mañana me presenté ante la puerta, y tras aguardar durante un buen rato y soportar alguna impertinente mirada, fui recibido en el patio por Lope, quien acudió de inmediato al recado acompañado por el inevitable y gigantesco Yúsuf, que me acogió con una sonrisa de bienvenida.

El contento de mi amigo, que me dijo que ya sopesaba buscar quien me sustituyera pues la tardanza se le hacía larga, fue grande, y de inmediato se disiparon en buena medida mis recelos, máxime si se piensa que aquel resultó ser día de fiesta entre tales paredes, fiesta que se aderezó con gritos y canciones y una comida de compromiso costeadas por los más adinerados de quienes allí se encontraban, y que se prolongó durante buena parte de la tarde y la noche por las calles de la ciudad.

Durante los primeros días dormí con los criados respaldado por Yúsuf, quien me presentó a aquella cuadrilla, pero luego, cuando transcurrieron unas semanas y me sentía integrado en el ambiente casi siempre festivo de los estudiantes, ascendí de categoría, sobre todo cuando se descubrió que yo leía y escribía correctamente, facultad que no estaba, ni mucho menos, al alcance de todos cuantos tales aulas contenían.

Uno de los graves maestros, impresionado por mis méritos, de los que Lope se hizo lenguas, y también, según me pareció, por mi edad, pues a mis veinte años era uno de los mayores de entre los educandos, tras hacer ciertas averiguaciones me nombró preceptor de varios de los más jóvenes, una turba de rústicos nobles no más que niños con los que tuve que lidiar y a los que, durante mi primer discurso, espeté aquella frase

que aprendí antaño y rezaba, «un rey sin ilustración no es sino un asno coronado», y que en la ocasión a que me refiero fue recibida con enorme jolgorio, al que puse fin con unos cuantos palmetazos y coscorrónes.

No me fue mal en semejante labor, que desempeñé durante algún tiempo, pues contaba con la experiencia de años anteriores, cuando había tenido que vérmelas con mis hermanitos, y de sobra sabía lo que necesitan los niños para su distracción, pero no era ella la principal de mis tareas en el establecimiento que me acogía, sino la de criado cercano a uno de los más importantes personajes que allí se alojaban, pues Lope había de ser al fin armado caballero y para ello se preparaba. Como tal, es decir, como criado de confianza y poco menos que confidente de uno de quienes allí se educaban para llevar a cabo en el futuro las más altas empresas, tuve trato cercano y directo con sus condiscípulos, entre los cuales, pese a constituir en conjunto un hatajo de ignorantes, había varios personajes de notoriedad con los que en seguida entramos en comandita.

Guillom de Siracusa y Alejandro «Mare Nostrum» eran dos nobles procedentes de lugares sitios en el mar Mediterráneo y que respondían a los legendarios y sonoros nombres de Sicilia y Venecia..., sobre cuyos emplazamientos yo no poseía ninguna noticia. Eran en realidad dos niños, como lo éramos todos, pero en la esmerada educación de que daban muestras encontré rasgos que me agradaron, pues, a la par que por las mujeres y los caballos, se interesaban por los gruesos tomos que de tanto en cuanto, y con gran dolor de corazón por parte de la mayoría de componentes de aquella recua, había que revisar y discutir bajo pena de soportar grilletes y cepo en el patio del convento.

Otro se llamaba Bertrand, que había venido desde la Aquitania, comarca que me sonaba medianamente, pues creía recordar que Ermentrude la mencionaba en el relato de sus aventuras como patria de poetas, y como era muy dado a versificar y leer, pronto se unió al grupo de los iniciados.

Era, en fin, Pero Rábago arrogante castellano de un norte que pintaba verde y boscoso y coronado por altísimas montañas blancas que jamás fueron holladas por los infieles, de lo que se sentía muy orgulloso, pero dado que Alejandro, como principio de su virtuosa educación había convivido durante una temporada con los trogloditas que habitan en las abruptas montañas que llaman Pirineos, él y el muy estirado Pero discutían sin cesar sobre los orígenes de nuestros reinos, asunto sobre el que nunca se ponían de acuerdo, pues uno descendía directamente de los cristianos viejos que no aceptaron a los musulmanes, y el otro, pese a su lejano origen, tenía padre y hermanos combatiendo entre las huestes del reino de Aragón y había oído narrar leyendas que hablaban de esforzados reyes batalladores, sangrientos sitios a poderosas plazas sarracenas y otras hazañas por el estilo, las cuales demostraban, sin lugar a dudas, la preeminencia de tales lugares en lo que se refería a la lucha contra la morisma.

Todos ellos tenían criados a su servicio, de los que algo diremos posteriormente y cuando las ocasiones lo traigan a cuento, pero el ser más sabio de todos cuantos nos rodeaban era Yúsuf, el enorme negro que acompañaba a Lope a todas partes y por encargo de su padre nunca le perdía de vista. Como nuestros deberes nos imponían pasar juntos muchos ratos, pese a que no era de natural enfático sino que se distinguía por su parsimonia y sencillez, me las arreglé para tirarle de la lengua, y él, sonriendo en ocasiones, me narró sucintamente su vida anterior, de la que, con curiosidad lo comprobé, poco sabía.

Desconocía por completo el lugar de origen de sus antepasados, pero recordaba que llegó de niño en un pequeño barco a unas costas que resultaron ser las andaluzas. Como aquel grupo de fugitivos llevaba largo tiempo huyendo de hombres de negros corceles que pretendían esclavizarlos, tras conseguir atravesar un desierto inacabable en el que muchos perdieron la vida, y luego un mar no menos ilimitado, se las

prometieron muy felices al desembarcar en lugares desiertos y que creían alejados de todo peligro, pero su contento duró poco, pues con los días fueron rodeados por un numeroso ejército que los redujo a la condición de la que habían creído poder escapar. Él llegó con su madre y rodeado de hermanos, pero en el reparto que hicieron sus captores fue separado de ellos, a los que nunca había vuelto a ver. Luego pasaron los años y creció, y un día bienaventurado, harto de miserias, tras dar muerte a sus guardianes emprendió un viaje hacia el norte, lugares de los que se decía que estaban habitados por seres blancos humanitarios que no aceptaban tal estado de cosas. Yúsuf, que destacaba por la mansedumbre, la continencia y la frugalidad, no tuvo impedimentos para desempeñar los múltiples oficios que la vida puso ante sí, llegando al fin al lugar que ocupaba, que colmaba sus deseos, al decir de sus pocas palabras. Yúsuf no profesaba otra religión que la del cielo estrellado, que es donde está todo, según decía, y escuchaba lo que se refería a los nueve empiresos clásicos con cierto escepticismo, pues desde su punto de vista *todo era uno y uno era todo*, sabía sentencia que a saber dónde había aprendido, y aunque su papel era el de guardián fiel y parecía no dormir nunca, pues siempre estaba velando a su amo, cuando Lope y yo discutíamos, y a veces nos peleábamos por minucias, él no intervenía porque opinaba que los amigos, igual que los hermanos, muchas veces riñen y se pelean. Yúsuf, aunque él no lo sabía, y seguramente tampoco le importaba, era el más cuerdo y juicioso de todos nosotros, y aunque nos adelantaba en una o dos decenas de años, siempre le profesé el mayor cariño y respeto.

...

De tal forma, y en semejante compañía, pasé el tiempo de mi estancia en *la academia*. La llamaban así, aunque era vivienda que mucho tenía de convento y de cuartel, como convenía a su carácter y finalidad.

El oscuro caserón, cuyo patio era parecido al del alcázar de Calatrava, se componía de dos pisos. En el superior, al que se llegaba por unas ciclópeas escaleras de piedra, estaban las aulas, largas habitaciones provistas de bancos y que contaban con un estrado en un extremo, lugar desde el que se impartían las enseñanzas, y en el ala enfrentada, lugar vigilado y prohibido para los educandos, había un sin fin de habitaciones entre las que se contaba el *scriptorium*, sala abovedada en la que se almacenaban los libros, aparte de otras destinadas a los cargos importantes de la Orden, que solían encontrarse vacías, pues casi todos residían en diferentes casas de la ciudad.

El piso bajo estaba ceñido por una galería de arcos que rodeaba el patio, y desde ella se podía acceder a las distintas dependencias. La iglesia, muy antigua, era la mayor y más capaz, y sus redondeados arcos y bóvedas eran de piedra viva, macizos y pesados bloques que dejaban escasos resquicios por los que pudiera entrar la luz. Era un lugar oscuro y en cuyo seno tenían lugar las celebraciones propias de las diversas liturgias, porque aquella ciudad, por ciertos privilegios de que gozaba, podía aún utilizar el ceremonial de tiempos muy pasados y que algunos remontaban hasta nuestros antepasados del reino visigodo, que cifraban en cuatrocientos o más años anteriores.

Desde los restantes laterales se entraba en las cámaras de los estudiantes, largas naves del más austero carácter, pues sus enseres, al igual que los del larguísimo comedor, eran de simple palo sin pulir, camastros con colchones de paja y bancos y mesas que cojeaban y emitían sonidos quejumbrosos.

Bajo ellos se hallaban los sótanos, en donde estaban las cocinas y varias salas húmedas y sombrías que eran los dormitorios de los sirvientes, cuevas de reclutas. Por un pasadizo que partía del lugar más intrincado y oscuro se salía a unas enormes huertas que cultivaban los criados y otras gentes de la vecindad, y al extremo de ellas

se encontraban los establos, en donde se albergaban un sinnúmero de magníficos caballos y otros animales domésticos. Sobre pasados todo ello se alzaban algunos talleres, entre los que destacaba el de forja, pero como durante los tiempos que yo habité en aquel lugar no se produjeron conflictos que precisaran su completo funcionamiento, todo se presentaba desatendido y con poca o ninguna actividad.

En aquel ascético escenario echaba en falta mi anterior vida y la amable compañía de mis hermanos, sobre todo la de las niñas, ya que la gracia de las mujeres es inimitable, y también pensé a veces en Alaroz y hice cábalas sobre su paradero, pero con el tiempo acabé por olvidarlos a todos, enfrascado como desde entonces estuve en nuevas tareas. Aparte de mis trabajos como criado, que me obligaban a mantener en buen estado las pertenencias de quien me empleaba, me di de manos a boca con novedades que me distrajeran de mi anterior vida.

Lo primero que me sorprendió del lugar fue la variedad de las viandas, pues mientras en Calatrava comíamos sobre todo verduras, que nosotros mismos cultivábamos, allí eran las carnes y los potajes los preferidos por los cocineros. También los pescados, que pocas veces había tenido oportunidad de probar, pues aunque en nuestro río abundaban los peces, no era aquella la comida más apreciada por las personas de mi ciudad, que decían que tales animales provocan enfermedades y debilidad de espíritu. Parejas opiniones merecían las hortalizas, a la que se tachaba de comida sólo buena para mujeres, pero como yo estaba acostumbrado a ellas desde la infancia, nunca había dado crédito a tales pareceres.

En el convento, además, se guardaban a rajatabla las jornadas de ayuno que señala la doctrina de nuestra religión, que eran abundantes, y llevado por la frugalidad de la dieta me sorprendió comprobar que la intensidad de los sueños depende de la cuantía de la cena, lo cual me resultó innegable tras la primera temporada de abstinencia, y de tal forma resultó que nunca volví a tener aquellas ensoñaciones en las que aparecían personajes de todas las índoles y se entrelazaban huríes y efebos, y los parcos yantares de congrio, del que nunca supe si era de mar o de río, aunque imaginaba que sería un producto de lo que más cerca teníamos, es decir, el río Tajo, me llevaron a disfrutar de unas noches placenteras, difusas, en las que no te despertabas, y cuando lo hacías, aun cuando fuera noche cerrada, lo que sucedía era que había que ir a formar ante el abad, el claver o alguno de los sargentos, por lo que mis antiguos sueños se esfumaron como por ensalmo y nunca volvieron a repetirse, lo que con cierta sorpresa eché en falta.

Otra de las novedades, que me abrió puertas nuevas y contribuyó a que olvidara los tiempos anteriores, fueron los libros, muy abundantes en la institución. Ya hablé del *scriptorium*, oscura y abovedada sala poblada de desvencijados estantes de madera en los que se amontonaban, entre polvo y telarañas, infinidad de pergaminos, volúmenes encuadernados con muchos años a sus espaldas y toda clase de papeles en el más indescriptible revoltijo. En él, copiando sin cesar cuanto caía en sus manos, trabajaban dos freires de nuestra Orden, y cuando comencé a frecuentar su compañía y a rebuscar en los estantes, a lo que me habían animado algunos de los maestros, para quienes mis labores y gusto por ellas resultaban providenciales, sorprendidos por mis conocimientos me sometieron a un solapado interrogatorio para averiguar cómo era que yo conocía tales artes, y una vez más conté que había tenido una criada, que había sido profesora en tiempos anteriores, que me enseñó los entresijos de su ciencia, y el alguacil allí presente, seguramente deseoso de zanjar una cuestión que ni siquiera comprendía, dictaminó que se me permitiera campar a mi antojo por semejante nido de sabiduría.

La ciudad de Toledo era un importante foco del saber, pues en ella se daban cita sabios procedentes de toda Europa deseosos de aprender y traducir lo que musulmanes y judíos habían traído de sus lejanos países en tiempos anteriores.

Muchos de ellos pasaban largas horas rebuscando entre la ingente cantidad de papeles que almacenaban las bibliotecas, y de vez en cuando se producían descubrimientos que causaban gran revuelo en aquel selecto ambiente de estudio y meditación. Nuestra época era de grandes hallazgos, entre los que merecería citarse a los antiguos clásicos, habitantes de los centros culturales del pasado, como lo habían sido Atenas y Roma, y sus obras, que producían estupor y admiración, eran desempolvadas, traducidas a todos los idiomas y llevadas más allá de las fronteras para solaz de los estudiosos extranjeros.

También causaban sensación en los restringidos círculos eruditos de nuestra sociedad otras innovaciones puramente mecánicas, y así se hablaba de ciertos huesos que probaban la existencia de gigantes en tiempos muy anteriores, y de la transmutación de los metales, ciencia desarrollada por los musulmanes en sus tierras del sur y que me atrajo como trabajador que había sido en tales oficios; de los diversos métodos para encontrarla *dirección*, un concepto en el que intervenían el septentrión y la aguja imantada, reciente descubrimiento que los islamitas habían traído a nuestras tierras desde los extremos imperios de oriente, y de los *novem figure indorum*, sistema de notación aritmética que no despertó ningún entusiasmo, pues para las escasas cuentas que se llevaban, y aquello lo conocía bien, se utilizaban las cifras romanas.

Todo ello lo tuve durante una larga temporada a mi alcance, e innumerables fueron las horas que dediqué a la lectura en aquel lugar privilegiado en que ello era posible, pues, aparte de la literatura de los clásicos, disponía de libros sin fin, algunos de gran tamaño y que contenían coloreadas ilustraciones que despertaron mi fantasía. Allí vi reyes, que nunca había contemplado sino con los ojos de la mente, y los *diez cielos empiéicos* descritos hasta en sus menores detalles. Allí tuve las primeras noticias de que la divinidad que salvaguardaba las ciudades fortificadas, como Calatrava, era la sin par Palas Atenea, de quien todos los autores hacían grandes elogios, y pude ver los compendios de culturas pasadas, el *Almagesto* las *Etimologías*, que eran copiados, revisados, puestos al día y discutidos hasta la saciedad en los concilios que a tal efecto se convocaban, y junto a aquellos epitomes de orden práctico también se debatían doctrinas meramente intelectuales, como las que nos habían legado los sabios griegos y romanos, fundadores de la *philosophia*, o los libros matemáticos de Leonardo de Pisa y otros de medicina transmitidos por Constantino el Africano. O, en fin, tratados sobre la novísima arte que llamaban *De venandicum avibus*, que desde el norte se extendía hasta nuestras tierras.

Sin embargo, lejos de los estudios minuciosos que fomentaban los poderosos de aquella ciudad, a los educandos de nuestra institución, meros patanes ennoblecidos por la casualidad, aparte de las labores encaminadas a las muchas mañanas de la guerra se enseñaban sucintamente las materias del *trivium*, es decir, las tres primeras artes liberales, gramática, dialéctica y retórica, y a los que demostraban algún aprovechamiento se les iniciaba también en el *cuadrivium*, que a lo anterior añadía aritmética, geometría, música y astronomía.

Nuestro libro de cabecera era el *Liber de vita christiana*, manual del caballero en el que se exponían sus obligaciones: sumisión a su señor, incluso con la vida; renuncia al botín; pelear contra los herejes y proteger a los débiles, mujeres, pobres, viudas y huérfanos, lo que se concertaba con las virtudes que deben regular la vida de un caballero, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que tal era el código de las Órdenes. Nuestro más cercano modelo era el gran Alejandro, y el relato de sus hazañas, cantado por rapsodas antiguos y contemporáneos, congregaba multitudes alrededor de los juglares que exhibían sus habilidades en los mercados.

Los caballeros cristianos, se decía, debían encontrar su reflejo en los coros angélicos, cuya estructura había enunciado Dionisio y se componía de serafines, querubines y tronos; dominaciones, virtudes y potestades, y principados, arcángeles y ángeles, seres

que estaban congregados en las nueve esferas móviles y de las cuales eran los motores *oprincipios únicos*. Había también *undécimo cielo empíreo*, en donde habitaba Dios, y a Él se ensalzaba continuamente en *ellaus perenniso* alabanza perpetua, oficio que se cantaba en algunos monasterios de manera continua, turnándose los monjes durante los días y las noches para constituir el coro.

Era nuestra ciudad, como decía, compendio de las tres religiones que conviven tanto en los reinos cristianos como en los musulmanes, e inabarcables las lecciones que de su patrimonio cultural pueden extraerse, y como pasé allí varios años, de casi todo saqué provecho, aunque mis preferencias apuntaban a los clásicos, especialmente los geógrafos e historiadores, en cuyas páginas encontré ideas de indiscutible mérito y verdades de a puño, y así, a los niños que habían puesto bajo mi custodia en espera de que alcanzaran la edad necesaria para ingresar en las enseñanzas superiores, les hablé de Plinio, de Estrabón, de Apiano y de tantos otros preclaros varones que clasificaron el mundo y sus habitantes para mejor comprensión de los que habían de sucederles.

–Es la Tierra de los hombres, igual que el Cielo es de Dios. Es la que nos acoge al nacer y alimenta desde ese momento, la que nos mantiene sin pedirnos nada a cambio, aceptándonos al final en su seno, cuando ya somos un desecho de la naturaleza, y cubriéndonos entonces por entero, como una madre.

“Es la Tierra compasiva, sosegada, obsequiosa, perseverante servidora de nuestras voluntades. ¡Cuántos productos la obligamos a darnos y cuántos prodiga espontáneamente! ¡Qué olores y sabores, qué zumos, qué colores! De qué manera nos devuelve el producto que se le presta, y qué alimentos produce por nuestra causa... ¿En qué gozos y en qué males deja de estar al servicio del hombre?

“Sin embargo, se la arroja a los mares y se la hiende para abrir estrechos; se la maltrata a todas horas con agua, hierro, fuego y piedra, y siempre para que sea esclava de nuestros caprichos. Irrumpimos en sus entrañas profundizando en las venas de oro y plata y los minerales de tantos otros metales, y para encontrar las preciadas gemas excavamos pozos hasta el infinito... Y ahora habría que decir: ¡cuántas manos se destrozan para que reluzca un solo nudillo! –y allí hice una pausa y contemplé a mi auditorio, que no comprendía una sola palabra de cuanto les decía y dedicaban el tiempo a arrojarse piedrecitas y darse alevos capones unos a otros.

–Si existiera un infierno en su interior –concluí–, llevados por nuestra codicia ya lo habríamos desenterrado.

[10]

Pero junto a aquellas consideraciones, que muchos humos tenían de ejemplares, había otras que no lo eran tanto, pues las polémicas más extremadas, cuando no sangrientas, son habituales entre los educandos, seres de escasos años en quienes se concentran las pasiones desatadas y no atienden a más raciocinio que el suyo.

–¡El amor cortés!

–Las églogas y pastorales.

–¡La guerra...!

Desde las últimas filas llegó volando un proyectil que impactó con fuerza en la pared. Era una piedra, y Alejandro, que estaba en el primer banco, se levantó como un rayo y la devolvió.

–¡Villano que rúas calles y te sientes contrariado por el desprecio que te demuestra la chica del mesón...! ¡Ven aquí si te atreves! –pero como Alejandro amenazaba con blandir la espada, que ya se aprestaba a desnudar, nadie se atrevió a adelantarse y el asunto se saldó con nuevos abucheos.

El alboroto, que era habitual durante los momentos que pasábamos en el aula sin vigilancia, había comenzado por dos cuestiones. Se dirimía en primer lugar la espinosa cuestión de si representaba mayor traición la actitud de Alfonso, rey de León que

amenazaba aliarse con los almohades, o la de Sancho de Navarra, que había entrado con un ejército en tierras de Castilla, pero como resultaba imposible poner a la concurrencia de acuerdo cuando se trataba de tales asuntos, pues entre ella se contaban partidarios de unas y otras facciones, Alejandro, que se había subido en el banco y vociferaba para hacerse oír, propuso arbitrar de una vez por todas sí, como parecía, los ríos se alimentaban sólo por las lluvias, o sí, además de las lluvias, también de aguas que afloraban desde el interior de la Tierra, doctrina que gozaba del favor de los metafísicos y otros teóricos que vertían sus enseñanzas sobre aquel tropel de ignorantes, y aunque al final convinimos en que «era la influencia de los astros la que impedía que todo se anegara», al encontrarse muchos de los asistentes en desacuerdo, la reunión se trocó en asamblea tumultuaria en la que desde ambos lados de la sala se arrojaron sobre el extremo opuesto cuantos objetos teníamos a nuestro alcance, que no fueron pocos ni poco aguzados, y así resultó que llovían los enseres de escribir y los libros y las cartillas, pero luego las piedras que a mano nos vinieron y los puñales e incluso los taburetes, que cruzaban de lado a lado como exhalaciones de dragón furioso.

El escándalo concluyó con la entrada del abad, varios caballeros y la mayor parte de los criados con el negro Yúsuf al frente, los cuales pusieron tanto celo en atajar el alboroto que el hospital se llenó a rebosar, y quien no salió con una pierna rota, perdió una oreja o presentaba sangrantes impactos en la frente, quedando la mayoría derribados en el suelo, lugar del que, de todas formas, nos tuvimos que levantar aprisa, pues los látigos que el abad había autorizado eran empleados a fondo.

El resultado de la contienda fue que algunos acabaron en el hospital, otros en el cepo y los restantes en la cama, molidos y magullados como pocas veces habíamos estado, y como en los camastros vecinos se aposentaban Alejandro, Lope, Bertrand y otros varios, casi todos diplomados en dialéctica, unas veces la enrevesada asignatura, pero las más la que tenía como protagonistas los puños, las voces continuaron aún durante un buen rato.

En el silencio inicial, una doliente voz articuló el siguiente lamento.

–Pero esto no ha sido nada comparado con lo del día de Rosamunda...

Hubo algunos suspiros que subrayaron el recuerdo de tan memorable jornada, y luego se oyó la inconfundible voz de trueno de Bertrand el aquitano, aunque deformada por la pérdida de algunos dientes.

–Escuchad, escuchad lo que digo –y Bertrand, en el silencio que siguió, misteriosamente pronunció las siguientes palabras–: en la dura Tierra que nos contiene sólo hay dos cosas dignas de ser tenidas en cuenta: una es el amor, y la segunda, que aparece mucho tiempo después, el discernimiento, la lucidez.

[\[11\]](#)

Se escucharon otras entrecortadas razones del mismo tenor, pero como todos estábamos doloridos y cansados, concluimos cantando roncamente aquello que tanto habíamos cantado, aquella jaranera copla que entonábamos cuando, al traspasar la puerta de nuestra institución los días de asueto, la desmandada y pendenciera cáfila de estudiantes se desparramaba en busca de fortuna por calles, posadas y mercados.

*Dejemos atrás los estudios,
pues conviene divertirse.
Cedamos a nuestros apetitos,
costumbre de la juventud.
Gocemos de los momentos agradables
y descendamos hacia las plazas
en donde nos esperan
las suaves muchachas de esta ciudad...*

Nadie apareció para reconvenirnos por nuestros gritos, pues seguramente los hospitalarios estaban emborrachándose en las dependencias anejas a la cocina y los criados vigilando a los corregidos, por lo que, sin freno que nos contuviera, los argumentos, expuestos con rudeza, continuaron hasta que la fatiga rindió a los más porfiados.

–¡Viva Lancelot!

–¡No, muera...! ¡Muera Lancelot y viva Perceval, campeón de contiendas y rescatador del Santo Grial...!

LAS ALGARADAS

Era de rigor entre los novicios que se encontraban en la enseñanza de las armas dar muestras de audacia y bizarría en los adiestramientos que proponían los maestros, y de esta forma se organizaban sin cesar torneos y desafíos en los que participábamos todos, aunque eran quienes iban a ser armados caballeros los principales protagonistas de tales lides. El papel de los criados era secundario y poco se nos tomaba en consideración, pero yo, aparte de servir a Lope, estaba ocupado con mis lecturas y alumnos, con quienes había hecho buenas migas, y casi no tenía tiempo para más. Sin embargo, cuando finalizó el segundo año de nuestra estancia en Toledo, el maestro, considerándonos preparados, nos envió *acorrer caravanas* como parte final de la iniciación de los caballeros.

Arduos y difíciles trabajos eran aquellos, pues en la Orden de San Juan se requería andar a corso por espacio de varios años en los navíos que a ello se dedicaban, pero no teniendo nosotros familiares en tales cofradías, el maestro nos arengó para formar una cuadrilla que hiciera entrada en país de moros y saqueara las poblaciones que pudiera encontrar desprevenidas.

Era preciso, ante todo, informarse de algún lugar que contuviera riquezas, pues no era nuestra intención, como dijo Alejandro, *recorrer esforzadamente los caminos al albur del Destino*, y para ello, incluso disfrazados de mendigos, espíamos en la ciudad lo que pudiera decirse frecuentando mercados, posadas y tabernas y la compañía de los mercaderes y arrieros que llegaban del sur, a los que, so pretexto de pedir trabajo, intentábamos sonsacar. Mis condiscípulos, sin embargo, se revelaron mucho más aficionados al vino de tales establecimientos que a las indagaciones que allí nos llevaban, y poco o nada pudimos averiguar de lo que nos interesaba, pero al fin, gracias a un golpe de suerte, nos enteramos de una noticia que nos dio alas y predispuso a la pronta expedición. Ello no sucedió en los bajos fondos, como nosotros habíamos creído, sino en los muy altos, pues las familias de Guillermo y Alejandro, los dos mediterráneos, tenían amistades en la ciudad en la figura de funcionarios, legados y comerciantes de sus países de origen que, como a hijos predilectos, les invitaban a los festejos que de vez en cuando tenían lugar, y de tal manera y gracias a uno de aquellos personajes nos informamos de que en un lugar muy al sur, llegando a tierras de la morisca Baeza, habitaba un reyezuelo que, llevándose mal con unos y otros, se había apartado de sus correligionarios a una mansión campestre y desde ella llevaba a cabo sus tropelías y proezas, de las que mucho se decía y para lo que contaba con el auxilio de una muy nutrida hueste.

Baeza estaba lejos y era una plaza importante y bien defendida, por lo que la tarea se antojaba difícil, más si se piensa que atravesábamos por una época de tregua en la guerra de cristianos y musulmanes, que constituían las épocas de mayores zozobras. Nadie se fiaba de nadie, y los solapados y encubiertos ataques se producían continuamente por parte de ambos bandos, pero nosotros no retrocedimos ante el anubarrado horizonte, sobre todo porque podíamos contar con el auxilio de una turba de berberiscos renegados, que, acompañados por una jauría de alanos, bajo nuestro mando puso un encumbrado personaje que deseaba hacer méritos, muslime que por una cuestión de feudos se había enemistado con su señor natural y vivía exiliado en la capital toledana, en donde mantenía hacienda. Él, al mismo tiempo de hacernos el ofrecimiento, exhibiendo una bolsa tintineante dijo,

–Muchachos, que todo discurra según vuestros deseos, y al que me traiga a ese personaje, del que recuerdo sus afrentas..., le aseguro la posesión de esta bolsa bien repleta. Id con bien.

Tras las admoniciones propias de la ocasión, amén de la función religiosa que solía

preceder a tales salidas, partimos una mañana hacia el sur por el camino que en dirección a Córdoba pasa junto a Calatrava, mi ciudad, lugar que divisamos cuando se cumplía la segunda jornada.

Hacía casi dos años que no veía a mi familia, y aunque la estancia en Toledo había resultado fructífera en todos los órdenes, cuando divisé la muralla que tan bien conocía sentí algo dentro que sería difícil describir, y me faltó tiempo, una vez hicimos entrada en la población, para dirigirme a nuestra casa, golpear en la puerta y encontrarme a las niñas entre los brazos.

–¡Has crecido...! –casi gritó Dulce, a quien se le saltaron las lágrimas, y allí fue el sucederse de besos y abrazos y el vocear y reír sin aparente ton ni son, tales emociones produjo mi llegada, pues a ellas les había acontecido otro tanto y era de ver el aspecto que el tiempo había regalado a Raquel y Andrea.

Luego, entre el bullicioso cortejo descendí hasta la herrería, en donde el recibimiento fue parejo, y no sólo por parte de Rubén y sus hijos, sino también de Moisés y otros personajes que poblaban la fragua, a algunos de los cuales no había visto nunca.

–Hijo mío –dijo Rubén cuando los gritos cesaron y pudo contemplarme a su gusto–, por tu aspecto conozco que te han ido bien las cosas. Sé bienvenido, y ten por seguro que esto lo vamos a celebrar como se merece –como así fue, pues la herrería se cerró y pasamos la tarde en familia, contándonos unos a otros en qué habían resultado los tiempos recientes.

Dulce hablaba con un chico que iba y venía del norte, arriero que transportaba carbón y por eso era conocido de su padre..., y al oír aquellas palabras ella enrojeció..., y Andrea había tomado la vez a su hermana y era la que se ocupaba de Raquel, aunque poca ayuda precisaba quien seguía siendo la más despierta de sus hermanos.

–Ha aprendido a coser –dijo Rubén con orgullo–, y sus servicios se requieren sin cesar. Todas las vecinas de esta ciudad tienen precisión de ella para bodas y alumbramientos, y hasta ha bordado los estandartes que el clavero ha colocado en varias torres de la muralla.

Por la noche, acompañado por Rubén y Moisés, bajé a las fondas del río en las que se habían alojado los miembros del grupo, en habitaciones cochambrosas los nobles, en el patio los criados y en los corrales los berberiscos de la escolta, que se ocupaban de cuidar perros y caballos. Nuestra aparición fue muy celebrada, pues mis amigos, Alejandro, Guillermo, Lope y los demás, deseaban conocer a mi familia, de la que les había hablado. Todos nos agasajaron como era de rigor con tan importantes huéspedes, y en uno de los altillos de la fonda cenamos abundantemente y bebimos con no menor derroche. Luego la conversación y los gritos tomaron diferentes derroteros, y aunque todos insistieron cerca de Moisés en que nos acompañara, pues se le veía dispuesto y capaz y podía ser de gran ayuda, él se excusó, pues dijo que aquella era una salida de caballeros y él no debía inmiscuirse en donde no le llamaban, y al fin tocamos también otros asuntos, en particular uno que interesaba sobremanera a quienes conmigo estaban.

–Y si os portáis bien –concluí con regocijo–, mañana os llevaré a conocer a mis hermanitas, que en verdad que merecen la pena.

No continuamos por aquel camino porque estaba presente su padre, aparte de que ellos conocían mis sentimientos hacia las niñas, pero acompañados por las jarras de vino aproveché para narrar unos cuantos pormenores de mi antigua aventura con Alaroza.

–Nunca se me hubiera ocurrido que la vida podía llevarme por tan extraños caminos..., pero sucedió tal y como lo digo. Ella era amante de la poesía y las buenas formas, y durante una estación entera, ocultándonos de los demás, paseamos por la ribera de este río, en cuya margen teníamos un escondrijo de tablas. Fue una larga temporada en la que aprendí muchas cosas acerca de esos países lejanos que nos están

esperando, lugares en los que jamás se pone el sol y son recorridos por caravanas de dromedarios cargados de piedras preciosas del tamaño de un puño, y también lo que se refiere a los antiguos poetas árabes, a los que era muy aficionada..., pero al final descubrí que su verdadera vida se cumplía sobre el escenario de una de estas tabernas. Por las noches bailaba en un tablado ante los arrieros y traficantes, mientras yo dormía en casa ajeno a lo que sucedía... –dije a mi auditorio, pero el tiempo había pasado, y aunque conservaba el magnífico recuerdo que su compañía me produjo, percibí aquella historia como algo muy lejano en el tiempo y que ya no me causaba añoranza alguna.

Durante la mañana siguiente visitamos el alcázar, pues el maestro nos había encarecido que saludáramos de su parte a conocidos que tenía en la plaza, caballeros de la Orden que la guarnecían, y a semejante entrevista acudimos, como convenía, en perfecto estado de revista, es decir, vistiendo las armaduras y armados hasta los dientes, pero debo decir que la rechifla fue general, pues la disciplina en la frontera era diferente a la *de la academia*, y allí, en aquellas tierras siempre expuestas a las más sutiles emboscadas, se miraba más por lo práctico que por lo anecdótico. Los caballeros nos tomaron el pelo como a novatos que éramos, aunque también nos dieron algunos buenos consejos sobre cómo habíamos de comportarnos en la pelea que se avecinaba, finalizando sus declaraciones con la aparición de varias botas de vino y la inevitable invitación a comer.

Volví por la tarde a casa, y Rubén me recibió sonriente, lo que yo ya sabía a qué obedecía.

–Te encuentro hecho un hombre –me dijo–, pues veo que esta larga temporada te ha cambiado incluso más de lo que yo imaginé. ¿Te acuerdas de tu espada...? –y yo sonreí, porque la tenía en mente desde que llegué a la ciudad.

–Parece que ha llegado el momento de que te hagas con ella –dijo Rubén–, pues ahora puede resultarte necesaria. Es tu primer tranco serio y necesitas estar bien equipado. Dulce, alcánzanosla –y la niña, que casi no podía con ella, nos la trajo.

Yo la contemplé como aquel primer día que la tuve en las manos, y la encontré aún más bruñida y reluciente. La sopesé como entonces y la encontré perfecta.

–Gracias a todos –dije–; a ti por habérmela regalado, y a vosotras por haberla cuidado tan bien. ¡Parece recién salida de la fragua...!

Luego me despedí, pues era durante la mañana siguiente que queríamos partir, y pensando en cuándo los volvería a ver descendí por la cuesta hacia las posadas, en donde encontré a mis amigos ocupados con la cena y discutiendo sobre lo que íbamos a hacer en días posteriores. A cuantos encontré mostré la novedad que colgaba de mi cinto, arma que causó estupor en el grupo, tal era su perfección, y durante lo que quedaba de noche, aconsejados por Yúsuf y preguntados sobre el particular por los conocidos, nos ocupamos de divulgar cuáles eran nuestros planes, asegurando que nos dirigíamos a tierras de Almodóvar y desde ellas pensábamos llegar hasta la ciudad de Silves, que se situaba al oeste de Sevilla y creíamos desprevenida. Era aquella la dirección opuesta a la que planeábamos seguir, pero los espías abundaban en todos los rincones y no queríamos encontrarnos con algún grupo que nos estuviera esperando y diera al traste con la aventura.

Al fin, tras dos jornadas de estancia en Calatrava, en donde nos pertrechamos para la salida, pues aquel era el último lugar en que podíamos hacerlo, con el amanecer accedimos a nuestras monturas y encaramos el camino del sur en dirección a las tierras pobladas por los musulmanes.

Era nuestra primera andanza como facción por territorio enemigo, y a pesar de que contábamos con un guía del país, enrolado en Calatrava y que nos aseguró conducirnos hasta nuestro destino, cuando perdimos de vista las murallas de la ciudad y ante nosotros se extendió el desierto campo, Alejandro propuso celebrar consejo

sobre lo que debía hacerse, pues éramos inexpertos en tales lides y la anchura del territorio nos confundía. Tras una votación se decidió por unanimidad nombrar capitán del grupo a Yúsuf y atenernos en todo momento a sus indicaciones, que parecía lo más cuerdo, y aunque a él le costó asumir el encargo, al fin tuvo que ceder a las razones que expusimos.

La partida estaba formada por media docena de caballeretes sin el menor conocimiento acerca de la guerra que tenía lugar en la frontera, los cuales eran socorridos por diez o doce criados, asimismo novatos en tales cuestiones si descartamos a Yúsuf y un par de ellos más, y todos acompañados por un grupo de arriscados bereberes que conducían a los alanos y de los que no sabíamos gran cosa, excepto que quizá se volvieran contra nosotros si las cosas se ponían difíciles. Todos cabalgábamos sobre monturas, unos a caballo y otros en los mulos que transportaban los equipajes, lo que a primera vista cabía considerar como una hueste considerable, pero a pesar de ello no las teníamos todas con nosotros, en especial los que habíamos formado parte de expediciones anteriores.

Yúsuf dividió la tropa en dos fuerzas que cabalgaban separadas, aunque manteniéndose a la vista, y de esta forma, durante la mañana siguiente observé que el grupo vecino, a cuyo frente estaba Alejandro, brillaba con tantas luces que difícil les resultaría pasar inadvertidos. Las metálicas armaduras, con sus muchas curvas, reflejaban los rayos del sol, y sus brillos y fulgores denunciaban su presencia, lo que no convenía para nuestros propósitos.

Decidimos cubrirnos con pardas telas que llevábamos en el equipaje, y como Lope se despojó en seguida de parte de la armadura, que le resultaba muy incómoda, observé que una de las bruñidas y curvas piezas refulgía como un espejo, lo que me sugirió una idea, pues jugando con el cóncavo trozo de metal caí en la cuenta de que con el haz que de él surgía podía iluminar cualquier lugar que me propusiera. El rayo se extendía hasta los cerros lejanos e iluminaba las laderas con un brillante punto de luz, y si se colocaba la mano delante se interrumpía el destello, lo que bien podía servir para hacernos señales desde la distancia... Así lo expresé con cierto entusiasmo, pero el hallazgo fue acogido con escepticismo pues pocos comprendieron su utilidad y más de uno señaló que eran preferibles las ahumadas que de torre a torre se utilizaban con el mismo fin, como las que a veces podían divisarse desde mi ciudad sobre las no lejanas fortalezas de Dueñas y Salvatierra.

Durante días cabalgamos por un país quebrado y boscoso, pues lejos de atravesar las montañas que nos separaban de los musulmanes por caminos concurridos lo hicimos por lo más fragoso de los montes, reconociendo en la lejanía los sitios habitados, que nos señaló el guía, aunque apartándonos de ellos, pues aquella parte estaba sobrada de castillos, como eran los de Vilches o Sabiote, de cuyas guarniciones procuramos mantenernos ocultos.

De esta forma, una tarde, sin haber tenido encuentros de mención avistamos en la distancia la gran ciudad de Baeza, que grande era, y al parecer concurrida, y habiendo encontrado la casa del moro rico que hasta allí nos había llevado, enviamos a dos de los bereberes disfrazados de mendigos, quienes, con la excusa de pedir limosna en la puerta, debían indagar sobre las fuerzas que la defendían, aunque en previsión de una más que probable felonía, nos ocultamos en lo más profundo de la fronda prestos a salir a escape si el resultado de nuestras pesquisas era la aparición de una hueste que pretendiera hacernos frente.

Todo se desarrolló bien, sin embargo, y las noticias que los espías aportaron, que hablaban de la escasa vigilancia que habían podido observar, nos movieron a ultimar los detalles e intentar la hazaña aquella misma noche, cuya ausencia de luna nos convenía.

Nuestro plan consistía en lanzar a los moriscos contra la puerta, quienes provistos de

un tronco de árbol a manera de ariete y acompañados por los perros debían hacer todo el ruido posible, y al mismo tiempo, nosotros, a cubierto de las sombras, escalaríamos la muralla por la parte trasera, que juzgábamos desguarnecida, y nos introduciríamos en el recinto.

Nadie parecía esperarnos, pues las luces se apagaron cerca de la medianoche y algunas músicas que desde nuestro escondite lejanamente podíamos escuchar cesaron en sus tonadas. Todo se aquietó, y creyendo que había llegado el momento, pusimos manos a la obra.

Con sigilo rodeamos la alta tapia, aparentemente desierta, y nos instalamos en el extremo de unos arbolados jardines que, entre multitud de albercas y canales, se pintaban oscuros en el lugar más alejado de la mansión. Luego, cuando al otro lado y ante la puerta principal sonó el primer golpetazo del ariete, y de verdad pareció que algo se había derrumbado, tal fue el estrépito que produjo en la quietud de la noche, lanzamos los garfios sobre la pared y la escalamos en un santiamén.

Ante nosotros se mostraba el jardín, que de forma escalonada llegaba hasta la gran casa, lugar en el que principiaron a encenderse luces y a escucharse gritos de sorpresa. Corrimos hacia ella con las espadas desenvainadas mientras los golpetazos arreciaban y la más desesperada lilaila se enseñoreaba de su interior, y al alcanzarla, cuando pasábamos ante lo que debía de ser entrada a los sótanos, a la sazón oscurísima, observamos que junto a ella y en jaulas estaban aposentados algunos animales exóticos, micos de berbería que entonaban su peculiar grito, seguramente asustados por los inopinados ruidos, y un gigantesco y acorazado lagarto que con fragor se revolcaba en un gran estanque. Desde el fondo, desde la tiniebla de los pórticos, unos espeluznantes rugidos nos recibieron, pero era tal nuestra premura que no pudimos detenernos a averiguar qué animales eran aquellos, pues de inmediato subimos por unas escaleras y nos desparramamos como un alud por las primeras estancias, en donde reinaba la mayor de las confusiones.

Todos cuantos encontramos corrían de un lugar a otro e intentaban huir de la imprevista aparición, y tan sólo algunos, que parecían criados y empuñaban improvisadas armas, quisieron oponerse a nuestro paso, no consiguiendo otra cosa que ser derribados por golpes que les llegaron desde todos los lugares, por lo que dieron la vuelta de inmediato y escaparon por donde mejor pudieron. Uno, sin embargo, no actuó con la presteza que el caso hubiera requerido, y entre los gritos y aullidos de terror que enmascaraban incluso los furiosos trallazos del ariete y las voces y ladridos que llegaban desde el exterior, en donde parecía haberse desatado una verdadera batalla, le pusimos en pie y le urgimos a que nos dijera dónde estaba su amo.

Aquel pobre hombre, que quizá nunca se había encontrado en semejantes circunstancias, balbuceó algo ininteligible, y uno de los moros que nos acompañaba le acercó la espada y lo repitió en su idioma. La contestación resultó entrecortada, pero por ella nos enteramos de que nuestra ambicionada presa no se encontraba en la casa, sino que había partido de viaje varios días antes, y como no cabía esperar que nos mintiera, tal era su estado de terror, le arrojamos a un rincón y entre enorme tumulto dedicamos nuestros esfuerzos a abrir y desvalijar cuanto mueble encontramos, así que como tras mucho revolver cajones y bargueños, arcones y baúles y toda clase de cofres que encontramos a nuestro paso, no hallamos al reyezuelo, que a pesar de las palabras del criado quizá estuviera escondido en donde no podíamos descubrirle, nos llevamos a las cortesanas del harén, que era a modo de paraíso de huríes y contaba con unas chicas preciosas y que hicieron las delicias de los allí presentes. Quizá no nos comportamos con la delicadeza que hubiera sido de rigor en semejante serrallo, pero las circunstancias apremiaban, y cargando con los tesoros que a mano nos vinieron, corriendo desenfrenadamente por larguísimos y bien aderezados pasillos intentamos salir de la casa, pues llevábamos los bolsillos provistos y nuestra misión

parecía cumplida, pero no todo iba a resultar tan fácil a la postre, pues si bien habíamos dado cuenta de los primeros criados que intentaron oponérsenos, tras atravesar unas enormes habitaciones que era sin duda la sede del harén nos salieron al paso unos eunucos, o los que parecían tales, y aunque venían desarmados, entre sus manos portaban algo mucho peor intencionado que las armas desnudas, pues con ellas sostenían unas cadenas en cuyo extremo se revolvían tres enormes y gruñidores animales que nos pusieron los pelos de punta e inmediatamente reconocimos.

—¡Leones! —gritó Bertrand, y uniendo la acción a la palabra saltó con una muchacha al hombro por la barandilla de un balcón vecino.

Le oímos caer, pero no pudimos pararnos a socorrerlo pues aquellos demonios, sintiéndose liberados de las ataduras, se arrojaron sobre nosotros con la rapidez de gatos salvajes y suficiente tuvimos con apartarnos como pudimos e intentar ponernos a salvo. Los leones corrieron por la habitación sin saber a donde dirigirse y observando los Aceros con recelo, y como nosotros nos habíamos desembarazado de las chicas que cargábamos para poder defendernos, se arrojaron contra ellas, que, aterrorizadas, se refugiaron en una esquina de la enorme habitación..., y sucedió entonces que antes de que pudiéramos hacer nada una sufrió en sus blancas carnes las iras de tan crueles animales, pues en un abrir y cerrar de ojos y entre los mayores alaridos la arrastraron hasta el centro de la habitación, en donde la desgarraron de arriba abajo.

Yúsuf, que estaba al lado de nosotros y parecía indiferente a la presencia de los animales, se adelantó rápido, y al que le plantó cara le dio tan formidable mandoble de su espada en la abierta boca que el tajo llegó hasta la garganta. El león rodó por el suelo entre rugidos y los otros dos retrocedieron, pero luego, al comprender lo sucedido, dieron media vuelta y escaparon raudos por una puerta abierta que se mostraba en el fondo.

Nosotros emprendimos la huida, pero Yúsuf, antes de seguirnos, se dirigió a aquella muchacha que en una orgía de sangre e intestinos y enormes alaridos se debatía en el suelo entre desenfrenadas convulsiones, y de un seco y recio tajo le seccionó el cuello, dando fin de semejante forma a su terrible agonía, y como en medio de la habitación había un hogar lleno de brasas, al pasar y de varios mandobles esparció los carbones sobre el suelo, y la alfombra y las mismas maderas que componían el lujoso pavimento comenzaron a chisporrotear con furia.

De inmediato salimos corriendo con las muchachas, que salpicadas de sangre y no de su grado nos acompañaban, y cuando apresurados y a brincos bajábamos las escaleras con nuestro botín al hombro, nos salió al paso un extraño personaje vestido de mujer que gritaba algo que al pronto no reconocimos.

—¡Eslavo!, ¡eslavo!, ¡eslavo...! —tal era la única palabra que de su boca salía, y colocándose ante nosotros nos entorpecía el paso.

Intentamos apartarlo de un golpe, pero él se arrodilló y, levantando las manos, tornó a vociferar con aquel extraño silabeo que parecía plegaria.

—¡Eslavo!, ¡eslavo...! —y se golpeaba el pecho como aturdido.

Evitándolo como pudimos lo sorteamos, pero él no nos dejaba, y como hacía inconfundibles signos de que le siguiéramos mientras gritaba, «¡aquí, aquí...!, ¡eslavo!, ¡eslavo...!»), no sin recelo hicimos como nos decía, aunque nuestros temores fueron infundados, pues tras descender escaleras y recorrer pasillos y habitaciones sin fin, desembocamos en lo que sin duda era el vestíbulo de tan principal mansión, en donde tenía lugar una desigual y ruidosa pelea entre algunos moros que parecían soldados y nuestros bereberes, que a punto estaban de arrollarlos.

El personaje que vestía de mujer y nos acompañaba tomó una espada caída en el suelo y con furor arremetió contra los defensores, que muy mermados ya en su ánimo, cogidos por la espalda dieron media vuelta y pusieron pies en polvorosa.

A la carrera salimos al jardín que había ante la casa, en donde todo olía a la brea y pez

hirviente que desde el matabacán los defensores habían arrojado contra quienes portaban el ariete, y de allí accedimos al campo abierto, solitario y oscuro, y aún tuvimos ocasión de observar cómo en la casa, desde la que nos llegaba enorme algarabía, se había declarado un incendio, pero no nos detuvimos a contemplarlo, sino que, conducidos por Yúsuf, alcanzamos en breve el lugar en el que habíamos dejado las monturas y nos encaramamos en ellas. Yúsuf gritó,

–¡Dejad a las muchachas!, en seguida... Vámonos –y aunque más de uno remoloneó en cumplir la orden, todas al fin fueron arrojadas al suelo y tomamos de inmediato el camino de regreso.

Las huestes del moro, una vez recompuestas, pues quizá dieron la alarma entre las guarniciones vecinas, nos persiguieron con saña y durante días por aquel país inculto y pleno de trampas para nosotros desconocidas, como eran los pozos de barro con que a cada momento tropezábamos, pero no conseguimos alcanzarnos porque contábamos con la inestimable ayuda del negro Yúsuf, que durante años había luchado en las filas almohades y llevado de su buen juicio nos condujo en nuestra retirada por el lugar más difícil, en donde no había nadie esperándonos. Sin embargo, nos sucedieron mil y una aventuras, pues en la confusión que supuso nuestra huida en plena noche nos separamos en varios grupos, y mermadas nuestras fuerzas para presentar batalla, únicamente pudimos ocultarnos de todo lo que se moviera y progresar por barrancos y cañadas en nuestro camino hacia el norte.

Componíamos el grupo Lope, Pero el asturiano, dos o tres criados que habían perdido a sus dueños y varios bereberes, aparte de Yúsuf, yo mismo y aquel ser que en el transcurso de la algarada se nos había agregado, el cuál había trocado sus ropas de mujer por andrajos que encontró en el equipaje y, muy orgulloso y seguro del terreno que pisaba, montaba sobre una mula y a intervalos se dirigía a cualquiera que tuviera a su alcance y repetía las palabras que ya conocíamos.

–¡Eslavo..., eslavo...!

... aunque había añadido otras que nos resultaban igualmente incomprensibles, pues también, dándose nuevos golpes de pecho, decía,

–¡*Baraka...*, *baraka...*! ¡Gracias, gracias...!

Pese a la presencia de Yúsuf cabalgábamos sin rumbo y lamentándonos por no poseerla *aguja que señala la dirección*, instrumento del que teníamos difusas noticias por nuestras lecturas en *la academia*, aunque lo consideráramos una leyenda. Cabalgábamos también bajo la lluvia, pues se presentaron días tormentosos y plenos de chubascos y negras nubes que dificultaron aún más la orientación, y aunque lo hacíamos provistos de riquezas no teníamos nada que llevarnos a la boca, pues habíamos agotado las provisiones en días anteriores. Cuando habían transcurrido dos jornadas en la más estricta de las miserias divisamos lo que parecía sórdida granja apartada en terreno despoblado, y era tal nuestra necesidad que no lo pensamos poco ni mucho, sino que con los dientes aguzados aguardamos a que llegara la noche, y al fin, ocultos por las tinieblas, Yúsuf y yo nos acercamos hasta ella.

Nadie parecía habitar en sus proximidades y todo se presentaba desierto, de forma que corriendo bajo el aguacero llegamos hasta la puerta, que golpeamos furiosamente, y como no nos contestaran, la franqueamos. El interior estaba tan oscuro como la boca del lobo, aunque algunos ruidos nos pusieron en guardia... Luego, repentinamente, un animal cacareante se arrojó sobre nosotros, y nos encontramos con una rolliza gallina entre los brazos...

Tras haber comprobado que nadie había en las cercanías hicimos acercarse a los que nos esperaban, y en el escueto y apagado hogar que encontramos encendimos un fuego.

Allí pudimos secar los huesos y recomponer nuestro penoso estado, asar las gallinas que a las manos nos vinieron y estofar huevos sobre una plancha de hierro que

encontramos entre la basura, pero era tal nuestra necesidad que algunos de los bereberes, acuciados por el hambre, prefirieron comérselos crudos, lo que hicieron sin tardanza. Los demás, sin embargo, nos recreamos en contemplar cómo sobre el hierro se doraban aquellas maravillas, yemas y claras, muslos y pechugas, y dado que la ingesta procura extraños fenómenos también hubo lugar para la filosofía, pues Pero el norteño, que presentaba una no desdeñable herida en el cuello y parecía haber enfermado, con enorme nostalgia y una no menos acusada tiritona, mientras con dificultad comía lo que le dábamos, en su desvarío decía,

–Esto me recuerda los usos de mi pueblo... Vosotros no conocéis mi tierra, pero yo os lo digo: a las Asturias hay que ir con hambre, es un sitio al que conviene ir con hambre... Allí la riqueza es ingente, y las mesas bien dispuestas y aprovisionadas. Ya lo comprobaréis cuando os lleve..., si salimos de esta.

Luego, tras cuatro días de vagar sin rumbo por el monte y cuando creíamos estar cerca de lugares amigos, la primera mañana durante la que lució el sol divisamos algo que nos produjo enorme sorpresa. Hasta nuestros ojos llegaron unos discontinuos destellos..., y cuando prestamos atención observamos que el rayo que los producía iluminaba las lomas próximas... Al instante respondimos de igual manera, y poco después se producía el encuentro con el grupo que, roto y exhausto y comandado por Alejandro, desesperaba de encontrarnos. La alegría que tuvimos al reunirnos fue enorme, pues la expedición, nuestra primera correría por tierra enemiga, había sido dura y dificultosa, aunque de ella conseguimos regresar con bien y cargados de riquezas.

Al fin llegamos a Calatrava, en donde nos atendieron y curaron los daños corporales, es decir, las múltiples heridas, golpes y mataduras que presentábamos, y yo fui auxiliado por mis hermanitas, quienes al contemplar mi estado se apresuraron a cuidar de mí. Entre ellas repartí algunos de los objetos que me habían correspondido en el botín, anillos y pulseras de oro que habíamos robado de los arcones en los que el moro rico atesoraba sus joyas, siendo recibidos tales presentes con gran satisfacción, en especial por Andrea, pues era aquel un metal que, quién puede saber por qué, lejos del valor intrínseco que representaba, hacía las delicias de la niña.

El extraño individuo que se había agregado a nuestra comitiva, aquel de la monocorde letanía que rezaba «eslavo, eslavo...» y otros decires igualmente incomprensibles, no consintió en separarse de nosotros, y cuando le intentamos hacer comprender la imposibilidad de sus pretensiones, pues nos debíamos a la Orden que nos albergaba, en donde la entrada estaba prohibida, auxiliado por Yúsuf, que comprendía algunas de sus palabras, nos narró la odisea que, desde su tierra natal, le había llevado a Baeza.

Era feliz en su país, que él llamaba Eslavonia, feudo aledaño a Constantinopla, capital del enorme imperio que se situaba en el límite oriental de las tierras cristianas, pero con ocasión de una guerra desatada desde tan poderosa nación fue hecho prisionero, trasladado por el mar Mediterráneo hacia occidente y vendido como esclavo en un gran puerto que situaba en las costas del reino de Aragón. Traficantes de aquella ciudad, como siempre se había rumoreado entre las gentes, conducían caravanas de cautivos hacia tierras dominadas por los musulmanes, que eran quienes pagaban los mejores precios por ellos, pues los empleaban como domésticos, y él, tras muchas permutas, recaló en el lugar en el que nosotros le habíamos encontrado y de donde no deseaba sino escapar, como hizo en la primera ocasión que se le presentó.

Tras su relato, que se produjo durante una cena en una de las ventas del río, como a pesar de ser joven era grande y se le adivinaba capaz, le bautizamos como Eslavón, nombre que recibió con agradecimiento, y aunque le insistimos en que podía regresar a su país si tal era su deseo, argumentó que allí no tenía a nadie, pues su familia había muerto durante la guerra que relató, y prefería quedarse en tan soleado lugar y entre nosotros, si le admitíamos como criado, aunque fuera sin sueldo, y como precisamente

Alejandro había perdido a uno de ellos durante la incursión, estuvo de acuerdo en tomarle para sí, pues, además y según dijo, al ser rubio y de ojos azules no desentonaría en su tierra, la lejana isla de Venecia.

Al fin, al cabo de los días, proseguimos viaje hasta Toledo, ciudad a la que arribamos repuestos de cuerpo y espíritu y donde fuimos recibidos como correspondía, pues las algaradas se tornaban a veces en desastre y había que lamentar la pérdida de muchas vidas. No sucedió así con la nuestra, y vimos aumentados los haberes conseguidos con el premio que nuestro patrocinador, el muslime que nos había prestado siervos y alanos para la expedición, tuvo a bien darnos como recompensa a nuestros esfuerzos, sobre todo al enterarse del saqueo a que habíamos sometido los caudales de su enemigo, de lo que se gozó, y aunque hubo que pagar diezmos y primicias de lo conquistado, al final me encontré en posesión de ciertos dineros que me hicieron sentirme rico, a mí, que nunca había tenido nada...

Eslavón, según habíamos vaticinado, no fue admitido en el convento, pero poco pareció importarle, y en su nueva condición se reveló como la más viva imagen de la fidelidad, pues pasaba los días y las noches junto a la puerta esperando a que saliéramos, y solícito nos acompañaba a todas partes.

Luego se sucedieron algunos meses y, habiendo llegado el momento y contando con el beneplácito del prior, Lope y los demás fueron armados caballeros en una sin par ceremonia que mucho tuvo de religiosa y mucho de militar. Hubo un vestirse de ropas nuevas, un sucederse de mutuos juramentos de fidelidad, una simbólica entrega de pan y agua y blancos hábitos de cruzados, un rumor de espaldarazos y, por supuesto, un auténtico banquete en el patio de la academia al que asistieron autoridades de toda índole y procedencia, tanto las de la casa como las de la Orden y hasta las de la ciudad, amén de los progenitores de algunos de los ordenados, que a manos llenas derramaron oro y elogios sobre la institución.

Los criados oficiamos de criados, aunque algunos fueron investidos de escuderos, pero al fin fuimos todos hermanados por la comida y las libaciones que se prolongaron por la tarde en la ciudad, cuando en buena compañía y agarrados salimos a nuestro albur del lugar cantando aquello tan famoso de,

*Atrás quedaron los estudios,
es hora de divertirse.
Cedamos a nuestros apetitos,
costumbre de la juventud.
Gocemos de los momentos agradables
y corramos hacia las plazas...*

MAESTRO DE OBRAS

No habían transcurrido tres años desde mi llegada a Toledo, cuando el padre de Lope, poco inclinado a todo lo que sonara a instrucción, pues opinaba que esta se adquiere con mayor ventaja en las yermas tierras de la frontera, reclamó la presencia de su hijo y decidió que, una vez cumplido el principal propósito de su estancia en la capital, cual era el de ser armado caballero, regresara a los lares que había de heredar, en donde era más necesario, y continuara en ellos, entre huestes, criados y rebaños de reses, su formación.

Con harto pesar debimos abandonar la gran ciudad que durante tanto tiempo nos había acogido, y tras despedirnos ruidosamente de quienes allí habíamos conocido, todos los cuales regresaban a sus lugares de origen, en compañía de Yúsuf nos dirigimos a unas posesiones de don Lope sitas a ocho o diez leguas al sur de nuestra ciudad, en una comarca que llaman La Sista y junto al camino que desde Toledo lleva hasta Córdoba, es decir, el mismo que transcurre por Calatrava. La encomienda, que tal era, había sido repoblada en tiempos cercanos con gentes llegadas desde el norte que habían instalado varias aldeas, no más que alquerías, y sacaban partido a una tierra atravesada por sierras pedregosas, aunque en el llano los lugares eran fértiles y a propósito para la cría de ganado, que era a lo que principalmente se dedicaban.

El término se llamaba Yebel, expresión que significamonte, y aparte de una gran casa que se mostraba desocupada, en él destacaban varias arruinadas torres y atalayas de varios siglos antes y hechura mora que conservaban la memoria de aquellos entonces, y estaba además cruzado por varios ríos y arroyos que desde las fragosas sierras fluían hacia el septentrión y en cuyas márgenes se cultivaban no pocas huertas. Aunque no estaba en lugar tan expuesto a los ataques musulmanes como mi ciudad, no por ello dejaba de ser la segunda línea de la frontera, por lo que don Lope no residía allí sino en otras tierras que más al norte tenía, en comarcas que también pertenecían a nuestra Orden y se situaban al abrigo de los montes Carpetanos.

Yo no sabía lo que iba a suceder, ni si había finalizado mi etapa de criado y sería despedido de inmediato, pero Lope me aseguró que quería tenerme a su lado y a él me fié, instalándonos de esta forma en tales pagos y ocupando precariamente la mayor de las torres, que estaba siendo reconstruida por una turba de desmañados alarifes y no pocos esfuerzos y dineros.

Durante los primeros meses llevamos una vida ociosa pues poco había que hacer, aparte de visitar los predios, interesarnos por los progresos de las cosechas y los rebaños, que durante los veranos se trasladaban a lugares del norte más adecuados para su sustento, y vigilar las obras de reconstrucción, que poco a poco adelantaban.

Yo había sido instruido durante mi infancia en las artes de los canteros, y recordaba a mi padre tallar almenas con figura de castillo que luego se colocaban en lugares lejanos, y como en ocasiones observé que quienes ejecutaban las obras no aparejaban los elementos con la pericia que hubiera sido necesaria, con la aprobación y consentimiento de Lope me introduje en aquella horda de incapaces e intenté poner un cierto sentido en sus labores, tallando con mis manos los sillares que luego se colocaban y enseñando a quienes me parecieron más diestros los elementales entresijos del oficio.

Cierto éxito alcanzaron mis esfuerzos, pues desde entonces las obras prosperaron a mayor y mejor ritmo, y con ocasión de la primera visita que recibimos de don Lope fui felicitado efusivamente y elevado a la categoría demaestro de obras, condición que ni por asomo hubiera sospechado que un día iba a ostentar.

Don Lope, como digo, residía habitualmente en un lugar al norte de donde nos encontrábamos, en hacienda rica y a resguardo de los peligros de la frontera, pero en

ocasiones viajaba hasta nuestros pagos, y siempre con gran séquito y bambolla y muchos carros que transportaban los muebles que precisaba, pues no podía dormir en cama que no fuera la suya ni comer en mesa diferente a la que, entre grandes ceremonias, utilizaba todos los días, y como no se fiaba de lo que en tan expuesta región pudiera encontrar, lo hacía acompañado por una nutrida hueste de caballeros y peones rudamente armados que durante su estancia, lejos de arrimar el hombro en lo que fuera necesario, se dedicaban sin disimulo al saqueo y al pillaje y a la más estruendosas formas de la caza, molestando a los vecinos y provocando incendios, cuando no dando lugar a otras empresas de más censurable cariz.

No eran de extrañar tales tropelías, pues don Lope, como personaje adinerado y poderoso, tenía derechos sobre todo, incluidas las vidas y haciendas de sus vasallos, y poco podía oponerse a sus deseos, que eran ley. Don Lope, zafio e iletrado como miembro de la nobleza, aun a pesar de no distinguirse por su afán guerrero lo hacía por lo turbulento de sus inclinaciones, entre las que descollaban las monterías, que llevaba a cabo con el aparato propio de las guerras, el más desmedido despilfarro en lo que afectaba a su persona o la afición a los líquidos embriagadores, ya fuera el simple vino o los flujos y efusiones de la adormidera, y no encontrando placer en casi nada ni asiento al que mantenerse apegado, dilapidaba su tiempo en inútiles y ostentosas empresas propias de más altos posibles, como pude observar en una ocasión en que puso el mayor interés en que le acompañáramos en el regreso a sus tierras norteñas.

Don Lope habitaba una gran casa almenada que estaba más allá de unos montes que llamabande *Guadarrama*, y mantenía en ella una corte digna de rey, pues eran innumerables los personajes que a su lado cobijaba. Guardia personal, consejeros, juglares y bufones, parientes, criados y vasallos formaban una comparsa que continuamente se apretujaba a su lado, y en los jardines que rodeaban la casa, que antes que de fortaleza tenía traza e ínfulas de palacio, albergaba asimismo una colección de animales salvajes de variada procedencia. No los había feroces, como los leones que nos salieron al paso en las tierras de Baeza, pero sí macacos de África, fantásticos pájaros de brillantes colores y, sobre todo, aves de cetrería, nuevo deporte traído de Europa, y en las concurrecidas cenas que de tanto en cuanto tenían lugar se recreaba escenificando novedades que al vuelo pescaba acá y allá, como sucedió en la ocasión que digo, en la que un cocinero llegado de una corte de Francia presentó un plato tan recargado que ninguno de los presentes habíamos visto nunca nada igual, y de esta manera sucedió que una cuadrilla de criados entró empujando una imponente bandeja a manera de carroza, todo ello cubierto con un palio, el cual, una vez instalado en el centro de la enorme habitación y cuando las voces de los asistentes cesaron y se hizo el silencio, fue retirado por los domésticos simulando gran misterio...

Lo que ante nosotros teníamos simulaba ser una ciclópea empanada que hubiera bastado para un ejército, y cuando fue cortada... de su interior surgieron liebres vivas que intentaban escapar, enanos que las perseguían y multitud de aves, palomas, perdices, que tras echar a volar fueron abatidas por los azores que algunos de los comensales portaban sobre los hombros. Aquello creó el mayor tumulto y griterío que cualquiera sea capaz de imaginar, y en el comedor y entre los invitados se produjo una enorme confusión y a punto estuvo de venirse abajo la mesa presidencial, encumbrada en un estrado y en la que comían don Lope y los convidados de postín, entre los que se encontraban varios prelados.

De semejante guisa eran las fantasías que mi patrono prodigaba para solaz de sus muchos invitados, y a varias de ellas tuvimos ocasión de asistir durante los días que en su palacio pasamos, y aunque ninguna resultó tan aparatosa como la que acabo de narrar, todas estaban trufadas de sorpresas, apariciones de bailarinas semidesnudas, moros comedores de fuego e incluso cuentos y justas literarias que declamaban los no muy hábiles trovadores que tenía a su servicio, que se sucedían noche tras noche y

reconocí como fieles recreaciones de cuanto me había contado Ermentrude en tiempos pasados y yo había tomado por leyendas..., aunque al fin, cuando pasaron los días y él se preparaba para un nuevo viaje que le iba a llevar a tierras de León, tras hacernos algunos regalos y felicitarme por mis trabajos en las obras de reconstrucción de sus sureñas tierras, nos dio licencia para ello y pudimos regresar a nuestro lugar de origen.

...

Fue allí, en nuestros dominios de Yebel, en donde tuvo inicio el siguiente de los capítulos que debo relatar, episodio no menor y que tuvo notable significado en mi vida. Lope tenía una hermana, de la que hablaba maravillas y una vez me había dicho, –Tú me presentaste a las tuyas y algún día te presentaré yo a la mía. Ahora no es posible porque está en lejanas tierras, pero algún día volverá y ya verás cómo no exagero.

La chica se llamaba Leonor y era aquella misma que conocí cuando, con motivo de la justa juvenil que Rubén organizó en nuestra ciudad, acudió con su padre y hermano a presenciarla. Era una niña muy dicharachera y muy bien vestida, según creía recordar, pues en nuestra ciudad lució un inenarrable vestido cuajado de estrellas que hizo las delicias de mis hermanitas. Por aquellos entonces debía de tener unos diez u once años, por lo que yo imaginaba que a la sazón contaría con dieciséis o diecisiete.

–Mi padre va a venir a una de sus monterías –me dijo Lope una mañana–, y agárrate..., va a venir con Leonor, que ha regresado del lugar en que estaba.

Yo le interrogué con la mirada y él se rió.

–Pero no te ilusiones, pues está comprometida... Sí, mi padre quiere que se case con uno de sus conocidos, pues pretende emparentar con quien posee muchas de las tierras limítrofes a las nuestras, ya que se ha empeñado en ampliar sus dominios. El elegido es rico y poderoso, ya lo verás, y te aseguro que siempre viaja con un séquito aún más abultado que el que conoces –y aunque lo contaba con desenfado, advertí algún apresuramiento en sus palabras.

–¿A ti no te gusta? –y Lope tardó en responder.

–No. Es viejo, y desagradable, y Leonor le odia y ha jurado que no se casará con él, pero ya sabes que es difícil oponerse a las cosas que a mi padre le entran en la mollera.

Lope me miró enigmático y, tras pensarlo, apostilló,

–En fin... Ya veremos qué resulta de esto. No me extrañaría que mi hermana se saliera con la suya.

A los pocos días llegó el cortejo que Lope me había anunciado, y de verdad que era largo, pues a la hueste de don Lope había que sumar la de don Ramiro, el noble que acariciaba la idea de casarse con su hermana. Los recién llegados fueron alojados en las casamatas y barracones que para ello había, y los de mayor rango en la gran casa que presidía la finca, pero poco pude enterarme de lo que sucedió durante los primeros días, pues a las celebraciones nadie me invitó.

Luego, una mañana en que Lope y yo estábamos entretenidos con nuestras obras, ya que las aprovechaba para enseñarle los rudimentos de la talla, quehacer que practicábamos a escondidas pues para él estaban prohibidos los trabajos manuales, en la parte de fuera del taller sonaron los cascos de un caballo y una voz femenina le llamó. Salimos, y vi que una vistosa chica que cabalgaba sobre una magnífica montura, vestida con ropas de hombre y coronada de bucles que escapaban bajo un maltrecho sombrero, descendía del caballo y se echaba en brazos de mi amigo. Él dijo,

–¡Al fin llegaste...!

Yúsuf apareció tras una esquina y sonrió ampliamente. Luego hizo una reverencia y dijo,

–Nos alegramos mucho de verla, señorita Leonor.

Ella se dio la vuelta y le sonrió.

–Yo también me alegro de verte, Yúsuf, y de que sigas con nosotros.

Después me miró interrogativamente, y Lope dijo,

–¿No te acuerdas de él? Es Ramón..., aquel que ganó la justa de Calatrava hace años, cuando nuestro padre nos llevó a verlo.

Aquella aventajada muchacha de bucles rubios, que nada tenía que ver con la que había conocido antaño, pues en absoluto era una niña, me contempló durante un segundo con una sorpresa que no supo disfrazar, y tras rehacerse de su momentáneo sobresalto habló, aunque mintió, pues dijo,

–No –y tras respuesta tan parca subió al caballo, le obligó a volverse, le clavó el acicate y se alejó hacia los campos lejanos, en donde la vimos desaparecer.

Nosotros continuamos con nuestra labor, y al cabo apareció don Lope gritando.

–¡Leonor, Leonor...!

Entró en el taller, y al no verla, exclamó,

–¡Diablo de chica...! Seguro que ha ido a ver *ala santa*... Lope, vete a buscarla –y Lope, sin responder palabra, subió a su caballo y tomó la dirección que había seguido su hermana.

Don Lope, entonces, se volvió hacia mí.

–Ramón, enséñame qué hacéis... Ya sabes que te tengo gran estima, pues desde que estás aquí las obras avanzan con buen ritmo. Lope me ha dicho que tu padre era cantero.

Yo asentí.

–Sí, lo era, y él me enseñó el oficio cuando era un niño –y pasamos parte de la mañana trepando por andamios y escaleras, recorriendo los mil vericuetos de la construcción e interesándonos por los trabajos cerca de los alarifes, que se mostraban cohibidos ante la presencia del patrón, aunque para todos tuvo amables palabras.

Por la tarde Lope me contó quién era aquellas *santa*. Se trataba de una señora mayor que vivía en la vecindad, en una de las alquerías, y en años anteriores, con un remedio que entonces se conjeturó como impío, sanó a su hermana de una dolencia para la que los galenos no disponían de panacea útil. Se trataba, según me dijo, de ciertos hongos que fueron tachados de diabólicos, pero que surtieron un efecto que a todos sorprendió.

–Leonor, desde entonces, la tiene en la mayor estima y nunca deja de visitarla y cubrirla de regalos, pero no es para menos, desde luego, pues le salvó la vida.

–¿Tú la conoces?

–Por supuesto. Es una persona muy querida en mi familia..., aunque... –y Lope dudó.

–¿Aunque qué?

–No sé... Mi padre dice que es una bruja, y que algún día se volverá contra nosotros y nos dará un disgusto... ¡Bah!, cosas de viejos, pues ella es buena. Es rara, sí, y su mirada te impone, pero es buena.

Durante los días que siguieron no pude acudir a las obras porque estaba obligado a actuar como escudero de Lope en las monterías que tuvieron lugar en las sierras cercanas, y en aquellas tumultuosas partidas de caza, que poco tenían de diversión y mucho de asonadas militares, tuve ocasión de hacer uso del objeto que lanzaba rayos y servía para comunicarse, que a todos interesó mucho, aunque pocos acertaron a utilizarlo y ninguno a comprenderlo por entero.

Don Lope quedó cautivado por la invención y me propuso adquirirlo para su hueste, pero fue don Ramiro, el noble cuyo tálamo estaba destinado a Leonor, el que más se extendió sobre sus aplicaciones.

–Esto me recuerda –dijo aquel noble a quien yo contemplaba con prevención, personaje que iba de leído y se complacía en hacer alarde de sus estudios– lo que

sucedió durante los juegos que siguieron a los funerales que se celebraron por el más excelso César que los siglos vieron, cuando durante siete días una vistosa luz, seguida de una no menos portentosa cola, iluminó los cielos nocturnos de la Roma de la que nos hablan los clásicos... Ello demostraba, según dicen los latinos, que su alma había sido aceptada por los dioses.

Don Ramiro parecía embriagarse con sus aparatosos parlamentos, y aunque no se podía decir que contara con la aprobación de Leonor, tales eran sus desdeñosas actitudes e indiferentes gestos –porque, y esto debería decirlo, ella nos acompañaba en las salidas haciendo gala de un perfecto dominio de las artes de caza y las monturas, ya se tratara de correr, de saltar o de silbar a los halcones que portaban los criados y en ocasiones nos revoloteaban, detalles de los que yo, y de esto también debo hacer mención, aunque fuera disimuladamente no perdía ripio, tan atractiva me resultaba su presencia...–, pero, volviendo a lo que contaba, aún añadiré que don Ramiro, pagado de sus propias palabras, no cejó en sus comentarios, pues dirigiéndose a don Lope, al que trataba con la máxima familiaridad, dijo,

–¡Pero para eso es preciso haber nacido en el seno de la familia Julia, Lope, excepción que no está a nuestro alcance...! Sin embargo, ya que no podemos esperar que los cielos nos regalen con una de esas impredecibles luces el día de nuestras honras fúnebres, podríamos imitarlas... Sí, con este artificio, este probado truco que tu servidor nos propone y que nos permitiría iluminar el cortejo para que los siervos tengan un indiscutible signo de nuestra grandeza... –y luego, mirándome con intención, añadió–: Lo tendré en cuenta, muchachito, sí, lo tendré en cuenta –y acto seguido y para subrayar su elogio, aunque más tenía su actitud de engreimiento que de gracia, me favoreció con unas cuantas monedas, que yo me apresuré a tomar.

De tal suerte se sucedieron tales días, y cuando parecía que las vicisitudes cinegéticas declinaban y ya se hablaba entre los criados de la vuelta a sus lugares de origen, una tarde en que me encontraba solo en el taller labrando un bloque escuché que alguien se acercaba con un caballo cogido por la brida. Creí que era Lope, y cuando se asomó Leonor, mi sorpresa fue tan enorme que me quedé inmobilizado.

–¿Puedo entrar? –preguntó, y ante mi forzado mutismo, lo hizo.

Leonor entró, miró a su alrededor, aquel sinfín de piedras informes, y luego se volvió hacia mí. Después, acompasadamente, se acercó hasta donde estaba.

Yo respiré, y aparentando serenidad, con un hilo de voz y la angustia en el alma dije,

–Señorita Leonor... No diré que no me plazca su visita, pero por esto que está usted haciendo, me pueden cortar la cabeza.

Leonor, que me contemplaba impávida, espaciosamente dijo,

–Cuando era niña, me acordé muchas veces de ti. ¿Sigues siendo el mismo?

Yo me quedé sin habla, y ni la comprometida situación en que me encontraba pudo distraerme de aquel momento único e insospechado.

–Sí, soñé muchas veces contigo, el campeón de Calatrava..., y con aquel grupo de niñas que en seguida fueron mis amigas...

Ideas enfrentadas acudían en tropel a mi cabeza. ¿Iba a revolverme para intentar salvar la vida, o iba a permitir que los acontecimientos siguieran su sorprendente curso? Pero era tal mi confusión que nada pude hacer, excepto contemplarla como si una perenne luz la envolviera de arriba abajo.

–¿Dónde están ahora?

Hubo una pausa.

–¿Quién...?

–Aquellas niñas.

–En Calatrava.

Ella me miraba, y al fin dijo,

–Sin embargo, nunca se me había ocurrido que pudiera volver a encontrarte..., y

menos en este lugar.

Aquella muchacha desconocida, que me contemplaba con suma agudeza, varió por completo su expresión y consideró sus palabras antes de hablar.

—Me separa la cuna de todo lo que me agrada, y sólo me está permitido hablar con mi doncella y el juglar de mi padre, viejo extranjero y capón que no dice más que simplezas... Los pretendientes me acosan, pues todos quieren mi dote, y en la familia se hacen apuestas sobre quién será al fin mi marido. Me han destinado a ese pazguato de don Ramiro, pero no conseguirán sus propósitos; ni ese, ni ninguno. Es muy antiguo aquel tributo de las cien doncellas; muchos años pasaron desde entonces y no es el momento de resucitar tan desgraciada costumbre; yo no seré una de ellas.

Leonor, allí, de pie, semejaba una heroína de cantar de tiempos pretéritos, como la doña Gala o la no menos importante Eloísa, que yo había conocido en mis tiempos *de la academia*.

—Sin embargo, tú y yo volveremos a vernos. No sé cuándo, pues debo guardarme de mi padre y sus soplones, pero volveremos a vernos, ¿no es cierto?... Es decir, si tú lo quieres.

Leonor me interrogó con la mirada y yo, tras considerar sus esfuerzos y lo que podía salir de tan inusual entrevista, amén de escudriñar disimuladamente los ruidos que quizá llegaban desde el exterior, asentí.

—Sí, señorita Leonor. Me gustará mucho volver a verla, si resultara posible..., pero en otro lugar.

Ella me contempló largamente. Iba a decir algo, pero se contuvo y sólo añadió,

—Sí, será en otro lugar, que es lo que conviene. Tengo que tener mucho cuidado con quienes me vigilan, aunque hoy les he podido dar esquinazo pues mi padre celebra una de sus fiestas y están todos borrachos... Dime, ¿de verdad que volveremos a vernos?

Yo contemplé el fondo de sus ojos azules, que por un momento se me antojaron suplicantes, y lo que vi me gustó, aunque al pronto no acerté a responder pues su presencia me tenía inmovilizado. Ella, sin embargo, vino en mi auxilio.

—Sí, nos volveremos a ver, aunque no podamos decir cuándo..., pero ahora tengo que irme —y yo, debería decirlo, respiré para mis adentros casi con alivio.

Leonor era una chica guapa, alta y esbelta, rubia y rizada y que parecía contener en su persona toda la determinación que faltaba a su hermano, y aunque su presencia me tenía muy intranquilo, no pude por menos que contemplarla con admiración durante un momento... Sin embargo, pensamientos más prosaicos acudieron de inmediato a mi cabeza, pues como ella se había apoyado en el bloque de piedra, que se presentaba salteado de esquirlas, observé que algunas se habían quedado prendidas en la tela de su vestido. Yo me apresuré a sacudírselas, pues si alguien lo hubiera notado mi cabeza peligraría aún más, y el contacto de mis manos con su cuerpo, aunque velado por los gruesos tejidos, me produjo la más indefinible de las sensaciones.

Ella se rió y se sacudió de igual manera, y luego me rozó una mano, me la tomó y me hizo salir del taller.

—Ven.

En el exterior, bajo el desierto porche, había una señora muy mayor de mirada penetrante y con el pelo ensortijado y totalmente blanco, arrugada y encorvada y que se apoyaba en un cayado de pastor.

Leonor se acercó y dijo,

—Ramón, esta es la señora Mayor, santera del predio que salvó mi vida antaño. Salúdala.

Yo lo hice así y ella me correspondió con una sonrisa amigable.

La circunspección del momento y el escenario, iluminado por la rojiza luz del sol poniente, fue rota por aquella osada muchacha, que inició una carcajada.

—¿Creías que estábamos solos...? No, no soy tan tonta, pues no es sólo tu cabeza la

que peligra. Si esto se descubriera, ¿qué no pretenderían hacer conmigo...? Y no tengo ningún deseo de volver al convento –y diciendo esto subió a su caballo, nos saludó con un gesto, volvió grupas y desapareció tras las paredes a medio levantar en dirección al otero en el que se asentaba la casa grande, lugar desde el que llegaban los tañidos de la campana que anunciaba las horas.

...

De la forma que he contado fue como se desarrolló la primera de las entrevistas que con tan celestial ser –y debería agregar, de tan inopinada manera– tuve cuando los Hados decidieron venir en mi ayuda aportando uno más de los sinuosos designios que los caracteriza.

Ella y yo nos habíamos visto antes, claro es, pues durante las largas jornadas de caza ocasiones hubo para que cruzáramos nuestras miradas disimuladamente y a distancia, y tal y como Alaroza había dicho, *son los ojos puerta abierta del alma que dejan ver sus interioridades, revelan su intimidad y delatan sus secretos...*, y yo, habiendo tenido tan excelente maestra, creía en el poder de esos misteriosos efluvios que el aire transporta y pocos son capaces de advertir. Sin embargo, ¿qué significan las fantasías de la mente, que todos tenemos, al lado del inapelable imperio de los poderosos y la desabrida cuerda del verdugo...? De cierto que, como ella decía, había que guardarse de los muchos enemigos y las miradas indiscretas.

Mi amigo Lope quizá imaginó algo, pues ocasión tuvo de pescar algunas miradas al vuelo durante las salidas que habíamos hecho por los montes, pero como su fantasía era pobre no me inquietó, y del impenetrable Yúsuf, ¿qué voy a decir? De seguro que él sabía lo que sucedía, pues su perspicacia era notable, pero como era mi mejor aliado en aquel lugar, no tuve el más mínimo recelo en lo que a su persona respectaba. Don Lope nunca tuvo la menor noticia de lo sucedido, pues así me lo decía su excepcional solicitud en lo que a mí se refería, colmándome de elogios por mi manera de llevar las obras y hablándome con calurosas y sinceras palabras, que otras actitudes había observado en su trato con algunos criados, y en lo que atañe al pobre don Ramiro, que creía saberlo casi todo y siempre estaba pronto a aleccionar a quien tuviera a su alcance, creo que no se interesó lo más mínimo por las aficiones de su pretendida novia, para él inconcebibles, y en vez de referirse a cualquier asunto que tuviera que ver con ella, me habló con fervor de una herramienta que un día pudo ver y desde entonces ambicionó, mi espada, de forma que, interrogado sobre la posibilidad de venderle tan excepcional arma, le dije,

–Usted sabrá perdonarme, don Ramiro, y tenga por seguro que de buena gana se la regalaría, si tal es su deseo, pero por nada del mundo me desharía de ella pues es la espada que mi padre portaba cuando lo mataron los infieles.

Don Ramiro me contempló con sorpresa, y luego con codicia el arma, pero al fin, observando mi expresión, optó por acomodarse.

–Ahí tienes una joya, muchacho, una joya, te lo digo yo, que entiendo de estas cosas –y tras obsequiarme con unas palmadas de aprobación, dio media vuelta y, seguido por sus escuderos y con rimbombante tranco, tomó el camino de la casa.

Yo me apresuré a esconderla en lo más recóndito del taller, pues de tan caprichoso personaje podía esperar cualquier insidia, pero no sucedió nada, y pocos días después, sin haber vuelto a ver a Leonor, durante una mañana los cortejos partieron hacia las tierras del norte de las que habían venido.

Nosotros continuamos con nuestra cómoda vida en aquel lugar apartado en el que tan pocos sucesos ocurrían, dedicados a las obras de reconstrucción de antiguas paredes y saliendo algunos días a cazar, ejercicio que nos divertía a Lope y a mí, pero yo permanecí en todo momento absorto por la cercana presencia de tantos y tan

importantes recuerdos, y mientras me preguntaba cuáles iban a ser las consecuencias y de qué forma iban a desarrollarse los acontecimientos futuros, llegué a concluir que, de inexplicable manera, pocas cosas me importaban... excepto ella, a la que sólo había visto durante escasos días y con la que únicamente tuve ocasión de mantener una escueta conversación, tan extraños son los senderos que la vida nos lleva a recorrer, y aunque durante meses no supe nada de su paradero, recibí algunos mensajes, el primero de los cuales me lo trajo una mañana la señora Mayor, quien me dijo,

–Leonor dejó esto para ti antes de marcharse, y me encargó que te lo diera pasados unos días. Escóndelo donde mejor puedas, o quizá sea preferible que lo quemes.

–Sí, señora Mayor, haré como usted dice. Y le agradezco mucho que se interese por mí.

La señora Mayor, que se movía con viveza pese a su edad y aspecto, me hizo una caricia en la cara que al pronto me sobresaltó, aunque en seguida se encaminó hacia su lugar de procedencia recorriendo los campos, en donde la vi desaparecer.

Me faltó tiempo para encerrarme en el cuchitril que tenía en el mismo taller y abrir aquel mensaje que me llegaba desde un momento anterior en el tiempo, y en él, con una caligrafía que me recordó a la de Ermentrude, entre otras muchas cosas pude leer,

¡Pobre encuentro ha sido el nuestro!, que sólo duró un momento y ni siquiera sé si fui capaz de expresar lo que pretendí, así que me digo, Leonor, que crees en fantasmas del pasado..., ¡estás loca!, como siempre lo estuviste y tantas veces te dijeron cuando eras pequeña. Sin embargo, lo intentaré de nuevo.

Durante mi infancia mi vida transcurrió regalada, pero ahora, cuando en redondo me he negado a acatar las órdenes de mi padre, que por codicia pretende unirme a ese mentecato que conoces, mis familiares me envían una embajada tras otra para rogarme, incluso suplicarme, que ceda a las razones paternas, como si no supiera cuáles son los títulos que se ocultan tras el venturoso paisaje que me muestran...

Escondí como mejor pude el acusador documento, que leí y releí en días posteriores, y al final, inquieto ante la idea de que pudiera llegar a manos de alguien, lo quemé con hartos dolor de corazón, puesto que era lo único que de ella tenía. Sin embargo me dije, «te lo sabes de memoria, y las letras comienzan a desgastarse de tanto recorrer la vista sobre el papel. ¿No es esto una imprudencia que quizá dé al traste con sus ilusiones...?», y en lo más profundo de uno de los encinares que nos rodeaban, una tarde soleada le arrimé fuego y lo vi consumirse en mi mano. Luego lo recité una vez más, y estuve seguro de que nunca lo iba a olvidar.

–¿Qué saldrá de todo esto –me pregunté mientras regresaba–, y por qué ella se ha confiado a mí, en vez de hacerlo, por ejemplo, a su hermano...?

... pero tras considerarlo tuve que convenir en que quizá sus manejos fueran acertados, pues Lope, pese a ser mi amigo, dejaba mucho que desear en los puntos que tocaban a la discreción. Otras circunstancias adornaban a Yúsuf, y, por lo que parecía, a la señora Mayor, por lo que, al fin y al cabo, parecía que podía contar con algunos aliados en tan difícil trance.

Se sucedieron los días y las semanas sin que hubiera novedades, y al fin, un atardecer, cuando los braceros y peones de la obra se habían retirado a las alquerías, recibí la visita de la señora Mayor, quien me traía un nuevo mensaje. Aquel rezaba,

Estoy en Toledo y voy a ir a Yebel. Haz lo que te indique quien tú sabes y encomendémonos a los Cielos.

Si los sellos de este mensaje están rotos, ello significa que mi padre está al tanto de lo sucedido, por lo que es preciso que te guardes.

Yo interrogué con la mirada a la señora Mayor, y ella me dijo,

–No te preocupes. Nadie sabe nada y ella vendrá mañana. Yúsuf se llevará a cazar a Lope, y tú deberás estar en el gran claro del encinar por la tarde.

La señora Mayor me contempló con parsimonia.

–¿Entiendes lo que digo? ¿Conoces el lugar?

Yo me apresuré a asentir, y ella añadió,

–Vete sin que nadie te vea y lleva a Jacobo contigo. Él te avisará de los peligros.

Jacobo era uno de los alanos que teníamos con nosotros, del que Lope me había contado que había sido criado por Leonor, por lo que la indicación no carecía de sentido.

Yo me despedí de la señora Mayor, y al día siguiente por la tarde, nublada tarde, acompañado por el perro, armado hasta los dientes y procurando evitar los lugares descubiertos me acerqué caminando hasta el lugar que me había dicho.

El encinar era un extenso bosque que se levantaba dentro de la hacienda y no lejos de las casas, y el claro al que se refería, una despejada zona entre los árboles, pues de ella se extraían en otoño grandes cantidades de leña. Era asimismo un lugar agradable y a resguardo de quien por las cercanías pudiera encontrarse, pero al propio tiempo escenario perfecto para capturar a un incauto, que no otro papel me parecía a veces representar, pues aunque mis ganas de verla eran enormes, ello no conseguía apagar del todo mis recelos.

Oculto entre los árboles de la linde avizoré el lugar, que se mostraba tan desierto como lo estaban todos aquellos andurriales lejos de las tierras habitadas, y no percibí nada que despertara mis sospechas. El perro husmeaba las cuatro direcciones de los vientos, pero su interés no estaba en las personas sino en los animales salvajes.

Allí permanecimos, y un buen rato llevábamos cuando observé que el animal levantaba las orejas.

–¿Qué sucede, Jacobo?

El perro, lejos de adoptar una actitud agresiva, comenzó a gemir y a mover el rabo.

–¡Ah, la has olido...!

Jacobo aulló lastimero y luego corrió silencioso siguiendo el sendero que nos había traído. Se escucharon ladridos de alegría, y un momento después, Leonor, sobre un hermoso caballo, apareció en el claro mirando a su alrededor.

Yo salí de mi escondrijo y ella vino a mi encuentro, descabalgó, contempló mi pertrechado aspecto y sonrió.

–¿Creías que era una trampa? Pero sí, que más vale estar prevenido...

El perro hacía toda clase de fiestas a Leonor, y ella se volvió hacia él.

–Jacobo, corre a vigilar... ¡Corre, corre! –y el perro, que en apariencia comprendía lo que de él se esperaba, correteó por el claro y se internó silencioso en la espesura.

–Estamos solos –dijo ella–, y si alguien se acerca lo sabremos en seguida. Ven, vamos a sentarnos y escúchame, que te voy a contar qué es lo que me ha traído hasta este lugar.

Nos acercamos a donde surgían los primeros árboles y ella se sentó sobre un tronco caído. Durante un instante nos contemplamos, pero luego, tras pensarlo y mirando al infinito, comenzó a hablar.

–Nuestros antepasados –dijo cautelosa– vinieron de las lejanísimas llanuras de Asia, ese enorme lugar en donde nació la vida. Eran seres primitivos que, oleada tras oleada, subidos en sus rucios cochambrosos y persiguiendo el sol que se pone, poblaron la Tierra... Sólo les guiaba un afán, y este es el de ir siempre más allá de los lugares que habían descubierto. Generación tras generación se desplazaron persiguiendo al Astro Rey, conquistando lo que encontraban y poblando los campos baldíos..., y yo, como ellos, quiero ir al más allá... No me satisface que me impongan lo que debo hacer, y se equivocan quienes piensan que voy a transigir con lo que ordene mi padre. En el convento me enseñaron a leer y a escribir, pero también que siempre hay que correr hacia el horizonte. Mi convento está en el Poitou, tierra de trovadores, y allí es costumbre cantar las hazañas imposibles...

Leonor se irguió y durante un momento me miró inquisitiva.

—Y ahora dime, ¿no seré yo capaz de escapar a esa pasión que mis familiares pretenden que escriba con mi sangre?

Leonor, como dije, se había sentado en un tronco caído, y yo, de pie ante ella, la contemplaba atónito. Mis recelos anteriores se habían desvanecido, porque lo que escuchaba... ¿Quién era capaz de hablar de aquella precisa manera...?, pues ni aun mis hermanitas, a las que yo tenía por impares..., y en ello estaba, cuando una inoportuna gota interrumpió mis admiraciones. La tarde aparecía nubosa e insegura, y de allí a un momento comenzó a llover y luego a diluviar. Gruesos goterones caían del cielo y producían ruido en la vegetación. Leonor se levantó presto y gritó,

—¡Llueve, llueve...! ¡Corre, ven...! —y tomándome de la mano me arrastró hacia la espesura.

A cubierto de grandes y frondosas encinas y mientras escuchábamos el fragor de la lluvia derramándose sobre las copas de los árboles encontramos un lugar en el que refugiarnos, y yo, caballerosamente, me despojé del capote que me cubría y protegí a aquella muchacha que de tan desusada forma se descubría ante mí. Leonor, sin embargo, me obligó a guarecerme a su lado, y de tal forma me encontré de repente casi abrazado a ella en la penumbra del bosque...

Pero no cesaron allí los memorables prodigios que aquel día me tenía reservados, pues cuando en tal actitud estábamos, no atreviéndome ni a respirar y con el corazón latiéndome desbocado, un enorme arco iris, que se insinuaba entre nubes tormentosas que iban y venían y descubrían retazos del azul del cielo, apareció en lo más alto. La magnífica y luminosa curva se extendía de horizonte a horizonte, y los lugares en que tocaba a la tierra, ¿señalaban la presencia de tesoros escondidos...? Así lo había oído decir, y el repentino espectáculo no tuvo otro efecto que el de confirmar tales presunciones.

Embebidos en la contemplación de la maravilla que nos regalaban los cielos transcurrieron los momentos. Yo la sentía a mi lado y no quería que concluyese el chubasco que de tal manera nos había hermanado, pero al fin, cuando el fenómeno cesó y el jarrear del agua disminuyó hasta convertirse en simple llovizna, las palabras acudieron a mi boca.

—¿Tu padre...? —acerté a decir.

—No te preocupes —dijo Leonor apretándose contra mí—, pues nadie sabe esto, y si acaso se enterara le diré que fui a visitar a la señora Mayor, que posee eficaces remedios que nadie conoce... Hasta aquí me han acompañado dos escuderos, pero son de mi confianza, pues con el dinero que les he dado están emborrachándose a sus anchas... mientras yo visito a la señora Mayor. ¡Por nada del mundo se atreverían a investigar lo que está sucediendo en ese chamizo...! Y mi padre está convencido de que mi salud no anda muy cabal, pues llevo casi un mes sin salir de mis aposentos y le he hablado de sangrías y otros sucesos para él catastróficos, lo que le tiene en vilo. Esta ha sido mi excusa para venir a Toledo, en donde están los mejores cirujanos del reino... ¡Qué estarán haciendo mis dueñas, que me creen en la consulta de un judío que no admite más que pacientes incurables!, pero le he comprado con buenos dineros y no abriré la boca, pues aún me resta pagar parte de lo convenido.

Ella se rió.

—Este viaje me ha salido caro, pero ¿qué importa? Es dinero de mi padre, y me ha servido para venir a verte...

Leonor me miró con chanza y añadió,

—Y para besarte —y uniendo la acción a la palabra se apoyó en mí y, en efecto, me besó suavemente.

Yo no pude decir una palabra, pues nada deseaba más y todo parecía suceder al compás de mis anhelos, aunque aún me pregunté si no habría un ballestero espiándonos en la sombra y con su arma a punto...

–Tenía enormes ganas de hacerlo –dijo ella tras rehacerse–. Ha sido la primera vez, y de esta forma te he dicho lo que deseaba.

Hubo una pausa obligada por el pasmo que sentía, y ella añadió,

–¿Me entiendes? Nuestros antepasados, aquellos que tras muchos esfuerzos llegaron desde las lejanas estepas de Asia, tropezaron con esa barrera infranqueable que es el océano, pero nosotros no tropezaremos con ella...

Yo, obligado por los impulsos del amor y la juventud, la apreté contra mí y la besé a mi vez. Luego Leonor dijo,

–Sí, te he dicho lo que quería decirte, y de la más expresiva manera. Ahora eres tú quien deberá ser *cortés con las damas hablándoles de amor...*

El amor *cortés*, el amor de los trovadores de las cortes europeas, por lo que yo sabía de mis lecturas en *la academia* y las antiquísimas indicaciones que sobre el asunto me había dado Ermentrude, era un amor a distancia en el que el amante nunca traspasaba los límites que impuso Platón, reduciéndose todo a un mero intercambio de palabras nacidas del ingenio y quedando a salvo las formas, que no de otra forma podía ser, pues solía establecerse entre las más altas damas y algunos criados, cuales eran los trovadores. A Leonor, con todo, no parecía importarle aquello, y se me ocurrió que, escondidos como estábamos en lo más profundo de un bosque, las formas eran lo de menos, puesto que sólo la naturaleza nos contemplaba, aunque también podría decir que sus palabras se confabularon con la sin par ocasión que las acompañó, pues inmediatamente después de que ella hablara apareció un enorme arco iris, y me pregunté si una cosa tenía relación con la otra...

Luego las nubes que habían producido la tormenta se alejaron hacia oriente y nosotros abandonamos nuestro refugio y volvimos al claro, en donde el caballo de Leonor triscaba con parsimonia las hierbas que encontraba. Oía a tierra mojada, a musgo y a agua salada, y en el cielo distante las aves de presa dejaban oír sus gritos de alegría. El arco iris había desaparecido, pero entre las nubes que corrían por el cielo aparecieron rayos de sol que iluminaban la escena aquí y allá.

Yo no sabía qué decir, pues continuaba absorto ante lo acontecido, pero tampoco podía apartar la vista de aquella muchacha que los Hados habían puesto en mi camino de tan azarosa manera. Leonor era guapa, y me atraía como si dentro de su cuerpo contuviera la piedra imán de los antiguos, pero mi desconcierto era aún mayor y me impedía hablar e incluso pensar.

Durante un rato nos contemplamos en silencio, y al fin ella dijo,

–Tengo que irme. Vine a decirte algo que no podía callar, y ya lo hice; misión cumplida. Lo que suceda desde ahora, ¿quién podrá asegurarlo?, aunque tú seguramente me ayudarás... ¿Verdad que me ayudarás?

Yo asentí mudamente, aunque luego dije,

–Señorita Leonor... Haré lo que usted me diga, pero no veo cómo puedo ayudarla. Una sola palabra de su padre..., y si se enterara de lo que aquí ha sucedido...

–Sí, tienes razón, pero no se enterará. Ya he decidido cómo va a ser mi vida y poco me importa lo que he dejado atrás. Me iría contigo ahora mismo a descubrir qué es lo que hay más allá del océano, pero aún no ha llegado el momento.

Leonor bajó la voz.

–Antes de irnos, dime que harás lo que te diga.

Yo así se lo aseguré, y luego ella subió al caballo.

–Adiós. Guárdate y permanece prevenido. Yúsuf está de mi parte, pues sabe lo que sucede y ha asegurado que me va a ayudar. Tendréis noticias mías –y dando media vuelta y levantando la mano espoleó su montura hacia el lejano extremo del claro.

Jacobo apareció entre la vegetación, ladró persiguiendo al caballo y ella refrenó su recién iniciada carrera y le gritó,

–¡Vuelve, vuelve con él...! –y luego miró hacia donde yo permanecía, agitó la mano y

se perdió entre la arboleda.

El perro, cuando llegó a mi lado, me contempló expectante.

–Jacobó, ¡en bonito lío nos hemos metido...!

Él ladró de nuevo y me interrogó con la mirada.

–Vámonos, vámonos a casa y que sea lo que Dios quiera.

...

Después de aquello me quedé entre el cielo y la tierra. Leonor se había ido, y durante los primeros días no pude pensar en ninguna otra cosa que no fuera el beso que me había dado. Lope y Yúsuf volvieron de la partida de caza, a la que habían ido con perros y ojeadores, y tan poco caso hice de lo que Lope me contó que me contempló intrigado por mi actitud, de forma que tuve que excusarme aludiendo a las complicaciones del trabajo.

–No te preocupes –me dijo–, pues ya sabes que mi padre está muy satisfecho con lo que haces.

De mi cabeza no se apartaba la escena del bosque, cuando apareció el arco iris y ella me besó, y me preguntaba qué significaba aquello y qué iba a suceder a continuación. Ella, según sus palabras, no iba a transigir con lo que pretendía su padre, pero cuando aludía a la barrera que ante nosotros se levantaba, barrera que bien podíamos franquear, ¿por qué hablaba en plural? Quizá pensaba que yo la podía ayudar en su empeño, o quizá pensaba algo más... Sin embargo, yo no era sino uno más de los criados que tenía su padre, y procuré no edificar frágiles castillos en el aire que cualquier día podían derrumbarse..., aunque tampoco pude cavilar mucho sobre ello, pues en seguida, como obedeciendo a quién sabe qué designios, recibimos noticias de don Lope, que nos ordenaba formar un grupo que, al mando de su hijo, debía dirigirse a las tierras de Albarracín, en el reino de Aragón, en donde él nos esperaba para tomar parte en el asedio de uno de los castillos de aquella provincia. Quien nos trajo tal aviso fue un fraile de hábito harapiento y ojos llameantes e inquisitivos que permaneció un par de jornadas en nuestra compañía y del que me pregunté si no sería un espía de don Lope, pues aprovechándose de sus dotes oratorias, que según nos aseguró utilizaba para predicar por los caminos la Guerra Santa, tuvo buen cuidado de informarse de cuanto veía. Lope se entusiasmó con sus retóricas formas, pero Yúsuf, a quien no gustaban los modos altisonantes, lo calificó por lo bajo *deespantanublados*.

Antes de partir, con el corazón en un puño y en riguroso secreto, fui una tarde a visitar a la señora Mayor y le dejé un mensaje para Leonor que había redactado cuidadosamente, y en el que, de forma poética e impersonal, hablaba del infranqueable océano, del arco iris, de los tiempos futuros en la frontera y de cuanto me vino a la cabeza y se me ocurrió que podía gustarle. Yo debía una contestación a sus indescifrables comisiones, y me pareció que aquella era una buena manera de comenzar. En él no decía nada delator, e incluso me preocupé de disfrazar los rasgos que tracé, pero, puesto que iba a estar algún tiempo lejos, imaginé que era mi obligación hacer algo como lo que hice. Luego, habiendo dejado tarea a quienes me ayudaban, a los que restaba una prolongada labor, hacía allá fuimos, yo con la secreta esperanza de encontrarla en el lugar al que nos dirigíamos, esperanza que, como es lógico, se reveló vana.

No encontré a Leonor, pero tampoco a don Lope, el cual, según nos dijeron, había excusado su presencia alegando un ataque de gota, pero al que sí encontré, lo que me produjo gran contento, fue a Alejandro seguido de su siempre fiel e inseparable Eslavón, que había aprendido al fin un idioma civilizado y me dijo,

–Don Ramón –lo que hizo reír a todos–, apreciará usted que mi aspecto no es el de antes y mi condición ha mejorado –lo que así era en efecto, pues como escudero de

Alejandro estaba revestido de hierro de pies a cabeza y se distinguía por el aguerrido aspecto y las múltiples enseñas extranjeras que portaba.

En aquel campo de las tierras del Albarracín, por donde se desparramaba la ola cristiana que años después conseguiría llegar al reino de Valencia, estuvimos poco tiempo, pues aunque fue un asedio en toda regla a un importante castillo y finalizó con la toma de la fortaleza, no entramos en liza, ya que era demasiada la gente que se había congregado y los impulsores de la aventura se las veían y deseaban para alimentar tan enorme número de bocas. Cuando al fin y con muy buenas palabras nos despidieron, nos encargaron que reforzáramos una hueste que se dirigía a guerrear a tierras de Murcia, y hacia allá fuimos, andanza que nos entretuvo otro mes y se prolongó durante el regreso en las abruptas sierras del Segura, en donde asimismo participamos en diversas correrías por país de moros antes de regresar hacia el norte con cautivos. En las alturas de las montañas que daban acceso a Calatrava y su región nos encontramos con un agotado ejército que volvía mohíno y cabizbajo de una algarada que le había llevado hasta las mismas puertas de Sevilla, y aunque su estado era lamentable y daba testimonio de los muchos hombres que habían quedado en el campo, tampoco volvían desprovistos de botín, del que cargaban buena cantidad.

En Calatrava se deshizo la hueste y cada cual se las compuso para regresar a su lugar de procedencia. Yo aproveché para pasar unos días con mi familia, y fue allí donde Rubén me informó de las noticias que corrían en la plaza y hablaban de tiempos difíciles, pues, según se decía, los almohades preparaban un gran ejército para invadir aquellos territorios

—No sé cuánto tiempo le quedará a esta ciudad en manos cristianas, pero yo estoy pensando en volver al norte. Tengo cinco hijos y no quiero que les suceda lo que a su madre. Cada día estamos menos seguros, y las noticias no son alentadoras. No me seduce la idea de marchar y comenzar de nuevo en otro lado, pero las circunstancias mandan... En fin, Dios dirá.

Luego, con Lope y Yúsuf, volví a Yebel. Casi medio año había transcurrido desde que de allí nos fuimos y encontré las obras muy avanzadas, lo que me satisfizo, pero ningún mensaje de Leonor, y aquello, aunque al pronto me extrañó, lo achaqué luego a que había olvidado todo lo que me dijo, pues seis meses son muchos meses... La señora Mayor, sin embargo, movió la cabeza y en sus ojos creí vislumbrar la sabiduría que procuran los años y nunca he sabido qué nombre tiene.

—Conozco a Leonor desde que nació, pues fui doncella de su madre. Su situación es difícil, pero nadie podrá obligarla a hacer nada contra su voluntad. Verás cómo dentro de poco tiempo recibimos noticias tuyas.

Yo esperé confiado en las palabras de aquella señora que parecía saber más de lo que decía, pero la vez que digo esperé en vano, pues no sucedió lo que ella había intuido sino algo muy diferente.

Cierta tarde, cuando los albañiles habían acabado sus tareas y yo, sobre una mesa y armado de plumas y papeles, me entretenía intentando desentrañar el complicado enigma que supone el armado de sillares en esquinas, entró Lope con cara de circunstancias. Durante un momento se limitó a contemplar lo que hacía, pero luego alargó la mano y depositó algo ante mí, algo que sonó con tintineo argentífero.

—Toma.

Yo contemplé aquella bolsa de cuero.

—¿Qué es eso?

A Lope le costó decirlo. Respiró y al fin dijo,

—Mi padre quiere que te vayas.

Yo no me sorprendí, pues sabía que aquello acabaría sucediendo, pero le miré y dije,

—¿Ha ocurrido algo?

Lope torció aún más el gesto.

–No... –aunque luego rectificó–. En fin, esto tiene algo que ver con Leonor. Yo no repliqué nada, pues poco había que decir. Al fin, ni siquiera yo sabía lo que ella estaba tramando, e imaginé que su padre se había enterado de lo sucedido. Dejé cuidadosamente la pluma y enrollé el papel, que coloqué en la estantería.

–Recogeré mis cosas.

Casi nada tenía que recoger, pero al fin, cuando me consideré preparado y salí al exterior, observé que Lope regresaba trayendo por la brida un caballo de los muchos que teníamos.

–Llévatelo. No quiero que te vayas caminando, y hay tantos que nadie lo notará.

Yo se lo agradecí con una sonrisa.

–Buen caballo –dije a la vez de acariciarlo.

Lope me tendió nuevamente la bolsa.

–Coge el dinero. Es mucho y te servirá bien; al menos durante los primeros tiempos.

Yo la tomé y la sopesé.

–Dime una cosa: ¿te he servido bien?

Lope se irguió.

–Ya sabes que sí, y que te echaré en falta, pero es mejor que te alejes de aquí. Mi padre es muy bruto, y sólo Dios sabe lo que podría intentar.

Yúsuf apareció tras una esquina y permaneció inmóvil contemplando la escena, pero yo me dirigí hacia él.

–Adiós, Yúsuf –dije al tiempo de abrazarle–. Que te vaya bien. Seguramente algún día volveremos a vernos.

Yúsuf no dijo nada, pero hizo un ademán con la cabeza que expresaba sus sentimientos mejor que cualquier palabra. Luego me encaramé al caballo y Lope dijo,

–Ve con cuidado. El camino es largo, y los peligros acechan... –lo que me pareció un mensaje que tenía algo de mal agüero.

–Adiós –dije intentando sonreír–. Tenedme al corriente de cómo van las cosas –y tras dar media vuelta enfilé el sendero que llevaba al camino que pasaba junto a la linde de la hacienda.

Lope y Yúsuf permanecieron allí observando cómo me alejaba, y antes de perderlos de vista frené la montura y con la mano les dije adiós por última vez. Luego vi que ante mí se abría el ancho camino que me iba a llevar por la vida hacia delante, y hacia ella dirigí el calmoso paso del caballo.

Mi intención era ir a Calatrava, de donde no estaba lejos, y aquella primera tarde recorrí un buen trecho. Cuando atardecía, aledaña a un poblado encontré una venta en el camino ante cuya puerta había varios mulos cargados con las voluminosas seras propias de los arrieros. Descabalgué y entré, y vi que en una esquina, sentados a una mesa, tres hombretones desgredados devoraban lo que tenían delante; a su lado estaba echado un perdiguero con muy malas pulgas.

–Provecho –dije, y el perro cesó en sus gruñidos.

Ellos me contestaron con los ruidos de quien tiene la boca llena y se aplicaron en la labor, y yo pedí unas habas, cuyo olor se advertía al entrar, y un vaso de vino.

–¡Salud!

–Salud.

Desde una mesa estuve contemplando el ocaso por la estrecha y desvencijada ventana que tenía ante mí, y se me ocurrió que los sucesos habían tomado el curso que les eran lógicos.

–¿Qué me dices ahora, Leonor?, cuando los acontecimientos se han torcido y no tienes a una señora Mayor que te respalde... –pero en seguida decidí que aquello era una tontería, porque Leonor era rica, y para los ricos no hay nada prohibido.

–Bueno, pues en tal caso hablaré de las sorpresas que sin duda me depararán los tiempos por llegar... ¿Me depararán sorpresas...? Sí, pero ¿para qué pensar en ello?

Yo no soy adivino, y Leonor parece tener recursos sobrados, de forma que habrá que estar prevenido, pues donde menos se piensa...

Los arrieros se habían ido y estaba solo en la venta. La noche había caído, y con ánimo de buscar un cobijo en el campo para pasar la noche, pues no me apetecía pernoctar en la cuadra, que parecía ser el único lugar habitable de las cercanías, di unas monedas al patrón, le ponderé las excelencias de sus habas con cebollas y me fui.

Aduve otra hora hacia el sur, y habiendo divisado un grupo de árboles que cerca del camino exhibían sus negras sombras, hacia él me dirigí. El lugar era en verdad bueno, pues encontré unas peñas a cuyo socaire me instalé, y bajo el refugio que me procuraban las copas de los árboles me envolví en el capote y, con el estómago colmado, me dispuse a dormir mientras mi caballo deambulaba su antojo.

¡Mal descanso depara tener la barriga llena!, como yo sabía de sobra, y lo primero que se me presentó fue un ruidoso sueño en forma de vociferante demonio surgido del abismo, pues no bien había acabado de pegar los ojos cuando algo pareció gritar junto a mi oreja, y cuando intentaba desentrañar su naturaleza, puesto que al principio lo tomé verdaderamente por una pesadilla, un enorme golpe que pobló de estrellas mi cabeza, muy a mi pesar me envió a los dominios de Morfeo.

Ante mí parecían bailar mil formas diablicas que me arrojaban tizones encendidos, y me dije, ¿este es el castigo que espera a los pecadores...?, pero no, porque no creo haberme comportado tan mal con mis semejantes como para que Dios me castigue de esta forma. Sin embargo, los tizones sí estaban verdaderamente encendidos, pues me quemaban la cara y el pelo y todos los sitios en donde me tocaban...

–¡Por todos los diablos...! –clamó una sorprendida y cercana voz–. ¡Venid a ver esto!

Los objetos que contenía mi bolsa se desparramaron por el suelo produciendo un argentino sonido, y yo aún me pregunté cómo era que a los demonios interesa el vil metal..., pero la lucidez me volvió y de súbito comprendí cuán apurada era mi situación. Los demonios se trocaron en arrieros, y uno de ellos se acercó a donde me debatía incapaz de levantarme.

–Señor que el Hado pone en nuestro camino, a fe que lleva la bolsa bien repleta, pero no será usted quien la disfrute, pues aquí ha topado con unos menesterosos que tienen mayor necesidad de ello –y dándome un nuevo golpe, me sumió otra vez en las tinieblas.

Cuando desperté observé que mis captos habían encendido un fuego, y sentados en el suelo y a su luz se dedicaban a vaciar una bota que de continuo se pasaban entre ellos. Además, advertí que tenía las manos atadas a la espalda.

–¡Mirad...! ¡Ya resuella! –dijo uno, y el más brutal de los tres, que ya lucía mi espada en el cinto, se levantó y se acercó al lugar que ocupaba.

–Haces mal en despertarte, villano, pues de otra forma te hubieras evitado el tener que asistir a tu muerte..., pero así verás la forma en que nos repartimos tus pertenencias, principiando por esta magnífica espada que habrás sin duda robado a algún noble y por la que nos darán buenos dineros... –y cuando aquel energúmeno babeante, al que rebosaba el vino por los ojos, había acabado de decir lo que antecede, la parte delantera de un dardo de ballesta, que tan bien conocía, apareció de súbito en su pecho.

El hombre se irguió sorprendido, pero, atravesado por completo, sólo pudo echarse la mano al pecho y, acto seguido, derrumbarse en la hierba como un cuerpo al que la Parca ha segado el hilo de la vida.

Los otros dos, por un momento estupefactos ante lo sucedido se volvieron como rayos hacia las sombras, pero no hubo tiempo para más, pues un segundo dardo alcanzó a uno de ellos, que se derrumbó de igual manera, y cuando el restante iniciaba torpe huida, una sombra surgida de la noche se interpuso en su camino. Una poderosa mano

lo alzó en vilo y un cuchillo relampagueó iluminado por la luz del fuego. Luego el cuerpo fue arrojado con brutalidad al suelo y pude ver cómo, emergiendo de las sombras, aparecía alguien a quien conocía bien.

–¡Yúsuf...! –exclamé con sorpresa y no poco alivio.

Él se apresuró a desatarme y me apoyó en la piedra que tenía a mi espalda. Luego, tras contemplar mi maltrecho aspecto y vendarme la cabeza, de donde manaban hilos de sangre, dijo,

–No es nada. Sólo golpes que te dejarán de doler en seguida.

Yúsuf se sentó a mi lado, y durante un buen rato permaneció en silencio. Luego dijo,

–Las noticias vuelan sobre la faz de la Tierra, amigo, y de la boca de la señorita Leonor han llegado a la santera, y de ella a mí... Sabía lo que iba a suceder, y por eso te he seguido. Ahora sólo queda callar, y que quien ha ordenado esto crea que sus maquinaciones se han cumplido.

–¿Don Lope...? –pregunté.

–Don Lope, don Ramiro... Todos son iguales, y arriesgado es enfrentarse a los poderosos. Espero que te sirva de lección y no recorras desprevenido los caminos; menos, el de la vida.

Con las primeras luces del amanecer nos despedimos, y después de agradecerle de nuevo lo que había hecho, tomé el camino de Calatrava ojo avizor y mirando de soslayo a cuantos me crucé, lugar al que, descalabrado, caballero y medianamente rico llegué con el atardecer de dos días después, y habida cuenta de lo sucedido, dirigí mis pasos directamente a la herrería.

Allí fui recibido con sorpresa, pues nadie me esperaba y todos me hacían llevando a cabo memorables hazañas en lejanas tierras, y cuando narré los sucesos de días anteriores Rubén dispuso que me quedara a vivir en la fragua, puesto que don Lope, pese a no ser de nuestra Orden, tenía algunos conocidos en la plaza que podían darle noticias de mi llegada.

–Durante una temporada deberías cambiar tu aspecto –añadió Moisés–, y mientras vivas aquí puedes pasar por un nuevo trabajador.

Así lo hice, y fueron las niñas, que bajaban todas las tardes a la fragua a llevarme comida, quienes idearon mi disfraz.

–¡Ya sé! Te cortamos el pelo, y si además te dejas la barba...

... y entre Dulce y Andrea llevaron a cabo aquella tarea de esquileo, y de portar unas enmarañadas guedejas que me tapaban los hombros, pasé a lucir una brillante calva que mereció la aprobación de mis discípulas.

–¡Estás muy bien así! –dijo Andrea–. Pareces uno de esos nubios que vienen de vez en cuando, aunque no seas tan negro.

Raquel, la pobre, era la que se quedaba al margen de las novedades.

–Sí, pero yo no puedo verte...

–¡Ja, ja...! ¡No, pero me puedes tocar! Ven aquí, mi niña, y palpa esta pulida semiesfera que parece la viva representación de la ecúmene... –y Raquel gritó asustada.

–¡Aaaay...! ¿Así me quedaría yo si se me cayera el pelo?

–Sí. Así en efecto te quedarías, pero no te preocupes porque a ti nadie te persigue.

... y tal y como ellas me habían dicho, dejé que las barbas crecieran a su antojo, y a la vuelta de quince o veinte días había adquirido un aspecto que ni quienes me conocían de antiguo hubieran reconocido.

De tal suerte pasaron los primeros tiempos, trabajando en la fragua de nuevo, cuyos muchos arcanos en seguida recordé, y haciendo una vida solitaria por mor de las circunstancias. Sin embargo, Moisés me acompañaba en mis paseos, y más de una vez, convenientemente enmascarado, fuimos a recorrer la ciudad, muy vigilada por los soldados, y me llevó luego a las posadas del puente, en donde nos emborrachamos y departimos con la clientela, algunos de cuyos parroquianos eran antiguos conocidos

míos, pero ni aun contando con mi desusada altura, que podía haberles dado que pensar, fueron capaces de saber a quién tenían ante sí.

Allí, en mi jergón de la fragua y seguramente debido a las novedades alimenticias, pues las niñas me cuidaban a cuerpo de rey y pocas veces me había encontrado tan esmeradamente atendido, me asaltaron las antiguas y vertiginosas sensaciones que procuran los sueños, y de nuevo, como me había sucedido antaño, quizá descuidado por la cercana presencia de seres que me querían, vislumbré las más extravagantes empresas que se puedan imaginar. En aquellas visiones aparecían todos cuantos había conocido durante mi vida, y de la manera más inexplicable en ellos se mezclaban los hospitalarios de la academia con los moros que con sus manos sujetaban cadenas que retenían no pocos leones, o don Lope, quien, caballero como nunca lo había sido y enarbolando mi espada, entre las crecidas huertas de la vega perseguía una sombra que yo suponía ser la de Alaroz; en fin, con Rubén y Moisés trastocados en reyes de la totalidad de las tierras habitadas, los cuales, encaramados en altísimas mastabas, rodeados de ardientes piedras de nafta y revestidos de todos los atributos del poder, eran aclamados por multitudes durante el transcurso de una soleada jornada... Todo acontecía desordenadamente ante mis ojos, las niñas, el negro Yúsuf, mi hermano Hernán, las bailarinas que llevaban su arte a cabo en burdeles que había más allá del Mare Nóstrum, los caballeros de blancas túnicas y, cómo no, Leonor, a la que, por supuesto, no había olvidado.

–¿Dónde andarás en este momento y qué no estarás tramando? –me preguntaba en ocasiones, para responderme–: Quizás los trabajos de un nuevo Hércules..., o quizá estos pensamientos sean sólo un sueño de la sinrazón y hayas olvidado tus antiguas fantasías. ¡Quién puede saber si al fin transigiste con lo que te ofrecían y eres ahora la mujer de aquel sandio don Ramiro...! –pero cuando lo pensaba sonreía, porque no creía a aquella chica tan guapa y resuelta capaz de cometer semejante barbaridad.

–No se hicieron para ti los papamoscas, y algo me dice que aún faltan por contar episodios de esta extraña historia...

Al fin, una noche, ante mí se presentó la señora Mayor engalanada de trajes y joyas como nunca vi, y le dije,

–¡Vaya, doña Mayor...! ¿Qué ha sucedido para que haya mejorado usted de categoría de manera tan sustancial?

Ella me contempló con aquella peculiar mirada suya.

–Las apariencias te ciegan, hijo mío, y en ello se nota que la fuerza de la juventud anida en ti. Falta te va a hacer, pues vengo a proponerte la mayor de las aventuras que hasta ahora corriste...

La señora Mayor llevaba un papel en la mano y yo lo reputé como el mensaje que tanto deseaba recibir, pero ella, que observó mi interés, no me lo entregó, sino que antes bien dijo,

–Papelajos ambicionas, tú, que eres capaz de dirigir el rayo de luz que llega a donde te pongas...

...

Yo me encontraba en las cumbres de las horribles montañas del Guadarrama, aquella cadena que custodiaba a Leonor, y cómo había llegado hasta ellas, no lo sé. Allá abajo se pintaban campos sin fin, y en alguno se encontraba mi oculta amada. Mas ¿cómo averiguar en cuál? Recordaba el castillo, aquel en el que surgían enanos y torcaces de las empanadas que se abrían, pero contaba con la ayuda del rayo de sol, es bien cierto, y la fuerza de mi espada, y fiado a ambos talismanes descendí como en un sueño hasta la llanura infinita.

Durante varios días recorrí el camino estipulado preguntando aquí y allá, y al fin, una

tarde, me encontré a la vista de la fortaleza que la guardaba. Gran castillo era, e historiado, y al contemplarlo desde la lejanía comprendí por qué don Lope tenía en tan poca estima sus posesiones de Yebel. La mole, por ende, se asentaba sobre un cerro rodeado de bosques, y pensé que su situación convenía a mis planes.

Pernocté con sobresalto y a cubierto de los árboles en un lugar que me pareció propicio, ya que desde él se divisaba la cara norte de la amurallada mansión, y cuando amaneció observé que los Hados me acompañaban... pues lucía el sol.

–¡Manos a la obra! –me dije entre nubes, pero lejos de desenrollar una escala de cuerda como la que se cuenta que utilizaba Abelardo en sus visitas a Eloísa, que muy otros eran mis planes, extraje del equipaje un instrumento infinitamente más sutil y ante el que fracasarían los más avisados guardianes, una simple y cóncava pieza de metal pulida con esmero con mis manos.

El rayo de luz se paseó primero por lugares aledaños, y luego, ocultando con la mano su haz de miradas curiosas, lo dirigí a la tercera ventana que se abría en el alto lienzo. Yo estaba lejos, muy lejos y escondido entre la fragosidad de los árboles, pero en seguida pude observar cómo una figura se pintaba en el hueco y al punto se retiraba...

–¿Y ahora que sucederá? –me pregunté inquieto, pues cabía que me encontrara de repente rodeado por las mesnadas de don Lope, en cuyo caso ya podía despedirme de la efímera vida.

Sin embargo, no sucedió nada de lo que digo, pues a media mañana pude escuchar los cascotes de un caballo que cauto se acercaba por la espesura, y al fin, como en ocasión precedente, al otro extremo del claro apareció ella, sola y amazona de un caballo blanco.

Yo salí del escondite y ella vino hacia mí.

–Tenía miedo de que no luciera el sol –dijo–, pues no hubiera podido captar tus destellos... –y dejó que en su rostro se pintara una maliciosa sonrisa.

Descabalgó y dijo,

–¿Por qué has tardado tanto? Te esperaba hace mucho... ¿Sabes cuánto hace que no nos vemos?

Yo eché la vista atrás.

–Sí. Tanto que en sueños pensé que quizás te habías desdicho de tus propósitos.

Leonor me contempló con alguna sorpresa, pues quizá no cabía en sus pensamientos que nadie dudara de ella, pero luego su actitud dio paso a la más resuelta indignación. Enrojeció al compás de la exposición de sus fundamentos, ya que su caudalosa locuacidad mantuvo todas las leyes de la elocuencia, y al final remontó el espíritu hasta el séptimo empíreo.

–¿Y sabes qué he dicho a mi padre...? Que si intenta hacer algo que vaya contra mi voluntad..., tendrá que vérselas conmigo.

Leonor, cuando pronunció aquello, despedía fuego por los ojos como una Furia, o mejor, como una piedra de nafta, y yo imaginé que don Lope se había achantado en espera de ocasión más propicia.

–Reconozco tu mérito, chica guapísima vestida de hombre, pero ante todo me gustaría saber cuál es el papel que me has reservado en este escenario.

Ella se ablandó ante mis palabras, y tras torcer el gesto, exclamó,

–¡Eres tan papanatas como don Ramiro! Te estoy pidiendo que me lleves lejos de aquí.

Yo me asusté, porque, aunque aquello era un sueño, o al menos era como un sueño, las circunstancias obligaban.

–Leonor... La última vez me salió caro el empeño, y desde entonces no he hecho otra cosa que intentar pasar desapercibido para el común de la gente. Fíjate qué aspecto tengo... ¡Quién sabe de dónde pende en este momento la vengadora espada de los poderosos!

Luego la miré entornando los ojos.

–Sin embargo, sí... Alejandro podría ayudarnos.

–¿Quién es Alejandro? –y yo me refí.

–Alejandro *Mare Nóstrum*, como su nombre dice, es un natural de allende los mares y buen amigo luengos años ha. Es noble y generoso, y tiene grandes posesiones en un lugar muy lejano..., una isla desierta en el lugar que mencioné. Allí podríamos refugiarnos, y ni la espada que codicia don Ramiro podría alcanzarnos. El único inconveniente es que tendrías que convertirte en aldeana.

Leonor, cuyos ojos aún brillaban con el fuego que se atribuye a los dragones, dejó escapar un bufido.

–¿En aldeana...?

–Claro, niña mía, pues la felicidad plena exige sacrificios. ¿Nunca oíste decir que no hay más pobres que los codiciosos? Yo te enseñaré a cultivar la huerta, pues de eso sé todo lo que tú desconoces...

... y de semejante guisa continuó la que fue primera conversación de nuestros amores, aunque sucediera durante un sueño.

–¿A Venecia?

–Así es. Está lejos, pero ¿qué es el espacio, sino un concepto que se nos antoja demasiado breve si es la larga mano de don Lope la que nos apremia?... Además, por si lo que digo se te antoja poco, también te hablaré de *el temblor de la ninfa*, importante concepto en el que se expresa *el misterio eterno*... ¡Mírate ahí!, temblando como una hoja... Acércate y dame uno de tus besos, porque no he hecho tan largo viaje para irme de vacío.

... y Leonor, al fin derrotada por la fuerza de mi dialéctica, y aun diría que confusa y sorprendida ante el colorido de mis argumentos, se levantó, vino hasta mí, me abrazó y, tras besarme, habló, y allí fue cuando con apagada voz dijo aquello que había de recordar largo tiempo y aparecer en sueños posteriores, aquello que comenzaba,

*Barbudo guerrero del sol,
que llevaste la luz de Castilla hasta mis ojos...*

... pero no hubo lugar para más y nuestros proyectos quedaron en suspenso (pues lo que he contado no fue un sueño, aunque quizá lo haya parecido, sino que de veras sucedió), y ni siquiera sé si don Lope supo de nuestra entrevista porque acto seguido sobrevino lo que había de cambiar por completo el país y la vida de muchos de los que lo habitábamos, un acontecimiento que afectó a los reinos cristianos y causó un enorme revuelo que durante aquel año recorrió la tierra entera.

EL DESASTRE

El africano imperio almohade, harto de la encubierta guerra a que le sometían los reinos cristianos y resuelto a recuperar de una vez por todas el territorio perdido, que juzgaba suyo, había pagado y armado un gran ejército trasladado desde su continente, y con él se disponía a invadir nuestros dominios. Mucho se había hablado en tiempos anteriores de tal eventualidad, pero como aquellos años fueron de tregua pactada entre unos y otros, y ninguna de las partes disponía de fuerza suficiente para infligir una derrota decisiva al contrario, la guerra se limitaba a un intercambio de golpes de mano y algaradas protagonizados por grupos armados al efecto y disueltos inmediatamente después, y eran las Órdenes militares, en su papel de guardianas de las fronteras, las que promovían tales empresas.

Nuestro reino de Castilla, el más grande y capaz de los reinos cristianos, era el principal afectado por la amenaza, y nuestro rey, Alfonso, el más firme promotor de la resistencia que a ella se podía oponer, de forma que él se ocupó de enviar embajadores a los reinos limítrofes y de buscar apoyo incluso en lugares tan lejanos como la cabeza de la cristiandad. Mediante sucesivas proclamas se predicó algo a modo de cruzada, asegurando amplias indulgencias a quienes en ella participasen, y se llamó a la guerra santa en todos los rincones de la península y en buena parte de los reinos europeos, de forma que durante la primavera de 1195, cuando yo tenía veinticinco años y no pensaba en otra cosa que no fuera Leonor, para cuya liberación había forjado no pocos planes, me encontré encuadrado en una hueste, la hueste de Calatrava, que bajo el mando de los caballeros que la formaban se disponía a tomar parte en la batalla que todos intuíamos próxima, e imposibilitado por tanto para salir de la ciudad.

En la herrería los jóvenes nos manifestamos abiertamente dispuestos a combatir, pero como la nuestra era una importante institución que nutría a los ejércitos de cuanto les era menester, fuimos excusados de la mayor parte de las tareas, aunque se nos aseguró un lugar preeminente en la contienda que se avecinaba. Únicamente Rubén y los dos oficiales que con nosotros estaban, que ya no gozaban de la plenitud de las formas, fueron dispensados del alistamiento.

—La guerra es para los jóvenes —me dijo Rubén una tarde—, y yo debo ante todo cuidar de mis hijos. Esto acabará mal, lo veo venir, y en tal caso seremos abandonados a nuestra suerte en este paraje dejado de la mano de Dios..., aunque estaré prevenido. Cuando ello suceda, Rubén y tú iréis con el ejército, claro es, y Moisés y todos los demás, pero los viejos ya no servimos para estas cosas y hay mucho que hacer en la retaguardia. Rezaremos por vosotros, y veremos qué sucede.

Durante aquella primavera el tiempo se nos fue en forjar espadas y puntas de venablo, cascos, petos, espaldas y relucientes cotas de malla, y también las defensas que utilizaban los caballos, pues la caballería pesada, que era la principal fuerza de nuestro ejército, precisaba de ingente cantidad de tales piezas. En uno de aquellos grupos íbamos nosotros a prestar ayuda, y durante días nos preparamos para ello y ensayamos las maniobras que estas tropas ejecutan, y cuando me vi cubierto de hierro y subido en un caballo que a duras penas podía moverse, todo aquello que me había figurado se vino estrepitosamente abajo, pero es que es muy diferente lo que en un tranquilo lugar puede leerse en las páginas de un libro, que lo que, cuando llega la ocasión, soporta el cuerpo. Lancelot, Perceval y todos los héroes que conocía de mis lecturas, se me antojaron de pronto muy forzudos personajes, pues ¡ahí era nada moverse revestido de tan pesados metales!, y aunque yo estaba acostumbrado a la cota de malla que nos protegía de la mayor parte de los peligros, muy otras me parecieron aquellas tareas, y bajo su peso llegué a considerar la inutilidad de tales

arreos.

Calatrava era la más avanzada plaza en aquella parte del territorio, si exceptuamos algunos castillejos y fortificaciones que, como el de Salvatierra, vigilaban el camino que lleva al puerto del Muradal, y mientras la estación avanzaba nos llegaron desde ellos las más alarmantes noticias, pues enormes contingentes de moros, abundantemente acompañados por largas caravanas y animales de carga, discurrían de continuo hacia el norte y se instalaban por doquiera. Algún lugar cercano a Alarcos, fortaleza en construcción que estaba aguas abajo del Guadiana y a escasa distancia de nuestra ciudad, parecía ser el término elegido para su reunión, y la mayor parte de los vecinos corrieron a refugiarse en Calatrava, poblándose la ciudad como nunca se había visto.

Luego, cuando apretó el calor, llegaron las noticias que hablaban de la proximidad del ejército cristiano que a duras penas avanzaba desde la ciudad de Toledo, y en ellas se contaba y no se cesaba acerca de las innumerables banderas, el gran número de infantes y el imponente aspecto de la caballería, en la que, aparte de aragoneses y navarros, se encontraban soldados venidos de todas las regiones de Europa. Al fin, una mañana y precedida por altos oficiales y pendones sin fin, una buena parte de la formidable hueste cruzó el puente y acampó en la explanada que junto al río había, llenándose tan enorme extensión de innumerables bocas que reclamaban comida y alojamiento, así como de una multitud de carros y bestias a las que también hubo que alimentar.

Pocos días duró semejante estado de cosas, y en seguida llegaron mensajeros que nos ordenaban partir hacia el oeste y unirnos al grueso del ejército en las inmediaciones de la fortaleza de Alarcos, cuya guarnición continuaba encastillada. En compañía de Rubén me despedí de mis hermanitas como si no nos fuéramos a volver a ver, y con el amanecer del día siguiente nuestra hueste de Calatrava, unida a una interminable procesión de caballeros, carros y peones, partió hacia donde se encontraban las ingentes fuerzas venidas del norte, lugar al que accedimos rondando el mediodía y desde cuyas alturas pudimos contemplar las tropas que nos aguardaban y se guarecían en torno a las murallas a medio construir, y enfrente, lejos pero no tanto como para no poder distinguirlo, con quienes teníamos que habérmolas...

El ejército musulmán, acampado en torno a un cerro, a primera vista no nos pareció invencible, pues manifiestamente se apreciaba que la fuerza de nuestra caballería era mucho mayor. En aquel lejano campamento podían observarse incontables carros, y de su interior surgían fumaradas sin fin, lo que daba indicios del enorme número de sus ocupantes, pero tampoco era menor el nuestro, cuyo aspecto nos produjo un gran asombro, pues ni yo, ni ninguno de los que me acompañaban, habíamos estado nunca en un real tan grande, que agrupándose en torno a la fortaleza en obras y el poblado aledaño, se extendía bajo nuestros pies y abarcaba hasta los más próximos oteros.

La columna en la que nos encuadrábamos descendió hasta la llanura, y habiéndonos señalado sitio para que nos instaláramos, recorrimos el campo y procuramos informarnos de lo que en él se decía.

Pasó la tarde entre unas cosas y otras, y aunque el revuelo y las incontenibles ganas de pelea se hacían patentes aquí y allá, no hubo más por aquel día y en seguida se echó la noche, encendiéndose hogueras en todos los rincones. Nosotros, al abrigo de unos carros que habían venido de Calatrava, hicimos lo propio, y alrededor del fuego de campamento fueron muchas las voces que se manifestaron y dieron su opinión sobre lo que nos esperaba. Corrió el vino y la comida, y todo fue el hacer cábalas sobre lo que pretendía el rey, aunque alguien apuntó que estaba esperando a que llegaran nuevas tropas de refuerzo, fuerzas procedentes de los reinos de León y de Navarra.

Luego transcurrió la noche, y tras el amanecer sonaron trompetas y clarines llamando a la lucha. En medio de la mayor de las confusiones y los gritos de ceñudos capitanes, una parte de la caballería se alineó y formó un enorme bloque. Nosotros lo

observábamos expectantes desde el lugar que nos habían señalado, pues aquel día no entramos en combate, y de esta forma vimos cómo la muralla de hierro avanzaba lentamente al principio, para cargar luego contra las vanguardias enemigas, pero estas, que no eran numerosas, retrocedieron al galope y rehusaron la lucha. En su lugar aparecieron grupos de arqueros que lanzaron nubes de flechas sobre nuestros jinetes y después se escabulleron en el terreno. Semejante maniobra se repitió varias veces, pero no encontrando enemigo con el que luchar, nuestros caballeros tornaron al campamento sudorosos y gesticulantes y, por lo que me pareció entender, muy descontentos de lo sucedido.

Entre carreras, gritos, rebatos de los clarines y nubes de polvo que se levantaban aquí y allá transcurrió el día entero, día de sobresaltos, de llamadas, de formarse escuadrones y rendir luego las lanzas, de acudir a un lugar y otro y desgañitarse los capitanes sin motivo, y al fin, fuera de algunas escaramuzas en las alas de los ejércitos enfrentados, que se observaron y midieron sus fuerzas sin querer entrar en la pelea, no sucedió nada, sino que con la caída de la tarde retornaron las fumaradas en el campo enemigo y los fuegos de campamento en el nuestro. Todo se pobló de hogueras y centinelas que canturreaban sus consignas, y mientras dábamos cuenta de la pitanza y el vino, que en buenas cantidades guardábamos en los carros, más de uno nos preguntamos si no estarían los musulmanes esperando a que llegara la noche profunda para lanzar un ataque que nos cogiera desprevenidos... Allá, a lo lejos, en la falda de un terroso y alargado cerro que había a nuestra izquierda, eran aún más brillantes los fuegos, pues, según decían, era allí en donde estaban el rey y sus oficiales, que a buen seguro estarían discutiendo sobre el significado de aquella jornada de irracionales alborotos en la que el enemigo había sabiamente eludido la pelea.

Llegó el nuevo día, y con él las señales de que la jornada se anunciaba importante. Desde muy temprano sonaron los cuernos, y en seguida, advertidos por las ingentes nubes de polvo que al otro lado de la llanura se levantaban, pudimos entender que el ejército musulmán se ponía en marcha.

Todos nos aprestamos a armarnos como correspondía, y una vez sobre las cabalgaduras y tranquilizadas estas, pues se mostraban inquietas como si presagiaran lo que se avecinaba, cuando entre el fragor nos dirigíamos a las filas que se estaban formando, vi a Lope, revestido de la blanca túnica de la Orden a que pertenecía y caballero de una magnífica montura. Iba a dirigirme a él, pero era tal el tumulto que alrededor de nosotros había, que me contenté con hacerle un gesto con la mano, además que él me devolvió. Luego observé que a su lado estaba su padre, don Lope, que se ocupaba en ordenar la disposición de su hueste. Él me contempló con sorpresa, pues seguramente me creía muerto, pero luego apartó la mirada y la dirigió al frente.

Al fin, cuando las filas se cerraron, vi que a mi lado estaban Moisés y otros hombres que habían venido desde Calatrava. Nos encontrábamos en medio de un denso escuadrón, pero delante de nosotros había muchas líneas, lo que parecía indicar que nuestra entrada en la lid no iba a ser inmediata. Moisés me tendió un mendrugo de pan que sacó del zurrón.

—Cómelo —me dijo—; quizá sea el último.

Yo lo mordí con ansia mientras entre las recién formadas filas se levantaban clamores que hablaban de Dios y la victoria, y al compás de aquellas voces que parecían surgir de todas partes, los caballos relincharon y patearon y a duras penas fueron retenidos por los acorazados jinetes, alguno de los cuales rodó por el suelo.

Ante nosotros se mostraba una multitud de *zenetes* vestidos de negro, tribus enteras llegadas de África, según decían, provistos de escudos y largas espadas que nos observaban imperturbables. Estaban tan cerca que podíamos distinguir los rasgos de sus caras oscuras, y cuando me entretenía en intentar desentrañar sus emociones, se escucharon agudos gritos que partían de la parte delantera y pudimos observar cómo

las primeras líneas, en cerrada formación, iniciaban un trote moderado hacia el centro del ejército enemigo, aquellos gigantescos jinetes que les aguardaban impávidos. La masa de caballeros se precipitó contra las filas almohades, y vimos cómo las lanzas se rompían y las espadas centelleaban. Algunos caballos rodaron por el suelo causando gran confusión, y después el polvo levantado por el combate nos ocultó lo que sucedía.

Todos mirábamos ansiosamente hacia el lugar cuando se escucharon nuevos gritos, y vimos que las siguientes filas de acorazados caballeros emprendían la carrera y se internaban lanza en ristre en la polvareda.

Durante algún tiempo no supimos qué sucedía ni cuál era la suerte que habían corrido nuestros soldados, pero luego, emergiendo de la nube, grupos de jinetes retrocedieron al galope hacia nuestras filas, las sobrepasaron y parecieron ir a colocarse en la parte trasera del ingente conglomerado de hombres y caballos que aguardaba su turno.

Cuando el polvo se reposó vimos que la primera línea enemiga había sido deshecha, y aquí y allá podían observarse caballos y hombres, unos agonizantes y otros derribados, en desordenada confusión. En el centro de aquel cuadro se sostenían múltiples y descabaladas figuras que, a pie y utilizando las espadas a guisa de molinetes, arremetían contra las negras filas de seres armados de picas, que parecían retroceder ante el empuje demostrado por los nuestros.

Los más terribles alaridos sonaron entonces, y obedeciendo a ellos, varios escuadrones que se situaban en los flancos y portaban enseñas en el extremo de sus lanzas, embistieron furiosamente las compactas filas enemigas, en las que abrieron amplios huecos. Delante de nosotros se trabó una furiosa batalla, pues a la par que en aquel centro del que no podíamos apartar la vista se desarrollaba una áspera pelea en la que sin cesar refulgían los hierros, en los costados los musulmanes retrocedían hacia la línea de arqueros que tenían a sus espaldas.

Fue entonces cuando nuestros capitanes, recorriendo al galope la larguísima línea que presentábamos al enemigo y poniéndose al frente de ella, ordenaron avanzar al entero cuerpo del ejército, lo que ellos iniciaron haciendo marchar a un paso más que ligero a sus caballos. La multitud de lanzas avanzó y se introdujo en forma triangular en aquel escenario arrollando cuanto encontró a su paso, y aunque al principio fueron quienes iban al frente los que soportaron el peso de la contienda, en seguida nos encontramos inmersos en una multitud de vertiginosos hombres armados que se revolvían con saña y descargaban mandobles y estocadas.

Los golpes sonaban aquí y allá y parecían comprenderlo todo. Unas filas sustituían a las anteriores, y el polvo levantado por los encabritados corceles ocultaba lo que pocos pasos más allá tenía lugar. Los gritos de furor, los desgarrados ayes, el continuo chocar de los aceros y el resoplar de los desconcertados caballos llenaban el aire. A mi lado peleaban Moisés y los demás, que arduamente intentaban abrirse paso en el inacabable muro de metales puntiagudos, lo que parecía labor imposible, y hasta allá donde alcanzaba la vista se observaban idénticas bregas y dificultades, pues la alborotada masa de caballeros que portaban férreas armaduras se debatía en su mayor parte a pie, ya que las monturas habían sucumbido, unas debido al calor, otras a lo pesado de su carga y otras a las heridas, y las que pudieron hacerlo, al encontrarse libres, habían huido a la desesperada alejándose del atronador campo de batalla... Sin embargo, yo sentía una enorme fe en los denodados esfuerzos que a mi alrededor observaba, pues nuestro número se me antojaba muy grande, y nuestro poder, inmenso...

Cuánto duró aquello, no lo sé, pero cuando había transcurrido buena parte de la mañana y nuestra hueste de Calatrava, que en todo momento se había mantenido unida, daba las primeras señales de desfallecimiento, observé que de todas partes surgía un sin fin de jinetes enemigos, algunos encaramados sobre altos dromedarios,

que cabalgaban con la ligereza que presta el descanso y rodeaban tupidamente el grueso de la aún belicosa fuerza cristiana. Aquello nos sorprendió, pues dábamos por seguro que nuestra posición era de superioridad, habida cuenta de las incontables víctimas que habíamos dejado a nuestras espaldas, así que cuando vimos precipitarse sobre nosotros la repentina avalancha el sentimiento general fue de consternación. ¡Los esfuerzos anteriores sólo habían servido para descubrirnos rodeados por nuevas muchedumbres de soldados!, y en seguida nos encontramos soportando nubes de flechas que desde cualquier lugar nos arrojaban y peleando en enorme desventaja contra turbas de vociferantes moros, los cuales, apoyados en su omnipresente lilaila y el incansable tronar de los pesados tambores que no lejos se encontraban, arremetían oleada tras oleada contra las filas de descabalgados y agotados por el peso de sus armaduras jinetes cristianos.

Imposible resultaba abrirse camino hacia adelante, pero, incluso rodeados como estábamos, aún creíamos poder hacerlo hacia atrás, y cuando nos disponíamos a retroceder para agruparnos con tropas que intentaban unírse nos, con sorpresa observé que a pocos pasos se hallaba Lope en situación muy apurada, pues parecía haberse quedado aislado de sus compañeros y contendía él solo con varios adversarios. Durante unos instantes la fuerza de la desesperación mantuvo a raya a los tres o cuatro moros que le acosaban, pero un nubio, caballero de briosa montura, se le aproximó vertiginoso por detrás, y con una relampagueante espada curva y de un recio mandoble casi le segó el cuello.

Ver aquello y abandonar la formación fue todo uno. Corrí hasta él atropellando cuanto encontré, y detrás de mí corrieron Moisés y otros varios gritando para que me detuviera, aunque nada hubiera podido hacerlo. Enarbolé el mangual, y con tal arma en la mano me arrojé contra quienes aún atacaban aquel cuerpo que vacilaba y de repente parecía haberse quedado sin fuerzas. Los que me habían seguido se precipitaron sobre la turba negra, que reculó, y rechazaron a varios caballeros que pretendían acercarse, por lo que de repente me encontré arrodillado en el centro de un círculo despejado y sosteniendo un cuerpo al que se iba la vida por el terrible tajo que presentaba bajo la cabeza.

Él me aferró, seguramente sin reconocerme, pero luego abrió los ojos y sonrió débilmente. Apretó una de mis manos e intentó hablar sin conseguirlo. Luego me la oprimió convulsionado, y al fin, apagada y roncamente, dijo,

—Cá... cástate con e... —y tras sonreír de nuevo, un vómito de sangre afluyó a su boca y su cabeza cayó pesadamente hacia atrás y para siempre.

Yo me levanté con los ojos llorosos y hecho una furia. Dejé que el cuerpo que sostenía se desplomara sobre el polvo y, aferrando la espada con las dos manos, arremetí contra aquella negra pared humana con la que se peleaban con furor Moisés y los demás, y fue tal mi ímpetu y las voces que di, que conseguí contagiarlo a quienes me rodeaban, y entre todos abrir un enorme hueco por el que se precipitó en tromba un escuadrón de peones cristianos armados de picas que combatían muy cerca de nosotros. El grupo era grande y aquello nos procuró un respiro, y cuando agotado bajé por un momento el arma, observé algo que me llamó la atención: junto a mí, entre un montón de cuerpos caídos, estaban los de don Lope y algunos de sus escuderos, a los que al punto reconocí por las coloridas vestiduras que tantas veces había visto.

Luego la pelea continuó con suerte desigual, aunque nosotros conseguimos romper el cerco y escapar de la trampa en que multitud de tropas habían quedado encerradas, y cuando a duras penas retrocedíamos para ponernos a cubierto de los grupos de arqueros que a la carrera afluían desde la retaguardia, oí a alguien gritar detrás de mí y recibí un enorme golpe en la cabeza que me hizo ver las estrellas..., tras lo que la negrura del abismo se instaló en mi alma y entendí que todo había acabado.

...

Cuando desperté, sentí que era zarandeado y arrastrado sin contemplaciones por el duro suelo. Quise gritar, pero las palabras no acudieron a mi boca, y luego liberarme, pero nadie me ayudó...

Cuando en medio del más extremo delirio desperté, observé que la batalla y sus mil estrepitosos ruidos se alejaban como en un sueño... Alguna invencible fuerza me arrastraba sobre el suelo, y allá atrás, a cada momento más lejos, se pintaba el confuso y cambiante mare mágnum en el que con encontrada furia chocaban hierros y voluntades. Intenté desasirme, pero no lo conseguí, y quien me arrastraba cesó en su carrera. Alguien muy poderoso, puesto que mi peso no era desdeñable, me puso brutalmente en pie, y con asombro pude ver que quien ante mí tenía no era otro que el negro Yúsuf, que, a saber cómo, había conseguido unirse a la partida. A su lado, Moisés y otros varios retrocedían aprisa y cubriéndose con los escudos de las flechas que sin cesar caían del cielo...

Como pude comencé a caminar apoyado en él, pero aquello más fue correr huyendo de la catástrofe, pues a nuestras espaldas proseguía la encarnizada batalla, y las filas de soldados cristianos se veían continuamente desbordadas por multitudes de jinetes almohades que, no teniendo que soportar el enorme peso de las armaduras, parecían volar sobre la tierra y tan pronto se presentaban a la derecha como a la izquierda, apareciendo y desapareciendo entre los torbellinos de polvo como cuadrillas de negros y vociferantes demonios...

Ya era comenzada la tarde cuando, en compañía de unos malheridos y sangrantes Moisés y Yúsuf, amén de los restos de nuestra hueste, igualmente maltrecha, conseguimos alcanzar un lugar despejado y lejos de la pelea que atrás continuaba. Grupos de arqueros y ballesteros, a cubierto de las murallas, protegían a los que se replegaban, pues no era el nuestro el único grupo que se batía en retirada, y una vez dentro del recinto que contenía la ciudad en construcción, en cuyo seno el revuelo era máximo, observamos que en ella permanecían escuadrones que no habían tomado parte en la lucha. Algunos de aquellos grupos estaban formados e inmóviles, y entre ellos pasaban al galope los jinetes que se replegaban. Luego se oyeron voces, y los arqueros y ballesteros dispararon a una sus armas, y coincidiendo con ello observamos la atropellada aparición de un grupo que mucho tenía de especial. Alguien de majestuoso y tambaleante aspecto descendió de un exhausto caballo mientras era atendido solícitamente por quienes estaban a su alrededor, personajes que le sacudían de los vestidos el polvo del suelo... Aquel individuo de recio aspecto y mediana edad, que llevaba una gran espada desnuda en la mano e iba desprovisto de casco, lo que dejaba ver una herida en su cara, pasó deprisa a mi lado rezongando las mayores maldiciones y seguido por quienes de tan extraña manera le agasajaban...

Nuevos grupos, estos más numerosos, circularon entre las filas, y al fondo se observó que, en medio de lo que semejava una gran agitación, un imponente cortejo se estaba formando, pues continuamente se sumaban a él jinetes y caballeros cubiertos de hierro que afluían desde todas partes. Al fin, entre convulsas voces y gritos de mando, la comitiva partió apresurada hacia el norte levantando una enorme nube de polvo.

—Es el rey —dijo alguien desfallecidamente a nuestro lado— y sus capitanes, que no quieren caer prisioneros de Al-Mansur.

En el lugar en que nos encontrábamos, a cubierto de unos enormes paredones de piedra que nos ocultaban el campo de batalla, no había quien diera órdenes ni pusiera un mínimo de lógica en las aciagas circunstancias, sino que cuantos allí estábamos representábamos el papel de seres incapaces de mantenerse en pie, unos por el agotamiento y otros por las heridas, formando una doliente tropa incapaz de moverse y más presta para ir al hospital que al campo de batalla. Por doquier se escuchaban ayes

y gimoteos, y grupos de freires que portaban vasijas con agua se apresuraban a acudir a un lugar y otro. Yo intenté ayudarles, pero al fin resolví sentarme en el suelo entre los hombres de nuestra hueste, pues sentía el cuerpo como si hubiera sido apaleado, y las desolladuras me ardían por efecto de aquellos ungüentos que, según decían, utilizaban los musulmanes en los filos de sus armas para causar mayor daño. Luego, cuando atemorizado me preguntaba cuál iba a ser nuestra suerte, pues el desastroso fin de la batalla se adivinaba próximo, aparecieron Yúsuf y Moisés conduciendo por las bridas varios de los muchos caballos que, sin dueño que los montara, permanecían en las inmediaciones.

–¡Vámonos! –gritaron–. Montad deprisa.

... y como el desbarajuste era mayúsculo y no cabía esperar que alguien compusiera lo que de tal forma se había descompuesto, los que pudimos subimos a los caballos y, por las puertas que daban al desierto campo que miraba hacia el norte, a la sazón desguarnecidas, siguiendo las huellas de otros grupos que igualmente escapaban partimos espoleando a las monturas y dejando atrás el que pronto iba a ser asolado escenario.

LEONOR

Nuestro estado era calamitoso, pues quien no sangraba como un ecce homo, presentaba varias astas de flecha saliéndole del cuerpo, y quien podía cabalgar, a duras penas se mantenía sobre la montura, y los que nos precedían debían de mostrar parecido aspecto, prueba de lo cual fue que durante el camino encontramos abundantes huellas de la desbandada que siguió a la batalla, tales como los caídos cuerpos de quienes no habían soportado la marcha, caballos reventados, restos de armaduras abandonadas y carros tronchados por las urgencias de la huida, y todo ello sobrevolado por una enorme cantidad de aves carroñeras.

Nuestro grupo se dirigió a Calatrava, pues todos procedíamos de allí y queríamos dar noticias de lo sucedido, ya que, debido a su cercanía, la plaza y sus habitantes eran el próximo objetivo del ejército almohade, ante el que se encontraban inermes.

Sin embargo, cuando tras la ardua cabalgada y con la caída de la noche conseguimos llegar, nos encontramos con que otros grupos se nos habían adelantado y ya se conocía lo que durante la jornada había acontecido. La alarma era máxima y la población se preparaba para dejar la ciudad, y como no encontré a Rubén y a mi familia, de la que supe que había huido hacia el norte, pues volaban las noticias acerca de la morisma que se acercaba y presagiaba arrasarlo todo, tras hacer noche previniendo a quien encontramos y curando como pudimos nuestras heridas, decidimos partir hacia el norte con el amanecer, y en previsión de acontecimientos que no podíamos prever, nos ocultamos en la herrería, en la que asimismo escondimos los caballos.

Yúsuf, de natural lacónico e imperturbable, se mostraba particularmente abatido, y ante mis preguntas admitió que no sabía qué dirección tomar, pues sus amos habían muerto sin que él pudiera hacer nada para evitarlo; tales fueron sus palabras.

—Ahora no tengo a nadie —añadió—, y no sé qué hacer. ¿Cómo voy a presentarme ante la señorita Leonor, a darle cuenta de la muerte de quien se me confió?

Yo tampoco supe qué decir, pero como su mirada era de acentuada congoja, pues aquel negro gigantesco representaba la imagen de la bondad más pronunciada, no pude dejarle allí, con la palabra en la boca.

—Yúsuf —le dije—: yo me voy al norte a buscarla, y Moisés dice que vendrá conmigo. Tú sabes que es lo que tengo que hacer, así que si quieres venir con nosotros, te lo agradeceré, pues resultarás de gran ayuda. Luego, ya veremos cómo se resuelven las cosas.

Yúsuf me contempló agradecido y al fin dijo,

—Sea. Iré contigo.

A la mañana siguiente, presagiando que las avanzadillas almohades podían presentarse en cualquier momento ante la ciudad, nos apresuramos a marcharnos, y nuestra salida coincidió con la de una gran fila de carros, a la que seguía un sinnúmero de personas, que no teniendo otra forma de hacerlo viajaban caminando. Algunos caballeros se ofrecieron a escoltarlos, pero otros, atados por los juramentos que habían hecho, decidieron permanecer en la plaza y defenderla, y aunque los que continuamente llegaban desde Alarcos, seres cabizbajos y muy malheridos, les advirtieron la inutilidad de su empeño, ellos se ratificaron en él.

Con el correr de la mañana, y cuando considerábamos que habíamos puesto suficiente tierra entre nosotros y los enemigos, hartos de la premiosidad de la hilera de desvencijados carromatos que continuamente se atascaban, la abandonamos y continuamos el viaje solos, no sin encontrar a multitud de gentes armadas que huían de la catástrofe, por lo que decidimos dejar los caminos transitados, como el que en dirección a Toledo pasaba junto a Yebel.

De tal forma, evitando las vías principales y las ciudades, en donde de inmediato hubiéramos sido alistados en cualquiera de las fuerzas que a buen seguro se estaban formando para resistir a la avalancha almohade, atravesando sierras sin nombre y durmiendo pocas horas en los campos, robando comida en las ventas, aunque ayunando las más de las veces, y excusando los dolores que sentíamos, pues nuestra prisa era mayor, fue como pocos días después y con los caballos a punto de reventar accedíamos a las inmediaciones del castillo que había sido de don Lope, lugar en el que se encontraba Leonor, porque mi urgencia por ponerla a resguardo de sus parientes era grande.

Cuando llegamos encontramos atrincherados a sus habitantes, pues el desconcierto entre los pocos criados que quedaban era máximo, ya que, aunque tenían noticias de lo sucedido, ignoraban por completo el alcance de tales acontecimientos, pero la presencia de Yúsuf, a quien todos conocían, nos abrió las puertas. Allí, en el gran patio de armas, apareció ella como un vendaval, y ante Yúsuf y Moisés y una cáfila de criados estupefactos que actuaron de testigos del acontecimiento, corrió hacia mí, me abrazó desorbitada y a punto estuvo de romper a llorar.

–Tu padre y tu hermano han muerto –dije.

–Lo sé –contestó–, pero no sabía qué te había sucedido ni si vendrías a buscarme.

EL SOLDADO

DESPUÉS DE LA DERROTA
LA PLAZA FUERTE
SEÑOR DE LA GUERRA
PAÍSES LEJANOS
LA JORNADA DE LA NAVA DE LA LOSA

DESPUÉS DE LA DERROTA

El episodio de Alarcos, con su desastroso resultado para el reino castellano, hizo retroceder la línea de la frontera hasta los confines de Toledo, y lo difícilmente reconquistado durante los últimos años cayó de nuevo en manos de los musulmanes, que ensancharon su poder a los territorios que administraba la Orden de Calatrava y amenazaron la misma capital. Sin embargo, su califa, que contaba con el poderoso ejército que había ganado la batalla, aunque algo disminuido, pues los cristianos habíamos matado o herido a buena parte de sus componentes (y había quien decía que ese número se acercaba a un centenar de miles), urgido por asuntos que no podían esperar tornó a Sevilla, lo que dio un respiro a los reinos cristianos e impidió que el tropel agareno se dilatara hacia el norte. A ello seguramente contribuyó también el hecho de que aún las tierras que regaba el Guadiana eran del gusto de su pueblo, pero las que se situaban al norte de los montes Carpetanos nunca lo fueron, y si en tiempos anteriores se habían adueñado de ellas, creo que fue por imposición de sus príncipes, que querían ocuparlas para mantener lejos a los belicosos pobladores cristianos que a todo trance querían extenderse hacia el sur.

En mi ciudad de Calatrava las cosas fueron muy mal, y quienes en ella se quedaron perecieron en su totalidad, pues los almohades la tomaron por asalto y mataron a todos sus ocupantes, adueñándose de la plaza y erigiendo allí uno de los bastiones con los que en años posteriores habíamos de enfrentarnos. La mayor parte de las fortalezas que habían sido de la Orden pasaron a manos de los musulmanes, y durante años en ellas estuvieron instalados, aunque aún nos restaron algunas, como los castillos de Piedrabuena y de Chillón, por más que representaran muy poca cosa.

Yo, además, en el combate perdí uno de mis más preciados bienes, como era la espada, de la que algún moro debió de apropiarse, pues era un arma codiciada por cualquiera que le pusiera la vista encima. Tal pensé al principio, pero luego se me ocurrió que quizá quedó en el campo entre los miles de objetos metálicos que lo alfombraron tras la muy cruenta pelea, y cubierta de sangre y polvo había caído en las fosas que sin duda se abrieron días después. Sin embargo, como descubrí al cabo de cierto tiempo, muy diferente había sido su destino, pero de ello hablaremos más adelante y por ahora sólo diré que Leonor se apresuró a regalarme otra que había sido de su hermano, que si bien no podía comparársela, y menos aún si se tenían en cuenta las manos que la forjaron, era una magnífica arma que tenía el añadido de provenir de quien provenía.

Las consecuencias de la derrota fueron de toda índole, y a la enorme ola de pánico que recorrió nuestras tierras, cuyos habitantes huyeron en masa hacia el norte, hubo que sumar una nueva guerra entre los propios reinos cristianos, pues el rey de León, creyendo debilitado al de Castilla, con ayuda de los almohades invadió tierras castellanas inmediatamente después de la batalla que narré, por lo que fue excomulgado por el papa. Nuestro rey, Alfonso el octavo, debido a su poder tenía muchos enemigos, y no sólo el de León, que era pariente suyo, sino también algunos renegados, como aquel Fernández de Castro que en la batalla de Alarcos había formado con sus tropas en el bando musulmán y luego intervino en la rendición de las nuestras, y ello debido a su enemistad con Alfonso VIII por una antigua cuestión de pleitos fronterizos.

Nuestro rey Alfonso tenía una serie de fieles que siempre le fueron adictos (a la ciudad que de niño le protegió ante las familias de nobles que pretendían asesinarle se la llamaba *Ávila de los leales*), pero contaba también con innumerables enemigos, incluso entre sus vasallos, de los que debía guardarse. El rey de León era su tío, pero este, a pesar del parentesco, le hacía guerra en cuanto podía, y ello por motivos de codicia,

pues ambicionaba algunas de sus tierras. De hecho, en varias ocasiones intentó despojarle de una comarca a la que llamaban *Tierra de campos góticos*, norteño granero del país que decía ser suyo, y por tal motivo hubo guerras muy cruentas. Una de ellas tuvo lugar durante el año que siguió al episodio de Alarcos (por suerte para nosotros acabó mal para el de León, aunque este se hubiera aliado con los almohades), y lo mismo sucedía con el de Navarra, el Sancho que tanto dio que hablar, pues como su país se encontraba entre las tierras de Castilla y el condado de Gascuña, que había sido otorgado como dote a nuestra reina, hubo pleitos fronterizos sin fin y todo hubo de resolverse con el arbitraje del lejano rey inglés, suegro del nuestro, mediación que llegó tardía y no contentó a unos ni a otros.

Aquellos años, como digo, fueron de continuas querellas en el seno de las cortes cristianas, que difícilmente acordaron lo que había de hacerse, tanto en los asuntos que a ellas solas afectaba como en lo que tocaba a su común enemigo, los infieles venidos de más allá del mar para enmendar a sus correligionarios, a los que tachaban de impíos y desafectos. Las fuerzas cristianas, con asombro de quienes asistíamos a aquella representación de desmedida codicia, que juzgábamos con palabras en las que intervenían las mayores execraciones, dedicaban sus esfuerzos al despojo de quien encontraban desprevenido, el latrocinio, el pillaje y el saqueo, y, cuando no, a la más simple traición a quienes eran sus familiares o afines, y entre ellos se perdían en estériles guerras por motivos fútiles que a todos perjudicaban.

En lo que quedaron como tierras fronterizas, sin embargo, fueron de relativa calma, pues debido a que todos tenían grandes problemas internos en sus reinos, el califa Al-Mansur y nuestro rey pactaron una vez más una tregua que duró una docena de años y evitó que hubiera operaciones militares en las que intervinieran ejércitos completos, reduciéndose todo a las correrías y algaradas que continuamente se llevaban a cabo y se habían llevado desde que yo podía recordar. El papa que entonces había en Roma, Inocencio III, acuciaba de todas formas a las Órdenes a combatir, y con su patrocinio tuvieron lugar algunos sucesos, como el asalto y conquista de la calatraveña fortaleza de Salvatierra, que los almohades habían tomado inmediatamente después de lo de Alarcos.

...

Sí, turbulento se presentaba el país después de la derrota que narré, que a todos debilitó, y fue en tal escenario en donde continuó mi vida, al principio cúmulo de intrigas que jamás hubiera imaginado que me arrastraran, y luego sangrientos sucesos que bien hubieran podido evitarse, pero la codicia es uno de los motores del Universo y a ello debemos atenernos.

Tras nuestra llegada al castillo que entonces era de Leonor, hubimos de enfrentarnos a varios miembros de su familia que habitaban en él y vieron con muy malos ojos mi aparición. Seguramente todos me creían muerto, y como mi amigo Lope y su padre, don Lope, habían desaparecido de la faz de la Tierra, sin duda esperaban una actitud dócil por parte de Leonor y que ella cumpliera lo acordado en tiempos anteriores. Muy otro fue el caso, pues mi extemporánea irrupción los llenó de zozobra y contribuyó a que durante unos días las misas diarias que allí se celebraban fueran aderezadas con solemnes prédicas a cargo de un dignatario que hizo mención al respeto debido a la voluntad de los muertos y otros conceptos igualmente sagrados. Existían también allegados que temían quedarse sin las prebendas de que disfrutaban, pero Leonor, que en seguida y de manifiesta y muy diplomática forma se atribuyó el papel de única heredera, se las confirmó, y de inmediato ellos se pusieron de su parte; tan importante es el papel de la riqueza en el concierto de los humanos.

Don Ramiro, a quien no había vuelto a ver desde aquellos que me parecían lejanos

días pasados en Yebel, no murió en la batalla, pues como vasallo que era del rey de León ni siquiera acudió al combate, y ello obró en su contra en los tiempos que habían de seguir, aunque al principio debimos guardarnos de él, pues puso todo su empeño en llevar adelante los planes que presagiaba derrumbarse, para lo que desde sus tierras y solapadamente envió una partida disfrazada de campesinos y al mando de uno de sus adalides de mayor confianza con el encargo de hacernos guerra, secuestrar a la novia y matar a quien se opusiera.

Muy confusas y encontradas debían de ser sus noticias, lo cual era excusable pues se encontraba lejos, y antes de que tal embajada llegara a nuestros términos nosotros conocíamos sus intenciones, pues Leonor conservaba intactas las fuerzas que habían sido de su padre, entre las que se contaban numerosos espías bien pagados y dispuestos aquí y allá. No nos resultó difícil, por tanto, ocultarnos en lo más profundo de las montañas que a oriente se levantaban, montes desiertos y techados de selva en los que pocos se atrevían a introducirse, y acompañados por la más exuberante naturaleza, que se presentaba en forma de enormes peñas graníticas, riachuelos rientes y arboledas sin fin, en abandonadas cabañas de pastores y otros lugares igualmente sórdidos fue donde celebramos las ceremonias iniciales que son propias a los cortejos de dos jóvenes enamorados. Fue también en aquel lugar en donde verdaderamente y por primera vez pude olvidar los sinsabores de la reciente derrota, cuyos recuerdos había tenido presentes desde el día en que azuzando los caballos huimos de Alarcos y su nube de polvo y muerte, pero los efluvios del amor son muy poderosos, y después de aquellos días en que de nuevo nos convertimos en niños, arrinconé tales visiones y procuré no pensar más en ellas.

En aquella obligada salida, que se produjo en el mayor de los secretos, estuvimos acompañados por Moisés, Yúsuf y varios arqueros y ballesteros de la hueste que defendía el castillo, cuyas fuerzas quedaron alerta en espera de la anunciada visita. Leonor, vestida de hombre según su costumbre, se comportó como uno más de la facción, y pocos de los que nos vieron, seguramente, adivinaron su verdadera naturaleza, y al fin, tras algunas semanas del fin del verano que pasaron sin sentir, cuando recibimos noticias de lo acontecido en el castillo durante nuestra ausencia, que se saldó sin heridos y tan sólo con unas cuantas palabras gruesas, regresamos a él y, con el mayor de los sigilos, comenzamos a preparar la que había de ser nuestra nueva vida.

En la mente de ambos se albergaba la idea del matrimonio, pues Leonor insistía en ello y yo no hacía ascos a tal estado, menos con ella, de quien me había enamorado de la más ciega manera, pero durante el primer mes y mientras se arreglaban algunos asuntos que eran de necesidad, procuramos comportarnos distantemente para no alarmar a sus parientes, lo que conseguimos no sin trabajo y en medio de las mayores algazaras, puesto que la situación era grotesca, y más si se piensa en lo que sus doncellas, chicas jóvenes que me contemplaban con la mayor de las mesuras, debían de pensar de aquellas circunstancias extravagantes en las que intervenían continuas reverencias, huidas por los pasillos, escalos nocturnos y toda clase de equívocos a cual más chocarrero. Yo representaba el papel de uno de sus escuderos, y creo que lo desempeñé con acierto, pues en aquella corte en que se daban cita eclesiásticos, labriegos enriquecidos, familiares de toda laya y no menos de media docena de bufones y trovadores, no existía otra industria que el comadreo y la adivinación, pero apoyados por quienes estaban en el secreto, como era Yúsuf, personaje que gozaba de las simpatías de cuantos allí habitaban, dimos fin a lo convenido y me pareció que los presuntamente burlados tragaron el anzuelo. Al fin, un buen día...

Nuestra partida se produjo sin ruido y enmascarada como uno más de los viajes que ella, ocupada en administrar sus muchas posesiones, efectuaba a capitales de la comarca. Una buena y otoñal mañana partió el cortejo hacia el oeste, la cercana ciudad

de Ávila, aunque mediado el camino algunos de sus ocupantes se apartaron de él y tomaron el camino que por collados y parameras conducía hacia el sur. Así lo hicimos forzados por las circunstancias, pues no deseábamos más enfrentamientos con el despechado y poderoso don Ramiro, que a buen seguro estaría tramando algo, y aunque aquella vez resultó la estratagema, aún hubimos de enfrentarnos a él en fechas posteriores, de lo que se hablará cuando llegue la ocasión.

Nuestro propósito era el de acogernos al término de Yebel, en donde tanto tiempo había pasado en época anterior y lugar en el que se produjo nuestro primer encuentro, y hacia él nos dirigimos. Yúsuf y Moisés nos acompañaban, como lo hacían dos de sus doncellas que no quiso dejar atrás ya que eran sus amigas y confidentes desde la infancia, y contábamos con el refuerzo de varios criados de confianza, todos curtidos en el manejo de las armas, pues a pesar de lo que dije anteriormente, Leonor contaba con servidores que la conocían desde la cuna y le habían demostrado toda la lealtad de la que carecían sus familiares, cual era el caso de aquel muchacho al que llamaban Victorio y cuyo mayor mérito, aparte sus aficiones a las letras, consistía en hacerle la corte a una de las doncellas de Leonor, de la que por nada del mundo se hubiera separado.

Era Yebel entonces un lugar en la primera línea de la frontera, adonde nadie quería ir y pocos se atrevían a hacerlo, pero precisamente por ello nos pareció un refugio preferible a otros. Tras el suceso de Alarcos, la mayor parte de los labriegos habían emigrado a tierras más seguras, yendo muchos de ellos a instalarse precisamente en el lugar que nosotros habíamos dejado, pero aun así contábamos con suficientes brazos para cultivar las huertas que junto al río estaban instaladas, cuidar de los ganados que permanecían en las dehesas e incluso proseguir la obra que había dejado inacabada y poco había progresado desde entonces..., porque aquello fue lo primero que se me ocurrió. Contemplé los lienzos sin terminar, las derrumbadas torres a medio construir..., y de inmediato sentí la apremiante necesidad de finalizarlo, pues deseaba disponer un lugar en el que Leonor, que había dejado atrás su vida anterior, se encontrara a gusto. ¡Quién podía saber cuántos años íbamos a vivir allí y las cosas que acabarían por suceder!

Sin embargo, como Toledo estaba cerca y Leonor era aficionada a los lujos que se pueden encontrar en las ciudades, de los que yo pocos había tenido ocasión de conocer, nos trasladamos a ella y durante una temporada vivimos en una gran casa de piedra que se me antojó el colmo de la opulencia. Allí no debíamos representar ningún papel, pues nadie nos conocía, y con el acompañamiento de Yúsuf, Moisés, Victorio y aquellas dos chicas que más que criadas eran nuestras amigas, dejamos pasar el tiempo en un perpetuo entrar y salir, comer y beber, reír y cantar que me devolvieron a mis despreocupados tiempos *de la academia*, que nunca había pensado que volverían, y menos en semejante compañía.

Una de aquellas tardes, cuando volvíamos de un paseo que nos había llevado a contemplar las construcciones que se estaban levantando para reforzar las ingentes murallas de la gran ciudad, nos cruzamos con un andrajoso personaje al que al pronto reconocí.

–¡Hernán...!

Mi sorpresa fue enorme, pues hacía muchos años que no veía a mi hermano, al que creía en el ejercicio de las armas en el vecino reino de Aragón, y nos abrazamos con las ganas que el tiempo pasado presta.

Luego él nos contempló con cierto sobresalto en el mirar, y al fin dijo,

–¡Te van bien las cosas...! –porque Leonor y las chicas que nos acompañaban, que encontraban sumo placer en engalanarse, parecían princesas de las que las leyendas cuentan que existen allende los mares.

Todos nos reímos ante su expresión, y yo me apresuré a aclarárselo y a presentarle al

festivo grupo que formábamos. Luego le pregunté qué hacía allí, y él nos relató sus aventuras desde que, en un asalto a una fortaleza, su amo, el ricohombre de la Orden de Calatrava que le había tomado a su servicio, había muerto.

—Algunos caballeros que me conocían me ofrecieron un empleo, pero tener amo es muy duro y preferí seguir por la vida adelante, pues durante todos aquellos años sólo tuve ocasión de ver el castillo que nos albergaba, los caballos que estaba obligado a cuidar y el húmedo sótano en que dormía. Pensé que el mundo es muy grande, como tantas veces nos dijo nuestro padre, y que yo aún no conocía nada, así que dejé aquella hueste y me dispuse a recorrer las tierras. Visité las ciudades que estaban a mi alcance, pero en todas partes me tiraron piedras y me echaron encima a los perros y a los soldados, así que, cuando me harté de recibir desaires, con el cuerpo lleno de mataduras se me ocurrió volver a Calatrava, en donde creí que encontraría a alguien. Por el camino, sin embargo, me dijeron que la ciudad ya no era nuestra, pues había sido tomada por los moros, y fui a Talavera, en donde decían que necesitaban gente, pero a pocos les gustan quienes andan por los caminos y volví a Toledo.

Acodados en una taberna mientras las chicas corrían a su antojo en compañía de Yúsuf y Victorio, Hernán nos habló también de los lugares que le habían llevado a recorrer los tiempos, desde las encomiendas que en el reino de Aragón tenía la Orden de Calatrava, como era la ciudad de Alcañiz, en cuyo castillo pasó varios años, a las plazas fuertes de la región, entre las que destacaban las de Tortosa y Morella, célebres por los hechos de armas que en sus proximidades tenían lugar y escenario montañoso, esta última, desde cuyas alturas, durante los días claros, se divisaba el mar.

—Nunca he visto el mar —le dije—, pero Leonor me ha contado maravillas acerca de él y nos proponemos ir a conocerlo en cuanto se presente la ocasión, aunque creo que es un largo viaje...

—Muy largo, pero bien vale la pena. La esplendidez de su superficie es algo que no se olvida, y el contacto con la espuma y el sonido de las olas tiene mucho que ver con la contemplación de las noches estrelladas.

Luego me miró con los ojos brillantes y añadió,

—Sí, hay cosas que no se olvidan, sobre todo si las comparas con las de esta tierra tan árida.

Hernán aceptó quedarse con nosotros durante unos días, pues su intención era alistarse en cualquiera de los ejércitos que para combatir a los musulmanes se estaban formando por doquiera.

—Es lo único que sé hacer —me dijo, y yo no quise objetarle, pero desde el principio pensé que Dios lo había puesto en nuestro camino, pues consideraba que su ayuda podía sernos de gran utilidad.

—Veremos —dije a modo de respuesta, pero me abstuve de añadir más, pues había observado que el laconismo propio de Yúsuf era una actitud que siempre rendía beneficios.

El segundo de los sucesos que durante aquellos primeros tiempos nos afectó tuvo de nuevo que ver con don Ramiro, personaje que no se conformaba con la adversidad, y como adinerado y codicioso que era no estaba dispuesto a dejarse burlar por quienes consideraba inferiores. Don Ramiro era vasallo del rey leonés, que por aquellos entonces andaba en tratos con los almohades, y por su mediación había conseguido que una de las partidas que recorrían la cambiante frontera se acercara a Yebel con ánimo de arrasar la hacienda, secuestrar a Leonor y matar a cuantos encontraran. Uno de los escuderos de Leonor, al que habíamos dejado el encargo de mantenernos al corriente de lo que sucediera, fue quien, reventando caballos, se trasladó hasta Yebel y de allí volvió a Toledo, en donde revolvió la ciudad entera hasta dar con nosotros, ya que tan sólo la señora Mayor conocía nuestro paradero.

Tal noticia nos produjo enorme inquietud, pues los labriegos del término no eran gente

de guerra y difícil nos hubiera resultado formar un grupo capaz de defender las tierras, pero allí vino Hernán en nuestra ayuda, quien aseguró poder conseguir los hombres que necesitábamos, y de cierto que lo hizo.

—No sabemos con cuántos tendremos que habérmolas, pero no van a enviar un grupo grande al norte pues llamarían la atención. Será una partida de una o dos docenas; además, nos creen desprevenidos y desarmados. Así pues...

Moisés, él y yo recorrimos plazas y mercados, y a la caída de la tarde habíamos reunido la que iba a ser nuestra primera hueste, una caterva de haraganes y ociosos que se mostraron muy complacidos ante la perspectiva de contar con una soldada.

—Entendámonos —dijo mi hermano cuando los tuvo ante él—. Quizá no suceda nada y libréis con la paga íntegra, pero seguramente habrá una pelea, y no quiero a nadie que no sea capaz de manejar un arco o una espada. El que quiera retirarse, ahora puede hacerlo.

Ante tales palabras ellos se miraron entre sí, y más de uno remoloneó y excusó su presencia aduciendo diversas razones, pero así y todo aún nos quedó una veintena de hombres dispuestos a aventurarse por dinero, y días después, habiendo dejado instaladas en Toledo a Leonor y a las chicas, todas bajo la rigurosa custodia de Yúsuf, Victorio y otros criados, partimos los restantes hacia Yebel conduciendo aquella tropa de la que no sabíamos qué esperar. Hernán, sin embargo, que llevaba la vida entera en el ejercicio de las armas, se encargó de probar su destreza la mañana que siguió a nuestra llegada, y lo que vio no pareció disgustarle.

Durante días vigilamos los caminos que conducían a Yebel. El principal, que partía de la cercana calzada que desde Calatrava llevaba a Toledo y en cuyas ventas y paradores ya no quedaba nadie, era recorrido con disimulo por algunos de nuestros hombres, y en una antigua vía que atravesaba los quebrados montes que al sur de nuestros términos se encontraban, apostamos vigías con el encargo de volver a escape si divisaban gente armada, y como aquel terreno lo conocíamos bien de nuestras partidas de caza, elegimos un lugar desde el que podía divisarse la infinita y solitaria llanura que hacia el sur se extendía. También preparamos carros para llevarnos a los campesinos si se daba el caso de que se aproximara una fuerza a la que no pudiéramos hacer frente, aunque, por fortuna, no erramos en nuestras apreciaciones.

Pocos días después, durante un mediodía en que apretaba el calor, surgió lejana una tropa, unos a caballo y otros sobre dromedarios, que cansinamente parecía dirigirse hacia nuestros dominios, pues como seguramente nos juzgaban desprevenidos, cabalgaban confiados y lejos de temores a cualquier asechanza. Lugares eran aquellos por los que nadie transitaba, pues las tierras de la frontera resultaban inciertas y solamente recorridas por bandas dedicadas al pillaje, por lo que en seguida supusimos quiénes eran los que se aproximaban, y como todos estuvimos de acuerdo en la estupidez que suponía exponer nuestras vidas, preparamos una celada lejos de las casas. El camino atravesaba un cañón entre peñas por el que por fuerza debían pasar, y cerca de su entrada hicieron el campo y enviaron a una pareja para reconocer el terreno y la distancia que les separaba de su objetivo. Los dos bereberes, que tal nos parecieron por sus atuendos, ajenos a los ojos que los vigilaban recorrieron el camino, y a la vista de las humos que señalaban la presencia de las casas, tras muchos ademanes en los que se apreció su satisfacción, dieron media vuelta y retornaron aprisa.

Durante la noche vigilamos sus fuegos, y el amanecer, cuando ellos se pusieron en movimiento, nos cogió alerta y ocultos en nuestras encastilladas posiciones. Aguardamos a que el furtivo grupo se internara en el peñascoso desfiladero, y a una señal de Hernán todos nos levantamos y dispparamos nuestros arcos y ballestas con el resultado de descabargar atravesados a más de la mitad de los bandidos, pues como confiaban en la sorpresa, ni siquiera portaban cotas de malla. Una nueva andanada dio

en tierra con los sorprendidos jinetes que habían quedado sobre las monturas, y los que consiguieron dar la vuelta se encontraron de frente con una tropa de acorazados centauros que, conducidos por Moisés y lanza en ristre, cargaban contra ellos desde el extremo del cañón por el que habían venido.

Todo fue visto y no visto, y a excepción de los aullidos de quienes habían sido atravesados por las flechas, ningún otro ruido hubiera podido escuchar un espectador circunstancial. Aprisa descendimos hacia el camino y rematamos a los que aún se movían, y cuando me disponía a traspasar un cuerpo caído y en apariencia agonizante, observé que, de incomprensible forma, aquel ser viajaba encadenado, pues de cada uno de sus tobillos, sujetas por argollas de hierro, surgía una ristra de pesados eslabones.

Él se revolvió ante mi gesto, y cubriéndose la cabeza con las manos, ahogadamente y en la lengua que todos hablábamos casi gritó,

—¡No me mate, señor, pues vine obligado!...

Yo contemplé al joven caído en tierra, quien al parecer era el único superviviente, y aparté la espada.

—¿Quién eres?

—Álvarez de Toledo —contestó con dificultad—, que fui cautivado por *eseraisque* yace ahí...

De un vistazo comprobé que no estaba en condiciones de luchar, pues un dardo de ballesta le había traspasado el hombro, y agachándome le ayudé a incorporarse, lo que hizo a duras penas.

—¿Hay más cristianos? —le pregunté, pero él negó con la cabeza.

—Sólo zenetes... —y un chorro de sangre afluyó a sus labios, por lo que dejé a Hernán al cuidado del tétrico escenario y me apresuré a trasladarlo hasta la casa de la señora Mayor.

Ella, cuando le vio, movió la cabeza.

—¡Pobre chico...!

—¿Sanará?

—Sí. No tengas preocupación por eso.

Su nombre era Rodrigo, y, aunque encadenado, le habían agregado a la partida debido a su conocimiento de nuestra lengua, rasgo no desdeñable en los grupos que se adentran en tierra enemiga. Desde aquel día fue uno más de nosotros, y de gran utilidad, pues durante su cautiverio había aprendido a hablar los enrevesados idiomas de los musulmanes y sus usos y costumbres, de los que sabía muchas cosas. Él nos informó de su lugar de procedencia, el reino de Niebla, y de las habladurías que había tenido ocasión de oír durante la jornada que tan al norte les había llevado. Resultó que era un noble cristiano, un encumbrado personaje, quien, para llevar a cabo la aventura, había pagado al jefe del pelotón, un bandolero que había sido liberado de presidio a condición de dedicarse a hacer guerra a los cristianos. Durante la expedición se habló mucho de las mujeres que podían conseguir y de las riquezas que les esperaban en un lugar cercano a Toledo, adonde los conducirían dos guías renegados, y todos daban por seguro que el golpe no iba a ofrecer la menor dificultad...

Muy otro fue el desenlace de la algara, y aunque nos hubiera gustado averiguar quienes habían sido los traidores que habían conducido la tropa hasta Yebel, pues aquello podía habernos dado indicios de las intenciones de don Ramiro, los cuerpos habían sido enterrados en una gran fosa y decidimos no revolver en la tierra. Sus armas y haberes fueron repartidos entre los soldados, y sus monturas, buenos caballos y algunos dromedarios, pasaron a engrosar el patrimonio de la aldea. Los lugareños fueron al principio reacios a aceptar semejantes animales, pues algunos de ellos nunca los habían visto y no les encontraban utilidad, pero yo insistí en conservarlos, y con el correr de los tiempos nos prestaron ciertos servicios.

Luego, cuando llegó la hora de licenciar el improvisado destacamento, decidí mantenerlo, pues quién podía saber lo que nos reservaba el porvenir, más en aquella expuesta e insegura zona amenazada por las tropas almohades, y aunque entonces ni siquiera presumía lo que habrían de traernos los tiempos venideros, los que se quedaron constituyeron el germen de la hueste que durante muchos años se alojó en tales pagos, vigilando los caminos, defendiéndolos en ocasiones y trabajando también en la fortificación del lugar.

Por aquellos trabajos nos fue reconocido el mérito por personalidad tan acreditada (y belicosa) como el arzobispo de Toledo, conocido que había sido de don Lope y entonces aficionado a Leonor, pues se enteró de que estaba en la ciudad, lo que ella aprovechó para lamentarse ante él de la persecución a que la sometía aquel proscrito de don Ramiro (así le dijo), interesándole en el asunto hasta el extremo de dirigir al rey, nuestro rey, un mensaje en el que daba cumplida cuenta de la cuestión y reclamaba justicia. El mensaje, sin embargo, cayó en saco roto, pues era notorio que suficiente tenía nuestro inquieto monarca con atender a sus propias y aún más difíciles empresas.

...

Después de aquello atravesamos una temporada de paz y pudimos dedicarnos por entero a saborear el sosiego que antes se nos había negado. Nos instalamos en Yebel, aunque como en sitio tan árido y solitario Leonor echaba en falta a sus amigas, y no digamos los baños que hacían sus delicias, pasamos la mayor parte del tiempo en Toledo, en donde frecuenté la compañía de antiguos conocidos de mis tiempos *de la academia*. Yo no era caballero, como ellos, pero dado que habíamos hecho buena amistad, al lado de innúmeros jarros de vino y durante noches nos entretuvimos en recordar pasados lances de toda índole y hacer planes para el futuro, entre los que el menor no fue el de recuperar Calatrava, mi ciudad, que para ellos también representaba una espina clavada en lo más hondo, pues no en vano era el lugar fundacional de la Orden a la que pertenecían, aunque al fin todo quedó en huecas palabras y aún hubimos de esperar largos años para que nuestros sueños se convirtieran en realidad.

Conseguí que Hernán se quedara con nosotros y se hiciera cargo de las obligaciones que comportaba la defensa del enclave, y en compañía de nuestra guardia, pues prevenidos como estábamos siempre nos acompañaban Yúsuf, Moisés y otros varios, durante meses fuimos y vinimos entre unas tierras y otras, y visitamos además encomiendas que habían sido de don Lope y eran entonces de Leonor, lugares que se habían repoblado durante los últimos años en la meseta castellana.

Tales visitas se extendieron también a las castellanas tierras de Castilnuovo, que habían sido las preferidas de don Lope, donde yo le conocí y en vida sustentó ruidosa corte adornada de jardines con árboles de países lejanos y animales no menos exóticos. No eran ellas, sin embargo, las preferidas por Leonor, pues fue donde la mantuvieron prisionera en expectativa de su beneplácito a la boda finalmente frustrada por la batalla de Alarcos, y sólo viajaba hasta allí cuando los negocios la reclamaban, y más de una ocasión hubo en que, al no poder acompañarla, permanecí sumamente inquieto en Yebel, pero como lo hacía rodeada de una numerosa hueste formada por personas de su confianza, a cuyo frente estaba Yúsuf, nunca hubo que lamentar ningún incidente y todo se desarrolló dentro del más estricto concierto.

A la vuelta de uno de aquellos viajes tuve la satisfacción de ver concluidas las obras que tantos años antes había iniciado. La muralla que en tiempos habían construido los musulmanes fue restaurada en su totalidad, y añadimos nuevas torres que le daban un aspecto de espaciosa fortaleza. Aquella defensa circundaba una enorme extensión,

protegiendo dependencias, talleres y almacenes, aparte de la gran casa que hacía las veces de castillo, y aunque no se la podía comparar con la que protegía Calatrava, y mucho menos con la triple defensa que se decía que en tiempos rodeó Constantinopla, lo encontré todo de mi gusto y me pareció que nuestro feudo bien pudiera constituir una valiosa avanzada del reino cristiano, sita precisamente en el lugar que más se necesitaba.

Cuantiosos trabajos nos ocuparon durante aquel primer año, como he relatado, y a la postre, aunque lo esperábamos y permanecíamos prevenidos, no volvimos a tener noticias del contumaz don Ramiro, excepto una, pues aborrecido por propios y extraños, por sus méritos y las circunstancias características de su turbulento carácter se había granjeado la enemistad de su rey natural y elegido la más cómoda vía del exilio, siendo el reino de Niebla el lugar en el que entonces moraba, estando como estaba en buenas relaciones con su gobernador. Harto nos holgamos con tal nueva, y aunque no descuidamos la vigilancia, pues de personaje tan poderoso y falaz podía esperarse cualquier intriga, poco a poco lo olvidamos, y con el tiempo llegó lo que dio origen a nuestra nueva vida.

LA PLAZA FUERTE

Dos años después de la batalla de Alarcos, cuando Leonor tenía veintidós y yo veintisiete, bendecido por el arzobispo de Toledo se celebró nuestro casamiento en la más parca función que vieron los tiempos, pese a la monumentalidad del lugar y la prosapia de algunos de los invitados, y tan fue así que provocamos el asombro, cuando no el enojo o el desagrado de alguno de los asistentes, pero aquello no hubiera podido suceder de otra manera dada nuestra diferente condición, y el oficiante, magnánimo y muy notable personaje que en todo momento se mostró conforme con nuestros deseos y aludió en su homilía a la tolerancia e indulgencia que deben tenerse siempre presentes con las voluntades ajenas –en lo que sin duda influyó el hecho de lo importante de nuestra contribución a sus continuas empresas guerreras–, accedió de la mejor gana a nuestros deseos y despachó la ceremonia sin ninguno de los aderezos y pompas que tan comunes son a estas solemnidades.

No podría decir lo mismo de la profana celebración que siguió, de los multitudinarios banquetes que en Yebel se celebraron para regocijo de cuantos allí habitaban, ni del correr de carros, vacas y caballos que perseguimos en los campos abiertos, o los torneos y justas que engrandecieron el momento durante los días anteriores y en los que nos peleamos con tan formidables empeños que Victorio acabó con algunas costillas rotas merced a un lanzazo que llegó por donde no esperaba. Infortunio menor, en todo caso, y que le congració aún más con su amada, que no veía el momento de separarse del lecho en que reposaba como no fuera para robar primicias de carne en los fuegos en los que, atravesados por titánicos espetones, se asaban bueyes enteros en medio del mayor jolgorio y las músicas y cánticos de trovadores y bailarinas y todos cuantos en su mano tenían algo que tañer.

Días dorados fueron aquellos, cuando no cesó de correr el río de vino que sin tasa se derramó desde odres y pellejos y nos visitaron la totalidad de los habitantes de los alrededores cargados de regalos, hogazas de boda y gordas sopas de compromiso, gallinas, piaras de cerdos, montañas de legumbres y castañas y otros frutos de los bosques que encontraron su acomodo en enormes bandejas metálicas, las que no al socaire de las brasas, y asimismo y cuando por mediación del maestre calatraveño, allí presente también, me encontré convertido en encomendero de lejanas tierras que nunca había oído nombrar, señor de vasallos y defensor de los débiles, a los que para siempre debía protección, y al fin frenética y ruidosa noche de bodas en la que centenares de hogueras fueron encendidas en lo más alto de todos los cerros que desde la casa se divisaban y durante cuyo transcurso no cesaron de sonar los tambores y los gritos de la multitud borracha y entusiasmada.

Con el amanecer del último día todo volvió a su ser, y las gentes, cansadas y contentas, retornaron a sus quehaceres en largas y desmayadas filas que levantaban el polvo a su paso. Al fin todo quedó en silencio y la paz renació en la aldea y en nuestra recién formada familia, y Leonor se encargó, acto seguido, de hacerme asumir mis nuevas funciones, que no eran otras que las de *encomendero*.

Las personas a las que conceden una encomienda, es decir, son nombrados encomenderos de algún lugar (aunque a mí no me las dieron, sino que me llegaron regaladas por mi nueva condición), deben cumplir con una serie de ceremonias en las que el comendador toma posesión del término y recibe obsequios de los vasallos que lo habitan, símbolos de su señorío, que en nuestro caso se plasmó en un monumental y magníficamente confeccionado ramo de flores procedentes de los campos en cuestión, ramo que, en presencia de cuantos allí vivían, nos entregaron un grupo de jovencitas que moraban en la aldea. Como se trataba de un lugar que queríamos ver pronto ocupado, hicimos construir e inauguramos la primera casa habitable, *adonde*

puedes llevar una mujer paridera, y nos vimos asimismo en la obligación de pasear por él, pues no se podía rehusar la antigua costumbre *dehollar la posesión con los pies*, y acudir a los edificios principales, cual era el castillejo en que se había convertido la que fue casa grande, además de la iglesia y las diferentes industrias que existían en el término, como la herrería, el taller de los canteros, los hornos y el molino, imprescindibles instituciones en cualquier lugar poblado, amén de abrir y cerrar las puertas de todos los edificios, y dado que algunos de ellos, como la iglesia, no eran sino simples proyectos de lo que en años posteriores construiríamos, establecimos su perímetro con la ayuda de un arado y una yunta de bueyes que, azuzados por nuestras manos y en medio de innumerables gritos, trazaron un surco que lo delimitó y dejó material constancia de nuestras intenciones.

Formamos también una incipiente corte provista de todos los empleos, colocando a la señora Mayor como encargada de llaves y servicios, revistiendo a Hernán de los atributos propios del adalid de las fuerzas con que contábamos, y enviando al exilio de tierras distantes a quienes hasta entonces habían engordado sus arcas en el desempeño de tales funciones, que no habían sido pocos los desafueros cometidos. Moisés y Yúsuf quedaron como principales ministros de cuantos asuntos nos afectaban directamente, pues eran continuos los viajes que de un lugar a otro nos llevaban, y aunque aquello fue aceptado no sin reticencias por parte de Yúsuf, que no se imaginaba investido *derey de armasy* le costó digerir el trago, luego reveló excelente disposición para el ejercicio de tal función. Victorio recibió con sorpresa el encargo de velar por el importante asunto que se refería a las letras y la presencia de troveros y juglares errantes, pues él se distinguía por su facilidad para la versificación, y aunque el objeto de sus amores fuera una de las doncellas de Leonor, resultaba que en cualquier corte que se preciara de tal, *laseñoradebía* ser cantada y ensalzada de continuo en coplas *ynovas* como síntesis de virtudes y paradigma de recta conducta que sirviera de modelo a sus vasallos.

Leonor, que había tenido una educación de monacato plagada de latines, con Ovidio, Virgilio y otros autores profanos en el papel de maestros, era una gran aficionada a semejantes cuestiones, y –añadió– tal era la costumbre en las cortes de los nobles de los países adelantados, siendo ellos mismos los primeros en ensalzar de la más ingeniosa manera las capacidades de sus *dueñas*, encontrándose siempre prestos a improvisar versos y entrar en lizas de amor con cualquiera que fuese su oponente, buen ejemplo de lo cual había sido el rey Ricardo de Inglaterra, importante cruzado y hermano de nuestra reina de Castilla, y otros varios personajes del más alto rango.

Así, entre bromas y veras y tomándolo a la manera de un juego de niños, dimos forma a la asamblea que durante muchos años íbamos a tener a nuestro lado, personajes voluntariosos y muy acordes con las especiales circunstancias a que la vida en la frontera obligan, diferentes en aquel peculiar mundo al que pocos querían acercarse, y como nuestra existencia se desarrollaba en una ínsula apartada de unos y otros, en donde no existían ferias ni mercados y los escasos transeúntes eran andrajosos fugitivos de la morisma, nos vimos en la necesidad de abastecernos de casi todo lo necesario, para lo que tuvimos que desenterrar las acequias que en el curso de siglos anteriores habían construido los musulmanes que habitaron el lugar.

Aquella red de canales aledaños al río, que a duras penas se reconocía, con hartos trabajos fue excavada durante meses por multitud de brazos, pero ello nos permitió ampliar la superficie que cultivábamos, pues el número de bocas no sólo había aumentado debido a la llegada de las tropas que nos defendían, sino también al asentamiento en nuestro término de familias que lo poblaron, familias que representaban los necesarios oficios y que, dadas las facilidades y premios que anunciamos, continuamente se establecían a nuestro lado. Erigimos nuevas casas y toda suerte de cuadras y almacenes, y al fin, cuando lo que en tiempos sólo habían

sido algunos ruinosos talleres dedicados a restaurar las primitivas construcciones –en uno de los cuales conocí a Leonor durante aquella tarde en que vi mi cabeza peligrar– y entonces se había convertido en una nueva y naciente población defendida por una más que capaz muralla, a manera de fortaleza de muy gruesos y macizos muros comenzamos a edificar la iglesia cuya traza inicial habíamos delineado meses atrás.

Muchas fueron, como digo, las labores a que el nuevo estado nos obligó, señores de innúmeros vasallos, y a ellas habría que sumar los continuos traslados a unos y otros lugares, pues a todos había que atender, siendo el principal aquellas lejanas tierras de Castilnuovo sitas en la estepa castellana al amparo de una de las monumentales cuerdas de los montes Carpetanos, el aparatoso castillo que había sido lugar de residencia de don Lope y por entonces era gobernado por un primo de Leonor, persona en la que ella confiaba pues habían crecido juntos.

De tan agitada manera transcurrieron los primeros tiempos de nuestra vida de casados, pero ello no nos impidió mantener también residencia en Toledo, ciudad que hacía las delicias de Leonor y por la que en el curso de nuestros viajes transitábamos a menudo, y en aquella urbe, que llegamos a conocer bien, hicimos algunas amistades que nos abrieron las puertas de una actividad que hasta entonces no habíamos abordado, y con estas palabras me refiero al comercio, para lo que disponíamos de recursos sobrados. Al hilo del asunto me acordé de Alejandro, cuya familia era de renombrados mercaderes venecianos que trataban en sedas y otras fastuosas mercancías que traían desde los lejanos puertos de Oriente, y me propuse escribirle en cuanto pudiera..., pero tales propósitos aún tuvieron que esperar cierto tiempo, pues a continuación sucedió algo que me iba a distraer de todo cuanto hasta entonces había conocido.

...

Un año después de la apoteósica y tumultuaria boda que narré, tras las múltiples alarmas y sobresaltos que de rigor acompañan a estos sucesos nació nuestra primera hija, y fue tal la impresión que semejante acontecimiento produjo en mi ánimo –yo, que tantas niñas había tenido a mi lado durante los años anteriores, cuando sobrado tiempo y razones tuve para apreciar sus indescriptibles cualidades–, que durante días no pude apartar la vista ni las manos lejos de ella. Era una niña regordeta, llorona, manoteante, rubia como su madre y tragona como su padre, que desde el mismo momento en que surgió bajo la luz del sol ocupó el más preferente lugar que en nuestro feudo había, y no sólo en lo que tocaba a sus padres, sino también a la servidumbre entera y a cuantos nos rodeaban, pues era de ver la continua procesión de personas que durante días acudió para conocerla y postrarse ante ella haciendo gala de las más exageradas reverencias.

Aquella niña, que muchos años había de pasar sobre la dura tierra, recibió los nombres de Leonor Constanza Micaela María de todos los Mares, palabras que evocaban a sus antepasados, aunque el último era producto de la imaginación de su madre, que continuamente aludía a tal elemento como el compendio de las aspiraciones de cualquiera que estuviera en su sano juicio. Vino al mundo con los pies por delante, que es, al parecer, la más saludable manera para la madre y para quien a este valle de lágrimas se asoma, y durante la complicada y larguísima manipulación que supone un parto estuvimos en todo momento auxiliados por la señora Mayor, perita en tan conflictivas artes, la cual, asistida por sus pócimas y pomadas, no permitió que nadie se aproximara al teatro en que se desarrollaba el drama y ni siquiera dijera una sílaba más alta que otra. La madre era primeriza, según nos expresó, y todas las precauciones eran pocas, pero a la postre el desenlace fue el esperado y pocas horas después Leonor se encontraba, revestida de la mayor de las satisfacciones –lo cual se adivinaba de inconfundible manera en su expresión–, dando de mamar a la niña,

aunque en ello, sin duda, influyeron las profecías de tantos como nos habían precedido, y es que, según aseguraban algunos de los más grandes maestros que antaño tuvimos, *la mujer imita a la tierra en su fuerza generadora*.

Semejante novedad –que yo hubiera sido capaz de engendrar uno de aquellos seres, como era la nueva Leonor, sobre los que tan buena opinión tenía– me impresionó de tal modo que permanecí sobrecogido durante unos días, y luego, para celebrarlo por todo lo grande y como se merecía, me di harta prisa en conseguir un barril de una sustancia nueva que algunos vendían pero pocos querían, aunque de ella se decían maravillas..., de lo cual hablaremos a continuación.

Dije antes que nadie transitaba por nuestras cercanías recorriendo el antaño concurrido camino que de Toledo lleva hasta Córdoba, el camino que discurre junto a Calatrava y cumple en ella la más importante de las etapas intermedias en territorio cristiano, pero diré ahora que, de precaria e inexplicable forma, por tan desolada tierra de nadie se desplazaban entonces caravanas de traficantes abundantemente provistos de salvoconductos de unos y otros. En su mayoría eran musulmanes que se dirigían hacia el norte, pues el comercio, pese a la guerra, nunca cesó entre los reinos enfrentados, y algunos de ellos, de cuyas intenciones nos asegurábamos antes, solicitaban asilo en nuestra almenada población, dado que los campos estaban yermos y cegadas las escasas fuentes que se podían encontrar. Ellos lo agradecían, claro es, pues los musulmanes siempre se han distinguido por sus exquisitas maneras y las innumerables fórmulas de cortesía de las que continuamente hacen uso, pero nosotros, por nuestra seguridad, procurábamos mantenerlos alejados de la ciudadela y los obligábamos a acampar en las llanadas que había cerca del camino y al otro lado de los cerros, en donde con gran jolgorio y griterío celebraban ferias a las que asistían las gentes del pueblo. Sin embargo, como al propio tiempo resultaba que aquellas interminables filas de carros y animales de carga transportaban toda clase de mercancías, algunas de gran valor, y nosotros comenzábamos entonces a interesarnos en los asuntos que concernían al comercio, a menudo sentábamos a nuestra mesa a algunos de los más significados traficantes que atravesaban las tierras. Allí, en una de las sobremesas en las que Victorio lucía sus habilidades acompañado por músicos y bailarinas, fue donde por primera vez oí hablar del *polvo negro*, endemoniado y carbonífero elemento que parecía haber surgido de lo más profundo del más hondo de los avernos, o en tal se trocó mi opinión días después de tenerlo en mi poder, y no sin motivo.

Quien nos lo vendió, un renegado de cuantos campos le habían dado cobijo –y nos lo vendió a precio de oro–, con infinita reserva nos previno contra sus devastadores efectos, pues aquella era una sustancia que utilizaban los berberiscos en el curso de las batallas africanas, dado que el fragor y los truenos que producía aterrorizaba de la más profunda manera a las tropas enemigas. Pequeñas porciones de ella envueltas en sacos de piel, o incluso otras que eran cuidadosamente envasadas en recipientes de metal, se lanzaban con catapultas hacia el grueso de la formación contraria, y cuando el proyectil chocaba con el suelo producía un *trueno*, acompañado por enorme humareda, que ponía en fuga a los contrarios.

Fiado en tales asertos, e impulsado por mis propias fantasías, lo relacioné también con las ardientes bolas de nafta que en años anteriores y con ocasión de alguna de las algaras a que había asistido había visto caer sobre la hierba seca e incendiarla, pero aquello resultó muy diferente.

Acompañado por Moisés y Yúsuf escalé la más alta de las torres con que contábamos en nuestra flamante fortificación, y tras santiguarnos y tomando en mis manos aquel barrilete asegurado con cuerdas, lo levanté por encima de mi cabeza y lo lancé al vacío mientras con todas mis fuerzas gritaba, ¡ha nacido una niña...!

El objeto, en apariencia inofensivo, tras su raudo vuelo impactó contra el suelo junto a la base de la torre, y el efecto que produjo se asemejó de la más brutal manera a uno

de aquellos quiméricos fenómenos de los que en ocasiones había oído hablar: los terremotos. La construcción en que nos encontrábamos se tambaleó como tocada por la mano de un gigante y a punto estuvo de derrumbarse, y si no se fue abajo arrastrándonos a todos, ello sólo se debió a que sin duda contábamos con la protección del Altísimo, que siempre vela por sus criaturas. El estruendo que produjo fue el mayor que nunca oí, y una espesa nube de negro y maloliente humo surgió al instante de la tierra y envolvió por entero a quienes a duras penas nos manteníamos en lo alto, impregnó nuestras ropas y cabellos y hasta el más mínimo fragmento de piel que se mostrara al desnudo, y nos ennegreció como a demonios que de inoportuna manera hubieran hecho acto de presencia sobre la superficie de la Tierra.

La consternación y el alboroto que el *trueno* causó entre las gentes que junto a nosotros vivían, en especial los que durante el suceso habían estado próximos al lugar del impacto, fueron de los que no se pueden describir. Todos, grandes y pequeños, huyeron del lugar como si el cielo se derrumbara sobre sus cabezas, y mientras algunos se refugiaron en los bosques que más a mano les vinieron, otros se arrojaron a las aguas del río y harto nos costó conseguir que regresaran.

Con el transcurrir del día no se sosegaron los ánimos, antes bien al contrario, y la población en masa pretendió huir del lugar, para lo que con suma urgencia se aprestaron a recoger sus más inmediatas y necesarias pertenencias y cargarlas en carros, de forma que, alarmado por el cariz que tomaban los acontecimientos, me las compuse para improvisar una solemne función religiosa como desagravio y con objeto de dar gracias a Dios por habernos conservado incólumes, y si bien la ceremonia consiguió tranquilizar hasta cierto punto a las aterradas personas de nuestro feudo, que al fin, aunque de muy mala gana, se avinieron a permanecer en sus casas, no impidió que durante meses se negaran en redondo a aproximarse al lugar en que la catástrofe se había producido.

A todos afectó el inesperado suceso, y yo recordé las palabras de Alejandro, cuando en nuestros tiempos de *la academiame* había hablado de un arma invencible a la que llamaba *fuego griego*, misteriosa sustancia que utilizaban los barcos del Imperio Bizantino y tenía la extraña propiedad de arder tenazmente sobre la superficie de las aguas e incendiar las flotas enemigas. Durante un tiempo creí que aquello que nos habían vendido guardaba relación con tan peligroso brebaje, aunque también tuviera visos y propiedades de las piedras de nafta, tal y como aseguraba el vendedor, y dado que nuestra situación era apurada, escribí a Alejandro interesándome por ello, y además, cómo no, dándole noticias de mi nuevo estado de casado y padre de una niña, en lo que inevitablemente me extendí de la más entusiasta forma.

Digo que nuestra situación era apurada porque los almohades, como ya conté, se habían hecho dueños de buena parte de las tierras que antaño nos pertenecieran, y las fortalezas que con éxito habían sostenido la frontera estaban en sus manos. Nos encontrábamos, pues, en tierra de nadie, puesto avanzado y primera línea de la endeble resistencia cristiana que nadie sabía cuánto iba a soportar, y cualquier ayuda resultaba poca, por lo que un arma como aquella, que fortuitamente habíamos descubierto y cuyo verdadero alcance se nos ocultaba por entero, se nos antojó un verdadero presente de Dios, que la había colocado en nuestro camino para que hiciéramos de ella el mejor y más conveniente uso que pudiéramos.

Lo primero que se nos ocurrió, aunque aquello resultaba evidente dados los daños que había causado a nuestra recién construida torre, fue que con cierta cantidad del endemoniado *polvo negro* podríamos demoler cualquier pared que se nos opusiera, incluidas las pétreas murallas que circundaban las plazas fortificadas. Tropezábamos con la dificultad de su inflamación, puesto que había que arrojarla desde algún lado, pero pensamos que lanzándola con una catapulta, como habíamos oído que hacían los moros en sus tierras africanas, podríamos conseguir buenos resultados, y a tal efecto y

con la ayuda de los carpinteros y herreros que vivían en Yebel construimos un primitivo artefacto que arrojaba pesadas piedras a gran distancia. Luego nos ocupamos en conseguir un nuevo barril de aquella sustancia polvorienta, que tras muchas y complicadas gestiones algunos bereberes condujeron sigilosamente hasta nuestras tierras sobre un enorme y vigilado carro, y nos llamó la atención el cuidadoso mimo con que lo trataban. Según nos dijo el mayoral, procedían del reino de Murcia, en donde un mago que se dedicaba a las ocultas artes de la alquimia conocía su composición y había accedido, a cambio de una fuerte suma, a elaborarla. Por último, una vez que tuvimos tan delicada materia a buen recaudo en una cabaña del bosque, lejos de cualquier lugar habitado y bajo el control de una guardia, ellos emprendieron el regreso con infinitas precauciones y expresión de alivio, pues el hecho de comerciar con mercancías prohibidas se castigaba con la muerte.

Cuando transcurrieron los días y nos considerábamos preparados para enfrentarnos a la que creíamos arma decisiva, con el mayor de los cuidados dividimos en partes el contenido del tonel, que resultó ser, en efecto, un polvo negruzco que olía inconfundiblemente a carbón, y lo envasamos en pequeños envoltorios, y habiendo conservado para tentativas ulteriores algunas porciones en ánforas de barro, que nos parecieron recipientes apropiados, sometimos al resto a cuanta experiencia se nos ocurrió. Contra ellas disparamos las veloces flechas de las ballestas, algunas incluso incendiadas, pero a la postre nos pareció que el mejor método para provocar el trueno era la percusión, pues como en seguida pudimos comprobar, si a uno de tales saquitos se le acertaba con una piedra de buen tamaño, el retumbo resultante destrozaba la piedra y todo cuanto se encontrara a su alrededor, y cuando al fin lo probamos en la máquina que con tal objeto habíamos construido, lo que sucedió fue que al accionar el resorte, y debido seguramente al golpetazo, la vasija que contenía el polvo negro se inflamó en la cuchara de la catapulta y el trueno resultante redujo la máquina a astillas, amén de calcinar buena parte del bosque que lo circundaba. Debido a las precauciones que habíamos tomado, pues avisados nos encontrábamos, no hubo que lamentar desgracias entre nuestros servidores, pero la completa destrucción del arte de guerra que tanto nos había costado fabricar acabó de echar por tierra nuestros iniciales propósitos, y comenzamos a contemplar aquella materia, en la que habíamos depositado tantas esperanzas, con muy distintos ojos.

Como dije, yo había enviado un mensaje a Alejandro dándole cuenta de mi estado e interesándome por lo que se refería a aquellas nuevas cuestiones que tenían que ver con el arte militar, pues le creía batallando contra los infieles en el reino de Aragón, pero cuando al fin me contestó lo hizo desde su lejana república veneciana, lugar al que había regresado, y en la misiva, que mucho tenía de festiva, pues sin duda recordaba nuestras andanzas en Toledo durante la época que habíamos pasado en la academia, me daba cuenta de un sinfín de cuestiones que me descubrieron que el tiempo corre para todos.

Su padre había muerto, y él había vuelto a su tierra para hacerse cargo de los negocios familiares, que eran muchos e importantes. Era, por tanto, uno de aquellos mercaderes de Venecia de los que tanto había oído hablar, y pensé que con seguridad tendría mando sobre navíos, e incluso flotas enteras, que surcando el mar que yo no conocía se dirigían a los lejanos países de oriente de los que tantas cosas se contaban. La carta, dados sus argumentos, me emocionó e hizo soñar con paisajes de tierras extrañas, pero lo que más me gustó fue que en ella me contaba que él también se había casado, y lo había hecho con una muchacha griega que se llamaba precisamente Elena. Asimismo había tenido un hijo, y en el borde inferior de aquel papel que había pasado por mil manos, podía reconocerse la faz de un niño trazada con los hábiles rasgos que dibuja una mente educada, porque Alejandro tenía enorme predisposición para aquello de la pintura y fueron varias las ocasiones, como recordé,

en que a todos nos hizo reír con sus sátiras y alocadas ocurrencias, que plasmaba con carbón en las piedras que conformaban la puerta de nuestro instituto.

Asimismo me hablaba de los asuntos por los que yo me había interesado, pero advertí que su ignorancia sobre tales extremos era similar a la nuestra, pues ni siquiera conocía los principios de que se componía el famosofuego *griego*, limitándose a decirme que, según creía, parte importante era la nafta, que tan común era en nuestras tierras, y añadiendo que, según se decía en Venecia, su composición había sido revelada por un ángel al antiguo emperador romano Constantino y desde entonces había permanecido en el mayor de los secretos. También se refería alpolvo *negro* de los árabes, que se componía de carbón, rejalgar y algo parecido al estiércol, pero era un compuesto de difícil manejo y no tenía interés para los asuntos que afectaban a la guerra, reduciéndose su utilidad a la fabricación de lo que denominabafuegos *aéreos*, que se empleaban con motivo de las fiestas y exhibían, por lo que decía, bonitos colores en el cielo.

Animados por tales palabras perseveramos en el empeño durante algún tiempo, y con motivo de nuestras estancias en Toledo indagué cerca de los sabios que me recomendaron, de los que algunos resultaron ser verdaderos eruditos, aunque con muy poco interés en las artes guerreras, y otros, simples oráculos que basaban su ciencia en el engaño de las gentes y el manejo de supersticiones que no hubiera confundido ni a una aldeana. De tal manera, poco nos aproximamos a la verdad, y dado que lo único que lográbamos era acabar ahumados por entero y huyendo de los incendios que sin cesar provocábamos, dedicamos en lo sucesivo nuestros esfuerzos a asuntos que conocíamos mejor, como era el perfeccionamiento de las evoluciones de la caballería ligera, importante cuestión que en años posteriores nos iba a proporcionar beneficios y satisfacciones.

...

Pese a encontrarse en la frontera, muchas personas llegaban continuamente a nuestro feudo deseando instalarse en él, pues era fama en la región que sus condiciones eran las mejores, y sus amos, clementes, y un buen día, cuando Moisés y yo inquiríamos cerca de uno de los recién llegados sobre sus sabidurías, ya que se decía herrero, nos habló de lapiedra *del cielo* y de otros conceptos que emanaban de quien había sido su maestro. Aquel maestro, nos dijo, se llamaba Rubén, y al oír semejante nombre, Moisés y yo respingamos.

Rubén, el *dela piedra que vino del cielo*, tenía varios hijos y moraba a la sazón en una distante localidad castellana que se llamaba Castrojeriz. Había llegado del sur huyendo de la morisma, y se había instalado en la tierra que fue de sus antepasados, en donde mantenía un establecimiento célebre en la comarca por su buen hacer...

Desde el episodio de Alarcos, tres o cuatro años hacía de aquello, yo no había sabido nada del paradero de quienes durante tanto tiempo habían sido mi familia adoptiva, y aunque había preguntado por ellos en muchos de los lugares que visité, nadie me dio nunca razón que me permitiera encontrarlos. De la manera más fortuita resultó entonces que había averiguado lo que tanto me interesaba, y una vez que, protegidas por una fuerte guardia al mando de Yúsuf, dejé a Leonor y a la niña en nuestra casa de Toledo, me faltó tiempo para dirigirme, acompañado por Moisés, al lugar que nos habían indicado.

Largo viaje fue aquel, pero que con Moisés y unos cuantos de nuestros soldados, todos caballeros y apresurados bajo el sol castellano, se me hizo corto. Nunca había llegado tan al norte de nuestro reino, pues las más septentrionales posesiones de Leonor estaban en las lindes del reino de Aragón, cerca de una ciudad a la que llamaban Molina, y aquellas tierras en las que en extensiones infinitas se cultivaba el más tupido

trigo que nunca vi, resultaron muy de mi agrado, así como sus ríos y bosques y vientos, de los que no disfrutábamos en Yebel.

La importante villa de Castrojeriz, construida en las faldas de un cerro coronado por un castillo, me recordó a mi lugar de origen, Calatrava, pues su traza era alargada y por ella discurría una de las más bulliciosas vías de aquellos lugares, que desde los reinos de Europa y atravesando los montes Pirineos llevaba al sepulcro del apóstol Santiago. Eran continuas, por tanto, las ocasiones en que allí se celebraban ferias y mercados, y cuando la divisamos, iluminada por la brillante luz de los campos castellanos, resultó que en ella se festejaban algunas justas que habían atraído a buena parte de la gente de los contornos y coronado el real con innumerables banderas y pendones que ondeaban obedeciendo al viento de la tarde. Nuestra llegada fue al principio contemplada con prevención, pues pocas veces se veían por aquellas tierras grupos armados, pero yo me ocupé de disipar temores y envié a nuestra gente a buscar alojamiento, y luego, sólo con Moisés, nos dirigimos al lugar que nos indicaron.

Era una de las calles que circundaban el otero, una calle solada de piedra y con algunas fachadas enlucidas de almagre, y allí, cuando caminábamos observando las puertas y preguntándonos cuál era la que nos interesaba, observé que una chica corría hacia mí como un torbellino y, empujándose como mejor podía, impetuosamente se colgaba de mi cuello.

–¡Ramón...!

El grito tuvo muchos matices de asombro, pero yo reconocí el timbre al instante.

–¡Andrea...!

... y luego ella se sorprendió aún más.

–¡Ayyy...! ¡Y Moisés! –y dedicó igual tratamiento a quien me acompañaba.

Andrea, ante nosotros y hecha una mocita, no salía de su perplejidad, y era tal su excitación que parecía incapaz de añadir palabra.

–Mi niña, aquí nos tienes... ¿Dónde está tu padre? –y Andrea, presa del mayor de los aturdimientos nos arrastró hasta una de las puertas, por la que entró gritando.

–¡Padre..., padre...! –y allí apareció Rubén, que luego confesó que nos daba por muertos desde el episodio de Alarcos, a abrazarnos de la más efusiva manera.

–Pero... ¡por todos los diablos! –pues su sorpresa fue igual, o incluso mayor, que la de su hija.

Entramos en su casa y él nos aposentó de inmediato en los lugares preferentes, y mientras nos interrogaba sobre lo que queríamos comer y daba las oportunas indicaciones a Andrea, de cuya faz no había desaparecido el pasmo con que nos recibió, me extrañó ver aquello tan vacío.

–¿Y Raquel? –pregunté, y al pronunciar tal nombre observé que ellos se miraban y ninguno acertaba a abrir la boca, aunque al fin Rubén dijo,

–Raquel desapareció y no hemos conseguido encontrarla.

Yo sentí una súbita oleada de una emoción indescifrable.

–¿Cómo fue?

–Ocurrió durante la huida..., pero ya os lo contaré después. Decidme ahora cómo nos habéis encontrado vosotros –y se nos fue lo que restaba de día en narrarle, con el acompañamiento de las viandas y el correr del vino, lo sucedido durante los últimos años.

Luego, cuando llegó la noche profunda, tras dejar todo en orden –como tantas veces habíamos hecho antaño– nos fuimos a la feria, en donde continuamos la fiesta a nuestro arbitrio. Era aquella una ocasión excepcional y no quisimos desaprovecharla, sobre todo si se piensa que Rubén y Moisés eran poco menos que compadres, ya que mucho les unía de los años que habían pasado juntos. Yo no era sino un simple aprendiz, y siempre lo entendí así, pero me sumé como mejor pude al encuentro de aquellas dos almas a las que tanto admiraba y debía, pues ¿no fueron ellos mis padres

cuando los necesité?

Rubén nos puso al día acerca de lo acaecido en su familia, porque las novedades no sólo afectaban a su hija ciega. Dulce se había casado y vivía en una localidad próxima, mujer de un vasallo de un noble cuyo nombre me sonaba lejanamente de las cosas que me contaba Leonor, pues seguramente era uno de sus vecinos. Rubén, su hijo mayor, que al igual que nosotros había conseguido escapar con vida del suceso de Alarcos, se encontraba sirviendo como herrero en el ejército del rey castellano y sus ocupaciones le traían y llevaban de aquí para allá, por lo que le veían poco, y Alfonso, el pequeño, al que tantas veces había llevado a cuestas y tirado al río de nuestra antigua ciudad entre enormes risas y jolgorio, había muerto de resultas de una de aquellas misteriosas enfermedades que nadie sabía cómo atajar y conducía, ante la impotencia de todos, al camposanto.

—Hace de esto tres años —dijo Rubén sombríamente con la metálica copa en la mano—. Todos lo echamos en falta, pero la que más lo sintió fue Andrea, y todavía no lo ha olvidado. Siempre jugaron juntos...

Moisés y yo fruncimos el ceño y levantamos las copas.

—¿Qué sucedió con Raquel?

Rubén rememoró aquel ingrato y pasado episodio y nos narró lo que supuso la desbandada que se originó en Calatrava cuando se conoció lo sucedido en Alarcos, que había significado una sin igual catástrofe y a la postre se convirtió en pesadilla para quienes intentaron el viaje.

El camino que conducía a Toledo se cegó debido al enorme número de desechos que orillaban las márgenes y ocupaban buena parte de la calzada. Carros destrozados y toda clase de enseres abandonados lo convirtieron en intransitable, y una de las terribles pestes, debido a los insepultos cuerpos de las víctimas y el ardiente aire del verano, hizo su aparición en el momento menos oportuno. Los que pudieron recorrieron el camino a pie, y en aquel desbarajuste de gentes enfermas y aterradas, asaltados por grupos de bandidos que aparecían aquí y allá y de los que tuvieron que defenderse, una tarde advirtieron que, pese a sus precauciones, Raquel no estaba con ellos. En compañía de algunos desanduvo el camino preguntando a cuantos encontró, pero al fin se vio obligado a volver sobre sus pasos y finalizar la caminata como mejor pudo, lo que consiguieron no sin grandes esfuerzos y penalidades.

Rubén se mostraba pesimista, y expresó que Raquel seguramente había muerto, pues ella era muy lista y, a pesar de ser ciega, se las hubiera ingeniado para encontrarlos. Luego movió la cabeza y torció la boca.

—Sin embargo, no se ha dado tal caso, y bien que me ha extrañado... La verdad es que no sé qué pensar.

El amanecer nos cogió acodados en el palenque que circundaba lo que horas antes había sido ruidosa feria. Ya no quedaba vino que beber, y los ronquidos de los innumerables borrachos que pernoctaban allí donde habían caído, así como los zumbidos de nubes de insectos, que junto a grupos de perros se disputaban los restos del banquete, colmaban el aire de la naciente mañana. Nosotros nos apartamos del derrumbado escenario y tomamos el camino de la casa, y durante la subida sugerí a Rubén que viniera con nosotros a Yebel, en donde podrían vivir a cuerpo de rey y, tanto él como Andrea, nos resultarían de gran utilidad, pero mi antiguo padre no se avino a los recién concebidos proyectos.

—Ya soy viejo, Ramonín, y tú eres joven... Te lo agradezco, pero por ahora voy a permanecer en esta pacífica aldea. No quiero que los hijos que me quedan vean lo que sucede en los países en guerra.

Rubén se rascó la cabeza, y al fin dijo,

—Sin embargo, si quieres ayudarnos, haz por encontrar a Raquel. Ahora eres poderoso, y a los poderosos las cosas les resultan más fáciles. Yo no lo he conseguido, pero

quizá con tu ayuda podamos hacerlo. ¿Recuerdas...? Raquel debe de tener veintidós años, y sus habilidades más manifiestas son coser y cantar. ¡Quién sabe si ahora está en un convento... o en un burdel! Para las dos tareas serviría de maravilla, pues era una niña muy guapa.

Nos quedamos unos cuantos días en su compañía, que aprovechamos para, entre gritos, risas y martillazos, recordar los viejos tiempos de la herrería, y asimismo nos acercamos a visitar a Dulce al lugar en que vivía, quien se sorprendió hondamente de nuestra imprevista aparición y nos puso con largueza en antecedentes de los acontecimientos que hasta allí la habían conducido. Tenía dos niños, rubios como ella, y un marido de su edad que se dedicaba a la agricultura, pero cuya cabeza estaba llena de proyectos.

—El comercio es la actividad más rentable en este lugar por el que tantas personas discurren. Los caminantes duermen al raso o en los establos porque nunca hay suficientes lechos, y había pensado...

A ellos extendí el ofrecimiento de acompañarnos a Yebel e iniciar allí una nueva vida, en donde sin duda podrían hacer más rápida fortuna, pero la idea no pareció entusiasmarles porque las tierras de la frontera eran muy duras, como Dulce sabía bien, y las de aquellas comarcas, a las que algunos se referían con el nombre *decampos góticos*, resultaban más amables.

Al fin, tras hacerles cuanto regalo se me ocurrió, asegurarles la ocasión de nuestra próxima visita, pues todos querían conocer a quien era mi mujer y aún más a mi hija —por quien las niñas, aun sin conocerla, ponían los ojos en blanco—, y despedirnos mil veces, emprendimos el regreso a Toledo, ciudad que alcanzamos una semana después y en donde no se habían producido otras novedades que las derivadas de los gustos y desahogos de Leonor, siempre rodeada de amigas y parientes y dispuesta a gastar a manos llenas.

Luego volvimos a Yebel, en donde continuó la vida de todos los días, pero antes de hacerlo me ocupé de encargar a nuestros agentes y grupos de informadores que buscaran a Raquel, para lo que les suministré los datos que me había dado Rubén, aquello *demuchacha ciega y guapa que representa veintitantos años y cose y canta como los ángeles*. De cierto que yo recordaba que cantaba muy bien, pues en innúmeras ocasiones lo hizo para nosotros con el resultado de ponernos a todos la carne de gallina, tal era su arte, y semejantes pormenores, antes de lo que yo creía, dieron sus frutos, pues transcurrieron tan sólo unos meses de averiguaciones, y al fin...

El lugar se llamaba Dueñas y era una hermosa y encumbrada ciudad de la llanura castellana que estaba situada junto a un río y, curiosamente, no lejos de Castrojeriz. En una larga calle flanqueada por altas paredes de piedra, una larga calle que obedecía a la curva del cerro en que se asentaba la población y descendía desde la gran plaza que señoreaba su centro, había un mesón al lado de una bodega y al que, bajando unas escaleras, se accedía desde la calle. Moisés y yo las recorrimos ruidosamente y desembocamos en una extensa y oscura habitación abovedada cuyo techo estaba aquí y allá ennegrecido por el humo de las antorchas. Recién fregados bancos y mesas se alineaban junto a las paredes, y al fondo, al lado de los tableros desde los que se gobernaba aquella industria, bajo toneles y pellejos de vino apilados de cualquier manera lucía lo que me pareció un diminuto tablado como aquel en el que, en muy anterior ocasión, pude ver a Alaroza bailar medio desnuda para diversión de la procaz y siempre cambiante clientela que poblaba las tabernas que había junto al puente de mi ciudad.

—¿Está aquí Raquel?

El mesonero, que se entretenía en zascandilear detrás del mostrador desde el que despachaba el vino, me contempló con sorpresa y a punto estuvo de responder con acritud, pero quizás mis ropas le previnieron y se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

–En ese pasillo la encontrará.

Yo me adelanté presuroso y encorvado por un sinuoso corredor que se adentraba en las profundidades de aquella cripta y desde cuyo fondo llegaban voces de mujeres atareadas y ruido de cacharrería, y al franquear una de las revueltas, sentada en un banco de madera apoyado en la pared e iluminada por la luz del sol que entraba desde la calle por un alto ventanal, estaba ella con expresión ausente, aunque observé que sus labios se movían con delicadeza, pues sin duda desgranaba una canción, o quizás hablaba consigo misma...

Permanecí inmóvil mientras la contemplaba, pues resultó hartamente solemne la emoción que el inesperado encuentro me produjo. Raquel había crecido, y de ser una chicuela desgarbada había pasado a representar una muchacha a la que se adivinaban magníficas formas, acentuadas por el vestido que llevaba, que, aun a pesar de estar confeccionado con una tosca tela, le sentaba de maravilla.

Durante un momento no sucedió nada, pero luego ella se irguió alarmada, miró al vacío y dijo,

–¡Ramón...!

Yo continué inmóvil, pero al fin, sintiéndome desenmascarado por aquellos inexplicables sentidos que tan bien recordaba, de la más festiva manera respondí,

–¡Me has oído!

Raquel se levantó con cautela.

–Sí, te he oído. Eres tú, ¿verdad?

Yo la cogí por los hombros y ella se apoyó en mí. Durante un rato permanecimos en silencio, pero luego pregunté,

–¿Cómo has llegado hasta aquí?

–Ya lo sabes. Tú me has encontrado.

Luego, tras una pausa, ella dijo,

–¿Me llevarás a casa?

–A eso he venido.

La tomé por la mano y la conduje por el corredor, aunque observé que lo conocía bien, y cuando desembocamos en la gran bodega, el mesonero, que nos observó sorprendido, preguntó,

–¿Quién es usted?

–Su hermano.

El tabernero nos contempló dudoso y dijo,

–Raquel, ¿es verdad?

Ella afirmó con la cabeza y se agarró levemente a mi cuerpo.

–Bien. Estaba convencido de que acabaría sucediendo... –y luego torció el gesto y se dirigió a mí–. Crea usted que la hemos tratado como a una hija, y hemos buscado a su padre, el herrero, pero nadie nos ha dado razón; pregúntele a ella.

Raquel me miró sin verme y afirmó de nuevo efusivamente, y yo, a la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, atajé mis inmotivadas presunciones.

–Venía dispuesto a llevármela de cualquier manera, pero veo que las cosas no son como pensaba. Al parecer, tengo que darle las gracias –y tras sopesarlo, le alargué una bolsa que contenía monedas, pero él no hizo ademán de tomarla.

–No, no quiero nada. De sobra se ha ganado lo que ha comido. ¿Conoce usted su habilidad para la costura? Mire los vestidos que llevan mis hijas.

Desde el hueco del corredor nos observaban atónitas dos muchachas que, en efecto, vestían como Raquel, y detrás de ellas se encontraba una señora que contemplaba la escena pensativa y sin abrir la boca. Raquel se dirigió a ellas y las tomó por las manos.

–¿Te vas?

–Sí. Mi hermano ha venido a buscarme. Ya os dije que esto sucedería alguna vez, pero no me olvidaré de vosotros y volveré siempre que pueda –y las tres se abrazaron por

los hombros y juntaron las cabezas cuchicheando los secretos que todas las mujeres tienen.

–Sentiremos su ausencia –dijo el mesonero–, y más lo sentirá el negocio... Venían gentes a escucharla hasta de Burgos y Palencia, y algunos de los frailes que tenemos aquí le han enseñado sus cosas..., ya sabe, esos salmos y antifonas... Ahí tiene usted el estrado en que cantaba.

Moisés y yo, que muy diferentes acontecimientos esperábamos cuando entramos allí, contemplamos lo que de tan amigable manera se nos mostraba, y aquel buen hombre, que tal resultó ser, aún tuvo un detalle que nos llenó de sorpresa e íbamos a recordar en lo sucesivo. Dijo,

–¿Les gusta a ustedes el vino? Tenemos muy buen vino en esta ciudad. ¿Les gustaría probarlo? Bien... –y luego alzó la voz–. ¡Mariana!, tráenos de ese embutido que guardas, que hoy es fiesta –y de semejante manera, tan imprevista, fue como tuvo lugar el colofón de aquella aventura que nos había llevado a recorrer caminos sin fin rodeados de una nutrida hueste, cuya presencia, por una vez, resultó innecesaria.

Nuestra llegada a Castrojeriz estuvo acompañada de las mayores emociones, pues a Andrea y a Rubén se les saltaron las lágrimas la tarde en que, de súbita manera, nos presentamos en la puerta de su casa. Allí fueron los gritos y los suspiros, los ayes y las más exageradas exclamaciones, y tan fue así que la vecindad en pleno salió a la calle a indagar a qué obedecía semejante guirigay. Raquel, en cuya cara se pintaba la mayor de las felicidades, puesto que aquello suponía la culminación de la más difícil etapa de su vida –aunque ella había sabido conducirla por armónicas sendas–, fue festejada y recibida como auténtica hija pródiga, tesoro que habíamos perdido y al fin rescatado por los albures con que la vida continuamente nos asombra.

Durante días se sucedieron las celebraciones, pues la ocasión lo exigía, y aparte de Dulce, a quien la noticia provocó las lógicas emociones, el pueblo entero acudió a conocer a la niña objeto de tan extraño caso, del que Rubén insistió en hacerme protagonista, por más que hubieran sido nuestros espías los que habían dado con ella..., y por decirlo todo, finalizaré añadiendo que no conseguimos enterarnos de cómo había llegado hasta Dueñas, pues se negó a contarlo, pero como en todo momento dio muestras de una excelente salud y un envidiable buen humor, nos abstuvimos de indagar en un asunto que, dado su mutismo, quizá le resultara ingrato rememorar.

Raquel se quedó en su casa, pero luego, cuando pasó el tiempo y una vez que hube establecido un acuerdo con su padre, la invité a venir a nuestras tierras, y si quería, instalarse allí, a lo que accedió. Le dije que entre nosotros, que tan faltos andábamos de todos los oficios, sería de la mayor utilidad, y ella no desdeñó la idea, sino que, antes bien, la acogió con los brazos abiertos. Debido a su ceguera se consideraba inferior al común de las personas, y yo me propuse demostrarle lo contrario, pero es que, además, albergaba ciertos planes de los que al principio no supe qué iba a resultar.

Cuando llegó a nuestra casa, una vez que la hubimos aposentado convenientemente, tras presentarla a la servidumbre y habiéndola hecho tomar asiento en el mejor lugar, con el mayor de los misterios puse a nuestra hija en sus brazos, y ella, al darse cuenta de lo que sucedía, se echó a llorar.

–El tiempo pasa y todo cambia –dijo–. Unos se van y otros vienen... –y huelga decir que desde aquel día, Leonor segunda, que así la llamábamos, tuvo una nueva y muy especial compañera de juegos.

Pero no era el papel de nodriza de mis hijos el que deseaba para Raquel, ocupación que daba por descontada, sino el mucho más alto de madre de los suyos. Ella nunca había hablado de pretendientes ni otros asuntos que tanto gustan a las jovencitas, y yo creía conocer el motivo, pues la vida de un ciego es diferente a la de los demás. Ellos están encerrados en un mundo en el que sólo existen sonidos, caricias, perfumes,

sensaciones de frío y calor..., y un día, tras haberlo hablado con Leonor y mucho pensarlo, me propuse distraerla de sus negruras y tirarle de la lengua.

Comencé por contarle un cuento, que no me pareció mala manera de llegar a donde quería, y tras darle muchas vueltas, concluí diciendo que debía ir pensando en su matrimonio...

Raquel se quedó sorprendida ante mis palabras, y durante un largo rato permaneció seria y pensativa, pero luego rompió a reír con su cristalina voz.

–Ramón –dijo–. ¿Crees que voy a condenar a seres que nazcan de mí a no ver esa luz del sol que todos veneráis? Te has vuelto loco.

Raquel movía la cabeza divertida, pero yo sabía que la idea no le había disgustado.

–¿Por qué? La señora Mayor dice que su abuela fue ciega, pero ninguno de sus descendientes lo ha sido. Además, ahí tienes a Rodrigo, que te contempla absorto cuando nadie le ve, y él también está solo... –pues nuestro candidato para tan delicado cometido era Rodrigo, aquel muchacho que a punto estuve de degollar durante la incursión de los bandidos que actuaban en nombre de don Ramiro, episodio que narré páginas atrás.

Él era para nosotros insustituible, versado en lenguas extranjeras y que tan bien atendía a nuestros negocios, pero debido quizá a su pasado con los musulmanes había resultado una persona retraída y poco amiga de las relaciones con sus semejantes, lo que a Leonor y a mí nos extrañaba, y aquel fue uno de los modos con que intentamos poner coto a tal circunstancia.

Parecía que Raquel me veía, tal era la expresión de su rostro, al que siempre habían asomado sus pensamientos, y en él observé que mi discurso no había caído en saco roto, pero tampoco esperaba una respuesta inmediata y me conformé con haber tocado alguna tecla de recóndito lugar.

Ella al fin sonrió, y con la calma que la caracterizaba, dijo,

–Todos sois muy buenos, y os lo agradezco, pero ahora no me atrevo. Sin embargo lo pensaré, sí, no tengas cuidado.

Y ahora diré, ¿cómo, sino de la forma más lógica y temperada, iba a finalizar aquel asunto que afectaba a personas por demás ecuanímes? Nos metimos a casamenteros, sí, pero con muchos y favorables triunfos en la mano, pues eran de ver los característicos destellos en la mirada de Rodrigo, que tomó la costumbre, inconfundible indicio, de sentarse al lado de Raquel cuando durante las tardes primaverales nos reuníamos en las altas habitaciones de Leonor para contemplar el ocaso, ocaso que extendía sus luces sobre la llanura. La niña, que ya tenía dos años, jugaba entre nosotros mientras las mujeres hilaban, y con el concurso de circunstanciales invitados, el inevitable vino y unos cuantos perros, cotidianamente nos acompañaban Moisés, Rodrigo, mi hermano, la señora Mayor, Raquel..., todos ellos importantes ministros de nuestra corte, pero sobre todo amigos que siempre estuvieron a nuestro lado. Raro era el día que Yúsuf lo hacía, pues él prefería la soledad del adarve, pero algunas veces entraba en la gran habitación abovedada, y aunque no se sentaba sino que, tan silencioso como siempre, permanecía en pie, aquel negro gigantesco dedicaba el tiempo a contemplar las evoluciones de nuestra hija y a jugar con ella, pues sin duda, de todas las personas que ocupábamos el aposento, era de quien más cerca se encontraba.

Pasaron los meses, transcurrió aquella estación y luego otra, y cuando ya teníamos dos hijos, una nueva boda se celebró en Yebel..., pero de ella no diré nada, porque aunque no fue tan ruidosa como la nuestra, se le asemejó en lo demás, y sobre todo en la satisfacción que nos procuró a Leonor y a mí, por no referirme a otras gentes del término.

...

Por la gracia de Dios había sido cantero; luego, merced a los Hados, me convertí en herrero; más tarde fui criado, que no es mal empleo, al menos en lo que toca a la actividad física, pues pasas la mayor parte del tiempo cepillando caballerías, y cuando de nuevo oficiaba en mi más antiguo oficio, reconstruyendo para don Lope las murallas de Yebel, intervinieron superiores designios que me devolvieron a la herrería, y de allí, sin transición aparente, al extenso territorio iluminado por brillantes luces que conocemos como *dominios de Venus...*, y de Crespo, debería añadir, pues mi vida cambió como un guante al que se da la vuelta, y de diestro se convierte como por arte de birlibirloque en siniestro.

Mucho era lo que desconocía antes de tener a Leonor a mi lado, pese a que el natural atrevimiento de la juventud me había inducido a pensar lo contrario, y durante un tiempo llegué a creer que poco quedaba en lo que instruirme. Sin embargo, tal y como durante los años siguientes iba a comprobar, junto a ella tuve oportunidad de aprender que cuanto se dice acerca de las virtudes que adornan a los poderosos son habladurías de necios, pues no hay más razón que la que el potentado esgrime a su capricho, y *quetodo, en última instancia, se reduce a la fuerza*. Leonor y yo éramos jóvenes y la vida aún no nos había castigado con ninguno de los reveses a que de inevitable manera conduce la fortuna, y como no fundábamos en la codicia nuestra forma de vida, pues teníamos mucho más de lo que deseábamos, durante un tiempo habitamos en el limbo de los justos y dejamos que tales enseñanzas, que ninguno sospechaba, llegaran cuando Dios lo dispusiera, acontecimiento que Él, en su infinita misericordia, dilató una larga temporada.

Durante los primeros años nuestra vida fue uniforme y la dedicamos a la administración de las tierras que poseíamos, a incipientes asuntos mercantiles, a asegurar nuestra posición en lugar tan expuesto como lo que era primera línea de la frontera ante los reinos musulmanes del sur y, sobre todo, a la crianza de los hijos con que habíamos sido favorecidos. Tras Leonor nació un niño, Alfonso, y después de él otra niña, que inevitablemente recibió el nombre de Raquel. Su madrina, Raquel, también tuvo un niño, al que bautizamos como Rubén y desde muy pequeño corrió mundo, pues la primera de nuestras obligaciones consistió en llevarle hasta las tierras de Castrojeriz, en donde su abuelo le esperaba como agua de mayo. Hicimos un largo y complicado viaje, pues la impedimenta de criados y carretas era mucha, y permanecemos durante meses en aquellos lugares norteños cuya primavera hizo las delicias de quienes nos acompañaron, acostumbrados a las más áridas y bochornosas tierras del sur.

Nuestros hijos eran atendidos por un ejército de criadas, y junto a ellos se educaron los niños de la aldea, que desempeñaron con acierto el necesario papel de donceles, pero como su número aumentaba sin cesar y no había en nuestro término nadie que hiciera las veces de preceptor, se nos ocurrió fundar un monasterio intramuros aprovechando las nunca acabadas obras de lo que iba a ser la iglesia, y para ello contamos con la ayuda de abades y prelados, siempre dispuestos a acrecentar sus dominios. A nuestras tierras llegaron tres frailes jóvenes que, amén de encontrarse en el ejercicio de las armas, pues a ello se mostraron dispuestos, ejercieron como ayos de la nutrida parroquia infantil de la aldea, y aprovechaban, además, cuanto momento les quedaba libre para tomar la pluma y copiar en las intrincadas palabras latinas (que yo casi había olvidado por entero) los volúmenes que hasta allí habían acarreado, incipiente nido de santidad y sabiduría en los abruptos montes que separaban a las dos religiones y cuyos ocupantes nos facilitaron algunas enseñanzas prácticas de las que nunca había tenido referencias.

De ellos recibí la primeras noticias acerca de los cuatro humores, calientes y fríos, secos y húmedos, a cuyo particular temperamento hay que acomodar los alimentos ingeridos, pues las sabidurías del cuerpo, que nadie puede modificar, son las que

demandan unas u otras sustancias.

Me pregunté si estarían en lo cierto, pues debido a su modestia, y no digamos sus prolongadas abstinencias, parecían las personas menos indicadas para opinar al respecto, y pensando en ello bajé una mañana a la gran y ruidosa cocina de nuestro castillo, habitaciones de altos techos que se localizaban en los sótanos del edificio y que en más de una ocasión habían sido casi destruidas por aparatosos y voraces incendios, y allí, entre las hirvientes ollas en que se preparaban las sopas, para lo que llegaban a cocerse cabritos enteros, las no menos ardientes brasas de los hornillos y el apresurado trajín de abundantes empleados, recibí hartas explicaciones que Julián, jefe de cocina que Leonor había hecho venir desde Toledo, tras reponerse de la sorpresa que le causó mi inexplicable aparición tuvo a bien darme.

Resultaba que aquello era mucho más complicado de lo que a primera vista parecía, y ni yo, que desde la muerte de Dulce, mi madre adoptiva, por mor de las circunstancias me había visto obligado a convertirme en marmitón, ni mucho menos los monjes, cuyos conocimientos en lo que atañía a la manduca no pasaban de filosóficos, teníamos la menor noción acerca de los inacabables pormenores y requisitos que había que conocer para llevar a buen fin la completa manutención de las personas que habitaban en casa tan exigente como la de Leonor.

—Así pues, la más importante de las materias necesarias en cocinas principales es la carne, entre las que descuellan las de cabrito y toro viejo, o vaca, en su defecto, que contienen los elementos apropiados para las personas que se dedican a las nobles artes de la guerra.

Julián me observaba rendidamente aguardando mi *placet*, y yo me apresuré a dárselo.

—La segunda, que le sigue a considerable distancia, es la que proviene de las aves del cielo, en especial las que raramente descienden a tierra, como las perdices y las palomas, muy adecuadas para las damas. A continuación viene la succulenta gallina, la cual, no obstante y debido a que la naturaleza la imposibilitó para volar, participa de las impurezas de los seres que tocan la tierra, y en último término se sitúan todos aquellos animales que se arrastran sobre el rudo suelo, principiando por el cerdo, aunque esta carne es sumamente impura y propia de villanos y en esta casa, por indicación de la señora, sólo la prueban los criados.

Julián tomó aliento, y tras escrutar mi actitud y encontrar en ella seguramente signos de aprobación, aunque pienso que antes serían de asombro, tornó a sus múltiples explicaciones.

—En cuanto a los frutos de que nos provee la madre Tierra, podríamos hacer las mismas o parecidas salvedades, pues su pureza se relaciona con su distancia al suelo. Así, por ejemplo, encontramos las primicias que de las más altas ramas penden, bocados exquisitos y reservados a quienes mejor pueden merecerlo. En un escalón más bajo han sido colocadas por el Creador las que fácilmente pueden ser alcanzadas por las pecadoras manos, desde las manzanas y peras que endulzan nuestras comidas hasta las humildes zarzamoras que bordean los caminos, y después, a ras de suelo, podemos encontrar coles, berzas, cardos, verdolagas de escasa entidad y significación, siendo los más bajos y rastreros los nabos, zanahorias y remolachas, raíces todas que Su Excelencia puede contemplar ahí mismo en gruesos manojos, y que, respetuosamente lo digo, no son materias apropiadas para alguien que es caballero y soldado y está llamado por Dios, que todo lo dispone, a los más altos designios.

Yo permanecí impassible ante aquella inesperada alusión a mis hábitos, que todos conocían, y se me ocurrió responder con algo que probablemente se hallaba fuera de sus al parecer extensos saberes.

—Mi querido Julián —comencé—, creo que no ha oído usted hablar de los sabios que nos precedieron, a los que llamamos *clásicos*, griegos y latinos cuya alimentación estaba basada en el pan, el vino y el aceite, de los que hacen grandes elogios. Jamás oí decir

que tales materias fueran perjudiciales para la salud ni el buen humor de las personas, y al fin y a la postre, los elementos que he mencionado son vegetales que también y generosamente colocó Dios a nuestro alcance –y aunque a juzgar por la expresión que en su faz se pintaba, no era tal su parecer, Julián, diplomático a la par que artífice de los lares, se libró muy bien de discutir con el dueño y señor de sus destinos.

Y así sucedió, en efecto, que no habiendo finalizado la perorata que tenía destinada a quien osara adentrarse en sus particulares ámbitos, aún hubo de documentarme acerca de otras muchas cuestiones, comenzando por los pescados, salazones y escabeches que los días de abstinencia se presentaban en la mesa, y los cangrejos del río que hacían las delicias de Leonor y sus damas y no prescribían los días de ayuno, pues, según aseguraban los frailes, únicos versados en teología, era muy *deblela* la sustancia que contenían.

Disertó luego sobre las salsas, para las que con largueza se hacía uso de las exóticas especias, productos muy escasos, y de algunas hierbas del campo que, como el tomillo, el romero y el perejil, la salvia, la menta y el comino, crecían en los campos a su albedrío. También de los postres, las frutas cocinadas, los historiados dulces y los quesos asados al amor de las cenizas, y luego de las bebidas, comenzando por la hidromiel, continuando por las sidras –*lasidera* romana, que quién podía saber si tenía relación con el firmamento sideral– y finalizando por el vino, del que tuvo a bien afirmar que sin duda debía rehusarse *elsarraceno*, así dijo, pues Nuestro Señor rechazaba todo aquello que no estuviera bautizado y nuestra obligación consistía en seguir el dictado de sus sagradas enseñanzas.

–Aquí tenemos –prosiguió incansable conduciéndome hasta una de las alacenas que al fondo se destacaban– estas curiosidades que nos llegan desde los países musulmanes y pocos aprecian: las berenjenas y el arroz. Constituyen una gran novedad, sobre todo el arroz, que a casi nadie gusta, pero no por ello lo echo en el olvido, porque, como usted bien sabe, a la señora... –y dejó allí la frase, pues de sobra conocíamos la afición de Leonor por aquellos granos cocidos en leche, aderezados con miel, azúcar y canela, y requemados en su presencia con hierros candentes.

Durante la mañana, que dediqué a ilustrarme sobre un asunto que me resultaba nuevo por entero, tuve ocasión además de observar cómo varias chicas desgranaban guisantes, y cómo una de ellas, a su lado, empleaba ingentes esfuerzos en pelearse con algo que había dentro de un mortero.

–¿Qué es eso? –pregunté, y el tal Julián, que amén de buen cocinero era un pozo de ciencia, deseoso en todo momento de causar la mejor impresión respondió de inmediato.

–Esta es la leche de almendras que tan necesaria resulta en la confección de salsas, dulces y otras maravillas.

Aquella muchacha estaba tan enrojecida que sudaba a mares, y yo, conmovido por el esfuerzo, que me pareció desproporcionado, le dije,

–Descansa, mujer, descansa...

Ella me contempló en una cambiante actitud que iba del estupor al recelo, y yo, para disipar cualquier malentendido, pues resultaba evidente que mi presencia entre tan ennegrecidas paredes obedecía sólo al deseo de instruirme sobre un asunto que desconocía por completo, me sentí obligado a darle unas monedas, que aceptó boquiabierta.

Y, en fin, cuando ya me retiraba pasando junto a enormes montones de frutas, entre las que destacaban naranjas, limones, membrillos, uvas, higos y dátiles..., en el más oculto esquinazo descubrí unos erizos atravesados por un espetón y prestos a ser asados, pues aquel era uno de los bocados preferidos por Leonor y su corte de melindrosas damas, y Julián, pese a sus reticencias sobre posibles impurezas, tenía buen cuidado de satisfacer de la más concienzuda manera los caprichosos estómagos de sus

dueñas.

Pero no digamos más acerca de lo que sucedía en la cocina y vayamos ahora al comedor, que era también una estancia digna de admiración, en especial cuando alojábamos invitados de rango.

Los más usuales recipientes a la hora de comer son las escudillas de madera o metal que utiliza todo el mundo, y también las de pan, hogazas abiertas en las que se sirve la carne y cuanto contenga salsa, recipientes que luego se recogen, pues tales restos constituyen el alimento de los transeúntes y menesterosos o de los famélicos perros que, entre riñas y dentelladas, aguardan pacientemente su turno en la puerta; al fin, si aún sobra algo, se arroja a los puercos.

Leonor, sin embargo, sentía gran aprecio por las vajillas de loza al estilo de los musulmanes, que conseguía en Toledo a cambio de sumas astronómicas y exponía en estantes antes de los banquetes, lugares adonde todo el mundo acudía a contemplarlas y dedicarles los mayores elogios, y no sin motivo, pues muchas de las piezas estaban policromadas con esmero. Y en lo que concierne a los utensilios que se utilizan para llevarse las tajadas a la boca, además de las cucharas con que se toman las sopas y el cuchillo que todos llevamos en el cinto, destinado a cortar y engarzar los bocados, narraré lo que, con mucho misterio y por encargo de Alejandro, que seguía en su Venecia natal, nos trajo un día un apresurado mensajero. Era un pequeño envoltorio que debía de valer –como así resultó– su peso en oro, pues la comitiva que lo condujo desde la casa de alguno de los embajadores venecianos en Toledo estaba formada por gente de armas.

Dentro de tan liviano aunque importante paquete, encontramos dos extraños objetos a modo de pinchos, los cuales habían viajado acompañados de una carta en la que, entre otras cosas, decía:

Permitidme que os envíe este obsequio que es aquí gran novedad y tengo por cierto que os interesará, pues de ellos dicen que llevan aparejada la buena suerte para quien los usa. Consideradlos como regalos de un amigo que no se olvida de vosotros..., y de semejante forma continuaba durante un buen trecho, dándonos, por supuesto, noticias de sus actividades y quehaceres diarios.

Aquellos objetos de dos astas, puntiagudos y sumamente valiosos –puesto que en efecto eran de oro–, produjeron bastante ruido y aspavientos en nuestra casa, y según apuntó Victorio, que aseguraba haberlos visto en importantes mesas de Toledo, tenían como finalidad la de llevar a la boca de la más cómoda y conveniente manera los trozos de carne o cualquier otro producto que se dejara ensartar en sus extremidades. Resultaba algo desusado y que ninguno habíamos visto, pero una vez comprobadas sus cualidades, Leonor dispuso que fabricaran en la herrería réplicas de ellos, aunque no de oro, claro es, sino de plata, y que fueran utilizados en las grandes solemnidades, pues deseaba sorprender a sus invitados, algunos de los cuales eran personajes muy notables.

En todo ello tuvo mucho que ver el citado Victorio, que fue quien, en medio de los mayores jolgorios, enseñó a usarlo a cuantos nos rodeaban, pues él era nuestro *trinchador*, significativo papel en mesa de poderosos, y es que nuestro inspirado vate servía lo mismo para un roto que para un descosido, como se va a ver.

Aquella noche nos acompañaban personajes variopintos, pues al lado de algunos malcarados clérigos, que tan pronto oficiaban de monjes como de soldados, se sentaban educadísimos comerciantes musulmanes, y junto a ellos unos desconcertados por la pompa prohombres venidos de lo que era el extremo oriental del reino de Aragón, un condado importante por su condición de tierra fronteriza que contaba con innumerables castillos, y siendo tantos los invitados, Victorio decidió lucirse y comenzó a cantar las alabanzas de los presentes en la lengua de oc, que a todos resultaba ininteligible, y entre aquellos incomprensibles términos deslizó el

decastellania, lo que al principio no fue comprendido pero luego produjo gran alboroto entre los traficantes que viajaban en compañía de los musulmanes, que se sintieron aludidos por las palabras del trovador. Durante un buen rato se sucedieron las miradas torvas, pues los monjes guerreros jalearon las palabras de Victorio, ya que los castellanos tildaban de desafectos a los de otros reinos y comarcas por cuestiones de aplicación frente a la morisma, pero al fin no llegó la sangre al río, pues habiendo este pronunciado lo que se proponía, derivó con habilidad sus argumentos hacia las lizas de amor, a las que los presentes, comenzando por la misma Leonor, que tenía gran habilidad para ello, respondieron con mayor o menor tino.

Luego llegó la música. No había aquella noche concurrencia de los juglares que en ocasiones invitaba Victorio, quienes con sus gritos y juegos malabares entretenían a los asistentes, ni mucho menos algún grupo de mozárabes, cuya ciencia residía en el estrepitoso sonido de múltiples tambores y cascabeles y los ayayaes de las chicas que los acompañaban, pero teníamos a Raquel entre nosotros, lo que resultaba más conveniente. A instancias de todos, y con el acompañamiento del laúd de Victorio, Raquel cantó para ellos, lo que levantó murmullos de admiración, como solía suceder, y al finalizar, uno de los musulmanes, entusiasmado seguramente con su voz, aunque confundido sobre su categoría, la quiso comprar, para lo que nos ofreció buen dinero, y hubimos de explicarle que ella no era esclava sino, antes bien, hermana del señor de la casa y esposa de otro de los presentes, por lo que no procedía semejante transacción, ante lo que él se deshizo en excusas y reverencias que desataron las risas entre quienes le contemplábamos.

Por último, con los cánticos de todos hermanados y las despedidas de los presentes en dirección a sus aposentos, finalizaban las largas y copiosas cenas, pero a mí aún me restaba por vivir un nuevo fenómeno que detallaré a continuación y se refería a mis sueños, de los que algunas cosas anoté.

La desmedida cantidad de los alimentos que profusamente he descrito me provocaban no pocos delirios, cuando no alucinaciones de las más diversas apariencias, y la noche que digo, aunque bien pudo suceder durante cualquiera de las de aquella época, me encontré súbitamente inmerso en un marasmo de encontradas sensaciones que se representaban en un escenario colosal. Era aquello un confuso bosque de árboles espectrales y deshilachados, por cuyo cielo, teñido del más azul de los colores castellanos, circulaban velocísimas nubes ajironadas que arrastraba el enfurecido céfiro. Yo me encontraba sobre una extraña y gruesa montura que galopaba enloquecida, entre las piernas sentía su abdomen y detrás de mí la turba de vociferantes bereberes que con su característica grito me perseguían. Cabalgaba en pos de la salvación, aunque aquellos extraños seres no eran de temer, pues su aspecto era tan exiguo y vaporoso como todo lo que me rodeaba, y voces que descendían del empíreo me animaban en la rauda huida... Allí, mientras pellas de nafta de todos los tamaños caían del cielo en desordenada barahúnda, clamaban personas tan diferentes como mi padre el cantero, conductor de dromedarios que transportaban piedras exquisitamente talladas; Yúsuf, quien me recomendaba medida con sus templados ademanes, o la misma Raquel, que trinaba con las más agudas y estridentes modulaciones, y todos se dirigían inconfundiblemente a mi persona alentándome para que no cesara en el empeño. Nubes de flechas se encaminaban empero hacia mi indefensa persona, y atravesado por ellas los flujos vitales se escapaban de mi cuerpo de inapelable forma. Sí, pues me deshacía en mil fragmentos luminosos que adoptaban el aspecto de morcillas, de pepinos, de informes trozos de carne digerida y regurgitada..., y ríos de hidromiel también, que brotaban como inagotables surtidores de un lugar impreciso..., y entonces, en el cenit de aquella orgiástica y tremenda pesadilla, cercana e indistintamente oí reír a Leonor, lo que me produjo la más viva de las sorpresas. Ella estaba a mi lado, sí, pero ¿dónde...?, y me lo preguntaba con

desasosiego cuando, de improviso, la encontré entre mis brazos.

Leonor, desnuda, sudorosa y bajo mi cuerpo, se reía a carcajadas, y allá arriba, en vez del azul del cielo, lo que nos contemplaba era el dosel de nuestro lecho, blanco e inmenso lienzo que aún palpitaba al compás de los anteriores y desafortunados movimientos. Yo, al escucharla, me sentí contagiado de su alegría y al punto la imité, y durante unos instantes la más escandalosa de las risas llenó el enorme espacio que contenían las pétreas paredes de nuestro aposento, y no sin razón por lo que a mí concernía, pues en mi desenfrenado sueño y de una manera que no sabría explicar, puesto que en tales ocasiones todo es muy etéreo y confuso..., había creído fornicar con Alaroza..., aunque, por supuesto, me libré muy bien de mencionar semejante extremo ante Leonor..., y ahora, al cabo de tanto tiempo y cuando escribo estas palabras, rememoro aquellos solemnes años de juventud y sonrío de nuevo, sí, pues ¡qué grande es el impulso que nuestra madre naturaleza grabó a sangre y fuego en el corazón de los seres vivos!, y qué pocos los que a él pueden sustraerse. Tan sólo la edad, como al fin he comprendido, es capaz de moderar las salvajes e irrefrenables apetencias del cuerpo de los animales, que fuimos traídos a esta dura tierra con el único fin de reproducirnos.

Nuestro lecho, por otra parte, por lo muelle y holgado no invitaba a cosa diferente, y no me sorprenden, cuando lo evoco, aquellos accesos de furor súbito en los que Leonor tenía mucho que ver, mujer hecha y derecha y cabal paradigma de quien todos deseamos tener a nuestro lado por los siglos de los siglos.

Pero había más, pues la administración de tan enormes dominios exigía esfuerzos sin fin, y aunque eran muchas las personas que para nosotros trabajaban, algunos de muy cercana manera, el mantenimiento de corte y hacienda nos tenía ocupados las horas completas del día y raro era el momento en que podíamos olvidarnos de las obligaciones y solazarnos a nuestro antojo.

Cazábamos, pescábamos en ríos y riachuelos y con provecho cultivábamos los campos, huertas, viñas y olivares ayudados por los pesados y nuevos arados de ruedas que había conocido en Calatrava y de los que hice construir varios. Desde lugares lejanos y en carros llegaba el trigo estacionalmente, y en los bosques se recogían los frutos salvajes, las bellotas y castañas tan necesarias, pero también fresas y moras que acababan en las tripas de la cocina y de las que nunca supe su utilidad. Los ganados, asimismo, requerían los cuidados y atención constante que les dedicaban los pastores, pero incluso con todo ello, aún encontré tiempo para atender a asuntos que me interesaban, como era lo relacionado con naftas y carbones, rejalgares y mercurios, en cuyos arcanos resultó estar sumamente versado uno de nuestros frailes, un hombre de cierta edad que respondía al nombre de Peregrino y dedicaba el tiempo a copiar y traducir libros que le llegaban desde el convento que su orden tenía en la cercana ciudad de Toledo.

De él recibí las primeras noticias en los asuntos que se relacionaban con la piedra filosofal y el elixir de la juventud, complicados conceptos respecto a los cuales siempre fui muy escéptico, por más que él se hacía cábalas en cuanto a su existencia y señalaba las ventajas que de su uso se podían derivar, y aunque al término de todo ello no aclaramos nada ni conseguimos alcanzar ninguno de nuestros propósitos, pasamos buenas tardes sumidos en inofensivas charlas y experiencias en las que intervenían no ya las piedras del cielo o del rayo, sino las que contenían el *hidrargirum*, elemento que abundaba en nuestra región y cuyas virtudes y aplicaciones eran conocidas desde los tiempos clásicos, pues fue objeto de un codicioso tráfico por parte de los romanos. Por último, cuando finalizaban aquellas lecciones que de labios del monje mayor, mi amigo Peregrino, recibía y me ocupaban tantas tardes, ¿adónde iba a ir sino a batallar con mi más cercana hueste...?, que no era otra que la ruidosa y voraz tropa que componían mis hijos y sus allegados y amigos.

Ya relaté al venida al mundo de nuestra primera hija, Leonor, y mencioné la llegada de los siguientes, al primero de los cuales habíamos bautizado como Alfonso por un doble motivo. No sólo nuestro rey se llamaba así, sino que le di tal nombre en recuerdo de mi pequeño hermano adoptivo, que entonces hubiera tenido los veinte años que no llegó a conocer a causa de alguna de las innumerables y misteriosas enfermedades que de continuo se abaten sobre las personas.

El tercero de nuestros hijos, que resultó ser niña, se llamó Raquel, como su madrina, pero no fue la última de nuestros vástagos. En años sucesivos llegaron Moisés y Soledad, y si a ellos le sumamos los tres que Raquel y Rodrigo se ingeniaron para alumbrar, no me queda otro remedio que referirme a la caterva de chiquillos que de repente se instaló entre nosotros y colmó la mayor parte de nuestro tiempo y esfuerzos. Damián, un fraile joven que asistía a Peregrino en sus estudios, pues conocía los secretos de la caligrafía, fue quien les tomó a su cargo como preceptor, y como sus tareas se redujeron al principio a correr con ellos por el patio de armas y los campos que nos circundaban, me sentí vivamente identificado con él, pues tales habían sido los trabajos que durante años desarrollé con quienes fueron mis hermanitos adoptivos, a los que harto cargué sobre mis espaldas. Una corte de criadas atendía a la alborotadora chiquillería, pero como eran mis hijos y no podía desentenderme de tales obligaciones, pues desde muy joven sabía que los niños necesitan que se ocupen de ellos, comencé por hablarles del cielo y sus misteriosas luces –aunque muy establecidas por los poetas y los que saben de estas cosas, según decía Plinio–, lo que llevábamos a cabo encaramados en las alturas de la muralla y durante las noches de verano, mientras que otras veces en compañía de Yúsuf, cuyos conocimientos sobre aquel asunto eran mucho más amplios que los míos, salíamos a los campos cercanos a escuchar a los sapos y cuantos animales desgranaban su retahíla nocturna. Luego les llegó la hora de escardar las huertas que para su solaz compusimos, y al fin la no fácil tarea de cabalgar sobre una montura que debe obedecer en todo momento tus órdenes...

Leonor (Leonor segunda, como entre nosotros la conocíamos) era sin duda mi preferida, pues en seguida pude dirigirme a ella como si fuera una persona mayor, y con el auxilio de Damián la inicié desde muy niña en los entresijos de los garabatos, rayas y puntos que conforman la escritura, algo que yo conjeturaba, y no sin razón, como el compendio de la sabiduría, pues ¿qué se puede conocer de lo que nos rodea si no podemos comunicarnos con nuestros semejantes? Leonor, por cierto, fue una aplicada alumna, y cuando pasaron los años, orgullosa de sus saberes fue ella la que tomó sobre sí tales labores, y enseñó a sus hermanos y a quien se le puso delante las complicadas artes de las letras, que asimismo reputaba como las más valiosas (entre los que podría citar a Moisés, que recibió de su boca las primeras lecciones y repetidamente me elogió las virtudes de mi hija, que le habían abierto las puertas de un camino que jamás pudo sospechar).

SEÑOR DE LA GUERRA

No todo lo que ocupaba nuestro tiempo, sin embargo, se refería a lo relacionado con el gobierno de las tierras, el comercio o las actividades propias de unos padres con muchos hijos –pues aparte de los que he citado, no otra cosa representaban nuestros vasallos, con los que nos unía un compromiso de mutua protección y fidelidad–, ya que los aprestos para la defensa nos mantuvieron entretenidos durante años y nos convirtieron a la postre en el importante enclave que en el curso de los tiempos venideros llegaríamos a ser.

Para ello nos vimos obligados a reformar las habituales costumbres y maneras de batallar de los ejércitos, que se basaban en la ciega confrontación de largas filas de jinetes revestidos de metal hasta en los menores resquicios, pues tras largas discusiones sobre el particular, Moisés, Hernán y yo habíamos llegado a la conclusión de que atrás habían quedado los tiempos de lo que se conocía como *caballería pesada*, basada en los usos de los catafractas partos que *in illo témpore* habían hecho frente con éxito a las tropas del gran Alejandro en las lejanas llanuras del Asia.

La derrota de Alarcos, entre otras cosas, nos había enseñado que las pesadas armaduras que portaban los jinetes y corceles de nuestra principal fuerza de choque no producían más efecto que el agotamiento de unos y otros, pues si bien las primeras embestidas eran demoledoras, de fácil manera se podían evitar, paliando con ello los daños; bastaba con apartarse y dejar que la loca cabalgada finalizara por el agotamiento de quienes la llevaban a cabo, que no encontraban enemigo con el que batirse y regresaban exhaustos a sus lugares de partida. Luego, cuando el cansancio cundía entre las filas de los sudorosos y frustrados caballeros, hacían acto de presencia las cuadrillas de bereberes que atacaban y se retiraban, hostigando a grupos incapaces de perseguirlos y arrojando sobre ellos nubes de flechas.

Así pues, nuestras intenciones consistían en mejorar la presteza de movimientos de las rudamente acorazadas agrupaciones de jinetes, para lo que, a la par de aligerarlas de cuanto peso inútil se nos ocurrió, comenzamos a criar monturas grandes y resistentes sobre las que cabalgaran jinetes defendidos únicamente por las ligeras cotas de malla, capaces de avanzar y retroceder al modo de los almohades y acudir raudos a los lugares en que fueran necesarios.

Ejercitamos a nuestra hueste en las artes de la guerrilla y el contragolpe, y junto a ello y en lo que se refería a los peones, pues en nuestra condición de lugar avanzado debíamos permanecer alerta ante lo que pudiera llegar, discurrimos imitar los muy antiguos usos de las falanges macedónicas, cerrados grupos de soldados revestidos de hierro y defendidos por una barrera de escudos que sólo presentaban ante los enemigos las puntas de numerosas y aceradas lanzas. Tales agrupaciones se desplazaban codo con codo y atendiendo a los gritos de quienes se colocaban en el centro, y sus peculiaridades y maneras de conducirse habían sido descifradas por Peregrino en tratados de autores romanos que manifestaban enorme admiración por las artes guerreras del gran general que había sido Alejandro.

En las cortes cristianas, sin embargo, las peleas entre los nobles causadas por la envidia y el ansia de poder continuaron durante los años que siguieron a la derrota de Alarcos, y si estas no fueron mayores y más sangrientas, ello sólo se debió a la energía que los reyes pusieron para moderar los excesos de los poderosos, alguno de los cuales pagó con la vida sus malas artes, y también a la existencia de ciertos tratados que estipulaban los territorios que cada reino iba a conquistar. Aquellos pactos sirvieron para impedir mayores reyertas fronterizas de las que cotidianamente tenían lugar, y a ellos debimos atenernos quienes dedicábamos nuestros esfuerzos a labores que otros, más capaces y mejor dispuestos y aprovisionados, hubieran debido tomar sobre sí.

La corte castellana pasó por muchos apuros, pues nuestro rey, Alfonso VIII, acosado por unos y otros en razón de su mayor poder, tuvo que defenderse de sus vecinos, pero como su autoridad era grande, los escarmientos surtieron efecto y al fin pudo dedicarse a lo que era tarea principal, es decir, la recuperación de los territorios perdidos ante los musulmanes, para lo que contaba con la ayuda de personajes tan batalladores como el arzobispo de Toledo, aquel que siempre había distinguido a Leonor con su amistad y en una ocasión nos llevó en su séquito a visitar la corte que por entonces se encontraba en Burgos, ciudad norteña que en siglos anteriores había representado un importante papel en el avance de los reinos cristianos en su camino hacia el sur.

El motivo no fue otro que la consagración y comienzo de las obras de la que iba a ser catedral de la ciudad, monumental construcción edificada *al modo de las que estilaban los francos en su país, que habían arrinconado el antiguo uso de las recias y macizas paredes para sostener bóvedas y cubiertas y todo lo apoyaban en esbeltos y airosos pilares, que, pese a su aparente fragilidad, parecían alzarse hasta el Cielo.*

De tal forma se manifestó don Rodrigo (nuestro amigo el arzobispo, pues de cierto que nos patrocinaba con ello) durante el largo viaje que nos llevó hasta la capital de aquella comarca a la que pertenecía Castrojeriz, y quien al tener noticias de mi afición a la cantería y otras ramas del saber que concernían a la construcción de edificios, encontró con quien conversar acerca de semejantes asuntos, que le interesaban sobremanera.

–Nos encontramos ante una revolución –me dijo– que introducirá la luz en el ámbito eclesial, en donde hasta el momento hemos permanecido en la más lóbrega de las sombras. Se han acabado los templos al estilo del de Cluny, que fama nos han dado en el orbe pero cuyas tinieblas son más acordes con las circunstancias que debieron vivir los primeros cristianos, reclusos en las catacumbas de las que nos hablan los bienaventurados padres de la Iglesia. Gracias a los enormes huecos que se abrirán en sus muros, la luz de la verdad iluminará la casa del Señor..., y tú, que eres joven, seguramente vivirás para verlo.

En aquel viaje llevamos con nosotros a Raquel y a los niños, y pasamos algunas jornadas cazando en Castilnuovo, en donde aposentamos al arzobispo y otras personas, de lo que quedaron muy satisfechos, alcanzando la ciudad a la que nos dirigíamos durante los más floridos días de la primavera castellana.

Las ceremonias que hasta allá nos habían llevado se celebraron ocupando tardes enteras y contaron con el mayor de los boatos, pues no en vano la corte de Castilla es una de las más importantes de Europa, y reyes y embajadores de países extranjeros siempre han tenido muy a gala asistir a cuantos fastos en ella se celebran. La ciudad estaba invadida de alborotadas gentes venidas de todas partes, pues los personajes importantes eran muchos y los séquitos abundantes, y presentaba el mejor de los aspectos, limpia y engalanada como pocas veces lo estuviera.

Una de aquellas tardes, en compañía de don Rodrigo asistimos a lo que llamaban *lid de amores*, que consistía en un intercambio de versos al modo de aquellos con los que Victorio nos deleitaba en ocasiones, salvando el hecho de que allí la homenajeadada era nuestra reina, y también que los trovadores concursantes eran los de la corte junto a los venidos de tierras extranjeras, a los que se suponía gran empeño y sabiduría.

A lo largo de las paredes de la principal estancia palaciega, pues aquel larguísimo y monumental recinto era lo que llamaban *elsalón del trono*, lugar en donde se celebraban los más solemnes actos, nos alineamos no menos de dos centenares de personas, todas lujosamente ataviadas. Luego, tras el silencio reclamado por los maestresalas, rodeado por media docena de caballeros entró el rey, a quien al pronto reconocí como el personaje que enfurecido pasó a nuestro lado durante el ocaso que siguió a la aciaga jornada de Alarcos. Tomó asiento en el más preferente lugar, sobre lo

que parecía un sillón revestido con pieles de armiño y cubierto por un baldaquino que se situaba sobre un estrado y en el más iluminado extremo, y junto a él se situaron los caballeros que le acompañaban, que permanecieron en pie. Al fin, entre murmullos, seguida por sus damas entró la reina envuelta en una complicada túnica cobriza y un manto dorado. Recorrió la sala, se inclinó ante el rey y tomó a su vez asiento en un banquillo que se situaba un escalón más abajo.

Un trovador profusamente adornado apareció entonces en el extremo opuesto, y tras avanzar por el inmenso pasillo ante la curiosidad general, mirando agudamente a nuestra reina y con la aquiescencia del rey, que dio su consentimiento con una sonrisa, le dedicó unas loas que fueron muy celebradas por quienes allí nos encontrábamos.

Le siguieron otros, que se enzarzaron con el primero en *lajusta literaria*, a modo de gritería, y en la que se pronunciaron frases de todas las índoles y condiciones, como aquella que rezaba,

*Verdad dice quien ávido me llama,
y anhelante de un gozar profano;
que ningún placer tanto me inflama
como el deseo de un amor lejano.*

[13]

... que la corte en pleno rió, pues seguramente aludía a alguno de los asistentes.

De tal forma y durante un buen rato siguieron los *plantosytensones*, los *vejámenes* modo de chanzas y las descabaladas historias de celos y caballeros burlados con las que aquellos personajes de fábula dieron muestras de su talento, exhibición de ingenio que cuantos ocupábamos los laterales seguimos expectantes para finalizar gritando y aplaudiendo, pues como dijo uno de ellos a guisa de colofón, *en esta distinguida corte del más grande de los emperadores, todos juegan y ríen...*

Al fin, cuando llegó la hora de la despedida, los reyes se levantaron y, seguidos por sus séquitos, recorrieron lentamente la enorme galería saludando a unos y otros, y allí sucedió que cuando la reina pasó ante nosotros me contempló sorprendida, pues como debido a mi altura, mi cabeza sobresalía entre la de quienes nos rodeaban, aquello debió de llamarle la atención, y yo, que vi que me observaba con extrañeza, ensayé la inclinación que Leonor me había indicado como gesto más adecuado para cumplir con los poderosos, ante lo que ella sonrió e hizo un leve ademán con la mano. Luego continuó el paseo saludando a los que obsequiosos se agolpaban bajo los arcos, pero yo casi no me di cuenta, pues repentinamente me encontré muy ufano de la regia demostración y durante un buen rato no pude quitármela de la cabeza.

Sin embargo, no fue tan inusual gesto lo que más me sorprendió de la memorable velada, sino lo que a continuación ocurrió, y ello fue que, al observar al grupo de damas que a respetuosa distancia la seguían, de indistinta manera creí reconocer entre ellas a Ermentrude...

El corazón me dio un vuelco, pues habían transcurrido no menos de veinte años desde que, de la singular manera que narré, se despidió de nuestra casa calatraveña para ir a desposarse con un noble que por casualidad había conocido en la ciudad.

Yo permanecí paralizado por la sorpresa, y ni a Leonor pude explicarle con coherencia lo que había sucedido dentro de mi cabeza, pero cuando el cortejo pasó y se perdió por un pasillo, me aparté del grupo en que me encontraba y me dirigí a un criado, quien ante mi insistencia y explicaciones me pidió que esperara.

Al cabo de un momento volvió con ella, aquella señora que en efecto era Ermentrude, y cuando la tuve ante mí pude observar que, fuera de algunas arrugas que habían aflorado en su rostro, ni un solo ápice había variado la indagadora expresión que recordaba.

Me contempló perpleja y preguntó,
–¿Quién eres? –y yo, asimismo confuso, sólo pude decir,
–Usted se llama Ermentrude...
Ella me miró sorprendida.
–¿Cómo lo sabes?
Yo sonreí de la más ancha manera.
–Usted no puede recordarme porque yo sólo tenía diez años y he cambiado mucho, pero yo la he reconocido al instante. ¿No se acuerda de cuando vivió en Calatrava...?
Aquella señora me contempló veladamente, y su gesto fue tal que me pareció que lo hacía desde las brumas de un sueño.
–Sí –afirmó espaciosamente, y repitió–. ¿Quién eres?
Yo respiré hondamente, pues la situación me imponía, pero al fin recabé valor de mis adentros y dije,
–¿No recuerda que usted me enseñó a escribir a la luz de los velones...? Y a mi madre, muchos secretos de las huertas, que ella siempre tuvo en el mayor de las aprecio. Y aquello que decía... –y allí compuse la expresión y declamé,

*Más que la flor de lis, blanca y clara,
tenía ella la frente y la cara...
Los ojos, tan grande claridad producían,
que a dos estrellas se asemejaban,
y la luna naciente parecían.*

Ermentrude, al oír tales palabras, abrió los ojos estupefacta y, presa de la mayor de las confusiones, dijo,
–¡Ramoncito...! ¿Tú eres Ramoncito, a quien enseñé a leer y escribir y los fundamentos de la educación...?
Ermentrude no salía de su asombro.
–¿Eres tú...?, ¿de verdad...? –y allí se disiparon sus recelos, y de la más efusiva manera me abrazó y dijo,
–Pero, hijo mío..., ¡si estás hecho un hombre! Por Dios, quién me lo iba a decir..., encontrarte aquí, entre todos estos señores...
Leonor contemplaba la escena entre divertida y desconcertada, y yo me apresuré a presentársela a Ermentrude como la mujer que me había encumbrado en aquel lugar en el que tanto la sorprendía encontrarme, lo que no era para menos, y ella, tras rogarnos que la esperásemos y recabar la correspondiente licencia, no consintió en separarse de nosotros y nos llevó a un lugar apartado en el que pudimos conversar a nuestras anchas.
De mucho tratamos durante la tarde, y accediendo a sus requerimientos le narré lo sucedido desde entonces, la muerte de mis padres y mi adopción por el herrero; cómo había estudiado en Toledo y conocido a Leonor, y lo sucedido tras la batalla de Alarcos, y ella también nos contó sus andanzas por esos mundos y de qué forma había llegado hasta el lugar que ocupaba, pues su marido, uno de los famosos/ea/lesque a su lado había tenido siempre nuestro rey, había hecho carrera en la corte, y ella, debido a sus sabidurías, que yo conocía, y a su dominio de varias lenguas, se había convertido en dama de compañía y consejera de nuestra reina, importante cargo que dio origen a un nuevo suceso que relataré.
Ermentrude, entusiasmada con el inopinado encuentro, habló de ello a la reina, quien, al parecer también muy divertida, le dijo que quería conocernos, por lo que una tarde fuimos conducidos por varios criados a sus habitaciones, aquelsancta sanctórumen el que tan pocas personas tenían entrada.
Era un gran aposento de altas paredes de piedra que apenas dejaban ver los tapices

que las cubrían, y al fondo, sentadas en sillones de madera y ante ventanales que se asomaban a un sinnúmero de verdeantes huertas, había un grupo de señoras de las que en seguida se adivinaba quién era la principal. Ermentrude, que estaba entre ellas, salió del grupo y, tomándonos de las manos, hizo que nos adelantáramos hasta su presencia.

La reina se levantó y, dirigiéndose a mí, sonriendo dijo,

—A ti ya te vi el otro día, pero ahora quiero conocer a tu mujer —y Leonor, ruborizada hasta la médula, poco menos que se arrodilló ante ella, tal y como ordenaban los cánones, pero nuestra reina, que no era amiga de semejantes ceremoniales, muerta de risa acudió al punto a levantarla.

—No, no, no hagas eso... Aquí nadie nos ve y podemos comportarnos como viejos amigos.

Luego la miró atentamente y dijo,

—Me han dicho que te llamas como yo. ¿Por qué tus padres te dieron este nombre? —y los dos, pasado el primer apuro, atropelladamente y quitándonos uno al otro las palabras de la boca nos adelantamos a contarle que ello obedeció a los deseos de su madre, la cual, como tanta gente hacía, la había bautizado con el nombre de la soberana a la sazón reinante, es decir, ella misma.

Ni que decir tiene que nuestras palabras contaron con su aprobación y que nos hizo sentarnos en la compañía de aquel cenáculo de atentas señoras rodeadas por numerosos perros, gatos y, me parecieron, algunas ardillas, tras lo que se interesó por nuestra vida y, de manera especial, por nuestros hijos.

—¡Los niños...! —dijo ella—, nuestro más importante patrimonio... No tengo a ninguno de mis hijos aquí, pero creedme si os digo que me gustaría que los conocierais. Alguno de ellos llegará a ser rey algún día, y para las mujeres... —y se dirigió a mí—, ya sabes que lo más importante son sus hijos.

Más tarde la conversación derivó por otros cauces, a los que procuramos corresponder con el mayor tino, y a juzgar por la atención que nos dispensaron, creo que de ello salimos airosos, y la reina, que parecía vivamente interesada en nuestras respuestas, que quizá juzgara como representativa de las de sus vasallos, de repente y dirigiéndose a Leonor dijo,

—¿Cosas? —y mi mujer, que no había dado una puntada en su vida, contestó con aplomo.

—Por supuesto, señora —y entonces la reina, despojándose de un dedal de oro que portaba en un dedo, se lo entregó.

—Toma —le dijo—, es para ti. Así te acordarás de mí cuando lo uses.

Leonor se quedó deslumbrada ante semejante obsequio y a punto estuvo de iniciar un ademán de protesta, pero una velada seña de Ermentrude la contuvo y se limitó a dar las gracias con el asombro pintado en el rostro.

Luego sirvieron un refrigerio compuesto de bebidas heladas, pues como se aproximaba el verano el calor apretaba, y durante su transcurso, a instancias de los presentes hube de narrar algunas de mis aventuras, entre la que descolló mi paso por el suceso de Alarcos, aunque me cuidé muy bien de aludir en ningún momento a ciertos lances que allí había presenciado, y al fin, coincidiendo con la entrada de varios caballeros, se hizo el silencio, y la reina, levantándose, dijo,

—Espero volver a veros. Venid a visitarme cuando regreséis a Burgos, que es una bonita ciudad —y nosotros, entendiendo por sus palabras y la actitud de la sonriente Ermentrude que la audiencia había terminado, nos despedimos de tan amable auditorio y alcanzamos las calles, en donde, para celebrar a nuestro modo el insólito suceso, entramos en cuanto figón nos salió al paso, bebiendo y riendo en todos como dos enamorados, ya que eran pocas las ocasiones de que disponíamos para estar juntos y a solas como cuando habíamos sido jóvenes, y todo ello de la más anónima forma y

rodeados por bulliciosas multitudes, pues sucedía que, con motivo de los fastos a que asistíamos, el sonido de los cuernos que anunciaban el toque de queda se retrasaba considerablemente y las rúas y tabernas aparecían atestadas.

En fin, que fructífero fue el viaje, y rematado, como era nuestra intención, por una larga estancia en el campo de Castrojeriz, en donde sentamos los reales durante algún tiempo, y, amén de dejar transcurrir los días en compañía de Rubén, unas veces en la fragua pero las más en su casa, secundados por Dulce y Andrea aprovechamos también el tiempo para instruir a los niños sobre la ingente variedad de paisajes y circunstancias que nuestra madre Tierra contiene, que de todo convenía que fueran aprendiendo, como así sucedió.

...

Otros fueron los hechos notables que tuvieron lugar durante aquellos años, como la guerra que se libró en el país de Gascuña por el territorio que pertenecía a nuestra reina, pues lo había recibido como dote en su matrimonio, pero dado que sus naturales nunca aceptaron tal acuerdo, pese a haber ocupado casi todo el territorio nuestro rey se retiró de él.

Las contiendas de aquellos años sirvieron asimismo para someter al rey navarro, que se había mostrado particularmente intratable, pues sin cesar invadía los dominios de Castilla y de improviso se encontró cogido entre las fuerzas que había al norte de los montes Pirineos y las que estaban instaladas en la parte del río Oja, en lo que eran las lindes con el reino de Aragón, lo que le forzó a firmar tratados por los que se obligaba a permanecer en su territorio y cesar en lo sucesivo con sus injustificadas y sangrientas incursiones en las comarcas aledañas. El resultado fue que los castellanos ocuparon la costa norte y se enviaron contingentes de pobladores a lugares como Motrico, Fuenterrabía, Laredo, San Vicente de la Barquera y otras villas del litoral, que durante el último siglo habían pertenecido al de Navarra.

En la frontera sur, es decir, la que nosotros, al propio tiempo que otras órdenes de caballería, amparábamos con los escasos medios de que disponíamos, no hubo grandes batallas, pero las entradas a saquear de unos y otros se sucedieron. El rey, que durante tales años no perdió de vista lo que allí ocurría, pues se encontraba preparando la batalla que le desquitara de lo acontecido en Alarcos y continuamente enviaba embajadas a Roma a fin de recabar del papa la condición *decruzada* para sus proyectos, aportó rentas para sostener el larguísimo confín, y así dotó a las más importantes fortalezas fronterizas, como eran las de Uclés, Consuegra y otras varias, de buenos dineros que sustentaron el incesante guerrear, ejemplo del cual fue aquella algarada que tanta notoriedad alcanzó y en la que un regular grupo de cristianos mandado por el monje calatravo Martín, personaje que obtuvo justa fama *decampeón*, consiguió tomar el castillo de Salvatierra, que se encontraba al sur de mi ciudad y en territorio que los almohades tenían como propio. A tan atrevida hazaña contribuyó, según pude oír en Toledo, un musulmán cautivo, el cual, a cambio de recobrar la libertad, había indicado la existencia de un postigo desguarnecido por el que los asaltantes consiguieron introducirse a cubierto de las sombras de la noche.

En Yebel continuó nuestra vida sin grandes sobresaltos, puesto que nos separaba buena distancia de Calatrava, la más avanzada plaza de los musulmanes, y la tierra de nadie que mediaba entre una y otra había sido abandonada y permanecía desierta. Nuestra posición era arriesgada, pero también la de Calatrava, en donde ya no se celebraban mercados y cuyos ocupantes permanecían encastillados ante posibles asaltos, como sabíamos por los integrantes de las ocasionales caravanas que recorrían el camino que iba de Córdoba a Toledo y solían hacer aguada y aprovisionamiento en nuestras tierras.

Durante un tiempo nos limitamos a vigilar los caminos y enviar algunos hombres a las incursiones que otros emprendían, pero luego nos encontramos preparados para iniciarlas por nuestra cuenta, y la primera medida que tomé fue la de enviar a Toledo a Leonor y a Raquel con los niños, pues daba por seguro que cuando se corriera la voz de nuestras andanzas, los musulmanes no tardarían en intentar devolvernos el golpe. Luego, de acuerdo con nuestro amigo el arzobispo de Toledo y contando con su anuencia, sopesamos varias ideas, entre la que destacaba la de atacar Calatrava, que tan bien conocíamos, pero las murallas de nuestra ciudad se nos antojaron un bocado demasiado grande para las fuerzas de que disponíamos, no más de dos centenares de jinetes, y optamos por dirigirnos a las sierras de Alcaraz, que lindaban con el reino de Murcia, y ver lo que allí encontrábamos. Era aquel un agreste y peligroso territorio, pero confiábamos en la sorpresa, pues nadie se atrevía a internarse tan profundamente en territorio enemigo, y, a menos que tuviéramos un fortuito encuentro con alguna de las partidas de bereberes que recorrían la frontera, podríamos acceder a cualquier lugar que se encontrara desprevenido.

Tras abandonar Yebel, en donde dejamos a Hernán con el encargo de permanecer ojo avizor ante lo que pudiera suceder, Moisés y yo, al mando de una fuerza en absoluto desdeñable, emprendimos la marcha con el concurso de un guía que aseguraba conocer las fragosas regiones que pretendíamos alcanzar.

Largos días cabalgamos por comarcas desiertas, pues lo hicimos apartándonos de los caminos y evitando las escasas poblaciones que aún perduraban en aquellas tierras sin dueño. Atravesamos pantanosos ríos de escaso caudal y amarillentos juncos, cuando no cauces secos por completo, y de continuo pedregosas sierras y calcinadas mesetas en las que sólo crecía el esparto, tras lo que pronto nos encontramos en lugares desconocidos, lugares que se situaban muy al sur del castillo de Uclés, plaza fortificada administrada por freires santiaguistas y más meridional ciudadela de los cristianos en tan apartados contornos, y como desconocíamos el territorio que hollábamos, enviamos grupos de exploradores que nos precedían y con los que nos comunicábamos mediante el antiguo artificio de mi invención que ellos conocían como «rayos del sol», mecanismo con el que nos hacíamos señales y que, a mis instancias, había sido perfeccionado por Peregrino y, abandonada su primitiva y complicada forma, presentaba el aspecto de un simple espejo.

Al fin, una mañana, el guía, individuo de aspecto renegrado que husmeaba el aire con ferocidad y, en vez de espada, portaba un hacha en la cintura, nos indicó que estábamos cerca de la villa a la que nos dirigíamos. Lejanas ahumadas así lo confirmaron, y rondando el mediodía y habiendo sobrepasado la última cresta, ante nosotros se presentó el lugar en toda su magnificencia.

Era aquella una floreciente localidad emplazada en una pequeña y desértica planicie rodeada por pardas lomas, y su situación era tal que parecía difícil de encontrar entre las abruptas montañas. Las llanadas contiguas estaban cubiertas de huertas convenientemente comunicadas por acequias, y aquí y allá se observaban grupos de palmeras a modo de oasis. En su centro, no menos de un centenar de apiñadas casas de adobe componían la población, pero estas, lejos de ser infames casuchas como las que formaban las aglomeraciones que se asentaban en las zonas en perpetua guerra, tan a menudo asaltadas por unos y otros, eran erguidas construcciones de hasta cuatro y cinco alturas que zigzagueaban formando angostas callejas y se apretujaban dentro de un abandonado cinturón defensivo, algunos lienzos de discontinua y antigua muralla rematada por torres en las esquinas, pues como los moros se sentían seguros lejos de la frontera, habían descuidado semejante aspecto. Las ventanas de los edificios se presentaban cubiertas por los blancos y ondeantes lienzos que los habitantes de aquellas calurosas regiones utilizan para defenderse del calor, y de varios tejados se desprendían débiles humos que señalaban la situación de los hogares.

El aspecto, pese a la aridez del terreno, era bucólico, y el conjunto semejaba una fantástica visión de lugar desprevenido y anclado en un mar de tiempo en el que nunca sucede nada, fuera del callado trabajo e incansable crepitar de los gusanos productores de la seda, de los que algunos de los nuestros aseveraron su existencia en el recóndito paraje.

Palmeras, huertas, acequias y caminos dibujaban un confiado vergel, y no parecía existir sombra de guarnición que obstaculizara nuestros planes, pues seguramente los ejércitos del reino al que pertenecían estaban ocupados en asuntos guerreros que se desarrollaban en tierras lejanas, pero cuando nos divisaron, ya que nuestra fuerza había aparecido de improviso sobre la cuerda de la loma, la lilaila característica de los sarracenos surgió de las apretadas calles y pronto vimos cómo grupos de niños, que hasta aquel momento habían jugado en las huertas y los estanques, corrían como almas que lleva el diablo a refugiarse entre las casas.

Formé una embajada para tratar con el cadí sobre lo que había de hacerse, y treinta caballeros, acorazados hasta el extremo, descendieron calmosamente hacia la planicie y se instalaron convenientemente desplegados en el arrabal, cerca de las primeras construcciones.

Durante unos momentos no sucedió nada, aunque en seguida una lluvia de piedras, acompañadas por alguna flecha, cayó sobre el grupo más cercano, que retrocedió hasta ponerse fuera del alcance de los proyectiles, pero como los emboscados moradores se encontraban desamparados ante la inesperada presencia de tantos y tan indeseados huéspedes, sin cesar ni un momento en los gritos que surgían de la ciudad entera, y con su acompañamiento, tres nerviosos y vociferantes individuos tocados de chilabas y turbantes surgieron de una calle y, desgranando una ininteligible letanía con la que sin duda intentaban aplacar al soliviantado vecindario, tales eran sus gestos, a la carrera llegaron cerca de quienes les aguardaban, ante los que se postraron en el suelo. La comisión conferenció con los nuestros durante unos momentos, y luego, escoltados por algunos caballeros, subieron hacia donde los esperábamos.

Fue el guía quien ofició de intérprete, pues conocía su extraña lengua, que poco tenía que ver con las jergas que empleaban los musulmanes, y entre innumerables reverencias y juramentos de adhesión y fidelidad, tal era su pánico, atestiguaron la ausencia de tropas, que estaban lejos, y su inmediata disposición para lo que ordenáramos, ofreciéndonos sus haciendas y rogándonos al propio tiempo que respetáramos las vidas y las mujeres.

En sus palabras creí oler la traición, aunque ignoro por qué se me ocurrió aquella idea, y ordené que algunos grupos constituyeran guardias en las lomas cercanas y nos mantuvieran al tanto de quienes pretendieran acercarse, y luego, de acuerdo con lo pactado, establecí que de ninguna manera se hiciera mal a aquellos seres indefensos, como pretendían algunos de los que nos acompañaban, en especial varios jóvenes caballeros ultramontanos que hacían sus méritos en nuestra compañía. Tras obligarles a retirarse a la retaguardia dispuse que hombres de confianza se adentraran en las callejuelas y revisaran las casas en busca de riquezas y todos aquellos que seguramente se habían ocultado, pues contábamos con que la mayor parte de los varones hubieran huido al monte y el resto estuviera escondido en los sótanos de las casas, como en efecto sucedió.

Encontramos muchas monedas y piedras preciosas, en especial en las casas de algunos judíos que parecían ser importantes personajes en lugar tan apartado de los que creíamos que eran sus ámbitos preferidos, y también a ellos mismos, los que por razón de su edad no habían podido huir, y asimismo encontramos algo que no esperábamos, como fueron dos docenas de esclavos que, en medio de la mayor de las miserias, pues estaban aherrojados en un calabozo subterráneo, aguardaban su próximo destino; había blancos y negros, cristianos que respiraron con alivio cuando

oyeron hablar su lengua y otros que manifestaron de igual manera su júbilo, aunque no entendiéramos las palabras que pronunciaban, pero también hallamos algo con lo que no contábamos, como fueron la multitud de herramientas en las que sin duda trabajaban cuando llegamos y que habían sido apresuradamente abandonadas, como husos, ruecas y telares propios para las labores de hilado, devanado y urdimbre, que nos dieron indicios sobre la industria a que se dedicaba aquella población. Luego descubrimos sutiles tejidos que hubo quien reconoció como de valiosa seda, y al fin los célebres capullos productores de tan delicados hilos, que algunos habían mencionado durante el viaje.

Junto con hojas de algún árbol y sobre innumerables bandejas que había en los sótanos estaban esparcidos aquellos diminutos animales que al principio tomamos por basura, y el guía, el tosco individuo que parecía haber habitado durante toda su vida en una caverna, tales eran sus modales, rompió su laconismo y, movido por una agitación sin precedentes, nos aseguró que semejante botín suponía el más opulento de los tesoros, superior al oro, pues los habitantes de aquellas lejanas regiones practicaban su cultivo en el mayor de los secretos para que nadie pudiera fabricar los apreciados hilos, que ocultaban cuidadosamente a cuantos extranjeros pasaban por sus tierras, y cometeríamos una imperdonable torpeza si no los llevábamos con nosotros.

Amén de los lienzos ya fabricados, que me sorprendieron por su ligereza y vivos colores y reconocí como las sutiles materias de las que se componían algunas ropas que utilizaba Leonor, cargamos con una buena cantidad de aquellos delicados animales, de los que imaginé que ninguno llegaría vivo a su destino tras la travesía de las montañas, y varios cestos que, con el mayor de los cuidados y siguiendo las indicaciones del guía, llenamos de sus huevos, minúsculas y amarillentas bolitas que él aseguraba ser fuente de ingentes riquezas; asimismo recogimos gran cantidad de hojas de los árboles que nos indicó, pues eran su único alimento.

El ganado fue agrupado fuera del pueblo, que no fueron pocas las reses que nos vinieron a las manos, en especial dromedarios y pollinos, y aunque yo hubiera preferido no pasar allí la noche, pues temía cualquier intempestiva aparición, más en lugar tan sumamente apartado y desconocido, Moisés y otros de mis capitanes insistieron en dar descanso a la tropa después del largo viaje y emprender el regreso durante la mañana siguiente.

Así pues, habiendo redoblado las guardias y las precauciones, di orden de que nadie tocara la comida que los naturales pudieran ofrecerles y evitaran todo contacto con ellos, pues suponía que los desmanes iban a resultar inevitables, y cuando extramuros nos ocupábamos en asar unos famélicos asnos y había enviado a Moisés al frente de un grupo para asegurarme de que se cumplían mis instrucciones, ellos volvieron con algunos de los soldados a quienes habían encontrado con mujeres y que presentaban los primeros signos de embriaguez, y lo que era peor, lo que nos pareció envenenamiento, pues a duras penas podían mantenerse en pie y expulsaban de sus cuerpos abundantes líquidos por todos los poros. Luego unos cuantos cayeron redondos, con la mirada vidriosa y apagada, y nada pudimos hacer por ellos.

Noche borrascosa fue aquella, en la que debimos emplear toda nuestra energía para frenar lo que siguió, pues algunos mostrencos de la tropa, enardecidos por el engaño de que habían sido objeto, se desparramaron por las callejas clamando venganza, y sólo usando de brutales modos conseguimos detenerlos, aunque no sin que antes muchos se tomaran la justicia por su mano, peculiar venganza, pues habida cuenta de que *los encantos que habían exhibido las traidoras moritas* fueron la causa de tal desenlace, respetando la palabra que habíamos dado, que certificaba que no íbamos a forzarlas, se aseguraron de que en lo sucesivo no pudieran fornicar con nadie, por lo menos en aquel lugar, para lo que rebanaron los testículos a todo lo que intentó interponerse en su camino, ya fueran hombres o animales, jóvenes o viejos.

Al fin, con semejante cosecha de restos sanguinolentos colgando de los árboles de la plaza como siniestro trofeo, conseguimos detener la escabechina y que cesaran los gritos y las carreras, para lo que hubimos de emplear todas nuestras fuerzas, y cuando se presentó el amanecer y hartos de desórdenes dimos la orden de marcha, nos encontramos con que algunos de nuestros hombres, principiando por los ultramontanos que con nosotros venían, que habían perdido a varios de los suyos, en una gran hoguera que habían hecho en el centro de la desierta y silenciosa plaza, pues sus habitantes estarían sin duda escondidos en lo más profundo de las covachas, habían asado los profanos restos que dije, y entre innumerables gritos los estaban devorando acompañados por el vino que extraían de algunas barricas que los desposeídos, pese a su condición de musulmanes, ocultaban cuidadosamente. Después, como fuera que se había agravado la dolencia que afligía a varios de los enfermos, algunos de los cuales habían expirado en el curso de la noche, tras hacer acopio de agua arrojaron a los pozos los inmundos cadáveres de sus compañeros, a los que siguieron los de los animales muertos y cuantos cuerpos en podredumbre encontraron, y al fin, quienes pudieron defecaron estruendosamente en las aguas ya corruptas.

Ni siquiera aguardamos a que finalizara la siniestra orgía, pues no deseábamos otra cosa que partir cuanto antes, y haciendo caso omiso de aquella veintena de vociferantes animales emprendimos el regreso abandonándolos a su suerte, aunque no sin dejar atrás un grupo de los que aún conservábamos enteros para evitar ser perseguidos por fuerzas que pudieran aparecer de improviso, ya que presumíamos que algunos de los habitantes de la ciudad se habrían dirigido a poblaciones cercanas en demanda de auxilio.

Aquellos *caballerosoatletas de Cristo*, que de tal forma se complacía el vulgo en denominar a quienes llevaban a cabo tan penosas incursiones, por lo general desordenadas, carentes de fruto y en las que nunca era seguro el regreso, durante los días que siguieron expiaron sus faltas, pues no de otra manera cabría calificar las penalidades que sufrimos mientras duró el largo viaje de vuelta. El mal que había afectado a quienes quedaron sobre el campo se propagó a casi todos los demás, pues sin duda los moradores del lugar habían envenenado las aguas cuando llegamos, y si las manifestaciones resultaron benignas y no hubo que lamentar otras muertes, ello seguramente se debió a que el guía, que resultó saber mucho más de lo que por su aspecto hubiera podido adivinarse, se medicinó comiendo aquellos huevos de gusano que en gran cantidad llevábamos y animó a los demás a hacerlo, y como por su expresión parecía que el remedio surtía efecto, le imitamos y los trastornos cesaron y al menos nos permitieron cabalgar hasta el punto de partida.

No tuvimos por fortuna encuentros dignos de mención, a los que con dificultad hubiéramos podido hacer frente, y quienes encontramos en el camino se apartaron prudentemente, pues aunque enfermos y descabalados, semejábamos una fuerza considerable. Luego, tras sortear Calatrava y otras plazas igualmente enemigas, al fin, una tarde, divisamos los almagreños muros de Yebel, lo que produjo gran jolgorio y alegría en la columna, pues suponía la conclusión de la prolongada aventura.

Los gusanos de la seda, que tantas preocupaciones y zozobras nos causaron, no alcanzaron su destino, tal y como había imaginado, pues los que no murieron durante el camino encontraron acomodo en nuestros desprovistos estómagos, que necesitados estaban de ellos. El guía, una vez más, nos pintó sus virtudes con las más vivas de la luces, y como poco teníamos que echar a la barriga, acabamos por devorar su sabrosa carne, que sabrosa resultó, hasta agotarlos. Sólo restaron algunos huevos que mostré a Peregrino, quien dijo desconocer lo que se hacía con aquellos animales, pero también afirmó que indudablemente en Toledo encontraríamos quien estuviera deseoso de adquirirlos, pues su valor era proverbial y él también lo conocía, aunque cuando quisimos venderlos resultó que en la ciudad eran moneda común y existían varios

talleres en los que se cultivaban, lo que todos ignorábamos, por lo que a la postre no sirvieron para otra cosa que para la confección de una harina que la señora Mayor fabricó en un mortero y dio de comer a nuestros hijos, pues sus bondades eran singulares y muy alabadas por los curanderos, según dijo.

Mi familia, junto con Raquel y Rodrigo y sus vástagos, amén de doña Mayor y otros criados a cuyo frente estaban Yúsuf y Victorio, permanecieron en Toledo, ciudad en la que ellos se encontraban sumamente a gusto y yo prefería que residieran, sobre todo en lo que tocaba a mis hijos, pues aquel páramo fronterizo de Yebel no era el lugar más adecuado para educar a unos niños, como de sobra sabía quien pasó la infancia en Calatrava entre mulos, cochinos y malhumorados soldados y arrieros.

Nuestros viajes entre unas y otras tierras continuaron, pues era de necesidad visitarlas periódicamente, aunque Rodrigo se ocupaba de ello y nos excusaba de buena parte de los trabajos, pero con todo aún encontré tiempo para acompañar a nuestra hueste en otras salidas, correrías que se prolongaron durante los tiempos que siguieron y no resultaron tan desastrosas como la jornada que narré.

En cierta ocasión dirigimos nuestros pasos hacia el sol poniente, pues sentía el inaplazable deseo de llegar hasta el océano, que ansiaba conocer. El mar nos rodeaba desde las cuatro direcciones de los vientos, pero el viaje para alcanzarlo era muy largo, y aunque en ocasiones Leonor y yo habíamos hablado de acercarnos hasta él, nunca pudimos llevar a cabo tal proyecto pues otras ocupaciones lo impidieron, y tras mucho recorrer las enormes llanuras y montañas de nuestro reino, viajes que nos llevaban hoy aquí y mañana allá, siempre nos encontrábamos a gran distancia de sus orillas.

Aquel primer empeño resultó frustrado, pues después de visitar las tierras del sur del reino de León, fronterizas con las musulmanas de Badajoz y Sevilla y en donde se desarrollaba importante pelea, establecimos vínculos con las Órdenes de aquellas regiones, que defendían famosas fortalezas, y acompañamos a una nutrida hueste en una de sus algaradas veraniegas, pero como la pesada impedimenta del ejército, pertrechado de hierros hasta el extremo, retardaba nuestro más ligero paso, tras un par de escaramuzas que no tuvieron historia retornamos a nuestras tierras sin haber obtenido resultados. Estuvimos cerca del reino de Niebla, aledaño al de Sevilla y en donde decían que se encontraba don Ramiro, el noble leonés que pretendió en tiempos a Leonor y del que tuvimos que guardarnos, y aunque no me hubiera importado pagarle con su misma moneda y haber conducido la tropa contra sus posesiones, urgidos por otros asuntos abandonamos la empresa.

Luego, transcurridos unos meses y cuando actuábamos como refuerzo de un ejército aragonés que marchaba hacia la tierras orientales de la península, el Destino me condujo a donde más deseaba. Intervinimos en algunos cercos a castillos y otros lances de parecido jaez, en donde se demostró la habilidad de mi gente, someramente equipada y dotada de gran movilidad, y habiendo finalizado con bien la campaña y cuando el grueso de las tropas se aprestaba a retirarse, pues ya se adivinaban las primeras luces del otoño, como nos encontrábamos muy cerca del litoral insistí en acercarme hasta él con el reducido grupo de soldados que se avinieron a acompañarme en lo que llamé *salida a descubrir*, y he aquí que una buena tarde, al coronar una de las peladas crestas, pues las tierras cercanas a la costa, además de desérticas resultaban especialmente áridas y baldías, ante nosotros se presentó un formidable espectáculo que extasió a cuantos pudimos contemplarlo, y yo, pese a haber oído mucho acerca de su aspecto y naturaleza, nunca había podido imaginar.

Era aquella una infinita y resplandeciente llanura azul que refulgía con miles de cambiantes destellos, el mar de los antiguos tantas veces cantado por los poetas griegos y latinos y cuyas alabanzas conocía de mis lecturas, aunque cuando lo tuve ante mí ponderé como muy pocos sus elogios. Era aquella inmensidad el océano que conocía de labios de Leonor, y jamás, ni en mis sueños, había logrado concebirlo en su

verdadera sustancia. Aquel que se mostraba ante nosotros estaba contenido por cadenas montañosas que se alzaban a derecha e izquierda y se adentraban en las aguas, formando un gran seno en el cual aparecían y desaparecían blancas manchas que semejaban voluble y remota espuma. Más allá, en la distancia, seguramente ocultas por el horizonte navegarían las embarcaciones que mencionaban los libros, las trirremes y cuatrirremes de que daban testimonio Plinio, Estrabón y tantos otros...

Era aquel, en suma, el *Mare Nóstro*, en una de cuyas orillas habitaba Alejandro, que a menudo se había referido a él..., pero poco más pude meditar sobre tales cuestiones, pues como ninguno de los que allí estábamos habíamos contemplado nunca nada igual, a los primeros momentos de estupor siguió un espontáneo griterío que se levantó entre los asombrados jinetes, y tras ello resultó que desenfrenadamente descendimos las cuestas que nos separaban de la azul superficie, y después de desembocar en una extensa y arenosa planicie, que recorrimos al galope, alcanzamos las ondas blancas y cambiantes en las que nos introdujimos sin apearnos de las monturas, y de cierto que estas lo agradecieron, pues lo hicieron con suma complacencia.

El agua resultaba tan transparente que permitía contemplar los innumerables guijarros de que se componía el fondo, y como estaba muy fría me faltó tiempo para, imitando a algunos compañeros, arrojarme sobre ella, lo que, pese a la cota de malla y otras vestiduras, me produjo el mayor de los placeres. Lucía una tarde ventosa y soleada, y permitiendo que nos cubrieran las escasas ondas, que de verdad semejaban vaporosas y muy efímeras burbujas, arrastrándonos, gritando y riendo a voces dejamos transcurrir un largo rato, pues el día había sido caluroso y polvoriento y aquello nos purificó mejor que cualquiera de los renombrados baños toledanos. Allí estábamos cuando, repentinamente, discurrió raudo un grupo de fugaces peces bajo los pies de los caballos, que asustados se apresuraron a ganar la orilla, y quienes en las aguas yacíamos, en nuestro jolgorio intentamos aferrar algunos de ellos, pero resultaban tan escurridizos que sólo agua entre las manos nos restaba cuando creíamos haberlo conseguido.

Aquella extraña y prodigiosa planicie se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, y nada daba indicios de que hubiera lugares habitados en las cercanías, pero en previsión de cualquier asechanza, pues hollábamos tierras extrañas, dispuse que varios de los soldados se dirigieran hacia las lejanas lomas que a uno y otro extremo se divisaban, y desde ellas vigilaran los campos circundantes. Luego, dispuestos a pasar la noche en tan paradisíaco lugar, pusimos a secar nuestras ropas y encendimos hogueras en las que preparar los parcos alimentos que llevábamos con nosotros. Lamentamos no haber podido atrapar algunos de aquellos peces, que hubieran completado la frugal comida, pero tras los arduos trabajos que nos habían deparado las jornadas anteriores, días de guerra y polvo, bajo la luz de las estrellas y con el acompañamiento del silencio y las brasas de las lumbres descansamos con mayor holgura y placer que en el más mullido de los lechos.

Transcurrieron las horas, y cuando amaneció regresaron algunos soldados con la noticia de que a escasa distancia se encontraba una pequeña aldea, que imaginamos de pescadores, y como nada teníamos de comer y supusimos que allí encontraríamos lo que necesitábamos, tras levantar el campo nos dirigimos hacia ella.

La sorpresa y el temor que en las caras de sus desprevenidos habitantes se pintó ante nuestra aparición, fueron seguidos por una veloz desbandada hacia las tierras del interior, pero yo me ocupé de impedir cualquier clase de desafuero, conteniendo a los soldados y dejando que quien quisiera se ausentara, que fueron todos, y tales carreras hubo, y tan atropelladas resultaron, que algunas de aquellas personas acabaron en el suelo presas de su aturdimiento, y al fin, incapaces de moverse, fueron conducidas ante mí.

Requerí la presencia del intérprete y le dije,

–Diles que no hemos venido a matar a nadie, sino en busca de comida –y uno de ellos, que parecía más despierto que los demás, señaló nerviosamente hacia unas pobres construcciones de carcomida madera que se levantaban en la orilla.

Varias barquichuelas descansaban sobre las piedras, y a su lado y sobre unas esteras observamos unos enormes peces destripados, animales mucho más grandes que los que el día anterior habíamos visto y presentaban un aspecto terso y brillante. Aquel individuo, que nos contemplaba con sumo temor, se dirigió hacia ellos provisto de un cuchillo, y con la mayor habilidad cortó uno a lo largo dividiéndolo en dos pesadas partes, que enarboló para que las viéramos. Su carne era roja, lo que seguramente se debía a la sangre que chorreaba, pero su aspecto era tan apetitoso que no lo pensamos ni poco ni mucho, y de inmediato, en la más principal y despejada plaza del poblado, y sobre hogueras que hicimos para ello, asamos aquellas tajadas sanguinolentas de las que todos afirmamos su deleitosidad y comimos hasta hartarnos, y a los francos que venían con nosotros y no quisieron participar en el lujurioso banquete, pues lo tachaban de inmundo, les dimos unas escuálidas gallinas que se amontonaban en uno de los corrales. Ellos se sintieron aludidos en su orgullo, pero habida cuenta de nuestras fuerzas y las ceñudas miradas que les dirigieron quienes me rodeaban, entre las risas de los demás hubieron de conformarse con lo que se les ofrecía, pues en las hogueras las asaron y dieron cuenta de ellas.

Luego, finalizado el monumental ágape, volvimos a las monturas y, entre gritos, risas y carreras que espantaron a los escasos seres que con temor observaron la partida, reemprendimos la marcha que había de devolvernos a nuestros lares, lo que al cabo de los días conseguimos sin que hubiera lugar para otras aventuras dignas de ser narradas.

...

Las hazañas de Ramón el de Calatrava, como me conocían, y su hueste, a la que atribuían pacto con el Maligno pues era proverbial nuestra imprevisible capacidad de movimiento, ya que tan pronto aparecíamos aquí como allá, fueron pronto célebres en la región, y, según supe, hubo varios caudillos sarracenos que, aprovechándose de mis periódicas y dilatadas ausencias, las cuales eran motivadas por los viajes que nos llevaban a lo ancho y largo del territorio de Castilla, presumieron de habernos derrotado e incluso de haberme dado muerte.

De tanto en cuanto corrían leyendas como aquellas por la frontera, a veces aumentadas y a veces disminuidas por la fantasía de las gentes, y de ello resultó que Yebel estuvo en boca de todos como lugar fabuloso en el que sus encastillados ocupantes, héroes según el sentir de los humildes, gozaban del favor y protección del Cielo y sus ejércitos angélicos. No era desdeñable nuestra fama, pero debido a ella corrimos una aventura que en trance estuvo de acabar mal para las personas que durante aquellos días allí nos encontrábamos.

Una vez, una sola vez durante todos aquellos años, hubimos de soportar el asedio de una considerable y belicosa fuerza de bereberes que, provistos de algunas máquinas, intentaron abrir brecha en los muros y penetrar en la población, pero como las patrullas que Hernán tenía en constante movimiento nos avisaron con antelación, tuvimos el tiempo suficiente para alojar a las gentes en el interior del recinto amurallado y enviar mensajeros a uña de caballo hacia Toledo y Consuegra, únicos lugares de las proximidades de los que podíamos esperar socorro, puesto que, encontrándose la mayor parte de los hombres de armas en tierras lejanas, nuestro número no pasaba del centenar.

Sin embargo, no era tarea de un solo día penetrar en Yebel, pues el camino que conducía hasta su única y fortificada puerta discurría durante un buen trecho junto a la

muralla y bajo ella, y su margen opuesta estaba limitada por un largo foso, que si bien se encontraba seco pues aquel había sido año de pocas lluvias, constituía un considerable y vertical talud del que resultaba difícil salir si por torpeza caías en él, sobre todo para una caballería. Era por tanto el camino una trampa en la que pocos se atrevían a internarse, pues desde el adarve llovían los proyectiles sobre los expuestos asaltantes, y todo ello para acabar llegando ante uno de los cubos de la muralla, torre que albergaba la puerta y estaba rematada por múltiples matacanes, agresivos y guarnecidos balcones desde los que se arrojaban flechas, calderos de hirviendo pez y piedras de gran tamaño. Por si aquello fuera poco, una vez ante el macizo portón, que estaba reforzado con planchas de hierro para prevenir que fuera incendiado, los asaltantes se veían obligados a girar para abordarlo, y en el escaso hueco que mediaba entre el foso y la pared no había ninguna de las máquinas de sitio, que hubieran caído irremediabilmente al abismo si alguien hubiera tenido la osadía de transportarlas hasta allí.

Tan complicado modelo no era de nuestra invención, sino una copia de los poderosos postigos que guardaban la ciudad de Calatrava, de los que siempre admiré su solidez y cuya reciedumbre era por todos conocida, pues escasas habían sido las ocasiones en que los ejércitos enemigos consiguieron traspasarlos.

La refriega, que iba a durar varios días durante los que hubimos de emplearnos a fondo, comenzó con un intercambio de *truenos*, pues nosotros conservábamos en una bodega algunos de aquellos envoltorios de *polvo negro* que tantas molestias nos había causado, y nos pareció ocasión oportuna para hacer uso de ellos. Los bereberes, por su parte, tras su llegada saquearon los abandonados predios de la vecindad, incendiando las cosechas y llevándose el ganado que había quedado en el campo, y seguramente encontraron el barril que tiempo atrás habíamos abandonado en una cabaña apartada, pues desde lo más profundo del bosque nos llegaron los ruidos de varios de los *truenos* que tan bien conocíamos, a los que siguieron lejanas columnas de humo y cierta conmoción entre las filas que, ocultas como mejor podían, acechaban las murallas que nos protegían.

Durante la primera tarde no sucedió nada y aprovechamos para reforzar las defensas, aleccionar a los labriegos que podían hacer uso de las armas, aunque fueran novatos en tales lides, y lanzar con las catapultas unas ardientes bolas de paja que incendiaron el más cercano sotobosque, lo que obligó a sus avanzadillas a retroceder en busca de nuevos refugios, pero cuando amaneció y nos aprestábamos para rechazar lo que suponíamos inminente ataque, pues Yebel se encontraba cerca de Toledo y en cualquier momento podían aparecer las huestes del arzobispo, de las que de sobra debían de tener noticias, se destacó una tropilla cuidadosamente ataviada con intención de parlamentar.

Permanecieron a prudente distancia, pues sin duda desconfiaban de lo que pudiera suceder, y a gritos y en un torpe lenguaje que apenas comprendimos, nos intimaron a rendirnos y entregar la plaza a cambio de dejar salir a sus ocupantes. Aquellos compromisos, sin embargo, eran comunes y nunca se cumplían, por lo que, a guisa de respuesta, desde lo alto de la muralla Moisés lanzó sobre ellos y con todas sus fuerzas uno de los renegridos envoltorios de *maloliente polvo negro*. El *trueno* que siguió, y que sin duda no esperaban pues el proyectil cayó cerca del lugar que ocupaban, derribó algunos de los caballeros y puso en desordenada fuga a los restantes, y como después recibieron una lluvia de aguzadas saetas, la embajada se apresuró a refugiarse entre el resto de las tropas, que habían asistido atónitas al suceso.

Tras momentos de estupor y muchos gritos y correr de caballos, observamos que trasladaban una de las algarradas y la colocaban cerca de los muros. Supusimos que con ello pretendían devolvernos el golpe arrojándonos piedras o cualquier otro proyectil, pero sin duda el Altísimo estaba de nuestra parte, pues les aconteció el

mismo percance que nosotros habíamos sufrido durante anteriores experimentos con la intratable sustancia que era el *polvo negro*, y fue que, después de colocar en la cuchara algo a modo de barril, al accionarla el *trueno* se produjo en la misma máquina, haciéndola añicos y dejando varios cuerpos tendidos sobre el terreno, lo que provocó un enorme y jubiloso griterío entre quienes defendíamos el baluarte.

Luego nos lanzaron unas mulas, unos fornidos animales que, azuzados por unos cuantos jinetes, se dirigieron con su cansino trote hacia la puerta de la muralla. Aquellas mulas que muy a regañadientes recorrían el arriesgado pasaje despertaron nuestra atención, pues algunas de ellas portaban sobre su lomo lo que parecían arteras trampas, sucios envoltorios de tela de saco que quizá contenían ponzoñas u otras cualesquiera de las sustancias que se utilizaban en los sitios, ante las que convenía prevenirse. No dejamos por tanto aproximarse a los animales, y tras una señal del cuerno algunos fueron abatidos a flechazos y cayeron por el terraplén..., provocando *truenos* que conmocionaron el aire de la mañana y dejaron el talud maltrecho, pues sin duda transportaban envoltorios de *polvo negro*, mientras que las que quedaron en pie dieron media vuelta y emprendieron la huida entre enorme confusión y polvareda.

Como con sus frustradas maniobras agotaron seguramente el endemoniado *polvo* que habían encontrado en el bosque, y del que sin duda esperaban sacar mayor provecho, no volvieron a intentar nada parecido, y como, además, la puerta parecía inalcanzable, no fue por ella por donde intentaron el asalto, sino antes bien pretendiendo derribar alguno de los lienzos de la muralla, para lo que contaban con el auxilio de varias máquinas a modo de muruecos que durante el resto del día instalaron frente al bastión más desprotegido, el ala que miraba hacia oriente, y con las que comenzaron su demoledora labor llegado el crepúsculo.

Allí comprobamos la robustez de la fábrica que habíamos levantado, pues las máquinas de los bereberes, adecuadas para batir paredes de ladrillo como las que se encuentran en sus países, se mostraban torpes e ineficaces si tropezaban con gruesos muros de inquebrantable piedra. Los golpes se sucedieron durante toda la noche, pero caro lo pagaron, pues desde lo alto del adarve arrojamos saetas, piedras y líquidos hirvientes sobre sus servidores, los cuales, aunque intentaban cubrirse con testudos, de tanto en cuanto se veían obligados a abandonar el campo para rehacerse y retirar los cuerpos de los heridos, aunque continuaban luego su ruidosa e inútil tarea, que inútil resultó, pues con las luces del amanecer comprobamos que sus esfuerzos habían sido vanos, ya que, aparte de algunos desconchones menores, la pared se mantenía intacta y nada presagiaba que pudieran hacer mella en su tenaz sustancia.

Durante la primera hora de la mañana y desde nuestra atalaya contemplamos ansiosamente los lugares por los que podrían llegar los auxilios, pues los bereberes, a la vista de lo baldío de sus trabajos, se preparaban para lanzar un asalto, lo que al fin intentaron por dos lugares a la vez y al ritmo del tronar de los tambores a que tan aficionados son los pueblos del norte de África.

Moisés, Hernán y yo hubimos de multiplicar nuestros gritos y esfuerzos para frenar aquella avalancha de energúmenos, lo que a duras penas conseguimos ante la primera acometida, que fue la más impetuosa y multitudinaria, aunque en los momentos de mayor zozobra no estuvimos solos, pues aparte de contar con el centenar de curtidos soldados que dije, los labriegos y algunas de sus mujeres colaboraron derribando las escalas que sin cesar se apoyaban en lo alto de los muros, arrojando piedras e hirvientes líquidos y acarreando haces de flechas y otros proyectiles en donde más se necesitaban, y en lo más porfiado de la refriega me encontré al lado de Damián, el fraile que había sido preceptor de nuestra prole, el cual, arremangados los hábitos y protegido por una aparatosa cota de malla, con una monumental espada que manejaba con las dos manos acababa de cortar las cabezas de dos asaltantes que tras muchos

esfuerzos habían conseguido encaramarse en el adarve.

Nuestra posición, como digo, era firme, y difícil hubiera resultado a los asaltantes introducirse en el recinto con tan exiguas fuerzas, pues aunque fueron varios los centenares de vociferantes seres que lo intentaron, nosotros nos encontrábamos protegidos por las almenas y otros resguardos, y sus flechas, que de vez en cuando llegaban en forma de nubes, se estrellaban en las paredes o caían sin hacer daño en el desierto patio.

En tan bronca y desigual pelea nos tuvieron atareados durante casi toda la mañana, pero luego, como fuera que comprobaron que sus esfuerzos resultaban inútiles, a la vista de las innumerables bajas los tambores decayeron en su incesante retumbar, y los que aún restaban sanos y enteros se retiraron a cubierto de las cercanas espesuras.

Aprovechamos el momento de sosiego para reponernos, apagar los incendios y atender y trasladar a los heridos, y al volver a la muralla e intentar adivinar lo que acto seguido iba a suceder, cuando sin duda conferenciaban sobre lo más conveniente, pues en el lugar en que habían instalado el real, oculto tras una arboleda, parecía reinar enorme alboroto, de improviso se levantó un inopinado griterío y comenzó a escucharse galopar de caballos y entrechocar de hierros, lo que si bien al principio no supimos a qué atribuir, en seguida observamos que obedecía a la irrupción en su campamento de una aguerrida hueste que, sin que nadie lo advirtiera, había llegado hasta las cercanías y luego entrado al galope, lo que provocó la mayor de las confusiones.

Dos grupos de acorazados jinetes que lucían cruces y otros emblemas, traídos sin duda por quienes habíamos enviado en demanda de auxilio recorrieron el campo lanzas en ristre, y después de derribar tiendas y tenderetes y atropellar a quienes se interpusieron en su camino, retornaron sobre sus pasos y volvieron a la carga.

Con la mayor de las sorpresas lo observamos desde el adarve, pero de inmediato supe lo que había que hacer, así que después de recomendar a Hernán que cerrara las puertas tras nuestro paso, acompañado por Moisés y al frente de un grupo de jinetes hicimos una salida que acabó por desbaratar la escasa resistencia de aquella partida que nos había parecido temible, pero que, mermada considerablemente por lo sucedido durante las horas anteriores, no opuso sino una desordenada resistencia, y aunque el grueso de la tropa consiguió ponerse a salvo por la expedita vía de la más caótica y vertiginosa huida, aún pudimos tomar algunos cautivos, sobre todo peones y heridos que quedaron inermes sobre el terreno y, cargados de cadenas y cuidadosamente vigilados, encontraron inmediato acomodo en las mazmorras de la fortificación como medio de librarles de las iras de los enfurecidos colonos.

Luego, en días posteriores y a la vista de lo sucedido, dispuse que los labriegos de Yebel se trasladaran a diferentes tierras de nuestra propiedad sitas más al norte, como eran los campos de Zorita, Castilnuovo y otros lugares, y aunque algunos remolonearon ante lo que se les imponía, pues eran naturales de aquella parte y en ella habían habitado durante toda su vida, me ocupé de señalarles los peligros que para ellos y sus familias suponía encontrarse en lugares en guerra, asegurándoles al propio tiempo que podrían regresar cuando la situación mejorara, lo que presumiblemente sucedería en breve.

Así pues, Yebel quedó únicamente habitado por soldados, y una vez que los campos se despoblaron y nosotros nos repusimos del asedio y reparamos los daños, con la llegada de los ausentes, que retornaron desde tierras de occidente en las que habían formado parte de un ejército que nuestro arzobispo, el siempre beligerante Jiménez de Rada había enviado al sitio y conquista de alguna de las ciudades de la extremadura leonesa, no tuve en mente sino devolver el golpe, y para ello, debidamente pertrechados y con el concurso de cuatrocientos jinetes, nos acercamos con sigilo y por

los montes hasta la ciudad de Calatrava, y tanto fue así que los sorprendimos desprevenidos y con los rebaños fuera de la ciudad.

El ganado quedó en nuestro poder, y cautivos sus pastores, pero no perdimos el tiempo en intentar asaltar las gruesas murallas, que conocíamos bien, y nos limitamos a envenenar las aguas del río e incendiar lo que a mano nos vino, que poco fue, pues los musulmanes, siempre precavidos ante lo incierto de su posición, no plantaban ni cosechaban tierra alguna, mostrándose yermas y abandonadas las huertas de la vega que fueron mi hogar y refugio durante la niñez.

...

Más de diez años habían transcurrido desde la memorable jornada de Alarcos y yo me había convertido en lo que llamaban *señor de la guerra*, personajes a veces ennoblecidos que habitaban las fronterizas tierras de nadie y dedicaban sus esfuerzos al acoso y desgaste de los reinos musulmanes. No estaba solo, pues la frontera era muy larga y se encontraba guarnecida por innumerables castillos, entre los que recuerdo los de Coria, Cáceres, Talavera, Consuegra, Montiel y otros de menor porte, cuyos señores algunas veces colaboraban en la lucha contra la morisma y otras peleaban entre sí. Mi principal actividad, por tanto, era aquella discontinua contienda que nos llevaba a lugares lejanos, expediciones de las que me gustaba formar parte, pero como tenía a Hernán a mi lado, que se ocupaba de todo y con los años había llegado a ser el cabal jefe de la tropa, pasaba gran parte del tiempo en Toledo y otros lugares del reino en compañía de mis hijos.

Leonor, Alfonso, Raquel, Moisés y Soledad crecieron como crecen los niños, y ninguno de ellos dio nunca muestra de enfermedad alguna, pero unas fiebres que aquejaron a su madre en el curso de uno de nuestros viajes, fiebres cuyas secuelas la dejaron postrada durante una temporada y crearon gran preocupación entre los que la rodeábamos, la imposibilitaron desde entonces para aumentar la familia, y por mayores que fueron nuestros empeños –y los de su amigo el arzobispo de Toledo, que aplicó funciones religiosas y oraciones sin fin por la recuperación de tan ilustre persona–, hubimos de conformarnos con los que hasta entonces nos habían enviado los Cielos.

Durante aquella sombría época tuve a mi lado a mis hijos, por supuesto, pero también a Raquel y a doña Mayor, cuyas sabidurías estimaba yo sobre todas las cosas, y a cuantos criados teníamos, ya que Leonor era una mujer que se hacía querer por los que la rodeaban y para quienes guardaba la mayor de las consideraciones, prueba de lo cual fue el trato y educación que dispensó a nuestras hijas, pues aunque en nuestra mano hubiera estado el casarlas con quien mejor nos pareciera, ella, sin duda recordando su propia experiencia, no quiso ni oír hablar de semejante extremo y, en un testamento que otorgó cuando los síntomas de su enfermedad se agravaron, dictaminó que lo harían, cuando les llegara la edad, con quien mejor les pareciera, incluso aunque fuera un musulmán.

–¿Incluso con un musulmán...? –pregunté sorprendido, pues Leonor no era amiga de herejías y la ceremonia no parecía propia para bromas.

Ella sonrió velada y cansinamente desde aquel lecho al que le había conducido el continuo producirse de los ciclos vitales, y al fin dijo,

–Ya sé que no es este tu parecer, pero considera que tu vida ha sido regalada pues jamás tuviste una espada pendiente sobre la cabeza. Yo, pese a mi envidiado origen, fui prisionera de las costumbres de los poderosos, y sólo por una conjunción de prodigios que con fundamento atribuyo a quien más se lo pedí, y a cuya voluntad me abandono, he logrado que se consumen mis más locos deseos, como ha sido tener un gigante a mi lado, el gigante de mis sueños de niña, y ser bendecida con cuantos hijos quiso la naturaleza darnos. Mi padre me destinó a la esclavitud, que a tantas mujeres

afecta, pero yo, seguramente sin merecerlo, fui distinguida por el inapelable dedo de Dios y debo darle gracias por ello. Ahora, cuando siento que las fuerzas me abandonan, no puedo sino corresponder con idéntico trato a quienes de mí dependen, y no quiero que ninguno de ellos tenga que pasar por lo que yo sufrí, encarcelamiento en vida en un oscuro y subterráneo pasadizo cuyo final nunca se vislumbra... –y yo, que me encontraba a su lado transcribiendo el documento que salía de sus labios, me apresuré a anotar aquella *aunque sea un musulmán*, que de la más iconoclasta manera describía su pensamiento y sus deseos.

Al fin ella sanó, pues doña Mayor, partidaria hasta entonces de curanderos y otros espiritistas, que abundaban en Toledo, resolvió que no se podía confiar en nadie y la tomó a su exclusivo cargo, no abandonándola de día ni de noche y preparándole las comidas de su sola mano, pues juzgaba que las tercias dolencias no tenían otro origen que el que entra por la boca. Julián, el jefe de cocina, que llevaba muchos años con nosotros, se sintió afligidísimo por ello, pero doña Mayor le habló de influencias celestes y otras circunstancias difíciles de calibrar para quien dedica su vida a los humeantes hogares, lo que sin duda quitó hierro a los reproches, aunque al propio tiempo le rogó que vigilara con atención lo que sucedía en los fogones y nos tuviera diligentemente informados.

De tal suerte transcurrieron algunos meses, y como Leonor había recuperado la salud, pues debido a los cuidados de doña Mayor pronto pudo dejar el lecho y volver a su vida de siempre, nos vino a la cabeza expresar a Dios nuestro agradecimiento. Nuestra casa toledana era grande, y su fábrica, por lo que podía deducir de los sillares que conformaban sus ingentes muros, muy antigua. Adosada a la parte trasera había una antigua y húmeda construcción con trazas de abadía, y una vez adecentada, aposentamos en ella con ínfulas de refundación a Peregrino y Damián y otros frailes, que con cierto pesar del alma, pues se consideraban campesinos, se habían visto obligados a abandonar Yebel por las nuevas circunstancias que sobre su comarca confluían.

Muy solemne fue la consagración, puesto que contó con la presencia de nuestro arzobispo, y dilatados los ceremoniales, las aspersiones, los besamanos y los sahumeros, pero al fin todo cumplió sus plazos y el lugar fue santificado y añadido a la muy amplia relación de propiedades que el arzobispado poseía en la ciudad..., y tal es el motivo de que en tierras castellanas muy alejadas de cualquier océano exista una iglesia dedicada a Nuestra Señora María de todos los Mares. La instituímos Leonor y yo llevados por nuestras aficiones, y todavía está allí.

–María..., mares... –dijo en una ocasión Leonor–. Tú, que tantas cosas piensas, ¿crees que entre esas dos palabras existe una relación?

Pues bien, aprovechando que de nuevo tenía junto a mí a quien había sido mi principal maestro en lo que concernía a aquellas industrias que algunos calificaban de idolátricas, cual era la ciencia alquímica, dispuse unas habitaciones que desocupadas y al fondo de la huerta se encontraban, y en ellas, convenientemente remozadas, continuamos con nuestros interrumpidos ensayos por el correr de los tiempos. Mucho habíamos tratado en tiempos anteriores sobre las peculiares virtudes de los alimentos, así como el bálsamo que suponía el elixir de la juventud y la no menos interesante piedra filosofal, capaz de trocar el hierro en oro, pero como oro era lo que sobraba en aquella casa, dedicamos nuestros esfuerzos al análisis de la nafta, elemento mucho menos común y mucho más misterioso, y al de su hermano *hidrargirum*, quimérico y muy pesado principio del que adquirimos una buena cantidad, ya que, aunque no resultaba fácil de encontrar, en Toledo podía conseguirse encerrado en ánforas de hierro.

A tal fin y en habitaciones separadas, pues Peregrino opinaba que podían resultar menoscabos si dejábamos que las *sustancias* se mezclaran, dispusimos dos recipientes

a modo de grandes y circulares pilas de piedra, y en uno de ellos derramamos el contenido de las ánforas, que resultó ser un espeso y brillante líquido que refulgía con las luces propias de los astros celestes y tenía la curiosa propiedad de no permitir que en su seno se introdujera nada, pues hasta los objetos de hierro flotaban como corchos en el agua.

Muchas horas pasé contemplando su siempre ondulada superficie e interrogándome acerca de las propiedades de tan extraordinario líquido, pero como nada saqué en limpio y Peregrino juzgaba que lo que me preguntaba estaba fuera de nuestro alcance, dedicamos el tiempo a la nafta y su licuado, pues aunque abundantes habían sido mis tratos con ella, siempre la había conocido en la forma de las pegajosas pellas que en ocasiones topabas en pedregales y campos baldíos. Mi interés emanaba de sus aplicaciones para las batallas, puesto que fácilmente servía para incendiar techumbres y campos secos, pero Peregrino, que conocía algunas de aquellas artes que tan en secreto llevaban los sabios, calentando con parsimonia su sustancia, a la que encerró en una vasija de cristal de peculiar forma, consiguió un líquido negruzco que, una vez derramado en una jofaina –lo que hicimos con la mayor de las precauciones– desprendió tal cantidad de cambiantes reflejos y caprichosas irisaciones de todos los colores que lo tomé por exhalación de origen desconocido y relacioné su existencia con la de los mismísimos ángeles, únicos seres capaces de producir semejante maravilla..., aunque mi entusiasmo fue prontamente moderado por mi maestro y acompañante, que si bien atestiguó sus más que evidentes virtudes, al propio tiempo hizo mención de lo impredecible de su manejo y, lo que era más, de sus aborrecibles emanaciones sulfurosas, que quizás y con más propiedad cabían atribuirse al demonio.

–Así pues... –dije perplejo y retirando las narices de la vasija que contenía el dichoso líquido, y el padre Peregrino ensayó un ademán de conciliación.

–Nada sabemos de aquello en lo que el Altísimo no ha querido instruirnos, aunque, qué duda cabe, el correr de los tiempos desvelará lo que ahora se nos antojan misterios. ¿Qué diríamos si pudiéramos vivir mil años? ¿Qué diría usted, señor mío, si un día descubriéramos que en este material que nos ocupa está encerrado el ímpetu del viento...? El del fuego lo contiene, por extrañía que parezca, pues, como ambos sabemos, su poder es mayor que el de mil inflamados bosques..., pero es precisamente el Maligno el detentador de tan ardiente dominio, y nuestra religión nos ilustra sobre lo impío que resulta acercarse a él.

Hubo una contemplativa pausa alrededor del oscuro y equívoco recipiente, y Peregrino al fin sentenció,

–¡Ay, y qué enigmáticos son los caminos que la naturaleza nos propone...!, pero no desmaye usted en sus trabajos y recuerde que fueron los politeístas griegos de antaño los que, sin conocer al verdadero Dios e iluminados sólo por los fuegos de sus mentes, se dieron arte para alumbrar una herramienta tan poderosa como la geometría, que tan ventajosos servicios nos ha prestado. Persevere por tanto en estos empeños y haga por conseguir nuevas cantidades de nuestro material, pues me agradecería proseguir las experiencias. Y no le quepa la menor duda de que si el demonio está mezclado en estos asuntos, lo desenmascaramos, sí, lo desenmascaramos...

... y fue de lugares tan lejanos como Cogolludo o Zorita, más allá de los montes Carpetanos y en sierras enclavadas en nuestros feudos, de donde nos llegaron monumentales bolas de tal sustancia, puesto que hice pública una proclama en la que daba noticia a los lugareños de su enorme valor y mi interés por ella. Dije que aquel era incalculable y superior al del oro, y con semejante metal las pagué convencido de que hacía un buen negocio, y al fin, tras muchos trabajos y tardes y noches de obstinada vela alrededor de los hornillos, aunque debería añadir que acompañados por buenas jarras del siempre necesario vino, atesoramos en nuestra artesa de las huertas del jardín un verdadero lago negro, cuyas emanaciones despertaron en algún caso la

euforia, aunque en otras el rechazo, de quienes pudieron contemplarlo. Leonor fue de estas últimas, pero como en aquel asunto estaba mezclado nuestro capellán, se abstuvo de comentarios y coincidió en *querresultaba posible que con el correr de los tiempos se engendrara de aquello la volátil fuerza del viento... o quizá del abismo, ¿quién podía saberlo?*, de lo que Peregrino se valió para celebrar a nuestra dueña y yo aprovecharé para añadir una última glosa, y es que el Maligno, por fortuna, no apareció nunca.

Entretenidos con aquellos y otros asuntos transcurrió un tiempo, y aunque el diablo no tuvo lugar entre nosotros, sí apareció en el entretanto quien pretendió suplantarlos, y sólo fue cuestión de buena suerte que no consiguiera sus propósitos; es decir, de buena suerte conciliada con ese sentido al que llamamos olfato.

Cierta tarde, cuando sentado ante una ventana abierta dedicaba el tiempo a desentrañar uno de los gruesos tomos de que me proveían los monjes, se acercó Raquel hasta mí y, tras husmear el aire, dijo,

–¿Estás solo?

–Sí.

–¿Nadie nos oye?

–Nadie, no te inquietes.

Raquel se apoyó en el alféizar y, tras una pausa y dirigiéndose al vacío, dijo,

–Ramón, he soñado contigo.

De sobra conocía yo los sueños de mi hermanita y lo que quería decir con ello, así que permanecí mudo.

–¿Me escuchas?

–Sí. Prosigue.

Raquel consideró sus palabras y dijo,

–Alguien quiere enherbolaros. He escuchado gritos; erais Leonor y tú, y parecía que os retorçais de dolor. Desde la sombra, un individuo con un mandil y un cuchillo en la mano contemplaba la escena satisfecho. Aquel hombre tenía cuernos, como el demonio..., y detrás de él podían verse esos recipientes que me dicen que mantienes llenos de líquidos. Parecía que hervían, pues también podía escuchar los ruidos propios de las cocinas.

Yo no supe qué responder a tan chocante augurio, y ella añadió,

–Tenéis que tener cuidado.

–Sí, lo tendremos. No digas nada a nadie, que yo hablaré con Yúsuf –y Raquel me buscó la cara y me dio un beso, tras lo que salió tentando la pared.

Yo cerré el libro y contemplé el paisaje que veía por el ventanal, la huerta de nuestra casa y detrás los tejados del caserío toledano que descendía hacia el río. Algunas de sus palabras me habían sorprendido, pues ¿qué significaba la alusión al lago de nafta? ¿O se refería *alhidrargirum*, del que Peregrino, pese a su belleza, me recomendaba mantenerme apartado?

Recordé también la extraña enfermedad (fiebres, dijeron) que de forma súbita se abatió sobre Leonor y de la que doña Mayor aseguraba que era un mal que *entraba por la boca*, lo que seguramente era cierto, pues sus indisposiciones cesaron en cuanto ella la tomó a su cargo. Fiado a la honradez de Julián, que tantos años llevaba con nosotros, no había dado un solo paso en tal sentido, y sin embargo, ¿no había hablado también Raquel de una cocina?, y aquello me hizo pensar, pues yo sentía un gran respeto por los sueños, de los cuales podían derivarse múltiples enseñanzas..., y por tanto, ¡cuánto más los de Raquel!, cuyos únicos ojos eran los de su avispada mente, lo que la dotaba de una profundidad de alcances de la que cualquiera hubiera deseado disfrutar.

En aquel galimatías, que grandes trabajos nos iba a procurar y cuyas consecuencias pudieron resultar funestas, intervinieron sobre todo tres perras recién llegadas a

nuestra casa, tres perras a las que, por una licencia muy especial, permitíamos dormir bajo nuestra cama y por las que Leonor había cobrado particular cariño. Eran tres perras vagabundas que un día aparecieron en el patio y los criados intentaron echar a patadas, pero fue tal su terror y el coro de desesperados aullidos, que mi mujer bajó a ver qué sucedía y encontró tres cachorros de una misma camada acorralados en un rincón. No eran perros de caza ni mastines ni pastores, sino tan sólo tres seres famélicos que inmediatamente fueron bautizados como «la blanca», «la roja» y «la negra», aludiendo a las manchas que se advertían sobre su piel grisácea.

Mis hijos las incorporaron a sus juegos, pero ellas, antes que ningún otro ministerio, adoptaron el papel de guardianas de Leonor, a la que precedían cada vez que se desplazaba de una habitación a otra, dando el visto bueno a lo que encontraban con gestos inconfundibles.

Ignoro hasta qué punto aquellos animales fueron unos enviados del Cielo, quizás seres angélicos enmascarados, pero lo que no se podía negar era su carácter y ascendencia de sabuesos, pues venteaban de continuo el aire, y cuando nos sentábamos para comer, de inmediato se colocaban a nuestro lado y husmeaban en todas direcciones. Al fin se echaban junto a nuestros pies, lo que tomábamos como beneplácito a lo que nos habían servido, y en las ocasiones en que la comida no estaba aderezada a su entera satisfacción, gruñían sordamente y, alzándose sobre las patas y tirándonos de las mangas, parecían querer impedirnos que la lleváramos a la boca. Eran nuestras catadoras, y desempeñaron tan delicada función mucho mejor que cualquier persona puesto que no necesitaban probar lo que era objeto de su análisis, sino que emitían sus inapelables veredictos en cuanto la fuente que contenía el alimento traspasaba la puerta.

No diré, por tanto, cuál fue nuestra sorpresa cuando, una tarde en que Leonor y yo nos disponíamos a cenar en completa soledad, las perras se enfurecieron a una en cuanto la sopera fue colocada encima de la mesa. La criada que la había traído se retiró, pero nuestras guardianas no cejaron en sus ruidos, que fueron en aumento, y cuando me vieron enarbolar la cuchara para servir a Leonor, saltaron sobre la mesa y, acompañadas por el mayor de los alborotos, pues no cesaban en su ladrar, con el morro arrojaron la sopera al suelo, que se rompió, y cuyo contenido se dispersó sobre las losas de piedra. Luego corrieron hasta una de las esquinas de la habitación, en donde se sentaron jadeantes y a la expectativa.

Debido al ruido entró Yúsuf seguido por varios criados, y yo le dije,

–Haz venir a Julián.

Al cabo de un momento se presentó nuestro cocinero, quien se echó las manos a la cabeza al contemplar el cuadro.

–¡Señor...!

Yo tomé con la cuchara una porción de la sopa derramada y la acerqué a una de las perras.

–¡Toma, blanca, come...! –pero la blanquita, que era la más tranquila de las tres, ni siquiera tomó en consideración mis palabras, apartando desdeñosamente el morro y mirándome de reojo y con cara de circunstancias.

–Ya lo ves –dije a Julián–. Sin embargo, es posible que tu comida le guste a los marranos. Vamos a comprobarlo.

Descendimos las escaleras, atravesamos algunos cuadros de la huerta y nos encaminamos a las cochiqueras, pero allí el resultado fue el mismo, pues cuando coloqué en el suelo el plato que contenía el mejunje, algunos cerdos que se habían acercado a curiosear se apartaron alarmados, y otros huyeron hacia el fondo como alma que lleva el diablo.

–¡Que Satanás me lleve si entiendo lo que sucede! –barbotó Julián, cuyo asombro se acrecentaba por momentos, y con enérgicos ademanes tomó el plato que habían

rechazado los chones y se lo llevó a la boca, pero yo no lo permití y de un manotazo lo tiré al suelo.

–¡Estás loco...! Si ni siquiera los marranos lo quieren, ¿no significa eso que está emponzoñado... por alguna mano que ni tú ni yo conocemos?

Julián había palidecido hasta el extremo, y yo le tranquilicé.

–No te culpo de nada, excepto de no vigilar a tus ayudantes... –aunque en seguida me desdije–. Ahora que lo pienso, ha podido ser cualquiera, y como todos conocen lo sucedido, quien lo haya hecho estará sobre aviso. Vete y abre los ojos.

Julián se fue apresurado, contrito y pesaroso, y me imaginé el escándalo que iba a seguir en sus dominios, pero aquello no remediaba nada pues entre nosotros habitaba un traidor, lo que resultaba muy comprometido, sobre todo si pensaba en los niños.

Yúsuf fue de la opinión de alejarlos cuanto antes, y aunque aquella noche redobló las guardias, cuando llegó el amanecer partió de nuestra casa una caravana de carros en dirección a las norteñas tierras de Castilnuovo. A excepción de Alfonso, mi hijo mayor, a quien quería tener a mi lado en los momentos difíciles con objeto de que fuera aprendiendo, viajaron en ella nuestros hijos, Raquel y los suyos y doña Mayor, que resultaba imprescindible en momentos como aquel, y todos custodiados por fuerte guardia al mando de Hernán, a quien creía más capacitado, y cuando Yúsuf y yo acompañados por Peregrino, cuya habilidad para descifrar los hechos cabalísticos era notoria –facultad que nos había señalado incluso doña Mayor–, nos entreteníamos en urdir una trampa en la que apresar al traidor, llegaron a casa noticias de un suceso que de manera instantánea borró de mi cabeza tales preocupaciones: Alejandro, mi amigo de antaño, acababa de entrar en Toledo y enviaba a un criado con el encargo de buscarme...

Muchos años hacía que no veía a quien fue mi compinche en los lejanos tiempos de la *academia* toledana, en la época en que servía como criado a Lope y nada sabía de lo que los tiempos venideros me iban a deparar. La última vez que le había visto fue cuando en compañía de Lope y de Yúsuf acudimos al cerco de una plaza que asediaba un ejército del reino de Aragón. Casi veinte años habían transcurrido desde entonces, y aunque habíamos hecho votos por nuestro pronto reencuentro, la vida, que da muchas vueltas, se había encargado de que no volviéramos a reunirnos. Y tanto fue así que al primer momento de confusión siguió una súbita oleada de entusiasmo y a punto estuve de salir a la calle a buscarle..., aunque en seguida recapacité y, tras despedir a su criado con el ruego de que nos esperara, me apresuré a acicalarme como correspondía para recibir a tan ilustre huésped, y fue mi mujer quien insistió *yme lavó el cabello*, pues era de rigor aquello de la limpieza.

En compañía de Leonor corrí luego a casa de uno de los mercaderes venecianos que en nuestra ciudad había, lugar en el que tenía intención de aposentarse, y allí, en el atrio, rodeado de columnas y criados fue donde le encontré con un aspecto muy parecido al de antaño. Los dos habíamos cambiado mucho, pues entonces ya teníamos casi cuarenta años –y, como dije, la vida da muchas vueltas–, pero su mirada seguía siendo la de siempre, y su ingenio.

–Ya que tú no has venido a Venecia..., he tenido yo que volver a esta ciudad, que tanto recuerdo –y allí nos abrazamos como dos hermanos, pues sin duda era aquello lo que siempre representamos.

Sus ropas no eran de guerrero, sino de persona letrada, y sus ojos delataban la determinación de que hizo gala en los tiempos jóvenes y le habían llevado a emborronar las paredes de nuestro convento, arrojar a dos soldados desde el tejado y enfrentarse a cuanto bicho viviente se pusiera a su alcance, y cuando le tuve a mi lado, lejos de aquellas impulsivas maneras de juventud, la impresión inicial fue la de haberme encontrado con alguien que era mucho más sabio que yo. Yo creía conocer la guerra y la cantería –y la herrería, diría si me apuraran–, pero en su expresión me

pareció reconocer *lasumma cultade* tiempos anteriores, algo a lo que yo, a pesar de mis esfuerzos por dotar de instrucción a mis desamparados términos, ni siquiera me había asomado.

Alejandro, entre otras cosas, me regaló un libro suntuoso. Se llamaba *Historia de los reyes de la remota Bretaña* y por sus páginas desfilaban magnates sin fin, duques, condes, caballeros y, por supuesto, reyes, de los cuales había asaz polícromos retratos pintados con terrosos minios; sus cubiertas eran de madera, y sus cierres, metálicos y fabricados con un hierro en el que en seguida reconocí su excelente factura. Era, en definitiva, un libro muy grueso y pesado, y mis esfuerzos para descifrarlo en la cama –que es un magnífico lugar para hacerlo– fueron vanos. Otros volúmenes de parecido porte había tenido entre las manos que se dejaban hojear, pero aquel precisaba colocarlo en un pesado atril, y, con la ayuda de un criado que pasaba las páginas, intentar esclarecer sus abigarrados caracteres latinos. Alejandro, además, me recomendó prestar especial atención a lo que se decía de un tal rey Artús y su corte de caballeros, que le traían recuerdos de nuestros bulliciosos tiempos de *la academia*.

Durante los primeros días visitamos con ruido los lugares que habíamos frecuentado antaño, aunque encontramos que pocos de ellos permanecían como los habíamos conocido –*sic transit gloria mundi*–, y luego, acompañados por sus amigos venecianos, nos trasladamos a Yebel para celebrar jornadas de caza.

Allí estuvimos a la espera de lo que había de suceder, pues no había echado en olvido el incidente que antes mencioné, y lo que sucedió fue que Yúsuf atrapó a uno de los criados intentando entrar en el cuarto de Leonor, lo que pretendió llevar a cabo nocturnamente y armado con un cuchillo de grandes dimensiones. Aquel criado llevaba dos años en nuestra casa y siempre había pasado desapercibido, pues nunca tuvimos queja de él, pero una vez desenmascarado confesó que había sido don Ramiro el inductor del suceso.

Aquello nos sorprendió, pues hacía mucho tiempo que habíamos olvidado a tan infame personaje y suponíamos que él tampoco guardaba memoria de nosotros, pero según dijo aquel individuo, no cesaba en sus habituales intrigas y había adoptado la triquiñuela de enviar criados por el mundo adelante a vengar los agravios de que se sentía objeto, para lo que los proveía de dineros regularmente.

Leonor no estaba en la habitación en la que intentó el atentado, donde sólo reposaba un pelele de trapo, sino con Alejandro y conmigo en Yebel, y una vez enterados de lo acontecido regresamos a Toledo, lugar en el que habíamos de dar respuesta a tan peliaguda cuestión. Pasamos varios días discutiendo sobre lo que convenía hacer, y a la postre nos decidimos por una solución salomónica..., y es aquí donde enlazaré con lo que había aprendido en el monumental volumen que Alejandro trajo desde sus lejanas tierras.

Alrededor de una mesa redonda que hice colocar en la más alta habitación de la mayor torre de Yebel, nos reunimos los pretendidos caballeros de nuestra cofradía, entre los que el principal era Alejandro, Alejandro el grande, según dijeron todos, a quien acompañaba el rey Artús y destacados miembros de su legendaria corte, entre los que se contaban Lanzarote, Perceval, Sagramore y Merlín, ya que los intrincados ropajes de Peregrino, a quien había llevado a nuestra junta como consejero para los importantes asuntos que nos veíamos obligados a tratar, le prestaban aspecto del adivino que tal personaje fue. Asimismo se encontraba presente Tristán de Leonís, a quien daba vida mi hijo Alfonso, que se veía sobrepasado por los acontecimientos y las toscas palabras que escuchó a guisa de saludo.

Era una noche ventosa, y golpeando con rudeza las tablas acallé el tumulto que alrededor de nosotros se cernía, pues la copiosa cena y los vapores del vino habían inflamado los ánimos. Luego, poniéndome en pie, dije,

–Lástima que no podamos tener con nosotros a nuestras muy amadas Ginebra,

Morgana y la siempre vaporosa *dama del lago* apacentando sus cisnes, pero esta es una reunión de hombres, y las mujeres, fuera de las furcias con que Hernán periódicamente aprovisiona a la tropa..., no tienen cabida en esta casa.

Hubo varios carraspeos, pero nadie añadió palabra y todos se levantaron para brindar.

–Bebamos a la salud de nuestra señora Ginebra, que al presente se ha reencarnado en la dulce Leonor, la de los anillos de oro..., y bebamos también a la salud de su hijo Tristán –y señalé en dirección a Alfonso, que confuso por los vapores y los gritos, a los que en seguida se sumó, ensayó una tambaleante reverencia al más puro estilo de los paladines del lejano norte.

El negocio que hasta allí nos había llevado, aparte de agasajar a Alejandro, no era otro que la respuesta que había que dar a las asechanzas de don Ramiro, cabal encarnación del Maligno, y yo, inductor de la reunión, no me decidía por ninguna de las soluciones propuestas. Peregrino era partidario de fundir el cuchillo con el que aquel criado que teníamos en las mazmorras pretendió matar a Leonor, y hacérselo tragar, mientras que Hernán y Moisés opinaban que tan brutal método no conducía a nada y era preferible narcotizarle y cortarle el cuello cuando no se diera cuenta, tarea que podíamos sortear entre algunos individuos de la mesnada, lo que impediría que nos mancháramos con su sangre...

Los gritos arreciaron, pues los criados hicieron entrada portando bandejas que contenían enormes y humeantes cabezas de jabalí, y yo me aparté de la alborotada mesa y me acerqué a los arcos que resguardaban los altos ventanales por los que podían adivinarse las tinieblas de la noche, y aunque nuestro castillo no se encontraba sobre un acantilado de la lejana costa de Inglaterra, me asomé al vacío e inducido por el viento me pareció escuchar el fragor de la mar oceánica, por lo que con todas mis fuerzas grité,

–¡Vivan los fuertes muros de Tintagel y sus prismáticas almenas y mueran los bretones..., y viva la espada que arranqué del yunque que *vino del cielo!* –a lo que ellos a una respondieron con clamorosas voces.

–¡Vivan..., y vivan otra vez la reina Ginebra y Morgana y todas las demás! –y allí, encontrándome en la más favorable de las situaciones, rodeado de amigos, alumbrado por crepitantes antorchas y con la mesa cubierta de comida y jarras bien provistas, a mi cabeza acudieron recuerdos lejanos, cuando en una de nuestras salidas habíamos conseguido alcanzar las orillas del mar cuyo murmullo creí que me llegaba en aquel momento desde la llanura.

–¡Escuchad...! –dije ante el asombro de todos–. ¡Es el océano!

En la gran habitación se hizo el silencio y los concurrentes prestaron oído, pero sólo el vendaval nos respondió con sus infatigables gemidos, que parecían exhalados por los trasgos y fantasmas que antaño poblaron las costas galesas.

–No, no es el océano –añadí con voz vacilante y aparentando misterio–, sino el Mare Nóstrum que una vez conocí y no he olvidado... Sus riberas estaban ocupadas por gentes que aparentaban ser moriscos, pero quizá no lo fueran, sino eslavos... Este es un mar muy concurrido, y quienes moran en sus costas están todos confabulados...

–¡Mar de piratas, es cierto! –concluyó Alejandro levantando la copa, pues él lo conocía mejor que cualquiera de nosotros, y bebimos una vez más.

Luego se advirtió un fuerte golpe, y observé que Alfonso se había derrumbado sobre la mesa. Todos reían, y aún hubo quien intentó enderezarle con gruesas palmadas que no consiguieron otra cosa que extraer de su estómago turbio líquido, por lo que no me quedó más remedio que reclamar moderación a los presentes, cargarle sobre el hombro y, pese a sus incoherentes protestas, llevarle hasta el lecho que le habían preparado, en donde cayó redondo y balbuciente.

Alrededor de nuestra *mesa redonda*, aquella capital reunión en noche de luna se prolongó hasta el alba, y durante ella recibimos la imprevista visita de un veloz

mensajero enviado por la reina Ginebra, que reclamaba clemencia para el condenado con ponderadas palabras que a todos satisficieron por su indulgencia.

«Perdonar es privilegio de poderosos», comenzaba la recomendación, «y nada ganamos con ejercer la fuerza de que nos reviste la tradición. Este es mi mandato: no habéis de dar muerte a quien intentó envenenarnos, ni su cuerpo ha de servir para alimentar a los cuervos que pueblan las murallas de Yebel. Así pues, le pagaréis la soldada que su amo le dejó a deber, pues procuró cumplir sus instrucciones, y como a criado desleal, le cortaréis los pies y las manos y le arrojaréis al camino.»

Yo observé a los comensales, que con los torcidos ademanes que presta el harto trasegar de vino habían escuchado la voluntad de Leonor, y al fin, creyendo que estábamos de acuerdo y nos habíamos librado de tomar la intempestiva decisión, de lo que nos excusaba el mensaje de mi mujer, di las órdenes al caso.

Los gritos pudieron escucharse durante la noche a lo largo y ancho del término, aunque nadie asomó la cabeza para averiguar qué sucedía. Unos lo sabían, y el resto se lo imaginaba.

La mañana amaneció barrida por los vientos, el cielo azul y claras las montañas lejanas. Nosotros nos dispusimos a la salida, pues salida era la que nos esperaba, algarada que nos iba a llevar lejos y a la que Alejandro se sumó. Yo había intentado disuadirle, pero él, cuya vida de mercader era seguramente regalada, no podía sustraerse a la aventura que de improviso se presentaba, y como su más inmediato proyecto consistía en viajar hasta la ciudad de Lisboa, adonde le llevaban sus negocios, y lo hacía en compañía de criados y carros que transportaban sus pertenencias, su presencia nos resultó de gran utilidad.

Nuestro propósito consistía en acercarnos hasta las posesiones de don Ramiro, en pleno territorio musulmán, y con ello en la mente nos trasladamos a los confines del reino de León, lo que llamaban *extremadura leonesa*, en una de cuyas plazas nos instalamos en espera de la ocasión propicia, ya que eran muchos los grupos que se internaban en el campo enemigo y podían darnos noticias que nos interesaran.

Disfrutaba don Ramiro de extensas posesiones en un lugar cercano a Silves, la capital del reino que le guarecía, y semejante vecindad nos inquietaba, pues no deseábamos entablar batalla sino capturarlo y escapar de tales contornos cuanto antes, pero allí salió a relucir el ingenio de Alejandro. Dispuso que nos disfrazásemos de mercaderes y, haciendo uso de sus pertenencias, cartas y relaciones, nos introdujéramos en tierras enemigas simulando uno de los cortejos comerciales que frecuentaban las fronteras. Además, como sus criados hablaban con soltura los idiomas de más curso en el Mediterráneo, convinimos en prescindir de los nuestros, que al mando de los capitanes aguardarían emboscados, e iniciar la aventura fiados al engaño.

Fue de tal forma que, habiendo formado una caravana con algunos carros, atravesamos sin tropiezos las llanuras que conformaban la tierra de nadie y después las pedregosas sierras que nos separaban de los reinos musulmanes, y una tarde nos presentamos ante lo que creíamos mansión de nuestro enemigo, que se mostraba rodeada de jardines.

Nos sorprendió la aparente ausencia de gentes de guerra y el bucólico aspecto que presentaba, algo impropio del rudo carácter de su dueño, y me pregunté si no habríamos errado en nuestras apreciaciones.

Alejandro, con aquel innato aplomo que yo admiraba y ataviado como el magnate que en realidad era, se dirigió al intendente de la fastuosa mansión, que había salido a recibirnos, y tras exponer nuestras pretensiones de mostrar fabulosos tesoros a los señores de tan importante casa, consiguió que fuéramos admitidos. Yo me embocé cuanto pude y, a fuerza de encorvarme, procuré disimular mi altura, pues aunque habían pasado alrededor de veinte años desde la única vez que, en tierras de Yebel, había visto a don Ramiro, cabía que me reconociera y se fueran al traste nuestros

planes. Sin embargo, lo que sucedió fue por completo diferente.

Acompañada por un mayordomo y dos guardias armados, y ante nuestra sorpresa, hizo acto de presencia una muchachita que acaso no había cumplido treinta años. Era guapa, alta y morena, y las ropas que vestía delataban su posición. Ella nos contempló con curiosidad y al fin dijo,

–Los criados me han informado de su llegada y lamento haberles hecho esperar. Acomódense, pues esta es su casa.

La cortesía propia de los musulmanes había hecho aparición, pensé, y aquello, era de esperar, allanaría el camino.

–En la ciudad de Silves nos han hablado sobre su notable sentir y afición a las maravillas –comenzó Alejandro–, y como nuestro camino nos lleva hacia Lisboa hemos pensado en acercarnos a esta su casa antes de iniciar el viaje y mostrarles mercaderías que quizá sean de su agrado. Créame, señora mía, cuando la apercibo a no sentirse comprometida por nuestra visita, que es para nosotros un placer.

Alejandro era un retórico consumado, prueba de lo cual fue el beneplácito que despertó en nuestra anfitriona, que se tradujo en la más encantadora de las sonrisas.

–Aprecio mucho sus esfuerzos y el interés que se toman, por lo que no puedo sino darle las gracias, señor...

–Alejandro de Soranzo –dijo él al instante efectuando una suerte de reverencia–, de la familia de mercaderes venecianos de los que quizá usted haya oído hablar, pues nuestros barcos surcan el Mediterráneo entero.

Ellos se contemplaron con simpatía y Alejandro añadió,

–No obstante..., ¿deberíamos esperar?, pues quizá su marido desee ver también lo que le vamos a mostrar.

Ella ensayó una sonrisa que algo tuvo (hubiera dicho yo) de esquiva, pero en seguida, de la más desenvuelta manera, respondió,

–Mi marido murió, y no es el momento de recuerdos tristes. Yo resolveré lo que haya que resolver.

Alejandro me miró de soslayo, y yo, llevado por los diablos, que no de otra forma habría que entender aquello, pronuncié una palabra de la que de inmediato me arrepentí. Dije,

–¿Murió...? –y ella, con un gesto que de nuevo delataba contrariedad, me contempló primero circunspecta y luego preguntó,

–¿Le conocía usted?

No supe qué responder, pues la situación me desconcertaba, más si se piensa en el aspecto de la muchacha, que me recordaba a la antigua Alaroza surgida de las sombras.

–Hubo una ocasión en que le traté... –dije al fin–. Sin embargo, ha transcurrido tanto tiempo que casi no le recuerdo. ¿Hace mucho que murió?

–No –dijo ella, pero saltaba a la vista que era un asunto al que no deseaba referirse, pues añadió–: Y bien, veamos esas partidas que ustedes traen.

... y Alejandro, tras dar instrucciones a sus criados y usando de su inimitable labia, desplegó en la habitación enseres propios de reyes, objetos de su propio uso que a buen seguro no pensaba vender, como eran los cuchillos de oro que portaba en el equipaje, así como lienzos de la más deslumbrante seda, que sin duda habían llegado de las tierras de Oriente, objetos que les entretuvieron.

Durante un rato estuve rumiando la sorprendente noticia de la muerte de don Ramiro, contemplando suspicazmente lo que nos rodeaba y preguntándome si sería verdad o al fin resultaría una trampa en la que nos habíamos metido, pero no observé ningún signo que me alarmara, por lo que concluí que, de ser cierto, nuestro viaje había sido en balde, aunque se hubiera resuelto de la más fácil y cómoda manera..., y en ello estaba cuando en la sala irrumpió un bullicioso grupo de chiquillos que gritaban y reían y se sorprendieron ante nuestra presencia, por lo que cesaron en sus voces y algazara y

quedaron en suspenso.

La dueña de la casa se levantó riendo y les dijo,

–¡Niños..., no son momentos de gritar y alborotar...!, pues, como veis, tenemos invitados.

Luego volvió a su asiento y añadió,

–María, Ramiro, venid aquí –y del grupo se destacaron dos de ellos que nos contemplaron con curiosidad y se refugiaron aprisa entre los brazos de su madre.

Ella los abrazó, y sonriendo nos dijo,

–Estos son mis hijos, mis seres preferidos –y a mí, que los contemplé con curiosidad, me causaron enorme agrado.

Tendrían alrededor de ocho años, y en sus facciones se adivinaba el origen cruzado. La niña se parecía a su madre, y al niño, que era rubio, no fui capaz de encontrarle parecido con quien había sido su padre, al que de todas formas recordaba muy difusamente. Cuando los vi no pude sino pensar en los míos y en aquello que había dicho Leonor, *aunque sea un musulmán...*, pues no es mucho lo que separa a las personas que figuran en diferentes bandos, de lo que yo sabía algo, ya que mi primera mujer había sido una chica como la que ante nosotros se encontraba, musulmana que se llamaba Alaroza y mil cosas me enseñó.

Al fin Alejandro vendió algunas de sus pertenencias, pues a la vista de lo sucedido no había razón para demorar la partida, y salimos de la casa como si hubiéramos resuelto el más importante de los negocios, y con la tranquilidad que procura el buen fin de asuntos que se nos antojan insolubles cabalgamos hacia nuestro nuevo destino, la ciudad de Lisboa, o la ciudad junto al océano, según Alejandro, que sabía de mis querencias por semejante elemento.

En Yebel había dejado las cosas en orden y al mando de Hernán, y en Toledo era Leonor, nuestra reina Ginebra, la que se ocupaba de todo, así que, como me acompañaban Alejandro y Moisés, se me ocurrió que bien podía acercarme hasta las orillas del mismísimo océano, aquel del que siempre se dijo que representaba una infranqueable barrera para las personas en su camino hacia occidente.

–*Con el transcurso de los años perezosos –dijo Alejandro– llegarán tiempos en que el océano rompa sus cadenas y aparezca ingente la superficie de la Tierra entera; cuando Tetis desvele nuevos orbes y no sea Tule el término del mundo...*

[14]

PAÍSES LEJANOS

Alcanzamos la costa oceánica en alguna localidad que estaba al sur de Lisboa, y cuando al trasponer una loma divisamos aquella llanura azul y luminosa que ninguno conocíamos –pues aunque Alejandro estaba suficientemente doctorado en los mares por sus navegaciones por el Mediterráneo, mar interior, tampoco había llegado nunca a las orillas del verdadero e ilimitado río océano–, caímos de rodillas en la playa y dejamos transcurrir la tarde entera en la contemplación del novísimo elemento. El céfiro azotaba fuertemente el litoral, y a intervalos arrojaba sobre nosotros nubes de arena, pero al mismo tiempo levantaba en la orilla nubes de espuma que se desprendían de la cresta de las majestuosas olas, gigantescas y retumbantes ondas como nunca habíamos visto y que quizá procedieran de lejanas tierras desconocidas. Así parecían atestiguarlo los autores antiguos que hablaban de lugares en los que el día y la noche duran seis meses, inexplicable fábula que era citada por Piteas en su *Periplo*, y nos preguntábamos si tal fenómeno era posible y, de ser así, cuál era su significado, y nos preguntábamos asimismo qué habría más allá del océano abierto y desconocido...

Llegamos a Lisboa con bien, gran ciudad instalada en la misma orilla del mar que tan enorme impresión nos había causado y atravesada por un ancho río, el Tajo, que pasaba encajonado por Toledo y aquí se desparramaba en ancho delta. La población, capital del reino de Portugal, era grande y rica y su caserío se encaramaba a duras penas en las abruptas márgenes y desde ellas se extendía hasta la misma orilla del océano, que había sido reforzada con ciclópeos muelles y escolleras, entre los cuales encontré un elemento que nunca hubiera imaginado.

Laescalera al marse componía de un graderío formado por gruesos sillares que desde el muelle se introducía en las aguas y en ellas desaparecía, y a mi cabeza vino *laescalera al cielo*, antiquísimo concepto que pasadas civilizaciones habían desmenuzado hasta en sus detalles más nimios. *Laescalera al mar*, sin embargo, me pareció superior y más propia de la ancha tierra y sus mortales habitantes, y me faltó tiempo para descender por ella e introducirme en las aguas. Luego, satisfecho del hallazgo, pues encontré que simbolizaba el primer paso en nuestra búsqueda *del más allá*, del que tantas cosas se decían, al mismo tiempo de tomar buena nota para narrárselo a Peregrino cuando volviera a verle, ya que era seguro que él tendría algo que apostillar a tan importante descubrimiento, me reuní con Moisés y Alejandro y nos acercamos a las tabernas que a mano de los muelles se observaban, ruidosos y humeantes lugares en los que predominaba el olor a pescado frito y a regias sopas de verduras, y mientras mis amigos se entretenían con unos monumentales trozos de carne asada en las brasas de las parrillas, yo me ocupé de dar buena cuenta de los manjares que la tierra y el mar proveen, que prefería sobre todas las cosas.

Lisboa resultó ser una gran metrópoli de incesante actividad comercial, de lo que daba fe el continuo fluir de naos y las mercancías que abarrotaban los muelles, y Alejandro tenía en ella agentes y corresponsales que le agasajaron como al importante personaje que era. Los días transcurrieron en perennes festejos, pues a todos hubo que atender, y en uno de tales banquetes, celebrado al atardecer en una gran casa de piedra cuyos balcones miraban al mar y era atendida por un sinnúmero de criados, nos dieron a probar algo que Moisés y yo desconocíamos por completo, los frutos de mar, que fueron muy encomiados por los asistentes, entre los que se contaban personajes de todas las layas, algunos musulmanes y otros de países que nunca habíamos oído nombrar, con los que mantuvimos un animado coloquio.

El dueño de la casa, antiguo sultán de berbería acogido al exilio lisboeta y encumbrado traficante cuyas naves recorrían el Mediterráneo y llegaban hasta los países del lejano norte, según nos indicó Alejandro, había preparado habitaciones para cuantos

disfrutamos del ágape, y fue allí donde sucedió un curioso episodio del que mucho había de acordarme.

Aquella noche, habiéndonos recogido donde nos indicaron tras contemplar el luminoso crepúsculo y escuchado las excelentes músicas que subrayaron el acto, hete aquí que suenan unos golpes en la puerta de mi enorme y solitaria habitación... Diré de ella que sus altos muros eran de piedra viva, y que por sus ventanales penetraba el aire del mar, hálito que llegaba hasta nosotros procedente de regiones desconocidas que cabría situar más allá del ilimitado océano. Diré también que estaba adornada con los lujosos tapices que tan del gusto de Leonor eran, y que el lecho era mullido como lecho de reyes, y la compañía..., porque aquello fue lo que sucedió. Sonaron unos golpes, sí, y cuando me acerqué a abrir sospechando que Alejandro quería prolongar la tertulia, y que probablemente aparecería acompañado por alguna jarra llena, encontré una vistosa muchacha que reconocí como una de las criadas que nos habían servido lo que tantos elogios habían despertado.

–¿Quién eres? –pregunté, y ella respondió,

–Fátima.

Yo la contemplé dubitativo, y luego le dije,

–¿Quieres entrar? –y ella lo hizo al punto.

Aquella chica tenía alguno más de veinte años, y su condición, por lo que me pareció, era la de esclava. Era guapa y morena como Alaroza, y me sorprendió el hecho de haber encontrado dos mujeres que me la recordaran en el transcurso de escasos días, pero poco duró mi aturdimiento, pues de allí fue el tratar lo que más convenía y ponerlo en práctica, y mi cumplimiento fue tal que al fin tuve que decir que nunca, hasta aquella noche, había probado las delicias y excelencias de los regalos del mar venidos de lugares extraños..., aunque no sabría decir si cuando afirmé lo que explico me refería a los rudamente acorazados moluscos que entre enorme algarabía habían salido a la mesa, o más bien a mi paso por el lecho que me acogió en noche tan cálida y larga.

*Diome a beber segunda vez
de la unión de mi dueño,
como se da a beber por segunda vez al sediento.*

[15]

Así habló ella, y luego tomó mi mano y la miró.

–Hombre alto –dijo–, que te esperan tiempos agitados..., pues a esta noche pausada seguirá tu periplo por el mar océano; lo leo en tu mano y tus ojos, y me lo dice el viento marino que se desliza por los postigos de esta habitación.

Aquella chica cerró los ojos y sonrió mientras me acariciaba la palma de la mano, y al fin, tras unos momentos en que pareció sumirse en un placentero éxtasis, como si fuera reencarnación de Alaroza añadió,

–Tus pasos te llevan al mar. Cabalgarás sobre sus ondas, te sumergirás en su seno y hollarás su fondo..., pero no temas, pues de todo saldrás airoso, que arduos quehaceres te esperan durante los próximos tiempos.

Luego vaciló, pues quizá no se atrevía a continuar, pero yo, que escuchaba sus palabras con curiosidad, la alenté a hacerlo, y ella no se hizo de rogar.

–Pues bien: con el correr de los años te verás arrastrado a un acontecimiento que tendrá enorme resonancia, y aunque te veo peleando en una multitudinaria batalla contra hombres de mi nación, sé que ese es tu sino y no puedes sustraerte a él, como tampoco pueden hacerlo mis hermanos. El triunfo..., aún no se sabe de quién será, pero en el *Libro de los cielos* está escrito y nada puede modificar su curso.

Fátima dejó que transcurriera un largo tiempo de la silenciosa noche profunda, y al fin añadió,

–No, nada puede modificar su curso, y a ti, aunque ya no eres joven, aún te quedan muchas tareas que llevar a cabo, labrador de piedras...

Luego se apoyó en mi cuerpo y, variando la compostura, dijo,

–Tienes mujer... –y yo me estiré en el lecho.

–Sí, tengo mujer. Se llama Leonor y está en Castilla, con nuestros hijos.

–¿Cuántos hijos tienes?

–Cinco. La mayor se llama como su madre y tiene trece años. Yo la enseñé a leer y a escribir y ella hizo lo propio con sus hermanos. Ahora ya están preparados para aventurarse por la vida adelante, que no es fácil, pero creo que con tales disposiciones lo conseguirán con bien.

Fátima era una muchacha alta y agraciada, morena y con rasgos negroides, y entre sus muchos donaires se contaba, sin duda, aquella inexplicable penetración del futuro, aunque también la conformidad con su suerte, que en ocasiones nos parece ingrata pero es facultad de sabios, y como quizá sus privanzas con los invitados de su señor no habían sido siempre tan gustosas como la que acabábamos de vivir, al final insistió en agradecerme aquella noche en la que debía ser yo el reconocido, así que cuando salía le dije,

–*Trata a tus inferiores como te gustaría ser tratado por quienes están por encima de ti.*

Ella me contempló interrogativa y yo añadí,

–Lo dijo un antiguo filósofo y siempre debemos tenerlo presente, pues quien hoy es esclavo, mañana ascenderá a las alturas, y quien ahora se deleita en el poder... debe contar con la ineludible aproximación de la hora de la caída.

Fátima sonrió y, a guisa de despedida, recreó una de las graciosas reverencias que caracterizan a los musulmanes, y yo contemplé cómo se alejaba por el pasillo y salí de la casa con la sensación de haber vivido el más extraordinario de los sucesos.

¿Había sido un sueño, o lo que tan cercanamente recordaba pertenecía al mundo que se podía tocar? Pero no, pues allá arriba lucía el sol de la mañana que me aseguraba que todo seguía su curso, mientras caminaba en soledad por las callejas que desde la parte alta de la ciudad descenden hacia las tabernas del puerto...

Hollarás su fondo..., había dicho Fátima acerca del mar, y aunque al principio no me pareció buen augurio, luego resultó literalmente cierto.

Una tarde ventosa, Alejandro, que no sabía nada de lo sucedido, nos llevó a un lugar alejado del extremo de los muelles. Transitamos por algunos vericuetos del desierto litoral, y tras franquear unas cuantas piedras de no escaso tamaño accedimos a una ensenada en la costa, una ancha ribera de alineadas rocas que había quedado al descubierto tras el reflujo de las aguas.

–¡Caminemos sobre el fondo del mar! –dijo Alejandro.

Aquello, efectivamente, era *hollar* el fondo del mar. Las aguas se habían retirado y allí estaban sus ocultos habitantes, a nuestro alcance y en enorme número. Aferrados a la roca se asentaban infinidad de moluscos, y en las charcas podían observarse filamentosas agrupaciones de serpenteantes tentáculos verdes, extraños seres de largos brazos que se confundían con el abigarrado fondo, así como transparentes y diminutos animalillos que huían ante nuestra presencia y se afanaban en esconderse entre la arena y las piedras. Las algas verdes lo cubrían todo y conseguían que resbaláramos sobre ellas con nuestros zapatos de hierro, y cuanto podíamos abarcar, cuanto se presentaba ante nuestra vista, éter, roca, agua, de la más penetrante manera rezumaba ese peculiar aroma que transporta el aire del océano, olor a sal y a sustancias de las que nada sabemos los seres que habitamos la dura superficie de la tierra, algunos de cuyos gritos sonaron durante la tarde sobre una escueta porción de su más íntimo cimiento.

–¡Estamos caminando sobre el fondo del mar...!

De semejante manera se saldó la primera de las adivinanzas, pero aún habían de

resolverse las restantes, que se cumplieron como he de contar.

Alejandro, finalizadas las tareas que le habían conducido hasta el extremo de la ecúmene, comenzó a pensar en el regreso a sus venecianas tierras de origen, aunque no sin antes dar una vez más muestras de su inagotable fantasía, pues habiendo observado mi afición a todo lo marítimo me propuso realizar un largo viaje sobre las olas oceánicas, y lo que era más, revestirme de poderes que me permitirían llegar hasta las costas de África.

–Tenemos factorías en esos lugares y debería ser yo el viajero, pero ya que tu empeño es tan grande, y dado que yo debo volver a mis lares, que demasiado tiempo he pasado lejos de ellos..., puedo nombrarte comisionado de nuestra firma.

Alejandro me contempló intentando adivinar mis pensamientos, y luego, llevado por sus énfasis, se volvió hacia Moisés.

–¿Qué opinas tú de ello? ¿Te atreves, hombre pusilánime, a surcar los mares en los que no osaron adentrarse los antiguos? ¡Navegar sobre las aguas de los atlantes más allá de las columnas de Hércules, frontera de la humanidad hasta tiempos recientes...!

–y Moisés, que nunca había pretendido ver mundo y todo cuanto había sucedido durante los últimos días se le antojaba un sueño, no acertó a responder, pero aquello no representaba obstáculo para el entusiasmo de nuestro amigo, que se alargó en detalles sobre las costas de Berbería y los misterios que oculta el océano, entre los que destacaban harpías, nereidas, gigantescas sierpes marinas y monstruos de todas las clases...

Allí nos separamos. Alejandro, tras habernos investido de embajadores de su casa comercial, para lo que nos proveyó de historiadados documentos, partió una mañana en un barco que se dirigía hacia las lejanas costas venecianas, y nosotros hicimos lo propio a bordo de una galera que, en compañía de otras, tomó el rumbo austral por el océano desconocido.

Vimos alejarse la ciudad, el caserío, el puerto y su algarabía y las ciclópeas escaleras que se adentraban en las aguas, y al fin todo fue velado por los cercanos relieves de la costa desnuda que Moisés y yo contemplábamos aprensivos al adentrarnos en aquel mundo en el que todo nos resultaba nuevo. Éramos, sin embargo, invitados importantes, y como tal se nos trataba, y durante el recorrido tuvimos oportunidades para aprender los principios de las artes de la navegación, que asimismo desconocíamos. De labios del capitán oímos hablar de astrolabios y otros instrumentos con los que, observando el curso de los astros, podía calcularse la situación sobre las uniformes aguas marinas, y de cartas y portulanos en los que se advertían los rumbos y demoras y, con vivos colores, se representaban los lugares habitados de aquellos contornos, sólo conocidos por los comerciantes, y también de la aguja que encara el norte, es decir, señalala *dirección*, concepto muy debatido en mis tiempos de estudiante toledano y que en aquellos entonces había relacionado con la magia..., y de tal forma y con semejantes argumentos un día caí en la cuenta de que con ello se cumplía el segundo de los augurios de Fátima, *cabalgarás sobre sus ondas*... Había caminado sobre el fondo del mar y a la sazón cabalgaba sobre él, y aunque el corcel era extraño a los usos de la gente que vive en las llanuras alejadas de las aguas marinas, los *jinetes de hierro* que pueblan las tierras de mi país, en seguida nos adaptamos a tan insólita aventura y procuramos disfrutar de ella, interesándonos por todo cuanto se presentaba ante nuestros ojos. Restaba aquello que decía, *te sumergirás en su seno*, pero nunca tuve duda de que se cumpliría como las anteriores, como así había de suceder en breve.

Al fin, tras varias jornadas de calmada singladura, durante las cuales las velas excusaron de buena parte del rudo trabajo a los remeros, avistamos la costa africana en alguna importante plaza del océano que mira a occidente, lugar que no admitía comparación con la gran ciudad de Lisboa, al menos en la traza de sus edificios, pero

que se distinguía por lo abigarrado y el tumultuario proceder de la multitud que lo habitaba.

Era la primera vez que Moisés y yo entrábamos en una ciudad musulmana, morada de nuestros adversarios de siempre y sita al otro lado del mar que nos separaba de ellos, y al principio nos extrañó lo miserable de los barrios, pues la basura era allí mucho más abundante que en Castilla, pero como nuestras tierras, que conocíamos bien, habían sido durante siglos asiento de moriscos, de lo que quedaban numerosas huellas, en seguida empezamos a encontrar familiares los dédalos de callejuelas y las paredes de barro, los mercados que continuamente surgían aquí y allá y el griterío de que a todas horas podía escucharse.

Nosotros fuimos atendidos de forma acorde a nuestra condición de embajadores, y el delegado de los negocios de Alejandro en aquella parte del mundo, un judío de mediana edad, grave expresión, buena altura y barbita puntiaguda nos acogió en su casa de mil amores, y mientras duró nuestra estancia en la región se desvivió por enseñarnos el territorio y sus usos y costumbres, en lo que nos declaramos legos, y facilitarnos los aconteceres de la vida diaria. Se llamaba Salomón, y con el correr de los días hicimos una buena amistad, y aun algo mejor que lo que he dicho.

Sucedió que durante los primeros días fui presa de unas fiebres que dieron conmigo en el lecho y se debieron sin duda a las humedades y calores que eran propias a la comarca, y aunque Moisés se libró de semejantes trastornos, seguramente por lo recio de su enjundia, quien nos alojaba, que se las daba de entendido en medicinas, me aconsejó que tomara cuantos baños marinos pudiera, pues resultaba su naturaleza muy beneficiosa para mis males, lo que inevitablemente trajo a mi cabeza las palabras de Fátima, *te sumergirás en su seno...*

Fiado a tales pronósticos y con la esperanza de una pronta curación de los inoportunos males, me afané en organizar una salida a algún lugar en el que poner en práctica las recomendaciones del improvisado galeno. Nos acompañó una escolta de criados, pues según dijo nuestro anfitrión, no era aquella tierra para que los cristianos la anduviesen en soledad, y ello supuso el primero de los inconvenientes, pues ¿cómo iba a llevar a cabo mi propósito ante tantas personas...? Resultaba necesario apartarme de todos para acometer lo que proyectaba, y una vez que hubimos instalado el campamento en una solitaria ensenada de la costa, lugar en el que comenzaba un interminable arenal que se prolongaba hasta el lejano horizonte, tras dejar allí la tropa y recomendarles que me aguardaran...

...comencé a caminar por la playa hasta que perdí de vista a mis acompañantes. Hacia cualquier lado que mirara sólo veía la roja tierra de la ribera y el mar, pero al fin, armándome de valor, bajo el sol me despojé de todos aquellos atalajes y con suma precaución me dirigí hacia las alborotadas aguas marinas. No eran aquéllas mansas como las del Mare Nóstrum que conocí una buena tarde y tantas veces te he narrado, sino encrespadas por la fuerza de los constantes vientos, pero deseando dejar atrás cuanto antes mis dolencias, con infinitas precauciones y no sin haber rogado a Dios que me conservara a salvo en lo que pretendía, me introduje en su seno, en donde permanecí durante largo rato dejando que las tumultuosas olas me derribaran una y otra vez. No pienses que resultó incómodo, pues antes al contrario disfruté como nunca con el contacto del agua salada, y a cada momento creía percibir que seres de ese mundo, los tritones y nereidas que lo habitan, me custodiaban en mis torpes evoluciones. Tan sólo eché en falta tu presencia, que bien seguro sé que hubieras disfrutado en aquel lugar solitario como disfruté yo.

Más tarde anocheció con los mil colores del ocaso, pero no me apeteció volver al campamento sino permanecer allí, bajo el cielo de un lugar extraño, y observar fenómenos celestes en los que quizá encontrara alguna novedad. No fue tal el caso,

pues acudieron las lumbreras del cielo que conocemos y todo pareció transcurrir dentro de la mayor de las armonías, aunque quizá mi vigilia fue favorecida por un mayor número de estrellas errantes. Aproveché las horas nocturnas para repetir mis inmersiones, y cuando amaneció me sumergí por última vez, y al mismo tiempo de ver nacer desde las aguas el astro rey pensé que aquellos achaques, aquellos sudores fríos que durante días me habían mantenido lisiado, se los habían llevado los habitantes del mar, por lo que les estoy agradecido. Después, sintiéndome totalmente curado, me rehice en mis vestiduras y me dispuse a presentarme ante mis semejantes. Dame noticias de nuestros hijos por este mismo conducto, y cuéntame cómo va todo y si ha sucedido alguna novedad que deba conocer. Nuestra travesía no se dilatará mucho más, pues lo que vinimos a tratar está cumplido y es seguro que en breve regresaremos...

...

Salomón era una personalidad en la ciudad de la costa atlántica de Berbería que nos acogió, y no sólo por su condición de rabí y agente de casas comerciales, sino asimismo debido a su amor a las ciencias y las artes, que protegía, y a sus extremas magnanimidad y largueza. En su casa se celebraban no pocas reuniones y se daban cita geógrafos y mareantes recién llegados, clérigos de todas las religiones y cuanto personaje distinguido pasara por la ciudad. Genoveses, frailes cristianos dedicados a la redención de cautivos, santones y eremitas de las cercanas montañas, capitanes de los barcos surtos en el puerto, sátrapas musulmanes de los desiertos y mil y mil personajes más tenían allí su asiento. En aquel ágora, en los jardines de la mansión en los que podía escucharse el cristalino y nocturno correr del agua de innumerables fuentes, fue donde oí hablar de asuntos que me interesaron sobremanera. Había barcos, sobre todo portugueses, que costeano el litoral desértico comenzaban a dirigirse hacia el sur en busca de nuevas tierras, lo que llamaban *descubrir*, que era apoyado por reyes y nobles que ofrecían buenas recompensas a quienes encontrasen lugares que poblar, aunque no eran muchos los que osaban aventurarse en tan desconocidos y apartados parajes. Pilotos de enormes galeras contaban y no cesaban sobre las maravillas que habían observado en el curso de sus viajes, y junto a descripciones de animales fabulosos que me parecieron inspiradas en los antiguos autores latinos, oímos hablar de unas islas perdidas en la inmensidad del océano y que al parecer estaban pobladas por salvajes que vivían en cavernas; sobre una de ellas, la más grande y paradisíaca, se levantaba un monte, siempre nevado, cuya cumbre tocaba el cielo.

Eran muchas las materias que allí se trataban, y algunas de calado, como el ajedrez, que provocaba no pocas disputas entre los contendientes, pero si dejamos aparte las novedades geográficas, lo que más me interesó fue el insospechado e íntimo aliento de una planta que resultó completamente nueva para mí. Los musulmanes la utilizaban como vehículo de embriaguez, pues su religión les vedaba el vino, que era casi inexistente en el reino, y para ello se reunían en lugares cerrados y quemaban algunos de sus tallos. El humo que resultaba era inhalado por los presentes, que en seguida, y esto lo comprobé una tarde, comenzaban a retorcerse en un ataque de hilaridad difícil de contener, aunque después, calmados los primeros ímpetus, regresaban a sus quehaceres.

Yo salí de aquella habitación a los jardines, y como mis quehaceres eran ninguno, dediqué lo que restaba de tarde a contemplar las flores y las nubes, el agua de las fuentes, el ir y venir de los criados y cuanto animalillo discurrió con cautela ante mi sobresaltada persona. Me sentía liviano, imponderable, incorpóreo hasta el extremo, perspicaz como el águila que todo lo ve..., pues aquella *exhalación* te abría los ojos de la

mente, y todo cuanto ante ellos se presentaba resultaba extraña e indistintamente nuevo. Más tarde llegó Salomón, cuya afición por semejante hierba era conocida, y como respuesta a mis interpelaciones me detalló sus virtudes, que lo eran para el espíritu pero también para el cuerpo, pues la consideraba muy beneficiosa para la respiración y aseguraba que pocos de los que la utilizaban contraían dolencias en tales vías.

Sumido durante días en aquella placentera ebriedad, que ni en los tiempos de mis más desmedidos y extravagantes sueños hubiera imaginado, dediqué los ocios a escudriñar las aguas marinas y discurrir la manera de franquearlas. Lo que escribieron mis maestros, Plinio, Estrabón y tantos otros, quedaba como una simple fábula ante lo que entonces se presentaba ante mis ojos, y de ello pude hablar con mis amigos portugueses, que habían *cabalgado sobre sus aguas* hasta mucho más allá de lo que los antiguos dicen que hicieron. Hablamos *dedonde acaba la Tierra*, en las costas de Galicia, y del Promontorio Sagrado, que conocían bien, y también de las rutas hacia los países del norte, que algunos habían surcado, así como de la espinosa cuestión que reza *que el océano rodea la ecúmene* hasta sus más apartados extremos... ¿Era aquello verdad? Nadie podía asegurarlo, y las discusiones que con el auxilio de nuestro protector, el rabí Salomón, y las cartas de aquellos náuticos promoví sobre el particular, no arrojaron otra luz que la muy tenue que nos envían las estrellas, astros que vi allí por primera vez.

Durante toda mi vida fueron ellas quienes señorearon las noches, y desde las que iluminaron las sombras de mi infancia en la vega del Guadiana, a las que luego contemplé en Toledo, Yebel y tantos otros lugares, siempre las había tenido, en su inmutabilidad, por guía y referencia. Pero intervino aquello que llamé *exhalación* y el cielo nocturno cobró de repente nuevo aspecto y naturaleza, y llegué a pensar que nunca antes había percibido su verdadera e intrincada sustancia. Allí estaban las Pléyades, portadoras de lluvia, sí, como siempre se dijo, pero en aquel momento llorosas, pues resultaban evidentes las lágrimas que de ellas se desprendían, y el Cazador y sus múltiples fulgores, las Osas y su resplandeciente guardián, y al fondo los siete empíreos, caminos delimitados para los astros errantes, y más allá, en donde todo parecía acabarse, incluida la tenebrosa luz del cielo, la morada de los ángeles, y aún más allá la de Dios, lugar que sólo los justos pueden alcanzar...

Mucho aprendí de aquellas fumaradas que todos disfrutaban con deleite, y mi cabeza fue regalada con lo insospechado, pero junto a tales experiencias, que procuré conservar en la memoria para relatárselas a Leonor, y sobre todo a Peregrino, a quien a buen seguro iban a interesar, también hubo lugar para jornadas de caza, pues la comarca que nos acogía era pródiga en animales salvajes, y sus jerarcas, grandes aficionados a lo cinegético.

En cierta ocasión, e invitados por uno de los príncipes agarenos que de tanto en cuanto llegaban a nuestra ciudad y se aposentaban en casa de Salomón, con quien mantenían tratos, realizamos una larga cabalgada hacia el sur, sobrepasando la cordillera que llamaban del Atlas y haciendo noche en escondidas aldeas que se encontraban en lo más profundo de las montañas. No era aquel un territorio como el de Castilla, recorrido por complacientes ríos en cuyos ribazos se asentaban las alamedas, ni en las moradas de sus habitantes se utilizaba la piedra, pues estas, pese a ser grandes, estaban construidas de roja tierra cocida y se mostraban apiñadas en las abruptas laderas, semejando las habitaciones de algún lugar de fábula. El trato, sin embargo, fue exquisito, como yo recordaba que era de ley entre los musulmanes de mi país, y las comidas y bebidas que nos sirvieron resultaron deliciosas. Al otro lado de la gran cordillera comenzaba un desierto, que era seguramente el que en los libros denominan *desierto libio*, y fue allí donde pude contemplar los más extraños animales que jamás tuve ante mis ojos. Había oído hablar de ellos, pues mis tratos con viajeros y

comerciantes habían sido muchos y casi todos encuentran placer en narrar sucesos de sus lejanos países, pero allí los encontré cara a cara y pude admirar su extrema ferocidad y las artes que las cuadrillas de ojeadores empleaban en la caza.

Durante el primer día nos internamos en una enorme y reseca llanura que se extendía hasta el horizonte. Alrededor de nosotros todo eran arenosas colinas, aunque aquí y allá se observaban barrancos y cauces de los antiguos ríos que algún día debieron de correr por ellos. Una turba de negros medio desnudos avanzaba ante los cazadores, y con las picas y hachas que portaban revolvían en la tierra y los escasos matojos que prosperaban en tan yermo lugar. Allí surgieron de la tierra agazapadas liebres, puntiagudas sierpes enterradas en la grava y animales de indomable expresión que se enzarzaron en terrible pelea con quienes abrían camino al sentirse acorralados, aunque fueron abatidos al instante por los certeros flechazos de arcos y ballestas; al fin, gráciles y diminutos antílopes que huyeron ante nuestra presencia lejos del alcance de las armas.

Parecía que poco íbamos a sacar de aquella jornada polvorienta, cuando al dar el mediodía la vanguardia levantó y puso en fuga un grupo de enormes animales que quizá sesteaban junto a un cauce cenagoso.

—¡Elefantes! —oí gritar junto a mí, y observé cómo todos ponían sus caballos al galope y se lanzaban a una frenética carrera que acompañé como pude.

El viento del desierto se levantó de improviso, o quizá fue la espantada de tantos animales lo que revolvió el polvo, pero del suelo nacieron multitud de torbellinos y todo se cubrió de la más densa de las tolvaneras. Yo me encontré en el seno de una horda de desenfrenados jinetes que vociferaban como demonios y enarbolaban enormes y afiladas lanzas, y con ellas hostigaban a quienes atropelladamente intentaban huir aprovechando las tinieblas que se ciernen dentro de una tormenta de arena, y cabalgando en su seno aún pude observar que algunos de aquellos animales eran viejos, pues se movían con dificultad y tenían los colmillos rotos, y otros, que no pasaban de recién nacidos, eran amparados en la huida por sus madres...

Al término de todo ello desperté con sorpresa..., pues el viaje por el desierto de arenas amarillas y ciudades rojas encaramadas en las montañas fue sólo un sueño, inducido seguramente por mi reciente afición a las exhalaciones de los verdes tallos que tantas cosas me enseñaron durante aquella época de mi vida. Pensando en ello reconocí detalles que algunos jeques nos habían narrado en las tertulias de Salomón, y no pude por menos de sonreír ante las fantasías de la mente desatada, pues en el lugar en el que estábamos no había animales como aquellos, que habitaban, según se decía, en desconocidas y lejanas tierras situadas en el austro, más allá del desierto y las montañas.

Sin embargo, no era un sueño nuestra quimera de adentrarnos en el océano inexplorado, aquello de lo que habíamos hablado con el capitán portugués que contaba maravillas sobre la ingente montaña con nieve en su cumbre y accedía a tenernos a su lado durante el viaje, y obsesionado por tal proyecto, del que esperaba fabulosos resultados, me obstiné en apremiar la partida y contribuí con algunos haberes a las muchas necesidades que cualquier operación de envergadura requiere.

—Y si no son fabulosos —dije a Moisés—, al menos representarán un paso más para la humanidad en su largo caminar hacia occidente. No quiero obligarte a nada, pero había pensado que quizá te gustaría embarcarte en esta arriesgada aventura... —y Moisés, pese a que no era muy aficionado a lo que se relacionara con el mar, respondió como yo imaginaba.

—Yo iré a donde tú vayas.

Trabajosa y complicada se presumía la empresa, pero ni siquiera llegó a iniciarse, pues cuando nos ocupábamos en las conversaciones previas a la expedición, que íbamos a realizar en una flotilla de varios navíos, cierta noticia que de improviso llegó a nuestros

oídos echó por tierra tan atrevido proyecto.

El imperio almohade, que nos derrotó en Alarcos y, amén de las tierras que estaban al sur de los reinos cristianos, dominaba también el norte de África, en la figura de su califa Al Nasir, *elcomendador de los creyentes*, había decidido recuperar lo que antaño fue suyo, y con tales propósitos estaba reclutando y embarcando un nutrido ejército que tenía por destino nuestro país. Fue Salomón quien nos avisó, pues en la localidad que habitábamos comenzaba a predicarse la guerra santa y ello suponía un enorme peligro para los extranjeros, por lo que nos recomendó que nos embarcásemos sin dilación y regresáramos cuanto antes a nuestro país.

–Créanme que lo siento –nos dijo a Moisés y a mí–, sobre todo porque les he visto disfrutar con las novedades que aquí han hallado y todos sabemos lo agradables que estas resultan, pero nos encontramos en un revuelto lugar que pronto estará en guerra, y aunque por el momento nada sucede, no tardará en surgir la ola de escandalosa violencia que otras veces he presenciado. Además... –y allí bajó la voz–, casualmente he sabido que en el país de ustedes se está organizando un gran ejército que se opondrá al de El Miramamolín. Muy grande deberá ser, y todos los brazos resultarán pocos...

Salomón escrutó lo que se reflejaba en nuestras caras y concluyó.

–Esto es todo. He pensando que ustedes deberían saberlo, sobre todo ahora, cuando está a punto de partir un convoy que se dirige a Lisboa...

LA JORNADA DE LA NAVA DE LA LOSA

De semejante forma finalizó la larga marcha que nos llevó a las costas atlánticas y nos retuvo en ellas durante varios meses, meses en los que sin tregua se sucedieron los descubrimientos y contrastaron, luego hube de pensarlo, con la uniforme vida que hasta entonces había llevado, tantas fueron las novedades que el viaje nos deparó.

Realizamos el regreso sin dificultades, aunque yo advertí cierta pesadumbre al abandonar los marítimos y luminosos paisajes que tan cálidamente nos habían acogido durante los últimos tiempos, y mientras transcurrió el viaje de vuelta tuve sobrado tiempo para pensar en ello, pues ¡hasta qué extremos se acostumbra la mente a las novedades insospechadas, y luego protesta cuando obligamos al cuerpo a seguir los dictados de las obligaciones a las que nadie puede sustraerse!

Estaban, sin embargo, mis hijos, a los que deseaba volver a ver sobre todas las cosas, y cuando al fin hicimos entrada en Toledo, las primeras atenciones, antes incluso de deshacerme de las incómodas ropas del viajero, fueron para ellos, a los que abarqué con mis brazos y levanté del suelo a una hasta rodar todos por él entre gritos y risas, ceremonia que siempre habíamos llevado a cabo con motivo de nuestros reencuentros. Mis hijos, que siempre se distinguieron por su inmaculada y proverbial salud, lo que Leonor y yo atribuíamos a una especial atención que los Cielos habían derramado sobre nuestra familia, no me dieron respiro, y la primera noche y los días que siguieron se nos fueron entre cuentos y fantásticas historias acerca de cuanto había podido observar durante el dilatado viaje, el fondo del mar sobre el que había caminado, los cielos estrellados de otro continente, los animales salvajes, los habitantes de lejanos países y, sobre todo, aquella ilusión que hablaba de lo que más allá del océano se encuentra sin que podamos llegar hasta ello..., que no se cansaron de escuchar.

Leonor, durante mi ausencia, había hecho gestiones para que, contando con mis méritos guerreros, que ella estimaba en mucho, me armaran caballero, en lo que era apoyada por nuestro amigo don Rodrigo, puesto que aparte de canciller de Castilla y arzobispo de Toledo, muy importantes cargos, se significaba por sus belicosos ímpetus, lo que era visto con los mejores ojos por quienes tenían el poder de hacer y deshacer, pero tras el largo periplo mi cabeza estaba ocupada por asuntos que poco tenían que ver con las prosaicas ambiciones mundanas, aquellas que de continuo padecen quienes en su mente únicamente albergan la tediosa codicia; además, pensaba que lo que tuviera que suceder, sucedería al fin, y resultaba ocioso empeñarse en ello.

–Mucho has cavilado con este asunto, y considero que tus esfuerzos deberían alcanzar buen fin, pero dime: si las gentes, por lo que ellos creen hazañas, ya me conocen como Ramón *el Calatravo*, ¿qué mejor título que ese podríamos pretender?

Leonor me miró con la inquisitiva expresión que siempre la había distinguido, y al fin dijo,

–Vanidad de vanidades..., ya lo sé, y sabía que tú lo entenderías así. Lo mereces más que quienes sólo pueden ostentar el mérito de la cuna, pero quizá no sea tan conveniente como a mí me parece. Lo importante es que has vuelto..., ¡y con todas esas noticias que no te cansas de narrar a quienes son capaces de entenderlas! Ahora volveremos a la vida de siempre, y espero que no te pese la rutina que conoces.

Leonor y yo nos besamos brevemente, y añadí,

–¡Tras todo lo que ha sucedido...! Quizá no sea rutina lo que nos espera, pues parece que llegan tiempos difíciles, y ya conoces lo que dicen los sabios: vive la vida de suerte que sigas vivo en la muerte...

Corrían vientos de guerra en los reinos cristianos, pues eran notorias las intenciones del califa almohade, que todo el mundo conocía, e incluso algunos trovadores del lejano norte habían compuesto canciones con la intención de alentar a los poderosos a

desquitarse del descalabro sufrido en Alarcos, aires que estaban en boca de todos. Nuestro rey, además, esperaba con ansia la ocasión de resarcirse de aquel antiguo episodio, y durante los últimos años había enviado embajadas a Roma recabando la condición *de cruzada* para sus planes, que al fin fructificaron. Desde el norte llegaban noticias de los reinos allende los Pirineos, que prometían apoyar la ofensiva que se avecinaba, y con unas cosas y otras todo era el rearmarse y vigilar las tierras de la frontera, en donde ya estaban teniendo lugar hechos de cierto significado, como aconteció cuando de improviso los almohades asaltaron el castillo de Salvatierra, próximo a Calatrava, que hasta entonces, aunque de precaria manera, habían retenido las huestes castellanias. Aquella plaza vigilaba los caminos que conducían a los puertos que atravesaban la Sierra Morena, último bastión de la desdibujada frontera, y su pérdida impulsó los preparativos que en todos los lugares se llevaban a cabo.

En el curso de uno de nuestros viajes estuvimos en Burgos, en donde se encontraba la corte, y habiendo rendido visita a Ermentrude, lo que resultaba obligado, ella me informó de que el rey conocía mis andanzas por las sureñas comarcas que estaban en permanente guerra, y que sabía que sería bien recibido en semejante ámbito.

–No quiero nada –dije a Ermentrude–, y estoy seguro de que el rey tendrá otras cosas de las que ocuparse.

Ella sonrió y movió la cabeza.

–Ramoncito, que te tienes en poco... Cierto que el rey tiene hartas ocupaciones, pero sé que está muy interesado en conocer de primera mano el estado de aquella parte del reino, en donde parece que va a suceder algo grande, ¿y quién mejor que tú para darle esas noticias?

... y así sucedió en efecto, pues habiendo acudido a la cita sintiéndome un intruso, me encontré rodeado de atareados y muy bien provistos caballeros que me condujeron de inmediato a su presencia. Casi nada podía añadir a lo que ya todos sabían, pero el rey me acogió como a alguien cercano, y lo que dijo al verme entrar fue lo siguiente.

–Muy buenas noticias tengo del conquistador de Calatrava, perteneciente a la estirpe de los gigantes, según me han dicho... –y el rey sonrió–, que de ser ciertas me agradan, y ten por seguro que en breve serán recompensadas.

Yo me incliné sorprendido pues no esperaba alabanzas, y menos tan tempranas, y los que nos observaban prorrumpieron en cuchicheos, pero el rey no pareció parar mientes en ello, pues tras contemplarme y pensarlo, irguiéndose en el sillón pronunció las siguientes palabras.

–Arriesgada presumo tu posición en las batallas, pues esa altura desusada que sobresale sobre el resto de la hueste te coloca en el blanco de todas las miradas enemigas.

–Así es, señor –respondí–, pero voy bien cubierto por un enorme yelmo que he fabricado con mis manos. Es una pieza que me cubre hasta los hombros, y aunque resulta incómodo y pesado, ¿qué es eso en el fragor de una batalla? Casi ni lo siento, pues como dijo el poeta... –y allí declamé estos versos.

*El mismo Turno va en primera fila, espada en mano,
girando a un lado y a otro su desmesurada figura.*

Sobresale de entre todos su cabeza.

Ondea en su morrión penacho

donde sostiene en alto una Quimera

que por sus fauces arroja llamaradas del Etna.

Y más rebrama el monstruo

entre el furor del siniestro fuego,

cuanto más se embravece la batalla...

El rey y los nobles me contemplaron de nuevo con extrañeza, pues sin duda ignoraban la procedencia de tales palabras

[16]

y debieron de tomarme por un rapsoda, lo que no encajaba con mi aspecto ni con lo que allí me había llevado, pero poco les duró la conmoción ya que eran otros los asuntos que les interesaban, y el rey, a guisa de colofón, dijo,

–Me gustaría ver ese casco –y como no lo tenía conmigo, me hice el propósito de fabricar uno igual y enviárselo como presente, aditamento que podía resultarle de gran utilidad en el curso de los acontecimientos que se avecinaban.

Luego se interesaron acerca de lo que eran nuestros feudos en Yebel y las tierras al sur de Toledo, adonde pensaban llevar un numerosísimo ejército, y la forma de aprovisionarlo en tales comarcas, tarea para las que me ofrecí a ayudar en lo que fuera necesario, pues nuestra capacidad comercial era grande y me veía capaz de lidiar con el voluminoso encargo, y al fin, con las mejores palabras, me despedí de tan augusto consejo y salí a la calle respirando con alivio, pues siempre me había sentido incómodo en las reuniones de grandes personalidades, por más que en la ocasión que cuento hubiera sentido cerca el respaldo del rey, lo que para cualquiera representa mucho.

Sin embargo, aún había de suceder en tierras de Burgos un episodio con el que no contaba y nos retuvo en ellas un cierto tiempo. Una tarde, en una de las justas que periódicamente se celebraban allá donde fuera la corte, de la forma más inesperada me di de manos a boca con un objeto que nunca había olvidado. ¡Era mi espada...!, aquella que perdí durante la batalla de Alarcos y suponía enterrada entre los cadáveres y el polvo que resultaron de tal acontecimiento. Sin embargo, y por lo que pude ver, no había sido tal su destino, puesto que colgaba del cinturón de un fachendoso y atlético noble que marchaba al frente de un cortejo de varios escuderos con el que casualmente me crucé en el coso.

Ni que decir tiene que la reconocí al instante, pues su empuñadura era inimitable, y su tamaño, como decía la voz popular, propia de un gigante, y fue verla y quedarme paralizado y no poder apartar la vista de ella...

Yo caminaba con Yúsuf y Moisés, y la sorpresa fue tal que, sin poder evitarlo, me precipité a interpelar a aquel antipático individuo –que antipático se me antojó al pronto, y no sin motivo–, y de esta forma, colocándome ante él, interrumpiéndole el paso y mirándole fijamente, le dije,

–Perdóneme, señor, pero veo que porta usted algo que me pertenece.

El estupor de cuantos me escucharon fue mayúsculo, pues no es costumbre dirigir la palabra a los personajes encumbrados, como parecía ser aquel, y él mismo me contempló estupefacto durante un instante, pero luego, reponiéndose, intentó apartarme de un empujón, lo que no consiguió porque yo rechacé su brazo y fue él quien retrocedió. Sus escuderos fingieron ir a desenvainar las espadas, pero no llegaron a hacerlo porque el aspecto de mis acompañantes lo impidió. Yúsuf era de mi altura, y Moisés presentaba las trazas de uno de aquellos renombrados almogávares a quienes todos temían, aunque ambos permanecieron impassibles.

Durante un momento nos examinamos, ellos estupefactos e indecisos y nosotros con huraña expresión, y cuando el silencio comenzaba a pesar, con sorpresa escuché a Yúsuf decir,

–Mantengamos la calma, señores, que no es este momento ni lugar de disputas.

El parlamento dejó aún más boquiabierto a aquel tosco individuo y a sus criados, aunque al fin pareció recobrar el aplomo, y con la rabia y el desconcierto transparentándose en la expresión, barbotó,

–¿Quién eres tú, infiel, y cómo te atreves a dirigirte a mí..., y quién es ese individuo que te acompaña? –y Yúsuf, sin variar en un ápice su inalterable expresión de siempre, de la más reposada manera dijo,

–Este individuo es mi dueño, Ramón de Calatrava, señor de la guerra y cabeza de la frontera del sur.

El aspecto que presentábamos, como digo, era propio de la milicia, y nuestro interlocutor, a juzgar por sus ropajes, no parecía haber participado en muchos combates, lo que podría extenderse a sus pulcros escuderos, por lo que, tras contenerse de muy mala gana, optó por contemporizar.

–Recibiréis mis noticias –dijo amenazante, y con ademanes decididos y retomando el paso se alejó siguiendo la dirección que llevaba antes del incidente.

Pasaron unos días, y al cabo de ellos fui reclamado por Ermentrude, quien con seriedad me preguntó sobre el caso. Al parecer, aquel noble se había quejado cerca del rey, y este quería conocer lo sucedido y los motivos del pleito, pues según sus noticias, yo había acusado de ladrón a alguien poderoso.

–No le acusé de tal –dije–, sino sólo de manilargo. Él lleva mi espada, que perdí con ocasión de la malhadada batalla de Alarcos.

Ermentrude me contempló interesada, y al fin dijo,

–¿Tu espada...? ¿Cómo es eso? –y allí hube de narrarle la historia que ella desconocía y se refería a aquella joya que mi padre adoptivo había elaborado para mí cuando consideró que me había hecho mayor.

–Es inconfundible –le dije–, y la reconocería entre mil, como así ha sucedido. No pretendo quitársela, pues seguramente ha pagado por ella una fortuna, pero deseo recuperarla a cualquier precio y quizá podamos llegar a un acuerdo. ¿Resultará posible?

Ermentrude sopesó tan espinosa cuestión y al fin movió la cabeza.

–Si es verdad eso que me cuentas..., haremos lo posible. ¿Tiene alguna señal que la convierta en única?

–La tiene –afirmé.

Lo que de allí salió fue un peculiar encuentro en el que intervinieron las más altas instancias, pues el rey, llegado el caso, nombró un juez que había de resolver entre nuestros argumentos.

Quién era el poseedor del objeto motivo del litigio, un noble aragonés de paso en nuestra tierras, no pudo aportar otras razones que vaguedades e historias fantásticas acerca de su procedencia, y yo dejé que se perdiera en ellas, pues observé que el magistrado le escuchaba receloso. Luego, cuando me llegó el turno, de la más teatral forma comencé como sigue.

–Agradezco la oportunidad que se me da para que todos conozcan la verdad –y tras narrar sucintamente la historia de aquel arma y, sobre todo, su particular procedencia, concluí diciendo– ... pues esta espada, forjada por la mano de Vulcano *con la piedra que vino del cielo*, en la hoja y junto a la empuñadura presenta dos caracteres que grabó de indeleble forma quien la fabricó. Yo sé cuáles son, y también lo que significan. ¿Puede decir acaso lo mismo su actual poseedor?

El citado individuo permaneció mudo y con la confusión pintada en su rostro, pero quienes me escuchaban entre el público, gente de armas en su mayoría, dieron muestras de admiración ante la vana elocuencia que exhibí y las palabras que de mi boca salieron, que probablemente ninguno había supuesto. Pocos de ellos sabían quién era Vulcano, y aún eran menos los que habían oído hablar *dela piedra que vino del cielo*, concepto reservado a estudiosos, pero el tribunal estaba compuesto por eruditos, y allí, una vez más, hube de agradecer a Ermentrude las antiguas enseñanzas que todos tenían por inútiles, pues aquel rancio personaje que presumía de nobleza, no conocía siquiera las letras de nuestro alfabeto y fue incapaz de descifrar lo que en la espada, largo tiempo hacía, había sido grabado en el ardiente fuego de la calatraveña fragua de Rubén.

El juez y sus ayudantes examinaron la espada, y tras muchos cuchicheos se retiraron a

deliberar. Los murmullos llenaron la sala y durante un buen rato pudo escucharse el rumor de apagadas conversaciones. Luego regresaron los magistrados y, tras tomar asiento, el principal de ellos dijo,

–Señor de Calatrava, ¿puede usted decirnos que signos son esos..., y lo que significan? –y yo respiré con alivio.

–En la hoja figuran las letras R y G, que aluden a mi nombre, Ramón, y al apelativo que mi padre me daba, gigante.

Los miembros de aquella improvisada comisión se consultaron con la mirada, y uno de ellos, un barbudo anciano que se aposentaba en un extremo de la mesa, mostraba varios de los signos que caracterizan a los rabinos y era en quien convergían todas las miradas, sin perderme de vista movió lentamente la cabeza arriba y abajo, tras lo que el presidente sonrió.

–El veredicto es unánime. Devuelvan la espada a su legítimo propietario y quede de esto la constancia habitual.

Al fondo pudieron escucharse ruidos y moverse de gentes, y observamos que varias personas, con el perdulario precediéndolos, se levantaban airadamente y abandonaban el lugar, lo que de nuevo fue saludado con cuchicheos entre los que destacó alguna velada risa sardónica, tan sañudo es el conducirse de los humanos.

Yo quedé satisfecho, pues mucho deseaba recuperar lo que era mío, más en aquel caso tan especial y después de dieciséis años, pero bien entendí la situación en que quedaba el agraviado, que de la más intempestiva manera se había dado de manos a boca con la mala fortuna, y aunque en días posteriores y por requerimiento de Leonor me ofrecí a compensarle por el quebranto que sin duda le había ocasionado, la oferta ni siquiera fue escuchada pues la embajada que enviamos no pudo dar con su paradero, ya que, según supimos, se había ausentado de la ciudad.

...

Transcurrieron algunos meses durante los que se aceleraron los preparativos de la operación militar que el rey maquinaba. En nuestro feudo de la frontera, que se encontraba en perpetua alarma desde lo acontecido en Salvatierra, se reunía una nutrida hueste de no menos de mil hombres, de los cuales la mitad eran peones, pero no pareciéndonos suficientes para constituir aquellas imbatibles falanges que, inspirándonos en las formaciones que había ideado Alejandro el grande, hacíamos evolucionar por los campos, contratamos un buen número de soldados mercenarios que los capitanes de Hernán ejercitaron en tan particulares artes de guerra. También Peregrino y los monjes de nuestra abadía, como tantos otros ministros de la religión, tomaron parte en el rearme general, aunque ellos con prédicas y exhortaciones, pues fue *Dios con nosotros* el grito que durante meses se oyó en el campo castellano voceado por caballeros y clérigos que llamaban a la cruzada, la nueva cruzada que para vengar lo de Alarcos, desde el norte y alentada por los reyes se predicaba, y lo que todos pensábamos que iba a ser una larga campaña, se convirtió en un suceso que duró un solo día, aunque qué día..., pero lo contaré desde el principio.

Meses antes de la formidable operación que nos iba a abrir las puertas de los reinos islámicos, y debido a que presagiábamos larga duración a los acontecimientos que se avecinaban, pues las fuerzas enemigas parecían difíciles de batir e ignorábamos lo que se proponían, envié al norte a mi mujer e hijos, a las tierras de Castilnuovo, más allá de los montes Carpetanos, adonde creía que nunca llegarían los infieles si se producía una nueva derrota. Alfonso, mi hijo mayor, que tenía catorce años, ambicionaba formar parte de los ejércitos, pero yo no lo permití, pues lo que se avecinaba no era un juego de niños como lo habían sido algunos de los sucesos de años anteriores, cuando los almohades habían descuidado las fronteras a causa de la debilidad de su califa. A

Leonor le dije que si no volvía...

–Ello sólo significará que ha sucedido una nueva catástrofe, y tienes la obligación de ponerte a salvo con nuestra familia. Te sobran los recursos, y en el caso más extremo podrás huir de estos reinos sobre los que quizá se cierne una época negra, mucho más negra de lo que te imaginas.

Leonor torció el gesto y me contempló de inquisitiva manera.

–¿Huir...? No te reconozco. Jamás huimos de quienes pretendieron arrojarnos de nuestras tierras, y no veo el motivo por el que tengamos que hacerlo ahora. Aunque tú no estés, tus hijos seguirán en esta pelea, que no es otra que la lucha por la vida. Para nosotros ha sido fácil, puesto que hemos sido unos privilegiados, pero piensa en la multitud de personas que dieron la vida en años anteriores para poder comer un trozo de pan. Muchos se quedaron en el camino, y merced a ello estamos nosotros aquí, y nuestros hijos...

Fue difícil aquella primavera, pues los vientos de la guerra traen consigo negros nubarrones que nublan el entendimiento, pero Leonor descendía de recias familias de conquistadores que nunca se amilanaron ante la aparente cerrazón del porvenir, y aunque don Lope, su padre, dio pocas muestras de la fogosidad que mueve a los pueblos hacia adelante, yo confiaba en mis vástagos y tenía la certeza de que, como decía su madre, ellos nos sucederían en nuestro camino hacia el sur.

–Y hacia occidente... ¿No eres tú quien hace poco cantaba la epopeya que sin cesar nos traslada hacia el punto por el que se pone el sol? Sí, la humanidad avanza en esa dirección, y no seremos nosotros quienes cejen en el secular empeño. Hay muchos lugares por descubrir más allá del mar desconocido, *cuando Tetis desvele nuevos orbes y no sea Tule el término del mundo...*

[17]

Sabias y alentadoras palabras fueron aquellas, pero deseando dejar atados todos los cabos de la manera más adecuada, dispuse que Yúsuf fuera con ellos, y aunque no era tal su deseo, sino contribuir a las batallas contra quienes le habían separado de su familia, le hice entender que prestaba mejores servicios a nuestros empeños obedeciendo a cuanto le decía.

–Si me voy, mis hijos no tienen a nadie que cuide de ellos en este mundo de intrigas, excepto a Leonor, y creo que tú podrás resultar de gran ayuda para que lleguen a ser personas que continúen en esta labor que preveo dilatada. Ellos serán quienes nos sucedan, y alguien debe mostrarles el principio del largo camino que se verán obligados a recorrer...

...

Fue en los contornos de Toledo donde se reunió el mayor ejército que nunca vi, y aun decían que desde los Pirineos avanzaban nuevas fuerzas que pronto se nos agregarían. De la noche a la mañana la ciudad se pobló de gentes venidas de todos los lugares del norte, desde los concejos de Alcalá o Molina, que conocía bien de nuestros viajes, hasta los muy distantes países de Aquitania, Bretaña, Navarra, Sicilia, Gascuña y otros cuyos nombres he olvidado, y todo ello pasando por los muchos reinos aliados del castellano, como eran León, Portugal y Aragón. Aquellas turbas de desenfrenados guerreros, entre los que abundaban mercenarios de todas las layas y pelajes, plantaron las tiendas por doquier y tomaron la ciudad y sus cercanías como escenario de sus proezas, y aunque las guardias establecidas por las autoridades recorrían sin cesar las calles y los campos, los desafueros cometidos fueron múltiples y continuos, pues no en vano el número de los recién llegados decuplicaba al de las personas que habitualmente residían en Toledo.

Luego nuestro rey, que era el adalid de la magna operación, decidió no dilatar la partida

y ordenó que los ejércitos se pusieran en marcha, lo que se hizo no sin conflictos y de manera escalonada. Partieron a la cabeza tropas venidas de allende los Pirineos que tomaron las primeras fortalezas fronterizas, y aprovechándose de su superioridad degollaron a cuantos enemigos encontraron desprevenidos, lo que les valió una sin igual reprimenda desde las más altas jerarquías y su relegamiento a posiciones de retaguardia, pues nuestro rey, Alfonso VIII, no deseaba baldías y gratuitas escabechinas sino un ordenado despliegue de las fuerzas que se encontraban bajo su mando, ya que la campaña se adivinaba larga y dificultosa.

Cuando atravesábamos los términos cercanos a Yebel se nos unió nuestra fuerza, más de mil hombres que conocían los secretos de la guerra y se encuadraban en falanges capaces de luchar sin ayuda, pues no en vano habían sido adiestrados por Hernán, y una enorme caravana de carros con pertrechos que durante los meses anteriores habíamos almacenado. Allí figuraban gran número de mulos y caballos, sí, pero también los dromedarios que poseíamos y casi todas nuestras pertenencias, ya que fueron pocas las personas que permanecieron sobre el terreno, y aún menor el número de soldados. Hernán, mi hermano, que era un hombre metódico y en extremo precavido, me previno sobre ello.

—Dejamos esta tierra muy desatendida, y quién sabe lo que sucederá en los próximos tiempos —pero era tal mi fe en lo que había de acontecer, que le dije,

—Que se lo lleve el diablo. Si perdemos la batalla a la que nos dirigimos, poco importará lo que ocurra con estas paredes que construí. Leonor y los niños están lejos, y lo que tenga que suceder, sucederá.

Después el ejército avanzó hacia el sur y tomó fácilmente Calatrava, que estaba en poder de los almohades, pero como la guarnición era escasa y no recibieron socorros, rindieron la plaza a cambio de conservar las vidas. Algunas de las fuerzas extranjeras, faltando a lo estipulado, pretendieron llevar a cabo una matanza, y de nuevo tuvo que intervenir nuestro rey para impedirlo, lo que provocó que grupos de ultramontanos abandonaran sus propósitos de cruzada y, en medio de protestas y algaradas sin cuento, dieran media vuelta y retornaran a su país, lo que no tuvo gran significado pues su número era escaso.

Yo aproveché para recorrer la ciudad, mi ciudad, en la que al fin podía entrar, y me sorprendió encontrarlo todo como lo conocía, pues durante los casi veinte años que la habían ocupado los musulmanes, poco habían podido hacer fuera de reforzar las defensas. La casa que fue nuestra había sido habitada, y aquí y allá podían observarse rastros de la ocupación, y la huerta trasera había sido igualmente cultivada y se conservaba en perfecto estado, e incluso la mayor parte de los enseres que tan bien conocía seguían en su sitio.

No había tiempo, sin embargo, para melancolías, y en seguida, tras haber aposentado una guarnición que defendiera la ciudad, hubimos de proseguir la marcha hacia los puertos de las montañas que nos separaban del valle del Guadalquivir, pues como el rey juzgaba más propicio aquel territorio para los enfrentamientos que habían de seguir, era su intención traspasarlas antes de que llegara el ejército musulmán.

Al fin nos encontramos ante sus laderas, y comprobamos que vanguardias de bereberes habían tomado los accesos y dominaban las alturas. No resultaba conveniente hacer avanzar las fuerzas por los angostos pasos que las cruzaban, pues hubiéramos perdido hombres en inútiles acometidas, y fue allí donde intervinieron los míos, veteranos del terreno. Algunos de ellos, naturales de la tierra y protagonistas de muchas correrías anteriores por tales contornos, aprovechando la oscuridad de las noches condujeron los batallones por lugares que pocos conocían, y el resultado fue que dos días después la totalidad del ejército se encontraba acampado en la llanura sur, con las sierras a nuestras espaldas. Las avanzadas nos informaron de la cercana presencia de las tropas almohades, y todos nos preparamos para lo que había de

seguir.

Aquel lugar se llamaba *Nava de la Losa*, según supimos después, y era una gran llanura rodeada por lomas. Durante la estación de las lluvias debía de ser tierra de ciénagas, pero en aquellos momentos, pues ya estaba avanzado el verano, se presentaba reseca, y sólo una ingente multitud de carrizos la alfombraba.

El primer día de nuestra estancia en aquella tierra extraña transcurrió sin novedad, puesto que el rey decidió dar descanso a las huestes. Tan sólo recibimos la visita de varios grupos de caballeros que tantearon nuestras posiciones y nos provocaron para iniciar alguna suerte de escaramuza, pero fueron rechazados por las guardias y hubieron de retirarse sin resultados.

Durante el segundo día, igualmente ardoroso, aunque también de sosiego, por encargo de nuestro amigo el arzobispo de Toledo, que por nada del mundo se hubiera perdido lo que se avecinaba y se encontraba entre nosotros revestido de gran cantidad de hierros, en compañía de Hernán y un centenar de nuestros soldados hicimos una salida hasta las más apartadas lomas que desde allí se divisaban con objeto de contemplar el aspecto del campamento enemigo y traer noticias de su tamaño.

No parecía aquella empresa difícil, pues aunque las lejanas nubes de polvo denunciaban movimientos de fuerzas enemigas, el campo era ancho y nos cuidamos de apartarnos de ellas. Tras una larga cabalgada que nos llevó por ramblas polvorientas llegamos a la cumbre de un otero, y desde ella divisamos lo que parecía un mar de tiendas, y era tal su abundancia que el temor se apoderó de nuestras cabezas. ¿Era tan numeroso el ejército enemigo como desde allí lo parecía? Aquel continuo tremolar de distantes banderas, y las mil y mil fumaradas que el viento dispersaba hacia oriente, nos daban indicios sobre la magnitud de las fuerzas a que debíamos enfrentarnos, así que tras observarlo durante unos momentos retrocedimos en nuestros pasos y regresamos al campamento, y cuando atravesábamos un campo que en tiempos cercanos había sido cultivado, nos dimos de manos a boca con un grupo de moros a caballo. Su sorpresa fue grande, pues no esperaban encontrar tan aguerrido contingente lejos de nuestro real, de forma que refrenaron su carrera en medio de la algarabía que les caracterizaba, y luego, tras observar lo que tenían enfrente, dieron media vuelta y agujaron sus monturas entre enorme nube de polvo.

Vino después interminable galopada para rodear la colina, y al fin desembocamos en una planicie en la que parecía haber tenido lugar una sin igual refriega, pues los cadáveres se amontonaban aquí y allá y las aves de presa sobrevolaban el abandonado y silencioso campo de batalla, pelea que seguramente se había producido el día anterior. Tras reconocer que los caídos eran casi todos berberiscos, apresuramos el paso y en breve accedimos a nuestro campo, en donde nos recibieron con vítores y aclamaciones.

Las informaciones que di fueron acogidas con los previsibles movimientos de cabeza, pero no quedaba sino conformarse con nuestra suerte y preparar de la más conveniente manera lo que se nos venía encima. El ejército enemigo era numeroso, sin duda, pero el nuestro lo era igualmente, y lo que nos depararan los próximos días dependería tan sólo de cómo hiciéramos las cosas.

Reuní a nuestros hombres, que me contemplaban con el desasosiego pintado en los rostros, y les recordé que nuestra sección, asaz adiestrada, era de las más hábiles y temibles del ejército, por lo que, de no mediar una catástrofe general, podíamos entendérnoslas bien con el enemigo, por muy grande que fuera su número. Ellos me contemplaron dubitativos, aunque luego afirmaron con la cabeza pues creo que mis palabras les infundieron ciertos ánimos, y al fin nos retiramos a descansar.

Transcurrió la noche sin otros sobresaltos, y con el amanecer del tercer día los clarines que llamaban a la batalla llenaron el aire y todos supimos que aquel día iba a ser un día grande, para bien o para mal.

Desde la puerta de nuestra tienda e iluminados por la tendida luz del sol naciente, Moisés, Hernán, varios de nuestros capitanes y yo mismo decidimos comenzar el día comiendo y bebiendo.

—¡Quién sabe cuándo podremos volver a hacerlo! —y entrechocamos las metálicas copas y entre prisas y forzadas bromas engullimos las tripas de sangre, los encurtidos y el pan que los criados, con gesto austero, pusieron a nuestra disposición.

Luego llegó el momento de vestir los arreos apropiados para la lucha, las cotas y defensas, espadas y cuchillos y manguales que todos portábamos, y elegir el *caballo de batalla* entre los mejores de los que disponíamos, pues de su destreza dependía nuestra vida, y al fin rezar, lo que era de rigor en tales circunstancias e hicimos para nuestros adentros y rodilla en tierra, y cuando finalizamos se acercaron unos oficiales para indicarnos los lugares que habíamos de ocupar. Era mi hermano quien iba a dirigir los peones, y así se lo dije, y cuando se aprestaba a cumplir lo ordenado se volvió hacia mí.

—¡Ramón...! Si no volvemos a vernos...

—Hernán, no digas eso... Yo te aseguro que esta noche hollaremos juntos el palenque del Miramamolín.

Hernán lo pensó sombríamente.

—¡Ojalá! —y nos cruzamos los brazos.

Ante nosotros se presentaba una dilatada llanura de hierba seca, en cuyo muy lejano extremo comenzaba a formarse el enemigo, inacabables filas de infantes que con su desfile ocultaban las secciones que formaban la segunda línea; al fondo, entre algunas nieblas matutinas, se adivinaba un cerro que parecía haber sido fortificado y del que se decía que era el lugar que ocupaba el califa almohade que pretendía expulsarnos de nuestras tierras. El lejano resonar de los tambores musulmanes llenaba el aire, y el levantarse de ingentes nubes de polvo nos señalaba la presencia de miles y miles de caballeros, vestidos unos de negro y otros de rojo.

En nuestro campo se sucedían las voces, y los capitanes se desgañitaban para conseguir ordenar las formaciones y que estas ocuparan los lugares que se les había asignado. No resultaba fácil moverse en el seno de aquel desbarajuste de personas y monturas apresuradas, y nos costó alcanzar el lugar que nos indicaron, inmediatamente detrás de la principal fuerza de choque, pesada caballería formada por miles de jinetes revestidos de hierro a cuyo mando estaban Diego López de Haro, señor de Vizcaya y lugarteniente del rey, y el Alférez Mayor de Castilla y canciller del reino, Álvaro Núñez, célebres personajes que tomaron sobre sí la peligrosa e inicial labor de abrir brecha en la hueste musulmana.

Nosotros, como digo, nos colocamos tras ellos, en el centro de la extensa formación que formaba la segunda línea, los infantes en el centro y los hombres montados a los lados. Detrás del ruidoso grupo, que para disipar los temores simulaba tomarse con buen humor la peliaguda situación, estábamos nosotros, Moisés, Hernán, varios de los capitanes y quien esto cuenta, y a ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista, las masas de hombres de las milicias leonesas y castellanas que formaban el grueso del ejército. Detrás de nosotros, a considerable distancia y divididos en tres grandes cuerpos, permanecían silentes e inmóviles los contingentes que se reservaban para cuando las circunstancias lo requirieran. En el centro estaba nuestro rey acompañado por el arzobispo de Toledo, y en los laterales, los de Navarra y Aragón.

Todo ello pude verlo alzándome sobre la montura y echando la vista a un lugar y otro, y a fe que aquella extensa llanura, que nunca hubiera imaginado presenciar el desfile que sobre ella se producía, se encontraba tan repleta de personas que estas ocultaban el suelo. Los ejércitos se observaban circunspectos midiendo seguramente sus fuerzas, aunque seguramente también rezando con todo fervor a Dios, cada cual al suyo..., y en semejante contemplación nos encontrábamos cuando la primera fila musulmana,

infantes que vestían de blanco y rojo, comenzó a avanzar pausada y amenazadoramente al compás de sus fragosos timbales.

La larguísima fila de guerreros llegó hasta muy cerca de nosotros, pues sin dificultad podíamos discernir las expresiones de sus rostros, y luego, tras unos gritos que no comprendimos, los tambores que portaban los grupos más cercanos cesaron en su tronar y el avance de los peones se detuvo. Después se oyeron nuevas voces de mando, y, para nuestra sorpresa y cuando ya esperábamos la acometida, aquellas primeras hileras de infantes vestidos de rojo y blanco comenzaron a abrirse y a apartarse ordenadamente y en silencio hacia los flancos, descubriendo de esta manera la segunda línea, una inacabable turba de infantes almohades cubiertos con sus característicos ropajes negros. Semejante maniobra tenía todo el aspecto de ser una trampa, puesto que si la caballería atacaba el oscuro y tumultuoso centro, ellos podrían fácilmente volver y tomarles por la espalda, pero nuestra sorpresa fue aún mayor cuando observamos que, lejos de agruparse en los extremos en actitud expectante, aquella multitud se retiraba hacia la retaguardia y con parsimonia desaparecía de lo que iba a ser campo de sangre. (Posteriormente supimos que eran tropas andalusíes que se habían apartado de la batalla debido al impago de sus haberes, lo que para nosotros constituyó un imprevisto golpe de suerte, pues el ejército enemigo, aunque seguía siendo formidable, quedaba disminuido en número.)

Durante unos instantes la duda flotó sobre nuestro campo y hubo órdenes indecisas y contradictorias, pero en seguida, habiendo observado que las primeras líneas habían desaparecido de nuestra vista, y aunque pretendieran regresar, ello les llevaría cierto tiempo, se oyeron las voces de mando y los clarines que ordenaban la primera carga. Acto seguido el griterío recorrió las filas de caballeros, se alzaron las banderas y se desencadenó la avalancha de puntiagudos hierros que, en forma de poderosa cuña y acompañada por el estrépito y el polvo que producen miles de cascos de caballo, se precipitó al galope en el seno de la negra y compacta multitud que la aguardaba.

El choque fue brutal, y las primeras filas de soldados se deshicieron arrolladas por el ímpetu de los caballos y las lanzas de quienes los montaban, trabándose una formidable contienda aderezada de continuos gritos y el entrechocar de las armas de unos y otros. Sin embargo, el número de negros infantes era tan grande que la violenta embestida apenas si causó daños, pues nuevas filas surgían continuamente para reemplazar a los caídos. También por nuestra parte eran continuas las arremetidas de tropas de refresco, líneas de caballeros que avanzaban al galope y, tras causar formidable estrago, retornaban a sus puestos para volver acto seguido a la batalla, pero eran recibidos por nubes de flechas que hacían disminuir su número, y aunque la férrea cuña ensanchaba el enorme hueco que había conseguido abrir en la masa almohade, no parecía que obtuviéramos la ventaja que tan titánico esfuerzo requería.

Aquella lid, que era tan sólo el prolegómeno de lo que había de seguir, continuó durante un largo rato, y luego escuchamos los gritos que ordenaban avanzar a nuestra imponente masa de infantes, entre la que nos encontrábamos. Nos pusimos en movimiento y pronto chocamos con las líneas enemigas que desde ambos lados pretendían envolver a cuantos caballeros se habían introducido entre sus filas y en ellas mantenían denodada pelea, a la que nos unimos. Mis hombres sólo representaban una ínfima parte de los que entraron en liza, pero como estaban sobradamente adiestrados, la sección que ocupábamos se ensanchó en seguida y pronto estuvimos mezclados con las fuerzas de caballería pesada en un enorme y confuso revoltijo de hombres acorazados y coceantes caballerías destripadas y caídas en el suelo, amén de negros y atléticos bereberes que combatían con la faz oculta por velos.

Alrededor de nosotros, como digo, se manifestaba la mayor de las algarabías, y tal parecía que los diablos habían abierto las puertas del Tártaro y se habían sumado al

desmedido conflicto, pues el núcleo de una gran batalla, uno de esos acontecimientos que rarisísimamente se producen, poco tiene en común con los sucesos de las algaradas, en las que todo se resuelve en breves escaramuzas. Allí son miles de hombres, y aún diría que decenas de miles, los que durante horas se enfrentan a cara descubierta, y de nada sirven los argumentos que definen los sucesos cotidianos. Los clamores llenan el aire, y entre nubes del más revuelto polvo las multitudes se comportan feroces, vacilantes y desorientadas. Todo se reduce a un continuo y agotador enfrentamiento con quienes incesantemente surgen ante ti, enemigos sin rostro ni apariencia de seres humanos a los que es preciso aniquilar, pues son *ellos o nosotros*, nuestra tierra o la suya... Pero cesaré en mis comentarios, que sobradamente conocen quienes tuvieron la oportunidad de figurar en alguno de los excepcionales escenarios que describo, y continuaré con la historia.

Era ya la hora sexta y el polvo nublaba el brillante cielo. Delante del lugar que ocupábamos se mostraban inacabables multitudes que combatían cuerpo a cuerpo en el más completo desorden, y del cerro lejano que pretendíamos alcanzar, en donde se encontraba su general en jefe, el califa Al Nasir, descendían a cada momento oleadas de jinetes que reemplazaban a los caídos. Era la veloz caballería almohade que tan enorme derrota nos infligiera diecisiete años antes, ocasión que ninguno de los que allí estuvimos habíamos olvidado, y que al presente intentaba de nuevo envolver el grueso del ejército cristiano. Cierto era que nuestras retaguardias, comandadas por reyes y obispos, permanecían intactas al otro lado de la llanura, pero de ellas nos separaba un largo trecho y cabía que cuando llegaran fuera tarde, de forma que temiendo ser copados en el seno de las rabiosas filas enemigas, de la más tormentosa manera que mi garganta me permitió grité las órdenes, ¡la tortuga!, ¡a formar la tortuga...!, y un griterío recorrió las filas que me rodeaban. Los peones corrieron de aquí hacia allá con las picas y alabardas y levantaron al cielo los escudos, y los caballeros, harto impedidos por el hierro y las heridas, se refugiaron en el interior de la muralla que poco a poco se fue levantando en el seno de la multitud de combatientes.

Un apretado rectángulo se formó en seguida, y quienes lo componían limpiaron el interior de enemigos arrojándolos fuera y estrechando las filas. Aquella formación, que pronto se agolpó sin dejar resquicios, resultaba un obstáculo insuperable para quien hubiera osado atacarlo, pues las innumerables lanzas que asomaban impedían que nadie se acercara, y aunque sobre nuestras cabezas caían toda clase de proyectiles, venablos, piedras y flechas de raudo caminar, la mayoría de ellos barreaban contra el muro metálico que formaban los escudos, y sólo de vez en cuando algún defensor se derrumbaba, siendo de inmediato sustituido por quien ocupaba el lugar posterior, de forma que el conjunto de la hueste, puntiaguda y acorazada escuadra, se adentraba continua y pesadamente en la multitud que encontraba ante ella. Además, no eran pocos los daños que a nuestro alrededor causábamos, pues desde el interior de la muralla de escudos y corazas surgían las piedras y flechas que honderos y ballesteros disparaban sin tregua aprovechando los huecos que entre las primera filas de defensores encontraban, y al chocar con tan erizada falange, y comprobando la escasa utilidad de sus esfuerzos, las filas de almohades, combatientes de la fe y tropas andalusíes de rojos turbantes, retrocedían y a duras penas eran contenidas por los oficiales y el redoblar de los tambores.

Era la caballería ligera musulmana, que al galope descendía en oleadas desde el cerro que pretendíamos alcanzar, la que más daño hacía al grueso del ejército, que a nuestro alrededor se extendía hasta donde las nubes de polvo permitían distinguir, desfalleciendo en algunos lugares ante el alud de nuevos jinetes y volviendo grupas en otros, ¿y qué no estaría sucediendo, me dije, en los lugares que el polvo ocultaba...?, pero tampoco nos faltó allí la fortuna, pues según supe con posterioridad –y esto me lo narró quien mejor podía conocerlo–, alertado el rey ante lo inútil que parecían los

esfuerzos de quienes estábamos en lo más hondo del campo de batalla, decidió hacer avanzar a las fuerzas que le restaban, que eran muchas, y de esta manera dijo al arzobispo, que estaba a su lado y fue quien me lo contó,

–Arzobispo, vos y yo... aquí muramos –y dando las órdenes oportunas y poniéndose al frente, hizo correr a la lucha a las expectantes e inquietas tropas de refresco que aguardaban.

El efecto de tal avalancha no se hizo esperar, y en buena hora llegó el socorro, pues amén de reforzar los puntos en que las defensas flaqueaban, las filas de nuestra sección eran de continuo aumentadas por combatientes que, sin saber ellos cómo, se encontraban de improviso a resguardo de la tortuga, nuestros escudos alzados al cielo y formando una triple pared en los laterales, robusto y compacto cuadro que continuaba adentrándose en el seno de la ruidosa batalla con una dirección definida, la albarrada que protegía al Miramamolín y sus generales, que se asentaba en lo alto del cerro y estaba formada por innumerables troncos de recios árboles enterrados profundamente, pues tal era nuestro objetivo y desde el principio lo había sido del ejército cristiano.

Así digo que la formación caminaba pesada y lentamente pendiente arriba, y aunque sin cesar nos llovían los proyectiles, observé que nuestros esfuerzos daban algún fruto, puesto que la lilaila y el tronar de los tambores enemigos había decrecido en intensidad. Quizá decaía el furor de los musulmanes, por lo que con todas mis fuerzas voceé para hacerme oír, ¡a cantar...!, ¡a gritar...!, ¡golpead los escudos!, siendo secundado por quienes me rodeaban, y como una enorme algarabía surgió de improviso de nuestra escuadra, acompañados por cánticos, alaridos sin cuento ni razón y golpeteo de hierros y escudos, aceleramos el paso cuanto pudimos y pronto nos encontramos a la vista de la empalizada.

Volviéndome hacia uno de nuestros capitanes le dije, don Diego, necesitamos arietes, pues yo sabía que si aquella talanquera se derrumbaba, aunque fuera por un solo lugar, la desbandada había de producirse de inmediato, y la multitud enemiga, rompiendo las filas, se apelotonaría ante el hueco intentando defenderlo, lo que daría al resto del ejército cristiano no poca y quién sabe si definitiva ventaja.

En el campo de batalla quedaban innumerables restos de los sucesos de horas anteriores, y junto a multitud de cuerpos caídos se amontonaban armas de toda especie, catapultas y trabuquetes rotos en innumerables fragmentos, y como las vigas de que estaban compuestas permanecían enteras, señalándolas grité, ¡arriba esas maderas!, ¡hacia adelante, hacia adelante!, y quienes estaban en el centro al punto me obedecieron. Sin abandonar las espadas y cargando con los pesados maderos mientras las filas se abrían, pues ante nosotros no había más enemigos que los que desde lo alto del aferrado muro lo defendían, avanzaron hasta los primeros troncos y con furor los embistieron.

Entre el estruendo de la batalla que a nuestra espalda continuaba, secundado por los capitanes grité, ¡recordad lo que aprendisteis!, ¡por Dios que nos ve!, ¡adelante, adelante...!, y aunque desde lo alto de la tambaleante empalizada nos llovían saetas y venablos, la mayor parte de ellos resbalaban en escudos y armaduras y caían a nuestros pies.

La pared construida con troncos resultó ser mucho más dura de lo que desde abajo habíamos creído, pues había sido reforzada con pesadísimas cadenas de hierro que, entrecruzándose por todas partes en múltiples vueltas, abrazaban los puntales que hondamente habían sido hincados en la tierra, y aunque los postes vacilaban ante nuestros golpes y parecían querer derrumbarse, por efecto de aquella férrea costura permanecían en pie y en seguida recuperaban su forma. A duras penas se sostenían los defensores en lo alto del parapeto, y ante las furiosas embestidas de los arietes se tambaleaban como beodos en noche de fiesta, cayendo algunos de la estacada y retirándose otros a donde mejor pudieran combatir. Varias pellas de ardiente nafta

cayeron entre nosotros, pero nunca lo hicieron, pues aprovechamos para empujarlas contra las maderas e intentar incendiar aquellos indómitos puntales, y si bien no conseguimos lo que nos proponíamos, la humareda resultante les perjudicó antes que favorecerlos, pues ocultó nuestra presencia y nos permitió arremeter una y otra vez contra lo que tanto se nos resistía.

Al fin cedió aquel muro inabordable, y con ruido de desgarró una mínima parte de él se derrumbó mostrándonos el interior del palenque en el que se refugiaban El Miramamolín y sus generales, recinto que estaba anegado por el polvo de la batalla y el humo de los incendios..., y entonces, de la más imprevista manera, surgieron nuevos seres con los que no habíamos contado, pues a nuestra derecha combatían los navarros, que quién podía saber cómo habían conseguido abrirse paso hasta aquellas alturas, los cuales, aprovechándose del hueco que habíamos abierto en la defensa, por él se precipitaron como demonios desmandados, y a fe que tales parecían y tal era su traza y apostura, horda de rabiosos y enfurecidos montañeses provistos de formidables hachas de doble filo y un ímpetu como jamás se viera igual, más si se piensa en las largas horas que todos llevábamos combatiendo.

Atónito observé cómo se desparramaba la súbita avalancha, y cómo sus componentes, de atroz mirada y retumbantes y guturales voces, entraban a duras penas por la abertura y con sus pesadísimas armas daban cuenta de cuanto se les oponía, la guardia personal del Miramamolín, guerreros que, en previsión de una desmandada huida cuando todo se hubiera perdido, se aprestaban al último combate enterrados en el suelo hasta más arriba de las rodillas y, según comprobamos más tarde, encadenados por los tobillos a grandes pesos que se ocultaban en zanjas que poco antes habían cavado. La avalancha que digo se introdujo por la mínima abertura que nosotros habíamos desembarazado y ellos encontraron, y mientras unos batallaban con los grupos encadenados al suelo, otros enlazaron con cuerdas la parte superior de la empalizada y, como si fueran toros furiosos y a despecho de las cadenas de hierro que querían impedirselo, la derribaban en parte, franqueando la entrada a quienes de igual suerte les seguían.

Atónito dije, sí, y estupefacto permanecí ante la novedad que imparable discurría a nuestro lado, pero en seguida supe quiénes eran aquellos personajes. Eran los *almogávares* de quienes tanto había oído, habitantes de las lejanas montañas del norte *que vivían en el monte como cabreros y vestían como trogloditas*, rebisnietos de los godos que las crónicas decían y un día bajaron de sus agrestes e inaccesibles sierras a la ancha y llana Castilla para defender al Dios de todos.

Lo que quedaba fue coser y cantar, pues el ejército enemigo huía en masa y la desmandada y clamorosa muchedumbre de atacantes pasó por encima de los últimos defensores, por lo que al fin accedimos sin oposición a la cumbre del cerro en la que se encontraban las lujosas tiendas, ya abandonadas, que constituían el cuartel que había sido del califa almohade dueño del norte de África, El Miramamolín del que tanto se dijo y había equipado un ejército para acrecentar su imperio a costa de nuestras tierras, y como nadie había allí, excepto una fuerte guardia de soldados castellanos que había limpiado el lugar de enemigos y se aprestaba a impedir el saqueo, frené el ímpetu de mis hombres y les ordené formar en una de las explanadas que a mano se presentaban, lugar en el que dieron rienda suelta a su alegría, aunque también a sus aflicciones, pues muchos de los nuestros, sus hermanos y amigos, habían caído muertos o heridos durante el transcurrir del día y habían sido abandonados en el campo de batalla, adonde sin tardanza se dirigieron a buscarlos.

Mientras los clamores ascendían por las pendientes que a la cumbre del cerro conducían, y los sobrevivientes del ejército bereber emprendían la huida perseguidos por nuestros jinetes, accedieron al lugar los reyes y nobles y obispos que habían tomado parte en la contienda, todos ellos acompañados por fuertes guardias y grupos

de caballeros con las corazas cubiertas por el polvo de la batalla y agujereadas por flechas que sólo someras penetraron e inmediatamente fueron arrancadas, la faz sangrante y partida por los innumerables impactos de las piedras y todas sus figuras chamuscadas y ennegrecidas por el humo y las llamas de los innumerables incendios..., y llegados a este punto he de contar lo que allí sucedió.

Éramos muchos los que aguardábamos la llegada de los poderosos, y en los rostros se pintaba el entusiasmo que procura la victoria, más si esta es todo lo fatigosa que había resultado aquella, por lo que corría con profusión el vino de odres y pellejos que algunos se habían ocupado de trasladar. Durante un buen rato se sucedieron los vivas y los gritos y las lágrimas, los abrazos y el entrechocar de manos y hierros, y al fin una solemne procesión apareció sobre el cerro y se acercó con parsimonia al lugar en que estaban instaladas las tiendas. Tras unas breves ceremonias religiosas que observamos rodilla en tierra y fueron cantadas por el arzobispo de Toledo, los reyes se levantaron y a su frente se colocó el de Castilla, Alfonso VIII, que, con sorpresa lo observé, aún llevaba puesto el enorme y pesado casco que yo le había regalado, pieza que inmediatamente reconocí.

Él se adelantó hacia los muchos que le esperábamos, y mientras saludaba a unos y otros con los exagerados ademanes que pinta la feliz resolución de graves problemas, reparó en mi presencia, y entonces, irguiéndose y sonriendo, se despojó del voluminoso y entorpecedor yelmo que ya no resultaba necesario y entregó a uno de sus ayudantes, y se acercó aprisa hasta el lugar que yo ocupaba, me abrazó, entrechocamos los brazos y, mirándome a los ojos, dijo,

–Gracias.

Yo no supe qué responder ante tamaño elogio y me contenté con devolverle la intensa mirada, y él, a continuación, se volvió y fue a abrazar a los capitanes que nos rodeaban.

Alfonso VIII, nuestro rey, había nacido quince años antes que yo, y era, por tanto, una persona mayor. Sin embargo, encerraba gran brío en su persona, y en su expresión se advertía el mayor de los entusiasmos y las felicidades.

Muy difícil y trabajado había resultado aquel triunfo, que al fin, tras muchos años de espera, nos abría los caminos que conducen al valle del Guadalquivir y los reinos musulmanes, y él, que había sido el principal instigador de la temeraria aventura, no desdeñó la pelea y combatió mezclado entre las tropas, y todo ello con grave riesgo de su vida, pues fue fama después que, junto a los almogávares que nosotros habíamos visto, intervinieron en la arremetida final caballeros castellanos que vieron en peligro a su rey, entre los que se encontraban algunos de los juglares y trovadores de la corte que por nada del mundo le hubieran abandonado en una situación tan comprometida como aquella, y poniéndose al frente de las ya descabezadas huestes consiguieron la hazaña, y así, se hablaba de un Gonzalvo Ruiz y de otros, por los que no pondré la mano en el fuego pues las leyendas siempre siguen a los hechos de armas y resulta difícil separar unas de otros, pero que seguramente existieron y llevaron a cabo lo que las gentes dijeron de ellos.

Y tampoco se habían quedado cortos en sus esfuerzos los restantes reyes y obispos que nos acompañaban, mezclándose en persona en la ingente batalla y conduciendo a sus huestes cuando las adversas circunstancias lo requirieron, y entre ellos citaré al de Navarra, pues el rey Sancho, que ante todos se había distinguido por su empuje, arrojo y sabiduría acerca de lo que en las batallas campales sucede, se presentaba ante nosotros erizado de flechas que no le producían dolor, traspasado como un ecce homo y con todas las piezas de su armadura desencajadas. Sin embargo, ¡ay!, la magnífica cota de malla que bajo la coraza portaba le había librado de heridas más graves y sólo rasguños y contusiones se adivinaban aquí y allá, y aunque a duras penas conseguía mantenerse en pie, ante nosotros se erguía orgullosamente y rodeado por un círculo de

tambaleantes y altivos caballeros que nadie aún derrumbara, y difícil sería hacerlo después de aquel momento.

El rey Sancho de Navarra, que tan enormes muestras de furor había dado en la memorable jornada que concluía, fue el más afortunado de los hombres que se repartieron el botín, pues el azar le señaló las pesadas arcas de El Miramamolín, entonces sin dueño ni guardianes y que resultaron estar llenas de centenares, y aun quizá fueran miles, de lingotes del más purísimo oro. El rey de Castilla, mi señor don Alfonso, hartado por la providencial culminación de aquel largo día, hizo amago de renuncia a su parte jaleado por López de Haro, patrono de Vizcaya y a la sazón su más significado lugarteniente, pero al fin, rodeados por tumultuosos grupos de acorazados aunque maltrechos caballeros, resolvieron jugárselo a las suertes, y estas fueron benévolas con quien realmente lo había ganado. Así pues, al rey de Navarra le cupieron los dineros, a los de León y Aragón los cautivos, y al de Castilla la gloria, aunque compartida con el arzobispo de Toledo, que reclamó su parte y por escrito se hicieron constar sus méritos y los haberes tan difícilmente conseguidos.

Transcurrió la primera noche en busca de quejumbrosos heridos, y durante ella recibí la peor de las noticias, pues algunos de nuestros hombres trajeron el cuerpo exánime y atravesado por varias flechas de Hernán, mi hermano, que habían encontrado a escasa distancia del palenque. Empleamos la noche en velarlo, labor en la que me acompañaron Moisés y muchos de nuestros hombres, y mientras allí permanecíamos silenciosos pudimos ver cómo en el oscuro campo de batalla surgían centenares de hogueras, en las que se hizo una primera quema de los restos que alfombraban el suelo, los cadáveres de hombres y monturas, las armas y ropas destrozadas y cuanta basura pudo encontrarse, pues decenas de miles de cuerpos alfombraban los campos adyacentes y era de temer la aparición de alguna de las graves epidemias que causa la carne corrupta, máxime si se tenía en cuenta la calurosa estación que atravesábamos. Luego, cuando amaneció, aunque se dispuso que el ejército permaneciera inmóvil sobre aquel terreno tintado de rojo por ver de reponer fuerzas, y sólo algunas huestes se mantuvieran alerta en previsión de insospechadas contingencias, también se ordenó que otras, de escasa entidad y que no tuvieron parte en la batalla, pues habían permanecido en la retaguardia, continuaran avanzando para informar del estado de los caminos que ante nosotros se abrían al fin despejados.

Y de qué manera fue aquella vacuidad, pues el ejército almohade, que días antes habíamos juzgado invencible, parecía haber sido aniquilado por completo, y las fortalezas en que antes se asentaron se mostraban abandonadas, las puertas abiertas y las almenas desatendidas, los aljibes secos, cuando no envenenados, y la maquinaria de guerra desmantelada, rota e inservible, como si el poder musulmán aceptara la derrota y contara con no volver jamás por aquellos pagos.

De semejante guisa encontramos en días posteriores los castillos de Vilches y Baños, hasta entonces inasequibles lugares que mucho nos habíamos cuidado de evitar en nuestras correrías. Sus guarniciones habían huido con los pertrechos y maquinarias que pudieron transportar hacia las tierras de Baeza, abandonando en el camino a los heridos y multitud de carros que no soportaron las dificultades de una huida apresurada, y el ejército no encontró impedimentos para seguir avanzando hasta las llanas y fructuosas vegas cercanas, cuyos ocupantes, indefensos, pactaron la entrega de las ciudades a cambio de conservar las vidas.

El verano avanzó, y entre los calores, los cadáveres insepultos, la miseria que causó la derrota en las tierras ocupadas y la hambruna que la siguió, las tan temidas pestes hicieron al fin aparición, por lo que no deseando exponer a los míos a otro morbo como el que conté que antaño tuvo lugar en Calatrava, habiendo cumplido con creces en lo que allí nos había llevado a mi hueste orden de retirada, en lo que fui secundado por no pocos señores que se asustaron ante la magnitud del fenómeno y las continuas

muertes que de inexplicable manera en nuestro bando se producían.

Fue de tal suerte como finalizó aquella larga etapa que me llevó a convertirme en señor de la guerra fronteriza y se saldó con el mayor de los éxitos, pues los caminos hacia el sur quedaron desembarazados, y las comarcas que durante años habían sido objeto de sangrientos litigios, como sucedió con la de Calatrava, liberadas al fin de sus ocupantes.

EL ARQUITECTO

VIDA Y MUERTE EN CASTILLA
LAS BASÍLICAS
LA ÚLTIMA BATALLA

VIDA Y MUERTE EN CASTILLA

Los años que siguieron al memorable episodio que narré, la gran batalla de la Nava, fueron en nuestra tierra de total hambruna, y las comarcas que la componían, el Campo de Calatrava y sus alledañas, abandonadas por sus habitantes, que emigraron con prisa hacia lugares mejor provistos, dibujando de tal manera un anchísimo y despoblado territorio asolado por las epidemias. Los cadáveres resultantes de la brutal matanza permanecieron insepultos durante meses, y luego fueron absorbidos por las fuerzas de la naturaleza, que de todo sacan provecho. Durante el invierno hubo una campaña contra las tierras recién conquistadas, aquellas fértiles vegas de Úbeda y Baeza que tanto se nos habían resistido y entonces se encontraban indefensas, y calatravos y santiaguistas ocuparon sin oposición algunas fortalezas que siempre habían rechazado nuestras acometidas, entre ellas las muy importantes de Dueñas, Eznavexore, Alcaraz y Riópar, lo que convirtió al reino de Castilla en dueño de la gran extensión que mediaba entre los montes que antaño habían sido frontera y el célebre río Guadalquivir, objeto inmediato de nuestros afanes. Sin embargo, no hubo continuidad en los progresos de los reinos cristianos, pues todos nos encontrábamos más muertos que vivos y cansados hasta el extremo.

Nuestra tropas tomaron parte en aquellas salidas, pero ya no fueron comandadas por mi hermano Hernán, quien las había adiestrado y dado forma, puesto que él había dejado su vida en el campo de batalla, así que tras nombrar nuevos capitanes entre quienes se habían señalado en años anteriores, delegué en ellos tales cuestiones, y creyendo que la más importante parte de la labor estaba concluida, convinimos en dejar Toledo y trasladar nuestra residencia a tierras norteñas, más allá de los montes Carpetanos.

Durante una temporada vivimos en Castilnuovo, pero luego, habiendo encontrado tales territorios muy a desmano de lo que nos interesaba, los focos de sabiduría en los que queríamos que se instruyeran nuestros hijos, y asimismo a instancias de Leonor, poco amiga de la soledad de los páramos castellanos, nos trasladamos a Burgos, ciudad en la que sentamos plaza ocupando una enorme casona de piedra que había pertenecido a don Lope. La construcción se presentaba descuidada, y las zarzas se habían hecho señoras de paredes y tejados, pero reparada por una tropa de alarifes y carpinteros pronto presentó su mejor cara. Aquello no admitía comparación con mis arduos trabajos en Yebel, en donde hube de reconstruir una fortaleza arruinada por siglos de abandono, pero me permitió poner en práctica los conocimientos adquiridos en años anteriores y el resultado final me dejó muy satisfecho.

Al fin nos instalamos en la enorme y pétreo mansión, y a ella afluyeron en seguida los personajes que forman una corte, ministros y consejeros, pues nuestras actividades comerciales seguían siendo muchas, amén de multitud de criados, saltimbanquis y parientes pobres, de los que se nos añadieron un cierto número. Burgos, por otra parte, era una ciudad mayor que Toledo, y aunque esta última era el más importante bastión del territorio fronterizo con los reinos musulmanes, lo que la convertía en importante enclave, no lo era menos la capital del reino, sede de la corte y de las principales ferias comerciales.

Fueron nuestros hijos, como dije, quienes nos llevaron hasta ella, pues era de rigor entonces, cuando comenzaban a hacerse mayores, ocuparse de su educación, y a tal efecto procuré informarme sobre las condiciones que regían en un lugar novedoso y al que llamaban *Estudios Generales*, sito en la población de Palencia y que había sido fundado por los reyes pocos años antes. Nuestras amistades nos allanaron el camino, por más que nos desaconsejaron tal institución, propia únicamente, según dijeron, para quienes iban a dedicarse a los oficios eclesiásticos, pero yo, que recordaba los tiempos

pasados en la *academia* de Toledo, no dudé en iniciar las gestiones que nos abrirían sus puertas..., aunque al fin fue nuestro hijo Alfonso, que ya tenía quince años y apuntaba al ejercicio de las armas, el único en tomar tal camino. Leonor y Raquel, mis hijas mayores, fueron excusadas de aquellas tareas, pues yo, como persona mayor a quien la edad comienza a oprimir, encontraba sumo placer en su compañía, y los pequeños, Moisés y Soledad, permanecieron con su madre, quien, de igual manera y entre risas y otros halagos, no consintió en separarse de ellos y dijo que tiempo tendrían de recorrer *el ancho mundo*.

Nuestros amigos en la corte eran muchos, pues Leonor y yo, cada uno por diferentes motivos, éramos personas conocidas. Ermentrude continuaba al lado de la reina, y en algunas ocasiones la tuvimos a nuestro lado, ocasiones que aprovechó para ponernos al día sobre los muchos intrínquilos y vicisitudes de la corte. Fue ella quien, advertida de mi afición a las piedras y todo lo que significara nuevas construcciones, me puso en relación con el maestro Rodericus, importante personaje que había sido solicitado desde sus tierras francesas por nuestra reina para dirigir las obras de una de sus fundaciones, un enorme convento que sobre una antigua fortificación se estaba levantando en un paraje cercano a Burgos al que se conocía como Huerto de las Huelgas. Era aquella una fabulosa edificación propia de reyes y para la que no se reparaba en medios, y, según oí decir, estaba destinada a convertirse en panteón de monarcas y otros hombres ilustres. Algunas personas habían sido enterradas ya en su cripta, como ciertos caballeros que habían dejado su vida en el reciente acontecimiento de la Nava de la Losa.

El maestro Rodericus, aquitano de mediana edad que conversaba con dificultad en nuestra lengua pero se expresaba con viveza en latín, me habló largamente de sus ideas y opiniones sobre *el arte y la conveniencia de construir vastos recintos*, y al principio aquellas palabras me parecieron sobre todo de carácter metafísico y poco vinculadas con la exacta ciencia de la arquitectura, que tiene como referencias principales materias tan intrincadas como la geometría y la trigonometría. Mis hijas Leonor y Raquel, que me acompañaban en aquellos paseos y salidas, encontraron sin embargo mucho sentido en sus palabras, y no dejaban pasar la ocasión de rogarme que las dejara ir conmigo. A ello sin duda contribuía el hecho de que ellas, encaminadas con buen pie por su madre, quien había residido de joven en un convento de aquel país, habían aprendido el idioma de nuestro huésped, y a la par chapurreaban, de manera que yo encontraba graciosa, el mismo latín, conocimientos que les habían llegado de la mano de Peregrino, el hermano (pues su parquedad era tal que no le halagaba que le llamaran *monje*) que desde hacía muchos años estaba a nuestro lado.

A la postre resultó que el maestro Rodericus, con quien mantuve una larga amistad –y no fueron pocos los atardeceres que nos sorprendieron bebiendo vino en las tabernas rayanas al Huerto de las Huelgas–, prefería a mis hijas a las demás personas, que sobradas muestras dio de su afición a las niñas y a sus decires, y ello me llevó a identificarme aún más con él.

Durante una temporada argumentamos sobre lo divino y lo humano, en especial lo relacionado con la construcción de bóvedas y arcos, y yo afirmé, y Rodericus no vaciló en revalidarlo, que la tendencia era adelgazar las paredes con la ayuda de apoyos y arbotantes, y llevados por nuestro entusiasmo –o mi entusiasmo, propio de aprendiz, pues Rodericus siempre fue de pocas palabras–, a contemplar el arriesgado proyecto de elaborar grandes vitrales en donde pudieran contemplarse las caras de los reyes..., aunque al fin todas aquellas tentativas que durante meses habíamos albergado quedaron en nada, pues nuestro rey murió de la manera más inesperada cuando se dirigía a tierras portuguesas para entrevistarse con el de aquel reino. Durante el viaje, en un lugar cercano a la ciudad de Ávila, enfermó repentinamente de unas fiebres, y

días después falleció en presencia de su séquito.

La conmoción que tal suceso produjo fue enorme, pues habían sido muchos los años que el reino de Castilla vivió bajo su cetro, lo que había supuesto una larga etapa de estabilidad en nuestras tierras, y aunque durante el tiempo que duraron las exequias y el período de luto que siguió, los poderosos guardaron la compostura que tan señalada ocasión requería, en seguida comenzaron las intrigas propias de las épocas en las que ninguna cabeza visible ostenta el poder supremo.

Por ende, las desgracias y sobresaltos que durante una larga temporada iban a conmover a nuestra sociedad no cesaron allí, pues la reina Leonor, que tanto nos había favorecido con sus palabras y actos en ocasiones anteriores, no le sobrevivió mucho tiempo, ya que, según tuve ocasión de oír contar a Ermentrude, pocos meses después, enferma y entristecida por la muerte de su esposo y entendiéndolo que había llegado el momento, ordenó extender un lecho de ceniza en el suelo de sus habitaciones y, vestida con un hábito, se acostó sobre él para aguardar la hora de la muerte. De tal modo le siguió al Más Allá y fue enterrada a su lado en el monasterio cisterciense de las Huelgas, que ellos habían promovido en años anteriores y al que yo, entre otros edificios de la ciudad, contribuí a dar forma.

Tras aquellas muertes inesperadas la mayor de las anarquías se abatió sobre el reino de Castilla, pues los nobles, las mayores y más poderosas familias, que maliciaron llegada la hora de imponer sus criterios, concurren con todos los medios a su alcance para hacerse dueños y señores de la voluntad del infante Enrique, único hijo vivo de los reyes que entonces contaba con diez años y era quien había de sucederles, y la de la reina regente, doña Berenguela, una de sus hermanas mayores.

Durante un tiempo actuó como regente doña Berenguela, hija también de nuestros reyes y que había estado casada con el de León, de quien tenía varios hijos, y aquella mujer, que intentó significarse por su energía y buen hacer, fue pronto apartada de sus funciones por la voracidad de los nobles, en especial la familia de los Lara, que no estaban dispuestos a permitir estorbos para lo que eran sus planes más inmediatos. Lo que digo nos lo contó Ermentrude, que perdida su condición de dama y consejera de nuestra señora la reina, a la que había dedicado la vida, prefirió retirarse de la corte e ir a residir al solar de su marido, que situaba en un lugar del norte al que llamaba Asturias de Santillana.

Luego, por si lo que cuento fuera poco, sucedió el desgraciado episodio que costó la vida al nuevo rey, el que había de ser Enrique I, quien un mal día, cuando tenía trece años y jugaba con sus donceles, recibió el impacto de una teja que lo llevó al sepulcro, y aunque se hicieron toda clase de cábalas sobre el suceso y hubo quien culpó de ello a don Álvaro Núñez de Lara, personaje que había alimentado maquinaciones y algaradas, al final todo quedó en nada y, enterrado el infante junto a sus padres, atravesamos por un nuevo período de zozobra.

He aquí otra vez al reino de Castilla descabezado y preso de las mayores intrigas y turbulencias, pero Dios vela por sus protegidos, y la expresión creo que se ajusta a la realidad, pues tres años después de la muerte de Alfonso VIII y cuando parecía que el país se sumía en el desorden, merced a la presencia de doña Berenguela y a sus denodados esfuerzos, que no fueron pocos los obstáculos que encontró en su camino, se intentó proclamar rey a Fernando, uno de sus hijos y del rey de León —y nieto por tanto de Alfonso VIII—, un joven de dieciocho años que había vivido durante toda su vida en la corte de Castilla. Aquello precisó de un gran pacto entre prelados, nobles y otros poderosos, y no sólo entre los de nuestro reino, sino también de personajes del reino aldeaño encabezados por su rey, pues el elegido era uno de sus hijos y aquello complicaba la sucesión. Al fin, tras muchos parlamentos y no pocos cabildeos se llegó a un compromiso aceptado por todos, y aunque la opinión de quienes me rodeaban era muy escéptica respecto a lo que pudiera salir de aquello, luego, con los años, se

comprobó la sabiduría y los muy exactos cálculos de doña Berenguela, y el nuevo rey, don Fernando –con el que llegué tener algunos contactos, como después explicaré– actuó a gusto de todos y se hizo con las riendas de un país que siempre fue difícil de gobernar.

Cierto que aún durante algunos años hubimos de sortear acaecimientos luctuosos y arterías de quienes no se conformaban con lo sucedido, como ocurrió con el movimiento que, encabezado por los Lara y aumentado por tropas del reino de León, tomó algunas plazas y no vaciló en asesinar a quienes no se pusieron de su parte, pero ello encontró una contundente réplica del reino castellano, contraofensiva en la que nuestras tropas, a las que hice venir desde el Campo de Calatrava, tomaron parte, episodio que había de granjearnos la amistad de los gobernantes y una no deleznable porción del territorio en el que nací, que nos fue adjudicada por decreto real y con la venia de aquella corte naciente que siempre se distinguió por la gratitud hacia los súbditos leales.

Otra cuestión fue la que afectaba al asentamiento de lo conquistado durante la batalla de la Nava de la Losa, es decir, las tierras que más allá de las montañas que siempre fueron frontera encaraban al codiciado valle del Guadalquivir, aún en manos de los reinos musulmanes, pero aquellos poderes se mostraban muy endeble, pues el califa que había sido del imperio almohade, Abu Yacub Yúsuf, había muerto en sus dominios africanos, y los reinos que restaban no se ponían de acuerdo sobre el sucesor y obedecían ora a unos, ora a otros. Nuestro nuevo rey, don Fernando, aprovechando el desgobierno en que se encontraban aquellas tierras envió tropas que tomaron de manera definitiva localidades que habían sido tan importantes como Andújar o Baeza, en lo que fue el primer paso de las conquistas que en años posteriores iban a sucederse.

Nuestra vida, es decir, la de mi familia, prosiguió con sus quehaceres durante aquellos años que fueron de expansión e importantes avances en cuantos aspectos nos afectaban, y mientras yo continuaba atendiendo algunas obras para las que fui requerido, Leonor, asesorada por nuestro *primer ministro* Rodrigo, a quien llamábamose *políglota*, engrandeció las rutas comerciales que frecuentábamos y las llevó hasta la mismísima Venecia, en donde Alejandro se brindó a servirnos de corresponsal.

Sin embargo, lo más señalado de tales tiempos, los primeros del nuevo reinado, fue nuestra introducción en las asociaciones de ganaderos, que con la llegada de épocas de estabilidad cobraron enorme auge. Siempre habían existido corporaciones gremiales que se ocupaban del importante asunto de los rebaños, pues en nuestro país, debido a la guerra y a los continuos avances y retrocesos de sus fronteras, existían grandes extensiones incultas que eran dedicadas al pastoreo estacional, ya que durante los otoños e inviernos quedaban desiertas y a salvo de las incursiones enemigas, pero fue entonces cuando cobraron importancia capital, y ello debido a uno de sus productos, del que hablaré en seguida.

Mis primeras relaciones con los rebaños se remontaban a la infancia, cuando en compañía de aquel rabadán que dije, pastoreábamos algunos de los ganados que la Orden de Calatrava guardaba en nuestra fortaleza, pero desde entonces había tenido continua relación con ellos, pues una parte muy significativa del patrimonio de Leonor se componía de ingentes vacadas que pastaban en sus posesiones, a las que había que sumar las manadas de yeguas, que nos proveían de los siempre importantes caballos, y los no menos sobresalientes hatos de cabras y ovejas y piaras de cerdos, que eran atendidos por la mucha gente que teníamos a nuestro servicio.

Sucedió que, de improviso, uno de sus productos cobró enorme importancia, y este fue el vellón, sí, el vellón de las ovejas, al que hasta entonces no habíamos dado el valor que tenía. La lana de nuestro país era un apreciado artículo que encontraba inmediato acomodo en los reinos europeos, y fue Alejandro quien, avisado de una circunstancial

carestía, nos informó sobre el desmesurado precio que alcanzaba en los mercados extranjeros, por lo que debido a sus requerimientos, pues ambos confiábamos en las palabras de mi amigo veneciano como si emanaran de la Santa Biblia, decidimos aumentar la cabaña que poseíamos de tales animales. En Burgos era célebre *la feria de la lana*, que nunca atrajo nuestra atención y se cumplía tras los tiempos de esquila, y desde ella y sus muchas subastas se enviaba el producto a los países del norte...

Era de ver la gran mesa del consejo que Leonor presidía, y de escuchar las muchas censuras que nuestros secretarios, que temían al trabajo como al diablo, sobre todo si se piensa en la estabilidad y moderación que siempre habían presidido nuestras empresas, nos dedicaron, pero nosotros, haciendo oídos sordos a tales amonestaciones y entre risas y bromas y veras, ordenamos a los mayores que se desprendieran de la mayor parte del ganado vacuno (no así del caballar) y dedicaran su atención al lanar, y resultó que cuando los grandes rebaños habían sido de mil cabezas, entre los que se incluían vacas, caballos, mulos, asnos, cerdos y cabras, nosotros dimos la vuelta a aquel estado de cosas y llegamos a tener hatos de varios miles de ovejas que transitaban por el Campo de Calatrava a su antojo, comarca entonces muy poco poblada, y habiendo entrado con creces la primavera, entre las enormes polvaredas que señalaban su paso, conducidas por pastores y rabadanes y multitud de perros se dirigían a los montes Cantábricos, en donde se instalaban tras el larguísimo viaje.

–Estoy contenta –me dijo en una ocasión mi mujer– de haber pasado del importante cargo *de encomendera mayor de las vacas* al más liviano y novedoso *de tratante de lanas*... –y allí me miró con intención–, pues estas merindades que ahora se nos antojan extrañas, y también a quienes nos aconsejan, forman parte del futuro que legaremos a nuestros hijos. Mi padre me dejó un gran patrimonio, es verdad, pero él no sabía nada de los tiempos que habían de venir. Todos hemos de cambiar y conducir nuestra vida hacia adelante, ya sea ese sur por el que suspiras o el poniente de los antiguos, *allá donde el océano se vierte en el abismo*, frontera última de la humanidad... Dime, ¿tú crees que llegaremos a verlo?

Era fácil y agradable nuestra vida en Castilla, ocupados en múltiples tareas, de las que la menor no era la administración de tierras y otras propiedades, y cuando todo parecía ir bien, pues las rebeliones políticas habían sido apaciguadas y se auguraba una época de bienestar en los reinos cristianos, Leonor enfermó de uno de los misteriosos males que hoy aparecían y poco después se esfumaban tras el horizonte del tiempo. Aquello sucedió de improviso, y ni siquiera tuvimos el recurso de acudir a doña Mayor, que había muerto en años anteriores y sido nuestra principal valedora en lo que tocaba a las irresolubles circunstancias para las que no existía remedio conocido, y aunque hice venir desde Toledo y otros puntos a los sabios que nos aconsejaron, todos se mostraron igualmente pesimistas y de ninguno salió una palabra que nos permitiera concebir esperanzas.

Leonor empeoró día a día, y lo que al principio tomamos por envenenamiento y me obligó a revolver la casa entera, así como enviar a los niños con Yúsuf y Moisés a Castrojeriz, en donde bien podían ocultarse en casa de Rubén, al fin debimos aceptarlo como *el rayo de los cielos*, nebuloso concepto que nos sugirió Peregrino, ya muy viejo, achacoso y entrado en años, pero cuyos ojos brillaban con la sabiduría que presta la edad y la emoción que el funesto lance le ocasionó.

–El estoicismo de los antiguos y la humildad de los cristianos –dijo a media voz– es lo que predico a mis dueños en las fatales circunstancias que el Destino nos trae. Todos estamos en manos de Dios, y sólo cabe conformarse con sus designios. Hágase su voluntad.

Pasaron algunos días, y a la vista de lo que verdaderamente acontecía, una vez que me di cuenta de que mis temores eran vanos y la única mano que manejaba aquellos

inasibles hilos era la de Dios, hice volver a toda prisa a mis hijos a nuestra casa, pues Leonor anhelaba su presencia, y una de aquellas tardes, cuando nos encontrábamos reunidos a su lado, con palabras en las que se advertía una extrema debilidad dijo,

–Ramón: ven y cuéntanos otra vez lo que viste en aquel arenal africano que miraba hacia poniente. A mis instancias lo has narrado repetidas veces, ya lo sé, pero nunca me cansaré de escuchar ese cuento que habla del lugar que jamás podré alcanzar.

Yo comencé una vez más aquella fábula que trataba de alguien, señalado por los dioses, a quien fue permitido avizorar el océano, el más allá desconocido, las arenas del desierto y las infinitas luces del cielo, y lo hice sosteniendo entre los brazos a Soledad, nuestra hija menor, pobre niña, que estaba aterrada ante el aspecto de su madre y no se atrevía ni a respirar.

Leonor y Raquel, las mayores, se colocaron a ambos lados del lecho, y aparentando serenidad escucharon lo que dije mientras con pañuelos de seda le enjugaban el sudor de la frente. Al fin, cuando concluí, hubo un pesado e incómodo silencio, y fue Raquel, aquella niña que día tras día daba muestras de la mayor de las perspicacias, la que dijo,

–Siempre me gustó esa historia que nos habla de lo que verdaderamente se esconde más allá del horizonte marino que nunca vi. Sólo vosotros dos lo conocéis, pero nosotros iremos a contemplarlo cualquier día y tú nos acompañarás, ¿verdad, madre? –y ella respondió,

–Verdad. Gastamos nuestras vidas acechando quimeras, persiguiendo ilusiones que están más allá de nuestros posibles, pero debemos tener en cuenta que no sabemos nada. Dios creó cielos y Tierra para morada de las personas y animales, y es nuestra obligación intentar desentrañar sus secretos, desvelar el Orbe y cuanto contiene, que, a modo de adivinanza, nos propuso Quien desde arriba nos contempla.

De tal forma continuó el discurso durante aquella tarde que, de profética manera, resultó revuelta y ventosa, y yo, temiendo cualquier inesperado suceso, la pasé entera a su lado. Llegó la noche, y después de enviar a los niños a dormir, quedó en un reposo total que le duró algunas horas. Luego, de repente y de la más inesperada manera, irguiéndose en el lecho y con las palabras del poeta, dijo,

–¡Ay de mí, que un suave sopor me toma en mis duelos...! Ojalá que ahora mismo la madre de Dios me diera blanda muerte para no consumir más mi vida en la pena, añorando el valor y las prendas sin cuento que sólo a ambiciosos afectan

[\[18\]](#)

. Escúchame: lo que tuve que hacer, ya lo hice, y lo que quise decir, lo dije, y quien quiso me entendió. Tuve cinco hijos, sí, que se quedarán contigo, y lana de vellón con mis esfuerzos, vanidad de seres vivos..., y alcancé a comprender algunos de esos saberes de la geografía que me apasionan, aunque al fin vanidad también de quienes ambicionan ir más allá de lo que el Cielo nos consiente... Tú, sin embargo, no cejes en el empeño, y aunque en ocasiones no puedas contemplar con los ojos de la cara la dirección que nos señala la luz del ocaso, procura no perderla de vista con los de la mente, pues ellos nos muestran colores más hermosos que los que en vida creímos contemplar.

Después requirió una vez más a sus hijos, que acudieron sobresaltados y somnolientos, y entre ellos y con la compañía de quienes estábamos a su lado, Peregrino, Yúsuf, mi hermana Raquel, Rodrigo, Moisés y quien narra tan especial escena, pareció dormirse en un sueño del que no iba a despertar, y fue mi hermanita, a quien su ceguera dotaba de poderes que los simples mortales no podemos comprender, la que avanzada la noche apretó mi mano de inconfundible manera. Nos miramos, ella sin ver, y comprendí lo que había sucedido, pues el tránsito se había cumplido calladamente. Leonor, en cuya faz se había pintado durante los últimos días una extraña palidez que jamás había observado, reposaba en el blanco lecho en lo que

me pareció un éxtasis de transfiguración, y a sus mejillas, durante un instante, retornaron los colores y formas que siempre la embellecieron, lejos del amargo y desconocido rictus que había ensombrecido su expresión. Nada quedaba, según creí entender, del sufrimiento pasado, pues su alma había volado lejos de su cuerpo, y no me sorprendió encontrar a Peregrino arrodillado en el suelo y dejando caer su lengua barba sobre el lecho. Murmuraba lo que seguramente eran las oraciones que se dedican a los muertos, y desde las más apartadas sombras de la habitación, Yúsuf y Moisés, fruncido el ceño y con los brazos cruzados, contemplaban la escena.

Yo me acerqué a mis hijos, de los que ninguno osaba levantar la vista, y procurando comprenderlos a todos entre los brazos dije,

–Leonor, vuestra madre..., se ha ido a un lugar mejor que este. No nos lamentemos, pues no es motivo de aflicción el abandonar este valle de lágrimas. Antes bien, pensemos que ella ahora nos podrá contemplar desde el lugar en el que todo se divisa. Peregrino no cesaba en su salmodia, y detrás de nosotros advertí los pasos y rumores de los criados que, seguramente avisados por Yúsuf, entraban en la habitación. Nada de ello me distrajo, y abrazando todavía con más fuerza a los niños, que se arrebujaban en torno a mi cuerpo, aún supe continuar.

–Al fin y como he dicho, ¿por qué lamentarse? Vuestra madre, como ella siempre dijo, fue una privilegiada. Nació en noble y abultada cuna, y si hacemos excepción de aquellos años en que estuvo secuestrada por su progenitor, el resto de su vida fue un constante fluir de su alma en las de los demás. La inagotable energía que la adornó encontró cauces en los que expresarse. Fue regalada con el gigante de sus sueños de niña, y dejó cinco hijos en el mundo que sin duda continuarán su labor, aquella búsqueda del camino de poniente del que siempre, aunque callada y tímidamente, se ocupó...

Enorme hito en mi vida fue aquel, la desaparición de mi mujer, persona que había tenido a mi lado durante más de veinte años y a cuya compañía me había acostumbrado de una forma que resulta difícil describir. Leonor fue desde el principio la que dio vida a aquella casa y corte, y aunque yo representé el papel de cónyuge, y sé que a su satisfacción, ella fue el alma de tantas y tan difíciles empresas, como era el continuo bregar con parientes y ayudantes, doncellas y cocineros y ministros, nobles y plebeyos, gentes de armas y de letras y ganado de todas las layas, vacas, ovejas y caballos..., para lo que había sido educada desde la cuna.

Poco diré de sus exequias, a las que acudieron personajes de relumbrón, como fue don Rodrigo, el arzobispo de Toledo que siempre fue nuestro amigo, y aún menos de su entierro, pero debo hacer inexcusable mención de lo que sucedió en tan señalada hora, pues Leonor fue sepultada entre amigos en lo más profundo del bosque de Castilnuovo, aquel que vio nuestro más atrevido encuentro y cuyas umbrías la llevaron a pronunciar palabras que siempre quedaron en mi ánimo, y aunque ella, con el correr de los tiempos, las hubiera calificado de frívola vanidad, las repetiré como un homenaje a su memoria: son aquellas que decían y hablaban de *unguerrero del sol que llevó la luz de Castilla hasta sus ojos...*

De mis hijos poco había de ocuparme, pues ellos, incluso los más pequeños, habían alcanzado la edad en que conviene recorrer el ancho mundo sin el auxilio de los padres. A todos dije que había que pasar página y mirar hacia adelante, y decidido a dar ejemplo con mis actos, me vino a la cabeza hacer un viaje a tierras lejanas, mucho más lejanas de lo que hasta entonces había osado alcanzar, ¿y qué mejor dirección que la de levante, que me podía llevar hasta las tierras venecianas, en donde residía Alejandro?, pues por sus palabras conocía aquellas siempre anegadas comarcas y era mi intención visitarlas antes de que fuera demasiado tarde.

–Leonor, Raquel, escuchadme –les dije una tarde cuando acabábamos de comer, y ellas, al percibir mi énfasis, prestaron atención–. ¿No os gustaría hacer un largo

viaje...? Vuestra madre lo hubiera aprobado sin duda, y aunque no iremos hacia poniente, que era la dirección de sus sueños, podemos intentar el camino de levante, que nos conducirá a las regiones de esos antiguos que tanto nos han enseñado.

Leonor era una estudiosa de los clásicos latinos y griegos, entre cuyos textos pasaba la vida, y Raquel había heredado la pasión de su madre por los lugares lejanos y era muy aficionada a leyendas y relatos que trataran de ello, por lo que mis palabras fueron acogidas con el mayor entusiasmo.

–¿Iremos a Constantinopla...? –preguntó Leonor sorprendida y desorbitada, pero yo sonreí y me encargué de moderar sus ímpetus.

–No, hija, tan lejos no llegaremos..., pero sí podríamos acercarnos a Venecia.

–¿Venecia...? –casi gritó Leonor, y cuando ya apuntaba la primavera, con Moisés y las niñas, amén de un reducido grupo de criados, inicié el que había de ser un viaje muy largo, mucho más de lo que yo había previsto, y colmado de las más inesperadas sorpresas.

De tal forma, tras haber dejado a Yúsuf investido de plenos poderes y al cuidado de mis hijos y hacienda, labores en las que se había significado como el más capaz y avisado de cuantos servidores tuvimos a nuestro lado, una buena y soleada mañana partió de Burgos el cortejo que nos iba a acompañar durante la primera etapa, que nos llevó desde nuestra ciudad hasta uno de los puertos del reino de Aragón, y aunque yo conocía algunos de los términos por los que transitamos, como aquellos señoríos aledaños al valle del Ebro que desde cincuenta años antes pertenecían a la corona de Castilla, encontré las tierras muy cambiadas, pues los aragoneses habían extendido sus conquistas hacia el sur, y grandes ciudades como Zaragoza, que hasta tiempos recientes había sido cabeza del importante reino musulmán de su nombre, pertenecían a sus dominios.

Al fin, tras agotadoras jornadas durante las que atravesamos infinitos yermos y no menos vertiginosas sierras, haciendo noche en miserables villorrios, cuando no en los monasterios que encontramos, siguiendo el cauce del gran río que nombré llegamos a la fortificada ciudad de Tortosa, a la sazón muy vigilada, pues debido a su cercanía a la desembocadura de la fangosa corriente que fertilizaba tales tierras, era lugar habitualmente castigado por pestes y otros morbos de los que resultaba preciso guardarse.

Poco tiempo permanecimos en aquella población, en la que nos entrevistamos con provecho con nuestros agentes en tal parte del mundo, judíos en su mayoría, y muy dados a lo ceremonioso, aunque al fin, tras haber descansado de las penalidades del largo viaje y habiéndonos librado sin percances de enfermedades y otras inconveniencias, nos embarcamos en una de las saetías que, agrupadas y fuertemente armadas por temor a los piratas que provenientes de los sureños y cercanos reinos musulmanes merodeaban por aquellas aguas, emprendían viaje con rumbo a tierras de la península itálica.

Formidable travesía se presagiaba, más para nosotros, que éramos de tierra adentro y nada habituados a los aires marítimos, pero yo, presintiendo semejante contingencia, había tenido buen cuidado de elegir a nuestros criados entre aquellos que tenían una cierta experiencia en semejantes lides, que no eran muchos los que cumplían con tal requisito, y durante el viaje, tres semanas de incierta navegación costera, ante los mapas que el capitán nos mostró nos ocupamos de delinear el recorrido que más conviniera a nuestros propósitos, que no eran otros que ver mundo e intentar otear más allá de los infinitos horizontes que el espíritu encuentra en su camino.

Para semejantes menesteres no precisaba de consejeros, pues como llevaba conmigo a Leonor, y sus conocimientos eran amplios, ella se encargó de trazar un itinerario que nos condujera desde Génova, la de los grandes mercados, hasta el corazón mismo de las civilizaciones anteriores, y a fe que en aquella primera ciudad y durante días nos

encontramos sumergidos en verdaderas multitudes, puesto que se celebraba alguna de sus acreditadas ferias, para luego ser recibidos en las casas de cambio, cuyos nombres tan bien conocía de nuestros negocios, con los brazos abiertos...

Desde allí, y en aún más largas y difíciles jornadas, nos trasladamos a lugares tan renombrados como Pisa, Florencia o Roma, en donde pude admirar la sabiduría del pueblo que habitaba tales comarcas, que se expresaba en las ingentes obras de cantería, castillos, monasterios y catedrales de mármol blanco y frontispicios dibujados por columnas que a cada paso observaba, a lo que había que unir los numerosos vestigios del pasado más remoto que hicieron las delicias de todos, incluidos Raquel y Moisés, cuyas preocupaciones no figuraban en lo que se refería a la historia pero se quedaron igualmente extasiados ante la magnificencia de tales lugares.

Fue en Roma, la capital del mayor y más importante país de la antigüedad, en donde encontré las fuentes de mis lecturas juveniles, cuando en *la academiatoledana* había recitado ante los aprendices las maravillas del mundo expuestas por el gran Plinio y el no menos sobresaliente Estrabón, autores que, pese a su insólita descripción del orbe —ya que ellos no tuvieron la oportunidad de conocer las doctrinas verdaderas, que sólo iban a manifestarse en siglos posteriores—, figuraban entre mis favoritos.

Allí, entre las sin fin huellas de un tiempo que se fue, rememoré las antiquísimas palabras que con la torpeza y osadía propias de la juventud pronuncié ante los cándidos educandos que los maestros reacios a la labor me confiaban. Eran términos que hablaban de la grandeza de naciones poderosas, en cuyo seno florecen las ciencias y las artes, y aunque antaño no penetraba en tales conceptos y me limitaba a repetir lo difícilmente aprendido, el correr de la vida me había mostrado la profundidad de semejantes enseñanzas y su correspondencia con la más inmediata realidad. Además, tenía a mi lado a Leonor, que conocía mucho mejor que yo cuanto nos ocupaba.

Durante días visitamos tantos lugares que he olvidado sus nombres, y con la ayuda de carros, cuando no cabalgando entre nuestros criados, el cortejo que formábamos se desplazó por aquellas tierras hacia la norteña laguna veneciana que era el objetivo final de nuestros afanes, y si bien y como decía, fueron abundantes las satisfacciones que tan largo viaje nos deparó, no fue menos grato lo que sucedió tras nuestra llegada a Venecia, que al fin pudimos contemplar un mediodía radiante desde las márgenes de la costa.

Era en verdad sorprendente aquella isla mediterránea, aquel archipiélago poblado, aquellas marismas sin fin, aquella urbe de chozas, cobertizos y pajares, almacenes y paradores salteados aquí y allá por deslumbrantes palacios que se asentaban sobre las aguas que la rodeaban por todas partes. Mucho había oído decir a Alejandro sobre el lugar en que nació, pero nunca había imaginado su verdadero aspecto y extensión. Venecia era una ruidosa y acuática ciudad que se encontraba en el centro de la enorme laguna a la que daba nombre, y durante la mañana que siguió a nuestra llegada no pude evitar recorrer lo que me pareció la ciudad entera acompañado por Moisés y unas de nuevo boquiabiertas y atropelladas Leonor y Raquel que todo querían abarcarlo durante el primer día. No fue la ciudad entera, claro es, que se apiñaba sobre las riberas de aquel islote rodeado de aguas cenagosas, pero sí buena parte de su enmarañado dédalo de callejuelas, que en su mayoría no eran sino canales que desembocaban unos en otros e iban a parar a la mar. Sobre ellos se caminaba por una multitud de endebles pasarelas de madera, y no pude sino mostrar la mayor de las admiraciones ante aquella ingente obra de siglos que había permitido a sus habitantes mantenerse a salvo de los invasores que para sí habían codiciado la posesión de tantas riquezas como la ciudad atesoraba.

Por la tarde, tras el larguísimo paseo que nos ocupó muchas más horas de lo que ninguno habíamos imaginado, accedimos al puerto, y en él, rodeados de los

innumerables barcos que podían observarse en sus fondeaderos, naves de carga en su mayor parte pero también lanchones de pesca y navíos de todos los aspectos que sin duda se dedicaban a la vigilancia de los límites de tan afamada república, hicimos estrepitosa entrada en la que nos pareció más adecuada y capaz de las posadas que junto a los concurridos muelles encontramos, y allí, en aquel establecimiento y rodeados por multitudes que al pasar nos contemplaban con curiosidad, entre risas, comentarios de lo acontecido y buenas jarras de vino saciamos nuestro apetito disfrutando de lo benigno de la tarde y los templados aires marinos, y como mis hijas habían heredado los gustos de quien las trajo a este mundo en lo que se refiere a la comida, observados con cierta cautela por Moisés y los criados, cuya afición a la carne era notoria, dimos cumplida cuenta de abundantes platos de extrañas verduras y un sin fin de tajadas de no menos desconocidos aunque exquisitos pescados.

Con el sol declinando sobre aquellas aguas marinas que se nos antojaban extraordinarias volvimos pausadamente a nuestra residencia, pero no sin antes ocuparnos de lo que allí nos había llevado, pues las novedades del primer día me habían hecho demorar nuestro principal propósito. Yo no había avisado a Alejandro de mi viaje, y mi única preocupación de momentos tan venturosos consistía en que se encontrara lejos de su ciudad, pero quisieron los Hados jugar a nuestro favor, pues tras haber despachado a Moisés, a quien conocía, con el encargo de que inquiriera sobre su paradero, he aquí que un torbellino se desencadenó sobre nuestro séquito cuando, coincidiendo con la atardecida, de la más tumultuaria e imprevista de las maneras hizo acto de presencia rodeado de hijos y criados.

Alejandro, que conservaba su inmejorable aspecto de siempre, llegó con aparato de fanfarrias y otras manifestaciones de su siempre desbordada fantasía hasta el lugar en el que nos alojábamos, y entre muchos abrazos, voces de alegría y otras manifestaciones de espíritus bien avenidos, tras haber inquirido del posadero las cuentas dispuso que se trasladaran nuestras pertenencias a donde él ordenara, es decir, a su palacio, que no de otra forma podría calificarse su morada.

Yo estaba habituado a los oscuros y pétreos caserones de Castilla, castigados hoy por el frío y mañana por el calor, que siempre me parecieron confortables, pero en aquel paraíso cabe las aguas marinas el temple de los cielos era excelente durante las cuatro estaciones del año, y ello justificaba los enormes ventanales que por todas partes se abrían e inundaban de clara luz los aposentos. Ventanales, además, que durante mi viaje por la península itálica había observado que encaraban los lugares de mayor relieve, plazas y mercados, colosales ruinas antiguas, astilleros de las riberas, volcanes en erupción y otros escenarios por el estilo. Y no era menos en aquel lugar, pues desde las alturas de la marmórea y almenada mansión que sucinta señoreaba una colina y se elevaba sobre las arboledas y construcciones circundantes, podía divisarse la laguna veneciana en toda su amplitud.

–Esto que aquí veis –dijo nuestro anfitrión– fueron en tiempos marjales incultos e insalubres, pero la perseverancia de sus habitantes, ciudadanos de la república de Venecia, con un esfuerzo que ya dura mil años han sometido el territorio y lo han modelado a su capricho. Allá están las boscosas colinas del Lido, que emergen sobre las aguas, y allí, casi oculta por los tejados, la fortaleza veneciana que ha sido formidable baluarte durante siglos de incesante batallar. Alrededor de nosotros, en la lejanía, podéis ver las islas que conforman el archipiélago, unas ocupadas por los almacenes de los comerciantes, otras por las huertas de los agricultores y otras por los arsenales que precisamos para mantenernos a salvo de quienes nos rodean, y todo ello construido con hartos sudor y sangre por sus moradores, pueblo no tan populoso como el castellano, pero asimismo noble y apegado a lo que ha conquistado a las aguas y a sus enemigos.

Alejandro, que nos había conducido hasta las terrazas de su palacio, dejó que

contempláramos con holgura cuanto desde allí se divisaba, que era mucho, y a continuación añadió,

–Es lo que dice nuestra historia..., pero tiempo habrá de verlo y no es este momento de lecciones –y allí me golpeó significativamente en la espalda–, sino de agasajar a quienes me han dado una de las más agradables sorpresas que he recibido durante toda mi vida –y cuando descendíamos hacia las habitaciones, en donde nos esperaba Elena, la mujer de mi amigo, a quien no conocía y, según él nos dijo, se estaba componiendo para recibir a tan ilustres huéspedes, Alejandro, dándome disimuladamente con el codo y refiriéndose a Leonor y Raquel, que caminaban delante de nosotros, bajando la voz dijo,

–¡Qué guapas...! –ante lo que me sentí muy halagado y respondí,

–Lo mismo tengo que decir de los tuyos, y bien se ve que a los ojos de Dios hemos hecho cumplidos méritos, puesto que él ha querido favorecernos con una prole vigorosa y saludable –pues de verdad que los dos hijos mayores de Alejandro, que eran aproximadamente de la edad de las mías y discretamente nos acompañaron durante aquella tarde, me habían causado la mejor impresión.

Elena, su mujer, de quien mucho había oído contar en ocasiones anteriores de boca de mi amigo, resultó ser una señora de aspecto exótico –pues descendía de príncipes griegos y comerciantes bizantinos– y labia sin igual, lo que no me sorprendió pues aquellas artes de la retórica eran las preferidas de Alejandro, y secretamente y con regocijo intenté imaginarme cómo serían los coloquios íntimos de mis amigos, y si entre ellos utilizarían tan pomposos y abigarrados términos.

Nos recibió a usanza de reina, pues nuestra primera entrevista tuvo lugar en la más despejada de las terrazas con que contaba aquella casa, y rodeada de un buen número de doncellas, y tras hacernos tomar asiento, dedicarme elogios que no merecía a propósito de mis *proezas guerreras* interesarse por las recientes y luctuosas circunstancias que habíamos vivido, concedió toda su atención a las niñas, pues ellos no habían tenido hijas, y es bien conocida la afición de las mujeres por sus iguales en el sexo.

Risueña y entretenida resultó aquella velada a la luz de una luna plena que se prolongó hasta bien avanzada la noche y durante la cual tuvimos ocasión de conocer a los cuatro hijos de Alejandro, dos de ellos aún pequeños y que hicieron magníficas migas con mis hijas, pero todavía lo fueron más los días que siguieron, cuando guiados por Alejandro conocimos los muchos lugares que la urbe contenía, entre los que destacaba una grandísima y muy soleada plaza, puesto que se orientaba al austro, que contaba en su extremo con la mayor y más extravagante basílica que nunca había visto. Aunque las obras continuaban, ya se advertía que todo en ella iba a ser blanco, y como lucía unas enormes cúpulas que con aspecto de cebolla la remataban, y yo extrañara aquellas formas orientales y los desmesurados atrios de columnas, que poco tenían que ver con las más que airoas construcciones que había observado durante el viaje, Alejandro me ilustró sobre la influencia de los usos bizantinos, que allí, por la proximidad y trato con tan extremas tierras, alcanzaban gran predicamento.

Muchas vueltas dimos por la ciudad, y a muchos personajes de relumbrón fuimos presentados, pero, pese a tantas novedades, aún quedaba por suceder el mayor prodigio que junto a las aguas del mar Adriático iba a tener lugar.

Alejandro, alentado por su afición a los festejos, nos había recibido con unas sin igual jornadas de fuegos de artificio, música, bailes, juegos malabares y correr de toros en las que no nos dio tregua, y tras ellas y los primeros días de estancia en su casa advertí a Raquel recelosa y distraída, como si algo le afectara, y yo, poco conocedor de los secretos de las mujeres, ya que había sido su madre quien se había ocupado sobre todo de ellas, me interesé en tal novedad, aunque no coseché más que indiferencias y melindres, pues la niña, lejos de responder, corrió a refugiarse al lado de su hermana,

quien sin duda entendía mucho mejor que yo lo que sucedía. ¿Y qué era ello? Pues lo diré de la más transparente de las maneras: Raquel, la segunda de mis hijas, se había prendado de la noche a la mañana de un hijo de Alejandro, el segundo de ellos y que respondía al nombre de Vittorio, y el galán, según supe por Leonor, que me lo contó con la risa bailándole en la cara, la correspondía cabalmente...

Mi primer sentimiento fue de confusión, pues suponía contar con la confianza de mis hijos y encontré burlado mi discernimiento por una chicuela a la que creía conocer bien, pero luego, atendiendo a las palabras de Leonor, que aludió al inevitable transcurrir de la vida y otros azarosos conceptos que quizá había pasado por alto, di por bueno lo acontecido y comencé a mirar a los tortolitos con cierto disimulo mal reprimido –sí, pues ellos me consideraban en el limbo– pero muy diferentes ojos.

Era aquel un mozo que se parecía a su padre, aunque no en la sin par elocuencia que le caracterizaba, pues se mostraba sumamente cauto y observador, pero sí en otras cualidades igualmente importantes, como eran las que tocaban a la instrucción y la más exquisita educación y caballerosidad, y al contrario que su hermano mayor, quien aseguraba sentirse a sus anchas en el seno del ejército al que pertenecía, apuntaba maneras de comerciante y de él Alejandro aseguraba que estaba destinado a convertirse en su sucesor. Y en lo que se refiere a mi hija, encontré que una importante mudanza se había operado en su ser, pues de repente caminaba erguida y mirando al infinito, actitud que nunca había observado en ella pero reconocí como característica de los tiempos jóvenes de su madre...

En fin, tal fue aquello que, así como Leonor y yo con ocasión de nuestro primer encuentro en las jornadas de caza en Yebel que relaté páginas atrás, mucho nos miramos a espaldas de quienes la guardaban, Raquel y Vittorio se las habían ingeniado para llevar a cabo los juegos propios de los enamorados, e incluso encontrarse en los jardines que nos acogían, en donde a buen seguro habrían tenido sus palabras.

Eran aquellos dos niños de corta edad, pues Raquel sólo tenía quince años y su pretendiente dieciséis, y yo, divertido por la equívoca situación aunque resuelto a llamar a capítulo a mi hija, una tarde en que nos solazábamos paseando por los patios en diversos grupos, y Alejandro y yo, lejos de las mujeres, argumentábamos sobre la conveniencia de los árboles que adornaban sus huertos, vi venir a Raquel, que se agregaba a la reunión, y entonces, no pudiendo reprimir mis palabras, mirándola con agudeza y con toda la sorna de que fui capaz, le dije,

–Vaya... ¿Qué nos dice hoy doña circunspecta? –y ella, sintiéndose desenmascarada, plena de arreboles se apartó de nosotros como del diablo y se refugió en el corro de las damas, en donde sin duda se encontraba más segura.

Alejandro soltó la carcajada, y luego, tras pensarlo, dijo,

–Veo que te han informado prestamente de las novedades... –y me miró con intención–. Ha sido Elena quien me lo ha contado, y si te he de decir la verdad..., estamos de suerte. Los hijos son caprichosos y volubles, y a veces toman caminos que desaprobamos, pero no parece ser este el caso, y se me ocurre que quizás debiéramos tú y yo tratar del asunto con mesura –y de allí siguió una grave conferencia que celebramos mano a mano en uno de los miradores que sobre las arboledas se adelantaban.

La mesura y la severidad estuvieron presentes en nuestro coloquio, es bien cierto, pero asimismo el vino y ciertos frutos de mar que el mayordomo y otros criados tuvieron cuidado de colocar a nuestro más inmediato alcance, y mientras contemplábamos el paisaje y los domésticos trajinaban, una muchacha desgranaba armoniosamente en un arpa aires que se me antojaron orientales.

–Mucho nos ocuparon en tiempos pasados –dijo al fin Alejandro– notables asuntos como el *fuego griego* y las propiedades del abominable *polvo negro*, acerca de los cuales tratamos con suficiencia, o las artes del comercio, que colmaron no pocas pláticas, y

todo ello sin referirnos a lo sucedido durante los últimos tiempos con esa lana que tantas satisfacciones nos ha dado... Podría también referirme a los muros de Tintagel, a la espada *que vino del cielo* a los asuntos que concernían a la reina Ginebra, Morgana y todas las demás..., pero los tiempos han cambiado y otras cuestiones nos afectan.

Alejandro hizo una pausa mientras la voz de aquella chica se elevaba con latines y cautamente sobre el instrumento. Él dejó pasar el tiempo, y luego dijo,

–Ahora es preciso oír, sonar y ver, escuchar con atención lo que alrededor de nosotros se cierne, como es la música que nos acompaña o los sentimientos de seres queridos que nos hablan del futuro, ese futuro que quizá ni tu ni yo alcancemos a contemplar... Poco importa, sin embargo, pues ellos son jóvenes y sin duda construirán a su manera un mundo en el que nosotros no tenemos cabida. ¿Recuerdas aquella canción que tantas veces cantamos y decía,

*Atrás quedaron los estudios,
es hora de divertirse.
Cedamos a nuestros apetitos,
costumbre de la juventud.
Gocemos de los momentos agradables
y bajemos hacia las plazas...*

La música había cesado, pues su ejecutante se había detenido ante lo extemporáneo de las voces de mi amigo, pero él sonrió y en seguida dijo,

–Ludovica, sigue..., sigue, mujer –y nuestra maestra de música retomó su casi inaudible melodía y nosotros nuestros quehaceres, que no eran otros que intentar penetrar el futuro, llenar las copas, contemplar el paisaje y dar buena cuenta de aquellos sabrosos moluscos.

Durante un buen rato reinó el silencio en la habitación, pero al fin él lo rompió.

–Ahora son ellos quienes deberán poner en práctica tales enseñanzas, y enfilarse con sus solas fuerzas el camino hacia adelante, como hicimos nosotros en aquella célebre *academia* toledana de la que recuerdo tantas cosas. Además, sospecho que tu hija lleva el camino de convertirse en una gran señora, como su madre, y no puedo desear nada mejor para los míos. Si todo sigue su curso natural, y este lance no resulta un capricho pasajero, esperaremos un par de años antes de celebrar la ceremonia, y mientras tanto, que se carteen... Es decir, si tú estás de acuerdo.

Yo asentí.

–Me parecen muy atinados tus barruntos, y poco puedo añadir. Únicamente que te envidio, consuegro en ciernes. ¡Cuánto me gustaría tener a Leonor al lado...! El tiempo no perdona, y es ahora, cuando pesan los años, cuando más necesitamos la compañía. Cierto que tengo a estas hijas mías, y los que están en Burgos, pero con los niños no puedes hablar de tus pesares, pobrecillos... Seguramente se asustarían, pues cualquier persona desea que sus padres muestren entereza. Son ellos el ejemplo a seguir, al menos cuando eres joven, y malo y contraproducente resultaría defraudarles. Hubo una nueva pausa en aquella tarde de arreglos y compadrazgos, pero al fin pudimos resumir lo tratado.

–¿Sabes lo que se me ocurre? Pues que si las cosas salen bien, acabaremos por tener nietos comunes... ¡Quién me lo iba a haber dicho en aquellos entonces, cuando éramos jóvenes y despreocupados y nuestra única ilusión consistía en hacer la guerra a los musulmanes...!

Luego se sucedieron las fiestas y excursiones, pues Alejandro nos retuvo mucho más tiempo del que habíamos calculado, y al fin, con las primeras luces del otoño, emprendimos el camino de regreso en etapas que hicimos en su compañía –y la de

Vittorio, claro es, que se desesperaba ante la idea de separarse de su amada– y acompañados por el sin igual cortejo que él previno.

Tras visitar las tierras norteñas de la península itálica, en donde pude contemplar a mis anchas las nuevas plazas y catedrales que el inicio del siglo había traído consigo –que de todo quise tomar nota para aplicarlo en las tierras castellanas, en donde cavilaba que mis trabajos iban a ser muchos–, nos despedimos en la costa genovesa en medio de una sin igual tragedia que desató las risas de la mayoría.

–Raquel, niña mía –le dijo Moisés, a quien ella en su aflicción se había agarrado–. ¡Pero si Vittorio ha prometido visitarnos durante la primavera...! Date cuenta de que sólo serán algunos meses, y la primavera en Burgos es muy bonita... –pero poco pudimos hacer por remediar el desconsuelo que se instaló en su alma y tan sólo aludiré a lo *truenos* que, dispuestos por Alejandro, se encendieron sobre las murallas para anunciar nuestra partida, y de aquel revolotear sin fin de pañuelos de seda que nos acompañó hasta que las más cimeras construcciones de los muelles se perdieron de vista.

LAS BASÍLICAS

Regresamos a Burgos sin dificultades, lugar en el que se habían instalado los vientos otoñales que desparraman las hojas y la estación invernal se anunciaba con tempranas nevadas. Finalizaba el año, y al entrar en nuestra casa la encontré extrañamente vacía, pues fueron muchas las ocasiones anteriores en que en la puerta hallé a mi mujer para darnos la bienvenida. Sus veces las hizo Raquel, mi hermana, que había tomado sobre sí el papel que aquella dejó vacante y acogió con la mayor de las complacencias las novedades que le narramos, en especial las que afectaban a mi segunda hija, para la que tuvo toda clase de festivas palabras y atenciones.

—Unos se van y otros vienen —me dije contemplando la escena, que entrañaba acontecimientos de los que aún no sabíamos nada—, y de poco sirve lamentarse. Nos acomodaremos a su ausencia, como de continuo sucede, y nuevos personajes aparecerán para distraer nuestras melancolías. Rubén y su familia ocuparon el lugar de mis padres, y luego fue Leonor la que sustituyó a aquellos... ¿Quién podría decir que penetra el futuro? Ya no deslumbran mis ojos el brillo del oro ni el de las espadas, pues los caminos toman la forma del paso de los caminantes, y después de tanto tiempo quizás observo que ante mí comienza a dibujarse el que nos lleva hacia las estrellas

[19]

. Son ellas el lugar que señalan las altas torres aún sin construir, y si antes dediqué mis fuerzas al comercio y la guerra, ahora me siento llamado a levantar los hitos que, al modo de ese quimérico descubrimiento, esa aguja de la que Alejandro afirmaba su existencia, *indicarán la dirección* cierta a los legos y descreídos de tiempos venideros.

Y fue dicho y hecho y en seguida puse manos a la obra, pues en nuestra casa, gobernada por quien a la sazón era la nueva dueña, Raquel, no era necesaria mi presencia. De muchos trabajos me liberaban ella y su marido, nuestro *políglota* Rodrigo a quien *in illo tēpore* estuve a punto de traspasar con la espada, fortuita acción de guerra que Dios no permitió, y contando además con el auxilio de mi hija Leonor, que aunque a regañadientes ocupaba mi puesto en los periódicos consejos, fue como retorné a las obras que siempre habían constituido mi más cara afición, pues, lejos de paralizarse, las que se realizaban en el monasterio de Las Huelgas proseguían su curso, y la iglesia del convento, que iba a ser panteón real, pronto estuvo concluida y fue consagrada en una sobresaliente ceremonia que contó con la asistencia de las más encumbradas personas de nuestro reino. Allí, en aquel siempre polvoriento real pleno de afanosos trabajadores, fue donde retomé la relación que había mantenido con los maestros de obra y tallistas que se ocupaban en dar forma a los bloques de piedra arduamente trasladados desde lejanas canteras, y a todos describí lo que había podido contemplar en el curso de nuestro viaje a las tierras en que se levantaban palacios de mármol blanco, atrios de columnas que parecían no tener fin y novedosas iglesias catedralicias que presentaban un aspecto muy diferente a las castellanas, y buenas tardes pasé con ellos y en compañía de mis hijas, en especial Raquel, que hacía cuanto podía para espantar sus murrias de amor.

Otras edificaciones de Burgos reclamaron mi atención, en especial la nueva catedral, cuyos cimientos habían sido puestos algunos años atrás y ya comenzaba a mostrar lo que con el correr del tiempo sería imponente traza, pero lo que realmente ocupó mi tiempo emanó de un ofrecimiento que desde las más altas instancias llegó hasta mi persona. Don Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo a quien largamente mencioné y que había mantenido amistad y frecuente correspondencia con Leonor, reclamó mi asesoramiento y consejo para los trabajos preliminares de una edificación en la que había puesto su empeño. Se trataba de construir una fortaleza en el Campo de Calatrava, mi tierra de origen, que sirviera como sede y cabeza de la Orden de su

nombre, pues tras la batalla de la Nava la frontera se había desplazado hacia el sur, y el antiguo emplazamiento de sus huestes, es decir, mi ciudad, había quedado lejos de los lugares que se auguraban próximos campos de batalla. Había, por tanto, que buscar el lugar adecuado, y el arzobispo se había acordado de mí como idóneo en el conocimiento de aquellas tierras.

Partí hacia Yebel en compañía de Moisés, y tras comprobar que nuestras tierras habían comenzado a repoblarse tras los sucesos de años anteriores, y las antiguas huertas habían sido reparadas y rendían sus frutos, nos dirigimos a Calatrava, en donde pensábamos establecernos durante el tiempo que duraran las pesquias.

Tan sólo en dos ocasiones había vuelto a mi ciudad desde el día en que, huyendo de los almohades tras la derrota de Alarcos, me fui de ella en compañía de Yúsuf y Moisés. Más de veinte años habían transcurrido desde entonces, y aunque había avizorado sus muros desde la lejanía cuando en una de nuestras salidas habíamos llegado hasta ella y robado el ganado que encontramos, sólo con motivo de mi paso con el ejército que se dirigía a la Nava de la Losa había pisado sus calles, que, como ya dije, encontré extrañamente silenciosas y solitarias.

No muy diferentes fueron las sensaciones que experimenté en aquella oportunidad, pues tras tantos años de abandono la insalubridad se había apoderado del lugar, y las lagunas que antaño regaran las huertas se habían encenagado de la más irrecuperable de las maneras. En la ciudad sólo quedaban algunos habitantes que se resistían a abandonar la plaza y vivían entre escombros, pues la mayor parte de las construcciones estaban abandonadas y sin cuidar, y muchos de los tejados se habían derrumbado con el paso del tiempo.

—Ay, Calatrava, ¡quién te ha visto y quién te ve! —pensé ante aquel escenario ruinoso e irreconocible, y con Moisés recorrí las antiguas rúas empedradas entrando y saliendo de casas que conocíamos bien.

De la herrería no quedaban sino algunas paredes maltrechas, y las herramientas que en tiempos dieron vida a quienes allí laboramos, la fragua, los yunques y los fuelles, habían desaparecido en su totalidad.

En la explanada del río subsistían las antiguas posadas, pero como la ciudad había perdido su capital importancia y ya no se celebraban en ella las ferias y mercados que conocimos, tales establecimientos presentaban las enormes puertas abiertas en un sempiterno bostezo, y los corrales se mostraban polvorientos y casi vacíos; tan sólo algunos carros, uno acá y otro allá, señalaban la presencia de los pocos arrieros que aún recorrían el camino.

En aquel lugar, que antaño fue bullicioso y entonces exhibía el silencio de los cementerios, sentamos plaza con nuestros criados, lo que provocó el contento del posadero, un morisco que había sabido capear los temporales de los últimos años y no veía llegada la hora de recuperar el antiguo esplendor.

—Ni los soldados del alcázar vienen ya por aquí, pues sólo queda una escasa guarnición a la que no pagan los haberes. Todos se fueron a tierras del norte, aunque ahora hablan de reconstrucción... —y aquel elche, a quien los Hados, o quizá las contrariedades, habían tornado sus cabellos en blancas guedejas, movía la cabeza con el mayor de los desánimos—. ¿Quién va a querer venir aquí, junto a esos marjales infestados de sabandijas y mosquitos...? Los viajeros pasan de largo como si este lugar estuviera habitado por el diablo, y ni las caravanas se detienen, pues prefieren otros lugares del camino para abastecerse.

Lo que allí nos había llevado nos ocupó largas jornadas, pues la construcción de una fortaleza, símbolo del poder, es una difícil e ingente labor que sólo está al alcance de quien posea recursos comparables a los de los reyes, y encontrar el lugar adecuado no parecía tarea menuda, pero contando como contábamos con abundantes cartas del territorio, reforzados por una regular escolta partimos para recorrer el camino que por el

puerto del Muradal atraviesa los montes que nos separaban del valle del Guadalquivir. Durante días exploramos el país adentrándonos en regiones inseguras, pues aunque los musulmanes se habían retirado de aquellas tierras tras el suceso de la Nava, siempre cabía la posibilidad de encontrar partidas dedicadas al bandolerismo, pero Dios nos acompañó, y sin haber tenido incidentes de mención y tras visitar los lugares más convenientes, como fue el importante castillo de Baños y otros de su comarca, ocupados por recelosas y siempre prevenidas tropas del reino castellano, después de haber tomado cumplidas notas acerca de lo que nos interesaba retrocedimos sobre nuestros pasos.

El inductor de tal expedición, don Rodrigo, nos había dado indicaciones precisas de lo que deseaba, y muchos lugares se prestaban a ello, pero la condición que prevalecía era la de encontrar asiento dentro de las mismas tierras del Campo de Calatrava, que habían sido otorgadas a la orden y cuyos maestros tenían allí encomiendas e intereses, debido a lo cual fijé mi atención en un arruinado castillete que, enfrente del de Salvatierra y con su apoyo, guardaba desde tiempo inmemorial el principal camino que discurría hacia el sur. Aquel lugar, la antigua fortificación de Dueñas, que siguiendo el curso de los acontecimientos había pasado por mil manos durante el último siglo y entonces sólo era ocupada estacionalmente por huestes que iban y venían, se encontraba sobre un escarpado cerro y no lejos de Calatrava, sede original de la congregación, y sus condiciones y emplazamiento me gustaron.

Durante aquella expedición por tierras despobladas se dio además un caso que yo no había pretendido, y esto fue que a mi cabeza acudieron impensadamente recuerdos de épocas remotas. La frontera se había desplazado hacia el sur, y las extensas tierras del Campo de Calatrava, que cincuenta años antes habían pertenecido a los cristianos y luego fueron ocupadas por los almohades, después de la batalla de la Nava habían quedado como anchísima tierra de nadie que durante la estación invernal era temporalmente transitada por rebaños llegados de otras partes del reino, y fue en ellas, en aquellos yermos incultos y que se situaban lejos de toda habitación humana, en donde reconocí las sobrias circunstancias de los antiguos estoicos, de los que algunas cosas sabía por observaciones de Leonor y a los que sin advertirlo me había aficionado.

El aire transparente y la soledad de los campos abiertos y baldíos, habitados y recorridos tan sólo por los animales salvajes, y aquellos límpidos cielos plenos de la mayor multitud de estrellas que cabe imaginar, bajo cuya cubierta pasé muchas noches, me condujeron de vuelta a los tiempos de la infancia, cuando aún nada sabía de los palacios y blancos tálamos que el Destino, que siempre se mostró favorable, me tenía reservados. Es la riqueza tan fugaz e inasible como el aire que a nuestro alrededor se cierne, y sólo las manifestaciones de la mente despierta dan sentido a este remedo del Paraíso en que creemos encontrarnos. La madre Naturaleza, por el contrario, es nuestro ámbito ineludible, y aunque a veces vivimos con la ilusión de la abundancia, ella no tarda en recordarnos nuestra condición de efímeros seres que hoy respiramos y mañana moriremos.

De tal suerte sucedió lo que cuento, y luego, alentado el espíritu por aquellos fenómenos, acudí a la cita con mi mentor, y tras expresar las conclusiones ante el arzobispo y tres graves y silentes secretarios togados, me encontré larga y desproporcionadamente encomiado y al fin encargado de pesadas y oscuras tareas, *pues como hijo meritísimo del Campo de Calatrava, amén de mi afición y reconocidas virtudes en el oficio de la cantería—tales fueron sus razones—, encontraban muy natural que me ocupara, al menos, de las labores preliminares*, a lo que no supe qué responder sorprendido por la perorata. No quise, sin embargo, defraudar a quien mantenía conmigo una larga amistad, y agradeciendo las atribuciones que se me encomendaban me despedí de tan ilustre tribunal asegurándoles que en breve tendrían

noticias más, aunque dispuesto a redimirme de aquella importuna tarea en cuanto surgiera la ocasión.

Sí, gigantesca obra se presentaba, pero como tenía la experiencia de nuestras ímprobos labores en Yebel, en donde había convertido una antigua ruina en lugar fortificado, por más que el volumen de lo construido no guardara proporción, con el auxilio y consejo de los burgaleses maestros de obra con quienes habitualmente departía, pergeñé una suerte de edificación que algo tenía de castillo y algo de convento, y al modo de lo que había observado en la principal construcción de Burgos, es decir, la catedral, y en tierras de la península itálica, entre otros adornos añadí un enorme rosetón sobre la puerta de la iglesia, que, quién sabe por qué, hizo las delicias de cuantos lo contemplaron.

Mis ideas, desmañadamente expresadas sobre el papel con oscuros trazos de principiante, aunque aumentadas por el perspicaz ojo de mi hija Leonor, fueron muy celebradas por mi señor arzobispo y los asesores de su corte, entre los que se encontraban altos cargos de la Orden, y de allí y en menos que canta un gallo me encontré convertido en maestro de una obra que excedía por entero a mis fuerzas.

Sin embargo, armándome de valor y dejando a un lado los escrúpulos, que muchos habitaban en mi cabeza acerca de lo que pudiera salir de aquello, recluté una considerable tropa y con ella me trasladé al Campo de Calatrava dispuesto a iniciar la tarea. Eran agrimensores, canteros, alarifes y otros artesanos relacionados con lo que allí nos llevaba, algunos de los cuales me habían prestado provechosos servicios en tiempos anteriores.

El castillo de Dueñas, o lo que aún se mantenía en pie de su fábrica, se había construido con piedra procedente de los alrededores, una piedra muy especial y que a juzgar por su aspecto procedía de algún remoto cataclismo que removió las entrañas de la Tierra. No eran moles diamantinas como las que estaba habituado a ver en las obras castellanas, sino rocas sueltas y quebradas en mil trozos, y su color era oscuro y en ocasiones purpúreo, como la sangre de los animales salvajes. Con ellas, aunque difícilmente, se podían elaborar remedos de sillares, pero no me desanimó el inconveniente pues juzgué que desde los Cielos, como siempre había sucedido, descenderían nuevas ideas y métodos que aún desconocía, y tal debió de ser el caso, pues en días posteriores y en el curso de mis reconocimientos de aquel territorio ingrato, vislumbré los retorcidos troncos de árboles, a los que igualmente juzgué milenarios y desde la llanura y los cerros me contemplaban, y la enorme extensión de la roja planicie que sin duda nos proveería del ineludible barro, materiales que me sugirieron conceptos sin fin.

Al fin reuní en la cúspide del cerro a quienes iban a ser mis lugartenientes, antiguos conocidos de operaciones igualmente onerosas, y les dije,

–Magna labor se presenta ante nosotros, pues nos han encargado que transformemos este montón de ruinas en una fortaleza que dé albergue a una gran basílica. Dado lo incierto de las circunstancias, comenzaremos por construir una fortificación que nos defienda. Una vez delimitadas las torres y las murallas, y establecida la guarnición, llegará el momento de delinear los límites de lo que llegará a ser iglesia, una iglesia de tres naves que cuente con un claustro que tenga el cielo por tejado..., y también es preciso hablar del convento y la hospedería, que deberá tener cabida para dos centenares de caballeros y sus criados, dependencias que situaremos intramuros.

Por el cielo lejano, tras unos árboles, circuló veloz un halcón que perseguía a unas palomas.

–Para todo ello precisaremos ingentes cantidades de piedra, por lo que nuestra primera tarea consistirá en encontrarla en estas sierras desoladas y desprovistas de lo más elemental. Escorias y lavas nos rodean, pero si no podemos hacerlo con sillares, como parece que será el caso, lo haremos con sillarejo, y si no, con la grosera mampostería

que tan buenos resultados nos ha dado en otros lugares. En último caso utilizaremos ladrillos, de los que es preciso fabricar una gran cantidad.

Contemplé a mis hombres, y como no viera sino rostros impasibles, concluí,

–Señores, con la ayuda de la naturaleza, que falta nos va a hacer..., pongamos manos a la obra.

Durante las semanas que siguieron instalamos en la base del cerro un enorme campamento que albergara a aquella legión, y junto a él construimos una tejería, puesto que la arcilla era de buena calidad y yo juzgaba que nos iba a prestar grandes servicios, como así fue. Establecimos un almacén en Calatrava, lugar que juzgábamos a salvo de posibles correrías, y en él hicimos acopio de todo lo que en largas caravanas nos enviaban desde Toledo y otros puntos más norteños, ya que eran muchas las bocas a alimentar, y nos ocupamos asimismo en abrir pozos y levantar talleres, amén de los tinglados que darían alojamiento a la hueste, y al fin, al cabo de tantos días que aquello me pareció una eternidad, tras dejar en las mejores manos las ingentes obras y asegurarme de que los asuntos quedaban concertados y todo iba a desarrollarse de acuerdo con lo que hartamente habíamos tratado, abandoné el campo y regresé a Burgos, en donde me esperaban otras obligaciones, tal y como las constituían mis hijos, a los que había abandonado durante meses.

La primavera había llegado, y con ella extensas misivas que desde Venecia me remitía Alejandro y en las que daba cuenta de lo acontecido durante el largo invierno en relación con el principal negocio que nos ocupaba. Acuciado por el anhelo del galán, que no cesaba en sus cuitas de amor, le había nombrado apoderado de su casa en nuestro reino, lo que le permitiría residir en la ciudad de su amada, y –añadía–, si tal era mi parecer, celebrar sin otras dilaciones aquella boda que tan en vilo tenía a ambos.

«Al fin y al cabo son jóvenes como lo fuimos nosotros, y se me ocurre que dado que Dios ha dispuesto que sus caminos se crucen, no seré yo quien ponga impedimentos a tan sabia labor. Por otra parte, este hijo mío, a quien nunca vi en semejante exaltación, me merece toda la confianza que sus cortos años pueden merecer, por lo que me encomiendo a los venideros para que no me despojen de esta razón que ahora parece asistirme...», y de tal guisa continuaban sus argumentos, con los que, tras meditarlo, no pude sino estar de acuerdo..., de lo que resultó que si en principio había temido perder a una hija, me encontré con que había ganado un yerno, lo que significaba que nuestra familia aumentaría en breve y sería preciso ampliar el viejo caserón para dar cobijo a los recién llegados... Boda habíamos, por tanto, y cuando de la más enigmática y festiva de las maneras comuniqué a Raquel nuestros propósitos, el estupor se adueñó de su ser, se pintó luego en su cara... y al fin se lanzó a mis brazos y rompió a llorar de la más desenfrenada de las maneras, tal es la forma que la naturaleza procura a sus hijos para deshacerse de las emociones tempestuosas.

Boda hubimos, sí, y dilatada, pues aunque celebramos la ceremonia en el tórrido mes de agosto, los fastos se prolongaron durante todo el verano, estación en la que procuramos corresponder a nuestros huéspedes venecianos con parecidos agasajos a los que ellos nos habían brindado.

El cortejo fue grande, pues Alejandro llegó con su mujer e hijos, amén de innumerables criados y animales de carga, y durante un mes, el primero, se sucedieron los gaudiamus, unos en casa y otros en los campos de alrededor, en donde nuestros invitados conocieron a quienes tuve interés en presentarles, pues en Burgos residía buena parte de la inteligencia del reino, y así, aparte de Peregrino y otros notables personajes de nuestra ciudad, los llevé a conocer a los monjes del monasterio de las Huelgas y a los maestros canteros que trabajaban en aquella gran obra, algunos de los cuales habían venido de ilustres lugares de las repúblicas itálicas, como eran Roma, Florencia, Módena e incluso Venecia. No fueron pocas la tardes que pasamos

entretenidos con meriendas campestres a la vera de los sotos de los ríos, y también en las eras de las tierras vecinas a la capital, en donde inicié a los niños venecianos en las artes de la trilla, que desconocían por completo, y asimismo hubo lugar para justas y otras diversiones propias de los jóvenes. Los cielos nos favorecieron con la benignidad de las primaverales auras castellanas, y los viajes a uno y otro lugar se sucedieron sin tregua hasta que llegaron los días señalados para la egregia celebración que había causado todo aquel revuelo.

Sin embargo, pese a que fue uno de los más aparatosos acontecimientos que recuerdo, poco añadiré de la boda de mi hija, pues con anterioridad describí la mía y puse todo el empeño en que se asemejara en la medida de lo posible. No era aquello Yebel, pero tal y como antaño sucedió fue mi amigo el arzobispo el oficiante, que muy a mal hubiera tomado tan insigne personaje el verse relegado en lo que concernía a una hija de Leonor, y en lo que se refiere a los fastos profanos, baste decir que durante largos días nos vimos desbordados por las visitas de cuantos querían conocer a los ilustres novios y a todos hubo que atender, y que en las horas tardías de aquellas jornadas, contando con la compañía de Alejandro y Moisés, entre carcajadas, músicas y otros desahogos y en la más alta y almenada torre de nuestra casa, nos las ingeniamos para dar cuenta de un par de cántaras del mejor vino del que tuvimos noticia, que no fueron pocos los que nos ofrecieron ni fácil la elección.

Aún después de la boda no consentí en que nuestros huéspedes se ausentaran sin haber visitado la mayor parte de las heredades que administrábamos, expediciones que nos llevaron a lugares tan alejados como Castilnuovo, Toledo o las recién adquiridas tierras del Campo de Calatrava, y al fin, llegado el otoño y una vez que partieron nuestros amigos tras el anuncio de los recién casados de que el matrimonio se había consumado y a punto estábamos Alejandro y yo de ser abuelos, noticia que produjo gran regocijo en la familia, los asuntos cotidianos retornaron de nuevo a la calma.

Raquel y Vittorio se quedaron a vivir con nosotros, y de disimulada manera tuve ocasión de observar a mi hija, a la que me figuraba no haber visto nunca. Su nuevo estado la había transformado por completo, y de parecer una chiquilla, a sus escasos años y de la noche a la mañana había pasado a representar el papel de una dueña. No cabe duda de que el embarazo afecta lo indecible a las mujeres, lo que yo sobradamente conocía, y no me pareció que los acontecimientos hubieran tomado un curso adverso, por lo que a la postre decidí que la había encaminado con fortuna por el difícil camino de la vida. Muy diferente era lo que acontecía con Leonor, y pasada aquella solemne ocasión comencé a preguntarme que rondaría en su cabeza.

Ella era una muchacha muy guapa, parecida a su madre y de la que todos hacían grandes elogios, pero por alguno de esos motivos que se nos ocultan a los mortales, nunca había tenido afición a las cosas de la casa, reservando sus esfuerzos para los libros, el estudio y la meditación. Durante algún tiempo sospeché que un día ingresaría en un convento, pero en aquello me confundí, pues no era la vida monástica, apartada del mundo, lo que le interesaba, sino, como dije, el continuo trasegar entre voluminosos legajos y un sin fin de eruditos, a los que daba lecciones. En definitiva, resultó ser como su madre, una persona dotada de gran actividad, y aunque me ayudó en las tareas comerciales y presidió las sesiones con equidad y firmeza cuando yo me encontraba ausente, permanecía embebida en sus sabidurías y pocos desvelos le producían el profano mundo que la circundaba. ¿Quizá lo que sucedía era que no había tenido la fortuna de encontrar al gigante de sus sueños?

Alfonso, mi hijo mayor, alto y desgarrado, caballero de la Orden de Santiago y encuadrado en el ejército del rey en su más inmediata cercanía, pues debido a su misma edad disfrutaba de gran camaradería con la más alta persona de nuestro reino, parecía definitivamente afincado en la corte, de donde de continuo nos traía noticias,

unas veces graves y formales y otras tan heterodoxas y disconformes que despertaban la hilaridad de los presentes, y mis hijos menores, Moisés y Soledad, que ya apuntaban maneras, aseguraban encontrarse hartos de los preceptores que durante años se habían ocupado de ellos, y junto a sus querencias por los Estudios Generales de alguna localidad cercana a la nuestra, en lo que Leonor les apoyaba, sus inclinaciones parecían dirigirse al comercio, lo que resultaba muy conveniente para el interés general de la familia.

Allí, en aquella corte provinciana que los Hados me habían dispensado, rodeado asimismo por mi hermana Raquel y su marido, que eran quienes llevaban el peso de los asuntos terrenales, y Yúsuf y Moisés, de los que no hubiera podido prescindir pues sus personas resultaban indispensables en mi casa, viví mis últimos tiempos como constructor de grandes edificios. Periódicamente visitaba la antigua fortaleza de Dueñas, cuyas obras avanzaban al cansino paso de una mula, pues los dineros escaseaban, pero como tras muchos ruegos e insinuaciones fui eximido por don Rodrigo de mis labores en tan apartado lugar, pude dedicar mis esfuerzos a tareas que resultaban más de mi agrado y posibles, como era la minuciosa talla de ingentes bloques de piedra, de los que extraía estatuillas que luego se colocaban en los pórticos de las nuevas iglesias en construcción.

Fue precisamente en la catedral de nuestra ciudad, cuyas obras precisaban del esfuerzo de todos, en donde fueron instaladas las mejores piezas, pues debido a mi interés en tales asuntos agasajaba a los maestros que dirigían las obras, en su mayor parte venidos de Aquitania y del norte de Francia, llevándoles a nuestra casa por deseo de Leonor, que a todos quería conocer pues estaba muy interesada en su lengua y tradiciones. Allí, con mi hija sentada en el estrado y los demás rodeándola, celebramos largas reuniones que me aclararon algunos de los puntos oscuros de aquel nuevo y sutil arte de los escultores de los países del norte. Ellos insistían en dotar del mayor realismo los pétreos motivos que decoraban tímpanos y arquivoltas, y como yo era muy afecto al dramatismo en las expresiones, que consideraba esenciales para la correcta comprensión de quienes contemplaran las escenas que en ellos se mostraban, en especial los peregrinos que de continuo atravesaban nuestra ciudad, quedaron muy complacidos con mis labores y no fueron pocos los encargos que salieron del taller y acabaron decorando algunos de los complicadísimos atrios.

Ángeles de cabellos llameantes, apóstoles y músicos, guerreros, caballos encabritados, corderos, peces y vegetales fueron los modelos que tallé, y aunque algunos se consideraron de méritos desmedidos incluso para tan historiados pórticos y no encontraron acomodo en ellos, la mayoría pasó a formar parte de aquel abigarrado mundo de piedra que alumbraban el nuevo siglo y las corrientes que llegaban desde los Cielos y los países europeos.

Cosas importantes sucedieron durante aquellos años, sí, pues si en la antigüedad se llevaron a cabo las mayores proezas e invenciones, y hasta hubo quien osó hacer frente a las utopías, de lo que dan fe los vetustos anales que hasta nuestras manos han llegado, no menos parcos en novedades han sido los tiempos presentes, ya que durante los años que ha durado mi vida han ocurrido hechos sin paralelo en la historia, como son la consecución de las colosales operaciones a las que hemos llamado *cruzadas*, apadrinadas y conducidas por papas y monarcas y que nos han llevado hasta las lejanísimas tierras de Oriente, y la de las no menos formidables construcciones que surgieron de la tierra y se elevaron hasta los cielos sostenidas por filigranas de piedra labrada, palacios, puentes, monasterios y catedrales, y todo ello sin hacer mención del florecimiento de los saberes, las artes y los comercios, lo que se observa en las continuas fundaciones de esos institutos a los que llaman Universidades.

Nuevos tiempos, viejos tiempos... Desde los momentos en que Ermentrude intentó

enseñar las primeras letras a aquel niño calatravo, hijo de un cantero que nunca había oído hablar de los *novem figure indorum*

[20]

, no han transcurrido aún cincuenta años, pero a mi entendimiento se le figura el fluir de un mundo, un insondable océano de hechos que a todos nos ha zarandeado. Nuevos tiempos, sí, que nos han traído maravillas que nunca imaginé, e incluso sucesos asimismo insólitos para mi cada vez más austera persona, pues... he aquí que el rey me reclama.

La noticia me la trajo de alborotada forma mi hijo Alfonso, quien me aseguró que nuestro monarca me esperaba en Carrión de los Condes en compañía del maestro de Calatrava y de don Rodrigo, el arzobispo de Toledo, pues nos había nombrado miembros de una comisión a la que deseaba consultar algunos importantes asuntos, y tal petición, si bien al principio me tomó por sorpresa, no me extrañó por completo, pues amén de las recomendaciones de don Rodrigo, que tanto confiaba en mis dotes constructivas, contaba también con las de mi hijo, que narraba a quien quisiera escucharle lo que él consideraba extraordinarias proezas guerreras acaecidas durante los años que precedieron al episodio de la Nava de la Losa.

Nos trasladamos a la localidad sobredicha, y tras aposentarnos en la población acudimos a aquella audiencia en la que figuraron personajes de postín y se trataron, en efecto, graves cuestiones, pues, entre otros asuntos, se dilucidó la conveniencia de declarar la guerra a los musulmanes. Todos expusimos nuestros pareceres, y el rey, un jovencuelo de rubia barba a quien conocí aquella misma tarde, nos escuchó con la paciencia de quien posee un espíritu tolerante y abierto, como se aseguraba que era su carácter, e imagino que en su ánimo pesaron los testimonios de quienes allí nos dimos cita..., pero cesaré en mis comentarios pues de estas cosas no se habla, que son sabidas y las narran las crónicas. Vanidad de vanidades, hubiera dicho Leonor, quien en los últimos tiempos de su vida abandonó las mundanas pompas que había solido y abrazó el rigor de los ascéticos, aficionándose a la lectura de los antiguos estoicos, en cuya escuela encontró no pocas explicaciones a materias que siempre le interesaron.

Los años habían pasado, y de la noche a la mañana caí en la cuenta de que, casi sin advertirlo, había sobrepasado la cincuentena, e incluso alguno más cargaba sobre mis espaldas, y aunque nunca imaginé alcanzar edad tan avanzada, se ve que Dios me había tenido en cuenta en sus dictámenes y aún disponía de mí para algunas labores, pues fue entonces cuando hice mis últimas *excursiones al mundo*.

En el taller tenía a un tal Pere, venido de tierras aragonesas, que junto a las habilidades literarias, pues no era parco en insospechados decires, unía las escultóricas. Era un hombretón contrahecho que no llegaría a la treintena y mucho nos hizo disfrutar con su compañía, pues además de serio y honrado trabajador de la piedra, lo que yo apreciaba sobre todas las cosas, dio ingeniosa forma a ciertos escritos que Leonor había redactado en el curso de sus estudios y, habida cuenta de sus cualidades, le presentó pidiéndole opinión. Era, quizás, un ángel caído del cielo sobre el tejado de nuestro caserón, un inusual ángel enmascarado que tenía puestas las miras fuera de los hábitos cotidianos, pues, entre otras peregrinas sentencias, consideraba que sus deformidades le imposibilitaban para conseguir mujer, asunto al que se refería con chanzas, y como no atendió a mis razones cuando le dije que intentara buscar pareja entre las criadas de nuestra casa, pues seguramente alguna estaría gustosa en recibirle, una tarde me condujo a una venta escondida, un lugar oculto en un arrabal junto al río y en el que, por lo visto, se podían conseguir mujeres.

—¿Moras?

Pere me miró suspenso.

—¿Cómo moras?

—Moras de la morería —y él se rió.

–Por supuesto; y judías.

–¿Judías...?

–Sí, y cristianas.

Pere y yo llegamos a la venta y dije,

–No tengo una sola moneda.

–Poco importa, que lo que aquí trae a Su Excelencia no es de este mundo. Abra los ojos y espéreme junto a esta jarra de vino.

El vino estaba terriblemente agrio, de acuerdo con la costumbre, y como no me agradaba pedí al posadero una taza de caldo. Unos parroquianos, que con las manos comían tortas manchadas de salsa, me miraron sorprendidos, aunque continuaron con su tarea. Yo me arrimé a una mesa, me senté en un banco quejumbroso y me bebí el turbio líquido lentamente, intentando desentrañar la razón de mi estancia en aquel lugar, y como Pere, fuera lo que fuese que estaba haciendo, no aparecía, me distraje viendo a las cucarachas correr por encima de la mesa.

Semejante *excursión por el mundo* finalizó la tarde que digo, pues mi compañero, satisfecho tras la fechoría y con los ojos inusualmente brillantes, insistió en prolongar el envite en otros establecimientos de tan malquista parte de la ciudad. Acudimos a un mesón vecino, un sótano lleno de arrieros en el que el ambiente era ruidoso y el humo de las teas entorpecía la vista y el resuello. Todos nos observaron con prevención y se apartaron para dejarnos pasar, pues nuestro aspecto aconsejaba no interponerse, y una vez asentados en un rincón, rodeados por los gritos de los presentes y las desacordes eufonías de una música de rabeles y panderetas que no merecía tal nombre, nos interesamos cerca del mesonero por el mejor vino másico que tuviera en su bodega. No era fácil acertar en aquellos sitios, pero una vez acordado el negocio dije,

–Aquí pago yo, maestro Pedro, y me sentiré muy honrado si acepta fiarme parte de sus haberes, que le devolveré íntegros, e incluso aumentados, el día que retornemos a nuestra casa –pero él no se avino a tamaño desafuero, según señaló, sino que antes bien dijo que lo suyo era mío, y que una vez cumplida la parte más importante del trámite, que habíamos llevado a cabo con anterioridad, lo demás no importaba mucho.

Los vapores del vino cumplieron en seguida su función, y sintiéndome libre y forastero en aquel establecimiento que jamás hubiera encontrado por mis propios medios, influido sin duda por cuanto me rodeaba comencé a divagar sobre lo primero que a mi cabeza llegó.

–Una vez entré en un palacio que simulaba ser de cristal. En las paredes de los salones podían verse coloristas escenas que representaban pulimentados y cubiertos carros cuyas ruedas eran de rugosa nafta, y luego visité lo que parecía una cocina propia del paraíso de las huríes... Recuerdo aquel hogar que vi, cubierto por una torre de piedras que encauzaba los humos hasta el tejado, y también la estancia que lo contenía, blanca habitación revestida de brillantes paneles que podían abrirse y cerrarse y de los que nunca supe la utilidad. Allí fue donde Alaroz, extrañamente ataviada, concibió al modo antiguo una sopa de aceite, pan y ajos, y donde, entre otras maravillas, vi un gallo desplumado sobre una fuente de vidrio... Como dijo uno de los grandes hombres que nos precedieron, *quizás a algún mortal le esté permitido subir a las regiones de los dioses celestes, pero ante mí sólo se abrió la muy espaciosa puerta del cielo*

[21]

, y durante algunos instantes pude contemplar lo que la mayor parte de las personas que nos rodean, obsérvelas usted, tienen vedado durante su existencia entera.

En sus ojos conocí que tomaba mis palabras por desvarío, y como no deseaba indisponer a mi amable anfitrión, desvié la conversación hacia cuestiones de cierta actualidad, que no faltaban, pues eran aquellos los revueltos días en que nuestro reino

se unió al de León en la figura del rey Fernando, y tan debatido asunto estaba en todas las bocas.

Luego, tras haber dado cuenta de las jarras que nos sirvió el posadero, salimos tambaleantes al arroyo y contemplamos los cielos, y cuando en silencio llevábamos un rato paseando entre las oscuras casuchas que delimitaban las calles, añadí,

—Aquí tiene, aunque le cueste creerlo, *almagíster pópulia* quien en su juventud llovieron del cielo candentes piedras de *esanafta* que a usted se le antoja fabulosa. La hierba se calcinaba ante nosotros, y cuantos allí pugnábamos nos veíamos obligados a retroceder. También podría hablar del *fuego griego* que incendiaba los barcos en el mar, y del *polvo negro* y otras quimeras de tiempos pasados, pero prefiero referirme a asuntos presentes... ¿Ha oído usted hablar de los campaniles? Son complicados ingenios que se instalan en las torres de las iglesias de los remotos países del este, y con sus regulares sonos disponen la vida ciudadana. Algún día, créame, también los tendremos aquí, y las trompas que anuncian las completas ya no serán necesarias, pues ellos, con sus bronces... Pero ahora que lo pienso —y contemplé los desiertos alrededores—, nos encontramos extramuros y no es preciso tener en cuenta esas cuestiones que sólo afectan a los hombres de bien, los hombres del burgo. ¿Quiere usted que visitemos algún otro lugar de este umbroso barrio? Me estoy divirtiendo. La tarde ha caído, pero los cielos primaverales que nos acompañan transportan en su sustancia la fuerza del céfiro, como señalaron los antiguos que sucedía con los corceles nacidos en las llanuras de la vieja península ibérica...

LA ÚLTIMA BATALLA

Sí, los Cielos no se habían olvidado de mí, como dije, y aún me reservaban algunos lances, que si no tan deleitosos como el que he narrado, resultaron aventurados y extenuantes para un hombre que suficiente había batallado en su juventud y sólo aspiraba a vivir en paz durante el tiempo que le restara de vida. Pero es el Ser que gobierna todas las cosas quien dispone, e inútil resulta enfrentarse a sus designios.

Fue mi hijo Alfonso su mensajero, y de nuevo la guerra la tarea que me propuso, y yo, engatusado por sus alabanzas, que de todo me creía capaz, y ocasionalmente deseoso de correr mundo mientras pudiera, pues adivinaba el declinar de mis días, acepté la arriesgada propuesta, más apta para jóvenes.

Era aquella una campaña que se disputaba en las lejanas tierras del bajo Guadalquivir, pues los musulmanes, lejos de aceptar la suerte que la batalla de la Nava les había deparado, continuamente efectuaban entradas en las tierras de poniente e incluso llamaban en su auxilio a partidas más o menos numerosas que arribaban a las costas sureñas desde más allá del mar. Hacia aquellos lugares se dirigían varios ejércitos comandados por nuestro rey, y dadas las circunstancias no me pareció impropio sumarme a una hueste de santiaguistas y calatravos, a cuyo frente estaba mi hijo junto a otros capitanes, y de esta forma recordar pasadas glorias.

Partimos de una plaza de la extremadura leonesa, y durante el camino que había de llevarnos al campo de batalla sufrimos percances sin fin, pues tuvimos un encuentro con una partida enemiga que apareció cuando cabalgábamos descuidados, y aunque pronto nos rehicimos y los pusimos en fuga, en el campo quedaron varios de los nuestros tendidos sobre el terreno. Yo recibí una molesta herida en una pierna que me impedía cabalgar con normalidad, y perdimos un día en recomponer la hueste y curar a los heridos antes de enviarlos de vuelta a los cuarteles, y al fin, cuando habíamos reanudado el camino y a duras penas me mantenía sobre la montura, fuimos atacados por varios furiosos y desorientados enjambres de abejas que se nos introdujeron bajo los hierros e hicieron allí mil diabluras y laceraciones. Desventurado parecía nuestro sino, pero no hubo tiempo para lamentos sino tan sólo para auxiliar a los lastimados y reemprender el camino con premura, pues todas las fuerzas eran necesarias en la contienda que se avecinaba y muy mal mirados quienes cándidamente argumentaban inaplazables quehaceres para acudir con tardanza a tan azarosos escenarios.

De tal guisa cabalgamos sin tregua durante algunos días por sierras y pedregales instados por la urgencia del asunto, y al fin, una tarde, encontramos el real al que nos dirigíamos, a la sazón desguarnecido, y a los escasos soldados que lo vigilaban confusos a causa de nuestra intempestiva llegada, pues, según nos dijeron, todos habían acudido a la batalla que desde el mediodía se libraba detrás de unas colinas que nos señalaron.

Malditas las ganas que tenía yo de entrar en liza tras los malhadados sucesos de los días anteriores, pues la herida presentaba mal aspecto, y un atroz dolor de espalda, causado sin duda por la extraña postura que me veía obligado a mantener sobre la montura, me imposibilitaba para comportarme como hubiera deseado.

Alfonso, mi hijo, que me contemplaba cariacontecido y sin disimulo, me rogó que renunciara al empeño y permaneciera en el campamento, pero yo no tomé en consideración sus palabras y le aparté de los peores modos. Luego, tras haber encontrado una recia tabla que sirviera para mis propósitos, hice que dos escuderos me la embutieran entre la espalda y la coraza, y de esta forma, enderezado por la irresistible fuerza de las artes mecánicas, recuperé mi caballo y grité órdenes que todos obedecieron.

Desde un cerro observamos que los cristianos estaban en dificultades ante un ejército

más numeroso, y tras haber celebrado consejo con los capitanes y resultar todos del mismo parecer, acordamos atacar el ala bereber que más cerca teníamos. Eran tropas de reserva que se situaban a retaguardia, y juzgamos que nuestra acción causaría gran trastorno y desconcertaría los movimientos del ejército enemigo. Alfonso, a quien observaba gran inquietud, por favor me rogó que vistiera el blanco hábito de su Orden, protección segura contra los venablos enemigos, y como yo no reparara en lo que decía y me desentendiera de sus instancias, él se despojó del suyo y, pese a mis protestas, me lo colocó sobre la coraza, de forma que ataviado de tal guisa, con la mente nublada y los sentidos enfebrecidos nos encaramamos en las monturas y di la orden que todos esperaban, y aquella escasa y mal pertrechada tropa se lanzó ladera abajo contra el lejano flanco enemigo levantando enorme polvareda y voceando cada cual las consignas de sus Órdenes.

El sol se ocultaba detrás de nosotros, y quizá fue aquello lo que confundió a las fuerzas que tomamos por la espalda, pues según se supo luego, realizada nuestra presencia por las nubes de polvo y los brillantes rayos del ocaso, algunos creyeron haber sido atacados por un ejército de ángeles capitaneados por el apóstol Santiago en persona. Yo cabalgaba al frente, vestido de blanco y ondeando la cana cabellera bajo el casco, enarbolando la espada y gritando para apaciguar el dolor que sentía, y mi impresión fue la de sumergirme en un mar de ariscos rostros negros que me contemplaban con sorpresa y luego retrocedían para poner a punto arcos y ballestas, pero una hueste de varios centenares de jinetes acorazados al galope no es una fuerza desdeñable, y enormes son los destrozos que pueden ocasionar en tropas desprevenidas, como allí sucedió.

A los gritos de «cierra», «cierra» caímos lanza en ristre y con todo el peso de nuestros hierros sobre las ligeras escuadras, que lanzando nubes de flechas y apoyados en la algarabía y el tronar de los tambores opusieron tenaz resistencia, pero pese a aquella endemoniadadanza de las espadas con que alimentaban su furor, no hubo allí amparo ni resguardo para sus artes, pues casi todos perecieron en el combate. Otras fuerzas se volvieron entonces contra nosotros, pero sin resultado, pues habiéndose roto sus filas por varios lugares fuimos en seguida auxiliados por los infantes castellanos, que observando lo acontecido corrieron como gamos en nuestra dirección.

La contienda prosiguió durante lo que restaba de tarde, pero la suerte estaba echada y la victoria pronto se colocó al lado de los castellanos, y aunque nuestra súbita intervención resultó importante porque desmoronó sus defensas por el lado que mejor se sostenían, hay que dejar constancia del empuje inigualable del resto de los cristianos, entre los que destacaron las huestes de aquel colérico personaje al que motejaban de *Cabeza Brava*, hijo que era de don Lope de Haro y entonces señor de Vizcaya, que combatieron furiosamente en el centro y, atropellándolo todo, consiguieron abrir una gran brecha que llegó hasta las mismas tiendas de sus generales, poniendo al grueso del ejército enemigo en fuga.

Por la noche, acabada la batalla y cuando había encontrado sano y salvo a Alfonso, al que busqué con la inquietud propia de un padre, condujeron hasta nosotros a los principales de los prisioneros musulmanes que habíamos cautivado, y aunque malamente podía tenerme en pie, en presencia del rey y los nobles y por su instigación, como personaje más representativo –pues a ello contribuían el hábito que no me correspondía, mi respetable altura y las blancas y largas guedejas que asomaban bajo el casco– me vi obligado a pronunciar un altisonante discurso en el que hacía mención de los milagrosos sucesos que horas antes habían tenido lugar y en el que había intervenido personalidad tan insigne como el mismísimo apóstol Santiago. Mis palabras fueron traducidas y voceadas por los intérpretes que acompañaban al rey, algunos de los cuales resultaron ser verdaderos artistas de la declamación, y tras aquella farsa, pues no de otra manera podría calificarse la burlona ceremonia, y las muestras de

sumisión que dieron los prisioneros, estos fueron puestos en libertad y escoltados lejos del campo de batalla, lo que asimismo se llevó a cabo con peones lisiados y otros heridos, y todo ello con objeto de que divulgaran la fabulosa noticia en sus campos y ciudades. Alguien conjeturó que tales nuevas alimentarían el desánimo en el campo contrario, y de hecho así sucedió, pues tiempo después supimos que pueblos enteros, alarmados por supuestos sucesos prodigiosos ante los que no tenían posible defensa, habían cruzado el estrecho y abandonado sus lares, que fueron ocupados por nuestras tropas y repoblados en años posteriores con gentes que hicieron venir del norte. Tras días de celebraciones y agasajos regresamos sin otros inconvenientes a nuestras tierras de Burgos, en donde pude resarcirme de las penalidades pasadas y con la ayuda de mis hijos y amigos curar las heridas, larga e inactiva convalecencia que descerrajó a viva fuerza bien guardadas puertas de mi espíritu y me condujo a lugares que nunca antes había considerado..., lo que narraré como remate y de la más sobria de las maneras.

EL ASCETA

Yo, siervo de Dios, antiguo guerrero que conseguía llevar la luz del sol a ojos que lo merecían; joven que fui, y alocado; herrero y constructor de abadías y catedrales, piedra y hierro, materias que vinieron del cielo y fueron puestas bajo mi mano para dar testimonio de nuestro paso por la dulce vida, efímera condición, aunque importante, pues el todo se compone de muchas partes.

Enorme roca me contiene cuando escribo estas palabras, canto ahuecado con el sudor de la frente al que al fin conseguí dar forma. En esta tierra quebrada, montañas y barrancos que me rodean, infligimos una enorme derrota a las huestes del Miramamolín, que pelearon bien pero acabaron sucumbiendo ante el mejor empuje de los castellanos. Yo pretendía recuperar el terreno perdido en Alarcos, el buen nombre del Campo de Calatrava, la honra del rey y el camino que conduce al valle del Guadalquivir, y creo que entre todos lo conseguimos. Ahora la guerra se ha trasladado hacia el sur, más allá de las montañas que me albergan, y nada temo de las huestes enemigas, que no se molestarían en llegar hasta este lugar perdido para encontrar a un viejo calvo y achacoso entregado a la meditación y la contemplación de los misterios celestes. Además, según he aprendido durante los últimos tiempos, ¿qué cosa hay más natural que el hecho de que un día acontezca lo que cualquier día puede acontecer?

[\[22\]](#)

Pocas novedades alcanzan la cumbre de este cerro desamparado al que me condujeron los hilos de la imprevisible fortuna, siempre antesala de la muerte, pero aún he podido enterarme de diversos sucesos que a todos han asombrado, como han sido la toma de Córdoba o los pormenores de la súbita ocultación del sol que hace algunos años se cernió sobre la cristiandad. Aquel fenómeno desató el pánico entre las personas ignorantes de Castilla y Aragón, y tengo entendido que también entre las venecianas y las bizantinas, en donde se observó idéntico prodigio, y aunque en el lugar en que me encuentro, y también en las tierras musulmanas, la inconmensurable brillantez del astro rey no decreció hasta la oscuridad, no fue menos el pavor que, según me han dicho, produjo en sus habitantes.

Sucedió que una buena tarde, habiéndose cumplido la hora sexta, el sol comenzó a declinar en su fulgor como si la noche cayera. El aire se enfrió bruscamente, las nubes se arremolinaron como impulsadas por una inmaterial vorágine, y el ganado, entre protestas, tomó el camino de los establos. Un cuerpo extraño transcurrió ante la siempre brillante cara del Sol y destacó los cuerpos que le acompañan, pero aunque es conocido desde la antigüedad que tal cuerpo es la Luna, las gentes se echaron a la calle y las iglesias se llenaron de personas aterrorizadas.

Al fin, tras larguísimos momentos durante los que imperaron los mayores desordenes, el griterío que surgió sobre el haz de la Tierra sumergida en tinieblas mitigó la ira celeste, y los gallos de todos los lugares, ajenos al sentir general, cantaron saludando el nuevo día.

Cada cual debe encontrar la cópula con las materias que le corresponden, aquellas que le han señalado los cielos. En mi caso, por Dios que largamente han sido el hierro y la piedra, y en el de mi hija Leonor, el latín y el griego, aunque quizá debería honrarla aludiendo a la erudición y la paz del alma, cuyos logros son difíciles, sí, pero sin duda significadas cualidades de algunos de los que escribieron sus enseñanzas en tales idiomas.

Ella ha llegado acompañada de criados en una pesada y lentísima carreta arrastrada por bueyes, y cuando he inquirido sobre esta novedad, puesto que siempre ha sido una amazona experimentada, me ha dicho que el equipaje era abundante y voluminoso. Leonor ha traído vino, y yo le he dicho,

–Hija mía..., no sabes lo que te lo agradezco. En ocasiones he tenido el propósito de

abandonar el vicio de Noé, pero he comprobado que tal afán no es sino un desvarío del espíritu y una vanidad más. ¿Por qué despreciar el zumo de la vid, que tan ingentes beneficios presta al cuerpo, sobre todo al de los viejos? Mil y mil situaciones parejas me contemplan, desde las abluciones con que Rubén, mi padre el herrero, nos festejaba a los niños de la herrería, a las que viví con placer y en vuestra compañía cuando frecuentábamos al maestro Rodericus en nuestro paso por la ciudad de Burgos.

Leonor es un personaje importante entre las gentes de letras de mi país, y yo me envanezco de haber iniciado semejante vocación.

—¿Tu corte? —y ella respondió,

—Me ayudan mucho.

Leonor vive en Yebel, en el castillo que reconstruí, rodeada de una cámara de estudiosos de la cultura. Judíos, moros y cristianos alberga a su lado, y todos son sabios renombrados y grandes traductores de la ciencia, y sus relaciones con las cortes europeas son constantes, y continuo el ir y venir de personas.

—Tu madre, sin duda, alabaría estas aficiones —y Leonor, después de considerarlo, dijo,

—Me acuerdo mucho de ella, y yo también pienso que nos contempla risueña. Somos su familia, aunque estemos todos desperdigados —y sonrió, porque Leonor ya es mayor y conoce los entresijos y revueltas con que nos obsequia la vida.

Los criados se entretenían en acomodar los pellejos en los rincones más a propósito de esta pétreo mansión, aunque uno de ellos, un joven que chamullaba en varios idiomas e iba magníficamente vestido, con el mayor comedimiento anunciaba las primicias de tanto presente, entre ellos algunos gruesos legajos que para distraer mis solitarios ocios mi hija hace copiar a las personas a su servicio. Las criadas, mientras tanto, habían sido enviadas a buscar nacientes flores en los llanos que circundan las laderas del alcor.

Luego, acomodados junto a la puerta bajo el sol del invierno, mientras sostenía en la mano el cuenco de barro añadió,

—Moisés ha viajado a las ferias de los países del norte, pero creemos que volverá en primavera, y Soledad, mientras tanto, se ocupa de todo...: me lo dice la tía Raquel en una extensa misiva. En Burgos las cosas ruedan como solían, y todos me suplican que les dé noticias de ti.

A mis hijos dejé encaminados por la senda de la vida, que ellos recorren con soltura, pero una sombra que nunca había advertido hacía palidecer el conjunto.

—No sabéis cantar... —dije de improviso—. ¡Mis hijos no cantan nada, ni nunca han cantado!, como su tía Raquel...

Leonor y yo nos contemplamos como acostumbran las personas que no precisan de las palabras para comunicarse, pero yo no quise dejar la cuestión a medias y continué con la retahíla que de repente había llegado a mi cabeza.

—Vosotros resultasteis bien educados, pero nadie os enseñó a cantar. Ni tu madre ni yo fuimos aficionados a tales artes, y qué decir de la señora Mayor, cuya máxima preocupación era la salud de los demás, ni de Yúsuf o Moisés, el herrero... Nadie os enseñó a cantar, ni Raquel, y lo lamento. ¡Qué difícil es adivinar lo que nos reserva el albur de los tiempos...! Cuando eres joven todo te parece fácil y conforme, pero luego, cuando transcurren los años, comienzas a contemplar lo que te rodea de muy diferente manera.

El vino era excelente, y me alegré por los monjes de la cercana abadía, quienes a veces subían hasta mi risco a visitarme. Ellos me mantenían al corriente de los sucesos del mundo y yo aprovechaba para agasajarles con lo que hubiera a mano, y el vino resultaba una mercancía muy apreciada.

—Nunca te dije esto, pero te lo diré ahora: consigue que tu tía Raquel, si aún tiene humor para ello, enseñe a cantar a tus sobrinos, los castellanos y los venecianos.

Nadie lo extrañará, y ellos lo agradecerán, sobre todo cuando pase el tiempo.

En los años del cerco de la ciudad de Sevilla por el rey Fernando y el almirante de Santillana, y junto a mi vivienda, dejo pasar los días en la contemplación de lo que me rodea, cuales son los terebintos y los huertos y jardines que al fin conseguí mantener como me enseñaron en la niñez. Árboles, flores y verduras me hacen compañía, y con sus dulces arrullos las palomas que tengo en el palomar exento, pues el estiércol de paloma es el mejor mantillo para los melonares, como aprendí en la infancia de labios de mi madre, que de tantas cosas nos dio razón.

Castañas y verduras son mi vida, y la cuajada de leche de cabra, y mi vivienda es la redonda piedra que encontré en lo alto de un otero y excavé con las manos. Era un magnífico canto rodado capaz de contenerme, y un inasible signo descendido de lo alto me indicó que podía servir para mis propósitos. ¿Qué son las rocas, que reclaman dueño, sino materia aglomerada en el principio de los siglos y puesta a nuestra disposición? ¿Qué es la durísima piedra ante el hierro del cantero, sino el principio de la batalla, y a la postre cavidades y sinuosidades sin fin? Harto duró aquel trabajo, pero mientras lo llevé a cabo moré a la intemperie, bajo la bóveda celeste, y cobijándome en la vecina cartuja cuando los cielos lo aconsejaban.

La vivienda que me han procurado los Hados no está lejos de la nueva Calatrava, cuyos trabajos de construcción continúan y he visitado alguna vez, y se asienta con firmeza en la fragosidad del monte. En lo más profundo de sus entrañas no existen las estaciones, y la luz tiene dificultades para penetrar hasta los últimos recodos, en los que me gusta dormir en la más rigurosa soledad cuando se extinguen las últimas luces del cielo, ese inacabable cúmulo de luminarias en el que Yúsuf situaba la morada de los dioses.

Durante las noches y los días escribo sin descanso en las hojas del preciado papel del que Leonor y el abad del llano, sobresaliente personaje con el que mi hija ha hecho gran amistad, me proveen, y aunque no es costumbre narrar de liberal manera los sucesos que ante nuestro entendimiento acontecieron, yo procuro hacerlo con la mayor de las larguezas, pues el tiempo me sobra, y los recuerdos, como sucede a los viejos, acuden atropellados a la mente.

Ya hablé de los sucesos de años anteriores, e imagino que pocos episodios se me pasaron por alto. Hablé acerca de mis hijos, de la familia que inicié, cuyos miembros seguramente procrearán y se abrirán camino hacia el futuro, pero no he dicho nada de lo que ocurrió con algunas personas que mi lado estuvieron.

Moisés y Yúsuf, mis fieles compañeros de tanto tiempo, embajadores cerca de los poderosos, amigos siempre y dispuestos para lo que fuera menester, murieron años ha tras haberse retirado con bien de la cosa pública y están enterrados en lo más profundo del encinar de Castilnuovo, no lejos de donde reposa Leonor, de quien se sintieron muy cercanos. Yo les ofrecí casas y haberes para pasar los últimos años de su vida, pero ellos declinaron el ofrecimiento sorprendidos, pues su casa era la mía, y su familia también. Rubén, mi segundo padre, y sus hijos mayores, desaparecieron de este mundo hace tanto tiempo que casi no lo recuerdo, pero quedaron sus descendientes, y sus hijas Raquel y Andrea han alcanzado con bien la edad de la sabiduría; tengo por seguro que me sobrevivirán.

Los demás, entre los que siempre destacó el gran Alejandro, desaparecieron asimismo de la faz de la Tierra en el curso de los quehaceres y aventuras que nos transportan hacia el más allá..., y a mí las fuerzas no me abandonan y tengo que agradecerlo; el cuerpo se niega a menguar de tamaño, como sucede con quienes, aunque calladamente, vislumbran el camino del camposanto.

Atrás quedaron las grandezas y consecuciones de los humanos, las batallas cara a cara, los desordenados arrebatos de las pasiones, las catedrales de roca tallada y hasta las ardientes piedras de nafta, cuyo completo poder, pese a nuestras

cavilaciones, no llegué a desentrañar en compañía de Peregrino, laguna negra que reposaba en la vasija de arcilla y contenía en su recóndito seno la fuerza del viento...

Anochece, y junto a los tenues y espaciados balidos de las cabras se oyen las voces de alguien que trepa por el camino del manantial. Será seguramente uno de los freires en busca de compañía, y cuando levanto la vista del papel y escucho, oigo decir, «ha caído Sevilla, Ramón, Sevilla es nuestra...».

Entre los dos encendemos un parco fuego en el atrio de mi refugio, pues el equinocio se hace esperar y las noches son frías, y con aceite, pan y ajos preparo uno de aquellos bodrios que Alaroz me enseñó en un sueño. Quien ha llegado lo ha hecho con una gallina bajo el brazo, y en seguida se pone a desplumarla, pues cocerá toda la noche y nos servirá de desayuno.

El mensajero me trae otras noticias, entre las que destaca la que se refiere a mi nieto mayor, que también se llama Ramón y sin duda me sucederá en el camino hacia poniente, jovencito que va a ser nombrado caballero, lo que me place; Ramón es hijo de Alfonso, y sus relaciones en la corte explican esta temprana ceremonia.

–Se dice que el príncipe –masculla mi interlocutor absorto en su tarea–, aquel que conquistó el reino de Murcia, está escribiendo un libro de leyes...

–El comienzo de una nueva era –apostillo–, pues siempre se dijo que un rey sin instrucción es un asno sin freno.

Luego hablamos del comienzo de la construcción de una nueva catedral a mayor gloria del Señor, y en ello nos detenemos un rato, pues en las desiertas inmediaciones son conocidos mis gustos y habilidades, pero se me ocurre que la mayor gloria que existe es el ingente monumento que sobre nosotros se cierne y comienza a asomar, el firmamento y sus mil y mil fulgores, el lugar en el que se encuentra el *décimo emperio*, infinitamente lejano e inaccesible para las personas que nos arrastramos por la dura superficie de la Tierra.

–De ello hablaba el negro Yúsuf, que no tenía otro Dios que el cielo estrellado y aseguraba que a semejante lugar se dirigen las almas de los muertos en las batallas.

–Las almas de los justos, sí...

Comencé contando lo de mi roca horadada y cuanto a ella se refiere, pero ahora debo hablar de otra piedra, que si bien no es tan voluminosa, resultará aún más importante. Para su construcción he elegido un bloque de regular tamaño y me he asegurado de que no tenga grietas en su interior, y una losa de idéntica veta, que mucho me ha costado acarrear, servirá de cubierta. Es el sepulcro, sí, el sepulcro de mi vida, y procuraré tallarlo con el mayor de los esmeros.

A mi hija Leonor le he dicho que, cuando muera, encontrará mi cuerpo en el sepulcro, y ella me ha hecho notar que el ataúd es pequeño para un cuerpo tan largo, por lo que, tras considerarlo, he respondido,

–Yo ya me entiendo, y los demás lo comprenderéis cuando llegue la ocasión –y se lo repetí–. Cuando yo no esté, busca mi cuerpo, *mi vida entera*, en ese pesado cofre.

Es certísimo lo que digo, como ciertos son los episodios y peripecias que he descrito, circunstancias de los tiempos que ante mis ojos discurrieron, pero aún queda un último capítulo del que nada sé... ¡Ah!, pero sobre él pasaré de puntillas, puesto que ignoro lo que me reserva.

No hay un fin definido para esta enumeración de hechos, sino que este sobrevendrá cuando cierre el sarcófago, y eso, ¿quién puede saber cuándo sucederá? ¿Quién se atrevería a decir que conoce el momento en que comenzará a adelgazar sin fin, forzoso destino de los seres vivos?

Leonor se fue en compañía de los criados tras recomendarme prudencia y asegurar que volvería en breve, y yo me senté al sol de la tarde con un manojo de estas hojas en la mano. Leí algunas cosas por encima y las encontré disformes y desiguales, pero al fin concluí que no me cabía sino transigir con lo expuesto, pues (me dije sonriendo)

quien esto escribió no es gramático ni retórico, ni mucho menos poeta al modo de los antiguos. No se halla la fuente de Castalia en estos apartados términos, ni es pareja mi pluma a la de los maestros griegos y latinos, pero aquellos siglos pasaron y los usos de hoy son otros y diferentes.

La piedra y el hierro son materias casi imperecederas y a las que el paso del tiempo afecta muy lentamente, pues sólo el orín y el viento las corroen. Por eso las catedrales y los palacios se construyen con el espeso granito, y las buenas espadas con *el hierro que vino del cielo*. El papel, sin embargo, es otra cosa, y la humedad y los ácaros lo devoran con deleite... Muchas vueltas di a este asunto de la conservación de la materia con mi amigo el monje Peregrino, a quien enterré con mis manos luengos años ha, y de nuevo llega tal idea a mi cabeza, aunque la desecho con prontitud, pues si esta narración al fin se reduce a polvo, ceniza y nada, como así ha de suceder, poco he de lamentar, puesto que ya no estaré en este ni en ningún otro lugar desde el que pueda contemplarlo.

Aquí quedarán estos papeles garrapateados con la sangre de los animales que me acompañan a guisa de tinta, signos que pocos comprenden y serán sin duda devorados por el frío y las tinieblas durante los años venideros. Dentro de una olla de barro y dentro de un sepulcro de piedra quedarán depositadas estas páginas que escribí pese a las limitaciones que el tiempo ha impuesto a mis sentidos, ese tiempo que nunca cesa en su fluir y que durante alguna de las próximas estaciones me llevará con él a regiones más hermosas que cualquiera de las que en vida pude contemplar.

Sólo me resta cerrar el pétreo ataúd que para este cuento compuse y dejar que él solo se exprese ante los ojos de los hombres que lo encuentren, porque no fui yo quien hasta aquí hablé, sino los signos sobre el papel.

En la era de 1252, tiempos que nunca creí alcanzar, y en un apartado y agreste lugar del Campo de Calatrava, como el pobre y desnudo que siempre fui finalicé este manuscrito que dará testimonio ante los ojos de las personas del paso de alguien que mucho tuvo aunque poco ambicionó, y aunque así haya sucedido en ocasiones, espero que no se me tome en consideración, pues al fin todo ello es sólo ignorancia de los rectos caminos e irracional vanidad de alguien a quien mucho costó comprenderlos; vanidad de vanidades, que tantas veces dije.

Que la virtud y la sabiduría os acompañen.

<http://www.camargorain.com/>

<https://diosconmigosite.wordpress.com/>

[1]

Palabras de Bernard de Ventadour, trovador del siglo XII.

[2]

Literal de una fuente de la época.

[3]

Tomado de una canción de Chrétien de Troyes, escritor del siglo XII, autor de *LancelotyPercevaly* muy célebre en su tiempo.

[4]

Cántico triunfal de Deborah.

[5]

Romance citado por Alvaro Cunqueiro en *Viaje por los montes y chimeneas de Galicia*.

[6]

Ibn Hazm de Córdoba, *El collar de la paloma*.

[7]

De *Ben Ammar de Sevilla*, de Claudio Sánchez-Albornoz.

[8]

Eclesiastés, 7-26.

[9]

Las mil y una noches, noche 561.

[10]

Plinio el viejo, *Historia natural*, libro II, 63.

[11]

Gaston Berger, poeta del siglo XII.

[12]

Adaptado de una canción de la época.

[13]

Jaufré Ridel.

[14]

Séneca, *Medea*.

[15]

Versos contenidos en *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm de Córdoba.

[16]

Virgilio, *La Eneida*, libro VII - 784 y sigs.

[17]

Estas palabras de Séneca, que ya se han citado, aluden a la esposa de Océano, Tetis, y a Groenlandia, Tule, más alejado lugar del continente europeo por entonces conocido.

[18]

Adaptado de un recitativo de Penélope en la *Odisea* de Homero, canto XVIII, 201 a 204.

[19]

Sobre ideas expuestas en las *Epístolas morales* de Séneca, libro V, epístola 48.

[20]

Las nueve cifras indias, del 9 al 1. Del *Liber Abad*, de Leonardo Fibonacci (1202).

[\[21\]](#)

Cicerón, *Sobre la república*.

[\[22\]](#)

Séneca, *Epístolas morales*, ep. 101.